

**MANUAL OFICIAL
DE LA
LEGIÓN DE MARÍA**

Publicado por:

CONCILIUM LEGIONIS MARIAE
De Montfort House
DUBLIN 7 - Irlanda

© Concilium Legionis Mariae, 2022
Impreso, 22 de Agosto de 2.023

Impresión:
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.
PBX: 60 1 602 0808
Bogotá D.C., Colombia

AVISO PRELIMINAR

La Legión es un sistema que puede perder su equilibrio si se suprime o se cambia cualquiera de sus partes. Se podría aplicar a la Legión lo que escribió el poeta:

*«Quitad un hilo y deshacéis la trama;
romped de teclas mil
una sola, y en todas ellas brama
su triste voz sutil».*

Whittier

Así, pues, rogamos encarecidamente a cuantos no se sientan dispuestos a poner en práctica el sistema legionario tal como está descrito en las páginas siguientes, que se abstengan de intentar establecer la Legión. Léase, con relación a esto, el capítulo 20 : «El sistema de la Legión es invariable».

Nadie puede ser socio de la Legión de María si no se afilia a la misma mediante alguno de sus Consejos legítimamente constituidos.

Si algo nos ha enseñado la pasada experiencia, es que no fracasará la Legión en ninguno de sus cuerpos si se siguen fielmente todas las normas.

FRANK DUFF

Frank Duff nació en Dublín, Irlanda, el 7 de junio de 1889. Entró en el Servicio Civil a la edad de 18 años. A los 24 años, se incorporó a la Sociedad de S. Vicente de Paúl, en la que fue llevado hacia un compromiso más profundo con su fe católica, y, al mismo tiempo, adquirió una gran sensibilidad en cuanto a las necesidades de los pobres y menesterosos.

Con un grupo de mujeres católicas y Fr. Miguel Toher, de la arquidiócesis de Dublín, formó el primer praesidium de la Legión de María el 7 de septiembre de 1921. Desde esa fecha hasta su muerte el 7 de noviembre de 1980, se ocupó de la extensión mundial de la Legión con heroica dedicación. Asistió al Concilio Vaticano II como observador seglar.

Sus profundas deducciones con respecto al papel de la Virgen en el plan de la Redención, así como a la responsabilidad de los fieles en la misión de la Iglesia, se reflejan en este libro, que es obra suya casi en su totalidad.

Oración por la beatificación del Siervo de Dios Frank Duff

Dios Padre Nuestro,

Tú iluminaste a tu siervo Frank Duff, con un conocimiento profundo del misterio de tu Iglesia como Cuerpo de Cristo y del lugar que ocupa María, la Madre de Jesús en este misterio.

En su inmenso deseo de compartir este conocimiento con los demás, y en filial dependencia de María, él formó Su Legión, para que fuera un signo de su amor de Madre para con la humanidad, y un medio de enlazar a todos sus hijos en la obra evangelizadora de la Iglesia.

Te damos gracias, Padre, por los dones con que le dotaste, y por los beneficios obtenidos para la iglesia por su fe intrépida y radiante.

Te suplicamos confiadamente que por su intercesión nos concedas esta gracia:.....

Te pedimos también que, si es tu voluntad, sea reconocida por la iglesia la santidad de su vida, para gloria de tu Nombre.

Por Jesucristo Nuestro Señor, Amén.



LA LEGIÓN DE MARÍA

¿Quién es Ésta, que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército formado en batalla? (Cant 6,10).

Y el nombre de la Virgen era María (Lc 1,27).

«Legión de María. ¡Qué nombre más acertado!» (Pío XI).

1. NOMBRE Y ORIGEN

La Legión de María es una asociación de católicos que, con la aprobación eclesiástica, han formado una Legión para servir a la Iglesia en su perpetua lucha contra el mundo y sus fuerzas nefastas, acaudillados por Aquella que es *bella como la luna, brillante como el sol*, y –para el Maligno y sus secuaces– *terrible como un ejército en orden de batalla*: María Inmaculada, medianera de todas las gracias.

«Como resultado de la caída, toda la vida humana, tanto individual como colectiva, se presenta como una lucha dramática entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas» (GS, 13).

Los Legionarios ansían hacerse dignos de su excelsa y celestial Reina, y lo intentan mediante su lealtad, sus virtudes y su valentía. Y se han organizado a modo de ejército, tomando como modelo particular a la legión de la antigua Roma. La Legión de María ha hecho suya la terminología de la legión romana, pero, a diferencia de ésta, ni sus huestes ni sus armas son de este mundo.

Este ejército mariano, ahora tan numeroso, tuvo los más humildes comienzos. No se formó conforme a un plan preconcebido; brotó espontáneamente. Tampoco se formuló un proyecto de reglas y prácticas. Al contrario, por todo preparativo, alguien

sugirió una idea, se fijó una tarde, y se reunieron unas cuantas personas, sin sospechar que habían de ser instrumentos escogidos por la Divina Providencia.

En nada se distinguió aquella primera junta de las que hoy celebra la Legión de María en el mundo entero. La mesa, alrededor de la cual se reunieron, tenía puesto un altarcito cuyo centro era una estatua de la Inmaculada (de la Medalla Milagrosa), sobre un lienzo blanco, entre dos floreros y dos candeleros, con velas encendidas. Este conjunto, tan rico en simbolismo, obedeció a la inspiración de una de las primeras socias. Y allí quedó cristalizado todo lo que representa la Legión de María. La Legión es un ejército: pues bien, allí estaba la Reina antes de reunirse ellos; estaba esperando el alistamiento de aquellos que Ella ya sabía iban a venir. Ella fue quien los escogió, y no al revés, y, desde entonces, ellos se han puesto en marcha y luchan a su lado, sabiendo que el salir triunfantes y el perseverar guarda un ritmo exacto a su unión con Ella.

El primer acto colectivo de aquellos legionarios fue arrodillarse. Aquellas frentes jóvenes y sinceras se inclinaron. Rezaron la invocación y la oración del Espíritu Santo; y luego, entre los dedos ya cansados por el trabajo del día, desgranaron las cuentas de la más sencilla de las prácticas piadosas. Al extinguirse el eco de las jaculatorias finales, se sentaron, y bajo los auspicios de María, representada allí por su imagen, se pusieron a pensar cuál sería el mejor modo de agradar a Dios y de hacerle amar en el mundo. De aquellas consideraciones brotó la Legión de María con todas sus características, tal como es hoy.

¡Que portento! ¿Quién, al contemplar aquellas humildes personas, tan llanamente ocupadas, hubiera podido suponer –ni al calor de la más loca fantasía– el destino que de allí a poco les aguardaba? Y entre ellas mismas, ¿quién sospechó jamás que entonces precisamente estaban fundando una organización destinada a ser una nueva fuerza mundial, la cual, fielmente encauzada y aprovechada, en manos

de María, sería capaz de dar vida, esperanza y dulzura a las naciones? Con todo, así había de ser.

Aquel primer alistamiento de legionarios de María se hizo en Myra House, Francis Street, Dublín, Irlanda, a las ocho de la noche del 7 de septiembre de 1921, víspera de la fiesta de la Natividad de nuestra Señora. Por algún tiempo la organización se llamó «Asociación de nuestra Señora de la Misericordia», nombre tomado del título de la unidad madre.

La fecha del 7 de septiembre, dictada al parecer por circunstancias fortuitas, se tuvo al principio por menos apropiada que si hubiera sido al día siguiente; sólo después de algunos años, en los que María dio pruebas señaladas de su amor verdaderamente maternal, se echó de ver que no fue un rasgo menos delicado el que mostró hacia la Legión, haciendo coincidir su fundación con la hora de su nacimiento. Dice la Sagrada Escritura (Gén 1,5) que el primer día de la creación estuvo compuesto de *tarde* y *mañana*; así, era muy propio que fuesen los primeros aromas de la Natividad de nuestra Señora, y no los últimos, los que impregnaran la cuna de aquella organización, cuyo primero y más constante empeño ha sido siempre reflejar en sí misma la semejanza de María como el medio más eficaz para glorificar al Señor y hacerle llegar a los hombres.

«María es Madre de todos los miembros del Salvador, porque, en virtud de su caridad, Ella ha cooperado al nacimiento de los fieles en la Iglesia. María es el molde viviente de Dios, es decir: sólo en Ella se formó al natural el hombre-Dios sin perder –digámoslo así– ningún rasgo de su divinidad; y sólo por Ella puede transformarse el hombre de un modo adecuado y viviente en Dios, en cuanto es capaz la naturaleza humana por la gracia de Jesucristo» (San Agustín).

«La Legión de María muestra el verdadero rostro de la Iglesia Católica» (San Juan XXIII).

2. FINALIDAD

La Legión de María tiene como fin la gloria de Dios por medio de la santificación personal de sus propios miembros mediante la oración y la colaboración activa –bajo la dirección de la Jerarquía– a la obra de la Iglesia y de María: aplastar la cabeza de la serpiente infernal y ensanchar las fronteras del reinado de Cristo.

Después de contar con la aprobación del *Concilium*, y dentro de los límites prescritos por el *Manual Oficial de la Legión*, ésta se pone al servicio del obispo diocesano y del cura párroco, para cualquier obra social o de acción católica que, a juicio de dichas autoridades, pueda contribuir al bien de la Iglesia, y esté al alcance de los legionarios. Sin el consentimiento del párroco o del Ordinario, jamás emprenderán los legionarios ninguna de esas obras en una parroquia.

Por «ordinario» se entiende en estas páginas «el ordinario del lugar»: el obispo de la diócesis u otra autoridad eclesiástica competente.

a) El fin inmediato de la colaboración de los seglares en el apostolado de la Jerarquía coincide con el fin apostólico de la Iglesia, es decir: evangelizar y santificar a los hombres y formar cristianamente su conciencia, de suerte que puedan imbuir de espíritu evangélico las diversas comunidades y los diversos ambientes.

b) Los seglares al cooperar según su condición específica con la Jerarquía, ofrecen su experiencia y asumen su responsabilidad en la dirección de estas organizaciones, en el examen cuidadoso de las condiciones en que ha de ejercerse la acción pastoral de la Iglesia, y en la elaboración y desarrollo de los programas de trabajo.

c) Los seglares trabajan unidos a la manera de un cuerpo orgánico, de forma que se manifieste mejor la comunidad de la Iglesia y resulte más eficaz el apostolado.

d) Los seculares ya se ofrezcan espontáneamente, ya sean invitados a la acción y a la directa cooperación con el apostolado jerárquico, obran bajo la dirección superior de la misma Jerarquía, la cual puede sancionar esta cooperación incluso por un mandato explícito» (AA, 20).

3. ESPÍRITU DE LA LEGIÓN

El espíritu de la Legión de María es el de María misma. Y de manera particular anhela la Legión imitar su profunda humildad, su perfecta sumisión, su dulzura angelical, su continua oración, su absoluta mortificación, su inmaculada pureza, su heroica paciencia, su celestial sabiduría, su amor a Dios intrépido y sacrificado; pero, sobre todo, su fe: esa virtud que en Ella, y solamente en Ella, llegó hasta su más alto grado, a una sublimidad sin par. Animada la Legión con esta fe y este amor de María, no hay empresa, por ardua que sea, que le arredre; ni se queja ella de imposibles, porque cree que todo lo puede (*Imitación de Cristo*, lib III, cap. 3:5).

«El modelo perfecto de esta espiritualidad apostólica es la santísima Virgen María, Reina de los apóstoles. Ella, mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida a su Hijo, y cooperó de modo singularísimo a la obra del Salvador... Hónrenla todos con suma devoción, y encomienden su vida apostólica a la solicitud de María» (AA, 4).

4. SERVICIO LEGIONARIO

1. Debe «revestirse de las armas de Dios» (Ef 6,11)

La Legión de María toma su nombre de la legión romana, la cual es considerada todavía hoy, después de tantos siglos, como dechado de lealtad, valor, disciplina, resistencia y poder conquistador, a pesar de haber empleado dichas cualidades para fines muchas veces ruines y siempre mundanos (véase apéndice 4). Es evidente que la Legión de María no podrá de manera alguna presentarse ante su capitana sin estar adornada de tan preciosas virtudes. Sería el engaste sin la joya. De modo que las cualidades mencionadas expresan el *mínimum* del servicio legionario. San Clemente, convertido por San Pedro y colaborador de San Pablo, propone al ejército romano como un modelo que la Iglesia debe imitar.

«¿Quiénes son los enemigos? Son los malvados que se resisten a la voluntad de Dios. Así, pues, entremos con determinación en la guerra de Cristo, y sometámonos a sus gloriosas órdenes. Examinemos atentamente a los que sirven en la legión romana bajo las autoridades militares, y observaremos su disciplina, su prontitud de obediencia en ejecutar sus órdenes. No todos son prefectos, o tribunos, o centuriones, u oficiales al frente de cincuenta soldados, u ostentan grados de autoridad inferiores. Pero cada hombre, según su rango, ejecuta las órdenes del emperador y de sus oficiales superiores. Los grandes no pueden subsistir sin los pequeños. Hay cierta unidad orgánica que combina todas las partes de modo que cada cual ayuda a todos y todos le ayudan a él.

Consideremos la analogía de nuestro cuerpo. La cabeza sin los pies no es nada, como tampoco son nada los pies sin la cabeza. Aun los órganos más íntimos de nuestro cuerpo son necesarios y valiosos para el cuerpo entero. En efecto, todas las partes colaboran en mutua dependencia, y prestan una obediencia común, en beneficio de todo el cuerpo» (San Clemente, Papa y mártir, *epístola a los Corintios*, año 96, capítulos 36 y 37).

2. Debe ser «un sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, y no conforme a este mundo » (Rom 12,1-2)

Sobre esta base se levantarán en el alma de todo fiel legionario de María virtudes tanto más excelsas cuanto más sublime es su causa comparada con la del antiguo ejército romano. Y, sobre todo, vibrará su alma con esa noble generosidad que arrancó a Santa Teresa esta queja: «¡Recibir tanto, tanto, y devolver tan poco! ¡Ay, éste es mi martirio!» Y contemplando a su Señor crucificado, a Aquel que le entregó hasta su último suspiro y la última gota de su sangre, el legionario debe hacer el firme propósito de reflejar en su servicio siquiera algo de tanta generosidad.

¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?
(Is 5,4)

3. No debe rehuir «trabajos y fatigas» (2 Cor 11,27)

Aunque el católico celoso tiene que estar dispuesto siempre –en una u otra parte del mundo– a enfrentarse a instrumentos de tortura y muerte como lo prueban hechos recientes, el servicio legionario tiene, por lo común, un campo de acción menos brillante. Así y todo, no escasearán las ocasiones de practicar el heroísmo; callado, si se quiere, pero no por eso menos verdadero. El apostolado legionario impondrá el acercarse a muchas personas que preferirían alejarse de toda sana influencia, y que no tendrán reparo en manifestar su desagrado, al ser visitadas por aquellos que procuran el bien y combaten el mal. Y a estos seres hay que ganárselos; y eso no será posible si no es poniendo en juego un espíritu paciente y recio.

Miradas aviesas; la punzada de la afrenta y del desprecio; ser el blanco del ridículo y de las malas lenguas; cansancio del cuerpo y del espíritu; el tormento del fracaso y de la innoble ingratitud; frío intenso, lluvias torrenciales; suciedad, insectos, malos olores, pasillos

oscuros, ambiente sórdido; el privarse de pasatiempos y cargarse de preocupaciones, que siempre se acumulan en las obras de la caridad; la angustia que se apodera de toda alma sensible a la vista del ateísmo y de la depravación; la participación generosa en los dolores ajenos... Todas esas cosas tienen poco de aparatosas; pero sobrellevadas con paciencia, más aún, consideradas como goces, con perseverancia hasta el fin, vendrán a pesar en la balanza de la divina Justicia casi tanto como el amor que excede a todo otro amor: el de aquel que da la vida por sus amigos (Jn 15,13).

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? (Sal 116,12).

4. Debe proceder con amor, «igual que Cristo nos amó y se entregó por nosotros» (Ef 5,2)

El secreto del éxito feliz en el trato con los demás está en establecer contacto personal con ellos, un contacto de amor y simpatía mutua. Pero este amor ha de ser más que meras apariencias: ha de saber resistir las pruebas que entraña la verdadera amistad; esto exigirá a menudo alguna mortificación. Saludar, en un ambiente de lujo y elegancia, a quien poco antes se fue a visitar en la cárcel; andar por las calles con personas andrajosas, estrechar cordialmente una mano mugrienta, aceptar un bocado en una buhardilla pobre y sucia: estas cosas y otras por el estilo a algunos les parecerán difíciles, pero, si se rehúyen, se descubrirá que esa amistad era puramente fingida. Y, ¿qué sucede? Se rompe el contacto, y aquella pobre alma que se iba levantando, desilusionada, se vuelve a hundir en la sensación de fracaso.

Toda obra, para ser realmente fructífera, debe radicar en cierta disposición del alma a darse espontánea y totalmente a los demás. Sin ella, el servicio legionario carece de vida. El legionario que pone límites: «hasta ese punto me sacrificaré, más no»,

nunca saldrá de lo trivial, por más esfuerzos que haga. Pero teniendo esta pronta disposición, aunque ésta no se desarrolle en toda su eficacia, o sólo en una mínima parte fructificará, sin embargo, en obras portentosas.

Contestó Jesús: ¿Tú darías la vida por mí? (Jn 13,38)

5. Debe «correr hasta la meta» (2 Tim 4,7)

Así pues, la Legión exige un servicio sin límites, sin restricciones. Y esto no es solamente un consejo, es una necesidad; porque, si no apunta el legionario a lo más alto, no llegará a perseverar ni siquiera en lo comenzado. Perseverar hasta el fin en la obra del apostolado es, en sí misma, cosa heroica; y este heroísmo se consigue sólo a fuerza de una serie continua de actos heroicos, que tienen en la perseverancia final su remate y su corona.

Pero aquí tratamos de la perseverancia, no sólo de cada legionario, en su calidad de tal, sino como un sello que ha de llevar estampado cada acto que integra el programa de acción de la Legión. Cambios tiene que haber, claro está: en las visitas se cambia de lugar y de persona; se pone término a unas obras y se empiezan otras, etc.; pero esto es el movimiento acompasado de un proceso vital, no el caprichoso vaivén de la inestabilidad y del afán de novedad, que acaba por romper la más férrea disciplina. Recelosa de este espíritu de mutabilidad, la Legión no cesa de clamar exigiendo un espíritu recio; y, al terminar sus juntas, envía a los legionarios sus diversas empresas, despidiéndolos con esta consigna invariable: **¡Manteneos firmes!** (2 Tes 2,15).

Salir airoso en cualquier empresa difícil depende del esfuerzo constante, y éste, a su vez, es fruto de una voluntad indómita de vencer. Ahora bien: lo esencial, para que persevere esta voluntad, es que no se doblegue ni mucho ni poco; y, por eso, la Legión impone a cada cuerpo del ejército –y a cada soldado de ese cuerpo– la resolución de negarse en absoluto a aceptar cualquier derrota, o a exponerse a ella por cierta tendencia a considerar las varias empresas con lemas como éstos:

«promete», «no promete», «irremediable», etc. Calificar a primera vista como irremediable cualquier caso da a entender que, en lo que respecta a la Legión, hay un alma de inestimable valor que se deja en libertad para que se precipite a gran velocidad por el camino de la perdición; indica, además, que ya no se obra con miras altas, sino por el prurito de la novedad y por deseos de un aparente progreso, resaltando que, si la semilla no brota en las mismas pisadas del sembrador, éste se desanima y, más o menos tarde, abandona la labor.

Por otra parte, se ha dicho con insistencia que el mero hecho de clasificar de irremediable una situación –sea la que fuere– automáticamente debilita el ánimo para todas las demás. Consciente o inconscientemente al acometer una empresa, siempre entrará la duda de si ésta merecerá el esfuerzo que exige; y la menor vacilación en tales circunstancias paraliza la acción.

Pero lo más triste es que ya, en tal caso, no actuaría la fe, como debe actuar en toda obra legionaria; y sólo se le abriría paso cuando así conviniera a los cálculos de la razón, y aún entonces haría un papel muy secundario. De donde resulta que, por estar tan amarrada la fe y tan agotado su brío, enseguida entran en tropel las timideces y las ruindades de la naturaleza y la mera prudencia humana, que antes se tenían a raya; y la Legión, para gran deshonra suya, viene a ofrendar al cielo un servicio relativo, pasajero y mezquino.

La Legión, pues, se preocupa, ante todo y sobre todo, de proceder con resolución y vigor, y, sólo secundariamente, de trazar un determinado programa de actividades. A sus socios no les exige ni riquezas ni influencia social, sino fe sin vacilar; no pide hazañas, sino esfuerzos constantes; no genio ni talento, sino amor insaciable; no fuerzas de gigante, sino disciplina férrea. El servicio legionario tiene que ser un perpetuo ¡adelante!, cerrándose total y obstinadamente a todo desaliento; inmovible como una roca en momentos de crisis, y constante en todo tiempo; deseoso del éxito, pero humilde en su logro y desasido de él; luchando

contra el fracaso, pero, si viene, sin arredrarse por él; al contrario, prosiguiendo la lucha hasta resarcirse de las pérdidas, aprovechándose hasta de las dificultades de la monotonía como de un campo donde desplegar su confianza y su resistencia ante un prolongado asedio. Pronto a la voz de mando; alerta aun sin ser llamado; y siempre, aun cuando no haya combate ni se divise al enemigo, centinela incansable de los intereses de Dios. Con ánimo para lo imposible, pero contento de hacer de mero sustituto. Nada demasiado costoso, ningún deber demasiado humilde; para lo uno y para lo otro, la misma inagotable paciencia, atención igualmente minuciosa, el mismo inflexible valor: cada obra, templada por la misma áurea tenacidad. Siempre de servicio por las almas; siempre dispuesto a socorrer a los débiles en sus momentos de flaqueza, y vigilante para sorprender a los corazones endurecidos en sus escasos momentos de debilidad, buscando sin descanso a los extraviados; olvidado de sí, al pie de la cruz ajena, y allí clavado, hasta que todo esté cumplido.

¡Nunca ha de desfallecer el servicio de una organización consagrada a la Virgen Fiel, y que lleva –para honor o vergüenza suya –su bendito nombre!

5. LA DEVOCIÓN LEGIONARIA

Las características de la devoción legionaria quedan reflejadas en sus oraciones. En primer lugar, la Legión está cimentada sobre una gran confianza en Dios y en el amor que Él nos tiene a nosotros, sus hijos. Desea servirse de nuestros esfuerzos para gloria suya, y, a fin de que fructifiquen constantemente, los quiere purificar. Nosotros, por el contrario, solemos oscilar entre la apatía y la ansiedad febril, y somos así porque consideramos a Dios como alguien alejado de nuestro quehacer. Compenetremos, pues, con

esta verdad: que, si algún buen propósito tenemos, Él lo ha imbuido en nosotros, y si este propósito, con el tiempo, da frutos, es tan solo porque Él no deja por un momento de vigorizar nuestros brazos. Más, muchísimo más que nosotros se interesa Dios por la feliz ejecución de la obra que tenemos entre manos; más, infinitamente más que nosotros deseamos Él esa conversión que buscamos. ¿Queremos ser santos? Él lo anhela incomparablemente más que nosotros.

Esta compenetración de nuestra voluntad con la de Dios, nuestro buen Padre, ha de ser el firmísimo apoyo de todo legionario, en la doble empresa de su santificación personal y de su servicio a favor de los demás. Sólo la falta de confianza puede malograr el feliz resultado de la obra. Si tenemos fe bastante, Dios se servirá de nosotros en la conquista del mundo para gloria suya.

Todo el que nace de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha derrotado al mundo: nuestra fe. (Jn 5,4).

«Creer quiere decir "abandonarse" en la verdad misma de la Palabra de Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente" ¡cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!" **(Rom 11,33)**. María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos "inescrutables caminos" y de los "insondables designios" de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino» (RMat, 14).

1. Dios y María

Después de Dios la Legión tiene su más firme apoyo en la devoción a María, *aquel portentoso inefable del Altísimo*, como dice el Beato Pío IX. Mas, ¿qué puesto ocupa María en relación a Dios? Como a todos los demás hijos de hombre, Dios la sacó de la nada; y,

aunque ya en ese momento inicial la ensalzó hasta una altura de gracia inmensa e inconcebible, respecto de su Hacedor es como la nada. Ella, más que nadie, es criatura suya, porque en Ella, más que en otra alguna, ha obrado su Mano todopoderosa. Cuanto más hace por Ella, tanto más es hechura suya.

Y muy grandes cosas hizo Dios en María: desde toda la eternidad la asoció en su mente divina con el Redentor; la hizo entrar en los misteriosos designios de su gracia, escogiéndola para Madre de su Hijo y de todos los que estuviesen unidos a Él. Todo lo cual quiso Dios, en primer lugar, porque María había de corresponder a la elección más fielmente que todas las demás criaturas juntas; y en segundo lugar, porque de este modo— misterio inaccesible a nuestra limitada razón — acrecentaba la gloria que habíamos de darle también todos nosotros. Por lo tanto, es imposible que ninguna oración o servicio de amor con que obsequiemos a María como a Madre nuestra y Auxiliadora de nuestra salvación pueda redundar en menoscabo de Aquél que quiso crearla así. Cuanto le ofrezcamos a Ella, llega a Dios íntegro y seguro. Es más: nuestra ofrenda, al pasar por manos de María, no sólo no sufre mengua, sino que aumenta su valor. María no es una simple mensajera, ha sido constituida por Dios como elemento vital en la economía de su gracia; de suerte que su intervención le procura a Él una gloria mayor, y a nosotros, más copiosas gracias.

Y así como se complació el Eterno Padre en darnos a María como abogada nuestra y en recibir de sus manos nuestros homenajes, de igual manera se dignó hacerla Medianera de sus gracias; es decir, el Camino por donde encauza el caudal de favores que tan a manos llenas derrama su bondad todopoderosa, particularísimamente Aquel que es la causa y fuente de todos ellos: la Segunda Persona Divina hecha hombre, nuestra verdadera Vida y única Salvación.

«Si deseo depender de la Madre es para hacerme siervo del Hijo; si aspiro a ser todo de Ella, es para rendir a Dios mi homenaje de sujeción con mayor fidelidad» (San Ildefonso).

2. **María, Medianera de todas las gracias**

La confianza de la Legión en María no tiene límites, pues sabe que, por disposición divina, tampoco tiene límites el poder de María. Dios dio a María cuanto pudo darle, cuanto Ella era capaz de recibir, y se lo dio sin medida; el mismo Dios nos la ha dado como medio especialísimo de conseguir su gracia; porque ha dispuesto que, cuando obramos unidos a Ella, tengamos más acceso a Él, y, en consecuencia, mayores garantías de alcanzar sus dones. Realmente, así, nos sumergimos en la misma pleamar de la divina gracia, ya que María es la Esposa del Espíritu Santo y el canal por el que fluyen hasta nosotros cuantas gracias manan de la Pasión de Jesucristo. No hay nada de cuanto recibimos que no lo debamos a una intervención positiva de María; la cual, no contenta con transmitir nuestras súplicas, las hace eficaces para alcanzar cuanto piden.

Penetrada de una fe viva en este oficio mediador de María, la Legión inculca la práctica de esta especial devoción a todos sus miembros.

«Mirad con qué amor tan ardiente quiere Dios que honremos a María: de tal modo ha derramado en Ella la plenitud de todo bien, que toda nuestra esperanza, toda gracia, toda salvación, todo repito, y no lo dudemos, todo nos viene por Ella» (San Bernardo, *Sermo de Aquaeductu*).

3. **María Inmaculada**

La Legión vuelve sus ojos, en segundo término, a la Inmaculada Concepción de María.

Ya en la primera junta de la Legión se reunieron los socios alrededor de un altarcito de la Inmaculada, para orar y deliberar; y, hoy día, ese mismo altar

constituye el centro de todas las juntas legionarias, en todo el mundo. Y se puede afirmar que el primer soplo de vida de la Legión fue una jaculatoria en loor de este privilegio de María; privilegio que preparó a esta excelsa Señora para recibir todas las demás prerrogativas y grandezas que se le concedieron después.

La primera voz profética de la Escritura, al prometernos a María, hizo ya mención de esta Concepción Inmaculada, que forma parte de María, que es María; ahí, juntamente con este privilegio, se presagia toda la serie de maravillas que habían de arrancar de él, a saber: la Divina Maternidad, el aplastar la cabeza de la serpiente infernal por medio de la Redención, y la Maternidad espiritual de María respecto de los hombres: *Pongo hostilidad entre ti y la Mujer, entre tu linaje y el suyo: Él pisará tu cabeza cuando tú hieras su talón (Gén 3,15)*.

A estas palabras, dichas por Dios a Satanás, acude la Legión a fin de beber en ellas como en la fuente de su confianza y fortaleza en su lucha contra el pecado. Aspira de todo corazón a ser el linaje de María, su Descendencia en el pleno sentido de la palabra, porque en eso radica la promesa de la victoria. Cuanto más se acentúa esa maternidad de María, más se intensifica la oposición a las fuerzas del mal, y la victoria es más completa.

«Las Sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, así como la venerable tradición, muestran el papel de la Madre del Salvador en el proyecto de salvación, y hasta con indiscutible evidencia. Los libros del Antiguo Testamento describen la historia de la salvación, por la que la venida de Cristo a la tierra fue detenidamente preparada. Los primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia y se comprenden a la luz de una posterior y plena revelación, nos traen la figura de una mujer, Madre del Redentor, presentándola con una luz cada vez más clara. A la vista de esta luz, Ella está ya proféticamente prevista en la promesa de una victoria sobre la serpiente, que le fue dada a nuestros primeros padres caídos en el pecado (cf. **Gen 3,15**)» (LG, 55).

4. **María, nuestra Madre**

Si nos honramos con el título de hijos, forzosamente tendremos que apreciar la maternidad de la que nos viene este título. De ahí que el tercer aspecto de la devoción legionaria a María es honrarla devotísimamente como a verdadera Madre nuestra que es.

Fue hecha Madre de Cristo cuando, al saludo del ángel, respondió dando su humilde consentimiento: *Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho (Lc 1,38)*.

Nos fue dada como Madre nuestra entre las angustias del Calvario, al decir Jesús desde la cruz: *Mujer, éste es tu hijo*; y al decirle a Juan: *Ésa es tu madre (Jn 19,26-27)*. Estas palabras se dirigieron a todos los escogidos, representados allí por Juan; y María, cooperando plenamente a la Redención con su consentimiento y sus dolores, fue hecha entonces Madre nuestra, en el sentido más profundo de la palabra *Madre*.

Somos verdaderos hijos de María, luego hemos de portarnos como tales: como hijos pequeños, dependientes de Ella en todo. A Ella debemos acudir para que nos alimente, nos guíe, nos instruya, cure nuestras dolencias, nos consuele en nuestros pesares, nos aconseje en nuestras dudas, y nos conduzca al buen camino cuando nos extraviemos, a fin de que, entregados totalmente a su cuidado, crezcamos en la semejanza de nuestro Hermano Mayor, Jesús, y compartamos con Él su misión de combatir el pecado y vencerlo.

«María es Madre de la Iglesia, y no sólo porque es la Madre de Cristo y su más íntima colaboradora en "la nueva economía, en la que el Hijo de Dios tomó de Ella una naturaleza humana, pudiendo así, a través del misterio de su carne, liberar al hombre del pecado"; sino, también, porque brilla ante la comunidad entera de los elegidos como modelo de virtudes. Ninguna madre humana puede limitar su misión de madre al sólo engendramiento de un nuevo ser. Deberá, además, criar y educar a su prole. En este sentido, la

bienaventurada Virgen María participó en el sacrificio redentor de su Hijo, y de un modo tan íntimo, que mereció ser proclamada por Él Madre, no sólo de su discípulo Juan, sino permítasenos afirmarlo del género humano que éste simbolizaba; y continúa ahora realizando desde el cielo su función maternal, como cooperadora en el nacimiento y desarrollo de la vida divina en las almas de cada uno de los redimidos. Ésta es una verdad en extremo consoladora, que, por libre voluntad del sapientísimo Dios, forma parte integrante del misterio de la salvación humana; por tanto debe ser considerada de fe por todos los cristianos» (SM).

5. La devoción legionaria, raíz del apostolado legionario

Uno de los deberes más sagrados de la Legión será manifestar exteriormente esta tan acendrada devoción a la Madre de Dios, que tiene en su corazón. Pero, como la Legión no puede actuar sino a través de sus miembros, ruega encarecidamente a cada uno de éstos que asuma plenamente este espíritu, haciéndolo objeto de seria meditación y alma de su apostolado.

Si esta devoción a María ha de ser verdaderamente un tributo legionario, es preciso que constituya una parte integral de la Legión, un deber tan esencial a todos los socios como la junta semanal o el trabajo activo; y por lo tanto, todos han de participar en esta devoción con perfecta unanimidad. De tan capital importancia es este punto, que nunca acabarán los legionarios de grabárselo debidamente en su mente.

Esta participación unánime de espíritu mariano es cosa muy delicada, y, como en esto actúan todos, todos pueden comprometerla: de modo que cada cual ha de salir fiador de ella como de un sagrado depósito. Si en esto hay alguna deficiencia, si los legionarios no son como *pedras vivas, que van entrando en la construcción del edificio espiritual (1 Pe 2,5)*, entonces falla una parte esencial de la estructura de la legión. Cada socio que se enfríe en su amor a María será una piedra caída del edificio; y, si el espíritu general

decajera del primitivo fervor, la Legión vendría a ser no un refugio, sino una casa en ruinas: no podría ya cobijar a sus hijos, y mucho menos sería hogar de nobleza y santidad, ni punto de partida para empresas heroicas.

En cambio, unidos todos como un solo miembro en el puntual y fervoroso cumplimiento de este deber del servicio legionario, no solamente se destacará la Legión entre todas las organizaciones católicas por su ardentísimo amor a María; estará, además, dotada de maravillosa unidad de espíritu, de miras y de acción. Es tan preciosa a los ojos de Dios esta unidad nacida del amor a la Virgen, que Dios le ha conferido un poder irresistible. Pues, si sólo a un alma le vienen tan grandes gracias por este camino real de la devoción a la Madre de Dios, ¿qué no ha de recibir toda una organización que *persevera en oración con María (Hch 1,14)*, con Aquella que todo lo ha recibido de Dios? Participando –como participa– con Ella de un mismo espíritu, y entrando tan de lleno por Ella en el plan divino sobre la distribución de las gracias, ¿cómo no ha de estar dicha organización repleta del Espíritu Santo? (Hch 2,4), ¿cómo no va a ser instrumento de *muchos prodigios y señales?* (Hch 2,43).

«Orando en medio de los Apóstoles, y amándolos fervorosamente con su corazón maternal, la Virgen hace bajar al Cenáculo ese tesoro que, en adelante, enriquecerá siempre a la Iglesia: la plenitud del Paráclito, la Dádiva suprema de Cristo» (ISE).

6. ¡Si María fuese conocida!

Al sacerdote, que lucha casi desesperadamente en un mar de indiferencia religiosa, le recomendamos que lea las siguientes palabras del padre Fáber, entresacadas de su introducción a *La Verdadera Devoción a María*, de San Luis M^a de Montfort, fuente perenne de inspiración para la Legión; porque le darán pie para reflexionar en lo útil que le puede ser

la Legión. Prueba el mencionado padre Fáber que la triste condición de las almas es efecto de no conocer ni amar bastante a María: «La devoción que le tenemos es limitada, mezquina y pobre; no tiene confianza en sí misma. Por eso no se ama a Jesús, ni se convierten los herejes, ni se ensalza a la Iglesia. Almas que podrían ser santas, se marchitan y mueren; no se frecuentan los sacramentos como es debido, ni se evangeliza con entusiasmo y fervor. Jesús está oscurecido porque María ha quedado en la penumbra. Miles de almas perecen porque impedimos que se acerque a ellas María. Y la causa de todas estas funestísimas desgracias, omisiones y desfallecimientos es esta miserable e indigna caricatura que tenemos la osadía de llamar “nuestra devoción a la santísima Virgen”. Si hemos de dar fe a las revelaciones de los santos, Dios nos está urgiendo a que tengamos a su bendita Madre una devoción más profunda, más amplia, más robusta; una devoción muy otra de la que hemos tenido hasta el presente... Pruébelo cada uno por sí mismo, y quedará atónito al ver las gracias que trae consigo esta devoción nueva: se obrará en su alma tal transformación, que no le dejará mucho tiempo en la duda de su gran eficacia –insospechada antes– como medio de poner a los hombres en el camino de su salvación y preparar el advenimiento del Reinado de Cristo».

«A la Virgen poderosa le es dado aplastar la cabeza de la serpiente infernal; a las almas unidas a Ella, vencer al pecado. En esto hemos de poner una fe inquebrantable y una esperanza firme.

Dios está dispuesto a dárnoslo todo; luego todo depende de nosotros. ¡Y de ti, Madre de Dios! ¡Tú lo recibes todo, y lo atesoras, para hacerlo llegar hasta nosotros! Sí, todo depende de que se unan los hombres con Aquella que todo lo recibe de Dios» (Gratry).

7. Manifestar a María al mundo

Si de tantos prodigios es instrumento la devoción a María, el principal empeño tendrá que consistir en aplicar este instrumento, para manifestar a María al mundo. La Legión está constituida por seglares, y, por lo tanto, es ilimitada en cuanto al número de socios, y capaz de abrirse camino en todas partes; por seglares apóstoles que aman a María con todas sus fuerzas, y que quieren encender este mismo amor en los demás corazones, utilizando, para conseguirlo, los múltiples recursos a su alcance. ¿Quién duda, entonces, de que la Legión es la organización llamada a realizar tan grande empresa?

La Legión lleva con indecible orgullo el bendito nombre de María; como organización tiene sus más hondos cimientos en una confianza filial, ilimitada, en María; y da solidez a esos cimientos mediante la implantación de esta confianza en el corazón de cada uno de sus miembros; y se sirve luego de éstos como de otros tantos instrumentos, dotados de perfecta armonía, lealtad y disciplina. Esta Legión de María no considera presunción, sino justa medida de confianza, el creer que su organización constituye –por decirlo así– un mecanismo apostólico que sólo requiere la dirección de la Autoridad para conquistar al mundo entero, y ser, en manos de María, un órgano destinado por Ella a ejercer su función de Madre de las almas, y perpetuar su eterna misión de aplastar la cabeza de la Serpiente.

El que cumple la voluntad de mi Padre del Cielo, es hermano mío y hermana y madre (Mc 3,35). «¡Oh poder de la virtud!

¡A qué alturas no eleva a los que la practican! En el transcurso de los siglos, ¡cuántas mujeres han envidiado la dicha de la bendísima Virgen! ¡Cuántas han dicho que, a cambio de merecer la gracia de tan gloriosa maternidad, hubieran sacrificado todo, todo! Y, sin embargo, ¿qué les impide a ellas participar en esa misma maternidad? Aquí el Evangelio habla de un nuevo parentesco» (San Juan Crisóstomo).

6. DEBERES DE LOS LEGIONARIOS PARA CON MARÍA

1. Meditar seriamente en esta devoción, y practicarla con celo, es un deber sagrado para con la Legión, y constituye un elemento esencial a la calidad de socio de la misma, debiéndose anteponer su cumplimiento a toda otra obligación legionaria (véase el capítulo 5, «La devoción legionaria», y el apéndice 5, «La Cofradía de María Reina de todos los corazones»)

La Legión vive para manifestar (a) María al mundo, como medio infalible de conquistar al mundo para Jesucristo. Un legionario que no tuviere a María en su corazón, en nada contribuirá al logro de este fin. Estará divorciado de toda aspiración legionaria; será un soldado sin armas, un eslabón roto en la cadena, o mejor dicho, un brazo paralizado; unido, si, materialmente al cuerpo, pero inutilizado para todo trabajo.

Un ejército –y la Legión lo es– pone todo su empeño en unir a los soldados con su caudillo tan estrechamente que ejecuten pronta y concertadamente sus planes, obrando todos como un solo hombre. Para esto sirven tantos y tan complejos ejercicios militares. Además, en un ejército tiene que haber –y de hecho así ha sido en los más célebres de la historia –una adhesión apasionada al jefe, que intensifique la unión de los soldados con él y haga fáciles los mayores sacrificios impuestos por el plan de campaña. Del caudillo se puede decir que es el alma y la vida de sus subordinados; que éstos le llevan en el corazón; que son una misma cosa con él, etc.; frases todas que revelan la eficacia del mando. Pues bien: si estas frases son expresivas de lo que sucede en los ejércitos terrenales, más propiamente deberían aplicarse a los legionarios de María, porque, si eso otro es fruto del patriotismo o de la disciplina

militar, la unión entre todo cristiano y María, su Madre, es incomparablemente más estrecha y verdadera.

Por eso, decir que María es el alma y la vida del buen legionario es trazar una imagen muy inferior a la realidad; esta realidad está compendiada por la Iglesia cuando llama a nuestra Señora *Madre de la divina gracia, Mediadora de todas las gracias*, etc. En estos títulos queda definido el dominio absoluto de María sobre el alma humana: un dominio tal y tan íntimo, que no es capaz de expresarlo adecuadamente ni la más estrecha unión en la tierra: la de la madre con su hijo en su seno. Estas y otras comparaciones, sacadas de la misma naturaleza visible, nos ayudarán algo a conocer el puesto que ocupa María en el obrar de la divina gracia. Sin corazón no circula la sangre; sin ojos no hay comunicación con el mundo de los colores; sin aire, de nada vale el aleteo del ave, no hay vuelo posible. Pues más imposible aún es que el alma, sin María, se eleve hasta Dios y cumpla sus designios. Él lo ha querido así.

Esta dependencia nuestra de María es constante, aunque no la advirtamos, porque es cosa de Dios, no una creación de la razón o del sentimiento humano. Con todo, podemos –y debemos– robustecer esta dependencia más y más, sometiéndonos a ella libre y espontáneamente. Si nos unimos íntimamente con Aquella que –como afirma San Buenaventura– es la dispensadora de la Sangre de nuestro Señor, descubriremos maravillas de santificación para nuestras almas; brotará en nosotros un manantial de insospechadas energías, con las que podremos influir en la vida de los demás. Y aquellos que no pudimos rescatar de la esclavitud del pecado con el oro de nuestro mejor esfuerzo, recobrarán– todos ellos, absolutamente todos– su libertad, cuando en ese oro engaste María las joyas de la preciosa Sangre de su Hijo, que Ella posee como tesoro.

El legionario debe estar totalmente imbuido de esta influencia incesante de María; comience con un fervoroso acto de consagración, y renuévelo frecuentemente

con alguna jaculatoria que lo compendie –por ejemplo: *Soy todo tuyo, Reina mía, Madre mía, y cuanto tengo tuyo es–*; hasta llegar, a fuerza de repetidos y fervientes actos, a poder decir que «respira a María como el cuerpo respira el aire» (San Luis María de Montfort).

En la santa misa, la sagrada comunión, visitas al Santísimo, el santo rosario, vía crucis y otros actos de piedad, el legionario debe procurar identificarse –por decirlo así– con María, y mirar los misterios de nuestra redención con los ojos de Aquella que los vivió juntamente con el Salvador y tomó parte en todos ellos.

Si imita así a María; si le vive agradecido; si se alegra y se duele con Ella; si le dedica lo que Dante llama «largo estudio y gran amor»; si la recuerda en cada oración, en cada obra, en cada acto de su vida íntima; si se olvida de sí y de sus propias fuerzas y habilidades, para depender de Ella; si es así y actúa así, tan henchido quedará el legionario de la imagen y del conocimiento de María, que él y Ella no parecerán sino un solo ser. Y, perdido en las inmensidades del alma de María, el legionario participará de su fe, de su humildad, de su corazón inmaculado, con todo su poder de intercesión; y pronto, muy pronto, se verá transformado en Cristo, meta suprema de la vida. María, a su vez, corresponderá a la generosa entrega del legionario; entrará Ella misma a participar en todas sus empresas apostólicas, derramará por medio de él su ternura de Madre sobre las almas, y no sólo le dará la gracia de ver en aquellos para quienes trabaja y en sus hermanos legionarios a la persona de Jesucristo, sino que, en su mismo trato con ellos, le inspirará aquel finísimo amor y delicada solicitud que Ella prodigó al cuerpo físico de su divino Hijo.

Al ver la Legión que sus miembros están hechos así copias vivientes de María, se proclama *Legión de María*, destinada a compartir con Ella su misión salvadora en este mundo, y a ser coronada con su triunfo. La Legión manifestará a María al mundo, y María derramará sobre el mundo su luz, y lo abrasará en el fuego de su amor.

«Vivid gozosos con María; sufrid con Ella todas vuestras pruebas; con Ella trabajad, orad, recreaos y tomad vuestro descanso. En compañía de María buscad a Jesús; llevadle en brazos; y con Jesús y María fijad vuestra morada en Nazaret. Id con María a Jerusalén; quedaos bajo la Cruz; sepultaos con Jesús. Con Jesús y María resucitad y subid al cielo. Con Jesús y María vivid y morid» (Tomás de Kempis, *Sermón a los novicios*).

2. La imitación de la humildad de María es la raíz y el instrumento de toda acción legionaria

La Legión se dirige a sus miembros hablando en términos de combate. Y con razón, porque ella es el instrumento activo visible de Aquella que es temible *como un ejército en orden de batalla*, y que se esfuerza denodadamente por el alma de cada hombre; y, también, porque el ideal militar crea en los hombres, además del entusiasmo de todo ideal, unas insospechadas energías. Los legionarios de María, al sentirse sus soldados, se verán impulsados a trabajar con una exigencia disciplinada, y sin perder de vista que sus acciones bélicas son ajenas a este mundo, y que, por lo tanto, han de conducirse, no según la táctica militar de este mundo, sino del cielo.

El fuego que llamea en el corazón del verdadero legionario prende sólo cuando encuentra unas cualidades que el mundo desconoce y tiene como vil escoria; en particular, la humildad: esa virtud tan poco comprendida y tan menospreciada, cuando es en sí nobilísima y vigorosa, y confiere singular nobleza y mérito a quienes la buscan y se abrazan a ella.

La humildad desempeña un papel único en la vida de la Legión. Primero, como instrumento esencial del apostolado legionario: el principal medio de que se vale la Legión para su obra es el contacto personal, y no le será posible ni realizar ni perfeccionar este contacto sino mediante socios dotados de modales henchidos de dulzura y sencillez, que sólo pueden brotar de un corazón sinceramente humilde. En segundo lugar, la

humildad es para la Legión más que mero instrumento de su apostolado: es la cuna misma de este apostolado. Sin humildad no puede haber acción legionaria eficaz.

Según Santo Tomás de Aquino, Cristo nos recomendó por encima de todo la humildad, y por esta razón: porque con ella se anula el principal impedimento para nuestra santificación. Todas las demás virtudes derivan de ella su valor. Sólo a ella le concede Dios sus dones, y los retira en cuanto ella desaparece. De la humildad brota la fuente de todas las gracias: la Encarnación. En su *Magnificat* dice María que Dios hizo en Ella alarde del poder de su Brazo, es decir: usó con Ella toda su omnipotencia. Y da la razón: su humildad. Ésta fue la que atrajo la mirada de Dios sobre María, y la que le hizo descender a la tierra para acabar con el mundo viejo e inaugurar otro nuevo.

Mas, ¿cómo pudo ser María dechado perfectísimo de humildad, si estaba enriquecida –y Ella era consciente– de un cúmulo de perfecciones del todo inconmensurables, rayano en lo infinito? Cierto. Pero era humildísima porque, al mismo tiempo, se veía también redimida, y más enteramente que todos los demás hijos de Adán; y jamás perdía de vista que sólo debido a los méritos de su Hijo estaba Ella adornada de tantas gracias y dones. Su inteligencia sin igual –iluminada por la luz de lo alto– percibía con claridad meridiana que, habiendo recibido de Dios más que nadie, más que nadie era deudora a la divina generosidad, y una actitud fina y exquisita de agradecimiento y de humildad brotaba en Ella de modo espontáneo y permanente.

De María, pues, aprenderá el legionario que la esencia de la verdadera humildad consiste en ver y reconocer, con toda sencillez, lo que realmente es uno delante de Dios; en entender que uno, por sí mismo, no tiene como propio suyo más que el pecado, y que todo lo demás es don gratuito de Dios, el cual puede aumentar, disminuir o retirar los dones con la misma libertad con que los otorgó. La convicción de nuestra absoluta dependencia de Dios se evidenciará

en una predilección marcada por los oficios humildes y poco buscados, en una disposición de ánimo pronta a sufrir el menosprecio y las contrariedades; en resumidas cuentas: adoptaremos hacia cualquier manifestación de la voluntad divina una actitud que refleje la de María, y que Ella misma expresó en estos términos: *He aquí la esclava del Señor (Lc 1,38)*.

La unión del legionario con su celestial Reina es imprescindible; mas, para realizar esta unión, no basta desearla, se precisa también capacitarse para ella. Ya puede uno, con la mejor voluntad, ofrecerse a sentar plaza para salir buen soldado, que, si no reúne las cualidades requeridas para ser de él una pieza bien ajustada de la máquina militar, su sujeción al mando resultará ineficaz: no hará más que estorbar la ejecución del plan de campaña. Dígase lo mismo respecto del legionario. Ya puede estar encendido en deseos de escalar un puesto eminente en el ejército de su Reina; no basta: tiene que mostrarse capaz de recibir lo que tan ardientemente anhela María darle. Ahora bien, ¿de dónde vendrá su incapacidad? En el caso de un soldado de la tierra, provendrá de la falta de valor, de inteligencia, de salud física, etc.; en un legionario de María esa incapacidad vendría de la falta de humildad. Sin humildad es de todo punto imposible conseguir los dos fines de la Legión: la santificación personal de sus miembros y la irradiación de la santidad en el mundo. Y sin humildad no puede haber santidad; ni puede haber apostolado legionario, porque le faltaría su alma: la unión con María. Es que la unión lleva consigo alguna semejanza; mas sin humildad –la virtud característica de María– no puede haber semejanza con Ella y, por lo tanto, tampoco unión. La unión con María es la condición indispensable de toda acción legionaria: su fundamento, su raíz, y como el terreno donde germina; si falta ese terreno de la humildad, es hasta inconcebible pensar que pueda darse y fructificar esa unión. La vida del legionario se irá secando como una pobre planta.

El corazón de cada legionario es el primer campo de batalla donde moviliza la Legión sus fuerzas. Cada socio tiene que luchar consigo mismo primero, y derrocar el espíritu de orgullo y amor propio que se alza en su corazón. Y, ¡cómo cansa la lucha contra la raíz de todos los males dentro de nosotros mismos! ¡Qué agotador este continuo esfuerzo para tener en todo pureza de intención! Es una pelea de toda nuestra vida. Y los que fracasan son aquellos que se fían de sus propias fuerzas, porque se convierten en enemigos de sí mismos. ¿De qué le vale a uno una fuerte musculatura si se está hundiendo en arena movediza? Lo que necesita es alguien que le tienda su mano vigorosa.

Legionario: esa mano fuerte te la tiende María; no te fallará, porque está firmísimamente arraigada en la humildad, que para ti es vital. Si eres fiel en practicar el espíritu de absoluta dependencia de María, irás por un camino ancho y recto, un camino real que lleva a la humildad, a esa humildad que San Luis María de Montfort llama «el secreto de la gracia, tan poco conocido, pero capaz de vaciarnos de nosotros mismos pronta y fácilmente, llenarnos de Dios y hacernos perfectos».

Veamos cómo es esto. El legionario, para volver los ojos a María, necesariamente tiene que apartarlos de sí mismo; María toma por su cuenta ese cambio y le da un valor nuevo más alto: lo transforma en muerte del yo pecador, condición dura, pero necesaria, de la vida cristiana (Jn 12,24-25). El talón de la Virgen humilde quebranta la serpiente del mal en sus múltiples cabezas:

a) la vana exaltación. Si a María, tan rica en perfecciones hasta el punto de ser llamada por la Iglesia Espejo de justicia— y dotada de tan ilimitado poder en el reino de la gracia, la vemos postrada de rodillas como simple esclava del Señor, ésta y no otra deberá ser la actitud de su legionario;

b) el buscarse a sí mismo. Habiéndose entregado a sí mismo en todos sus bienes —espirituales y temporales— en manos de María para que de todo disponga Ella, el legionario deberá continuar sirviéndola con el mismo espíritu de generosidad;

c) la propia suficiencia. El hábito de confiar en María produce inevitablemente la desconfianza en las propias fuerzas;

d) la presunción. La conciencia de colaborar con María lleva consigo la persuasión de la propia insuficiencia: pues, ¿qué ha aportado el legionario, sino su miseria y debilidad?

e) el amor propio. ¿Dónde hallará el legionario en sí mismo cosa digna de aprecio? ¿Cómo distraer sus ojos con la vista de su propio valer, si está totalmente absorto en el amor y contemplación de su excelsa Reina?

f) la propia satisfacción. En este santo compromiso, lo superior acaba por predominar sobre lo inferior. Además, el legionario ha tomado a María como modelo, y aspira a imitar su perfectísima pureza de intención;

g) el buscar los propios intereses. Desde que uno se apropia de los criterios de María, uno busca sólo a Dios, ya no caben proyectos de vanidad ni intereses de recompensa;

h) la propia voluntad. Sometido en todo a María, el legionario desconfía de sus impulsos naturales, y presta oído atento a las secretas inspiraciones de la gracia.

En el legionario realmente olvidado de sí mismo ya no habrá obstáculos a las maternales influencias de María; y, así, Ella hará brotar en él nuevas energías y espíritu de sacrificio; y hará de él un buen soldado de Cristo (2 Tim 2, 3), bien equipado para el duro servicio que en su profesión le espera.

«Dios se deleita en obrar sobre la nada; sobre los abismos de la nada levanta Él las creaciones de su poder. Debemos estar llenos de celo por la gloria de Dios, y, al mismo tiempo, convencidos de nuestra incapacidad para promoverla. Hundámonos en el abismo de nuestra nada y cobijémonos a la sombra abismal de nuestra bajeza; y esperemos tranquilos hasta que el Todopoderoso tenga a bien tomar nuestros esfuerzos como instrumento de su gloria. Si lo hace, será por medios muy distintos a los que hubiéramos imaginado naturalmente. ¿Quién

contribuyó jamás, después de Jesucristo, a la gloria de Dios tanto y de modo tan sublime como María? Y, sin embargo, todos sus pensamientos los encauzaba Ella con deliberación plena a su propio aniquilamiento. Su humildad parecía poner trabas a los designios de Dios sobre Ella; pero no, todo lo contrario: fue esa humildad, precisamente la que facilitó la ejecución de sus designios de misericordia», (*Grau, El interior de Jesús y María*).

3. Una auténtica devoción a María obliga al apostolado

En otra parte de este Manual hemos subrayado que, cuando se trata de Cristo, no podemos estar escogiendo de Él solo lo que nos agrade: no podemos aceptar al Cristo de la gloria sin aceptar también en nuestras vidas al Cristo del dolor y de la persecución; porque hay un solo Cristo, que no puede ser dividido. Tenemos que tomarlo tal como es. Si vamos a Él en busca de paz y felicidad, puede ser que nos encontremos clavados en la cruz. Los polos opuestos están unidos y no pueden ser separados: no hay palma sin pena, no hay corona sin espinas, no hay mieles sin hieles, no hay gloria sin cruz. Buscamos lo uno, y nos encontramos también con lo otro.

Y la misma ley se aplica a nuestra Señora. Tampoco podemos dividirla y escoger la parte que nos halague. No podemos participar en sus alegrías sin que nuestros corazones se sientan al poco tiempo traspasados por sus dolores.

Si queremos llevarla con nosotros, como San Juan, el discípulo amado (Jn 19,27), ha de ser toda entera. Si queremos quedarnos sólo con un aspecto de su ser, es fácil que se nos escape totalmente. Luego nuestra devoción a María tiene que mirar todas las caras de su personalidad y misión, y tratar de reproducirlas; y no debe preocuparnos especialmente lo que no es lo más importante. Por ejemplo, es muy hermoso y útil mirarla como nuestro dulcísimo modelo, cuyas virtudes hemos de copiar; pero esto, y nada más, sería una devoción parcial, y hasta mezquina. Tampoco basta

rezarle, por muchas oraciones que pronunciemos, ni conocer y agradecer gozosamente los innumerables y maravillosos modos con que las Tres Divinas Personas la han adornado, edificando sobre Ella su Proyecto, haciéndola fiel reflejo de sus propios atributos divinos. Tenemos que tributar a María todos estos homenajes, porque los merece; pero todo eso no es sino una parte del todo. Nuestra unión con Ella, es lo único que hará a nuestra devoción lo que debe ser. Y esta unión significa necesariamente comunión de vida con Ella. Y la vida de Ella no consiste principalmente en ser objeto de nuestra admiración, sino en comunicarnos la gracia.

Toda su vida y todo su destino es la Maternidad, primero de Cristo y luego de los hombres. Ése es el fin para el que la Santísima Trinidad, después de una deliberación eterna, la preparó y la creó; así lo afirma San Agustín. En el día de la Anunciación comenzó Ella su maravillosa misión, y desde entonces ha sido la madre hacendosa, atenta a las tareas de su casa. Por algún tiempo, esas tareas se limitaron a Nazaret, pero pronto la casita se convirtió en el universo mundo, y su Hijo abarca a toda la humanidad. Y así ha seguido; sus labores domésticas continúan a través de los siglos, y nada se puede hacer en este Nazaret ampliado sin contar con Ella. Cuanto hagamos nosotros por el Cuerpo místico de Cristo no es más que un complemento de sus cuidados; el apóstol se suma a las actividades de la Madre. Y, en este sentido, la santísima Virgen podría declarar: *Yo soy el apostolado*, casi del mismo modo que dijo: *Yo soy la Inmaculada Concepción*.

Esta maternidad espiritual es su función esencial y su misma vida: si no participamos en ella, no tenemos con María verdadera unión. Por lo tanto, asentemos el principio una vez más: la verdadera devoción a María implica necesariamente el servicio de los hombres. María sin la Maternidad y el cristiano sin el apostolado son ideas análogas: ambas son incompletas, irreales, insustanciales y contrarias al Plan de Dios.

Por consiguiente, la Legión no descansa como algunos suponen sobre dos principios: María y el apostolado; sino sobre María como principio único, que abarca el apostolado y, bien entendida, toda la vida cristiana.

Los sueños, sueños son: igualmente iluso puede ser un ofrecimiento meramente verbal de nuestros servicios a María. No hay que pensar que los compromisos del apostolado bajarán del cielo como lenguas de fuego sobre aquellos que se contenten con esperar pasivamente hasta que eso suceda; es de temer que los ociosos seguirán en su ociosidad. La única manera eficaz de querer ser apóstoles es emprender el apostolado. Una vez dado el paso, viene luego María a tomar nuestra actividad, y la incorpora a su Maternidad.

Es más: María no puede pasar sin esta ayuda. ¿No decimos un disparate? ¿Cómo puede ser que la Virgen Poderosa dependa de la ayuda de personas tan débiles como nosotros? Pues así es. La divina Providencia ha querido contar con nuestra cooperación humana, para que el hombre se salve por el hombre. Es verdad que María dispone de un tesoro de gracias sobreabundante; pero, sin nuestra ayuda, no puede distribuirlas. Si su poder obedeciera solamente a su corazón, el mundo se convertiría en un abrir y cerrar de ojos; pero tiene que esperar a disponer de elementos humanos: sin ellos, María no puede ejercer su Maternidad, y las almas pasan hambre y mueren. Por eso acepta con ansia a cuantos se ponen a su disposición, y se sirve de todos y de cada uno de ellos, y no sólo de los santos y sanos, sino también de los débiles y enfermos. Hay tanta necesidad de todos, que nadie será rechazado. Y, si hasta los más débiles sirven para ser instrumentos del poder de María, de los mejores se servirá Ella para hacer ostentación de su soberanía. El mismo sol, que lucha por penetrar un cristal sucio, embiste con su fulgor un cristal sin mancha.

«¿No son Jesús y María el nuevo Adán y la nueva Eva, a quienes el árbol de la cruz unió en la congoja y el amor, para

reparar la falta cometida en el Edén por nuestros primeros padres? Jesús es la fuente –y María el canal– de las gracias que nos hacen renacer espiritualmente y nos ayudan a reconquistar nuestra patria celestial.

Juntamente con el Señor, bendigamos a Aquella a quien Él ha levantado para que sea la Madre de Misericordia, nuestra Reina, nuestra Madre amantísima, Mediadora de sus gracias, dispensadora de sus tesoros. El Hijo de Dios hace a su Madre radiante con la gloria, la majestad y el poder de su propia realeza. Por haber sido Ella unida al Rey de los mártires en su condición de Madre suya, y constituida su colaboradora en la obra estupenda de la Redención de la raza humana, permanece asociada a Él para siempre, revestida de un poder prácticamente ilimitado en la distribución de las gracias que fluyen de la Redención. Su imperio es tan vasto como el de su Hijo, tanto que nada escapa a su dominio» (Pío XII, Discursos del 21 de abril de 1940 y del 13 de mayo de 1945).

4. Esfuerzo intenso en el servicio de María

No es lícito cubrir, con la apariencia de un espíritu dependiente de María, faltas de energía y método. Ha de ser todo lo contrario: tratando – como tratamos aquí– de trabajar con María y por María tan mancomunadamente, es menester que le ofrezcamos a Ella lo más que podamos y lo mejor; es preciso que trabajemos con tesón, con habilidad y con delicadeza. Acentuamos esto porque a veces, al advertir a ciertos praesidia y socios de que no parecían esforzarse bastante en cumplir los deberes ordinarios de la Legión o la obligación de extenderla y reclutar miembros, nos han salido con la excusa siguiente: «Yo desconfío de mis propias fuerzas, y, así, lo dejo todo a la Virgen, para que Ella obre a su gusto». Y no pocas veces se oye esto en los labios de personas sinceras, que quisieran atribuir su indolencia a alguna forma de virtud, como si energía y método fuesen señal de poca fe. También puede haber el peligro de

conducirse en esto con un criterio meramente humano: si uno es instrumento al servicio de un inmenso poder, poco importa el esfuerzo personal propio: ¿por qué matarse un pobrecito para poner en la bolsa común unas monedas, si está en sociedad con un millonario?

Aquí hay que subrayar el principio que debe regir la actitud del legionario respecto de su trabajo. Es éste: los legionarios no son, en manera alguna, simples instrumentos de la acción de María, son sus verdaderos colaboradores, que trabajan con Ella para la redención y el enriquecimiento de los hombres. Y, en esta colaboración, cada uno suple lo que le falta al otro: el legionario aporta su actividad y sus facultades humanas –es decir, todo su ser–; María contribuye con cuanto Ella es, limpiamente, con todo su poder. Ambos han de colaborar sin reserva: si el legionario es fiel al espíritu de este contrato, María nunca fallará. Luego la suerte de la empresa está en manos del legionario: depende de si contribuye o no con todas las dotes de su inteligencia y con todo el esfuerzo de su voluntad, elevados a su máximo rendimiento mediante el método riguroso y la perseverancia.

Aunque el legionario supiera de antemano que María iba a conseguir el efecto deseado independientemente de su esfuerzo, no por eso queda él dispensado de entregarse totalmente a la obra, como si todo dependiese sólo de sus propias fuerzas. El legionario ha de poner en María la más ilimitada confianza, pero, al mismo tiempo, ha de desplegar en cada momento el máximo esfuerzo, colocando su colaboración personal al mismo nivel de su confianza en María. Este principio de relación entre la fe sin límites y el esfuerzo intenso y metódico lo han expresado los santos en estos otros términos: es menester orar, como si de la oración dependiera todo y de los propios esfuerzos absolutamente nada; y luego, hay que poner manos a la obra como si tuviéramos que hacerlo todo nosotros solos.

Aquí no cabe medir el esfuerzo por la dificultad aparente de la empresa, según el juicio de cada cual; ni echar cuentas de esta manera: ¿qué es lo mínimo que tengo que dar para conseguir mi objetivo? Aún en los negocios temporales, este espíritu de regateo lleva fatalmente al fracaso; en los negocios sobrenaturales, el fracaso será igualmente fatal, y más pernicioso, porque ese espíritu mezquino no tendría ningún derecho a la gracia, de la que depende el feliz resultado. Además, no hay que fiarse de criterios humanos: muchas veces lo imposible, con un poco de empeño, se hace posible; y al revés: muchas veces no se llega a recoger la fruta que cuelga al alcance de la mano por no extender ésta, y luego viene otro y se la lleva. Quien vive haciendo cálculos en el orden espiritual, descenderá a planos cada vez más mezquinos, y, al fin, se encontrará con las manos vacías. El único camino recto y seguro es del esfuerzo total: la entrega del legionario, con toda su alma, a cada obra, grande o pequeña. Tal vez no haya necesidad de tanta energía para esa tarea determinada; es probable que baste un último detalle para dejar la obra perfecta; y, si no hubiera más miras que la perfección humana de esa obra, ciertamente no se exigiría más que ese ligero retoque requerido para terminarla; no sería menester –como dice Byron– levantar la maza de Hércules para aplastar una mariposa o para romperle los sesos a un mosquito. Pero no es así, cuando se trata de una obra legionaria.

No lo olviden nunca los legionarios: no trabajan directamente por conseguir buenos resultados; trabajan por María, y no importa si la tarea cuesta o no cuesta. El legionario debe darse de lleno a toda obra que se le encargue, consagrándole lo mejor que tiene, sea mucho o poco. Sólo así se merece que venga María a cooperar plenamente, y que haga –si fuere preciso– verdaderos milagros. Si uno no puede dar de sí más que poco, pero ese poco lo da de todo corazón, seguro que acudirá María con todo su poder de Reina, y cambiará ese débil esfuerzo en fuerzas de gigante. Y si,

después de hacer cuanto estaba a su alcance, todavía queda el legionario a mil leguas de la meta deseada, María salvará esa distancia, y dará al trabajo de ambos felicísimo remate.

Aunque se diera el legionario a una obra con intensidad diez veces mayor de la que es menester para dejarla perfecta, no se desperdiciaría ni una tilde de su trabajo. Pues, ¿acaso no trabaja sólo por María, y por llevar a cabo los planes y designios de su Reina? Ese superávit lo recibirá María con júbilo, lo multiplicará increíblemente, abastecerá con él las apremiantes necesidades de la casa del Señor. Nada se pierde de cuanto se confía en manos de la hacendosa Madre de familia de Nazaret.

Pero si, por el contrario, el legionario no contribuye por su parte sino tacañamente, quedándose corto en responder a las exigencias razonables de su Reina, entonces María se ve con las manos atadas para dar la medida de su corazón. El legionario, con su negligencia, anula el contrato de comunidad de bienes con María, que tantos tesoros encierra. ¡Qué pérdida para él y para las almas, quedarse abandonado así a los propios recursos!

No venga, pues, el legionario con excusas para su falta de esfuerzo y método, alegando que lo deja todo en manos de María. Una confianza de esta clase —con la que se niega a poner la cooperación que se le pide— viene a ser realmente una conducta cobarde e ignominiosa. ¿Serviría así un caballero a su hermosa dama?

Como si nada hubiéramos dicho hasta ahora, establezcamos este principio fundamental de nuestra alianza legionaria con María: el legionario tiene que contribuir con todo lo que tenga; a María no le corresponde suplir lo que el legionario no quiere dar. No haría Ella bien en relevarle en los esfuerzos, el método, la paciencia y la reflexión con que debe contribuir a la economía divina.

María desea dar a manos llenas; pero no puede hacerlo sino mediante el alma generosa. Llevada de las más vivas ansias de que sus hijos legionarios vayan a Ella y se aprovechen de la inmensidad de sus tesoros, les suplica con ternura –usando palabras de su divino Hijo– que le sirvan *con todo su corazón, y con toda su alma, y con toda su mente, y con todas sus fuerzas* (Mc 12,30).

Únicamente debe el legionario acudir a María para que le ayude en su esfuerzo propio, lo purifique, lo perfeccione, y sobrenaturalice lo que tenga de puramente humano, y ponga lo imposible al alcance de la humana flaqueza. Cosas todas muy grandes, que, en ocasiones, vendrían a ser el cumplimiento perfecto de las palabras de la Sagrada Escritura: las montañas serán arrancadas de cuajo y arrojadas al mar, se allanarán los montes y cerros, se enderezarán las sendas para llevar al Reino de Dios (cf. Mc 11,23).

«Todos somos siervos inútiles, pero servimos a un Maestro que es muy buen administrador, que no deja que se pierda nada: ni una gota de sudor de nuestra frente; como no deja que se pierda ni una gota de su celestial rocío. Yo no sé cuál será la suerte de este libro que escribo, ni si lo he de acabar, ni siquiera sé si he de terminar la página por donde ahora corre mi pluma. Pero sé lo bastante para dedicar a mi tarea todo lo que me quede de fuerzas y de vida, sea mucho o poco»
(Beato Federico Ozanam).

5. Los legionarios deberán emprender la práctica de la «Verdadera Devoción a María», de San Luis María de Montfort

Sería de desear que los legionarios perfeccionasen su devoción a la Madre de Dios, dándole el carácter distintivo que nos ha enseñado San Luis María de Montfort –con los nombres de *La Verdadera Devoción* o *la Esclavitud Mariana*– en sus obras: *La Verdadera Devoción a la santísima Virgen* y *El Secreto de María* (véase el apéndice 5).

Esta devoción exige que hagamos con María un pacto formal, por el que nos entreguemos a Ella con todo nuestro ser: nuestros pensamientos, obras, posesiones y bienes espirituales y temporales, pasados, presentes y futuros; sin reservarnos la menor cosa, ni la más mínima parte de ellos. En una palabra, que nos igualemos a un esclavo, no poseyendo nada propio, dependiendo en todo de María, totalmente entregados a su servicio.

Pero mucho más libre aún es el esclavo humano que el de María: aquél sigue siendo dueño de sus pensamientos y de su vida interior; y, así, es libre en todo ese campo suyo íntimo; la entrega en manos de María incluye la entrega total de los pensamientos e impulsos interiores, con todo lo que ellos encierran de máspreciado y más íntimo. Todo queda en posesión de María, todo, hasta el último suspiro, para que Ella disponga de ellos a la mayor gloria de Dios. El sacrificarse así para Dios sobre el ara del corazón de María es, en cierto modo, un martirio: un sacrificio muy parecido al de Jesucristo mismo, que lo inició ya en el seno de María, lo promulgó públicamente en sus brazos el día de su Presentación, y lo mantuvo durante toda su vida hasta consumarla en el calvario sobre el ara del corazón sacrificado de su Madre.

Esta verdadera devoción arranca de un acto formal de consagración, pero consiste esencialmente en vivirla ya desde el primer día, en hacer de ella no un acto aislado, sino un estado habitual. Si a María no se le da posesión real y absoluta de esa vida –no de algunos minutos u horas simplemente–, el acto de consagración, aunque se repita muchas veces, no vendrá a valer más de lo que puede valer una oración pasajera. Será como un árbol que se plantó, pero que no arraigó.

Mas no se crea que esta Devoción exige que la mente esté siempre clavada en el acto de consagración. Sucede aquí como en la vida física: así como esta vida sigue estando animada por la respiración y el latir del corazón, aunque no reparemos en sus movimientos, también la vida del alma puede estar animada por

la Verdadera Devoción incesantemente, aún cuando no prestemos a ella una atención consciente actual; basta que reiteremos de vez en cuando el recuerdo del dominio soberano de la Virgen, rumiando esta idea despacio y expresándola en actos y jaculatorias, para darle calor y viveza; pero con tal de que reconozcamos de una manera habitual nuestra dependencia de Ella, la tengamos siempre presente –al menos de una manera general–, y ejerza influencia real y absoluta en todas las circunstancias de nuestra vida.

Si en todo esto hay fervor sensible, será quizá una ayuda; si no lo hay, lo mismo da: nada pierde por eso la Verdadera Devoción; de hecho, esta clase de fervor no hace frecuentemente más que originar sensiblerías e inconstancia.

Hay que fijarse bien en esto: la Verdadera Devoción no es cuestión de fervor sensible; como en todo gran edificio, aunque a veces se abraza en los ardores del sol, sus hondos cimientos permanecen fríos como la roca en que descansan. La razón, normalmente, es fría. La más enérgica decisión puede ser glacial. La misma fe puede ser fría como un diamante. Y, sin embargo, éstos son los fundamentos de la Verdadera Devoción: cimentada sobre ellos, durará para siempre; y ni los hielos ni las tormentas que resquebrajan las montañas, la podrán destruir; todo lo contrario, la dejarán más fuerte que nunca.

Las gracias conseguidas mediante la práctica de esta Verdadera Devoción, y el puesto eminente que ha conseguido en la piedad de los fieles, son razones poderosísimas para indicar que se trata de un mensaje auténtico del cielo. Esto precisamente es lo que afirma San Luis María de Montfort: él vincula a esta Devoción innumerables promesas; y añade con gran seguridad que, si se cumplen las debidas condiciones esas promesas se cumplirán también infaliblemente.

¿Queremos saber lo que enseña la experiencia de cada día? Hablemos con quienes practican esta Devoción medularmente, no de forma superficial;

y seremos testigos de la gran convicción con que afirman lo que ha hecho en ellos. Preguntémosles si no son acaso víctimas del sentimiento o de su imaginación, e invariablemente nos responderán que de ninguna manera, que demasiado saltan a la vista los frutos para que pueda haber engaño.

Demos fe a todo el cúmulo de experiencias tenidas por cuantos comprenden, practican y enseñan la Verdadera Devoción. Está fuera de duda que ella profundiza la vida interior, sellándola con el distintivo de generosa entrega y pureza de intención. Comunica al alma la sensación de ir guiada y protegida, y una dulce certeza de que ha encontrado el camino seguro en esta vida. Hay miras sobrenaturales, brío, fe más arraigada; y todo eso hace que se pueda contar con uno para cualquier empresa. Y en contraposición a la fortaleza –equilibrándola– están la ternura y la sabiduría y, por fin, la suave unción de la humildad, que embalsama y preserva de corrupción a todas las demás virtudes. Lueven gracias tales, que hay que confesar que son extraordinarias; se ve uno llamado a grandes cosas, claramente superiores a los propios méritos y a las propias fuerzas naturales; pero ese mismo llamamiento trae consigo todo el socorro necesario para poder llevar, sin ningún contratiempo, la pesada y gloriosa carga. En resumidas cuentas: a cambio del generoso sacrificio que se hace mediante esta Devoción, entregándose uno voluntariamente como esclavo de amor a Jesús por medio de María, se gana el ciento por uno prometido a cuantos se despojan de sí mismos para que Dios sea glorificado más y más. Según las vibrantes palabras del Beato John Henry Newman: «Cuando servimos, reinamos; cuando damos, poseemos; cuando nos rendimos, entonces somos vencedores».

Parece que algunas personas reducen su vida espiritual, muy simplemente, a un balance egoísta de ganancias y pérdidas. Cuando se les dice que deberían entregar sus haberes en manos de su Madre espiritual, se desconciertan. Y a veces argumentan:

«Pero, si lo doy todo a María, ¿no estaré delante de mi Juez, en la hora de la salida de este mundo, con las manos vacías? ¿No se me prolongará el purgatorio interminablemente?» A lo cual responde agudamente cierto comentarista: «¡Pues claro que no! ¿Acaso no está presente María en el Juicio?» Observación profunda.

Mas el reparo que ponen algunos contra esta consagración proviene, comúnmente, no tanto de miras egoístas cuanto de una confusión de ideas. Temen por la suerte de aquellas cosas y personas por las que hay obligación de rogar: la familia, los amigos, el Papa, la patria, etc., si se dan a manos ajenas todos los tesoros espirituales que uno posee, sin quedarse con nada. Hay que decirles: «¡Fuera todos estos recelos! Hágase la consagración valientemente, que en manos de María todo está bien guardado. Ella, Guardiana de los tesoros del mismo Dios, ¿acaso no sabrá conservar y mejorar los intereses de quienes ponen en Ella su confianza? Arroja, pues, en la gran arca de su maternal corazón, juntamente con el haber de su vida, todas sus obligaciones y deberes –todo el débito–. En sus relaciones contigo, María actuará como si tú fueras su hijo único. Tu salvación, tu santificación, tus múltiples necesidades son cosas que reclaman indispensablemente sus desvelos. Cuando ruegues tú por sus intenciones, tú mismo eres su primera intención».

Pero hablando -como hablamos aquí- de sacrificio, no es leal ni noble querer probar que en esta consagración no hay pérdida ninguna: eso secaría de raíz el ofrecimiento, y le robaría su carácter de sacrificio, en que se funda su principal valor. Y, aquí, convendría recordar lo sucedido en otro tiempo con una muchedumbre de unos diez o doce mil hambrientos, que se hallaban en despoblado. Entre todos ellos, uno solo había traído algo de comer, y sus provisiones se reducían a cinco panes y dos peces. En cuanto se le rogó, se desprendió de ellas de muy buena gana. Se bendijeron los panes y los peces, se partieron, y se distribuyeron entre la multitud. Y todos, a pesar de ser tantos, comieron y se saciaron; entre ellos, el mismo que había proporcionado la cantidad original. Y aun

sobraron doce cestos llenos de rebosar (Jn 6,1-14).

Ahora bien: supongamos que aquel joven, que se desprendió de sus provisiones, hubiera contestado: «¿Qué valen mis cinco panes y dos pececillos, para hartar a tan grande gentío? Además, los necesito para los míos, que también están aquí hambrientos. Así que no los puedo ceder». Mas no se portó así: dio lo poco que tenía, y resultó que tanto él como todos los de su familia allí presentes recibieron, en el milagroso banquete, más que lo que él había dado. Y, si hubiese querido reclamar los doce cestos llenos que sobraron –a los que en cierto modo tenía derecho–, seguro que se los hubieran dado.

Así se conducen siempre Jesús y María con el alma generosa que da cuanto tiene sin regatear ni escatimar nada. Multiplican y reparten la más pequeña dádiva hasta enriquecer con ella multitudes enteras; y las mismas intenciones y necesidades propias que parecía iban a quedar descuidadas, quedan satisfechas colmadamente y con creces; y por todas partes dejan señales de la generosidad divina.

Vayamos, pues, a María con nuestros pobres panes y pececillos; pongámoslos en sus manos, para que Jesús y Ella los multipliquen, y alimenten con ellos a tantos millones de almas como pasan hambre en el desierto de este mundo.

La consagración no exige ningún cambio en cuanto a la forma externa de nuestras oraciones y acciones diarias. Se puede seguir empleando el tiempo como antes, rogando por las mismas intenciones y por cualquier otra intención que sobrevenga. Sólo, en adelante, sométase todo a la voluntad de María.

«María nos muestra a su divino Hijo, y nos dirige la misma invitación que dirigió a los sirvientes en Caná: *Haced lo que Él os diga (Jn 2,5)*. Si, a su mandato, echamos en los vasos del amor y el sacrificio el agua insípida de los mil pormenores de nuestras acciones diarias, se renueva el milagro de Caná. El agua se transforma en un vino exquisito: es decir, en las más selectas gracias, para nosotros y para los demás» (Cousin).

7. EL LEGIONARIO Y LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Es significativo que el primer acto colectivo de la Legión de María fuera dirigirse al Espíritu Santo mediante su invocación y oración, y luego, con el rosario, a María y a su Hijo.

Igualmente significativo es el hecho de que cuando, algunos años más tarde, se hizo el diseño para el vexillum, resaltara, inesperadamente, la misma nota característica: el Espíritu Santo se destacó como rasgo predominante del nuevo estandarte. Esto es sorprendente, porque tal diseño fue fruto de una concepción artística y no teológica. Un emblema profano –el estandarte de la legión romana– sirvió muy aptamente para los fines de la Legión mariana. La Paloma vino a reemplazar el águila, y la imagen de nuestra Señora ocupó el puesto de la imagen del emperador o del cónsul. Y, sin embargo, el resultado final fue representar al Espíritu Santo valiéndose de María como de medio para transmitir al mundo sus vitales influencias, y tomando Él mismo posesión de la Legión.

Y más tarde, cuando se pintó el cuadro de la téssera, en él quedó plasmado el mismo concepto espiritual: el Espíritu Santo cerniéndose sobre la Legión. Por su Poder se perpetúa la lucha: la Virgen aplasta la cabeza de la serpiente, sus batallones avanzan sobre las fuerzas del mal, hacia la victoria ya profetizada.

Otra circunstancia sorprendente: el color de la Legión es el rojo, y no, como sería de suponer, el azul. Esto fue determinado al tratar de otro detalle menor: el color de la aureola de nuestra Señora en el vexillum y en el cuadro de la téssera. Se opinaba que el simbolismo legionario requería que nuestra Señora fuera representada como llena del Espíritu Santo, y para ello se debería pintar su aureola del color del mismo Espíritu

Santo, es decir, de rojo. Y se llegó a la conclusión de que el rojo había de ser el color de la Legión. En el cuadro de la téssera resalta la misma característica: nuestra Señora es representada como la Columna de Fuego de la Biblia, toda luminosa y ardiente con el Espíritu Santo.

Por todo eso, cuando se compuso la Promesa legionaria –y aunque al principio causaba alguna sorpresa–, resultó lógico que se dirigiera al Espíritu Santo y no a la Reina de la Legión. Otra vez resuena la nota dominante: es siempre el Espíritu Santo quien regenera al mundo, y por Él son concedidas todas las gracias, hasta la gracia individual más insignificante; pero Él las concede valiéndose de María cada vez y siempre. El Hijo Eterno se hizo hombre por obra del Espíritu Santo en María. Por esa obra la humanidad está unida a la Santísima Trinidad, y María misma ocupa un puesto distinto y único con relación a cada divina Persona. Y nosotros tenemos que alcanzar por lo menos algún vislumbre de esa triple relación divina de María, si queremos corresponder a una de las gracias más escogidas de Dios: conocer el Plan Divino, que Dios no quiere que esté del todo fuera de nuestro alcance.

Los santos insisten en la necesidad de distinguir así entre las Tres Divinas Personas y de ofrendar un culto digno a cada una de Ellas. El Credo Atanasiano es medularmente dogmático, y condena enérgicamente a quienes no honran así a las Tres Divinas Personas, por ser este homenaje el fin último de la Creación y de la Encarnación.

Pero ¿es posible que vislumbremos tan incomprensible misterio? Lo podremos, ciertamente, sólo con la luz de la gracia divina. Pero esta gracia la podemos pedir con entera confianza a Aquella a quien le fue anunciado, por primera vez en el mundo, el misterio de la Trinidad. Eso fue el momento trascendental de la Anunciación. La Santísima Trinidad se reveló a María por medio del arcángel: *El Espíritu Santo bajará sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo, y será llamado Hijo de Dios* (Lc 1,35).

En esta revelación aparecen claramente las Tres Divinas Personas: primero, el Espíritu Santo, a quien se atribuye la obra de la Encarnación; segundo, el Altísimo, Padre de Aquel que va a nacer; y, por último, el Hijo, que *será grande y será llamado Hijo del Altísimo* (Lc 1,32).

El contemplar las distintas relaciones que tiene María para con las Tres Divinas Personas nos ayuda a distinguirlas claramente entre Sí:

1º Relación de María con la Segunda Persona Divina Encarnada. Es su Madre. Ésta es para nosotros la relación divino-mariana que mejor entendemos. Pero su maternidad se da en una intimidad, con una permanencia y de un modo único tal, que aventaja infinitamente a toda relación común entre hijo y madre. Entre Jesús y María importó más la unión de sus almas que su relación física, que fue secundaria. Aun separados físicamente luego de nacer Jesús, su unión espiritual no quedó interrumpida, si no que alcanzó nuevas e inconcebibles profundidades de intercomunicación estrechísima; tanto, que la Iglesia ha podido proclamar a María no sólo la Colaboradora de la Segunda Divina Persona –es decir, la Corredentora de nuestra salvación, la Mediadora de la gracia–, sino, también hoy, «semejante a Él» (cf. Gén 2,18).

2º Relación de María con el Espíritu Santo. Es comúnmente llamada su templo, su santuario, su sagrario, pero estos términos no llegan a expresar la prodigiosa realidad. La realidad es que el Espíritu Santo se ha unido tan íntimamente con María que la ha ensalzado a una dignidad inferior únicamente a la de Él. Él se la ha asociado tan íntimamente, la ha hecho tan una con Él, la anima hasta tal punto con Él mismo, que se puede afirmar que el Espíritu Santo es como el alma de María. No es ella un simple instrumento o cauce de Su actividad; es su Colaboradora inteligente, consciente; y de tal modo que, cuando obra Ella, quien realmente obra es Él; y, si uno se cierra a la intervención de Ella se está cerrando a la acción de Él.

El Espíritu Santo es el Amor, la Hermosura, el Poder, la Sabiduría, la Pureza..., todo cuanto es Dios. Si desciende

Él en su plenitud, se remedia todo mal, se resuelven los problemas más agudos en conformidad con el divino beneplácito. El hombre que así se refugia al amparo del Espíritu Santo (Sal 16,8), se sumerge en la pleamar de la Omnipotencia. Ahora bien: si una de las condiciones para atraerle a nosotros es que entendamos su relación con nuestra Señora, otra condición esencial es que apreciemos al Divino Espíritu como Persona distinta y verdadera, que tiene con relación a nosotros una misión personal, particularmente suya. Y no será posible este aprecio si no recordándole con frecuencia. Y si, en nuestras devociones a la Santísima Virgen, incluimos siquiera una rápida mirada al Espíritu Santo, estas devociones pueden ser un camino real para llegar hasta Él. Especialmente, los legionarios pueden servirse para este fin del rosario; y no sólo porque el rosario es una devoción de primera categoría al Espíritu Santo –por ser la oración principal a la Virgen–, sino también porque su contenido –los veinte misterios– conmemoran las principales intervenciones del Espíritu Santo en la obra de nuestra redención.

3º Relación de María con el Eterno Padre. Se suele definir como la de Hija. Este título trata de indicar:

a). su posición como «la primera de todas las criaturas, la Hija más grata a Dios, la más íntima y más querida» (Beato John Henry Newman);

b). la plenitud de su unión con Jesucristo, que la hace entrar en relaciones nuevas con el Padre* y le da el derecho a ser llamada místicamente «la Hija del Padre»; y

c). la semejanza preeminente que tiene con el Padre: Dios la ha hecho apta para derramar sobre el mundo la Luz Eterna que mana de ese Padre amantísimo.

Pero el título de «Hija» tal vez sea poco expresivo para indicar la influencia que María ejerce sobre nosotros

* “Como Madre de Dios, María contrae cierta afinidad con el Padre” (Lépicier)

por su relación con el Padre: y es que somos, al mismo tiempo, hijos del Padre y de Ella. «Él le ha comunicado su fecundidad, en cuanto una simple criatura era capaz de recibirla, capacitándola para producir a su Hijo y a todos los miembros del Cuerpo místico de su Hijo» (San Luis M^o de Montfort). Su relación con el Padre es un elemento vital básico: el Padre asocia a María en la comunicación de su vida a todas las almas. Pero Dios exige que los hombres le devuelvan sus dones mediante su aprecio y colaboración; por eso debemos hacer de esa unión fecunda entre el Padre y María el tema de nuestras reflexiones. Se recomienda que con esa intención especial se rece el Padre nuestro, oración que está siempre a flor de labios de los legionarios. Esta oración fue compuesta por nuestro Señor Jesucristo y pide lo que nos conviene pedir, y de una manera perfectísima. Rezándola con la debida atención y en el espíritu de la Iglesia, a la fuerza tendrá que conseguir perfectamente su objetivo: glorificar al Padre Eterno y agradecer su Don, que Él nos comunica sin cesar por medio de María.

«Como prueba de la dependencia que deberíamos tener respecto a la santísima Virgen, recordemos aquí el ejemplo que han dado de esa dependencia el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre no ha dado, ni da a su Hijo, si no es por Ella; no tiene hijos Él sino por Ella, y no comunica ninguna gracia sino por medio de Ella. Dios Hijo no ha sido formado para el mundo en general sino por Ella, no es formado diariamente ni engendrado sino por Ella, en unión con el Espíritu Santo; ni comunica Él sus méritos y sus virtudes sino mediante Ella. El Espíritu Santo no ha formado a Jesucristo sino por Ella, y sólo por Ella forma a los miembros del Cuerpo místico del Hijo, y sólo mediante Ella dispensa Él sus gracias y sus dones. Después de tantos y tan apremiantes ejemplos de la Santísima Trinidad, ¿acaso podremos, sin estar completamente ciegos, prescindir de María, no consagrarnos a Ella, y no depender de Ella?» (San Luis María de Montfort, *Tratado de la Verdadera Devoción*, 140).

8. EL LEGIONARIO Y LA EUCARISTÍA

1. La misa

Hemos advertido ya con insistencia que el primer fin de la Legión de María es la santificación personal de sus miembros. También hemos dicho que esta santificación es a la vez, para la Legión, su medio fundamental de actuar: sólo en la medida en que el legionario posea la santidad, podrá servir de instrumento para comunicarla a los demás. Por eso el legionario al empezar a servir en la Legión, pide encarecidamente llenarse, mediante María, del Espíritu Santo y ser tomado por este Espíritu como instrumento de su poder, del poder que ha de renovar la faz de la tierra.

Todas estas gracias fluyen, sin una sola excepción, del Sacrificio de Jesucristo sobre el Calvario. Y el Sacrificio del Calvario se perpetúa en el mundo por el Sacrificio de la Misa. La misa no es mera representación simbólica del Calvario, sino que pone real y verdaderamente en medio de nosotros aquella acción suprema, que tuvo como recompensa nuestra redención. La Cruz no valió más que lo que vale la misa, porque ambas son un mismo sacrificio: por la mano del Todopoderoso, desaparece la distancia del tiempo y espacio entre las dos, el sacerdote y la víctima son los mismos; sólo difiere el modo de ofrecer el sacrificio. La misa contiene todo cuanto Cristo ofreció a su Padre, y todo lo que consiguió para los hombres; y las ofrendas de los que asisten a la misa se unen a la suprema oblación del Salvador.

A la misa, pues, ha de recurrir el legionario que desee para sí y para otros copiosa participación en los dones de la Redención. Si la Legión no impone a sus miembros ninguna obligación concreta en este particular, es porque las facilidades para cumplirla dependen de muy variadas condiciones y circunstancias. Mas, preocupada de su santificación y de su apostolado, la Legión les exhorta, y les suplica encarecidamente

que participen en la Eucaristía frecuentemente -todos los días, a ser posible-, y que en ella comulguen.

Los legionarios realizan su labor en unión con María. Esto es especialmente aplicable cuando toman parte en la celebración eucarística.

La misa tal como la conocemos está compuesta de dos partes principales -la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Eucaristía-. Es importante tener en cuenta que estas dos partes están tan estrechamente relacionadas la una con la otra que constituyen un solo acto de adoración (SC, 56). Por esta razón, los fieles deben participar en toda la misa en cuyo altar se prepara la mesa de la Palabra de Dios y la mesa del Cuerpo de Cristo, de las que los fieles pueden aprender y alimentarse (SC, 48,51).

«En el sacrificio de la Misa no se nos recuerda meramente en forma simbólica el Sacrificio de la Cruz; al contrario, mediante la misa, el Sacrificio del Calvario aquella gran realidad ultraterrena queda trasladado al presente inmediato. Y quedan abolidos el tiempo y el espacio. El mismo Jesús que murió en la Cruz está aquí. Todos los fieles congregados se unen a su Voluntad santa y sacrificante, y, por medio de Jesús presente, se consagran al Padre Celestial como una oblación viviente. De este modo la santa misa es una realidad tremenda, la realidad del Gólgota. Una corriente de dolor y arrepentimiento, de amor y de piedad, de heroísmo y sacrificio mana del altar y fluye por entre todos los fieles que allí oran» (Karl Adam, *El espíritu del Catolicismo*).

2. La liturgia de la Palabra

La misa es, ante todo, una celebración de fe, de esa fe que nace en nosotros y nos alimenta a través de la Palabra de Dios. Recordamos aquí las palabras del Misal en su capítulo «Instrucción General» (Nº. 29): «Cuando las Escrituras se leen en la iglesia, es el propio Dios el que habla a su pueblo, y Cristo, presente en la palabra, está proclamando el Evangelio. De aquí que las lecturas de la Palabra de Dios estén entre los elementos más

importantes de la liturgia, y todos cuantos la escuchan deberían hacerlo con «reverencia». La homilía es también parte de la misma, de gran importancia. Es una parte necesaria de la misa de los domingos y festivos. En los demás días de la semana ha de intentarse que haya una homilía. A través de esta homilía, el sacerdote explica a los fieles el texto sagrado, como enseñanza de la Iglesia para el fortalecimiento de la fe en los allí presentes.

Al participar en la celebración de la Palabra, nuestra Señora es nuestra modelo porque es «la Virgen atenta que recibe la Palabra de Dios con fe, que en su caso fue la puerta que le abrió el sendero hacia su maternidad divina» (MCul, 17).

3. La liturgia de la Eucaristía en unión con María

Nuestro Señor Jesucristo no empezó su tarea de redención sin el consentimiento de María, solemnemente requerida y libremente otorgada. Del mismo modo que no finalizó en el Calvario sin su presencia y consentimiento. «De esta unión de sufrimientos y complacencia entre María y Cristo, Ella se convirtió en la principal restauradora del mundo perdido y dispensadora de todas las gracias que Dios obtuvo por su muerte y con su sangre» (AD, 12). Permaneció al pie de la Cruz en el Calvario, representando a toda la humanidad, y en cada misa la ofrenda del Salvador se cumple bajo las mismas condiciones. María permanece en el altar en la misma forma en que permaneció junto a la Cruz. Está allí, como lo estuvo siempre, cooperando con Jesús como la Mujer anunciada desde el principio, aplastando la cabeza de la serpiente. Por lo tanto, en cada misa oída con verdadera devoción, la atención amorosa a la Virgen ha de formar parte de la misma.

Juntamente con María, estuvieron sobre el Calvario los representantes de cierta legión –el centurión y su cohorte–, desempeñando un papel lamentable en el ofrecimiento de la Víctima; aunque ciertamente no sabían que estaban crucificando al Señor de la Gloria

(1 Cor 2,8). Pero, aún así, sobre ellos descendió la gracia a raudales. Dice San Bernardo: «Contemplad y ved qué penetrante es la mirada de la fe. ¡Qué ojos de lince tiene! Reparadlo bien: con la fe supo el centurión ver la Vida en la muerte, y en su último aliento al Espíritu soberano». Contemplando a su víctima sin vida ni figura, le proclamaron los legionarios romanos verdadero Hijo de Dios (Mt 27,54).

La conversión de estos hombres rudos y fieros fue seguramente fruto repentino e inesperado de las oraciones de María. Ellos fueron los primeros hijos extraños que recibió en el Calvario la Madre de los hombres. Desde ese momento le debió de ser muy querido el nombre de legionario. Y cuando sus propios legionarios participan en la misa cada día, uniéndose a sus intenciones y cooperando con Ella, qué duda cabe de que se los asociará, y les dará los *ojos de lince* de la fe, y hasta su propio rebosante corazón, para que muy íntimamente y con grandísimo provecho se identifiquen con la continuación del sublime Sacrificio del Calvario.

Viendo levantado en lo alto al Hijo de Dios, se unirán los legionarios con Él para formar una sola Víctima, porque la Eucaristía es a la vez el Sacrificio de Él y de ellos. Y luego comerán de la Carne de la Víctima inmolada, como el sacerdote, para participar de los frutos del divino Sacrificio en toda su plenitud.

Procurarán, además, comprender la parte tan esencial que tuvo María, la nueva Eva, en estos sagrados misterios; una cooperación tal, que «cuando su amadísimo Hijo estaba consumando la redención de la humanidad en el ara de la cruz, estaba Ella a su lado sufriendo y *redimiendo con Él*» (Pío XI). Terminada la misa, María seguirá con sus legionarios, y les hará partícipes y corresponsables con Ella de la distribución de las gracias, para que se derramen a manos llenas los infinitos tesoros de la redención sobre cada uno de ellos y sobre cuantos ellos encuentren y beneficien con su apostolado.

«La maternidad se conoce y se experimenta por parte del pueblo cristiano en el Banquete Sagrado -la celebración litúrgica del misterio de la Redención-, en el que se hace presente Cristo, su verdadero cuerpo nacido de la Virgen María.

La piedad del pueblo cristiano ha tenido el profundo sentido de un lazo entre devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; este es un hecho que puede verse en la liturgia, tanto de los pueblos de Oriente como los de Occidente, en las tradiciones de las familias religiosas, en los movimientos modernos de espiritualidad, incluyendo los de la juventud, y en la práctica pastoral de los santuarios marianos. María conduce a los fieles a la Eucaristía» (RMat, 44).

4. La Eucaristía, nuestro tesoro

La Eucaristía es el centro y la fuente de la gracia, por lo tanto debe ser la clave del esquema legionario. La actividad más ardiente no tendrá valor alguno si olvida por un momento que su principal objetivo es establecer el reino de la Eucaristía en todos los corazones. Porque de esa manera se cumple el fin para el cual Jesús vino al mundo. Este fin fue comunicarse con las almas para poder hacer de todas ellas una sola cosa con Él. El significado de esa comunicación es principalmente la Sagrada Eucaristía. «Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo. El que come de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo he de dar para la vida del mundo es mi propia carne» (Jn 6,51-52).

La Eucaristía es el bien infinito. En este sacramento está Jesucristo presente tan real y verdaderamente como estuvo en otro tiempo en la casa de Nazaret o en el cenáculo de Jerusalén. La Eucaristía no es mera figura de su Persona, o mero instrumento de su poder: es Jesucristo vivo y entero. Tan vivo y entero que aquella que le había concebido y criado «halló de nuevo en la adorable Hostia al fruto bendito de su vientre, y renovó -con su vida de unión eucarística- los dichosos días de Belén y Nazaret» (San Pedro Julián Eymard).

Muchas personas reconocen en Jesús sólo a un profeta inspirado, y como a tal le honran y le toman por modelo. Le honrarían mucho más si le viesen como más que un profeta. Entonces, ¿cuál no habrá de ser el homenaje que le debemos nosotros, que profesamos la verdadera fe? ¡Qué poca disculpa tienen los católicos que creen, pero no practican! El Jesús que otros admiran, lo poseemos nosotros vivo siempre en la Eucaristía, se pone a nuestra libre disposición, se nos da como alimento espiritual. Vayamos, pues, a Él, y sea Él nuestro pan de cada día.

Por contraste, da pena ver la indiferencia con que se mira tan gran bien: personas que creen en la Eucaristía, se privan por el pecado y el abandono de ese alimento vital, que Jesús quiso darles ya desde el primer instante de su existencia terrena. Niño recién nacido en Belén – que significa *Casa del Pan*–, ya fue reclinado entre pajas aquel trigo divino, destinado a ser amasado en pan del cielo, para unir a todos los hombres consigo, y a unos con otros, como miembros de su Cuerpo místico.

María es la Madre de ese Cuerpo místico. Y, así como en otro tiempo anduvo solícita por remediar las necesidades materiales de su divino Hijo, arde también ahora en deseos de alimentar su cuerpo espiritual; porque tan Madre es de éste como de aquél. ¡Qué angustias para su corazón, ver que su Hijo en su Cuerpo místico, padece y aun muere de hambre, pues son tan pocos los que se nutren debidamente de este divino pan, y hay algunos que no lo comen nunca! Los que aspiran a compartir con María su solicitud maternal por las almas, participen también de estas angustias y trabajen unidos a Ella para mitigar esta hambre.

El legionario debe valerse de todos los recursos que estén a su alcance para despertar en los hombres el conocimiento y amor al Santísimo Sacramento y para destruir el pecado y la indiferencia que los tienen retraídos de Él. Cada comunión que se consiga es un beneficio inconmensurable; porque, alimentando a un miembro, se alimenta al Cuerpo místico todo entero, y le hace crecer *en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres* (Lc 2,52).

«Esta unión de la Madre y el Hijo en el trabajo de redención alcanza su clímax en el Calvario, donde Cristo "se ofreció como el perfecto sacrificio de Dios"(Hb 9,14) y donde María permaneció al pie de la Cruz (cf. Jn 19,25) "sufriendo dolorosamente con su Hijo unigénito. Allí, se unió con su corazón maternal a su sacrificio, y amorosamente consintió en la inmolación de su víctima, que ella misma había concebido", y se la ofreció al Padre Eterno. Para perpetuar por los siglos el sacrificio de la Cruz, el divino Salvador instituyó el Sacrificio de la Eucaristía, la conmemoración de su muerte y resurrección, y se lo confió a su esposa, la Iglesia, la cual especialmente los domingos, reúne a los fieles para celebrar el paso de Dios por la tierra, hasta que vuelva de nuevo. Esto lo hace la Iglesia en comunión con los santos del cielo, y en particular con la Virgen nuestra Madre, cuya caridad sin límites y fe inquebrantable imita» (MCul, 20)

9. EL LEGIONARIO Y EL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO

1. Esta doctrina es la base del servicio legionario

Ya en la primera junta legionaria se puso de relieve el carácter netamente sobrenatural del servicio al que se iban a entregar los socios. Su trato con los demás había de rebotar cordialidad, pero no por motivos meramente naturales: deberían ver en todos aquellos a quienes servían a la Persona misma de Jesucristo, recordando que cuanto hiciesen a otros, aun a los más débiles y malvados, lo hacían al mismo Señor, que dijo: *Os lo aseguro: cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo* (Mt 25,40).

Así fue en la primera junta, y así ha sido después, en cuantas le han seguido. No se ha escatimado ningún esfuerzo para hacer ver a los legionarios que este móvil debe ser la base y fundamento de su servicio;

lo es, igualmente, de la disciplina y de la armonía interna de la Legión. Han de ver y respetar en sus oficiales y en sus otros hermanos al mismo Jesucristo: he aquí la verdad transformadora que debe estar bien impresa en la mente de los socios; y, para ayudarles a conseguirlo, esa verdad básica se ha puesto en las ordenanzas fijas, que se leen mensualmente en la junta del praesidium. Esas ordenanzas acentúan, además, este otro principio fundamental de la Legión: trabajar en tan estrecha unión con María, que sea Ella quien realmente ejecute la obra por medio del legionario.

Estos principios básicos de la Legión no son más que consecuencia práctica de la doctrina del Cuerpo místico de Cristo. Tal doctrina constituye el meollo de las epístolas de San Pablo. Nada extraño, pues su conversión está ligada a la proclamación de esta doctrina por el mismo Cristo. Fulguró un resplandor en lo alto; el ardiente perseguidor de los cristianos cayó a tierra deslumbrado, y oyó estas contundentes palabras: *Saulo, Saulo ¿Por qué me persigues?* Y él contestó: *¿Quién eres tú Señor?* Y Jesús le replicó: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues* (Hch 9,4-5). Y estas palabras se le quedaron grabadas en el alma como a puro fuego, y desde ese momento se sintió impulsado a hablar y escribir sobre el misterio que ellas encerraban.

San Pablo compara la unión entre Cristo y los bautizados con la que existe entre la cabeza y los demás miembros del cuerpo humano. En el cuerpo los miembros tienen cada cual su función particular; algunos son más nobles que otros; pero todos se necesitan mutuamente, y a todos los anima una misma vida. Así que el perjuicio de uno es pérdida para todos; y si uno se perfecciona, todo el cuerpo se beneficia.

La Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo y su Plenitud (Ef 1,22-23). Cristo es la cabeza, la parte principal, indispensable y perfecta, de la cual reciben todos los demás miembros su facultad para obrar, hasta su misma vida. El bautismo nos une con Cristo mediante los lazos más estrechos que se pueden imaginar.

Entendamos bien que, aquí, *místico* no quiere decir ilusorio. Nos asegura la Escritura: *somos miembros de su cuerpo* (Ef 5,30); y de ahí resultan unos deberes santos de amor y servicio de los miembros para con la Cabeza, y de los miembros entre sí (1Jn 4,15-21). La comparación del cuerpo nos ayuda mucho a darnos perfecta cuenta de estos deberes, y, si los comprendemos, ya tenemos medio camino andado para su cumplimiento.

Bien se ha dicho que ese es el dogma central del cristianismo; pues toda la vida sobrenatural –todo el conjunto de gracias concedidas al hombre– es fruto de la redención. Y esta redención descansa sobre el hecho de que Cristo y su Iglesia no constituyen sino una sola Persona mística; de modo que las reparaciones de la Cabeza –los méritos infinitos de su Pasión– pertenecen también a sus miembros, los fieles. Así se explica cómo pudo sufrir nuestro Señor por el hombre, y expiar culpas que Él no había cometido. *Cristo es el Salvador de su Cuerpo* (Ef 5,23).

La actividad del Cuerpo místico es actividad del mismo Cristo. Los fieles están incorporados a Él, y en Él viven, sufren y mueren, y en su resurrección resucitan. Si el bautismo santifica, es porque establece entre Cristo y el hombre esa comunicación de vida, por la que la santidad de la Cabeza fluye a los miembros. Los demás sacramentos –la Eucaristía sobre todo– tienen por finalidad estrechar esta unión, potenciar esta comunicación entre el Cuerpo místico y su Cabeza. También se intensifica la unión entre la Cabeza y los miembros por obra de la fe y del amor, por los lazos de gobierno y mutuo servicio dentro de la Iglesia, por el trabajo, por la humilde sumisión al sufrimiento; en resumen, mediante cualquier acto de vida cristiana. Pero todo esto se hará mucho más eficaz si el alma obra en unión libre y permanente con María.

María, en su condición de Madre de la Cabeza y de los miembros, constituye un primordial lazo de unión entre ambos. Si *somos miembros de su Cuerpo* (Ef 5,30), por la misma razón y con tanta verdad somos hijos

de María, su Madre. La santísima Virgen fue creada para concebir y dar a luz al Cristo íntegro: al Cuerpo místico con todos sus miembros, perfectos y trabados entre sí (Ef 4,15-16), y unidos con la Cabeza, Jesucristo. Y María cumple esta misión en colaboración y por el poder del Espíritu Santo, que es la vida y el alma del Cuerpo místico. Sólo en el seno maternal de María, y siendo dócil a sus desvelos, irá el alma creciendo en Cristo hasta llegar a la edad perfecta (Ef 4,13-15).

«En la economía divina de la redención desempeña María un papel único y sin igual. Entre los miembros del Cuerpo místico ocupa un lugar preeminente, el primero después de la Cabeza. En este organismo divino ejerce María un oficio íntimamente ligado con la vida de todo el Cuerpo. Es el Corazón... Pero más comúnmente, siguiendo a San Bernardo y, por razón de su oficio, se la compara al cuello, que une la cabeza con los demás miembros del cuerpo. Con esto queda ilustrada con suficiente claridad la mediación universal de María entre Cristo – la cabeza mística– y los miembros. Sin embargo, la comparación del cuello no parece tan eficaz como la del corazón para significar la inmensa importancia de la influencia de María y de su poder –el mayor después de Dios– en las operaciones de la vida sobrenatural; pues mientras el cuello no pasa de ser una conexión –que ni inicia la vida ni influye en ella–, el corazón es como una fuente de vida, que primero la recibe y luego la distribuye por todo el organismo» (Mura, *El Cuerpo místico de Cristo*).

2. María y el Cuerpo Místico

Los varios oficios que ejerció María alimentando, criando y prodigando amor al cuerpo físico de su divino Hijo, los continúa ejerciendo ahora en favor de todos y cada uno de los miembros de su Cuerpo místico, tanto de los más altos como de los más ínfimos. Eso significa que, *al mostrarse solícitos los miembros unos de otros* (1 Co 12, 25) no lo hacen independientemente de María, aunque –por descuido o ignorancia– no

sean conscientes de su intervención. No hacen más que unir sus esfuerzos con los de Ella. Es una obra que le corresponde a Ella, y Ella la viene realizando con exquisito amor desde la Anunciación hasta hoy. Habría que decir que no son propiamente los legionarios quienes se valen de la ayuda de María, para mejor servir a los demás miembros del Cuerpo místico: es Ella quien se digna servirse de ellos. Y, como se trata de una obra propia y peculiar suya, nadie puede colaborar sin que Ella se lo permita: consecuencia lógica de la doctrina del Cuerpo místico, que harían bien en meditar cuantos intentan servir al prójimo y, sin embargo, andan con ideas mezquinas sobre el lugar y los privilegios de María. Es también una buena lección para quienes profesan creer en las Escrituras, pero ignoran y desacreditan a la Madre de Dios. Recuerden los tales que Cristo amó a su Madre y se sujetó a Ella (Lc 2,51). Su ejemplo obliga a todos los miembros de su Cuerpo místico a hacer lo mismo: *Honrarás a tu Madre* (Éx 20,12). Es mandato divino que se la ame con amor de hijos. Todas las generaciones han de bendecir a esta buena Madre (Lc 1,48).

Otra consecuencia más: así como nadie debe ni siquiera pensar en ponerse a servir al prójimo si no se asocia con María, nadie tampoco podrá cumplir este deber dignamente si no hace suyas –siquiera imperfectamente– las intenciones de María. La medida de nuestra unión con María será la medida de la perfección con que pondremos en práctica el precepto divino de amar a Dios y de servir al prójimo (1 Jn 4, 19-21).

El oficio propio de los legionarios dentro del Cuerpo místico es guiar, consolar y enseñar a los demás. Pero ellos no cumplirán debidamente este oficio si no se identifican con esa doctrina del Cuerpo místico. El lugar y las dotes privilegiadas de la Iglesia, su unidad, su autoridad, su desarrollo, sus padecimientos, sus portentos y sus triunfos, su poder de conferir la gracia y el perdón: nada de esto se apreciará en su justo valor,

si previamente no se comprende que Cristo vive en la Iglesia y continúa mediante ella su misión sobre la tierra. La Iglesia reproduce la vida de Cristo en todas sus fases.

Por orden de la Cabeza –Cristo– cada miembro está llamado a desempeñar un determinado oficio dentro del Cuerpo místico. «Jesucristo –leemos en la Constitución *Lumen Gentium*– comunicando su Espíritu a sus hermanos y hermanas, los reunió a todos, procedentes de todos los pueblos de la tierra, los incorporó místicamente a su propio Cuerpo. En ese Cuerpo la vida de Cristo se comunica a aquellos que creen en Él... Todos los miembros del cuerpo humano, aunque son muchos, forman el cuerpo, así son también los que creen en Cristo (cf. 1 Cor 12,12). También en la creación del Cuerpo de Cristo hay una gran diversidad de miembros y funciones...

El Espíritu del Señor proporciona un sinfín de carismas, que invitan a las almas a asumir diferentes ministerios y formas de servicio a Dios...» (CL, 20).

Para apreciar qué forma de servicio debería caracterizar a los legionarios en la vida del Cuerpo místico, nosotros hemos de mirar a nuestra Señora. Ha sido descrita como su propio corazón. Su papel, como el del corazón del cuerpo humano, es enviar la sangre de Cristo para que recorra las venas y arterias del Cuerpo místico llevándole la vida y crecimiento. Es ante todo un trabajo de amor. Pues, a los legionarios, como realizan su apostolado en unión con María, se les llama a ser uno con Ella en su papel vital, como el corazón del Cuerpo místico.

No puede el ojo decirle a la mano: «no me haces falta», ni la cabeza a los pies: «no me hacéis falta» (1 Cor 12,21). De estas palabras deduzca el legionario la importancia de su colaboración en el apostolado. Porque no sólo está unido el legionario a Cristo –formando un Cuerpo con Él y dependiendo de Él, que es la Cabeza– sino que Cristo mismo está dependiendo del legionario; y de tal modo, que Él le puede hablar en estos términos: *Yo necesito que tú me ayudes en*

mi obra de santificar y de salvar a los hombres. Y a este depender la Cabeza del cuerpo se refiere San Pablo cuando habla de cumplir en su carne lo que le queda por padecer a Cristo (Col 1, 24). Tan extraña frase no da a entender en modo alguno que la obra de Cristo adoleciese de imperfección; simplemente subraya el principio de que cada miembro del Cuerpo místico tiene que contribuir, con todo lo que pueda, a la salvación propia y a la de los demás miembros (Flp 2, 12).

Esta doctrina debe enseñar al legionario la sublime vocación a que está llamado como miembro del Cuerpo místico: suplir lo que falta a la misión de nuestro Señor. ¡Qué pensamiento más inspirador!: Jesucristo necesita de mí para llevar la luz y la esperanza a los que yacen en tinieblas; el consuelo; a los afligidos; la vida, a los muertos en el pecado. Ni que decir tiene, pues, que el legionario debe ejercer su oficio dentro del Cuerpo místico, imitando de un modo singular aquel amor y obediencia que Cristo, la Cabeza, mostró a su Madre, y que Él quiere reproducir en su Cuerpo místico.

«Si San Pablo nos asegura que él completaba en su propio cuerpo la medida de los padecimientos de Cristo, con igual razón podemos decir nosotros que un verdadero cristiano, miembro de Jesucristo y unido a Él por la gracia, continúa y lleva hasta su término, mediante cada acción imbuida del espíritu de Jesús, las acciones que hizo el mismo Salvador durante su vida sobre la tierra. De manera que, cuando un cristiano reza, continúa la oración que empezó Jesús aquí abajo; cuando trabaja, suple lo que le faltó a la vida laboriosa de Jesús... Hemos de ser como otros tantos Jesucristos sobre la tierra, continuando su vida y sus acciones, obrando y sufriendolo todo en el espíritu de Jesús, es decir, con las disposiciones santas y las intenciones divinas que tuvo Jesús en todas sus acciones y padecimientos» (San Juan Eudes, *Reino de Jesús*).

3.El sufrimiento en el Cuerpo Místico

La misión de los legionarios los pone en contacto íntimo con los hombres, sobre todo con los que sufren. Es necesario, pues, que conozcan a fondo lo que el mundo insiste en llamar el problema del sufrimiento. No hay nadie exento de llevar su cruz en esta vida. Los más se rebelan contra ella, buscan arrojarla de sí, y, si no pueden, yacen postrados bajo su peso. Pero con esto quedan frustrados los designios de la redención, que exigen para toda vida fructuosa el complemento del dolor, como exige cualquier tejido el cruzar de la trama para completar la urdimbre. Aparentemente, el dolor contraría y frustra al hombre; pero, en realidad, le favorece y perfecciona; pues, como nos enseña repetidamente la Sagrada Escritura, es necesario *«no sólo creer en Cristo, sino también sufrir por Él»* (Flp 1,29); y en otra parte: *«si morimos con Él, viviremos con Él; si perseveramos con Él, reinaremos con Él»* (2 Tim 2,11-12). Esa nuestra muerte en Cristo, de que habla el apóstol está representada por una Cruz, toda bañada en sangre, en la que Cristo, nuestra Cabeza, acaba de consumir su obra. Al pie de la Cruz, y en tal desolación que la vida parecía ya imposible, estaba la Madre del Redentor y de todos los redimidos. Aquella de cuyas venas procedía la sangre que ahora con tanta profusión satura la tierra para el rescate de los hombres. Esta misma sangre está destinada a circular por el Cuerpo místico, a impulsar la Vida hasta las más diminutas células; a llevar al hombre la semejanza con Cristo, pero con el Cristo completo: no sólo con el Cristo de Belén y del Tabor, gozoso y refulgente de gloria, sino también con el Cristo Varón de dolores y Víctima, y el Cristo del Calvario.

No hay que seleccionar en Cristo lo que a uno le agrada y rechazar lo demás: entiéndanlo bien todos los cristianos, como bien lo entendió María ya en el misterio gozoso de la Anunciación. Ella supo ya entonces que no estaba convidada a ser solamente Madre de alegrías, sino también Madre de dolores; habiéndose entregado a Dios sin la menor reserva desde un principio, acoge lo

uno y lo otro con igual agrado: recibe al niño en su seno con perfecto conocimiento de todo cuanto encerraba el misterio, dispuesta igualmente a apurar con Él la copa del dolor como a saborear con Él sus glorias. En aquel momento se unieron esos dos sacratísimos Corazones tan estrechamente, que llegaron casi a identificarse. Desde entonces latieron al unísono dentro del Cuerpo místico, para bien del mismo; y María fue hecha Medianera de todas las gracias, Vaso Espiritual que recibe y derrama la sangre preciosa de nuestro Señor.

Como a la Madre, así sucederá a todos sus hijos. Tanto más útil a Dios será el hombre cuanto más íntima sea la unión de este con el divino Corazón: de esta fuente beberá copiosamente la sangre redentora, para luego distribuirla. Pero esta unión con la Sangre y el Corazón de Cristo tiene que abarcar la vida de Cristo en todas sus fases, no una sola. Sería inconsecuente e indigno dar la bienvenida al Rey de la Gloria y rechazar al Varón de dolores, porque los dos no son más que un mismo Cristo. El que no quiera acompañarle en la Cruz, no tendrá parte en su misión evangelizadora, ni participación en la gloria de su triunfo.

Si se medita esto, se verá que el padecer es una gracia: o para sanar espiritualmente o para fortalecerse; nunca es mero castigo del pecado. Dice San Agustín: «Entended que la aflicción de la humanidad no es ley penal, porque el sufrimiento tiene un carácter medicinal». Y, por otra parte, la pasión de nuestro Señor se desborda –y es un inestimable privilegio– en los cuerpos de los inocentes y santos, para conformarlos a Él más y más. Este intercambio y fusión de sufrimientos entre Cristo y el cristiano es la base de toda mortificación y reparación.

Una sencilla comparación –la circulación de la sangre en el cuerpo humano– pondrá de relieve el oficio y la finalidad del padecer. Sirva de ejemplo la mano. La pulsación que se siente en la mano es el latir del corazón, fuente de la sangre caliente que por ella circula. Es que la mano está unida al cuerpo del que forma parte. Si la mano se enfría, las venas se encogen: la sangre halla

más dificultad en pasar, y, cuanto más se enfría, menos sangre corre. Si el frío es tan intenso que cesa del todo la pulsación de la sangre en la mano, ésta se hiela, mueren los tejidos y queda sin vida, inutilizada, como si realmente estuviera muerta: tanto que, si continuara en este estado por bastante tiempo, sobrevendría la gangrena.

Estos diversos grados de frío ilustran la variedad de estados espirituales en los miembros del Cuerpo místico. Estos pueden llegar a reducir su capacidad receptiva de la preciosa Sangre a tan estrechos límites, que corren peligro de morir y de tener que ser amputados, como el miembro gangrenoso. El remedio para un miembro helado es evidente: hacer circular la sangre de nuevo para que recobre la vida. Introducir la sangre a la fuerza por las venas y arterias es un proceso doloroso, no hay duda, pero este dolor es preludeo de alegría. En la mayoría de los católicos practicantes, aunque no sean propiamente miembros helados –y su amor propio no les permite tan siquiera considerarse fríos–, la Sangre de Jesucristo no circula en la medida que quisiera el Señor, y le obligan a hacer que circule en ellos su Vida como a la fuerza. Esto es lo que les causa dolor: el paso de su Sangre divina dilatando venas reacias. He aquí la causa y razón de los sufrimientos en esta vida. Pero este dolor, una, vez comprendido bien, ¿no debería ser causa de alegría? La conciencia del dolor viene entonces a convertirse en la conciencia de la presencia de nuestro Señor dentro de nosotros, animando nuestra vida.

«Jesucristo padeció todo cuanto era menester; nada faltó para colmar la medida de sus padecimientos. Pero ¿acaso ha terminado su pasión? En la Cabeza, sí; pero en los miembros aún queda por padecer. Con mucha razón, pues, desea Cristo –que continúa sufriendo en su Cuerpo– vernos tomar parte en su expiación. Nuestra misma unión con Él exige que hagamos esto; porque, si somos el Cuerpo de Cristo y miembros unos de otros, todo cuanto padezca la Cabeza lo deberían padecer juntamente los miembros» (*San Agustín*).

10. APOSTOLADO LEGIONARIO

1. Su dignidad

Para poner de relieve la dignidad del apostolado al que la Legión llama a sus miembros, así como la importancia que este apostolado tiene para la Iglesia, no hallamos palabras más categóricas que las siguientes y firmes declaraciones:

«Los cristianos seculares obtienen el derecho y la obligación del apostolado por su unión con Cristo Cabeza. Ya que, insertos por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor. Se consagran como sacerdocio real y gente santa (cf. 1 Pe 2,4-10) para ofrecer hostias espirituales por medio de todas sus obras, y para dar testimonio de Cristo en todas las partes del mundo. La caridad, que es como el alma de todo apostolado, se comunica y mantiene con los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía» (AA,3).

«Ya Pío XII decía: “Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia, es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los obispos en comunión con él. Ellos son *la Iglesia* (...)”» (CL,9).

«María ejerce sobre el género humano una influencia moral que no podemos definir mejor que comparándola con esas fuerzas físicas de atracción, afinidad y cohesión, que, en el orden de la naturaleza, unen los cuerpos y sus partes componentes entre sí... Creemos haber demostrado que María ha tenido parte en todas las grandes gestas que constituyen la vida de las sociedades y su verdadera civilización» (Petitalot).

2. El apostolado del laico es indispensable

Nos atrevemos a afirmar que el bienestar moral de una población católica depende de que ésta cuente con un buen núcleo de apóstoles, pertenecientes al estado laical, pero imbuidos de un espíritu sacerdotal; ellos procurarán al sacerdote unos eficaces puntos de contacto con el pueblo. Sin esta perfecta compenetración del sacerdote y el pueblo no hay garantía de éxito, pues ambos se necesitan mutuamente.

«Ahora bien, el fundamento de todo apostolado es un interés vivísimo por la Iglesia y por su misión en la tierra; pero, como este interés no puede brotar sino de la plena convicción de estar uno colaborando positivamente con la misma Iglesia, está claro que una organización de apostolado, es forjadora de apóstoles, no puede ponerse en otras manos que en las del sacerdote, el cual participa más que nada en la misión de la iglesia; y de hecho, tanto ejercerá el sacerdote como verdadero pastor, cuanto más hábilmente maneje dicha organización.» Lo cierto es que, donde no se cultiva asiduamente el celo apostólico, se prepara el terreno para que surja otra generación desprovista de todo interés por la Iglesia, de toda conciencia de responsabilidad para con ella; y, ¿qué provecho puede salir de un catolicismo tan inmaduro? ¿Qué será de él cuando se perturbe algo su calma? La historia nos enseña que el miedo llega a impulsar a una grey tan cobarde como ésta al destrozo de sus mismos pastores, o a que las ovejas se dejen devorar por la primera manada de lobos que se presente. El Beato John Henry Newman declara como un axioma: «En todo tiempo los cristianos seculares han sido la medida del espíritu católico».

«La función principal de la Legión de María es desarrollar en los seculares la conciencia de su vocación. Nosotros, los seculares, corremos el peligro de identificar a la Iglesia con el

clero y los religiosos, a quienes Dios ha dado ciertamente lo que nosotros llamamos, con demasiado exclusivismo, una vocación. Inconscientemente, los demás estamos tentados a considerarnos como del montón, como si esperaríamos salvarnos observando lo mínimo prescrito. Olvidamos que nuestro Señor llama a cada una de sus ovejas por su nombre (Jn 10,3), y que –en palabras de San Pablo, ausente físicamente, como nosotros, del Calvario– *el Hijo de Dios me amó a mí y se entregó por mí (Gal 2,20)*. Cada uno de nosotros, aunque no sea más que un carpintero de aldea –como lo fue Jesús mismo– o una humilde ama de casa –como su Madre–, tiene una vocación, es llamado individualmente por Dios a darle su amor y su servicio, a hacer un trabajo particular que otros tal vez puedan superar, pero que no pueden hacer en nuestro lugar. Nadie, sino yo mismo, puede entregar a Dios mi corazón ni hacer mi trabajo. Y es precisamente esta conciencia personal de la religión la que fomenta la Legión. El socio ya no se contenta con permanecer pasivo o satisfecho con las apariencias, tiene que ser algo y hacer algo por Dios; la religión ya no es para él un valor secundario, sino que llega a ser la inspiración de toda su vida, por más rutinaria que ésta sea, humanamente. Y esta convicción de la vocación personal crea inevitablemente un espíritu apostólico, el deseo de perpetuar la obra de Cristo, de ser otro Cristo, de servirle en los más pequeñuelos de sus hermanos. De esta manera la Legión viene a ser el sustitutivo seglar de una orden religiosa, la traducción –en términos de vida seglar– de la idea cristiana de la perfección, la extensión del reino de Cristo en la vida seglar de hoy» (Alfredo O’Rahilly).

3. La Legión y el apostolado seglar

El apostolado –como tantos otros grandes principios– es por sí, en teoría, cosa fría y abstracta, y por eso tiene el peligro de no llamar poderosamente la atención de los laicos, y de que estos no respondan al alto destino que se les brinda, o –lo que es peor– de no creerse capacitados para realizarlo; con el desastroso resultado de que los seglares renuncien a todo esfuerzo por desempeñar el papel que les corresponde de derecho,

y como obligación urgente, en la lucha que sostiene la Iglesia.

Mas oigamos a una autoridad competente en esta materia, el cardenal Riberi, antiguo Delegado Apostólico para el África misionera, y más tarde Internuncio en China: **«La Legión de María es el deber apostólico revestido de una forma tan atractiva y seductora, tan palpitante de vida, que a todos cautiva; obra en todo conforme a la mente de Pío XI, es decir, en absoluta dependencia de la Virgen Madre de Dios; toma siempre como base de reclutamiento –y aún como clave de potencia numérica– las cualidades individuales del socio; está fortalecida y protegida por abundante oración y sacrificio, y por la adhesión rigurosa a un reglamento; y, en fin, colabora estrechamente con el sacerdote. La Legión de María es un milagro de los tiempos modernos»**. La Legión profesa al sacerdote todo el respeto y obediencia debidos a los legítimos superiores; es más: como el apostolado legionario se apoya enteramente sobre el hecho de ser la misa y los sacramentos los principales cauces por donde fluye la gracia –cuyo ministro esencial es él–, y como todos los esfuerzos y recursos de los legionarios deben encaminarse a repartir este divino manjar entre las multitudes enfermas y hambrientas, se deduce que el principio básico de la actuación legionaria será necesariamente el llevar al sacerdote al pueblo, si no siempre en persona –cosa imposible a veces–, por lo menos mediante su influencia, y procurar la comprensión mutua entre el sacerdote y el pueblo.

El apostolado de la Legión se reduce esencialmente a esto. La Legión, aunque compuesta en casi su totalidad de personas seglares; obrará inseparablemente unida con sus sacerdotes, acaudillada por ellos, con absoluta identidad de intereses entre ambos; y buscará con ardor completar los esfuerzos del pastor y ensanchar su campo de acción en la vida de sus feligreses, para que éstos, acogiéndole, reciban al Señor que le envió.

Sí, os lo aseguro: quien recibe a uno cualquiera que yo envíe, me recibe a mí, y quien me reciba a mí, recibe al que me ha enviado (Jn 13,20).

4.El sacerdote y la Legión

La idea del sacerdote rodeado de personas deseosas de compartir con él sus trabajos está sancionada por el ejemplo supremo de Jesucristo: Jesús se dispuso a convertir al mundo rodeándose de un grupo de escogidos, a quienes instruyó por sí mismo y comunicó su propio Espíritu.

Los apóstoles tomaron a pecho la lección de su divino Maestro, y la pusieron en práctica llamando a todos para que les ayudasen en la conquista de las almas. Dice el Cardenal Pizzardo: «Bien puede ser que los forasteros que llegaron a Roma (Hch 2,10) y oyeron predicar a los apóstoles el día de Pentecostés, fueran los primeros en anunciar a Jesucristo en Roma, echando así la semilla de la Iglesia Madre, que poco después vinieron a fundar San Pedro y San Pablo de un modo oficial».

Lo cierto es que la «primera difusión del cristianismo en Roma misma fue obra del apostolado seglar. ¿Cómo pudo ser de otra manera? ¿Qué hubiesen logrado los doce, perdidos como estaban en las inmensidades del mundo, de no haber convocado a hombres y mujeres, a ancianos y jóvenes, diciéndoles: "Llevamos aquí un tesoro celestial, ayudadnos a repartirlo"?» (Alocución de Pío XI).

Citadas las palabras de un Papa, añadamos las de otro, para demostrar contundentemente que el ejemplo de nuestro Señor y de los apóstoles respecto de la conversión del mundo es la pauta que ha dado Dios a todos los sacerdotes –*alter Christus*–, para que ellos obren de igual manera en el limitado campo de acción de cada cual, ya sea parroquia o distrito, ya sea una obra especializada.

Hallándose cierto día el Papa san Pío X entre un grupo de cardenales les preguntó: «¿Qué os parece lo más urgente hoy para salvar a la sociedad?»

-Edificar escuelas, contestó uno.

-No, replicó el Papa.

-Multiplicar las Iglesias, añadió otro.

-Tampoco.

-Reclutar más clero, dijo un tercero.

-Ni eso siquiera repuso el Papa No. Lo más urgente ahora es tener en cada parroquia un núcleo de seglares virtuosos, y, al mismo tiempo, ilustrados, esforzados y verdaderos apóstoles».

Este santo Pontífice, al fin de su vida, hizo estribar toda la salvación del mundo en la formación que diera un clero celoso a los fieles entregados al apostolado de la palabra, de la acción y, sobre, todo, del ejemplo. En las diócesis donde dicho Papa había ejercitado el ministerio antes de subir a la Cátedra de San Pedro, daba menos importancia al censo parroquial que a la lista de católicos capaces de irradiar su fe con obras de apostolado. Opinaba que se podrían formar almas escogidas en todas las clases sociales, y por eso estimaba a sus sacerdotes según los resultados que ellos, con su celo y Talento, obtuviesen en este particular» (Chautard, *El alma de todo apostolado*, parte IV, 1 f).

«La tarea del pastor no se limita al cuidado individual de sus fieles, sino que se extiende por derecho también a la formación de una comunidad genuinamente cristiana. Pero si ha de cultivarse adecuadamente el espíritu de comunidad, éste ha de abarcar no sólo a la Iglesia local, sino a la Iglesia universal. Una comunidad local no debe fomentar sólo el cuidado de sus fieles, sino que, imbuida de celo misionero, debe preparar a todos los hombres el camino hacia Cristo. Esa comunidad local, sin embargo, tiene especialmente bajo su cuidado a los que están recibiendo instrucción en ese caminar hacia Dios, y a los nuevos conversos, que deben ser formados gradualmente en el conocimiento y práctica de la vida cristiana» (PO,6).

«El Dios hecho hombre se vio obligado a dejar sobre la tierra su Cuerpo místico. De otro modo su obra hubiera terminado en el Calvario. Su muerte habría merecido la redención para el género humano; pero ¿cuántos hombres habrían podido ganar el cielo, sin la Iglesia que les trajera la vida de la Cruz? Cristo se identifica con el sacerdote de una manera particular. El sacerdote es como un corazón suplementario que hace circular por las almas la sangre vital de la gracia sobrenatural. Es pieza esencial dentro del sistema circulatorio espiritual del Cuerpo místico. Si falla, el sistema queda congestionado, y aquellos que de él dependen no reciben la vida que Cristo quiere que reciban.

El sacerdote tiene que ser para su pueblo, dentro de sus límites, lo que Cristo es para la Iglesia. Los miembros de Cristo son una prolongación de Él mismo, no solamente sus colaboradores, simpatizantes, seguidores, simple refuerzo externo. Poseen su vida. Comparten su actividad. Deberán tener su mentalidad. Los sacerdotes tienen que ser uno con Cristo bajo todos los aspectos posibles.

Cristo, para desarrollar su misión, formó en torno a sí mismo un cuerpo espiritual; el sacerdote ha de hacer lo mismo. Ha de formar en torno suyo miembros que sean uno con él. Si el sacerdote no tiene miembros vivientes, formados por él, unidos con él, su obra se reducirá a dimensiones irrisorias. Estará aislado e incapacitado. *No puede el ojo decirle a la mano: "no me haces falta"; ni la cabeza a los pies: "no me haces falta" (1 Cor 12,21).*

Si Cristo, pues, ha constituido el Cuerpo místico como el principio de su camino, su verdad y su vida para las almas, actúa lo mismo mediante el nuevo Cristo: el sacerdote. Si éste no ejerce su función hasta edificar plenamente el Cuerpo místico (**Ef 4,12**) —ahí *edificar* significa *construir*— la vida divina entrará en las almas y saldrá de ellas con poco provecho.

Es más: el sacerdote mismo quedará empobrecido, debido a que, aunque la misión de la cabeza es comunicar la vida al cuerpo, no es menos verdad que la cabeza vive de la vida del cuerpo, creciendo al par que crece éste y compartiendo sus flaquezas.

El sacerdote que no comprenda esta ley de sabiduría sacerdotal, pasará la vida ejercitando sólo una fracción de su capacidad, siendo su verdadero destino en Cristo abarcar el horizonte» (P.F.J. Ripley).

5. La Legión en la parroquia

«En las actuales circunstancias los laicos pueden hacer mucho y, por lo tanto, deberían hacer mucho por el crecimiento de una auténtica comunión eclesial en sus parroquias, con el fin de reavivar un espíritu verdaderamente misionero, llamado a atraer a los no creyentes, y a los propios creyentes que hayan abandonado la fe o en los que ha surgido la apatía en su vida cristiana» (CL, 27).

Podrá verse cómo el crecimiento de un auténtico espíritu de comunidad se verá apoyado sin reservas fundando en ella la Legión de María. A través de la Legión, el laico se acostumbra a trabajar en la parroquia en estrecha colaboración con los sacerdotes y a participar en responsabilidades pastorales. La regulación de las diversas actividades parroquiales mediante reuniones semanales regulares es una ventaja en sí misma. Sin embargo, es todavía más importante que aquellos que participan en el trabajo parroquial pertenezcan a la Legión, y que, por consiguiente, posean una formación espiritual que les ayudará a comprender que la parroquia es una comunidad eucarística con un sistema metódico que les permitirá llegar a cualquier persona de la parroquia, con el fin de construir dicha comunidad. Algunas de las formas en las que el apostolado legionario puede llevarse a cabo en la parroquia se describen en el capítulo 37 (Sugerencias para los trabajos).

«Los sacerdotes deben considerar el apostolado seglar como parte integral de su ministerio, y los fieles como un deber de la vida cristiana» (Pío XI).

6. Frutos del espíritu legionario: idealismo y dinamismo en alto grado

Si la Iglesia, para defender los fueros de la verdad que se le ha confiado, se estancara en un rutinarismo

de precauciones y reparos, proyectaría sobre esa verdad sombras siniestras; sobre todo a los ojos de la juventud, la cual se habituaria a buscar en empresas puramente mundanas –y aun irreligiosas– el entusiasmo por ideales prácticos que anhela su corazón generoso. Se haría un daño incalculable, y los efectos caerían como un castigo sobre las generaciones futuras.

Aquí puede contribuir la Legión, trazando un programa de iniciativas, esfuerzo y sacrificio; un programa tal, que logre cautivar para la Iglesia estos dos términos: *idealismo* y *dinamismo*, haciéndolos servidores de la verdad católica.

Según el historiador Lecky, el mundo está regido por los ideales. Ahora bien, quien forja un ideal superior, levanta a toda la humanidad, si ese ideal es –como se supone– práctico, y bastante evidente como para que pueda servir de reclamo.

¿Será temerario afirmar que los ideales propuestos por la Legión reúnen estas dos condiciones?

Aún concediendo que de entre las filas legionarias saldrán –para gozo y honor de la Legión– numerosas vocaciones religiosas, se objetará que, fuera de esas personas predilectas, no habrá nadie, en medio de tanto egoísmo como reina en el mundo, dispuesto a echar sobre sus hombros la pesada carga impuesta al socio de la Legión. Los que así hablan se equivocan. Los muchos que se ofrezcan para un servicio fácil, no tardarán en desertar de la Legión, sin dejar huella de su presencia; pero esos pocos que acuden a la voz de grandes y altas empresas perseverarán, y poquito a poco su espíritu se comunicará a los muchos; y, con el tiempo, se verificará el prodigio de conducir hasta la santidad a multitudes enteras, que antes se habían negado aun a llevar una vida meramente buena.

Un *praesidium* de la Legión viene a ser en manos del sacerdote –o del religioso– como una máquina potente en manos del mecánico: así como éste, tocando registros y moviendo palancas, consigue una multiplicación de fuerzas que antes parecía

inconcebible, de igual manera la hora y media empleada en la junta semanal, dirigiendo, animando y sobrenaturalizando a los socios, multiplicará al sacerdote –o al religioso–, haciéndole estar presente en todas partes, oyéndolo todo, influyendo en todos; en fin, rebasando los estrechos límites de su personalidad física en el ejercicio de su ministerio personal. Ciertamente no parece posible explotar mejor el celo que empleándolo en la dirección de uno o varios praesidia.

Los legionarios podrán ser de suyo humildes –como el cayado, el zurrón y los guijarros del pastor–, pero con ellos, transformados por María en instrumentos del cielo, saldrá el sacerdote como otro David, con certeza de victoria, al encuentro del más temible Goliat: la incredulidad y el pecado.

«No será la fuerza material, sino una fuerza moral, la que defienda la justicia de vuestra causa y os dé la victoria segura. No son los gigantes quienes más hacen. Muy pequeña era la Tierra Santa y, sin embargo, cautivó al mundo entero. Muy reducida Ática, y ha moldeado el pensamiento de la humanidad. Moisés no era más que uno solo. Elías, uno solo; y también David, Pablo, Atanasio y el Papa León. Es que la gracia obra mediante los pocos. El cielo escoge por instrumentos la clara visión, el firme convencimiento y la determinación indomable de los pocos; se sirve de la sangre del mártir, de la oración del santo, del acto heroico, de la crisis momentánea, de la energía concentrada en una palabra o en una mirada. No temáis, pequeña grey, porque en medio de vosotros está Aquel que todo lo puede, y hará por vosotros grandes cosas» (Beato John Henry Newman, *Estado actual de los católicos*).

7. Formación a base del sistema de maestro y aprendiz

Es muy corriente la opinión de que los apóstoles se forman principalmente escuchando conferencias y estudiando libros de texto. La Legión, en cambio, cree que la formación se hace imposible si no va acompañada de trabajo práctico; es más: hablar de apostolado y

no practicarlo puede ser contraproducente, por razón de que, al discutir cómo debiera hacerse un trabajo, hay que exponer sus dificultades, y también señalar un ideal y un nivel de ejecución muy elevados; pero hablar a principiantes de esa manera, sin demostrarles al mismo tiempo, mediante la práctica, que tal trabajo está a sus alcances y hasta es fácil, no servirá más que para asustarles y hacerles desistir. Además, el sistema de conferencias tiende a producir teóricos y apóstoles que piensan convertir al mundo mediante la inteligencia. Estos tendrán pocas ganas de darse a los oficios humildes y al arduo mantenimiento de contactos personales, de los que sin duda depende todo, y que el legionario –permítasenos decirlo– tan gustosamente acepta.

El concepto legionario de la formación es el método ideal, empleado –según parece, sin excepción– por todas las artes y profesiones. En vez de largas conferencias, el maestro coloca el trabajo ante los ojos del aprendiz, y con demostraciones prácticas le indica cómo debe hacerse, comentando los varios aspectos del trabajo conforme avanza. Luego el aprendiz se pone a trabajar, y el maestro le va corrigiendo. De este método sale pronto e infaliblemente el artífice adiestrado. Así que toda conferencia debe basarse en el trabajo mismo; cada palabra tiene que estar vinculada a una acción. Si no, poco fruto podrá producir y tal vez ni siquiera se recordará. Es curioso cuán poco recuerdan de una conferencia aún los estudiantes más asiduos.

Otra reflexión: si se propone el método de conferencias como medio de iniciación en un grupo apostólico, pocos se presentarán para la admisión. La mayoría, después de salir de la escuela, están resueltos a no volver a ella. Especialmente a las personas más sencillas les da miedo el pensar que tendrán que volver a una especie de clase, aunque sea de cosas buenas. Y de ahí que los sistemas de estudio de apostolado no logran suscitar un atractivo popular. Pero la Legión se

basa en principios más sencillos y, a la vez, más psicológicos. Sus miembros dicen a otras personas: «Venid y trabajemos juntos». A los que aceptan, no se les lleva a una escuela; se les ofrece un trabajo que está haciendo ya uno como de ellos. Por tanto, ya saben que el trabajo está a su alcance, y se prestan gustosamente a ingresar en la asociación. Y, una vez dentro, ven cómo se hace el trabajo, toman parte en él –mediante los informes y comentarios que oyen sobre dicho trabajo–, aprenden el mejor método de realizarlo; y, así, no tardan en adquirir maestría.

«Algunas veces se achaca a la Legión la falta de experiencia de sus miembros, o el no insistir en que éstos dediquen largos períodos al estudio y aprendizaje. Quede, pues, claro:

a). que la Legión utiliza sistemáticamente la cooperación de sus miembros mejor pertrechados;

b). que, si bien no insiste sobre la importancia extrema del estudio, se ingenia todo lo posible en capacitar y adaptar a cada uno para su apostolado particular;

c). que la finalidad principal de la Legión es proporcionar una estructura, desde la cual pueda invitar así al católico ordinario...“Ven, deposita el óbolo de tu talento; nosotros te enseñaremos a desarrollarlo y a usarlo, a través de María, para la gloria de Dios”. Pues no hay que olvidar que la Legión es tanto para los humildes y menos privilegiados como para los doctos y más dotados” (P. Tomás P.O'Flynn, C.M; antiguo director espiritual del Concilium Legionis Mariae)

11. ESTRUCTURA DE LA LEGIÓN

1. Fin y medio: la santificación personal

Ante todo y sobre todo, la Legión de María se vale –como medio esencial para sus fines– del servicio personal activado por el influjo del Espíritu Santo; es decir,

teniendo por primer móvil y apoyo la divina gracia, y por último fin la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

De lo cual se deducirá que la santificación personal no es sólo el fin que pretende alcanzar la Legión, sino también su principal medio de acción. *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15,5).

La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado «el único Santo», amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (**cf. Ef. 5, 25-26**), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (**1 Tes 4,3; cf. Ef 1,4**). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad (LG, 39).

2.Un sistema intensamente ordenado

Los grandes manantiales de agua –y cualquier fuente de energía– se malogran si no están canalizados; de igual manera, el celo sin método y el entusiasmo sin orientaciones jamás traen grandes resultados, ni interiores ni exteriores, y frecuentemente son poco

duraderos. Reparando en esto, la Legión ofrece a sus miembros, no tanto un programa de actividades, sino una norma de vida. Les provee de un reglamento exigente, en el cual tienen fuerza de ley muchas cosas que, en otras organizaciones, serían tal vez de mero consejo o se sobreentenderían; y exige a los socios un espíritu de puntual observancia de todos los detalles. Pero, en cambio, promete manifiesta perseverancia y acrecentamiento en aquellas cualidades que integran la base de la organización: fe, amor a María, intrepidez, abnegación, fraternidad, espíritu de oración, prudencia, obediencia, humildad, alegría y espíritu apostólico: virtudes que compendian la perfección cristiana.

«El desarrollo de lo que se suele llamar apostolado seglar es una manifestación particular de la vida cristiana de nuestros días. Sólo por el número ilimitado de los que pueden consagrarse a este apostolado, ¡qué amplios horizontes se abren a nuestra vista! Pero nos parece que no se saca bastante provecho de tan gigantesco movimiento. Las fuerzas no están todas encauzadas. Echando una mirada sobre la multitud de órdenes religiosas –tan grandiosamente concebidas para aquellos que pueden dejar el siglo–, se nota con triste asombro que entre dichas órdenes religiosas y las organizaciones juzgadas aptas para los seglares, hay un abismo. Por un lado, ¡qué empeño, qué precisión en sacar el máximo rendimiento! Por el otro, ¡qué provisión más rudimentaria y superficial! Ciertamente, se exigirá al socio algún servicio, pero, en la generalidad de los casos, ese servicio se reduce a una ocupación pasajera durante la semana, y raras veces se aspira a nada más. No: es preciso concebir una idea más alta del servicio en favor de las almas. Peregrinos como somos en la tierra, este servicio ha de ser nuestro báculo y la médula de toda nuestra vida espiritual.

Las órdenes religiosas han de ser indudablemente quienes han de dar la pauta a los apóstoles seglares, y, en igualdad de circunstancias, se puede afirmar que tanto mejor actuará una organización cuanto más se conforme en su manera de ser al ideal de una orden religiosa. Pero aquí entra la

dificultad de saber qué grado de disciplina se ha de imponer a los socios; pues si, por una parte, la disciplina favorece a la buena marcha de la organización, por otra existe siempre el peligro de que se lleve con excesivo rigor, disminuyendo así el atractivo que semejante organización debería tener. No hay que perder de vista que aquí se trata de *una organización permanente de seculares*, no de un equivalente a una orden religiosa, ni que con el tiempo pudiera transformarse en eso, como tantas veces ha ocurrido en la historia.

La finalidad es ésta, y no otra: reunir, en una organización eficaz, a personas que llevan una vida ordinaria –tal como se vive hoy día–, y a quienes hay que dejar margen para otros gustos y aficiones no estrictamente religiosas. Es menester hallar un reglamento que sea apto para la generalidad de aquellas personas a las que dicha organización está destinada. Esto y nada más, y, ciertamente, ni punto menos» (P. Miguel Creedon, primer director espiritual del Concilium Legionis Mariae).

3.El socio perfecto

Según el criterio de la Legión, es legionario perfecto el que cumple en todo fielmente con el reglamento, y no precisamente aquél cuyos esfuerzos se ven coronados por algún triunfo visible o endulzados por el consuelo. Cuanto más se adhiera uno al sistema legionario, tanto más se es socio de la Legión.

Se les exhorta a los directores espirituales y a los presidentes de los praesidia a que observen ellos y recuerden con frecuencia a los demás legionarios este concepto del verdadero socio, porque él constituye un ideal al alcance de todos –no así el feliz resultado ni el consuelo–; pues sólo estando bien compenetrados con él, podrán los legionarios sobrellevar con agrado la monotonía, la tarea ingrata, el fracaso real o imaginario, y tantos otros obstáculos que, de otra suerte, acabarían irremisiblemente con los más ilusionados comienzos del trabajo apostólico.

«El valor de nuestros servicios hacia la Compañía de María no ha de medirse –nótese bien– según la prominencia del puesto que ocupemos, sino por el grado de espíritu sobrenatural y celo mariano con que nos demos a la labor que la obediencia nos haya señalado, por más humilde y escondida que sea» (*Breve tratado de Mariología, Marianista*).

4. Deber primordial

El punto más saliente del reglamento legionario es la obligación rigurosísima que la Legión impone al socio de asistir a las juntas. Es el deber primordial, porque la junta es la que da el ser a la Legión. Lo que la lente es para los rayos solares, eso es la junta para los socios: los recoge, los inflama, e ilumina todo cuanto se acerca a ella. Es el vínculo de unión: roto, o aflojado por falta de estima, los miembros se dispersan y la obra cae por tierra. Y a la inversa: la organización ganará en fuerza en la medida en que se respete la junta.

Lo que sigue fue escrito en los primeros tiempos de la Legión, y sigue expresando su sentir respecto de la organización en general y, en particular, de la junta como centro y foco de la misma. «En la organización, los individuos, sean cuales sean sus dotes personales, se asocian con los demás a modo del engranaje de una máquina, sacrificando gran parte de su independencia por el bien del conjunto. Con ello ganará la obra el céntuplo: muchos individuos, que de otra suerte estarían ociosos o sin poder hacer nada, entran como factores positivos, y no cada cual según sus propios relativos alcances, sino en solidaridad con el fervor y energía aportados por los demás. Es grande la diferencia cuando se obra de esta forma: algo así como la que hay entre el carbón disperso, y ese mismo carbón puesto en el corazón ardiente del fogón».

«Además, el cuerpo organizado goza de vida propia, bien definida, y distinta de la de los individuos que lo componen; esta característica, al parecer, atrae más poderosamente que la misma belleza de las obras

llevadas a cabo. La asociación establece una tradición, engendra lealtad, se hace acreedora al respeto y a la sumisión, y es fuente perenne de inspiración para todos los miembros. Hablad con los legionarios, y comprobaréis que se apoyan en la Legión como en la experiencia de una madre. Y con razón: saben que les guarda de todo peligro. Les preserva del celo indiscreto, de desanimarse con el fracaso o de engreírse con el feliz éxito, de titubear ante la incomprensión, de arredrarse cuando se ven solos y sin apoyo, y de atascarse en el arenal movedizo de la inexperiencia. Toma entre sus manos la buena intención del socio y, como si fuera materia informe, la elabora según normas fijas, asegurando su desarrollo y su continuidad» (P. Miguel Creedon, primer director espiritual del Concilium Legionis Mariae).

«La Compañía de María es con relación a nosotros, sus miembros, la extensión, la manifestación visible de María, nuestra celestial Madre; pues Ella es quien nos ha recibido en la Compañía como en su seno maternal, para amoldarnos a la semejanza de Jesús, y hacernos de este modo sus hijos privilegiados, a fin de señalarnos un campo de apostolado y así compartir con nosotros su misión de Corredentora de las almas. Para nosotros, pues, amar y servir a la Compañía es lo mismo que amar y servir a María» (*Breve tratado de Mariología, Marianista*).

5. Junta semanal del praesidium

En un ambiente saturado de espíritu sobrenatural –por la abundante oración, las prácticas piadosas, y la dulzura del amor fraterno– celebra el praesidium una junta semanal, donde a cada legionario se le asigna un trabajo concreto, y se reciben informes sobre el que ha realizado cada uno.

Esta junta semanal es el corazón de la Legión, de donde fluye su sangre para animar todas sus venas y arterias. Es la central donde se engendra su luz y energía, el depósito que abastece todas sus necesidades. Es, en

fin, el gran acto de comunidad donde Alguien, fiel a su promesa, se coloca invisiblemente en medio de ellos; donde se derrama sobre cada uno la gracia particular necesaria para su trabajo. Allí es donde se imbuyen los socios del espíritu de disciplina religiosa, que tiende ante todo a agradar a Dios y a la santificación de uno mismo; luego, se les anima a recurrir a la Legión como al medio más poderoso para conseguir ese doble fin; y, por último, se les compromete a ejecutar la obra señalada, aun a costa de sus gustos particulares.

Los legionarios considerarán, pues, su asistencia a la junta semanal de su respectivo praesidium como el primero y más sagrado deber para con la Legión. Nada puede sustituirla; sin ella, su trabajo será como un cuerpo sin alma. Y la razón, basada en la experiencia, nos dice que todo descuido en el cumplimiento de este deber primordial priva a las obras de su eficacia, y pronto acarrea deserciones en las filas de la Legión.

«A los que no militan bajo el estandarte de María se les puede aplicar las palabras de San Agustín: *Bene curris, sed extra viam curris* (corréis mucho, pero descaminados).

¿Adónde iréis a parar?» (Petitalot).

12. FINES EXTERNOS DE LA LEGIÓN

1. Fin próximo: la obra actual

La Legión pone su principal empeño no en realizar una obra particular exterior, sino en la santificación interior de sus miembros. Para conseguirlo, cuenta en primer lugar con la asistencia regular a las juntas: de tal modo se intercala en cada junta la piedad y devoción, que toda ella queda impregnada de este espíritu. Pero, en segundo término, la Legión busca el desarrollo de este espíritu en cada persona, por medio de las obras

de apostolado. Lo quiere poner incandescente para que luego irradie su calor. Irradiar, en este caso, no es la simple utilización de las energías que se ejercitan; por una especie de automatismo eficaz afecta esencialmente al desarrollo de esas mismas energías: para perfeccionar el espíritu apostólico es preciso ejercitarlo.

Por esto impone la Legión a cada uno de sus miembros activos, como obligación esencial y apremiante, el cumplir todas las semanas un trabajo activo determinado, y en conformidad con lo señalado en la junta por el praesidium. Este trabajo debe realizarse como un acto de obediencia al mismo praesidium; éste –con las excepciones que se indicarán más tarde–, está autorizado para aprobar cualquier trabajo activo como suficiente para satisfacer la obligación semanal. Sin embargo, sería más conforme al espíritu y a las normas de la Legión que el trabajo semanal tendiera a remediar necesidades del momento, preferentemente las de mayor urgencia, proporcionando así un objetivo digno al celo esforzado que la Legión se afana por infundir en sus miembros. Una empresa mezquina producirá sobre este celo reacciones desfavorables: corazones prontos a darse generosamente por las almas, espíritus antes dispuestos a devolver a Cristo amor por amor, sacrificio y esfuerzo por sus trabajos y su muerte, terminarán por buscar asilo en la vulgaridad y la tibieza.

«Más le costó *rehacerme* que *hacerme* de la nada. Hablé, y todas las cosas fueron hechas. Mientras una sola palabra bastó para crearme, para hacerme de nuevo tuvo que hablar mucho, obrar grandes prodigios, sufrir indeciblemente» (San Bernardo).

2.El fin remoto y más alto: ser levadura en la sociedad

Por importante que sea la obra que lleva entre manos, la Legión no la considera ni como el último ni como el principal fin de su apostolado: mira, más allá de las dos, tres o muchas horas semanales que invierta el legionario

en su cometido, y contempla la irradiación permanente del fuego apostólico encendido en su hogar.

Una organización que logre comunicar tan gran ardor a sus miembros, tiene movilizada una fuerza inmensa. En ella, el espíritu apostólico es dueño absoluto de todo su pensar, hablar y actuar; y en sus manifestaciones externas traspasa los límites de tiempo y lugar. Por ella, las personas más tímidas y, al parecer, menos aptas para luchar, adquieren una capacidad extraordinaria de influir en los demás, hasta el punto de que en cualquier circunstancia –y aun sin ejercer el apostolado conscientemente–, el pecado y la indiferencia se ven precisados a doblegarse como ante un poder superior. Esto lo enseña la experiencia de cada día. ¿Qué extraño, pues, que la Legión se llene de orgullo –como el general contemplando sus posiciones bien defendidas–, al echar su mirada sobre los hogares, comercios, talleres, escuelas, oficinas, y todo centro de trabajo o esparcimiento donde la Providencia le ha permitido colocar un buen legionario? Aun allí donde llega al colmo el escándalo y la irreligión –donde, por decirlo así, están atrincherados–, la presencia de esta Torre de David atajará el avance y desbaratará las fuerzas del mal. Nunca se harán las paces con la corrupción; siempre se esforzará por remediar la situación, a fuerza de sacrificio y súplicas; se combatirá sin tregua, denodadamente y, sin duda, con el triunfo final.

De esta forma, la Legión reúne primero a sus miembros, para que perseveren juntos con su Reina, animados de su mismo espíritu de oración; luego, los envía por los lugares del pecado y del dolor, para hacer el bien y animarse al mismo tiempo a mayores empresas; por último, tiende la vista por los caminos altos y bajos de la vida diaria, y sueña en una misión aún más gloriosa. Ella sabe bien lo que han podido hacer unos pocos legionarios, y que son innumerables los que podrían alistarse en sus filas; y persuadida de que su organización, en manos de la Iglesia, provee a ésta de

un medio sorprendentemente eficaz para purificar un mundo pecador, anhela ver el día en que sus miembros sean tan numerosos que vengan a acreditar su nombre: Legión.

Entre los socios que trabajan activamente por la Legión, los que pertenecen al servicio auxiliar, y los que se benefician de la influencia de ambos, podría quedar abarcada una población entera, y pasar ésta, de la rutina y el abandono, a que todos sus habitantes sean miembros vivos y entusiastas de la Iglesia. Imagínese lo que esto significaría para un pueblo o una ciudad: sus habitantes ya no estarían en la Iglesia pasivamente, como simples fieles; constituirían una gran fuerza dinámica, que haría sentir su influencia, directa o indirectamente en virtud de la Comunión de los Santos, hasta los confines de la tierra. Toda una población, organizada para Dios: ¡qué ideal más sublime! Pero no se crea que aquí soñamos con utopías: se trata de la cosa más práctica y realizable en el mundo hoy. ¡Si tan sólo se alzaran los ojos y se extendieran los brazos...!

«Los seculares son verdaderamente una raza escogida, pertenecen a un sacerdocio sagrado, llamados también la sal de la tierra y la luz del mundo. Es ésta su vocación y misión específica: expresar el Evangelio en sus vidas y, por tanto, insertar el Evangelio en la realidad del mundo en el que viven y trabajan. Las grandes fuerzas que ensombrecen el mundo—política, medios de comunicación social, las ciencias, la tecnología, la cultura, la educación, la industria y el trabajo— son precisamente las áreas donde el secolar está capacitado específicamente para ejercer su misión. Si estas fuerzas están dirigidas por personas que sean verdaderos discípulos de Cristo y que al mismo tiempo sean totalmente competentes en el conocimiento y el tratamiento secular de las realidades actuales, entonces el mundo verdaderamente se transformará por el poder redentor de Cristo (San Juan Pablo II, Discurso en Limerick, Irlanda, octubre, 1979).

3.Solidaridad humana

Buscar primero el Reino de Dios y su justicia (Mt 6,33) es lo que absorbe a la Legión por completo; es decir: los trabajos encaminados directamente a salvar a las almas. Así y todo, a ella le han venido, por añadidura, otros bienes que no buscaba directamente; por ejemplo, su valor como factor social. La Legión es un tesoro nacional para cada país donde se halle, y redunda en beneficio espiritual de todos los ciudadanos.

El buen funcionamiento de la máquina social exige –como en cualquier otro mecanismo– que todas sus piezas se armonicen coordinadamente. Cada pieza –es decir, cada ciudadano en particular– ha de cumplir con toda fidelidad su cometido, y con el menor roce posible. Si cada individuo deja de rendir todo cuanto debe al servicio común, se malgastan las energías y se altera el equilibrio necesario, como si se desajustasen todos los dientes de la rueda. Reparar el daño es imposible, por la enorme dificultad que hay en descubrir el grado o el origen del mal; por eso, el único remedio es: o emplear más fuerza motriz, o lubricar a fuerza de dinero; y tal remedio no conduce sino al fracaso progresivo, porque disminuye la idea de servicio y cooperación espontánea. Hay sociedades tan fuertes que pueden seguir trabajando aun con la mitad de sus socios mal engranados, pero trabajan a costa de una terrible frustración y descontento. Se malgastan dinero y energías para mover piezas que deberían moverse sin esfuerzo alguno, y aun ser ellas mismas fuerza de renovación social. Resultado: confusión, desórdenes, crisis.

Nadie negará que esto es lo que pasa hoy aun en los estados mejor gobernados. El egoísmo es regla de vida para el individuo; el odio transforma la existencia de muchos en fuerza destructora; y cada día que pasa aporta nueva y más deslumbrante luz sobre esta verdad que se puede expresar propiamente así: «Todo aquel que niega a Dios y le es traidor, traiciona igualmente a

todo cuanto hay debajo de Él, en el cielo y en la tierra» (Brian O'Higgins). En tales condiciones, ¿a qué alturas podemos esperar que se eleve el Estado, si este no es más que la suma total de las vidas individuales? Si las naciones son un peligro y un tormento para sí mismas, ¿qué ofrecerán al mundo entero, sino un contagio de su propio desorden?

Ahora bien: supóngase que en la sociedad penetra una fuerza que, difundiéndose como por contagio saludable, enarbole en todas partes y haga atractivo al individuo el ideal del hombre sacrificado, entregado a los demás, y de elevadas miras; ¡qué cambio no se efectuaría! Las llagas supurantes se cicatrizan; la vida se eleva a un nivel superior. Y supóngase más: que surgiera una nación en que la vida pública se ajustara también a tan sublimes normas, y ofreciera al mundo el espectáculo de un pueblo que cumple unánime con sus creencias católicas y que, en consecuencia, halla solución a sus problemas sociales; ¿qué duda cabe de que esa nación sería un faro luminoso para todas las demás? Acudirían todas a ella, para aprender de sus labios.

Indiscutiblemente, la Legión tiene poder para interesar vivamente a los seculares en su religión, y para comunicar a cuantos viven bajo su influencia un ardiente entusiasmo, con los siguientes frutos: les hace olvidar las diversiones, desigualdades y antagonismos de la sociedad, les anima con el deseo de amar y trabajar por todos los demás; por estar arraigado en sus principios religiosos, tal entusiasmo no es mero sentimiento, sino que disciplina al individuo, lo educa en la idea del deber, le estimula al sacrificio, y, sin envanecerle, le encumbra a la cima del heroísmo.

¿Por qué? La razón está en el motivo: toda fuerza mana de una fuente. La Legión tiene un motivo apremiante para ese servicio de la comunidad: es que Jesús y María fueron ciudadanos de Nazaret. Amaban aquella ciudad y su patria con devoción religiosa; para los judíos, la fe y la patria se entrelazaban de

tal manera que resultaban una sola y misma cosa. Jesús y María vivían a la perfección la vida común de su localidad. Cada casa y cada persona eran para ellos objeto del mayor interés. Sería imposible imaginarlos indiferentes o negligentes en nada.

Hoy, su patria es el mundo; y cada lugar, su Nazaret. En una comunidad de bautizados ellos están más estrechamente ligados con el pueblo que lo estuvieron con sus parientes de sangre. Pero su amor tiene que expresarse ahora mediante el Cuerpo místico. Si, con este espíritu, se esfuerzan sus miembros por servir al lugar donde viven, Jesús y María vivirán entre los hombres, y no sólo haciendo el bien, sino también saneando el medio ambiente. Habrá mejoras materiales, los problemas disminuirán. De ninguna otra fuente saldrá más auténtica mejoría.

El cumplimiento del deber cristiano en cada localidad podría traducirse en un ejercicio de patriotismo en beneficio de toda la nación. Esta palabra, sin embargo, no es en realidad muy clara: ¿cómo se define el verdadero patriotismo? No existe en el mundo mapa ni modelo de él. Algo sugieren la entrega y el sacrificio personales que se desarrolla intensamente durante una guerra; pero toda guerra está motivada más por el odio que por el amor, y, además, va dirigida a la destrucción. De ahí que sea necesario poder contar con un ejemplo válido de patriotismo pacífico.

Tal ejemplo se da ya en el servicio espiritualizado de la comunidad que la Legión ha venido urgiendo bajo el título de *Verdadera Devoción a la Nación*. Este servicio espiritualizado no debe estar solo en su motivación básica, sino que él y todos los contactos que se realicen por él, deben tener como meta el fomento de la vida espiritual. Los esfuerzos que produjeran un avance sólo en el plano material, falsificarían totalmente la Verdadera Devoción a la Nación.

El Beato John Henry Newman expresa perfectamente esta idea fundamental cuando dice que un progreso material no acompañado por su correspondiente

manifestación moral, es mejor no tomarlo en cuenta. Se debe, pues, guardar un correcto equilibrio.

Hay sobre este tema un folleto que puede obtenerse del Concilium.

¡Pueblos de la tierra, mirad!: si tal es la Legión, ¿no os presenta ya en marcha un cuerpo de Caballería idealista, con el mágico poder de hermanar a todos los hombres y llevarlos a grandes empresas en servicio de Dios? Este es un servicio que trasciende infinitamente el valor de aquel legendario Rey Arturo, el cual –como dice Tennyson– «en su Orden de la Tabla Redonda juntó la Caballería Andante de su reino y las de todos los reinos, compañía gloriosa, la flor y nata del género humano, para que sirviese de modelo a todo el mundo, y fuese aurora sonriente de una era nueva».

«La Iglesia es, a la par, agrupación visible y comunidad espiritual; avanza al mismo ritmo que toda la humanidad, y pasa por los mismos avatares terrenos que el mundo; viene a ser como el fermento y como el alma de la ciudad humana, que en Cristo se ha de renovar y transformar en la familia de Dios...

El Concilio exhorta a los cristianos –ciudadanos de la ciudad terrena y de la ciudad celeste– a que cumplan fielmente sus deberes terrenos dentro del espíritu del Evangelio. Están lejos de la verdad quienes, sabiendo que nosotros no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura, piensan que por ello pueden descuidar sus deberes terrenos, no advirtiendo que precisamente por esa misma fe están más obligados a cumplirlos, según la vocación de cada uno» **(GS 40-43)**.

«La respuesta práctica a esa necesidad y a esa obligación, subrayadas por el Decreto del Concilio, se encuentra en el movimiento legionario iniciado en 1960 y conocido con el nombre de *Verdadera Devoción a la Nación*. La dimensión del éxito ya conseguido es una clara garantía de lo mucho que se puede conseguir en el futuro. Pero insistamos: lo que la Legión tiene que ofrecer en el orden temporal no es ciencia, ni experiencia, ni métodos extraordinarios, y ni siquiera gran número de personas que presten servicios; sino el dinamismo

espiritual que la ha hecho llegar a ser una auténtica fuerza mundial, con posibilidades de enervorizar y entusiasmar a cualquier sector del Pueblo de Dios que sea capaz de percibir y emplear ese dinamismo. Pero la iniciativa debe venir de la Legión. Por más que rehúya todo apego a lo mundano, sin embargo, la Legión ha de preocuparse siempre del mundo en el sentido del texto del Concilio. Debe darse cuenta de que el hombre tiene que vivir entre cosas materiales y de que su salvación está ligada a ella en sumo grado» (P. Tomás O'Flynn, C.M., antiguo director espiritual del Concilium Legionis Mariae).

4. En empresas importantes por Dios

Esta nueva Caballería aparece precisamente en un tiempo de máximo peligro para la religión. En nuestros días, los antiguos ejércitos del paganismo o de la irreligión han sido reforzados con el ateísmo militante; este ateísmo domina hoy el campo, y extiende su perniciosa influencia mediante una organización habilísima, que no parece, sino que va a adueñarse del mundo entero.

¡Qué pequeña y modesta grey es la Legión, comparada con tan temibles huestes! Pero este mismo contraste le infunde a uno más valor. La Legión está compuesta de personas entregadas al mando de la Virgen Poderosísima. Además, atesora grandes principios, que sabe llevar a la práctica eficazmente. Es de esperar, pues, que Aquél, que es todopoderoso, hará por ella y mediante ella cosas grandes.

Las metas de la Legión de María y las de esa otra «legión» –que «rechaza a nuestro único Soberano y Señor Jesús, el Mesías» (Jds 1,4)– son diametralmente opuestas: la de la Legión de María es llevar a Dios y a la religión a cada hombre en particular; la de las otras fuerzas, todo lo contrario. Parecen correr parejas la oposición de fines y la semejanza de métodos.

Más no se crea que la Legión de María fue concebida como una deliberada respuesta a esa otra legión, donde impera la falta de fe. No, las cosas

sucedieron muy de otra manera; unas pocas personas se reunieron en torno a la Madre de Misericordia y le dijeron: *¡Guíanos!* Y Ella guió sus pasos a un hospital inmenso, repleto de enfermos, afligidos y desgraciados habitantes de una gran ciudad, y les dijo: *Ved en cada uno de éstos a mi querido Hijo, y lo mismo en todos los miembros de la humanidad; compartid conmigo mi oficio de Madre para con cada uno de ellos.* Asidas de las manos de María, emprendieron aquellas primeras legionarias su sencilla tarea de servir. Y he aquí que ya son Legión, y están cumpliendo estos mismos actos de amor a Dios, y a los hombres por Dios, en todo el mundo, demostrando en todas partes el poder que tiene ese amor para conmover y ganar los corazones.

También aseguran amar y servir a la humanidad los sistemas materialistas: han predicado un evangelio de fraternidad, y, aunque sin verdadero fundamento, muchos han creído en él, y por él han desertado de la religión, a la que tenían por inútil; y, convencidos de que sus nuevos amos les querían más, se han encadenado a una serie de despotismos. Una vez cautivados, ahora no escatiman esfuerzos por lograr que todos los demás se les unan. Y, verdaderamente, parecen haber triunfado. Pero la situación no es desesperada: queda un medio de reconquistar para la fe a esos millones de hombres decididos, y de resguardar a muchos millones más. Esta firme y alta esperanza tiene su raíz en la aplicación del gran principio que rige el mundo, y que el santo Cura de Ars expresó así: «El mundo es de aquel que más le ame y mejor le pruebe su amor».

Ahora bien: esos hombres no escucharán jamás la simple predicación de las verdades de la fe; pero no podrán menos de apreciar la fe verdadera, y se conmoverán ante ella, si la ven encarnada en un amor heroico para con todos los hombres. Convencedles, por tanto, de que la Iglesia es quien más les ama, y les veréis volver la espalda a los que ahora les firanizan; y, superando todas las dificultades y amenazas, abrazarán de nuevo la fe, y por ella darán hasta su propia sangre.

Ningún amor vulgar es capaz de tan grandes conquistas. Ni tampoco lo conseguirá un catolicismo mediocre, que apenas logre mantenerse a flote. Sólo lo alcanzará un catolicismo que ame de todo corazón a Jesucristo, su Señor, y, después, trate de verle y amarle en todos los hombres, de cualquier clase y condición. Esta soberana caridad de Cristo ha de llevarse a la práctica tan universalmente, que, quienes la contemplen, se vean forzados a admitir que ella constituye un rasgo esencial de la Iglesia católica, y no algo excepcional de unos cuantos miembros escogidos. Para esto es preciso que dicha caridad resplandezca en la vida del común de los fieles.

Querer que la familia católica, toda entera, se inflame en tan sublime anhelo, ¿es acaso pedir un imposible? Empresa más que hercúlea, por cierto. Es un problema de tan vastos horizontes, y son tan formidables las fuerzas enemigas que dominan la tierra, que es para desanimar al corazón más valiente. Pero no, María es el corazón de la Legión, y este corazón es fe y amor inefable. Con este convencimiento, la Legión fija sus ojos en el mundo, y de inmediato nace una ardiente esperanza: *el mundo es de aquel que más le ame*; y, volviéndose a su excelsa Reina, le implora como en un principio: ¡*Guíanos!*

«La Legión de María y sus fuerzas oponentes –secularismo e irreligión– se enfrentan la una contra la otra. Estas fuerzas, mantenidas mediante una propaganda constante a través de la prensa, televisión, video, han traído consigo el aborto, el divorcio, la utilización de anticonceptivos, drogas y todas y cada una de las formas de indecencia y brutalidad en el corazón de los hogares. La simplicidad e inocencia de todo recién nacido queda sin defensa ante estas influencias devastadoras.

Sólo una movilización total del pueblo católico podrá resistir tal dominio. Para este fin, la Legión de María posee un mecanismo perfecto, y eso lo admiten hasta sus enemigos. Pero todo mecanismo, de por sí, es inútil si no tiene la conveniente

fuerza motriz. Aquí la fuerza está en la espiritualidad legionaria, en un sumo aprecio del Espíritu Santo y una plena confianza en Él, en la verdadera devoción a su Esposa, la Santísima Virgen María y en alimentarse con el Pan de Vida, la Eucaristía.

Cuando entran en conflicto estas dos fuerzas, la Legión y el materialismo militante, éste es capaz de perseguir y hasta de matar; pero no podrá con el espíritu de la Legión. Los legionarios soportan hasta el martirio, y mantienen vivas las llamas de la libertad y de la religión, y al fin triunfan» (P. Aedan McGrath, S.S.C.)

13. Admisión de Socios

1. La Legión de María admite a todos los católicos que:

- a) practiquen fielmente su religión;
- b) estén animados del deseo de ejercer el apostolado seglar en las obras de la Legión;
- c) estén dispuestos a cumplir con todos y cada uno de los deberes inherentes a la calidad de socio de la misma.

2. Las personas deseosas de pertenecer a la Legión de María deberán solicitar incorporarse a un praesidium.

3. Los candidatos menores de 18 años solo pueden ser recibidos en los praesidia juveniles (véase el capítulo 36).

4. Nadie será admitido como candidato de la Legión de María, sino después de que el presidente del praesidium –en el que ha solicitado la admisión– se haya persuadido, tras cuidadosa investigación, de que dicha persona reúne las condiciones requeridas.

5. Antes de ser alistado en las filas legionarias, el candidato tendrá que pasar satisfactoriamente una prueba de tres meses como *mínimum*; pero, durante este tiempo, –y ya desde un principio–, podrá participar plenamente en las obras de la Legión.

6. A cada candidato se le dará un ejemplar de la *téssera*.

7. La incorporación plena se realiza mediante la promesa legionaria y con la inscripción del nombre del candidato en la lista de socios del *praesidium*. La fórmula de dicha promesa está consignada en el capítulo 15, y redactada de modo que se facilite su lectura.

Su eminencia monseñor Montini, después San Pablo VI, escribiendo en nombre de S.S. Pío XII, dice: “Esta promesa apostólica y mariana ha fortalecido a los legionarios en su lucha cristiana por todo el mundo, en particular a aquellos que están sufriendo persecución por la fe”.

Su eminencia el cardenal León José Suenens ha escrito un comentario sobre la promesa bajo el título *Teología del Apostolado*, publicado en varias lenguas. Esta obra, de inestimable valor debe estar en las manos de todo legionario. Igualmente, haría bien en leerla todo católico consciente de su responsabilidad, porque contiene una admirable exposición de los principios que rigen el apostolado cristiano.

a) Terminado satisfactoriamente –a juicio de la autoridad competente– el período de prueba, se notificará al candidato su admisión, por lo menos, con una semana de antelación; y, durante esta semana, el socio se familiarizará con el texto y el sentido de la promesa, para que, al hacerla, la pueda leer expeditamente, conociendo bien lo que promete y prometiéndolo con sinceridad.

b) En la junta ordinaria del *praesidium* señalada para la admisión, rezada la *catena*, y estando todavía en pie todos los socios, se colocará el *vexillum* cerca del candidato, y éste, tomando en su izquierda un ejemplar de la fórmula de la promesa, la leerá en voz alta, pronunciando su propio nombre en el lugar indicado; y, al empezar el tercer párrafo, pondrá la mano derecha sobre el asta del *vexillum* hasta terminar la lectura. Concluida ésta, si está presente el director

espiritual, dará su bendición al nuevo legionario, y se anotará su nombre en el registro de socios.

c) A continuación, los miembros vuelven a sentarse, escuchan la allocutio, y la junta sigue su curso normal.

d) Si para dicha fecha no poseyera el praesidium un vexillum, el candidato tendrá en la mano un cuadro representativo del mismo. Puede servir la téssera.

8. Una vez juzgado apto, el candidato deberá hacer la promesa legionaria, sin dilación alguna. Podrían hacerla varios simultáneamente, pero no es de desear; pues una ceremonia como ésta, si participan muchos, reviste para cada uno menos solemnidad que si se hace individualmente.

9. Para personas de temperamento muy sensible, la promesa así emitida podrá resultar una verdadera prueba; así y todo, son ellas quizás quienes más la aprovecharán, pues constituirá un acto más emotivo y serio, que imprimirá y sellará profundamente todo el porvenir de dichos legionarios.

10. La obligación de dar buena acogida a los candidatos, de instruirlos en sus deberes, y de alentarlos durante la prueba y después, incumbe de modo particular al vicepresidente; pero deberán cooperar todos.

11. Si un candidato, por cualquier motivo, no quiere hacer la promesa puede prolongársele el período de prueba por otros tres meses, y el praesidium tiene el derecho de retardar la promesa hasta asegurarse de la aptitud del candidato. Es también justo que el candidato tenga tiempo suficiente para llegar a una decisión. Pero, al terminar ese período adicional, el candidato tiene que hacer la promesa –sin restricciones mentales– o dejar el praesidium.

Si un miembro, una vez hecha la promesa llega luego a estar disconforme con ella en su interior, tiene la obligación moral de abandonar la Legión.

La prueba y la promesa son la puerta de entrada en la Legión. Esa puerta debe ser custodiada con

diligencia, para impedir que entren elementos no aptos, que rebajen las normas y empobrezcan el espíritu.

12. El director espiritual no tiene obligación de hacer la promesa; pero puede hacerla, y esto sería para el praesidium un gozo y un honor.

13. La fórmula de la promesa tiene que reservarse para su fin propio. No se usará como acto de consagración en el *acies*, ni en otras ocasiones. Pero los legionarios pueden usarla a su gusto, en su devoción personal.

14. En el praesidium, hay que mirar las ausencias con el grado justo de tolerancia que merezcan las circunstancias. No se borren con ligereza nombres de la lista de socios, sobre todo cuando es por causa de enfermedad, aunque ésta se presente como muy prolongada. Si algún miembro no ha querido continuar siendo socio, y su nombre ha sido borrado de la lista, y posteriormente pretende ingresar de nuevo, es necesario que pase por otra prueba y vuelva a hacer la promesa.

15. Para los fines propios de la Legión –y solamente para estos fines–, los socios se llamarán mutuamente *hermano* y *hermana*, según el caso.

16. Los socios podrán agruparse constituyendo praesidia de hombres, de mujeres, de chicos, de chicas, o mixtos, según las conveniencias, y con aprobación de la curia correspondiente.

Conviene notar que la Legión empezó como organización femenina, y sólo transcurridos ocho años se estableció el primer praesidium de hombres. No obstante, la Legión ofrece una base de organización igualmente apropiada para estos últimos, y, de hecho, hay praesidia masculinos y mixtos en gran número. El primer praesidium de América, África y China estuvo formado por hombres.

Aunque la mujer tenga, por ese motivo, un puesto de honor en la Legión, en todo el texto de este manual se usará el género masculino para designar a los legionarios de uno y otro sexo. Así se acostumbra en toda legislación. Además, evita la monótona distinción de pronombres y terminaciones.

«La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora, y por medio de ellos ordenar realmente todo el universo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo místico dirigida a este fin recibe el nombre de apostolado, que la Iglesia ejerce por obra de todos sus miembros, aunque de diversas maneras. La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado. Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros que se comporten de forma meramente pasiva, de igual manera en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, todo el cuerpo crece gracias a la actividad propia de cada uno de sus miembros (Ef 4,16). No sólo esto. Es tan estrecha la conexión y solidaridad de los miembros en este Cuerpo, que el miembro que no contribuye según su propia capacidad al crecimiento del cuerpo debe ser considerado como inútil para la Iglesia y para sí mismo» (AA, 2).

14. EL PRAESIDIUM

1. La unidad orgánica de la Legión de María se llama praesidium.

Esta voz latina designaba un destacamento de la legión romana al que se señalaba cierto cometido especial; por ejemplo, un sector de la línea de combate, una plaza fuerte, una guarnición. Es, pues, un término que cabe aplicar con propiedad a una rama de la Legión de María.

2. Cada praesidium adopta por nombre un título de la Virgen: por ejemplo: «Nuestra Señora de la Misericordia»; o, también, alguno de sus privilegios: por ejemplo, «La Inmaculada Concepción»; o finalmente, algún misterio de su vida: por ejemplo, «La Visitación».

¡Feliz el obispo que, en cada ciudad de su diócesis, tuviera praesidia en tanto número, que lleguen a formar –por decirlo así– una letanía mariana viviente!

3. El praesidium tiene autoridad sobre todos sus miembros y facultad para regular las actividades legionarias de los mismos. Ellos, por su parte, obedecerán lealmente todas sus órdenes legítimas.

4. Cada praesidium debe afiliarse al *Concilium Legionis* –o Consejo Supremo–, o directamente o mediante algún Consejo intermedio autorizado, como se dirá después. Sin cumplir este requisito no se puede considerar como praesidium de la Legión. Por lo tanto, no se fundará ningún praesidium sin permiso expreso de la curia correspondiente o –a falta de una curia cercana– del consejo superior inmediato, o –en última instancia– del Concilium. Todo praesidium dependerá, pues, directamente de tales órganos de gobierno.

5. No se establecerá ningún praesidium en una parroquia sin consentimiento del cura párroco o del Ordinario; y a uno o a otro se invitará para que presida la inauguración.

6. El praesidium tendrá junta regularmente cada semana, siguiendo el procedimiento detallado en el capítulo titulado «Orden de la junta del praesidium».

Esta regla es absolutamente invariable. Contra ella se objetará insistiendo sobre las dificultades que, por varias razones –de suyo muy valederas– ofrece la junta semanal, y se dirá que una junta quincenal o mensual vendría a servir lo mismo.

A lo cual decimos que la Legión no puede en manera alguna permitir otra cosa que la junta semanal, ni a ninguno de sus consejos otorga el derecho de variar esta regla. Si sólo se tratara en la junta de organizar el trabajo activo, bastaría tal vez tenerla cada mes, aunque sería insuficiente si, según el reglamento, se ha de hacer un trabajo determinado cada semana. Pero uno de los fines esenciales de la junta legionaria es orar en común todas las semanas, y esto, evidentemente, no puede ser sino adhiriéndose estrictamente a la regla de la junta semanal.

Reunirse todas las semanas, sin fallar, impondrá tal vez algún sacrificio; pero, si la Legión no puede pedir

esto confiadamente a sus miembros, ¿dónde apoyará toda su eficacia?

7. Todo praesidium tendrá como director espiritual a un sacerdote. Igualmente tendrá presidente, vicepresidente, secretario y tesorero.

Estos cuatro serán oficiales del praesidium, y los representantes de éste en la curia. Sus respectivos deberes quedan especificados en el capítulo 34, pero su deber primordial es cumplir con la obligación del trabajo semanal, y también que sean ejemplo para los demás socios.

8. Los oficiales informarán a su propio praesidium de lo sucedido en cada junta de la curia, para así mantenerlo en contacto con la misma.

9. El director espiritual será nombrado por el párroco o por el Ordinario, y ocupará el cargo con la libre aquiescencia de quienes le nombraron.

Un mismo director espiritual podrá encargarse de la dirección espiritual de varios praesidia.

Si el director espiritual no puede asistir en persona a las juntas del praesidium, podrá designar a otro sacerdote o religioso que le sustituya, o, en especiales circunstancias, a un legionario cualificado, que será llamado *tribuno*.

Aunque el director espiritual deberá estar al tanto de las juntas, no es esencial para la validez de las mismas que asista a ellas.

El director espiritual pertenece a la categoría de oficial del praesidium; apoyará toda autoridad legionaria legítimamente constituida.

10. En lo que toca a cuestiones religiosas o morales tratadas en las juntas del praesidium, tendrá siempre el director espiritual la última palabra y, además, el derecho de suspender todas las gestiones del praesidium hasta obtener el fallo definitivo del cura párroco o del Ordinario.

«Este derecho es un arma necesaria, pero – como toda arma– hay que usarla con gran discernimiento y precaución, para que no venga

a ser instrumento de destrucción, en vez de defensa. En toda asociación bien constituida y acertadamente dirigida nunca será menester echar mano de ella» (Civardi, *Manual de Acción Católica*).

11. Fuera del director espiritual, los demás dirigentes del praesidium serán nombrados por la curia de la Legión. Sólo en el caso de que no exista curia, los dirigentes serán nombrados por el consejo superior inmediato.

No es la junta el lugar más indicado para aquilatar y discutir los méritos de los candidatos a futuros dirigentes, y, menos estando presentes ellos. Por eso, cuando ocurre alguna vacante, la costumbre es: el presidente de la curia, para acertar mejor con la persona más apta, se informa cuidadosamente, sobre todo preguntando al director espiritual del praesidium interesado; y luego propone a la curia el nombre del candidato; y la curia, si le parece bien, proceda al nombramiento.

12. Todo nombramiento de oficiales, excepto el del director espiritual, será para un término de tres años, pudiendo renovarse para otro término de igual duración; es decir, para un máximo total de seis años. Al vencer el tiempo del cargo, dicho oficial no debe seguir ejerciéndolo.

El traslado de un oficial a otro cargo –o al mismo cargo en otra parte– se considerará como nuevo nombramiento.

Después de un intervalo de tres años, un oficial puede volver a ocupar el mismo cargo dentro del mismo praesidium.

Si, por cualquier motivo, un oficial no termina los tres años completos, en la fecha en que cesa de ejercer el cargo se le considerará como si hubiera cumplido los tres años señalados. Y luego se aplica la regla ordinaria que gobierna la renovación de cargos, a saber: **a)** si se trata del primer trienio, dicho oficial, durante el periodo que le falta para terminar el trienio, puede ser nombrado –o elegido, en el caso de un consejo– para un segundo trienio en ese mismo cargo; y **b)** si se trata del segundo

trienio, hay que dejar pasar un periodo de tres años, a contar desde el cese en el cargo, antes de nombrarle –o elegirle– para ese mismo cargo.

«La cuestión de la duración de los cargos ha de resolverse a base del principio general. Tratándose de cualquier organización –particularmente en el caso de organizaciones religiosas voluntarias–, no se debe perder de vista que algunos de sus centros –y aun todos ellos– corren grandísimo peligro de estacionarse; porque es propio del hombre enfriarse en sus entusiasmos, dejarse llevar paulatinamente por la rutina, y aferrarse a métodos tradicionales, mientras que los males a los que hay que hacer frente están cambiando continuamente.

Este proceso de empeoramiento acaba en obras estériles, y en la indiferencia; y la organización ya no atrae a nuevos miembros, ni es capaz de retener a los socios mejores, y no tarda en sobrevenir un estado de letargo. En la Legión hay que guardarse de esto a toda costa. En todos y cada uno de sus consejos y praesidia es preciso asegurarse de que el entusiasmo brote siempre fresco, empezando por los oficiales –que son como las fuentes naturales del cielo–, para que esas fuentes conserven todo el ímpetu de su fervor originario; y eso se consigue renovándolos, cambiándolos. Si fallan los dirigentes, todo se marchita; si se apaga en ellos el fuego del entusiasmo, se enfriará todo el cuerpo, del que deben ser el alma. Y, lo que es peor, fácilmente se acomodarán los miembros a ese estado de inercia, y entonces el remedio no podrá venir sino de fuera.

Teóricamente se podría tal vez pensar que el remedio estaría en una regla que ordenase simplemente una renovación periódica de los cargos. En la práctica, sin embargo, esto no resultaría eficaz; porque ni los mismos centros de administración se apercibirían del lento proceso sedimentario que se estaba efectuando, y una y otra vez reelegirían automáticamente a los mismos oficiales.

Por lo tanto el único medio que parece seguro es el de cambiar a los oficiales sin atender a sus méritos

ni a cualquier otra circunstancia. La práctica de las órdenes religiosas sugiere el modelo que ha adoptado la Legión: un límite del periodo de cargo a seis años, con la condición de que, cumplidos los tres primeros años, es necesario hacer una renovación (Decisión de la Legión limitando la duración de los cargos).

13. Decía Napoleón: «No hay malos soldados, sólo hay malos oficiales». Frase fuerte, que quiere decir que los soldados serán lo que hagan de ellos sus oficiales. Tampoco los legionarios pretenderán situarse por encima del nivel de espíritu y trabajo establecido por sus propios oficiales. Por consiguiente, éstos deben ser de lo mejor que haya. Si al trabajador se le ha de considerar digno de su salario, al legionario se le ha de considerar ciertamente digno de un buen mando.

De una serie de nombramientos acertados cabe esperar, con razón, el progresivo y constante mejoramiento del espíritu del praesidium; pues cada uno de los oficiales, además de cuidar celosamente de que no se menoscabe el espíritu ya adquirido, contribuirá personalmente al fortalecimiento de la vida del praesidium.

14. En particular, el nombramiento del presidente requiere la máxima consideración. Un paso mal dado aquí podría arruinar al praesidium. Hay que hacer este nombramiento sólo después de haber considerado a todos los candidatos disponibles a la luz de las exigencias detalladas más tarde en el capítulo 34, sección 2, sobre el presidente. Cualquier persona que no cumpla plenamente con todas esas condiciones tiene que ser descartada, por valiosa que sea en otros aspectos.

15. Para la más conveniente reorganización de un praesidium decadente, empiece la curia por cambiar al presidente, a no ser que haya fuertes razones en contra. En casi todos los casos, la decadencia de un praesidium se debe a la negligencia o a la escasa capacidad del presidente para dirigirlo.

16. Durante la prueba ningún legionario podrá ejercer un cargo en un praesidium de adultos, si no es con carácter provisional. Si este cargo no le ha sido retirado durante el periodo de prueba, al terminar ésta queda confirmado en el cargo, y el tiempo que ha venido ejerciéndolo se cuenta como parte del trienio mencionado.

17. Ningún socio dejará un praesidium para entrar en otro sin el consentimiento del presidente del primero, y la nueva admisión se hará conforme al Estatuto y las reglas sobre la recepción de un nuevo socio, exceptuando la prueba y la promesa, que no se le exigirán. Dicho consentimiento, cuando se solicita, no debe ser negado sin razones suficientes. En este punto existe el derecho de apelar a la curia.

18. El presidente del praesidium, después de consultarlo con los demás oficiales, tendrá facultad para suspender a cualquier miembro del praesidium por cualquier motivo que ellos consideren ser suficiente; y no tendrán obligación de informar al praesidium sobre tal medida.

19. La curia está autorizada para expulsar o suspender a cualquier miembro de un praesidium, salvo el derecho de apelación a la autoridad superior inmediata, cuya decisión será definitiva.

20. En toda polémica que se origine sobre la distribución del trabajo entre varios praesidia, fallará la curia.

21. Es deber esencial del praesidium crear y mantener en derredor suyo un buen número de auxiliares.

Piénsese en un regimiento de soldados bien dirigidos, valientes, perfectamente disciplinados y equipados: ¿acaso no son fuerzas irresistibles? Y, sin embargo, ellos solos no son más que una fuerza efímera. Día tras día dependen de una ingente multitud de operarios que les proveen de municiones, víveres, ropas y asistencia médica. Retiradles esas provisiones y veréis lo que queda de ese magnífico ejercito al cabo de algunas horas de combate.

Lo que estos suministradores son para el ejército, eso son los auxiliares respecto del praesidium. Ellos forman parte integral de la organización. Sin ellos el praesidium es incompleto.

El método adecuado de mantener relaciones con los auxiliares es el contacto personal; no bastan cartas circulares para cumplir tan importante deber.

22. Un ejército garantiza permanentemente su porvenir fundando academias militares. De igual modo, cada praesidium debe contemplar la fundación y dirección de un praesidium juvenil como algo esencial a su propio ser. El praesidium juvenil tendrá como oficiales a dos legionarios adultos. Es preciso escogerlos con cuidado, porque la formación de socios juveniles exige ciertas cualidades que no poseen todos los legionarios adultos. Su trabajo en la formación de los jóvenes será considerado como una labor a cumplir correspondiente al praesidium de adultos. Éstos podrán representar al praesidium juvenil en la curia de adultos, o en la curia juvenil si existe.

Los otros dos cargos del praesidium juvenil deberán ser desempeñados por socios juveniles; esto les proporcionará muy buena ocasión para formarse en la conciencia del deber. Ellos serán también representantes de su praesidium en la curia juvenil.

Los socios juveniles no serán miembros de una curia de adultos.

«Múltiples son los rayos del sol, pero la luz es una; muchas las ramas de un árbol, pero uno es el tronco, fuertemente sostenido por raíces incommovibles» (San Cipriano, *De Unitate Ecclesiae*).

15. LA PROMESA LEGIONARIA

Santísimo Espíritu, yo (nombre del candidato), queriendo en este día ser alistado como legionario de María, y reconociendo que por mí mismo no puedo prestar un servicio digno, te ruego desciendas sobre mí y me llenes de Ti mismo, para que mis pobres actos los sostenga tu poder, y venga a ser instrumento de tus poderosos designios. Reconozco también que Tú, que viniste a regenerar el mundo en Jesucristo, no quisiste hacerlo sino a través de María; que sin Ella no podemos conocerte ni amarte, y que por Ella son concedidos tus dones, virtudes y gracias, a quienes Ella quiere, cuando Ella quiere, en la medida y de la manera que Ella quiere; y me doy cuenta de que el secreto de un perfecto servicio Legionario consiste en la completa unión con Aquella que está tan íntimamente Unida a Ti

Por tanto, tomando en mi mano el estandarte de la Legión, que trata de poner ante nuestros ojos estas verdades, me presento delante de Ti como soldado suyo e hijo suyo, y como tal me declaro totalmente dependiente de Ella.

Ella es la Madre de mi alma.

Su corazón y el mío son uno; y desde ese único corazón vuelve Ella a decir lo que dijo entonces:

«He aquí la esclava del Señor»

Y otra vez vienes Tú por medio de Ella para hacer grandes cosas.

Cúbrame tu poder, y ven a mi alma con fuego y amor, y hazla una con el amor de María y la voluntad de María de salvar al mundo;

para que yo sea puro en Aquella que por ti fue hecha inmaculada;

para que por Ti crezca en mí también mi Señor Jesucristo;

para que yo con Ella, su Madre, pueda ofrecerte al mundo y a las almas que le necesitan; para que,

ganada la batalla, esas almas y yo podamos reinar con Ella eternamente en la gloria de la Santísima Trinidad.

Confiado en que en este día quieras Tú recibirme por tal y servirte de mí y convertir mi debilidad en fortaleza, tomo mi puesto en las filas de la Legión y me atrevo a prometer ser fiel en mi servicio. Me someteré por completo a su disciplina, que me une a mis hermanos legionarios y hace de nosotros un ejército, y mantiene nuestras filas, en nuestro caminar con María, para ejecutar tu voluntad, para obrar tus milagros de gracia que renovarán la faz de la tierra, y establecerán, Santísimo Espíritu, tu reinado sobre los seres todos.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

«Se ha especificado que la promesa legionaria está dirigida al Espíritu Santo, a quien, por lo común, los fieles honran muy poco, pero a quien los legionarios necesitan amar entrañablemente, porque su obra –la santificación propia y la de los demás miembros del Cuerpo místico de Cristo– depende del poder y de la acción del Espíritu Santo; todo lo cual requiere una unión muy íntima con Él.

Para esta unión son esenciales dos condiciones: prestar oído atento y continuo a las inspiraciones del Divino Espíritu y ser devotísimo de la Virgen, con la cual obra Él inseparablemente. Es probable que por falta de esa segunda condición, más que por no cumplir la primera, hemos llegado a tener poca devoción, por lo general, al Espíritu Santo, a pesar de lo mucho que se ha escrito y predicado sobre este tema. Los legionarios son, ciertamente, muy devotos de María, su Reina y su Madre; pero, si a esto añaden una devoción más acendrada y mejor definida al Espíritu Santo, entrarán de lleno en el plan divino, según el cual ha sido menester la unión del Espíritu Santo con María para la obra regeneradora del mundo; y, en consecuencia, verán coronados sus esfuerzos con mayor eficacia y mayores éxitos.

Las primeras oraciones dichas por los legionarios como tales, fueron la invocación y la oración al Espíritu Santo, seguidas inmediatamente del santo rosario. Desde aquella primera junta, todas se han iniciado con las mismas preces.

De modo que lo más acertado es poner bajo tan santos auspicios la ceremonia que incorpora al legionario en las filas de la Legión. Es volver en espíritu al día de Pentecostés, cuando la gracia del apostolado fue otorgada por el Espíritu Santo mediante María. El legionario que busca al Espíritu Santo por medio de María recibirá de Él copiosísimos dones, y, entre éstos, el de amarla con un amor realmente excepcional.

Además de lo dicho, la fórmula concebida para la promesa es conforme a la devoción que caracteriza a la Legión, tal como queda representada en su estandarte: la Paloma cerniéndose sobre la Legión y sus obras, hechas en favor de las almas por medio de María» (Extracto del acta de la junta del *Concilium Legionis*).

[Esta cita no forma parte de la promesa legionaria]

16. GRADOS ADICIONALES DE LOS SOCIOS

Además del grado ordinario de socio activo reconoce la Legión otros dos grados: los pretorianos y los auxiliares.

1. Los pretorianos

El pretoriano* es un grado superior entre los socios activos, y comprende a los que, además de las obligaciones comunes del socio activo se comprometen:

1. a rezar diariamente todas las preces incluidas en la téssera de la Legión;

2. a oír misa y comulgar todos los días. El temor de no poder oír misa y comulgar todos los días rigurosamente, sin faltar nunca, no es razón para desistir del empeño en tomar sobre sí el grado de pretoriano; pues nadie puede estar seguro de cumplir con tanto rigor. Todo aquel que, por regla general, no falte más que una o dos veces a la semana puede inscribirse sin temor;

* La Guardia Pretoriana era el regimiento más escogido del ejército romano

3. el rezo diario de un oficio aprobado por la Iglesia, especialmente el Oficio Divino o parte importante del mismo, por ejemplo, laudes y vísperas. Se ha aprobado un breviario más corto que contiene estas horas con el Oficio de la Lectura.

A veces se propone reemplazar o alternar el oficio con la meditación, pero eso no estaría en conformidad con el servicio pretoriano: unir al legionario a los actos solemnes y oficiales del Cuerpo místico. El trabajo activo del legionario es una participación en el apostolado oficial de la Iglesia. El pretoriano trata de entrar más profundamente todavía en la vida comunitaria de la Iglesia, y, por lo tanto, hay que imponerle la obligación de la misa y la sagrada comunión, por ser éstos los actos litúrgicos centrales de la Iglesia, que renuevan diariamente la acción cristiana por excelencia.

En la liturgia viene en segundo término el oficio, la voz comunitaria de la Iglesia, en la que resuena la oración de Cristo. En cualquier oficio construido a base de los salmos, empleamos oraciones inspiradas por el Espíritu Santo, y nos acercamos a aquella voz eclesial que tiene que ser oída por el Padre. Por esto se prescribe el oficio –y no la meditación– como condición esencial de todo miembro pretoriano.

«Conforme se desarrolla en nosotros la gracia –dijo a sus legionarios el arzobispo Leen–, nuestro amor ha de expresarse en formas nuevas». El rezo de todo el oficio divino sería, para los que están en condiciones de hacerlo, muestra de esta expansión de amor.

Pero téngase en cuenta lo siguiente:

a) El socio pretoriano no se distingue de los demás socios activos más que en grado; no constituye una unidad orgánica por separado. Por lo tanto, no deberán fundarse praesidia especiales para los pretorianos.

b) El grado pretoriano ha de considerarse como un contrato privado de cada legionario, nada más.

c) Cuando se trata de ganar socios para este grado, está prohibido recurrir a medios que impliquen la más mínima coacción moral. Y aunque se pueda y se deba

exhortar frecuentemente a los legionarios a emprender el servicio pretoriano, no se tomarán ni mencionarán los nombres en público.

d) El legionario se hace pretoriano mediante la inscripción de su nombre en un registro particular.

e) Los directores espirituales y presidentes procurarán aumentar el número de sus pretorianos; pero, a la vez, mantendrán relaciones con los ya existentes, para cerciorarse de que siguen fieles a sus obligaciones.

Si el director espiritual tuviera a bien permitir la inscripción de su nombre en el registro pretoriano, realzaría su calidad de legionario, estrecharía los vínculos que le unen con su praesidium, y su ejemplo repercutiría favorablemente sobre el desarrollo numérico de los pretorianos.

La Legión cifra grandes esperanzas en el grado de pretoriano, porque conducirá a muchos legionarios a una vida de más íntima unión con Dios por medio de la oración; significará la incorporación en el organismo de la Legión de un corazón nuevo, todo henchido de vida sobrenatural; a ese corazón acudirán los socios en creciente número para renovarse en él; en fin, ese corazón enriquecerá la circulación espiritual de la asociación, llenándola más y más de confianza en la oración para el éxito de todas sus obras, y dándole la firme persuasión de que el perfeccionamiento cristiano de sus miembros es su principal y verdadero destino.

«Tenéis que crecer, ya lo sé, es vuestro destino; es una imposición del nombre católico; es la prerrogativa de la herencia apostólica. Pero ¿extensión material sin la correspondiente manifestación moral? Infunde casi horror sólo pensar en su posibilidad» (Beato John Henry Newman, Posición actual de los católicos).

2. Socios auxiliares

En calidad de socios auxiliares pueden ingresar sacerdotes, religiosos y seculares. Son aquellos que no pueden o no quieren asumir los deberes del socio activo, pero se asocian a la Legión emprendiendo en su nombre un servicio de oración.

Los auxiliares se dividen en dos grados:

a) el primario, cuyos miembros serán llamados simplemente *auxiliares*;

b) el grado superior, cuyos miembros serán llamados más propiamente *adjutores Legionis* o, sencillamente, *adjutores*.

Para los socios auxiliares no hay límite de edad.

No es necesario que se ofrezca este servicio directamente en beneficio de la Legión; bastará con que se ofrezca en honor de la Santísima Virgen. Se podría pensar, con eso, que la Legión no recibe nada de este servicio, ni tampoco desea recibir nada que hiciera un mayor bien en cualquier otra parte. Mas, al ser éste un servicio legionario, es probable que eso incline a la Reina de la Legión a atender las necesidades de la propia Legión.

Se recomienda con especial interés, sin embargo, que este y cualquier otro servicio legionario sea ofrecido a nuestra Señora como un don sin reservas, para que Ella lo reparta según su voluntad. Así se elevaría el don a un nivel más alto de generosidad, y su valor se incrementaría notablemente. Y, a fin de tener siempre este objetivo, convendría valerse diariamente de alguna fórmula de ofrecimiento, como la siguiente: «María Inmaculada, Medianera de todas las gracias, pongo a tu disposición todas mis oraciones, obras y sufrimientos».

Estas dos clases de socios auxiliares son para la Legión lo que las alas para el ave; ampliamente extendidas por su gran número de auxiliares y batiéndolas poderosamente al impulso rítmico de la fidelidad en sus oraciones, la Legión podrá remontar

el vuelo hasta las regiones encumbradas del ideal y del esfuerzo sobrenaturales. Volará donde quiera con raudo vuelo, y no habrá montaña, por alta que sea, que impida supaso. Pero, si estas alas se pliegan, la Legión se irá deslizando por los suelos lenta y penosamente, y el menor obstáculo bastará para detenerla.

Grado primario: los auxiliares

Este grado, llamado de auxiliares, es el ala izquierda del ejército suplicante de la Legión. Su servicio consiste en rezar diariamente las oraciones contenidas en la téssera, a saber: la invocación y la oración al Espíritu Santo; cinco misterios del rosario y las invocaciones que le siguen; la catena; y, por último, las oraciones finales. Se puede repartir este rezo a lo largo del día, según la conveniencia de cada cual.

Aquellos que ya recen el rosario diariamente –por cualquier intención que sea–, pueden hacerse socios auxiliares sin obligación de añadir otro rosario.

«El que ora socorre a todas las almas. Socorre a sus hermanos mediante el magnetismo salvador y poderoso de un alma que cree, que conoce y que ama. Cumple el precepto de San Pablo: ofrece oraciones, súplicas y acciones de gracias en nombre de todos los hombres: lo primero que recomienda es que se hagan al Espíritu Santo súplicas y oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres (**Ef 6,18**). Si deja uno de vigilar, de insistir, de esforzarse, de mantenerse firme, ¿no parece como que todo va a resquebrajarse, que el mundo entero va a sucumbir de nuevo, y que los hermanos van a sentirse con menos energía y apoyo? Verdaderamente, así es. Cada uno de nosotros, en su propia medida ayuda a sostener el peso del mundo, y aquellos que dejen de trabajar y vigilar sobrecargarán a los demás» (Gratry, *Las fuentes*).

Grado superior: los adjutores

Son el ala derecha de la Legión (suplicante). Se compone de aquellos que: **a)** además de cumplir los requisitos del grado primario; **b)** se comprometen a oír misa y comulgar diariamente y a rezar cada día alguna forma de oficio aprobado por la Iglesia.

Ver lo que se dice en el capítulo de socio pretoriano sobre el valor indudable del oficio litúrgico.

Los adjutores son –respecto de los auxiliares– lo que los pretorianos son en relación con los socios activos ordinarios.

Los deberes complementarios son los mismos.

El no cumplir una o dos veces por semana las condiciones prescritas no se considera falta grave en los deberes de este grado superior.

No se exige un oficio a los religiosos no obligados a él por su regla.

Hay que procurar llevar al socio auxiliar ordinario hasta el grado de adjutor, por las muchas ventajas que esta norma de vida ofrece. Lo que se dice de los pretorianos sobre la unión del legionario con la oración de la Iglesia y sobre el valor indudable de un oficio, se aplica igualmente a los adjutores.

La Legión hace un llamamiento especial a los sacerdotes y religiosos, para que se hagan adjutores. La Legión desea ardientemente asociarse con estas personas consagradas, llamadas particularmente a llevar vida de oración y de íntima unión con Dios, y que constituyen –dentro de la Iglesia– una prodigiosa fuente de energía espiritual. La maquinaria de la Legión se moverá con fuerza irresistible cuando se vea conectada de un modo eficaz con esta inapreciable fuente de energía.

Un poco de reflexión hará ver lo poco que añadiría este grado legionario a las obligaciones que ya tienen: solo la catena, la oración final de la téssera, y algunas invocaciones; cuestión de unos minutos cada día. Pero, gracias a este vínculo con la Legión, podrán llegar a ser la fuerza motriz de la propia Legión.

Recordemos la célebre frase de Arquímedes: «Dadme una palanca y un punto de apoyo, y levantaré el mundo». Unidos a la Legión, los adjutores hallarán en ella ese fundamental punto de apoyo en que colocar la larga palanca de sus fervorosas oraciones, para hacerlas todopoderosas, capaces de consolar a las almas agobiadas del mundo entero, y de resolver los enormes problemas que les afligen.

«En el Cenáculo, donde la Iglesia fue formada definitivamente por la venida del Espíritu Santo, María empieza a ejercer de una manera visible –en medio de los apóstoles y discípulos reunidos– un oficio que después continuará de modo más íntimo y secreto: el de unir los corazones en la oración y vivificar las almas por los merecimientos de su intercesión todopoderosa: *Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, y María la madre de Jesús, y sus parientes (Hch 1,14)*» (Mura, *El Cuerpo místico de Cristo*).

Observaciones generales que afectan a ambos grados de socios auxiliares

a) Servicio de complemento. La Legión suplica a los socios de ambos grados del servicio auxiliar que consideren sus deberes reglamentarios no como el máximo, sino como el mínimo de su servicio legionario; complétenlo con noble generosidad, ejercitándose a este mismo fin en otras prácticas de devoción y en las buenas obras.

A los adjutores sacerdotes les suplicamos que tengan un «momento» especial en todas las misas por las intenciones de María y de la Legión, y también, que ofrezcan el Santo Sacrificio de vez en cuando por esas mismas intenciones. A los no sacerdotes les exhortamos a que hagan celebrar también de vez en cuando alguna misa por esta misma intención, aunque les cueste un pequeño sacrificio.

Por generoso que se muestre el socio auxiliar para con la Legión, ésta le devuelve el ciento, el mil, el millón por uno. En esto, lo mismo que al socio activo: les revela las

grandezas de María, los alista en el servicio de tan excelsa Reina, les ayuda a profesar a María un verdadero amor; ventajas todas tan inmensas, que decir «el millón por uno» es quedarnos cortos en ponderar la ganancia. La Legión eleva la vida espiritual de sus socios a un plano superior, y de este modo les asegura un aumento de bienes eternos.

b) ¿Quién puede negar a María una ofrenda como ésta? Además, Ella, que es la Reina de la Legión, es igualmente la Reina del mundo y de todo lo que el mundo encierra; por consiguiente, dársele todo a María es darlo todo allí donde la necesidad es más apremiante, donde nuestra oración tendrá la máxima eficacia.

c) Al administrar el caudal puesto así en sus manos, María Inmaculada tendrá muy en cuenta las necesidades de nuestra vida diaria, con nuestros deberes y obligaciones. Puede que surja esta pregunta: «Ah, ya quisiera yo ser socio de la Legión; pero ¿qué me queda por ofrecer como auxiliar, si se lo he dado todo a la Virgen con entrega absoluta y desinteresada o lo he ofrecido todo por almas del purgatorio, o por las misiones? A eso contestamos que sería muy bueno para la Legión contar con personas tan desinteresadas: esa ansiedad por ayudar a la Legión es ya una oración especial en su favor; es una prueba de gran pureza de intención; y una interpelación irresistible a la generosidad sin límites a Aquella que ha sido constituida administradora de los tesoros divinos. Así, pues, les aseguramos a dichas personas que, si se hacen miembros de la Legión, María corresponderá con creces, y premiará esta nueva intención sin permitir en manera alguna que se frustren las anteriores. Pues tan hábilmente actúa esta prodigiosa Reina y Madre nuestra que, después de valerse de nuestra ofrenda para socorrer a otros copiosamente, nos hace a nosotros más ricos que nunca.

Es que la intervención de María es la consecuencia de un trabajo extraordinario. Se ha producido una maravillosa multiplicación, lo que San Luis María de Montfort llama «un secreto de gracia»; y lo describe así: «Al pasar nuestras buenas obras por las manos de María, reciben un aumento de pureza y, por consiguiente, de mérito y

valor satisfactorio e impetrador; y gracias a eso, resultan más poderosas para aliviar a las almas del purgatorio y para convertir a los pecadores, que si no hubiesen pasado por tan inmaculadas y generosas manos».

Todos necesitamos esta admirable transacción, por la cual se nos retira cuanto poseemos, se coloca a un interés muy alto, se invierte en obras provechosas y, por fin, se nos devuelve con creces. Y esta es la operación vital que se efectúa por la entrega a María de un servicio auxiliar fielmente cumplido.

d) Se diría que la Legión ha heredado de María una porción de su don de atraer irresistiblemente los corazones, como fruto de su permanente contacto con personas afligidas. Y, así, los legionarios no tendrán comúnmente dificultad en alistar a sus amistades en este servicio auxiliar, tan esencial a la Legión, y tan lleno de beneficios para los mismos auxiliares, con el que participan en todas las oraciones y buenas obras de la propia Legión.

e) Se ha descubierto que este servicio auxiliar tiene tan poderosos atractivos como el servicio activo. Personas que no habían pensado antes en rezar cada día el rosario, ahora cumplen con todo lo prescrito para el socio auxiliar: el rosario y todas las oraciones de la téssera. Muchas personas residentes en hospicios y otras instituciones, sumidas en el desaliento, al incorporarse a la Legión han recuperado la ilusión de vivir; y una multitud de gentes sencillas, cuyo modo de vida conduce tan fácilmente a la monotonía, y aun a la rutina en la práctica de su religión, han tomado conciencia de que, siendo auxiliares, son de importancia real en la Iglesia; es más: han tomado la Legión como cosa suya, y leen con avidez cualquier escrito sobre ella que venga a caer en sus manos. Sienten que toman parte en las luchas que sostiene la Legión por el Reino de Cristo, aun en las tierras más lejanas, y se dan cuenta de que sus oraciones le están dando fuerza para pelear. Los hechos sobre nobles y emocionantes hazañas realizadas en diferentes lugares

en favor de las almas, llenan sus vidas monótonas con los recuerdos de esos lejanos momentos. Aun las almas más altas requieren algún estímulo parecido a éste.

f) Todo *praesidium* debe aspirar a reclutar a todos los católicos del contorno para el servicio auxiliar. Si se lograra, ¡qué bien abonado quedaría el terreno para la implantación de otras empresas del apostolado legionario! Las visitas hechas con este fin serán en general bien acogidas y fructíferas, y puede esperarse una respuesta muy positiva a las mismas.

g) En la medida en que los miembros de otras asociaciones y actividades católicas sean incorporados a este servicio auxiliar, esas actividades quedan integradas para formar una unión muy de desear: una unión de súplicas, simpatía, ideales, bajo la bendición de María, pero sin comprometer en lo más mínimo su autonomía o rasgos característicos, y sin privar de sus oraciones a las asociaciones a que pertenecen. Porque conviene insistir en que estas oraciones del servicio auxiliar no se ofrecen por la Legión, sino por las intenciones de la santísima Virgen.

h) Un no católico no podrá ser miembro auxiliar ordinario. Pero, cuando se encuentra el caso –que a veces ocurre– de una persona no católica dispuesta a rezar diariamente todas las oraciones legionarias, hay que darle una téspera y animarla en su generosa empresa. Se hará una anotación especial de su nombre, para mantener comunicación con ella. No hay duda de que nuestra Señora estará atenta a sus necesidades.

i) Conviene recordar a los auxiliares que su servicio es en apoyo de todas las almas, sin limitarse a las necesidades locales. Hay que hacerles ver que, aunque no estén en el frente, están desempeñando una función esencial: algo así como los fabricantes de municiones y los servicios de abastecimiento, sin los cuales las fuerzas combatientes no podrían hacer nada.

j) Los auxiliares no deben ser admitidos con demasiada facilidad. Antes de su inscripción definitiva

habrán de familiarizarse con sus obligaciones, y dar suficientes garantías de que serán fieles en cumplirlas.

k) Se deben revelar a los auxiliares algunos aspectos del trabajo de la Legión: primero, para intensificar su interés en el servicio que han emprendido, lograr que lo cumplan cada día mejor y asegurar su perseverancia; y segundo, para inducirles a que se hagan miembros adjutores o activos.

l) Si se quiere mantener a los auxiliares siempre fieles e interesados por la Legión, es preciso estar continuamente en relación con ellos; admirable tarea para algunos legionarios, cuyo ideal debería ser una superación progresiva de los mismos.

m) Hay que descubrir a los auxiliares los grandes beneficios de que gozarían si entrasen en la Cofradía del Santísimo Rosario; haciéndoles ver que, como ellos ya cumplen más que de sobra –mediante su afiliación legionaria– con lo prescrito por esta cofradía, no les resta sino inscribirse en ella formalmente, y dar a bendecir el rosario a un sacerdote debidamente facultado.

n) Asimismo, con la mirada puesta en la formación completa de estos soldados auxiliares de María, es necesario siquiera explicarles la «Verdadera Devoción», como consagración total a María.

Muchos de ellos se alegrarán tal vez de emprender este servicio más perfecto a María, el cual implica la entrega de sus tesoros espirituales a Aquélla a quien Dios ha constituido ya su propia Tesorera. Lo pueden hacer sin recelos, ya que las intenciones de María son los intereses del Sagrado Corazón. Estas intenciones abarcan todas las necesidades de la Iglesia, cubren el apostolado en todo su ámbito, se extienden al mundo entero, y también, aprovechan a las almas detenidas en el purgatorio. Preocuparse por las intenciones de María es tener solicitud por todas las necesidades del Cuerpo místico de Jesús, pues Ella no es hoy Madre menos solícita que en los días de Nazaret. Conformándose a su voluntad, uno va directamente a la más alta meta: la Voluntad de Dios. En cambio,

yendo cada uno por su propio camino, habrá mil vueltas y rodeos, y, ¿acaso se llegará así hasta el fin?

Y, por si alguien cree que sólo personas muy espirituales son capaces de poner en práctica esta devoción, es importante hacer saber que San Luis María de Montfort hablaba del rosario, de la devoción a María y de la santa esclavitud de amor, a almas que apenas habían roto las cadenas del pecado, y cuyas inteligencias había que iluminar con las primeras nociones del catecismo.

o) Es deseable –y hasta necesario– establecer entre los auxiliares alguna forma de organización, con sus reuniones o asambleas propias.

Una población que quedara prendida en semejante red, quedaría imbuida de los ideales de apostolado y piedad de la Legión, de modo que pronto se la vería poner en práctica estos ideales de una manera incluso revolucionaria.

p) Una cofradía formada a base de socios auxiliares de la Legión no tendría menos valor que otra cofradía cualquiera; y, además, tendría la ventaja de ser la Legión, con toda la fuerza de su carácter y su ardor. Las reuniones periódicas de dicha cofradía mantendrían a los socios en contacto con el espíritu y las necesidades de la Legión, asegurando el fiel cumplimiento de sus obligaciones como auxiliares.

q) Se debería procurar que todo auxiliar se haga patricio: ambos grados se complementan mutuamente. La reunión patricia hará las veces de la reunión periódica recomendada para los auxiliares. Los mantendrá en contacto con la Legión, y los irá formando sólida y progresivamente, en cosas importantes. Por otra parte, si se logra que los patricios se hagan auxiliares, darán así un paso adelante y siempre ascendente.

r) No se debe emplear a los socios auxiliares para la labor activa ordinaria de la Legión, aunque esto, a primera vista, parezca muy atrayente: pues, ¿acaso no es bueno estimular a los auxiliares a empresas mayores? Mas, por poco que se reflexione, se verá a

qué se reduciría ese proceder: a querer hacer la obra de la Legión sin junta legionaria; en otros términos: a rescindir de la condición esencial para ser socio activo.

s) Donde se juzgue conveniente o posible, los auxiliares podrán tomar parte en el acies. Es una ceremonia muy alentadora para ellos, y buena ocasión para que se relacionen con los socios activos. Los auxiliares que se sientan con ánimo para pronunciar el acto de consagración individual, lo harán a continuación de los legionarios activos.

t) La invocación que han de decir los auxiliares al rezar la téspera es: «María Inmaculada, Medianera de todas las gracias, ruega por nosotros».

u) El llamamiento que hace la Legión al socio activo de «estar siempre de servicio a favor de las almas», está dirigido también al auxiliar. El auxiliar, lo mismo que el socio activo, no debe escatimar esfuerzo alguno en el afán de conseguir a otros para el servicio de la Legión, hasta que la *Catena Legionis* sea la cadena de oro de la oración, que engarce a todos los fieles del mundo entero.

v) A menudo se reciben peticiones para que se modifiquen o se abrevien las oraciones del servicio auxiliar en favor de los ciegos, los analfabetos o los niños. Prescindiendo de que una obligación, cuanto menos específica, más tiende a perder su vigor, resulta que es imposible regular semejante concesión: eso llevaría a no negar esa exención –pues no habría razones para negarla– a personas menos analfabetas, menos cortas de vista, o a las que se dicen muy ocupadas; y por ese camino, y con el tiempo, la excepción vendría a ser la regla.

¡No! La Legión se ve obligada a insistir en la observancia de las normas establecidas. Si el reglamento traspasa los límites de algunas personas, éstas no podrán ser auxiliares, pero sí podrán prestar un servicio inestimable a la Legión rezando por ella a su modo; y hay que animarlas a que lo hagan.

w) Está permitido cobrar al socio auxiliar el costo de la téspera y del certificado de inscripción; por lo demás, no se les asignará ninguna cuota por pertenecer a la Legión como auxiliar.

x) Cada praesidium tendrá en su poder un registro de socios auxiliares en dos secciones –para los adjutores y para los simples auxiliares–, con sus nombres y direcciones. Este registro se someter  periódicamente a la inspección de la curia o a sus visitadores autorizados, los cuales comprobarán atentamente si está actualizado, si hay entusiasmo en el reclutamiento de nuevos socios, y si los miembros existentes est n siendo visitados de vez en cuando para asegurarse de que habiendo puesto su mano en el arado, no vuelvan atrás (Lc 9,62).

y) Queda efectuado el alistamiento en el momento de poner el nombre del auxiliar en el registro de auxiliares de cualquier praesidium. El encargado del registro es el vicepresidente.

z) Los nombres de los aspirantes al grado auxiliar se pondrán en una lista provisional hasta transcurrir tres meses de prueba; y el praesidium se asegurar  bien de la fidelidad de los candidatos, antes de inscribirlos en el registro.

« Qu  no dar  nuestro buen Jesús en recompensa a los que le entregamos heroica y desinteresadamente, por manos de su Santísima Madre, todo el valor de nuestras buenas obras? Si da el ciento por uno, aun en este mundo, a quienes por amor suyo dejan los bienes externos, que son temporales y perecederos,  qu  será ese c ntuplo cuando el hombre sacrifica hasta sus bienes internos y espirituales?» (San Luis María de Montfort).

17. NUESTROS LEGIONARIOS DIFUNTOS

La campaña ha tocado a su término. He aquí un legionario muerto noblemente. Por fin llegó la hora de ser confirmado en el servicio: por toda la eternidad será legionario, porque la Legión es quien le ha forjado su eterno destino, ha sido el núcleo y el molde de su vida espiritual. Es más: en su larga y dificultosa travesía por este mundo siempre encontró seguridad y fuerza en esa súplica unánime que diariamente brotaba de los labios fervorosos de los legionarios, activos y auxiliares, pidiendo que, tras la lucha de esta vida, se vuelva a juntar la Legión, sin faltar uno solo, en el Reino de la Paz. ¡Qué consuelo para los legionarios todos, para él y para nosotros! Pero, por un momento, dolor también: la dolorosa pérdida de un amigo y de un hermano; y, por tanto, la necesidad de orar para que ese legionario difunto se vea sin dilación liberado de las penas del Purgatorio.

Al morir cualquier socio activo, el *praesidium* hará que se celebre una misa por su alma lo antes posible, y todos los socios del *praesidium* rezarán las oraciones completas de la Legión –incluso el santo rosario–, una vez al menos, por la misma intención. No se dan estas obligaciones cuando muere algún pariente de uno de los socios. Todos los legionarios que puedan –y no solamente los del *praesidium* a que pertenecía el finado– deberían participar en la misa de Réquiem y acompañar el féretro hasta la sepultura.

Durante el entierro, y después de las oraciones litúrgicas de la Iglesia, se aconseja el rezo del rosario y demás preces de la Legión: tan piadosa práctica, al par que aprovecha al difunto, derramará un bálsamo de consuelo sobre los afligidos corazones de los parientes, de los mismos legionarios y de todos los amigos allí presentes. Es de esperar que se dirán estas mismas oraciones más de una vez junto al cadáver, al ser éste amortajado, y durante su estancia en la capilla ardiente.

Pero ni aun ahí debe darse por terminada la obligación para con el legionario difunto. Cada año, en el mes de noviembre, todos los praesidia harán celebrar la Eucaristía por todos los legionarios muertos en el mundo entero. En esta oración litúrgica –como siempre que se reza por los legionarios en general– quedan comprendidos todos los socios, tanto activos como auxiliares.

«El Purgatorio está bajo el cetro de María, porque allí también hay hijos suyos en trance de agudísimo dolor, esperando nacer a aquella vida gloriosa que jamás tendrá fin. San Vicente Ferrer, San Bernardino de Siena, Luis de Blois, y varios otros, proclaman explícitamente que María es Reina del Purgatorio; y San Luis M^o de Montfort nos urge a pensar y obrar conforme a esta creencia; quiere que pongamos en manos de María el valor de nuestras oraciones y reparaciones, y, a cambio, nos promete que esas almas, que nos son tan queridas, obtendrán mayor y más pronto alivio que si les aplicáramos nuestras oraciones directamente» (Lhoumeau, La vida espiritual según la escuela de San Luis María de Montfort).

18. ORDEN DE LA JUNTA DEL PRAESIDIUM

1. la disposición de la junta ha de ser siempre uniforme, los socios estarán sentados alrededor de una mesa, en un extremo de la cual se habrá colocado sobre un paño blanco, lo suficientemente grande, un pequeño altar. El altar consistirá en una imagen de la Inmaculada de la Medalla Milagrosa –en la actitud de Dispensadora de las Gracias– de unos 60 centímetros de altura, colocada entre dos floreros y dos candeleros con velas encendidas. Delante de la imagen, y un poco a la derecha, se pondrá el vexillum, descrito en el capítulo 27. En este Manual se hallarán láminas con la disposición del altar y del vexillum (verlas al final del Manual).

Puesto que se trata de representar a la Reina en medio de sus soldados, el altar no debe estar separado de la mesa de la junta, ni fuera del círculo que forman los socios reunidos.

El amor de hijos para con nuestra Madre celestial requiere que todo el altar y las flores sean de la mejor calidad. Los candeleros y floreros serán, a ser posible, de plata: no es un gasto que haya de repetirse, y quizá pueda obtenerse gracias a algún bienhechor. Uno de los legionarios tomará como un honor el guardar, tanto el vexillum como los floreros y los candeleros, limpios, resplandecientes y provistos de flores y velas costeadas por el praesidium. Si resulta del todo imposible obtener flores naturales, se permite utilizar flores artificiales, pero con hojas de alguna planta, para que esté presente la naturaleza viva.

En aquellos climas donde sea preciso proteger del viento la llama, se podría poner alrededor de la parte superior de las velas una especie de lamparilla o un pequeño globo de cristal transparente.

En el paño se podrán bordar las palabras «Legio Mariae», pero no el nombre del praesidium: importa hacer destacar los puntos de unidad, no los de distinción.

«Efectivamente, la mediación de María está *íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno, que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación compartida. En efecto, "jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor", al mismo tiempo "la única mediación del redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas *diversas clases de cooperación*, compartida de la única fuente"; y así "la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas» (RMat, 38).

2. Puntualmente, a la hora señalada, estarán los socios en sus puestos y se dará comienzo a la junta. Empezar a la hora en punto es cosa muy necesaria para el buen funcionamiento del praesidium. Para ello, los oficiales

tienen el deber de llegar un poco antes: lo suficiente para tener listo el altar y el local de la junta.

Ninguna junta de praesidium comenzará jamás sin tener previamente un programa escrito de los asuntos que se van a tratar; este programa se llamará «cartilla de trabajo». Estará preparada la cartilla antes de cada junta, y de ella se servirá el presidente para dirigir ordenadamente la junta. En la cartilla quedarán consignadas, con todo detalle, las diversas obras que el praesidium esté efectuando, y frente a cada trabajo pondrá los nombres de los socios encargados del mismo. No es necesario que se siga siempre, en todas las juntas, el mismo orden de materias; pero sí hay que citar a todos los socios que aparezcan en la lista, pidiendo a cada uno un informe, aunque estén trabajando en grupos de dos o más.

Antes de la conclusión de la junta hay que asegurarse de que a cada socio se le asigne algún trabajo para la semana entrante.

El presidente debe tener un libro encuadernado donde preparará la cartilla de cada semana.

«El idealismo, por fervoroso y absorbente que sea, nunca ha de legitimar un sentimentalismo vago y poco práctico. Como hemos indicado ya, el genio de San Ignacio se basaba en saber explotar con diligencia y método las energías espirituales. El vapor es inútil, y hasta molesto, mientras no tengamos un émbolo y un pistón con que emplearlo. ¡Cuánto desperdicio de fervor espiritual, sin el examen particular y sin encauzarlo a aplicaciones prácticas! Unos cuantos litros de gasolina mal aprovechada son capaces de hacer estallar un auto; bien aprovechada esa misma gasolina hará subir el auto hasta la cima de un monte» (Mons. Alfredo O'Rahilly, *Vida del Padre Guillermo Doyle*).

3. Se inicia la junta rezando la invocación y la oración al Espíritu Santo, fuente de esa Gracia, de esa Vida, de ese Amor, del que nos gozamos en considerar a María como el acueducto.

«Desde que concibió en su seno al Hijo de Dios, María estuvo dotada –por decirlo así– de cierta autoridad y jurisdicción sobre todo proceder temporal del Espíritu Santo, de tal suerte que no hay gracia alguna recibida de Dios por la criatura, que no sea por mediación de Ella... Todos los dones y las virtudes y las gracias de este Espíritu las administra Ella a quienes quiere, cuando quiere, y en la medida y forma que Ella quiere» (San Bernardino, *Sermón sobre la Natividad*).

{Nota: la parte final de la cita precedente se encuentra también casi con idénticas palabras, en los escritos de San Alberto Magno (*Biblia Mariana, Liber Esther, 1*), que vivió 200 años antes de San Bernardino}.

4. A continuación, se rezan cinco misterios del rosario, iniciando el director espiritual el primero, tercero y quinto, y los demás socios el segundo y cuarto. Todos rezarán en voz alta, pues es una oración pública, y lo harán con la misma gravedad y respeto que si, en lugar de su efigie, estuviera la Reina allí mismo en persona.

Puesto que el rosario desempeña como norma y como recomendación un papel tan importante en la vida de los legionarios, exhortamos a todos encarecidamente a que se inscriban en la cofradía del santísimo rosario (véase apéndice 7).

San Pablo VI insiste en que se conserve el rosario. Es pura oración. Su contenido es bíblico. Es un resumen de la historia de la salvación, y muestra a María en las principales etapas de esa historia.

«Entre las diversas maneras de rezar no hay otra más excelente que el rosario. Concentra en si todo el culto que se debe a María. Es el remedio para todos nuestros males, la raíz de todas nuestras bendiciones» (León XIII)

«De todas las oraciones, el rosario es la más bella y la más rica en gracias; es, entre todas ellas, la más grata a María, la Virgen Santísima. Por consiguiente, amad el rosario y rezadlo cada día con devoción. Este es el testamento que os dejo para que, por él, os acordéis de mí» (San Pío X).

«Para los cristianos, el primero de los libros es el Evangelio,

y el rosario es un compendio del Evangelio» (Lacordaire).

«Es imposible que no se oigan las oraciones de muchos, si esas numerosas oraciones no forman más que una sola oración» (Santo Tomás de Aquino, *In Mat., XVIII*).

5. Después del rosario sigue inmediatamente la lectura espiritual. La hará el director espiritual, o, en su ausencia, el presidente. La duración de la lectura no pasará de unos cinco minutos. La selección de la lectura es libre, pero se recomienda encarecidamente que se lea el Manual, por lo menos durante los primeros años de existencia del praesidium, a fin de que los socios se familiaricen con el contenido de este Manual, y para estimularlos a hacer de él un estudio serio. Es costumbre que, al concluir la lectura, los socios hagan todos juntos la señal de la Cruz.

«María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús madre según la carne ("¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!"), pero también y sobre todo porque ya en el instante de la anunciación ha acogido la palabra de Dios, porque ha creído, porque fue obediente a Dios, porque "guardaba" la palabra y "la conservaba cuidadosamente en su corazón" (cf. **Lc 1,38.45;2, 19.51**) y la cumplía totalmente en su vida. Podemos afirmar, por lo tanto, que el elogio pronunciado por Jesús no se contraponen, a pesar de las apariencias, al formulado por la mujer desconocida, sino que viene a coincidir con ella en la persona de esta madre-virgen, que se ha llamado solamente "Esclava del Señor" (RMat, 20)».

6. Se lee el acta de la junta anterior, y, si la aprueban los presentes, la firma el presidente. El acta tendrá una extensión media, es decir, no ha de ser demasiado extensa ni demasiado breve. Las actas irán debidamente numeradas.

La importancia del acta aparece subrayada al tratar de los deberes del secretario. Aquí conviene advertir que, por ser el acta el primer asunto de que se

se trata en la junta ordinaria, ocupa –digámoslo así– una posición estratégica, pues tanto el contenido de la misma como el modo de leerla ejercen sobre todas las cuestiones posteriores una influencia decisiva, que puede ser saludable o funesta.

Las actas bien hechas tienen la fuerza del buen ejemplo, y las actas mal hechas la del mal ejemplo. Y aunque estén bien redactadas, si no se leen como es debido, podemos calificarlas de mal hechas. También aquí el ejemplo influye hasta tal punto en la atención y en el modo de informar de los socios que, muchas veces, de la calidad de las actas dependerá el éxito feliz o el fracaso de la junta, la cual, a su vez, marcará la pauta al trabajo exterior.

El secretario tendrá todo esto muy presente durante la labor callada de redacción de las actas, y el praesidium, mirando por su propio bien, las escuchará con atención para darles o no el visto bueno.

«Sería ciertamente gran vergüenza si en este punto se cumplieren las palabras de Cristo: *Los que pertenecen a este mundo son más sagaces que los que pertenecen a la luz* (Lc 16,8).

Fijémonos, ¡con qué diligencia miran por sus intereses, ¡cuántas veces sacan el balance de sus cuentas, qué precisión ponen en escribirlas, ¡cómo lamentan sus pérdidas y se las componen para resarcirse de ellas!» (Papa San Pío X).

7. Las ordenanzas fijas.

Las damos a continuación, y deben figurar en la cartilla de trabajo –o en otra parte, pero siempre de modo que no se pasen por alto, llegado el momento de leerlas–, para que, en la primera junta de cada mes, las lea en voz alta el presidente, inmediatamente después de firmar el acta:

Ordenanzas fijas

«El deber legionario exige de cada socio:

Primero: la asistencia puntual y regular a la junta semanal del praesidium donde se presentará en voz clara un informe suficiente sobre el trabajo realizado;

Segundo: el rezo diario de la catena;

Tercero: la ejecución de un trabajo legionario activo y sólido, hecho con espíritu de fe y en unión con María, en forma tal que, en las personas por quienes trabaja y en sus propios compañeros, María vea y sirva de nuevo a la Persona de nuestro Señor;

Cuarto: absoluto respeto por el carácter confidencial de muchos asuntos tratados en la junta o conocidos en el ejercicio del trabajo legionario».

«Por mediación mía, María desea amar a Jesús en los corazones de todos aquellos que logre yo encender en amor con mis trabajos apostólicos y con mi oración perseverante. Si me identifico enteramente con Él, Ella me inundará de sus gracias y de su amor tan copiosamente, que vendré a ser como un caudaloso río desbordándose para inundar a otras almas. Mediante mi proceder, María podrá amar a Jesús y llenarle de gozo, sirviéndose, no solo de este corazón mío, sino también de todos los corazones que están unidos con él.» (De Jaegher, *La virtud de la confianza*).

Esta cita no forma parte de las ordenanzas.

8.Estado de cuentas del tesorero. El tesorero presentará el estado de cuentas de la semana transcurrida, dando a conocer los ingresos y gastos del praesidium, y el saldo total.

«A veces se pierden las almas por falta de dinero, es decir, por falta de participación más completa en el apostolado» (Mellet, C.S.Sp.).

9.Informes de los socios. Mientras estén entregando sus informes, los miembros permanecerán sentados; los darán de viva voz, pero podrán servirse de apuntes.

El praesidium no considerará la no ejecución del deber legionario como un asunto sin trascendencia. Si los socios no han podido realmente llevar a cabo la labor señalada, deben, si es posible, dar alguna explicación. Si no se explica la causa, el no informar crea la impresión de que ha habido abandono, y se convierte en mal ejemplo para los demás socios.

Por otra parte, si los legionarios trabajan con seriedad, pocas veces surgirá la necesidad de excusarse; y felizmente, porque, en un ambiente de excusas, todo celo y toda disciplina languidecen y perecen.

El informe no ha de dirigirse sólo al presidente. Debe tenerse en cuenta este proceso mental: cuando una persona se dirige a otra individualmente, automáticamente adapta la voz a la distancia precisa, nada más. Esto significaría que las palabras dirigidas al presidente serían oídas con dificultad por las personas más alejadas.

El informe –y todo comentario sobre el mismo– debe hacerse en un tono de voz que llegue a toda la sala. Un informe, aunque sea fiel y completo, que no pueda ser oído por muchos de los presentes, es peor que si no se diera, por el efecto deprimente que causa en la junta. Hablar en voz baja no es –como algunos imaginan– señal de modestia, ni de modales finos. ¿Quién más humilde y dulce que María? Y, sin embargo, nadie se la puede figurar hablando entre dientes o de modo que no pudiese ser oída, ni siquiera por los que estuvieran cerca de Ella. ¡Legionarios, imitad a vuestra Reina en esto como en todo lo demás!

Los presidentes no permitirán que los informes se den en voz tan baja que no puedan oírse sin esfuerzo. Y ellos mismos serán los primeros en evitar esa falta: puede decirse que el presidente da el tono a los demás miembros de la junta; éstos hablarán por lo común más bajo que él. De manera que, si el habla solo en tono de conversación o a media voz, los demás contestarán con un murmullo, creyendo que, si elevan la voz más que el presidente, estarán gritando; y, por consiguiente,

van a dar al extremo opuesto. Insistan los socios en que les hable el presidente en voz sonora y vibrante; y el director espiritual anime a todos a hacer lo mismo.

El informe es, a su manera, de tanta importancia para la junta como las oraciones. Se completan mutuamente. Ambos elementos son necesarios a la junta del praesidium.

El informe acopla el trabajo al praesidium. Y por eso tiene que retratar claramente las actividades del socio –en cierto sentido, tan claramente como las escenas en una película de cine–, de tal forma que los demás socios puedan participar mentalmente en dicho trabajo, juzgarlo, comentarlo y aprender de él. Mas, para conseguir esto, el informe tiene que presentar lo que se ha acometido y llevado a feliz término, y con qué espíritu; el tiempo empleado; los métodos usados; lo que no ha logrado, y las personas que no han correspondido.

La junta debe ser alegre y animada. Esto requiere que los informes sean, además de instructivos, interesantes. Imposible creer que el praesidium goce de buena salud si la junta resulta aburrida y lánguida; si esto sucede, ahuyentará a los miembros jóvenes.

Hay ciertos géneros de trabajo tan llenos de variedad que es fácil hacer sobre ellos un informe bueno; pero hay otros que no ofrecen las mismas posibilidades: en estos, conviene recordar cualquier detalle que se destaque por lo extraordinario, a fin de mencionarlo en el informe.

El informe no ha de ser demasiado extenso ni demasiado breve; sobre todo, no ha de reducirse a frases hechas. Cualquiera de estos defectos demuestra que el miembro no cumple con su deber, y prueba también que los demás socios están cooperando a su negligencia. Esto contradice al concepto que tiene la Legión de la supervisión del trabajo. El praesidium no puede supervisar una obra si no se informa de ella plenamente.

Generalmente es tan dificultoso el trabajo de la Legión, que los socios, si no se ven estimulados en la junta por un examen detallado de sus esfuerzos, fácilmente se echarán atrás. Y eso no puede ser. Están en la Legión para hacer todo el bien posible; y no sería extraño que, donde la naturaleza levanta más el grito, allí precisamente hubiera más necesidad de su actuación. Para vencer esas debilidades existe la disciplina de la Legión, y para impulsar al socio a que termine lo comenzado; y la disciplina se ejerce principalmente por medio de la junta. Pero, si los informes no dan más que vagas indicaciones de lo que el legionario está haciendo, igualmente vago será el dominio ejercido por el praesidium sobre las actividades del socio. No le estimulará. No le resguardará. Se verá desprovisto del interés y la orientación del praesidium, y el socio no puede prescindir de cosas de tan vital importancia. La disciplina legionaria pierde influencia sobre él, con funestos resultados para todos.

No se olvide que el socio que no cumple bien con este deber de los informes puede arrastrar a otros con la fuerza de su mal ejemplo. Y el que deseaba con ansias servir a la Legión, ahora le está haciendo un daño muy grande.

Ningún legionario debería contentarse con dar un buen informe. Debería apuntar más alto, y tratar con toda seriedad de añadir al perfecto cumplimiento de su trabajo un informe modelo, que presentará al praesidium para ejemplo y muestra de cómo se trabaja y cómo se informa legionariamente. Según dice Edmundo Burke, «el ejemplo es la escuela de humanidad, y los hombres no aprenderán en ninguna otra». Si esto es verdad, un solo miembro es capaz de elevar un praesidium entero hasta la cima de su eficacia; porque el informe, aunque no sea toda la junta, es como su centro nervioso, y puede hacer vibrar por simpatía a todos los demás elementos del praesidium, para beneficio o daño del mismo.

Más arriba hemos recordado a nuestra Señora como una inspiración del informe en uno de sus aspectos; pero nuestras reflexiones sobre Ella nos pueden ayudar en todos los demás detalles del informe. Esto es cierto: nadie que se esfuerce por hacer el informe como se imagina que lo haría Ella, presentará un informe que adolezca de cualquier defecto.

«Ciertos cristianos apenas ven en María más que una criatura de incomparable pureza y gracia, la mujer más tierna y amable que jamás existió. Estas personas corren el riesgo de no tener para con Ella sino una devoción sentimental, o—si son de carácter enérgico— de sentirse poco atraídos hacia Ella. Nunca han reparado en que esta Virgen, con ser tan tierna y Madre tan cariñosa, es igualmente la Mujer Fuerte, la más intrépida de todas: ningún varón la igualó jamás en fortaleza de carácter» (Neubert, *María en el dogma*).

10. Se recita la Catena Legionis.

La rezarán todos los socios de pie, a una hora determinada. La experiencia aconseja como la más adecuada a mitad entre la firma del acta y el cierre de la sesión; es decir, aproximadamente una hora después de empezar la junta, que de ordinario dura hora y media.

Véase capítulo 22 *Oraciones de la Legión*.

Todos a coro recitan la antífona; en el *Magnificat* el director espiritual —o, en su ausencia, el presidente— alterna con los demás socios; y, por último, dicho director espiritual —o el presidente— recita la oración, él solo.

La señal de la cruz no se hace antes de la catena, sino con el primer verso del *Magnificat*. Tampoco se hace después de la oración final de la catena, por dar paso inmediatamente a la allocutio.

Nada hay tan hermoso en la Legión como este rezo en común de la catena. Tanto si el praesidium se ve inundado de gozo o sumido en la tristeza, o si va penosamente por caminos duros o monótonos, la catena viene como un aura celeste, cargada de las fragancias de Aquella que es la Azucena y la Rosa,

refrescando y regocijando de manera maravillosa; y no son solamente unas bellas palabras. ¡Bien lo sabe todo legionario!

«Si pongo particular énfasis en el *Magnificat*, es porque veo en él lo que tal vez no se suele ver: un documento de excepcional importancia con relación a la maternidad espiritual de María. La Virgen santísima, identificada –como sabemos– con Cristo desde el instante de la Encarnación, se declara la representante de todo el género humano, íntimamente asociada con *todas las generaciones*, y con el destino de todos aquellos que son verdaderamente hijos suyos. Este cántico, salido de sus propios labios, es el canto de su maternidad espiritual» (Bernard, O. P., *El misterio de María*)

«El *Magnificat* es la oración por excelencia de María, el cántico de los tiempos mesiánicos, en el que se junta la voz del antiguo y del nuevo Israel. Como parece sugerir San Ireneo, es en el cántico de María en el que se oyó una vez más el regocijo de Abrahán (**cf. Jn 8, 56**), quién predijo al Mesías, y allí sonó en anticipación mesiánica la fe de la Iglesia...Y de hecho el himno de María se ha extendido a lo largo y a lo ancho, y ha llegado a ser oración de toda la Iglesia, en todas las edades» (MCul, 18).

11.La allocutio*

Los socios vuelven a sentarse, y el director espiritual les dirige una breve plática, a modo de comentario. A no ser que las circunstancias sean extraordinarias y requieran otra cosa, esa breve plática versará sobre el Manual, como glosa del mismo, a fin de que, poco a poco, los legionarios lo vayan asimilando en todos sus detalles. La allocutio se tendrá en gran aprecio, porque es un factor decisivo en la formación de los socios. Los responsables de dicha formación cometen contra la Legión y contra sus miembros una injusticia, si no procuran un rendimiento máximo.

Ahora bien: si los socios han de desplegar todas sus energías hasta su máxima capacidad, ante todo deben conocer a fondo la organización destinada a emplear esas energías; y esto no se logrará solo por

medio del estudio del Manual: se necesita, además, el comentario que proporciona la allocutio. No puede el uno sustituir al otro: ambos son complementarios. Algunos legionarios creerán haber estudiado a conciencia el Manual con haberlo leído atentamente solo dos o tres veces. Ni diez ni veinte repasos darán a conocer la Legión cual es en sí, y tal como ella misma quiere ser conocida. No se conseguirá más que a fuerza de explicaciones y comentarios verbales, semana tras semana, año tras año, hasta familiarizarse con todas las ideas contenidas en el Manual.

En ausencia del director espiritual, dicho comentario estará a cargo del presidente o de otro miembro designado por éste. Pero repitámoslo con insistencia: la sola lectura del Manual o de otro documento no puede hacer las veces de allocutio.

La allocutio no debe pasar de unos cinco o seis minutos.

Entre un praesidium, donde la allocutio se hace con esmero, y otro donde se hace de cualquier manera, habrá la misma diferencia que entre un ejército bien formado y otro falto de toda formación sería.

«Hace ya mucho tiempo que tengo el presentimiento de que, como el mundo se va empeorando por momentos, y Dios –por decirlo así– no sigue ya Dueño de los corazones de los hombres, está Él buscando con ahínco y con grandes ansias que los pocos que aún se mantienen fieles hagan algo de valor en su servicio. Tal vez, nuestro Señor no podrá juntar en torno de su estandarte un ejército numeroso, pero quiere que, al menos, cada uno de los pocos sea un héroe, entregado a Él en cuerpo y alma. Si nosotros pudiéramos incorporarnos a ese círculo mágico de almas generosas, yo creo que no se nos escatimaría ninguna gracia para llevar adelante la obra más querida del Divino Corazón: nuestra santificación personal» (Mons. Alfredo O’Rahilly, *Vida del padre Guillermo Doyle*).

*** La allocutio era el discurso del general romano a sus legionarios en forma de arenga**

12. Terminada la allocutio, hacen todos la señal de la cruz, y después continúan los informes y demás asuntos de la junta.

«Es un hecho histórico que el lenguaje de nuestra Señora era el lenguaje de una mujer extraordinariamente refinada. Su inclinación natural la habría hecho fácilmente poetisa. Cada vez que hablaba salían las palabras con un ritmo verdaderamente poético. Su fraseología era el lenguaje pintoresco de un artista en palabras» (Lord, *Nuestra Señora en el mundo moderno*)

13. La colecta secreta. Después de la allocutio, se pasará inmediatamente la bolsa para la colecta secreta, contribuyendo cada cual según su posibilidad. El fin de esta colecta es sufragar los diversos gastos del praesidium y mandar el superávit a la curia y consejos superiores, para sostenimiento de los mismos. Reiteramos que estos consejos no tienen para desempeñar sus funciones administrativas otros medios de subsistencia que los suministrados por los praesidia (véase el capítulo 35 *Fondos*).

La colecta no debe interrumpir las gestiones de la junta. Vaya pasando la bolsa de uno a otro sin llamar la atención y, aunque no se deposite nada, introduzcan todos la mano.

Para estos donativos de los socios dispóngase de una bolsa decente: un guante o una bolsita de papel no es lo propio.

La razón por la que se hace la colecta secretamente, es que en el praesidium no debe haber la menor distinción entre socios adinerados o económicamente débiles. Respétese, pues, este carácter secreto de la colecta, y no diga uno a otro con cuánto ha contribuido. Por otra parte, todos deben darse cuenta de que no sólo el praesidium, sino la Legión entera dependen para su funcionamiento de la contribución de cada individuo. Por eso, no se considere este asunto como de pura fórmula. La obligación de contribuir no se cumple dando una suma tan pequeña que para el

mismo socio no signifique casi nada. El hecho es que se le está concediendo el privilegio de participar en la misión general de la Legión. Sobre esta base es donde tiene que actuar la conciencia de la responsabilidad y la generosidad.

Lo único secreto en esta colecta es la contribución individual. La suma total puede ser anunciada al praesidium; y, por supuesto, debe ser anotada debidamente en las cuentas, para dar después razón de ella.

«Cuando Jesús elogia la limosna de la viuda *que da no de su abundancia, sino de su indigencia (Lc 21,3-4)*, sospechamos que está pensando en María, su Madre» (Orsini, *Historia de la Santísima Virgen*).

14. Conclusión de la junta. Tramitados todos los asuntos –incluso el asignar trabajo a cada socio y la inscripción de los nombres en el registro de asistencia–, termina la junta con las oraciones finales de la Legión y la bendición del sacerdote.

La junta no debe durar más de una hora y media a partir de la hora señalada para su comienzo.

Yo os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos **(Mt 18, 19-20)**.

19. LA JUNTA Y EL SOCIO

1. Respeto a la junta

En el orden natural la transmisión depende del acoplamiento de diversas fuerzas. Igual sucede en la Legión: en un solo punto donde faltare la conexión, la

corriente de vida quedará cortada. Un socio podrá asistir a las juntas y no recibir participación alguna –o muy poca– de aquel entusiasmo, generosidad y arranque que constituyen –como ya hemos visto– la vida legionaria. ¿Cómo puede ser esto? Es que entre la junta y el miembro tiene que haber unión. No se trata de asistir pasivamente a las juntas: es necesario que haya un elemento que haga de la asistencia un verdadero enlace entre la junta y el socio; y este elemento es el *respeto*. Todo, en la Legión, depende de este respeto del socio a la junta; y este respeto se manifiesta por medio de la obediencia, la lealtad y la estima.

2.El praesidium ha de ser merecedor de este respeto

Una corporación que en sus ideales no se eleva más allá del término medio de sus miembros, carece de la primera cualidad esencial para hacer de guía, y no se hará respetar por largo tiempo.

3.El praesidium debe respetar el reglamento

La vida legionaria se transmite al legionario en la medida en que éste respeta al praesidium, y esa vida consiste esencialmente en un generoso esfuerzo por hacer las cosas con la mayor perfección posible; por eso, el praesidium debe esforzarse en merecer el respeto de sus socios, para poder ejercer sobre ellos la debida influencia. El praesidium que trate de exigir a sus miembros un respeto que él mismo no tiene con el reglamento que le gobierna, edifica sobre arena. Nadie se extrañará, pues, de que insistamos continuamente –en todo el curso de este Manual– sobre la necesidad de adherirse rigurosamente a las prescripciones relativas al orden de las juntas y a la manera de proceder en ellas.

4. El praesidium ha de ser modelo de regularidad

La Legión pide que cuanto se diga y se haga en sus juntas sirva de ejemplo aun al miembro más entregado.

La variedad de su vida le permite dar eficazmente ese ejemplo. Cada uno de los legionarios tendrá a veces dificultades para poder cumplir con sus deberes, por enfermedad, vacaciones u otras circunstancias inevitables; no así el praesidium, porque, constando éste de muchos –y no estarán ausentes todos a la vez– podrá elevarse por encima de las limitaciones que coartan al individuo particular.

La junta semanal jamás debe omitirse, si no es por una total imposibilidad. Si fuera imposible celebrarla habitualmente el día señalado, habría que fijar otro. El que muchos de los miembros estén ausentes no es razón suficiente para no tener la junta: más vale celebrarla con pocos que no celebrarla. Poco hará quizá semejante reunión en cuanto a trámite de asuntos; pero el praesidium habrá cumplido el más importante de sus deberes, y todo trámite que se lleve a cabo en las juntas venideras saldrá ganando muchísimo, por el aumento de respeto que instintivamente le profesarán los miembros a su praesidium, al ver que sigue impertérrito a pesar de los que lo componen, fuerte en medio de las flaquezas, errores y diversos quehaceres de los socios, reflejando así –aunque muy pálidamente– la característica más sobresaliente de la misma Iglesia.

5. Calefacción y alumbrado

La sala de las juntas debe estar bien iluminada, y a una temperatura agradable. Si no se pone cuidado en estas cosas, la junta, en vez de ser –como debería– un placer, se convertirá en penitencia, lo cual perjudicaría indudablemente el porvenir del praesidium.

6. Asientos

Hay que proveer a los socios de sillas o, siquiera, bancos. Si se sientan de forma inadecuada –en pupitres o en otros asientos improvisados–, se creará un ambiente

de desorden, en el que no prosperará el espíritu de la Legión, que es espíritu de orden.

7. Los praesidia deben tener sus juntas en horas adecuadas

El hecho de que la mayoría de las personas trabajen durante el día, obliga de ordinario a tener las juntas por la tarde, o los domingos. Pero hay muchos que trabajan por la tarde o durante la noche, y hay que prever para ellos la posibilidad de tener la junta en horas adecuadas.

También hay que contar con los que trabajen en turnos cuyo horario cambia periódicamente; para ello, tal vez sea necesario que colaboren dos praesidia que celebren sus juntas a horas muy distintas. Así los socios podrán alternar con los dos praesidia, según las horas que tengan libres. En este caso los dos praesidia mantendrán entre sí estrecha comunicación, a fin de asegurar la continuidad en la asistencia a las juntas y en los trabajos señalados.

8. Duración de la junta

La junta no durará más de hora y media, a contar desde la hora prefijada para su comienzo. Si, a pesar de la dirección eficiente de la junta, ven los socios que con frecuencia, al cerrar las juntas quedan temas sin tratar o tienen que tratarse precipitadamente es una señal de que el praesidium tiene demasiado que hacer, y debe pensarse en su división.

9. Duración insuficiente de las juntas

No se ha prescrito ningún mínimo para la duración de la junta; pero, si habitualmente no llegase a durar ni una hora contando lo que se invierte en las oraciones, la lectura espiritual, las actas y la allocutio, que ocupan unos treinta minutos, es señal de que la junta se resiente de algún defecto. Este defecto puede estar en el número

de socios, en el escaso trabajo, o en la mala calidad de los informes; y es preciso subsanarlo. En una industria se mira como una falta de organización muy seria el no procurar que las máquinas produzcan al máximo rendimiento, habiendo demanda en el mercado. En la Legión no puede ser menos, pues nadie tendrá la osadía de afirmar que no hay demanda –y muy urgente– de valores espirituales de primera calidad.

10. Llegar tarde o salir antes

Los legionarios que lleguen después de las oraciones preliminares, a su llegada se pondrán de rodillas y recitarán privadamente las oraciones de la téssera que preceden al santo rosario, y las invocaciones que le siguen. Consideren como pérdida irreparable no rezar el rosario con el praesidium. Igualmente, aquellos socios que se vean obligados a salir antes del final de la junta, pedirán antes permiso al presidente; y, obtenido el permiso, se arrodillarán para recitar la oración. Bajo tu protección nos acogemos, etc., y las invocaciones que le siguen.

Llegar tarde o salirse temprano habitualmente, no está permitido a ningún socio, por ningún pretexto. Es cierto que, aun así, se puede hacer el trabajo y dar los informes según las normas; pero la indiferencia por la omisión de las oraciones preliminares o finales indica –y fundadamente– que se está forjando un espíritu ajeno, y aun hostil, al espíritu auténtico de la Legión: el de la piedad. Un socio con tal espíritu haría más daño que provecho.

11. El buen orden, raíz de la disciplina

Sin espíritu de disciplina, la junta es como una cabeza inteligente sobre un cuerpo paralizado, incapaz de dominar la indisciplina de los miembros, de estimularlos, ni de darles la menor formación. Para desarrollar en los socios este espíritu de disciplina, cuenta la Legión con

los factores siguientes: **a)** la disciplina de la junta tal como está mandada en el reglamento; **b)** seguir punto por punto, en sucesión ordenada, los diversos números del programa de la junta, **c)** informar diligentemente sobre los trabajos, según está prescrito; **d)** un ambiente saturado de la presencia de María, como móvil de este espíritu de orden.

Sin disciplina, se dejarán llevar los miembros por la tendencia humana de obrar por cuenta propia –con ninguna o muy poca sujeción a la autoridad– y de entregarse a obras dictadas por un capricho momentáneo y de la manera que se le ocurra a cada cual. Y, ¿qué bien podrá salir de aquí?

Por otra parte, la disciplina que se asume voluntariamente para fines religiosos, crea una fuerza de las más poderosas del mundo; será una disciplina capaz de hacer frente a todo, pero a condición de que se mantenga siempre férrea, aunque sin ser pesada, y dispuesta en toda ocasión a obedecer cordialmente la voz de la autoridad eclesiástica.

La Legión posee en este espíritu de disciplina –que la caracteriza– un tesoro que puede compartir con los de fuera. Es un don de inestimable valor, porque el mundo oscila inútilmente entre esos dos polos opuestos: la tiranía y el libertinaje. Podrá suplirse la carencia de disciplina interior mediante la imposición de una férrea disciplina externa, la inercia de la tradición, o la fuerza; pero, donde los individuos o las comunidades dependan únicamente de esta disciplina exterior, ésta cesará en cuanto desaparezca el apoyo que la sustenta, en el primer momento de crisis. También es cierto que, aunque la disciplina interior sea infinitamente más importante que cualquier sistema de disciplina externa, no hay que suponer que ésta carezca de importancia. En realidad, las dos se necesitan mutuamente. Cuando se combinan las dos en la debida proporción, y se añade el atractivo móvil de la religión, entonces tenemos ese triple cordel que, según la Escritura no se rompe fácilmente (Ecl 4, 12).

12. La puntualidad es de suma importancia

Sin puntualidad no se puede cumplir el precepto del Señor: *Pon tu casa en buen orden* (Is 38,1). Una organización que habitúa a sus miembros al desorden los está viciando desde la raíz. Por no cumplir lo que está mandado, está perdiendo el derecho a ese respeto que constituye la base de toda buena educación y disciplina; está haciendo caso omiso de una cosa vital, tan fácil de mantener; comete una locura parecida a la de aquel que «por un ochavo perdió un ducado».

A veces, con gran previsión, se coloca un reloj sobre la mesa de la junta, pero sin que regule lo más mínimo la marcha de la misma. En todo caso marca su comienzo, medio y fin, pero no el tiempo concedido a los informes y otros asuntos, siendo así que la puntualidad y el orden deben aplicarse en todo momento, desde el inicio hasta el final.

Si en esto faltan los oficiales, los demás miembros deben protestar. Si no lo hacen, todos son cómplices en el desorden.

13. Modo de rezar las oraciones

Hay personas impetuosas, que no se moderan ni siquiera cuando se trata de rezar; y, si aun los oficiales incurrían en este defecto, todo el *praesidium* se irá deslizando poco a poco hasta rezar las oraciones de una manera rayana en lo irrespetuoso. Efectivamente; si hay un defecto demasiado frecuente, es que las oraciones se rezan con prisa, y eso parece indicar que los legionarios ya no ponen cuidado en observar la regla que les manda rezar como si estuviera presente entre ellos la santísima Virgen en persona, no solo en imagen.

14. Las oraciones son parte integral de la junta

Alguna vez se ha sugerido la conveniencia de que los miembros de la junta recen el rosario delante

del Santísimo, yendo después a la sala. Eso no puede admitirse, por este principio general: la unidad de la junta es esencial a todo el sistema legionario. Con esa unidad de la junta, todo queda en ella impregnado del espíritu de piedad, tan fecundo en heroísmo y esfuerzo; pero el desarrollo de la junta carecería de ese espíritu si se dijeran fuera de ella la mayor parte de las oraciones prescritas. Semejante cambio alteraría por completo el aspecto de la junta, y, en consecuencia, el de Legión entera, cimentada como está sobre la junta. Ya no sería la Legión de María, por grandes que fueran los méritos de la nueva organización. Y aún estaría menos permitido omitir el rosario o cualquier otra de las oraciones de la téspera, no importa qué circunstancias aconsejen lo contrario. El rezo del rosario es para la junta de la Legión lo que la respiración para el organismo humano.

15. El culto y la junta

Si, por alguna razón, un praesidium ha rezado antes de la junta las oraciones legionarias en una Iglesia o en cualquier otro lugar, tiene el deber de repetir en la junta todas las oraciones.

16. Oraciones especiales en la junta

A menudo se pregunta si está permitido ofrecer las oraciones de la junta por intenciones especiales. Dado el crecido número de peticiones, es preciso aclarar la cuestión:

a) si se trata de ofrecer por alguna intención particular las oraciones ordinarias de la junta, es ir contra la regla que prescribe que se ofrezcan dichas oraciones por las intenciones de la santísima Virgen, Reina de la Legión y no por ninguna otra.

b) si es cuestión de añadir a las oraciones ordinarias otras por alguna intención particular, decimos que las prescritas ya son bastantes, y, por regla general, no hay que alargarlas más. Alguna que otra vez habrá

intereses de excepcional importancia para la Legión, que reclamen súplicas extraordinarias; en este caso será lícito añadir alguna oración breve; pero insistimos en que sea raras veces;

c) Es evidente que se podrán recomendar intenciones especiales a la piedad particular de cada socio.

17. ¿Perjudica el informe a la humildad?

Algunos socios han querido justificar la pobreza de sus informes diciendo que temían faltar a la humildad al hacer en ellos ostentación de sus buenas obras. Contestamos que también existe una especie de orgullo con apariencia de humildad: lo que los poetas han llamado «el pecado favorito del diablo». Los legionarios deben estar muy sobre aviso, para que tales sentimientos no vengan a abrigar, en vez de humildad, las maquinaciones de una refinada soberbia, la cual, entre otras cosas, llevaría consigo una tendencia disimulada de sustraer sus actividades a la estrecha vigilancia del praesidium. ¿Cómo es posible que una humildad de buena ley les impulse a trazar una regla de conducta que, si fuera adoptada por todos los demás, sería la ruina del praesidium? Al contrario, la sencillez cristiana pide que eviten toda singularidad, se sometan dócilmente a las reglas y prácticas de su organización, y, en fin, que cada cual cumpla con sus deberes personales; estos, aunque individuales, no son parte menos esencial de la junta. Cada informe es –como hemos dicho ya– una piedra en el edificio de la misma.

18. La armonía, expresión de unidad

La armonía es la exteriorización del espíritu de amor en la junta, y tiene que ser la virtud soberana de la misma. La eficacia, tal como la entiende la Legión, nunca excluye la idea de armonía. El bien logrado a expensas de la armonía es una ganancia dudosa; mientras que las faltas que van directamente contra

ella han de evitarse en la Legión como la peste. Estas faltas pueden ser: querer dominar a los demás, hallar qué decir en todo, el mal humor, el espíritu mordaz y cínico, el darse tono... Tales faltas, tan pronto como entren en la junta, pondrán en fuga la armonía.

19. El trabajo de cada uno, una preocupación de todos

La participación común de todos los miembros en las oraciones iniciales de la junta ha de caracterizar a todas las gestiones siguientes. Así, pues, fuera toda conversación o broma particular entre los socios; porque cada tema, aunque tratado solo por uno o dos, interesa a todos los presentes, y tanto, que puede afirmarse lo siguiente: al informar sobre las personas o lugares visitados, todos los socios hacen a dichas personas o lugares una visita espiritual. Aprendan los socios a mirar las cosas de esta manera, porque de lo contrario prestarán a los informes y comentarios del trabajo ajeno una atención meramente material; lo suyo es estar en todo momento, no solo atentos –como a una cosa que cautiva por lo bien que se narra–, sino en contacto espiritual íntimo con las personas y cosas narradas, como si les afectara personalmente.

20. El secreto es de suma importancia

Las ordenanzas fijas, que suenan todos los meses en los oídos de los miembros, deberían convencerlos de la suma trascendencia de guardar fielmente el secreto legionario, dado el carácter del apostolado de la Legión.

La falta de valor se considera en un soldado una vergüenza, pero la traición es infinitamente peor. En la Legión sería traición repetir fuera de la junta del praesidium lo que se ha sabido en ella. Pero, al mismo tiempo, hay que guardar un justo medio. A veces, personas imbuidas de un celo mal entendido, con el pretexto de guardar las leyes de la caridad, exigen

que no se mencionen nombres ni se den informes al praesidium, en casos de abandono en la práctica de la religión. Esta actitud, tan laudable en apariencia, oculta un error y una amenaza para la vida de Legión: si se llevara a la práctica, el praesidium quedaría en condiciones de no poder trabajar. En efecto:

a) adoptar este proceder sería contrario al modo de actuar de todas las demás asociaciones, las cuales tratan libremente todos los casos que les conciernen;

b) llevada hasta su última conclusión, dicha actitud exigiría que los mismos compañeros de visita guardasen el secreto aun mutuamente;

c) el centro de la acción, del informe y de la caridad legionarias no es ni el socio individual ni la pareja de visitantes, sino el praesidium, y al praesidium se deben referir en detalle todos los casos ordinarios; guardar los informes sin comunicarlos al praesidium es destruir ese núcleo y perjudicar los verdaderos intereses de la caridad, con pretexto de defenderlos;

d) no hay equivalencia alguna con el caso del sacerdote, cuyas sagradas funciones le colocan en un plano distinto al del legionario; éste aprende en el curso de la visita más o menos lo que aprendería cualquier otra persona de confianza, y lo que muchas veces corre ya de boca en boca entre los mismos inquilinos de la casa o entre los vecinos del barrio;

e) eximir a los miembros de la obligación de dar íntegramente sus informes suprimiría la conciencia de estricta dependencia, factor tan importante en el sistema legionario. Así no se podría dar consejos prácticos, ni orientar, ni criticar; y la función principal del praesidium quedará anulada. Además, serían imposibles la formación y la vigilancia de los socios, que se basan sobre los informes. Suprímase esta secreta revisión semanal del trabajo de los miembros, y estará abierta la puerta de par en par a todo género de indiscreciones; cuando éstas ocurran, no se eche la culpa injustamente a la Legión;

f) pero lo más sorprendente es que con este proceder se aflojan los vínculos del mismo secreto; porque la garantía del secreto legionario –también guardado hasta el presente– es la poderosa influencia del praesidium sobre el miembro: si esta influencia disminuye, disminuye también la seguridad del secreto.

En conclusión: el praesidium no es solo el centro de la caridad y de la discreción, sino que es también su sostén.

Los informes deben revestir el carácter de secretos de familia. Lo mismo que éstos, deben discutirse de puertas adentro, pero con amplia libertad, a no ser que se sepa ciertamente que se ha infiltrado alguna persona extraña. Y, aun entonces, el remedio no estará en limitar los informes, sino en expulsar al traidor.

Pueden darse circunstancias excepcionales, que aconsejen en algún caso extremo un silencio absoluto. En ese caso es menester recurrir cuanto antes al director espiritual, o, en su ausencia, a algún socio dotado de cualidades de buen consejero, para que dé su opinión sobre el asunto.

21. Libertad para comentar

¿Está permitido que se exprese el desacuerdo con los métodos de la junta? Los miembros pueden expresar su desacuerdo siempre que se atengan a la más rigurosa justicia, y sin olvidar los derechos de los demás: porque el ambiente de un praesidium tiene que ser familiar, no de cuartel. Y nunca deben hacer sus comentarios en un tono retador, ni falta de respeto para con los oficiales.

22. La junta es el sostén de los socios

Es muy propio del hombre apetecer con impaciencia resultados visibles, y, luego, no quedar satisfecho con lo que se ha conseguido. Y, sin embargo, los resultados tangibles no son indicio seguro del éxito feliz de una obra: un socio los obtendrá tal vez al primer impulso;

otro, tras una perseverancia heroica, se encontrará con las manos vacías. La sensación de haber trabajado en vano engendra el desaliento, y éste lleva a desistir de la obra; y, así, cualquier empresa que se evalúe sólo por los resultados visibles viene a ser como arena movediza, incapaz de sostener por largo tiempo al socio activo de la Legión. Éste necesita apoyo y sostén. Y el legionario lo encontrará en todo cuanto contribuye a formar la junta semanal del *praesidium*: oración, rito externo, las peculiaridades del medio ambiente, los informes, la hermandad cristiana, el magnetismo de la disciplina, el vivo entusiasmo, y hasta el orden y la limpieza.

En la junta nada lleva a pensar en esfuerzos inútiles, ni que tienda a aflojar los vínculos legionarios; al revés, todo en ella ayuda a estrecharlos. Y conforme van sucediéndose las juntas regularmente, recibe uno la impresión de una maquinaria que marcha con suavidad, logrando el fin para el que fue hecha, y dando a los socios la seguridad de que trabajan con fruto y mérito; y en esta seguridad se apoya su perseverancia. Procuren los legionarios mirar aun más lejos, y ver en el mecanismo de esta máquina de María una prolongación del poder de su Hijo. Ellos forman parte activa de la misma, y tienen la misión de asegurar su perfecto funcionamiento; y María utiliza su lealtad para conseguir los resultados que Ella quiere. Estos resultados serán perfectos, porque «solamente María sabe perfectamente dónde está la mayor gloria del Altísimo» (San Luis María de Montfort).

23. El *praesidium* es una “presencia” de María

Las reflexiones de este capítulo miran hacia la más perfecta unidad y solidaridad de los individuos dentro de un mismo cuerpo, con el fin de ser más útiles en el apostolado oficial –pastoral– de la Iglesia. La relación del apostolado asociado con el apostolado individual podría compararse con la relación entre la liturgia y la oración privada.

El apostolado está en relación íntima con María en su condición de Madre de Jesús: «Ella dio al mundo al que es la misma Vida, que lo renueva todo; y Dios la adornó de todos los dones dignos de un oficio tan grande» (LG 56). Y Ella continúa cumpliendo esa misión a través del ministerio y servicio de quienes quieren ayudarle. El praesidium coloca a su disposición un grupo de cristianos entregados, ávidos de cooperar con Ella en la realización de ese cometido. Y ciertamente: Ella aceptará su colaboración. Por eso, un praesidium puede ser concebido como una especial presencia de María en ese lugar; mediante esa presencia, Ella está dispuesta a prodigar generosamente sus dones, y a ejercer y evidenciar su maternidad. Por eso es de esperar que un praesidium, fiel a sus ideales, se interese en renovar su vida, en mejorar su salud, en crecer apostólicamente. Los lugares con problemas deberían solicitar este principio espiritual.

Con toda el alma acude a la sabiduría, con todas tus fuerzas sigue sus caminos; búscala y la alcanzarás; cuando la poseas, ya no la sueltes; al fin, alcanzarás su descanso y se te convertirá en placer; sus cadenas serán tu fortaleza; su yugo, corona de júbilo. **(Eclo 6, 25-30).**

20. EL SISTEMA DE LA LEGIÓN ES INVARIABLE

1. Lo dicho acerca de las oraciones hay que aplicarlo por igual a las demás prescripciones contenidas en estas páginas. La Legión hace saber a sus socios que ellos no tienen facultad para cambiar reglas y prácticas a su capricho.

El reglamento de la Legión es el aquí descrito, ningún otro. Toda variante, por ligera que sea, inevitablemente traerá en rápida sucesión otras en pos de sí; y no tardará en crearse un organismo que de Legión no tendrá más

que el nombre, y que la Legión no vacilará en repudiar en cuanto lo descubra, por valioso que sea en sí el trabajo que se venga haciendo.

2. La experiencia ha demostrado que el nombre de un organismo vivo significa muy poco para ciertos individuos, que ven como una especie de tiranía el que no se les permita bautizar con el nombre oficial de una organización reconocida un engendro de su propia imaginación.

A veces, algunos «modernistas» se toman la libertad de cambiar todo lo de la Legión, reteniendo su nombre. ¿No ven que tal apropiación ilegal de lo ya establecido –y actuando como miembros de la misma– sería la peor clase de robo, porque se da en el orden espiritual?

3. Y cada localidad –lo mismo que las personas– tiene cierta propensión a creerse algo fuera de lo común y con derecho a una normativa particular; de aquí provienen de vez en cuando insistentes ruegos para que la Legión se doblegue y ajuste su reglamento a circunstancias tenidas como extraordinarias. La Legión ha demostrado su capacidad para adaptarse a toda circunstancia y lugar; pero si permitiera tales modificaciones, se producirían lamentables consecuencias, pues casi siempre obedecen, no a la necesidad, sino a la acción disolvente de un falso espíritu de independencia, que, lejos de traer las bendiciones especiales del Cielo, acaba por precipitar la desintegración. Sabemos bien que no es posible convencer a todos de esto; pero los que se empeñen en usar del derecho de interpretar privadamente las reglas de la Legión sepan que el honor les obliga siquiera a no amparar con el nombre de la misma lo que no es más que una invención suya.

4. Una tal falsificación bastaría para desterrar a la Legión de una población y hasta de todo un país, y en todo caso paralizaría su acción. Es posible que la nueva asociación esté más perfectamente organizada que la nuestra, pero es muy dudoso que de ella resulte tanto bien. Se pelearía en guerrillas allí donde María quiere

la acción conjunta de un cuerpo de sus legionarios; en vez de unirse, las fuerzas estarían desparramadas.

Además, tan caprichosa manera de escoger esto y rechazar lo otro, en que se deleitan ciertas personas, nunca logra comunicar a la copia el encanto e inspiración que da valor al original; del proceso quirúrgico sale un cadáver, nada más; o, a lo sumo, un mecanismo bonito. Y, ¡qué grave será su responsabilidad, cuando se vean los desengaños y fracasos, que han de sobrevenir!

5. La razón principal por la que existen los diversos consejos de la Legión es precisamente ésta: preservar el reglamento de la misma. A toda costa deben ser fieles al encargo que se les ha encomendado.

«El sistema de la Legión de María es de todo punto excelente»
(San Juan XXIII).

«O aceptarlo todo, o rechazarlo todo: reducir no hace más que debilitar, amputar es mutilar. Es una locura aceptar todo menos algo, cuando ese algo es una parte tan esencial como todo lo demás» (Beato John Henry Newman, *Ensayo sobre el desarrollo*).

21. EL MÍSTICO HOGAR DE NAZARET

Se puede aplicar esta doctrina de una manera particular a las juntas legionarias y especialmente a las juntas del praesidium, que constituyen el corazón del sistema de la Legión.

Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos (Mt 18,20). Estas palabras de nuestro Señor nos aseguran que tanto más influye su presencia en los miembros de su Cuerpo místico cuanto mayor sea el número de los que se reúnen para servirle. El número queda especificado como condición para que pueda Él ostentar plenamente su poder. Tal vez esto resulte consecuencia de nuestras deficiencias individuales: son tan limitadas las virtudes de cada ser

humano, que por él no puede Cristo manifestarse más que en parte. Se aclara esto con una comparación natural: un cristal de un color no transmite más que su matiz propio e individual, cerrando el paso a los demás; pero, cuando se armonizan cristales de todos los colores proyectando sus matices en combinación, producen la plenitud de la luz. De igual manera, cuando se reúne un buen número de cristianos para trabajar por el Señor, y sus cualidades se complementan mutuamente, Él mostrará más perfectamente, a través de ellos, su gloria y su poder.

Cuando los legionarios se reúnen en el praesidium en su nombre y para realizar su obra, Él está allí, en medios de ellos, con su poder; y ha quedado patente que esa fuerza suya brota de Él allí (Mc 5,30).

Con Jesús, en esa pequeña familia legionaria, están su Madre y San José, que tienen con el praesidium las mismas relaciones que tuvieron con Él: esto nos permite considerar al praesidium como una prolongación del hogar de Nazaret; una prolongación basada en la realidad, no en piadosas imaginaciones. Dice Bérulle: «Tenemos que tratar las cosas y los misterios de Jesús no como cosas antiguas y muertas, sino como cosas presentes y vivientes, y, mejor aún, eternas». Según esto, podemos identificar el local y las cosas del praesidium con la casa y los enseres de Nazaret; y en el trato que los legionarios den a las pertenencias del praesidium se verá si aprecian esta verdad de que Cristo vive entre nosotros, y trabaja por medio de nosotros, sirviéndose de las cosas que usamos.

Esta reflexión nos impulsará suavemente a cuidar con esmero todo lo que pertenece al praesidium, pues éste es nuestro hogar.

Aunque los legionarios no puedan ejercer muchas veces pleno dominio sobre el salón de juntas, sí podrán disponer más libremente de los demás accesorios de la junta: la mesa, las sillas, el altar, los libros. Examínense: si la Madre del praesidium quiere continuar en este nuevo hogar de Nazaret el mismo solícito cuidado que tuvo en

Galilea, ¿qué hacen los legionarios para facilitárselo? Ella necesita de su ayuda. Se la pueden negar, o se la pueden prestar con negligencia, deformando así el trabajo que Ella hace por el Cristo místico. Mediten esto, e imagínense cómo mantenía María su hogar.

Pobre sí que era, y sus muebles distaban mucho de ser lujosos. Y, sin embargo, la casita tuvo que ser de lo más hermoso. Porque, entre todas las esposas y madres de todos los tiempos, María era única y singular, dotada de un gusto fino y delicado, que no pudo menos de traslucirse en cada detalle de su hogar. Cada objeto, por sencillo que fuese, debió, en algún modo, llevar impreso su sello; cada cosa ordinaria, su encanto. Es que Ella amaba –como sólo Ella sabía amar– todas aquellas cosas, por Aquel que las creó y que ahora hacía uso humano de ellas. Ella las cuidaba, limpiaba y pulía, y procuraba dejarlas bonitas; eran cosas que, a su manera, tenían que quedar del todo perfectas. De fijo que en aquella casa no había nada que desentonara en lo más mínimo. Era imposible, porque aquel hogar era el mejor. Era la cuna de la Redención, el lugar donde se formaba el Amo del mundo. Todo en este hogar le servía misteriosamente a Aquel que todo lo hizo. Por consiguiente, todo tenía que contribuir en él a tan sublime fin, y así era felizmente, gracias al orden, limpieza, brillo y un no sé qué que María sabía poner en cada cosa.

Todo en el praesidium contribuye, a su manera, a formar al socio, y todo, por lo tanto, debería reflejar las características del hogar de Nazaret. Es consecuencia lógica de la imitación de Jesús y María.

Cierto autor francés escribió un libro titulado *Un viaje alrededor de mi aposento*. Vayamos nosotros de viaje con el pensamiento alrededor del praesidium, y analicemos con ojo muy crítico y oído afinado todo cuanto contribuye a la formación de los miembros del mismo: el piso, las paredes y las ventanas; los muebles, la composición del altar, en particular la imagen que representa el centro del hogar, la Madre. Reparemos,

sobre todo, en el comportamiento de los socios y en su manera de llevar la junta.

Si la suma total de cuanto se ve y se oye no armoniza con el hogar de Nazaret, no es probable que resida en ese praesidium el espíritu de Nazaret, y, sin este espíritu, el praesidium está más que muerto.

Sucede a veces que los oficiales, como padres indignos, educan mal a quienes les han sido confiados. Las deficiencias de los praesidia son casi siempre culpa de los oficiales. Si los socios no son puntuales y regulares en asistir, si no trabajan bastante o trabajan con irregularidad, si en las juntas deja algo que desear su comportamiento, es porque esos fallos han sido consentidos por los oficiales, porque éstos no les enseñan como deben. En vez de formar a los miembros del praesidium los están deformando.

¡Cómo contrasta esta deficiencia con el hogar de Nazaret! ¡Imagínese a nuestra Señora descuidada en el orden y en los detalles, y educando mal a su Hijo! ¡Imagínese la –es difícil, pero hágase el esfuerzo– desaliñada, floja, indigna de confianza, indiferente; dejando arruinarse el santo hogar, ¡para mofa y escarnio de los vecinos! ¡Si la misma idea es un absurdo! Sin embargo, hay muchos oficiales legionarios que dejan deteriorarse las cosas vergonzosamente en el praesidium, en este nuevo hogar de Nazaret, el cual hacen profesión de administrar substituyendo a nuestra Señora.

Por el contrario: en el empeño y la sinceridad del praesidium por la perfección de todos estos detalles, percibimos que allí está realmente nuestro Señor, y con la plenitud expresada en sus propias palabras. El espíritu de la Sagrada Familia no quedó confinado ni en la santa casa, ni en Nazaret, ni en Judea, ni en ningún otro confín. Tampoco, pues, puede ser confinado el espíritu del praesidium.

«El amor de los católicos por la Madre de Dios manifiesta un loable sentimiento artístico, al no querer indagar en minuciosos detalles de la vida íntima de Nazaret. Sabemos que en Nazaret habita una vida que trasciende toda experiencia

humana, y aun la humana comprensión. ¿Acaso habrá en este mundo alguien capaz de retratar a esas dos vidas de sobrehumana intensidad, que encuentran en su misma intensidad la más completa fusión de todos sus movimientos, afectos y aspiraciones? Me quedo mirando desde la cima que domina Nazaret, y veo a una mujer que baja camino de la fuente con un cántaro en la cabeza, y a su lado un joven de quince años. Yo sé que entre los dos existe un amor tal que no tiene igual ni entre los espíritus que moran ante el trono de Dios. Pero sé también que no me es permitido ver más, para no morirme de asombro « (Vonier, *La Maternidad Divina*).

22. ORACIONES DE LA LEGIÓN

Las oraciones de la Legión de María son las siguientes, divididas según el orden en que han de rezarse en las juntas. Cuando se rezan en privado no es necesario seguir este orden.

Todas estas oraciones las han de rezar diariamente los socios auxiliares.

La señal de la Cruz que se indica al principio y al final de cada sección de las oraciones, tienen aplicación sólo cuando se rezan en esta forma. Cuando no se dividen, se hace la señal de la Cruz únicamente al principio y al fin de todas ellas.

1. Oraciones que se dirán al comienzo de la Junta

En el nombre del Padre, etc.

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos la llama de tu amor.

V. Envía, Señor, tu Espíritu y todo será creado.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

OREMOS

Oh Dios, Padre nuestro, derrama los dones de tu Espíritu sobre el mundo; enviaste el Espíritu a tu Iglesia para iniciar la enseñanza del Evangelio; que sea ahora tu Espíritu el que continúe trabajando en el mundo a través de los corazones de todos los que creen en ti. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

V. Señor, abre mis labios.

R. Y mi boca proclamará tu alabanza.

V. Dios mío, ven a mi auxilio.

R. Señor, date prisa en socorrerme.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Se reza el Santo Rosario y la Salve.

V. Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo.

OREMOS

Oh, Dios, cuyo Hijo Unigénito nos obtuvo la salvación eterna por medio de su vida, muerte y resurrección; concédenos, a quienes meditamos estos misterios en el rosario de la bienaventurada Virgen María, imitar lo que enseñan y alcanzar lo que prometen. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

V. Sacratísimo Corazón de Jesús.

R. Ten piedad de nosotros.

V. Inmaculado Corazón de María.

R. Ruega por nosotros.

V. San José.

R. Ruega por nosotros.

V. San Juan Evangelista.

R. Ruega por nosotros.
V. San Luis María de Montfort.
R. Ruega por nosotros.
En el nombre del Padre, etc.

2. **Catena Legionis**

(Se dirá a mitad de la junta. Todo legionario debe rezarla diariamente)

Antífona. ¿Quién es Esta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército formado en batalla?

† Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las
generaciones, porque el Poderoso
ha hecho obras grandes por mí;
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo;
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
a favor de Abrahán y su descendencia
por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona. ¿Quién es Ésta que va subiendo cual
aurora naciente, bella como la luna, brillante como el
sol, terrible como un ejército formado en batalla?

V. Oh María, sin pecado concebida.

R. Ruega por nosotros que recurrimos a Ti.

OREMOS

Oh, Señor Jesucristo, medianero nuestro delante del
Padre, que constituiste a la santísima Virgen, tu Madre,
Madre nuestra y medianera ante Ti, haz que cuantos
a Ti acudieren para pedirte beneficios se gocen de
haberlo conseguido todo por Ella. Amén.

3. Oración legionaria

(Que se debe rezar al concluir la junta)

En el nombre del Padre, etc.

Bajo tu protección nos acogemos, santa Madre
de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en
nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de
todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita.

V. *(Invocación propia del praesidium)*

R. Ruega por nosotros.

*(Fuera de las juntas del praesidium, todos los socios
dirán la invocación siguiente):*

V. María Inmaculada, Medianera de todas las
gracias.

R. Ruega por nosotros.

V. Santos Miguel, Gabriel y Rafael.

- R.** Rogad por nosotros.
V. Todas las Potestades del cielo, Legión angélica de María.
R. Rogad por nosotros.
V. San Juan Bautista.
R. Ruega por nosotros.
V. Santos Pedro y Pablo.
R. Rogad por nosotros.

(Todos dirán al unísono la siguiente oración hasta el primer Amén, y luego continuará el sacerdote solo)

Señor, concédenos a cuantos servimos bajo el estandarte de María, la plenitud de fe en ti y confianza en Ella, a las que se ha concedido la conquista del mundo.

Concédenos una fe viva, que, animada por la caridad, nos habilite para realizar todas nuestras acciones por puro amor a Ti, y a verte y servirte en nuestro prójimo; una fe firme e inmovible como una roca, por la cual estemos tranquilos y seguros en las cruces, afanes y desengaños de la vida; una fe valerosa, que nos inspire comenzar y llevar a cabo, sin vacilación, grandes empresas por tu gloria y por la salvación de las almas; una fe que sea la Columna de Fuego de nuestra Legión, que hasta el fin nos lleve unidos, que encienda en todas partes el fuego de tu amor, que ilumine a aquellos que están en oscuridad y sombra de muerte, que inflame a los tibios, que resucite a los muertos por el pecado; y que guíe nuestros pasos por el Camino de la Paz, para que, terminada la lucha de la vida, nuestra Legión se reúna sin pérdida alguna en el reino de tu amor y gloria. Amén.

Las almas de nuestros legionarios, y las almas de todos los fieles difuntos descansen en paz por la misericordia de Dios. Amén.

El sacerdote presente da luego su bendición; si no hay sacerdote: En el nombre del Padre, etc.

«La fe de María aventajó a la de todos los hombres y ángeles juntos. Aunque vio a su Hijo en el establo de Belén, le tuvo por Creador del mundo: viéndole fugitivo de Herodes, nunca vaciló en creer que era Rey de reyes. Le vio nacer, pero creyó que existía desde toda la eternidad; pobre y desprovisto de todo, le creyó Dueño del universo; le vio tendido sobre unas pajas, mas su fe le dijo que era el Todopoderoso; vio cómo no hablaba palabra y, con todo, creía que era la misma Sabiduría infinita. Oyendo sus gemidos, supo que era la alegría del Paraíso. Y, al fin, le vio morir, blanco de todos los insultos, clavado en una cruz, y, aunque todos los demás vacilaron en la fe, Ella, con la suya inquebrantable, creyó que verdaderamente era el Hijo de Dios» (San Alfonso de Liguori).

(Esta cita no forma parte de las oraciones legionarias).

23. LAS ORACIONES SON INVARIABLES

Las oraciones de la Legión son invariables. Ni siquiera en las invocaciones está permitido poner ni quitar nada, si en ello pudiere haber la menor discusión sobre la legitimidad de hacerlo; ni está permitido introducir santos nacionales, locales o de particular devoción.

Esta regla reclama sacrificio; pero sacrificio que se pide solo después de haber hecho otro, y grandísimo; ¡como concederán gustosamente cuantos conozcan el país donde se ha formulado esta regla, y el entrañable afecto que sienten sus habitantes a su Apóstol nacional.

Verdad es que tolerar invocaciones particulares no constituiría de suyo una gran desviación del uso común; así y todo dejaría entrar un germen de discrepancia, cosa que la Legión mira con horror.

Y, ya que el alma de la Legión se revela en sus oraciones, es muy justo que éstas, al ser articuladas en las distintas lenguas que con el tiempo las adopten, sean ejemplo –por la estricta uniformidad de las mismas– de esa perfecta unidad de miras y de corazones, del

reglamento y de práctica, a la cual exhorta la Legión a cuantos militan bajo su bandera en cualquier nación.

«Así como sois hijos de Cristo, sedlo también de Roma»
(San Patricio).

«Señor mío, dadme la gracia de trabajar por conseguir
las cosas que os pido» (Santo Tomás Moro).

24. PATRONOS DE LA LEGIÓN

1. San José

En las oraciones de la Legión el nombre de San José sigue a las invocaciones de los Corazones de Jesús y de María, pues en la corte celestial él ocupa el lugar más alto después de Ellos.

Fue cabeza de la Sagrada Familia, y desempeñó para con Jesús y María un cometido especialísimo, y de primera categoría. El más grande de los santos, ejerce ahora el mismo oficio, ni más ni menos, con relación al Cuerpo místico de Jesús y con relación a la Madre de este Cuerpo místico. Ampara la vida y el desarrollo de la Iglesia, y, por consiguiente, de la Legión. Su solicitud no falla, es vital, animada como está por su preocupación paternal; en influencia sólo le aventaja la maternidad espiritual de María, y así lo ha de reconocer la Legión. Para que su amor despliegue toda su fuerza en nosotros, tenemos que abrirnos del todo a él, y amarle con un amor semejante al que él nos tiene. Jesús y María le fueron siempre atentos y agradecidos por cuanto hizo por Ellos; de igual modo han de serle atentos constantemente los legionarios.

El 19 de marzo se celebra la fiesta de San José, esposo de la Santísima Virgen y protector de la Iglesia universal. El 1 de mayo, la fiesta de San José Obrero.

«No podemos separar la vida histórica de Jesús de su vida mística, perpetuada en la Iglesia. No sin razón han proclamado los papas a San José protector de la Iglesia. Entre las vicisitudes de los tiempos y de las costumbres, su oficio ha continuado siempre siendo el mismo. Como protector de la Iglesia de Cristo, no hace otra cosa que continuar desempeñando la misión que tuvo en la tierra. Desde los días de Nazaret la familia de Dios ha crecido y se ha esparcido hasta los confines del orbe. El corazón de José se ha ensanchado en proporción a su nueva paternidad, la cual prolonga y supera la paternidad prometida por Dios a Abrahán, padre de una innumerable descendencia. En su trato con nosotros, Dios no cambia; no hay arrepentimientos, no varía su plan arbitrariamente. Todo es uno, ordenado, consistente y continuo. José, padre nutricio de Jesús, es también padre nutricio de los hermanos de Jesús, esposo de María, que dio a luz a Jesús, permanece unido a Ella de un modo misterioso, mientras continúa en el mundo el nacimiento místico de la Iglesia. Por eso, el legionario de María, que trabaja por extender en la tierra el reino de Dios –la Iglesia–, reclama con razón la protección especial de aquel que fue jefe de la Iglesia recién nacida, que eso fue la Sagrada Familia» (Cardenal L. J. Suenens).

2. San Juan Evangelista

San Juan, *el discípulo preferido de Jesús*, se nos presenta como dechado de devoción al Sagrado Corazón, del cual estuvo pendiente hasta oír sus últimos latidos, hasta verle, después de muerto, traspasado por una lanza. Pero también se nos mostró modelo de devoción al Corazón Inmaculado de María: con entrega virginal hizo las veces del mismo Jesús, y siguió dando a María pruebas de amor filial, hasta que Ella murió.

La tercera Palabra que pronunció nuestro Redentor desde la cruz fue algo más que el mero cumplimiento de un deber de piedad filial para con su desconsolada Madre. En la persona de San Juan confió a María todo

el género humano, en particular aquellos que se habían de unir a Jesús mediante la fe. María fue, así, proclamada Madre de todos los hombres: entre ellos –hermanos entre sí–, Jesús es el primogénito, y San Juan fue el representante de los demás, el primero en ser declarado hijo adoptivo de María, y modelo para cuantos lo son como él. Es un santo a quien la Legión debería profesar la devoción más cordial.

Amaba a la Iglesia y a todos los fieles, y se entregó completamente a su servicio. Fue apóstol y evangelista, y tuvo el mérito del martirio. Fue el sacerdote de María, y por eso es el patrón por excelencia del sacerdote legionario, entregado a una organización que no tiene más aspiraciones que ser copia viviente de María.

La fiesta de San Juan evangelista se celebra el 27 de Diciembre.

Al ver a su madre y a su lado al discípulo preferido, dijo Jesús: «Mujer, éste es tu hijo» Y luego al discípulo: «Esa es tu madre». Desde entonces el discípulo la tuvo en su casa (Jn 19, 26-27).

3.San Luis María de Montfort

«Después de haber tomado reiteradamente el acuerdo de no admitir patronos particulares ni locales, parecerá tal vez algo excesivo incluir el nombre de San Luis María de Montfort. Hay que afirmar, sin embargo, y sin vacilación alguna, que nadie como este hombre santo ha tenido tanta parte en el desarrollo de la Legión. El Manual rebosa de su espíritu, las preces legionarias son eco de sus mismas palabras. Verdaderamente es maestro de la Legión, por lo cual los legionarios deben –casi en conciencia– invocarle». (Decisión de la Legión al consignar a San Luis María de Montfort en la serie de invocaciones). Fue canonizado el 20 de julio de 1947, y su fiesta se celebra el 28 de abril.

«No sólo fundador, sino también misionero, Y más que misionero, porque aún hay otro aspecto: es doctor y teólogo, que nos ha dado una mariología como nadie antes de él la había concebido. Tan profundamente ha explorado las raíces de la devoción mariana, tan ampliamente ha ensanchado sus horizontes, que ha venido a ser indudablemente el gran previsor de todas las manifestaciones modernas de María: desde Lourdes hasta Fátima, desde la definición de la Inmaculada Concepción hasta la Legión de María. Se constituyó él mismo en heraldo de la venida del reino de Dios por medio de María, y en pregonero de aquella tan deseada salvación que en la plenitud de los tiempos traerá al mundo la Virgen Madre de Dios por su Inmaculado Corazón». (Cardenal Federico Tedeschi, antiguo arcipreste de San Pedro. Discurso con ocasión del descubrimiento de la estatua de San Luis María de Montfort en la basílica de San Pedro, el 8 de diciembre de 1948).

«Presiento que han de venir unas bestias rabiosas, llenas de furor, que intentarán despedazar con sus dientes diabólicos este modesto libro y a aquel de quien se ha servido el Espíritu Santo para escribirlo, o tratarán, al menos, de sepultarlo en la oscuridad y perseguirán a los que lo lean y lo pongan en práctica. Pero, ¿qué importa? ¡Tanto mejor! Esta visión me anima y me da esperanza de grandes éxitos, pues veo venir una legión potente de Jesús y María, compuesta por soldados bravos y valientes, de ambos sexos, dispuestos a combatir al Maligno, al mundo y a la naturaleza corrompida, en esos tiempos, más peligrosos que nunca, que están por venir» (San Luis María de Montfort – muerto en 1716–, *La verdadera devoción a la Bendita Virgen María*).

4.El arcángel San Miguel

«Aunque Príncipe de toda la Corte Celestial, San Miguel es el más celoso en honrar y hacer honrar a María, y está siempre a la expectativa, esperando recibir el honroso encargo de ir a ofrecer sus servicios, por mandato de su Reina, a alguno de los siervos de Ella» (San Agustín).

San Miguel ha sido siempre el patrón del pueblo escogido, en la Ley Antigua y en la Nueva; sigue siendo el leal defensor de la Iglesia. Pero su protección sobre los judíos no terminó cuando éstos no respondieron a la revelación: por el contrario, se intensificó, por razón de su mayor necesidad, y porque son consanguíneos de Jesús, María y José. La Legión milita bajo San Miguel. Bajo su inspiración debe procurar con amor la recuperación de ese pueblo, con el cual el Señor hizo una eterna alianza de amor.

La fiesta del «General de los Ejércitos del Señor» (Jos 5, 14) se celebra el 29 de septiembre.

«De acuerdo con la revelación, los ángeles que participan de la vida de la Santísima Trinidad en la luz de su gloria, están llamados a desempeñar su papel en la historia de la salvación del hombre, en los momentos establecidos por la Divina Providencia.»

«¿Es que no son todos ellos espíritus servidores, con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?; pregunta el autor de la carta a los Hebreos (1,14). La Iglesia cree y enseña esto basándose en la Sagrada Escritura, por la que sabemos que la misión de los ángeles buenos es la protección de los hombres y el pedir su salvación» (San Juan Pablo II, Audiencia General, 6 de agosto de 1986).

5.El arcángel San Gabriel

En algunas liturgias son aclamados juntos San Gabriel y San Miguel, con títulos como los siguientes: Campeones y Príncipes; Caudillos de las huestes celestiales; Capitanes de los ángeles; Siervos de la Divina Gloria; Guardianes y Guías de los seres humanos.

San Gabriel es el ángel de la Anunciación. Por su medio fueron dirigidos a María los parabienes de la Santísima Trinidad; él fue quien anunció al hombre por primera vez el misterio de la Trinidad; él, quien declaró la Inmaculada Concepción; él, quien hizo sonar las primeras notas del rosario.

Lo que hemos dicho del cuidado de San Miguel para con los judíos, tal vez pueda afirmarse de San Gabriel en relación con los musulmanes. Éstos creen que fue San Gabriel quien les reveló su religión. Tal creencia, aunque infundada, viene a ser una cortesía musulmana para con este glorioso arcángel, que él tratará de devolverles con otra mejor: dándoles luz sobre la revelación cristiana, de la cual fue custodio. Pero él solo no puede obrar esa transformación: la cooperación humana es siempre necesaria.

Jesús y María ocupan un lugar muy destacado en el Corán, donde aparecen de modo semejante al del Evangelio, aunque sin ninguna función; y Ellos permanecerán así en el Islam hasta que alguien vaya a ayudarles a manifestarse con una auténtica interpretación de Sí mismos. Está demostrado que la Legión posee un don particular para esto, y que sus miembros son recibidos con aprecio por parte de los musulmanes. ¡Qué estupendo fondo para un diálogo, el que ofrece todo ese material del Corán!

La festividad de San Miguel, junto con la de San Gabriel y San Rafael, se celebra el 29 de septiembre.

«Las Escrituras nos muestran a uno de los más encumbrados de la nobleza celestial enviado en forma visible para anunciar a María el misterio de la Encarnación. Fue un ángel quien rogó a María que consintiera en ser Madre de Dios, ya que, en virtud de su divina Maternidad, ejercería Ella sobre todos los ángeles soberanía, poder y dominio. Escribe Pío XII: "Se puede decir que el arcángel Gabriel fue el primer mensajero celestial de la realeza de María" (*Ad Coeli Reginam*). Gabriel es honrado como patrón de aquellos que emprenden misiones de importancia, que traen de Dios las noticias más importantes. El llevó a María el divino mensaje. En aquel momento, María ocupó el puesto de toda la humanidad, y él representaba a todos los ángeles. Su diálogo, que será la inspiración de los hombres hasta el fin de los tiempos, estableció un tratado sobre el cual se levantarían los cielos nuevos y la tierra nueva. ¡Qué maravilloso, pues, debió de ser aquel que habló con María!

¡Qué erróneo es reducir su papel a un recitado meramente pasivo! Había sido plenamente iluminado, y dio pruebas de los más amplios recursos. Respetuoso para con María, y como mensajero en el que Dios depositó su confianza, respondió a plena satisfacción todas las preguntas que Ella le hizo. Del encuentro de Gabriel y nuestra Señora vino la renovación de todo lo creado. La nueva Eva reparó la ruina causada por la primera Eva. El nuevo Adán, como Cabeza del Cuerpo místico que incluye a los ángeles-, restauró no solo a la humanidad, sino también el honor de los ángeles, manchado por el ángel prevaricador» (Miguel O´Carroll, C.S.Sp.)

6.El Arcángel San Rafael

A San Rafael se le conoce como el ángel sanador, sobre todo sanador espiritual. El nombre hebreo Rafa‘el significa “Dios cura”. También es conocido como el santo patrono de los viajeros, de los ciegos, de los encuentros felices y de los matrimonios cristianos.

Aparece en el Antiguo Testamento, en el Libro de Tobías, donde se disfraza de un hombre llamado Azarías y acompaña a Tobías, en su viaje a Media, ayudándole en el camino. Durante el viaje, la influencia protectora del arcángel se muestra de distintas maneras, entre ellas, atando a un demonio en el desierto del Alto Egipto.

En el capítulo 3 (Tb 3, 24-25) se menciona así: “A un mismo tiempo, fueron acogidas favorablemente ante la gloria de Dios las plegarias de Tobit y de Sara y fue enviado Rafael para curar a los dos”.

El capítulo 12 refiere a sus poderes curativos (Tb 12, 13-18): “Yo fui enviado para ponerte a prueba. Pero Dios también me envió para curarte a ti y a tu nuera Sara. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están delante de la gloria del Señor y tienen acceso a su presencia». Los dos quedaron desconcertados y cayeron con el rostro en tierra, llenos de temor. Pero él les dijo: «No teman, la paz esté con ustedes. Bendigan a Dios eternamente. Cuando yo estaba con ustedes, no era por mi propia iniciativa, sino por voluntad de Dios.

Es a él al que deben bendecir y cantar todos los días”.

El Evangelio de Juan (Jn 5, 1-4) refiere a la piscina de Betsata, donde la multitud de los enfermos estaba esperando la agitación del agua, porque “el Ángel del Señor descendía cada tanto a la piscina y movía el agua. El primero que entraba en la piscina, después que el agua se agitaba, quedaba curado, cualquiera fuera su mal”.

Debido al rol sanador que se le asigna a Rafael, este ángel particular es asociado al arcángel.

Los santos Miguel, Gabriel y Rafael comparten festividad el 29 de septiembre.

7.Las potestades celestiales. Legión angélica de María

«*Regina angelorum!* ¡Reina de los ángeles! ¡Qué encanto, qué anticipo del gozo celestial pensar así en María, nuestra Madre, rodeada sin cesar de legiones de ángeles!» (San Juan XXIII).

«*María es la Generalísima de los ejércitos de Dios. Los ángeles constituyen la tropa más gloriosa de Aquella que es terrible como un ejército formado en batalla*» (Boudon, *Los ángeles*).

Desde un principio fueron invocados los ángeles en las oraciones de la Legión, en la siguiente forma:

San Miguel arcángel, ruega por nosotros.

Nuestros santos ángeles custodios, rogad por nosotros.

No cabe duda de que en esto la Legión fue guiada desde arriba, porque no se veían entonces con la claridad de ahora los lazos íntimos que unen a los ángeles con la Legión. Con el transcurso del tiempo se hizo más y más patente la conveniencia de recurrir a los ángeles. Se llegó a ver que los ángeles forman el apoyo logístico celestial en la campaña legionaria: cada socio, activo y auxiliar, tiene a su ángel custodio luchando y asestando golpe tras golpe a su lado. En cierto sentido, esta batalla tiene más importancia para el ángel que para el legionario, pues el ángel percibe

con mayor claridad lo que está en juego: la gloria de Dios y el valor del alma inmortal. Así que el interés del ángel es vivísimo, y su ayuda, indefectible. Y todos los demás ángeles están comprometidos en la lucha, particularmente los ángeles custodios de aquellas personas por quienes trabaja la Legión, y le prestan su ayuda.

Es más: todo el ejército angélico se apresura a actuar, ya que nuestra batalla es parte integral de la lucha que desde un principio sostienen los ángeles contra el maligno y quienes le siguen.

A los ángeles se les señala en la Revelación un puesto eminente, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; se les menciona centenares de veces. Son representados como luchando paralelamente con los hombres, y teniendo para con éstos un oficio protector, invisible pero eficaz. Intervienen en circunstancias excepcionales. Frecuentemente surge la frase: *Dios envió a su ángel*. Todos los nueve coros angélicos ejercen alguna forma de protección sobre los individuos, lugares, ciudades, naciones; sobre la naturaleza; y, algunos, hasta sobre sus ángeles compañeros. Las Escrituras dicen que los mismos reinos paganos tienen sus ángeles custodios (Dan 4,10.20;10, 13). Los coros se llaman: ángeles, arcángeles, querubines, serafines, potestades, principados, tronos, virtudes y dominaciones.

En resumen, los ángeles nos ayudan colectiva e individualmente, ejerciendo una función análoga a la de las fuerzas aéreas con relación al ejército de tierra.

Por todo eso se llegó a ver que la invocación angélica en uso no expresaba debidamente este oficio protector universal de los ángeles, y así se resolvió que:

a) se debería mejorar la fórmula;

b) debería vincularse la palabra *Legión* con los ángeles. Nuestro Señor mismo se la había aplicado, consagrándola: viéndose amenazado de sus enemigos, dijo: "¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre? El pondría ahora mismo a mi lado más de doce legiones de ángeles" (Mt 26,53);

c) y se debería incluir el nombre de María en la invocación. Ella es la Reina de los ángeles; es verdaderamente la Comandante de la Legión angélica. Y para nuestra Legión sería una nueva bendición el saludarla con este título, tan profundamente significativo.

Como resultado de un prolongado estudio, en el que tomó parte toda la Legión, el día 19 de agosto de 1962 se adoptó la siguiente invocación:

Todas las potestades del cielo, Legión angélica de María, rogad por nosotros.

La fiesta de esta Legión celestial se celebra el 2 de octubre.

Hay una asociación, llamada de los «Philángeli», que tiene como vocación y carisma propios propagar el conocimiento de los ángeles y su devoción. Su principal centro es: Philangeli, Hon. General Secretary, Salvatorians, 129 Spencer Road, Harrow Weald, Middlesex HA3 7BJ, England.

«La condición de nuestra Señora como Reina de los ángeles no debe tomarse solamente como un título honorífico. Es una participación de la realeza de Cristo, que tiene dominio absoluto y universal sobre la creación. Los teólogos no han explicado todavía las formas de este correinado de María Reina con Cristo Rey; pero una cosa está clara: que la realeza de nuestra Señora es principio de acción, y sus efectos se extienden hasta los confines del universo, tanto visible como invisible. Gobierna a los espíritus buenos y domina a los malignos. Gracias a esta realeza se forja una alianza indisoluble entre la sociedad humana y la angélica; por ella la creación entera será conducida a su verdadero destino: la gloria de la Trinidad. Esta realeza es nuestro escudo, porque nuestra Madre y Protectora tiene el poder de mandar a los ángeles que nos socorran. Para María significa una participación activa con su Hijo en la obra de debilitar y destruir el imperio de Satanás sobre los hombres» (Miguel O' Carroll, C.S.Sp.).

8. San Juan Bautista

San Juan Bautista no quedó formalmente incluido entre los santos patronos de la Legión hasta el 18 de diciembre de 1949. Cosa extraña y difícil de explicar, pues el hecho es que este santo es el que está relacionado más íntimamente con la espiritualidad legionaria, si exceptuamos al glorioso San José.

a) San Juan Bautista fue el primer legionario y el prototipo de todos ellos: como precursor, fue delante del Señor para prepararle el camino y enderezar las sendas; y fue también modelo de firmeza inquebrantable por la causa de Jesucristo, por la que estuvo siempre pronto a morir, y por la cual, de hecho, murió mártir.

b) Además, su formación espiritual la recibió de la misma María, como la deben recibir todos los legionarios. Declara San Ambrosio que la principal razón de prolongar la Virgen su visita a Santa Isabel fue formar y preparar al niño para su oficio de gran profeta. Y la catena –nuestra plegaria central, y la única que obliga diariamente a todos los legionarios, activos y auxiliares– ensalza la hora de esa formación del Precursor.

c) El episodio de la Visitación presenta por primera vez a nuestra Señora en su calidad de Medianera de la divina Gracia, y a San Juan como el primero en beneficiarse de dicha mediación. No es extraño, pues, que a San Juan se le mirara desde un principio como patrón especial de la Legión y de cuanto la Legión emprende, en sus contactos personales, visitas, etc., porque todo ello no es más que un esfuerzo para colaborar al oficio mediador de la santísima Virgen.

d) San Juan –elemento integrante de la misión de nuestro Señor– tiene que entrar necesariamente en cualquier organización que busque perpetuar dicha misión. El Precursor sigue siendo indispensable. Si no interviene para presentar a Jesús y María, ¿quién sabe si Ellos no querrían mostrarse? Este puesto especial que ocupa San Juan lo tienen que reconocer los legionarios, y, por su fe en él, le deben facilitar siga ejerciendo

mediante ellos su labor precursora. «Si Jesús es siempre *El que ha de venir*, San Juan es igualmente el que va delante; pues la economía de la Encarnación histórica continúa a través del Cuerpo místico» (Daniélou).

e) El lugar propio para la invocación de San Juan está en las oraciones finales, inmediatamente después de la Legión angélica. Así, en las oraciones de la Legión tenemos un conjunto perfecto: el Espíritu Santo –presentándose como «columna de fuego» mediante la santísima Virgen– domina la Legión; la Legión angélica, con San Miguel a la cabeza, apoya la lucha; y delante, como explorador, va San Juan, el Precursor, desempeñando su oficio providencial, como siempre; y, por fin, los generales del ejército San Pedro y San Pablo.

f) San Juan Bautista tiene dos fiestas, la de su nacimiento y la de su martirio. La primera se celebra el día 24 de junio, y la segunda el 29 de agosto.

«Yo creo que el misterio –*sacramentum*– de Juan se viene cumpliendo en el mundo de nuestros días. A todo aquel que ha de creer en Jesucristo se le ha de comunicar interiormente la virtud y el espíritu de Juan, el cual prepara al Señor un pueblo perfecto, endereza las sendas escabrosas del corazón y allana los caminos. Hasta el día de hoy la virtud y el espíritu de Juan preceden a la venida del Señor y Salvador» (Orígenes).

9. San Pedro

«Como Príncipe de los Apóstoles, San Pedro es el patrón por excelencia de una organización apostólica. Fue el primer Papa, pero representa toda la serie ilustre de Pontífices y al Padre Santo actual. Cuando invocamos, pues, a San Pedro, volvemos a expresar la lealtad que profesa la Legión a Roma, centro de nuestra fe, fuente de autoridad, disciplina y unidad» (Decisión de la Legión al poner el nombre de San Pedro en la lista de invocaciones).

La fiesta de San Pedro y San Pablo se celebra el 29 de junio.

Ahora te digo: Tú eres Piedra, y sobre esta roca voy a edificar mi Iglesia, y el poder de la muerte no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de Dios; así, lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo" (Mt 16, 18-19).

10. San Pablo

Un alma que aspire a ganar a otras almas tiene que ser inmensa como los mares; para convertir el mundo, es menester un corazón más grande que el mundo. Tal fue San Pablo desde el día en que, repentinamente envuelto y alumbrado por una luz del cielo, se abrasó en encendidas ansias de colmar el mundo del nombre y de la fe de Jesucristo. ¡El Apóstol de los Gentiles!: su nombre es su obra. Trabajó incansablemente, hasta que la espada del verdugo le hizo entregar su alma indómita en manos del Creador; pero le sobrevivieron sus escritos, que permanecerán para siempre continuando su misión. Es costumbre de la Iglesia, en sus oraciones litúrgicas, juntar siempre el nombre de San Pedro con el de San Pablo. Ninguna alabanza mejor para este último. Ni tampoco hay cosa más justa, pues juntos consagraron a Roma con su martirio. La Iglesia les honra el mismo día a los dos.

"Los judíos me han azotado cinco veces, con los cuarenta golpes menos uno; tres veces he sido apaleado, una vez me han apedreado, he tenido tres naufragios y pasé una noche y un día en el agua. Cuántos viajes a pie, con peligros de ríos y con peligros de bandoleros, peligros entre mi gente, peligros entre paganos, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros con los falsos hermanos. Muerto de cansancio, sin dormir muchas noches, con hambre y sed, a menudo en ayunas, con frío y sin ropas" (2 Cor 11,23-27).

25. EL CUADRO DE LA LEGIÓN

1. Este Manual lleva en la portada una reproducción en miniatura del cuadro de la Legión. Fue pintado, como obsequio a la misma, por un brillante joven artista de Dublín. Y –como podía esperarse de un trabajo animado por tal espíritu– resultó una obra bellísima y muy inspirada, según se puede apreciar por dicha reproducción.

2. El cuadro es algo muy completo: hace resaltar maravillosamente las características de la devoción legionaria.

3. Los contornos del dibujo son un esbozo del Vexillum. En el cuadro se traslucen las oraciones legionarias. Las preparatorias –que comprenden la invocación y oración al Espíritu Santo y el rosario– están simbolizadas por la Paloma que cubre a María con su sombra, inundándola de luz y del fuego de su amor. Con estas oraciones honra la Legión el momento culminante de todos los tiempos, en el cual María, dando su consentimiento a la Encarnación, mereció ser Madre de Dios y, juntamente, Madre de la divina gracia; y, por eso, los legionarios, sus hijos, se unen estrechamente a Ella mediante el rosario, llevando impresas en el corazón las palabras del beato Pío IX: «Si tuviera un ejército que rezase el rosario, conquistaría el mundo».

También se hace alusión a Pentecostés: allí fue María el canal de las gracias derramadas por el divino Espíritu, en aquel momento que se puede llamar la confirmación de la Iglesia; allí se encendió por Ella el fuego apostólico destinado a renovar la faz de la tierra. «Fue su poderosísima intercesión la que obtuvo para la Iglesia naciente aquella prodigiosa difusión del Espíritu del divino Redentor» (MC 110). Sin Ella ese fuego no se hubiera encendido en los corazones de los hombres.

4. La *Catena*, en su sentido material, constituye el borde del cuadro. La *Antífona* está representada, con mucho acierto, por la figura de María, «que va subiendo

cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército formado en batalla»; y, en su frente, una estrella, para significar que Ella es el verdadero Lucero de la Mañana, bañado desde el primer instante de su ser en los fulgores de la gracia redentora, y anunciando la alborada de nuestra salvación.

El *Magnificat* está representado por el primer versículo—la idea que predominó siempre en la mente de María—, escrito en caracteres de fuego, aureolando la cabeza de la Virgen. El *Magnificat* es el canto triunfal de su humildad. Ahora, lo mismo que entonces, quiere Dios depender para sus triunfos de la humilde Virgen de Nazaret, y quiere valerse de los que están unidos a Ella para hacer grandes cosas en honra de su santo Nombre.

El versículo y responsorio —de la fiesta de la Inmaculada Concepción, la principal devoción legionaria— están gráficamente expresados por la actitud de María aplastando la cabeza de la serpiente infernal, y por estas palabras engarzadas en la cadena del borde: *Pondré enemistades entre ti y la Mujer, entre tu linaje y el suyo; Él quebrantará tu cabeza*¹ (Gén 3,15).

El cuadro demuestra esta lucha perpetua entre María y la Serpiente, entre los hijos de Aquélla y la raza maldita de ésta, entre la Legión y las fuerzas del mal, que huyen a la desbandada, derrotadas.

La *Oración de la catena* no es otra que la del Oficio de María, Medianera de todas las gracias, Madre de Dios y Madre de todos los hombres. En lo alto del mismo queda representado, en forma de Paloma, el Espíritu Santo, dispensador de todo bien; debajo, el globo terráqueo, rodeado por buenos y malos, simboliza el mundo de las almas; entre unos y otros, María, llena de gracia, toda encendida en caridad, la Medianera y dispensadora universal de todos los dones divinos. Ella quiere enriquecer a todos los hombres, pero en particular a aquellos que con más verdad se muestren hijos suyos, reclinándose sobre el Corazón de Jesús, a

ejemplo de San Juan, y recibéndola a Ella por Madre. Y esta maternidad universal de María, proclamada entre las inconcebibles angustias del Calvario, está expresada por las palabras eslabonadas en el extremo inferior del borde: *Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre*² (Jn 19,26-27).

5. Las oraciones finales se reflejan en todo el cuadro. La Legión es esa hueste innumerable que avanza en orden de batalla, acaudillada por su Reina, y que lleva sus insignias: «el crucifijo en la mano derecha; en la izquierda, el rosario; los sagrados nombres de Jesús y María en el corazón, la modestia y mortificación en su porte» (San Luis María de Montfort). De sus labios brota ferviente súplica en demanda de una fe que sobrenaturalice cada impulso y acción de su vida, y les dé valor para atreverse a todo en el servicio de Cristo Rey; fe –simbolizada por la Columna de Fuego– que funda en uno solo los corazones de todos los legionarios, y les guíe a la victoria y a la Tierra de Promisión eterna, irradiando en su avance las llamas del divino amor.

La Columna es María que con su fe salvó al mundo: *Bendita tú que has creído*³ (Lc 1,45) –en el borde–. Y ahora, por entre espesas tinieblas, María conduce con paso seguro a aquellos que la bendicen, hasta que sobre ellos descienda a raudales la gloria del Señor.

6. Las preces terminan elevándonos en espíritu hasta el acto de pasar lista en la eternidad, donde, sin faltar ni uno solo, rogamos que se vuelvan a juntar todos los legionarios legales para recibir el galardón de una gloria sin fin.

Entretanto asciende una plegaria por los que han muerto en el combate y esperan la resurrección gloriosa, pero que pueden estar necesitados de la intercesión de sus compañeros.

¹ *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsum conteret caput tuum.*

² *Mulier ecce filius tuus; ecce mater tua (Jn 19, 26-27)*

³ *Beata quae credidisti (Lc 1,45)*

«En el Antiguo Testamento leemos que, desde Egipto, el Señor caminaba delante de ellos, de día en una columna de nubes, para guiarlos; de noche, en una columna de fuego, para alumbrarles (**Ex 13,21**). Esta columna maravillosa, unas veces en forma de nube, otras en forma de fuego, fue figura de María en los varios oficios que desempeña para con nosotros» (San Alfonso de Liguorio).

26. LA TÉSSERA

A todos los socios, activos y auxiliares, se les proporciona una hojita llamada *téssera*, que contiene las oraciones de la Legión y una reproducción en miniatura del cuadro legionario.

Entre los romanos se daba el nombre de *téssera* a una tablita marcada con una contraseña, que se enviaba a los amigos o familiares como garantía personal. En términos militares se llamaba *téssera* a la tablilla encerada que circulaba entre los legionarios romanos con la oportuna consigna militar.

La Legión de María aplica este término *téssera* a la hojita que contiene sus preces y su cuadro, porque dicha hoja reúne estos tres caracteres: a) circula entre todos los legionarios; b) expresa la verdadera contraseña de la Legión, sus oraciones; y c) es prenda de unión y hermandad entre los socios dondequiera que se hallen. Por ese mismo principio de universalidad se han adaptado también otros vocablos latinos para designar los rasgos característicos del sistema legionario. Favorecen tanto la comunicación mutua, que han demostrado ser absolutamente indispensables. La objeción de que tales vocablos constituyen un elemento raro dentro de la Legión es inadmisibles, pues han arraigado de tal forma que han venido a ser ya palabras típicamente legionarias. Se cometería un grave perjuicio a la Legión si se la despojase de una prenda tan útil como distintiva.

«Caminamos juntos en un valle de lágrimas; somos tan débiles, que necesitamos el apoyo de un brazo fraternal para que nuestra flaqueza no sucumba en el camino. Y, si esto es verdad en la vida natural, lo es mucho más todavía en el orden de la gracia y de la salvación. Dios exige imperiosamente que marchemos todos unidos. La oración constituye, así, el vínculo que estrecha todas las voluntades y todas las voces, unificándolas. La oración en común es nuestra fortaleza, sólo ella nos hará invencibles. Aunemos, pues, sin tardar, nuestras oraciones, nuestros esfuerzos y nuestros anhelos: porque, si ya de por sí todas estas cosas son poderosas, unidas, adquirirán una fuerza irresistible» (Ramière).

27. VEXILLUM LEGIONIS

El estandarte de la Legión

El *Vexillum Legionis* es una adaptación del *vexillum* o estandarte de la Legión romana. El águila ha sido sustituida por la Paloma, símbolo del Espíritu Santo. Debajo de la Paloma, un rótulo dice: LEGIO MARIAE (Legión de María). Entre este rótulo y el asta hay un marco ovalado con la imagen de la Inmaculada (de la Medalla Milagrosa), unido con una rosa y una azucena. El asta se empalma con un globo, el cual –si se trata del modelo de mesa– descansa sobre una base cuadrada. Todo el diseño expresa la idea de que el mundo ha de ser conquistado por el Espíritu Santo obrando por medio de María y sus hijos.

a) El papel de correspondencia legionaria oficial deberá tener por cuño o membrete un grabado del *vexillum*.

b) El modelo de mesa, que se usa para las juntas, tendrá 32 cm. de alto, incluyendo la base, y se colocará a unos 15 cm delante y a la derecha de la estatua. Véase la foto al final del Manual. Se puede pedir al Concilium un modelo en metal y ónice.

c) Para las procesiones y las *Acies* se utiliza un modelo grande, de unos dos metros de alto en total, dando a la prolongación del asta debajo del globo unos sesenta centímetros. Lo demás debe hacerse según el esbozo que figura al final del Manual, en escala de 12 a 1. El asta se coloca en una base –que no forma parte del vexillum– para mantenerlo erguido durante el *acies* y siempre que se no se lleve a mano.

Este vexillum grande no lo proporciona el Concilium, pero cada cuerpo legionario puede hacerse con él fácil y decorosamente. Si se quiere una cosa más lujosa, se recurrirá a materiales más valiosos que la madera. Aquí tiene el artista amplio campo donde desarrollar su talento. Como una orientación incluimos en el Manual también una foto de este vexillum grande.

d) El vexillum es propiedad del Concilium, y sólo se podrá reproducir con su permiso expreso.

«Este bello y evocador estandarte de la Legión de María...» (Pío XI).

VEXILLUM LEGIONIS



“ San Luis María de Monfort se ha dado cuenta con claridad suprema de que no se debe hacer ninguna separación entre la Virgen y el Espíritu Santo. La Legión de María ha asumido con entera convicción su enseñanza sobre esa unión indisoluble, y por esa razón busca afanosamente un conocimiento mas profundo de la doctrina del Espíritu Santo.” (Laurentin)

28. ADMINISTRACIÓN DE LA LEGIÓN

1. Normas para todos los consejos

1. La administración de la Legión, tanto local como central, está a cargo de sus diversos consejos. Estos, cada cual dentro de su propia esfera de jurisdicción, tienen como obligación:

- asegurar la unidad;
- preservar los ideales primitivos de la Legión de María;
- guardar intacto el espíritu de la misma, sus reglas y prácticas, tal como se hallan en el Manual Oficial de la Legión;
- y, finalmente, extender la organización.

En todas partes la Legión valdrá lo que valgan estos consejos.

2. Todos los consejos tendrán juntas con frecuencia y con regularidad: como norma general, por lo menos cada mes.

3. Las preces, el orden y la disposición de las juntas de los consejos serán igual que lo prescrito para la junta del praesidium; con estas variantes: a) la duración de las juntas de los consejos no tendrá límite determinado; b) no es obligatoria la lectura de las Ordenanzas Fijas; c) la colecta secreta no será obligatoria.

4. Es deber fundamental de cualquier consejo subordinado someterse lealmente al consejo superior inmediato.

5. Ningún praesidium o consejo será instituido sin el permiso expreso del consejo superior inmediato o del Concilium Legionis, ni sin contar con la aprobación de la competente autoridad eclesiástica.

6. El Estatuto de la Legión reservan al obispo de la diócesis y al Concilium Legionis el mismo derecho a disolver cualquier praesidium o curia ya existentes; éstos, una vez disueltos, dejan inmediatamente de ser parte de la Legión de María.

7. Cada consejo tendrá como director espiritual a un sacerdote, que será nombrado por la competente autoridad eclesiástica, y ocupará el cargo según el beneplácito de ésta. Tendrá la última palabra en todo lo relativo a las cuestiones religiosas y morales suscitadas en las reuniones del Consejo y derecho a veto para poder obtener de la autoridad que le nombró el fallo definitivo.

El director espiritual pertenecerá al equipo de oficiales del consejo correspondiente, y deberá apoyar toda autoridad legionaria legítimamente constituida.

8. Cada consejo tendrá también un presidente, vicepresidente, secretario, tesorero y cuantos otros cargos apruebe como necesarios el consejo superior inmediato. Serán elegidos para servir durante un periodo de tiempo de tres años y pueden ser reelegidos para los mismos cargos correspondientes para un período posterior de tres años, lo que hace un total de seis años. Un legionario cuyo plazo de ocupación del cargo haya expirado no debe continuar cumpliendo las funciones de dicho cargo. Cuando un oficial, por cualquier razón, no llegue a completar un primer periodo de tres años, se considerará como que ha cumplido un período de servicio de tres años en la fecha en la que causó baja en el cargo. Durante el plazo no expirado puede ser elegido para ocupar el mismo cargo durante otro periodo de tres años, que se considerará como un segundo periodo. Si un oficial no completara en su totalidad los tres años del segundo período se considerará como que ha servido durante

un período de seis años en la fecha en la que causó baja en el cargo.

Habiendo completado un segundo período en el cargo, deben pasar tres años antes de que un legionario pueda ser elegido para el mismo cargo en el mismo consejo. Este intervalo no se requiere si se trata de otro cargo en el mismo consejo o cualquier otro cargo en otro consejo.

Todo oficial de un consejo debe ser miembro activo de un praesidium y estará sujeto al reglamento establecido.

9. La elevación de rango de un consejo –por ejemplo, de curia a comitium, etc.– no afectará a los períodos de cargo de los oficiales actuales.

10. Los oficiales de un consejo serán elegidos por los miembros del mismo consejo. Todo legionario puede ser elegido para dichos cargos. Si el elegido no hubiera sido antes miembro del consejo, lo será *ex officio*. Todas las elecciones de oficiales estarán sujetas a ratificación por parte del consejo superior inmediato, pero, entretanto, las personas elegidas pueden desempeñar las funciones de sus cargos.

11. La fecha de aceptación de las candidaturas y de la elección se comunicarán a los miembros – si es posible– en la junta precedente a la junta de la elección. Es deseable que a los nombrados se les ponga al corriente de las responsabilidades del cargo.

12. Es lícito hacer comentarios sobre la aptitud de los candidatos, aunque con la natural prudencia. También está permitido que los oficiales de un consejo, si están todos de acuerdo en las buenas cualidades de un candidato, declaren que lo recomiendan como tal equipo de oficiales. Pero esta recomendación no tiene que impedir la presentación de otros candidatos ni la elección en su forma íntegra.

13. La elección se hará por votación secreta. La manera de proceder será como sigue:

Para cada cargo habrá una elección por separado, y en orden descendente. *Cada nombre presentado ha*

de ser formalmente propuesto y secundado. Si no se propone más que un candidato, es evidente que ya no se necesita votación. Si son propuestos y secundados debidamente dos o más nombres, se procederá a la elección. Se entregará a todos los presentes –que sean miembros del consejo con derecho a votar, también a los directores espirituales– una papeleta para la votación. Téngase muy en cuenta que sólo tienen derecho a votar los miembros del consejo. Escritas las papeletas, se plegarán cuidadosamente y las recogerán los escrutadores. No debe aparecer en la papeleta el nombre del votante.

Si sale un candidato con mayoría absoluta de votos – es decir, con un número mayor que el de todos los demás candidatos juntos–, será declarado electo. Si nadie ha obtenido mayoría absoluta, se leerán en voz alta los resultados de la votación, y se hará de nuevo la elección entre los mismos candidatos que antes; si en esta segunda votación tampoco saliera alguien con mayoría absoluta, elimínese el candidato que tenga menos votos, y hágase otra votación entre los restantes; y, si tampoco en el tercer escrutinio sale una mayoría absoluta, vuélvase a eliminar al que tenga el número menor de votos, y así en cada votación sucesiva, hasta obtener una mayoría absoluta.

No porque se trate de elegir a dirigentes para una organización espiritual se pueden hacer las elecciones con descuido; la elección debe hacerse según las normas señaladas, respetando el carácter secreto del voto individual.

Es necesario que se incluya en las actas de la reunión un informe completo de las elecciones, detallando los nombres de quienes los proponen y quienes los secundan, y el número de votos recibidos por cada candidato (cuando exista más de un candidato) y que dichas elecciones se sometan al consejo inmediato superior para estudiar su correspondiente ratificación.

14. Los representantes de un praesidium o de un consejo en el consejo superior inmediato serán los oficiales de aquél.

15. La experiencia ha demostrado que el nombramiento de corresponsales es la forma más efectiva que tiene un consejo superior para desarrollar sus funciones de superintendencia con sus consejos afiliados distantes. El corresponsal se mantiene en contacto regular con el consejo, y, con las actas recibidas mensualmente, prepara un informe que presentará en la reunión del consejo superior cuando le sea requerido. Asiste a las reuniones del consejo superior y toma parte en los procedimientos, pero, si no es miembro de dicho consejo superior, no tiene derecho a voto.

16. Con autorización del consejo, también otras personas –sean o no socios de la Legión– podrán asistir a las juntas de dicho consejo en calidad de invitados, pero no tendrán derecho a voto, y deberán guardar secreto sobre lo tratado en la junta.

17. Por el nombre de consejo se entienden: la *curia*, el *comitium*, la *regia*, el *senatus* y el *Concilium Legionis*; y cualquier otro consejo que el Estatuto crea oportuno establecer.

18. Estos nombres latinos de los distintos consejos concuerdan bastante bien con las varias atribuciones de los mismos.

En la Legión, María es la Reina. Ella es quien convoca a sus fuerzas legionarias para las batallas del Señor, Ella misma en persona es quien las dirige, las inspira y las acaudilla, hasta que consigan la victoria. Después de la Reina viene naturalmente su consejo supremo –el *Concilium*–, que trata de representarla de modo visible y de compartir con Ella la dirección general de todos los demás consejos subordinados de la Legión.

Estos consejos inferiores tendrán tanto más de cuerpos representativos cuanto más reducida sea su esfera de jurisdicción; pues, cuanto más extenso es el territorio que abarca un consejo central, tanto mayor será la dificultad de conseguir que asistan todos los miembros a las juntas regulares del mismo. Así que los términos *curia*, *comitium*, *regia* y *senatus* están bien

aplicados a los territorios respectivos, y ponen bien de relieve el carácter distintivo y la posición relativa de cada uno de estos cuerpos de administración.

19. Un consejo superior podrá combinar con sus funciones propias las de un consejo inferior. Un senatus, por ejemplo, puede funcionar también como curia, y en la práctica así lo hace, invariablemente. Esta combinación de funciones puede ser ventajosa, y quizá hasta necesaria, por las siguientes razones:

a) siendo comúnmente las mismas personas las encargadas de la administración del consejo superior e inferior, una sola junta podría hacer las veces de dos;

b) y lo que importa más: como un consejo superior suele tener sus componentes muy extendidos y distantes, probablemente no podrán asistir a las juntas con la regularidad debida, y, en consecuencia, quedarán solo unos cuantos legionarios celosos para despachar un cúmulo de negocios; y eso conduce inevitablemente a muchas negligencias y al abandono, ocasionando serio perjuicio a la Legión.

La fusión de atribuciones del consejo superior e inferior hará que la asistencia a las juntas sea nutrida y constante, y que los socios, además de cumplir con sus deberes en el consejo inferior, se interesen y se inicien en el trabajo del consejo superior; y esto les llevará a ofrecer y prestar en éste sus servicios para los importantísimos oficios de inspección, extensión y correspondencia.

Se dirá en contra, tal vez, que semejante proceder equivale a entregar la dirección de una dilatada zona en manos de un consejo que no pasa de ser local, y que mejor sería hacer funcionar el consejo superior por separado, contentándose, por ejemplo, con cuatro juntas al año, para poder contar así con representación plena, o casi plena. Esta objeción –que parece mirar por los intereses de una administración representativa– no corresponde a la realidad de las cosas; durante los largos intervalos entre junta y junta, el consejo superior se vería forzado a dejar la tramitación de sus asuntos sólo en manos de sus oficiales, y los demás miembros

del consejo no harían de administradores más que de nombre; y pronto perderían conciencia de su responsabilidad, y dejarían de tener verdadero interés en la obra.

Es más: un cuerpo administrativo que se reuniera tan pocas veces, se parecería más bien a un congreso que a un consejo. No poseería las cualidades para gobernar, empezando por la principal: el sentido de continuidad y el familiarizarse muy de cerca con la administración y sus problemas.

20. Todo legionario tiene derecho a comunicarse privadamente con su curia o con cualquier consejo superior de la Legión. Y este consejo, al tratar asuntos así comunicados, obrará con prudencia, y sin suplantar al consejo inferior en sus deberes y derechos. Se podrá objetar que salir así de las vías normales de comunicación con los consejos superiores —es decir, mediante el cuerpo inmediato (praesidium o consejo)— sería un acto de deslealtad. No es así: es un hecho que, a veces, por distintas razones, los oficiales se abstienen de comunicar a los consejos superiores asuntos que deberían comunicar; y, si no hubiera abiertas otras vías de información, los consejos superiores se verían privados de datos que necesitan. Para funcionar como es debido, cada consejo tiene el derecho de saber lo que realmente está pasando dentro del campo confiado a su cuidado, y este derecho esencial hay que protegerlo.

21. A cada cuerpo legionario incumbe el deber de ayudar económicamente al consejo superior inmediato. En relación a esto véanse las secciones sobre fondos y la colecta secreta (capítulos 34 y 35).

22. La esencia misma del consejo legionario es la franca y libre discusión de sus asuntos y problemas. No es meramente un cuerpo de vigilancia, ni sólo de orientaciones y decisiones, sino una escuela para los oficiales. Pero ¿cómo pueden éstos formarse si no hay discusión, si no se aclaran bien los principios legionarios, los ideales, etc.? Y esta discusión tiene que ser patrimonio

de todos. De ninguna manera puede permitirse que una curia u otro consejo se parezca a un teatro, en el que una pequeña minoría haga una representación delante de un auditorio callado. La curia funciona plenamente cuando *todos* sus miembros contribuyen a ella. Cada miembro es como una célula del cerebro. Si esas células dejan de funcionar en gran proporción, ese cerebro es un peligro para el hombre que lo posee. Ahora bien, si un miembro de la curia no toma parte activa dentro de ella, no trabaja; si sólo escucha, tal vez reciba algo de la curia, pero él no le aporta nada. Y bien puede ser que salga de las reuniones con las manos vacías, en virtud de una ley psicológica, según la cual la falta de actividad embota la capacidad de actuar. El miembro habitualmente callado de la curia se parece a esa célula inerte en el cerebro –o en otro órgano del cuerpo humano– que retiene algo que debería dar, que traiciona su propia misión, y que es potencialmente un peligro para la persona. Triste sería que alguien se convierta en ese peligro para el cuerpo legionario, al que con tantas ansias desea servir. Allí donde la actividad es una necesidad vital, la pasividad es como una degeneración, y la degeneración tiende a contagiarse.

Así, pues, como norma, ningún socio ha de ser pasivo: tiene que aportar su contribución plena a la vida del cuerpo, no solamente estando presente y escuchando, sino hablando. Suena ridículo, pero lo decimos en serio: **Cada socio debería contribuir por lo menos con una observación cada año.** Algunas personas son tan vergonzosas, que todo en ellas se rebela contra la idea de hablar; pero tienen que vencer esa repugnancia, y, para conseguirlo, han de poner en juego algo de esa valentía que pide la Legión en todas las circunstancias. A lo anteriormente dicho se responderá que sería imposible que todos hablaran en el tiempo disponible, y, sin duda, a veces así sucede. Pero, cuando se presente tal problema, ya se procurará resolverlo. De ordinario el problema es el opuesto – la falta de participación–,

pues toman parte activa sólo los acostumbrados a hablar en público. A veces, la elocuencia de unos pocos disfraza el silencio de la mayoría, creando la engañosa impresión de que los asuntos han quedado suficientemente tratados. Con mucha frecuencia, un presidente hablador corta a todos los demás; es muy de temer ese efecto silenciador de una sola voz cantante. Y, en ocasiones, el mismo presidente se excusa diciendo que, si no hablara él, reinaría un silencio sepulcral. Tal vez sea verdad, pero no le ha de arredrar un momento de silencio. Ese silencio sería la más elocuente invitación a que los miembros inyecten nueva vida a la curia mediante las transfusiones de sus voces; sería para los más tímidos una garantía de que les ha llegado su momento, ahora que no van a impedir que hablen otros si dicen algo ellos.

El presidente tiene que adoptar como norma fija el no decir ni una palabra superflua. Y desde ese punto de vista debería examinar su manera de llevar la junta.

23. A fin de ayudar a la reunión, no se hable en tono retador, ni se haga una pregunta sin añadir algo que ayude a la contestación, ni se ponga una objeción sin procurar resolverla. Adoptar una actitud negativa se diferencia muy poco de ese silencio que anula la vida.

24. Ganar por la persuasión, no vencer a fuerza de votos: he aquí la nota dominante de toda buena junta legionaria. Las decisiones forzadas contribuirán fácilmente a formar partidos –la mayoría vencedora y la minoría vencida–, enfrentados por el resentimiento, y aferrado cada cual a su propio parecer. Por el contrario, aquellas decisiones que son fruto de la paciente investigación y de la libre confrontación de ideas, serán bien acogidas por todos, y con tal espíritu, que el que pierda ganará en méritos, y el vencedor, humilde con el triunfo, no los perderá.

Así, pues, cuando aparezcan diferencias de opinión, los de la mayoría a favor de un parecer –aunque sea mayoría absoluta– no se precipiten, tengan suma paciencia: porque podrían estar equivocados; y sería

lástima que, siendo ellos los más, dieran un paso en falso. A ser posible, difiérase la decisión hasta la junta próxima –y aun más tarde–, para examinar las cosas con mayor madurez y conocimiento de causa; y, entretanto, entérense los socios de la cuestión bajo todos sus aspectos, y aprendan a recurrir a la oración en busca de luz. Lo esencial es que sepan los miembros que no se trata solamente de hacer prevalecer una opinión, sino de averiguar humildemente la voluntad de Dios. Imbuidos de esta convicción, los socios no tardarán, por lo general, en ponerse perfectamente de acuerdo.

25. Si en el praesidium –donde ocurren tan pocas ocasiones de chocar entre sí los distintos pareceres–, es preciso estar bien alerta para que no sufran los intereses de la buena armonía, en los consejos hay que andar con mucha más cautela; porque allí:

a) Los miembros están menos habituados a trabajar juntos.

b) Las diferencias de opinión son muchas, siendo precisamente el coordinarlas uno de los principales fines de los consejos. Nuevos proyectos, los esfuerzos por elevar las normas de actuación a más alto nivel espiritual, cuestiones de disciplina en general, deficiencias que hay que subsanar..., todo ello tiende necesariamente a crear divergencias de opinión, y a desarrollar el germen de la discordia entre los socios.

c) Donde los miembros sean numerosos, muy fácilmente llegan a destacarse ciertas personas, que, con ser buenos apóstoles, son de temperamento llamativo, «original». Los tales ejercen una influencia perniciosísima, pues sus cualidades brillantes les atraen simpatizantes, y entre unos y otros crean un ambiente de disputas que todo lo desazona. Y, al fin, un consejo que debía de dar a los organismos inferiores ejemplo de hermandad y acierto en el manejo de los asuntos, viene a ser el escándalo de todos los legionarios. Es un corazón que bombea acidez en la circulación de la legión.

d) Sucede frecuentemente que algunos, llevados de un falso celo, tienden a meterse contra algún consejo vecino o superior, acusándole de que se extralimita en el ejercicio de sus poderes, o de que no se comporta debidamente. ¡Y qué fácil es dar cuerpo a una acusación, y conseguir que la confirmen los demás!

e) «Nunca se reúnen los hombres en gran número sin que la pasión, el amor propio, la soberbia y la incredulidad, más o menos en estado latente en cada corazón individual, estallen y lleguen a ser elemento destructivo de su unión. Aun cuando hay fe en el conjunto del pueblo, aun cuando se congregan hombres religiosos para fines religiosos, en llegando a asociarse, no tardan en mostrar a las claras la flaqueza innata del hombre: en su espíritu y en su conducta, en su hablar y en su obrar están muy lejos de la verdadera sencillez y rectitud cristianas. Esto es lo que quieren significar los escritores sagrados por la palabra *mundo*, y ésta es la razón por la que nos ponen en alerta contra él. Y la definición que dan del *mundo* abarca, en diversos grados, a toda reunión y colectividad humana, de las clases altas y bajas, de carácter nacional y profesional, seglar y eclesiástico» (Beato John Henry Newman, *En el mundo*).

Palabras chocantes, sin duda, pero son de un gran pensador. San Gregorio Nacianceno viene a decir lo mismo en otros términos. Lo que a primera vista parece una afirmación rara, analizándolo, se reduce simplemente a lo siguiente: *mundo* es toda falta de caridad; en nosotros la caridad es floja; y no percibimos esta escasez de amor por nuestras relaciones habituales, a causa de los fuertes lazos del parentesco, la intimidad y la amistad –grupos limitados de personas–; pero, cuando los hombres se asocian en mayor número, y empiezan a brotar críticas y desavenencias, queda patente la flaqueza de nuestra caridad, que nos acarrea funestas consecuencias. Dice San Bernardo: «Dios y la caridad son una sola cosa. Allí donde no reina la caridad, dominan las pasiones y apetitos del hombre

de pecado. La antorcha de la fe, si no se enciende con el fuego de la caridad, se apagará antes de que llegemos a la felicidad eterna... No hay virtud auténtica sin caridad».

De poco les aprovechará a los legionarios leer esas líneas y luego, confiados, jurar que entre ellos «no habrá tales cosas». Sí, puede haberlas, y las habrá, si en sus juntas se falta contra la caridad y se deja enfriar el espíritu sobrenatural. Hay que estar siempre en guardia. Cuentan las historias que la legión romana jamás dejaba pasar una sola noche –ni en las marchas más forzadas– sin asentar firmemente su campamento, atrincherándolo y fortificándolo con todo empeño y esmero. Y esto, aunque no debieran acampar más que una noche en un lugar, aunque el enemigo estuviese lejos, aun en tiempo de paz. Esmérese, pues, la Legión de María, imitando tan férrea disciplina, en proteger sus campamentos –que son sus juntas– contra toda posibilidad de ataque por parte de ese espíritu siniestro del *mundo*, cerrando la puerta a toda palabra y actitud hostil a la caridad, y saturando las juntas de espíritu religioso y de generosa entrega en el servicio de la Legión.

«No menos que la naturaleza, tiene la gracia sus sentimientos y afectos. Tiene ella su amor, su celo, sus esperanzas, sus gozos y sus tristezas. Ahora bien, tales sentimientos de la gracia se hallaron siempre en toda su plenitud en nuestra Señora, que vivió mucho más de la gracia que de la naturaleza. Por mejor decir, la inmensa mayoría de los fieles se hallan más en estado de gracia que en la vida de la gracia. De manera muy distinta, la Virgen santa estuvo siempre en gracia, y, lo que es más, en la vida de la gracia, y en la misma perfección de esa vida de la gracia; y eso, por todo el tiempo de su vida en la tierra» (Gibieuf, *La Virgen paciente al pie de la Cruz*).

2. La curia y el comitium

1. Cuando en una ciudad, pueblo o distrito se hayan fundado dos o más Praesidia, se procederá a establecer un órgano de gobierno llamado Curia. La Curia estará compuesta por todos los dirigentes de los varios praesidia establecidos en su territorio, incluso los directores espirituales.

2. Donde fuere preciso conceder a una Curia, además de los poderes ordinarios, otros de supervisión, sobre una o más curiae, esta Curia superior se llamará con el nombre específico de Comitium y cada una de sus reuniones se considerará como una reunión de Comitium estén o no presentes los representantes de las Curiae relacionadas.

El Comitium no es un consejo nuevo. Sigue funcionando como una curia en relación a su propio territorio, gobernando directamente a sus Praesidia, y, además, ejerce vigilancia sobre una o más curiae.

Las elecciones de oficiales de estas curiae están sujetas a ratificación por el Comitium, como el siguiente consejo de más jerarquía.

Cada Curiae y praesidium directamente relacionado con el Comitium tendrá derecho de representación plena en él, y por lo tanto, sus oficiales tendrán derecho a votar en las elecciones de oficiales del Comitium.

Para ahorrar a los representantes de una curia el tener que asistir a todas las juntas del Comitium -las cuales, sumadas a las de la propia Curia, resultarían en un compromiso excesivo-, puede permitirse que se traten cada dos o tres juntas los asuntos pertenecientes a esta curia, exigiendo solo entonces la asistencia de los representantes de la dicha curia. No se requiere que los representantes de todas las Curiae asistan el mismo mes. Normalmente, el Comitium no rebasará los límites de una Diócesis, pero podrá cubrir un área más pequeña. Si una diócesis tiene muchas curiae, o donde las curiae estén muy separadas, más de un Comitium, tal vez varios, podrían ser necesarios y convenientes.

Puede haber circunstancias en las que, con el propósito de una buena administración, y con autorización eclesiástica, se le pida a un Comitium que supervise a una o más curiae en otra u otras diócesis.

3. El director espiritual será nombrado por el Ordinario de la diócesis donde funcione la curia o el comitium.

4. La curia ejercerá autoridad sobre sus praesidia con arreglo a los Estatutos de la Legión. Nombrará los cargos de dichos praesidia –menos el de director espiritual–, y estará al tanto de la fecha del término de los mismos.

En cuanto al modo de hacer el nombramiento de los cargos, véase el párrafo 11 del capítulo 14 que trata del praesidium.

5. La curia velará por la puntual observancia del reglamento por parte de los praesidia y de sus miembros.

Entre las actividades importantes de la curia se contarán las siguientes:

a) supervisar a los oficiales y formarles en el desempeño de sus deberes propios y en el modo de dirigir al praesidium;

b) recibir informes de los praesidia, al menos una vez al año;

c) intercambiar experiencias;

d) estudiar obras nuevas;

e) ajustar las obras a elevadas normas de perfección;

f) procurar que cada legionario cumpla su cometido a satisfacción;

g) extender la Legión, y animar a los praesidia a que alisten para la misma socios auxiliares, y, una vez alistados, a que los organicen y cuiden.

Una vez cubiertos los cargos de la curia, la Legión le exige, sobre todo a sus dirigentes, un alto grado de valor moral, para poder cumplir sus obligaciones dignamente.

6. La suerte de la Legión está en manos de sus curiae; su porvenir depende del desarrollo de éstas; y su misma existencia será precaria en cualquier localidad hasta fundar en ella la curia.

7. Los legionarios menores de 18 años no pueden pertenecer a la curia de adultos; pero, si ésta lo cree

oportuno, podrá erigir otra curia juvenil dependiente de ella.

8. Es absolutamente esencial que los oficiales de la curia –y en especial el presidente– estén siempre dispuestos a recibir a sus legionarios, para dialogar sobre dificultades y proyectos o cualquier otra materia que no se crea oportuno tratar en una discusión pública.

9. Es muy de desear que los oficiales –sobre todo el presidente– puedan dedicar bastante tiempo al desempeño de sus cargos, pues de ellos depende tanto el fruto de la obra.

10. Cuando de una sola curia depende gran número de praesidia, habrá, naturalmente, muchos representantes, y a veces podrán surgir dificultades para celebrar las reuniones y para el buen funcionamiento legionario; así y todo, la Legión estima que tales dificultades resultarán abundantemente compensadas con ventajas de otro orden. La Legión espera que sus curiae sean algo más que meros mecanismos administrativos: quiere que sean como la cabeza y el corazón del grupo de praesidia que integran cada una. La curia es el centro de unidad para los praesidia representados, y, cuanto más numerosos sean los representantes –es decir, cuanto más numerosos sean los lazos que unen a la curia con el praesidium– más fuerte será esta unidad, y, por consiguiente, tanto más fácil les será a dichos praesidia conocer y vivir el espíritu y las normas de la Legión. La junta de la curia es el único lugar donde podrán discutirse debidamente las cosas pertenecientes a la esencia de la Legión, y de ella han de manar las enseñanzas auténticas, para ser luego transmitidas a los praesidia, en bien de los socios particulares.

11. La curia hará que se pase visita oficial a cada praesidium periódicamente –a ser posible dos veces al año–, con el doble fin de animarlo y de ver si todo va según las normas. Importante: no hay que hacer estas visitas para censurar y criticar –eso acabaría por hacerlas odiosas, y las sugerencias de los visitantes no serían

bien recibidas–, sino con espíritu de humildad y caridad; sepan los visitantes que en cualquier praesidium podrán aprender de él tanto o más de lo que van a enseñarle.

El praesidium deberá recibir aviso de la visita con ocho días de anticipación por lo menos.

A veces se oyen quejas contra estas visitas, juzgándolas como *intromisiones de fuera*. Semejante actitud no concuerda con el respeto debido a la Legión, de la cual los praesidia no son más que destacamentos, y deberían ser destacamentos leales. ¿Dirá acaso la mano a la cabeza: *no me haces falta?* Eso sería, además, una ingratitud: pues, ¿a qué deben los praesidia su misma existencia, sino a esas *intromisiones*? Y los que así hablan suelen ser del todo inconsecuentes: acogen con sumo agrado cualquier cosa proveniente de la autoridad central cuando les halaga; pero se niegan a la enseñanza de una experiencia común: en toda organización –religiosa, civil o militar– el reconocimiento espontáneo, comprensivo y práctico del *principio de centralización* es esencial para salvaguardar su buen espíritu y su funcionamiento. La visita regular a los centros de una organización es parte importantísima en la aplicación de este principio, y no hay autoridad eficiente que la descuide.

Aun prescindiendo de su necesidad para el bienestar del praesidium, estas visitas forman parte del reglamento, y por eso todos los praesidia deberán insistir en que la curia las haga; y, por supuesto, han de acoger a los visitantes cordialmente.

Con ocasión de estas visitas se examinarán las listas de los socios, los libros de tesorería y secretaría, la cartilla de trabajo y demás objetos del praesidium, con el fin de juzgar si están según las normas, y para cerciorarse de que hayan hecho la promesa legionaria a su tiempo todas las personas aptas.

Esta visita la deberían hacer dos representantes de la curia. No es necesario que sean exclusivamente oficiales de la curia; puede encargársele a cualquier legionario experimentado. Los que han realizado

la visita presentarán luego a los oficiales de la curia un informe sobre el resultado de su visita. Se puede pedir al Concilium un ejemplar de estos informes.

No hay que airear enseguida los defectos hallados en el praesidium, ni en éste ni en la curia; discútanse primero con el director espiritual y con el presidente del praesidium; si con esto no se logra poner remedio, propóngase a la curia.

12. La curia guarda con sus miembros –más o menos– la misma relación que el praesidium con los suyos. Y cuanto se diga en estas páginas sobre la asistencia y conducta de los legionarios en las juntas del praesidium vale igualmente para los representantes de los Praesidia en las juntas de la curia. Ya pueden ser celosos los oficiales de los Praesidia en otras cosas, que, si no son fieles en asistir a las juntas de curia, poco les aprovechara.

13. La Curia se reunirá en el tiempo y lugar que determine ella misma, con aprobación del consejo superior inmediato. A ser posible, la curia se reunirá por lo menos cada mes. Véase las razones de esta frecuencia en este capítulo, sección 1, párrafo 19.

14. El secretario de la curia –consultando con el presidente– redactará previamente un programa de las cuestiones que se han de tratar en la próxima junta, distribuyendo este programa entre todos los directores espirituales y presidentes de los distintos praesidia representados en la curia, antes de que dichos praesidia celebren su junta anterior a la de la curia. Al presidente de cada praesidium corresponde avisar a los demás representantes.

El mencionado programa será a modo de guión, y se concederá a los socios la más amplia libertad para exponer otros puntos.

15. La curia velará con sumo cuidado para no permitir que los praesidia se dejen llevar del deseo de dar ayuda económica, pues eso mataría el fruto legionario de toda obra apostólica. La inspección periódica de los libros de cuentas ayudará a la curia a percibir en sus comienzos cualquier desviación de esta regla.

16. El presidente –y esto vale para todos los dirigentes– tiene que estar alerta para no cometer una falta por desgracia demasiado común: la de asumir la responsabilidad exclusiva aun de los detalles más nimios. Eso acarrearía el entorpecimiento de la organización, y, en centros populosos y de mucho trabajo, hasta una paralización completa. Cuanto más estrecho es el cuello de la botella, más lento saldrá su contenido, hasta que, a veces, en su impaciencia, la gente rompe el cuello.

Pero más serio aún es privar de responsabilidad a quienes son capaces de asumirla; es cometer una injusticia contra ellos y contra la Legión. El ejercicio de alguna responsabilidad –por mínima que sea– es factor decisivo en el desarrollo progresivo de las cualidades de cada persona. La conciencia de la propia responsabilidad puede transformar simple arena en oro puro. Por lo tanto, ni el secretario se ha de limitar al trabajo de secretario, ni el tesorero al cuidado de las cuentas. Todos los oficiales y los legionarios veteranos, y cuantos den indicios de buenas prendas para el futuro, deberían tener campo donde explayar su iniciativa y asumir el mando en cosas de las que salgan ellos responsables, aunque subordinados a la autoridad superior. Todo ello con miras a imbuir profundamente en cada legionario la conciencia de su deber para con el bienestar y desarrollo de la Legión, como medio poderoso de ayudar a las almas.

«Todas las obras de Dios están cimentadas sobre la unidad, porque el fundamento de todas ellas es Él mismo, la más pura y trascendente de todas las unidades posibles. Dios es el Uno por antonomasia; pero, siendo al mismo tiempo multiforme en sus atributos y actos –según nuestro entender–, se deduce que el orden y la armonía pertenecen a su misma esencia» (Beato John Henry Newman, *El orden como testigo e instrumento de la unidad*. Esta cita y las tres siguientes forman, en el original, un solo párrafo).

3. La regia

1. Se llamará regia a un consejo designado por el Concilium para ejercer su autoridad sobre la Legión de María en una extensa región cuyo rango estará próximo al de un Senatus. El Concilium decidirá si una regia se afiliará directamente al Concilium o a un Senatus.

2. Cuando a un consejo ya existente se le ha conferido el rango de regia, este consejo continuará ejerciendo sus funciones originales además de sus nuevas responsabilidades (ver sección 1ª, párrafo 19 de este capítulo: *Administración de la Legión*).

Los miembros de la regia serán: a) los oficiales de cada cuerpo legionario directamente afiliados a la regia, y b) los miembros del consejo al que se le ha conferido el rango de regia, cuando sea éste el caso.

3. El director espiritual de una regia será designado por los obispos de las diócesis en que la regia tenga jurisdicción.

4. La elección de oficiales de consejos directamente afiliados está sujeta a ratificación por parte de la regia. Estos oficiales tienen el deber de asistir a las reuniones de la regia, a menos que las circunstancias (por ejemplo, la distancia, etc.) se lo impidan.

5. La experiencia ha demostrado que el designar corresponsales es la forma más efectiva que tiene la regia de cumplir con sus funciones de superintendencia para con sus consejos afiliados más distantes. El corresponsal se mantiene en contacto permanente con el consejo, y, con las actas que recibe mensualmente, prepara un informe para presentarlo en la reunión de la regia cuando le sea requerido. Asiste a las reuniones de la regia y participa en las gestiones, pero, si no es miembro de la regia, no tiene derecho a voto.

6. Una copia de las actas de las reuniones de la regia ha de enviarse al consejo al que está directamente afiliado.

7. Cualquier cambio que se proponga para la composición de la regia, que afecte de forma significativa

al núcleo de los asistentes a la reunión, requerirá una sanción oficial por parte del Concilium, siempre que la regia esté afiliada directamente al Concilium o Senatus.

8. En la antigua Roma, la regia era la residencia y despacho del Pontífice Máximo; más tarde representaba a una capital del reino o a la corte de un rey.

«Ser múltiple y distinto en sus atributos, y ser, no obstante, solo uno; ser la Santidad, la Justicia, la Verdad, el Amor, el Poder, la Sabiduría; ser a la vez todos estos atributos tan plenamente como si no se fuese más que uno solo de ellos y los demás no existiesen, indica en la divina naturaleza un orden infinitamente soberano e inaccesible a nuestra razón; y este orden es un atributo en Dios tan maravilloso como cualquier otro: es el resultado de todos ellos» (Beato John Henry Newman, *El orden como testigo e instrumento de la unidad*).

4. El senatus

1. El consejo designado por el Concilium para ejercer su autoridad sobre la Legión de María en un país se llamará *senatus*. Debe estar afiliado directamente al Concilium.

En países donde, por su extensión o por otras razones, no fuera conveniente un solo *senatus*, puede aprobarse la constitución de dos o más *senatus*, cada uno de los cuales dependerá directamente del Concilium, y ejercerá la autoridad sobre la Legión en la zona asignada al mismo por el Concilium.

2. Cuando la categoría de *senatus* haya sido conferida a un Consejo existente, éste continuará ejerciendo sus funciones originales además de sus nuevas responsabilidades (ver sección 1, párrafo 19, de este capítulo sobre *Administración de la Legión*). La calidad de miembro del *senatus* la tendrán: **a)** los oficiales de cada cuerpo legionario directamente afiliado al *senatus*, y **b)** los miembros del consejo al que

le ha sido concedida la categoría de senatus, cuando éste sea el caso.

3. El director espiritual de un senatus será designado por los obispos de las diócesis en las que el senatus tiene jurisdicción.

4. Las elecciones de oficiales de consejos directamente afiliados están sujetas a ratificación por parte del senatus. Estos oficiales tienen el deber de asistir a las reuniones del senatus, a menos que determinadas circunstancias (por ejemplo, la distancia, etc.) les impidan hacerlo.

5. La experiencia ha demostrado que la designación de corresponsales es la forma más efectiva que tiene el senatus para desarrollar las funciones de superintendencia de aquellos consejos que se encuentran distantes. El corresponsal se mantiene en contacto regular con el consejo, y, con las actas que recibe mensualmente, prepara un informe que presentará en la reunión del senatus cuando le sea requerido. Asiste a las reuniones del senatus y toma parte en los temas que se traten, pero, a menos que sea miembro del senatus, no tiene derecho a voto.

6. Una copia de las actas de las reuniones del senatus deberá enviarse al Concilium.

7. Cualquier cambio que se proponga en la composición del senatus que pudiera afectar de manera significativa la asistencia a la reunión, requeriría una sanción formal por parte del Concilium.

«Dios es la Ley infinita lo mismo que el infinito Poder, Sabiduría y Amor. La idea misma de orden implica la de subordinación. Si existe el orden entre los divinos atributos, éstos tienen que tener relaciones mutuas, y cada cual, aun que perfectísimo en sí, tiene que obrar de tal manera que no perjudique la perfección de los demás; y, en ciertas coyunturas, nos parecerá como que cede a ellos» (Beato John Henry Newman, *El orden como testigo e instrumento de la unidad*).

5. El Concilium Legionis Mariae

1. Habrá un consejo central que se llamará *Concilium Legionis Mariae*, en el que recaerá la suprema autoridad de gobierno de la Legión. A él, y sólo a él, sujeto siempre a los derechos de la Autoridad Eclesiástica como se especifica en estas páginas, le competirá establecer, alterar o interpelar las reglas; establecer o rechazar los praesidia y consejos subordinados, dondequiera que se encuentren; determinar la política de la Legión en todos sus puntos, fallar sobre todas las disputas y apelaciones, resolver todas las preguntas de sus miembros, y todo lo referente a la posibilidad de emprender obras o el modo de llevarlas a cabo.

2. El *Concilium Legionis Mariae* se reúne mensualmente en Dublín, Irlanda.

3. El *Concilium* puede delegar parte de sus funciones a los consejos subordinados o a praesidia particulares, y puede, en cualquier momento, alterar la concesión de los poderes delegados.

4. El *Concilium* está facultado para combinar las funciones de uno o más consejos con las suyas propias.

5. El *Concilium Legionis Mariae* estará compuesto por los oficiales de cada cuerpo legionario que esté directamente afiliado al *Concilium*. Los oficiales de las antiguas *Curiae* de la ciudad de Dublín forman el núcleo de asistentes a las reuniones del *Concilium*. Debido a la distancia, etc., no es posible la asistencia con regularidad por parte de la gran mayoría de otros cuerpos legionarios. El *Concilium* se reserva el derecho de variar la representación de las *Curiae* de Dublín.

6. El director espiritual del *Concilium* será nombrado por la Jerarquía de Irlanda.

7. La elección de miembros de consejos directamente afiliados estará sujeta a ratificación por parte del *Concilium*.

8. El *Concilium* designará corresponsales para cumplir las funciones de superintendencia de sus consejos distantes. El corresponsal se mantendrá en contacto

regular con el consejo, y, con las actas recibidas mensualmente, preparará un informe que presentará en la reunión del Concilium y tomará parte en los temas que se traten, pero, a menos que sea miembro del Concilium, no tendrá derecho a voto.

9. Los representantes del Concilium, debidamente autorizados, pueden entrar en cualquier demarcación legionaria; visitar los cuerpos legionarios que se encuentren en ella, trabajar en su promoción, y, por lo general, ejercer las funciones propias del Concilium.

10. Sólo al Concilium Legionis Mariae le corresponderá el derecho de modificar el Manual, pero en fidelidad al Estatuto y a las reglas de la Legión.

11. No pueden efectuarse cambios en las reglas sin el consentimiento de la mayoría de los cuerpos legionarios. A estos últimos, a través de sus consejos correspondientes, se les notificará cualquier cambio de regla propuesto, y se les dará tiempo suficiente para exponer sus puntos de vista al respecto. Los puntos de vista se expresarán a través de sus representantes presentes en la reunión del Concilium, o por escrito.

«El Poder de Dios es ciertamente infinito, pero, aun así, está subordinado a su Sabiduría y Justicia; también es infinita su Justicia, pero ésta, a su vez, está subordinada a su Amor; y el mismo Amor, aunque infinito, está subordinado a su incomunicable Santidad. Hay tal concierto entre atributo y atributo, que jamás se da lugar a choque: cada uno es supremo en su propia esfera. Y, así, una infinidad de infinitos, cada uno obrando según su propio modo de ser, se combinan armoniosamente en la Unidad infinitamente simple de Dios» (Beato John Henry Newman, *El orden como testigo e instrumento de la unidad*).

29. LEALTAD LEGIONARIA

Organizar significa hacer de muchos uno. Desde el simple miembro, subiendo por los diversos grados de autoridad, hasta la suprema en la Legión, tiene que dominar el principio de la mutua cohesión: cuanto más se aparte uno de este principio, tanto más se alejará del principio de vida.

En una organización voluntaria, la fuerza cohesiva es la lealtad: lealtad del socio hacia el praesidium, del praesidium hacia su curia, y así, ascendiendo a través de los diferentes grados de la autoridad, hasta el Concilium, y a las autoridades eclesiásticas en todo lugar. El verdadero espíritu de lealtad inspirará al legionario, y al praesidium, y al consejo, profundo horror a toda actuación independiente. En casos dudosos, en trances difíciles, y al tratar de obras u orientaciones nuevas, se recurrirá obligatoriamente a la autoridad competente, en busca de luz y aprobación.

Fruto de la lealtad es la obediencia, y la obediencia se prueba aceptando con prontitud y buen ánimo situaciones y decisiones desagradables; y aceptándolas con alegría. Obediencia tan pronta, y tan de corazón, siempre cuesta; a veces raya en el heroísmo, hasta en el mismo martirio: tanta es la oposición que la obediencia impone muchas veces a nuestras propias inclinaciones. San Ignacio de Loyola la pondera así «Aquellos que, por un generoso esfuerzo, se resuelven a obedecer, ganan grandes méritos, pues la obediencia entraña un sacrificio parecido al martirio». Esta es la heroica y dulce sumisión que la Legión exige a sus socios ante toda autoridad legítima, sea cual fuere.

La Legión es un ejército –el ejército de la Virgen humildísima–, y como tal, es preciso que muestre en su actuación, día a día, lo que tanto nos enseñan los ejércitos de la tierra: heroísmo y sacrificio hasta la inmolación suprema. También a los legionarios de María se les pedirán grandes sacrificios, y continuamente. No

estarán llamados, tal vez, como los soldados de este mundo, a ver destrozados sus cuerpos por las heridas y la muerte: han de subir gloriosamente más alto todavía, a las regiones del espíritu, y estar prontos a ofrecer sus sentimientos, su propio parecer, su independencia, su orgullo y su voluntad, a los golpes de la contradicción, y a la misma muerte –lo cual supone una sumisión total–, cuando lo exija la autoridad.

Dice Tennyson: «Siendo, como es, la obediencia el alma de todo gobierno, desobedecer es asestarle un golpe fatal». Pero el hilo de la vida legionaria se rompe con menos aún que con la simple transgresión voluntaria; para aislar a los praesidia y los consejos de la gran corriente vital de la Legión, basta que sus respectivos oficiales descuiden sus deberes de asistir a las juntas o de mantener correspondencia con las autoridades legionarias. También es destructora la actuación de aquellos oficiales y socios que, cuando asisten a las juntas, lo hacen de modo que tienden a crear la desunión, por cualquier motivo que sea.

«Jesús obedeció a su Madre. Habéis visto cómo todo lo que nos narran los evangelistas de la vida oculta de Cristo en Nazaret, con María y José, se resume en estas palabras: Vivía sujeto a ellos y progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres **(Lc 2,51-52)**. ¿Acaso se descubre aquí alguna cosa incompatible con su divinidad? No por cierto. El Verbo se hizo carne; descendió hasta tomar una naturaleza semejante en todo a la nuestra, menos en el pecado; vino –según sus propias palabras– no a que le sirvieran, sino a servir **(Mt 20,28)**; a ser obediente hasta la muerte **(Flp 2,8)**. Y por eso quiso obedecer a su Madre. En Nazaret obedeció a María y a José, los dos seres más privilegiados que Dios le deparó en esta vida. Hasta cierto punto María participa de la autoridad del Eterno Padre sobre la humanidad de su Hijo. Jesús pudo decir de Ella lo que dijo de su Padre celestial: Hago siempre lo que le agrada **(Jn 8,29)**» (Marmión, Cristo, vida del alma).

30. ACTOS PÚBLICOS

Cada curia tiene la obligación de reunir periódicamente a sus miembros, para que lleguen a conocerse y fomentar entre ellos el espíritu de unión. Los actos públicos de la Legión son los siguientes:

1. El Acies

Dada la importancia que tiene para la Legión la devoción a María, cada año se consagrarán a Ella los legionarios, individual y colectivamente, el día 25 de marzo –o en una fecha lo más cercana a ésa– en un acto solemne llamado acies.

Esta voz latina –que significa un ejército en orden de batalla– designa con propiedad la ceremonia en que se reúnen los legionarios de María para renovar su homenaje a la Reina de la Legión, y para recibir de Ella fuerza y bendición para otro año más de lucha contra las fuerzas del mal. *Acies* contrasta con *praesidium*: el primero representa a la Legión congregada, en formación; el segundo, a la misma Legión repartida en diversas banderas, entregada cada cual a su propio campo de operaciones.

Puesto que el acies es el gran acto central del año para la Legión, es necesario subrayar la importancia de que acudan todos los socios. La idea fundamental de la Legión –en que estriba todo lo demás– es que se trabaja en unión con María, su Reina, y bajo su mando. El acies es una declaración solemne de dicha unión y dependencia, la renovación –individual colectiva– de la declaración legionaria de lealtad. Si algún legionario, pues, pudiendo acudir a la función, no acude, da a entender manifiestamente que no tiene nada o muy poco del espíritu de la Legión, y que no la beneficia gran cosa con haberse alistado en sus filas.

El procedimiento es como sigue:

En el día señalado para la ceremonia se reunirán los legionarios, si es posible, en alguna Iglesia, donde se habrá colocado en sitio conveniente una imagen de María Inmaculada, adornada de flores y luces, y delante de ella un modelo grande del vexillum de la Legión, descrito en el capítulo 27.

Empieza la función con un himno, y sigue después el rezo de las oraciones iniciales de la Legión, incluyendo el rosario. A continuación, un sacerdote explicará el significado del acto de consagración que se va a hacer; después de la plática, se inicia la procesión hacia la imagen de la Virgen. Van primero los directores espirituales, de uno en uno. Luego los legionarios, también de uno en uno, o de dos en dos si son muchos. Al llegar al vexillum, cada uno –o cada par– se detiene, coloca su mano en el asta del mismo, y pronuncia en voz alta, como acto de consagración individual, estas palabras: *Soy todo tuyo, Reina mía, Madre mía, y cuanto tengo tuyo es*. Dicho esto, el legionario deja el vexillum, hace una pequeña inclinación de cabeza y se retira. Si por el crecido número de legionarios resultase el desfile largo y monótono, se podrá amenizar el acto con alguna música adecuada.

No se debe usar más de un vexillum; duplicarlos abreviaría el acto, pero destruiría su unidad. Y, además, la prisa añadiría una nota discordante. La característica particular del acies deberá ser su orden y dignidad.

Vueltos a sus puestos todos los legionarios, un sacerdote lee en voz alta el acto de consagración a nuestra Señora en nombre de todos los presentes. Después, todos en pie, rezan las oraciones de la catena. Luego sigue, si hay la menor posibilidad, la Bendición con el Santísimo, y se termina con las oraciones finales de la Legión y el canto de un himno, y el Acies termina.

Si es posible, inclúyase en el programa la celebración de la Eucaristía, en vez de la Bendición con el Santísimo. Los otros detalles de la ceremonia permanecerían igual. La Eucaristía asumiría en sí todas las consagraciones y ofrendas ya hechas, y serviría para presentarlas al Padre

Eterno mediante el «único Mediador» y en el Espíritu Santo, y en las manos maternas de «la generosa compañera y humilde esclava del Señor» (LG, 61).

La citada fórmula de consagración: *Soy todo tuyo, Reina mía, Madre mía, y cuanto tengo tuyo es*, no debe pronunciarse mecánicamente, sin meditarla. Cada socio debe condensar en ella el más alto grado de comprensión y gratitud profunda. Para ayudarse a conseguirlo debería estudiar la *Síntesis mariana* que aparece en este Manual como apéndice 11. Tal síntesis resume el papel singular desempeñado por María en el plan divino de la salvación, y, por consiguiente, el deber de gratitud que cada uno ha contraído con Ella. Tal vez se podría hacer de esa síntesis el tema de la lectura espiritual y de la allocutio en la junta del praesidium precedente al acies. Se ha sugerido que se use también como el acto colectivo de consagración en la ceremonia misma.

«María es el espanto de los poderes infernales. *Es terrible como un ejército en orden de batalla (Cant 6,10)*, porque sabe desplegar con estrategia su poder, su misericordia y sus oraciones para derrota del enemigo y para triunfo de sus siervos» (San Alfonso de Liguori).

2.La reunión general anual

El día más próximo posible a la fiesta de la Inmaculada Concepción se celebrará un acto social, en el que se reúnan todos los miembros. Si se cree oportuno, se puede comenzar con un acto de culto en la iglesia.

A continuación, se celebra la función social. Si no se hubieran rezado antes en la iglesia las oraciones legionarias, se rezarán durante la velada, divididas en tres partes.

Es mejor limitar el programa de la velada a números presentados por los legionarios. Además de números festivos, debería haber algunas charlas o informes de interés legionario.

De sobra está recordar a los legionarios que en estas funciones no caben etiquetas. Hay que evitarlas a toda costa, sobre todo cuando toman parte en el acto muchos legionarios. El fin del acto es que todos los presentes se lleguen a conocer mejor; con este objeto, el programa deberá ofrecer facilidades para la movilidad y la conversación. Los encargados procurarán que los socios no formen corrillos aislados, frustrándose así la finalidad principal del acto, que es fomentar el espíritu de unidad y amor en la familia legionaria.

«La alegría de San Francisco impregnaba toda su aventura espiritual de un suave encanto. Como caballero leal de Cristo, Francisco se gozaba inefablemente en servir a su Señor, imitándole en su pobreza y asemejándosele en el padecimiento; y esta dicha suprema –saboreada en la imitación, servicio y sufrimiento de Cristo– la anunció como nobilísimo cantor y trovador de Dios al mundo entero.

Toda la vida de Francisco fue modulada desde entonces sobre la alegría, como sobre la nota dominante. Con calma imperturbable y gozo sincero cantaba para sí mismo y le cantaba a Dios las alegres canciones que brotaban de su corazón. Su empeño fue conservarse, en todo momento, interior y exteriormente alegre. En el círculo íntimo de sus hermanos también sabía dar, sin disonantes, la nota tónica de la alegría, y sabía hacerla vibrar tan sonora y armoniosamente, que ellos mismos se sentían elevar a una región poco menos que celestial. Y la misma nota de alegría penetraba en la conversación del santo cuando hablaba con los hombres. Sus mismos sermones –hasta predicando la penitencia– eran himnos de júbilo; y su mera presencia, ocasión de gran regocijo para personas de toda condición» (Felder, *Ideales de San Francisco de Asís*).

3.La fiesta al aire libre

Esta fiesta al aire libre se remonta hasta los inicios de la Legión. No es obligatoria, pero está recomendada. Podrá tomar la forma de una excursión, peregrinación,

o simplemente un acto al aire libre. La Curia determinará si esta celebración ha de ser de toda la Curia o sólo del praesidium. En este caso, pueden juntarse para la fiesta dos o más praesidia.

4. La fiesta del praesidium

Se recomienda con insistencia que cada praesidium celebre una función de carácter social alrededor de la fiesta de la Natividad de nuestra Señora. En aquellos centros donde haya muchos praesidia, podrán juntarse varios, si quieren, para celebrarla. Se puede convidar a la función a personas aptas para ser socios, a fin de animarles a que lo sean.

Se recomienda el rezo de todas las oraciones legionarias –incluso el rosario–, divididas en tres partes, como en la junta del praesidium. El tiempo tomado al acto social no pasará de unos cuantos minutos, pero este tributo a nuestra Señora quedará más que recompensado con el mayor fruto de la función. La Reina de la Legión es también la «Causa de nuestra alegría», y nos pagará nuestro recuerdo y devoción, haciendo que la función sea para todos, ocasión de singular gozo.

Entre los números musicales se intercalará por lo menos una breve charla legionaria. Así aprenderán todos un poco más acerca de la Legión y, de paso, el programa resultará más variado. El mero entretenimiento tiende a cansar.

5. El congreso

El primer congreso de la Legión lo celebró la curia de Clare, Irlanda, el domingo de resurrección del año 1939. Su feliz resultado animó a otros, como suele suceder con los éxitos, y ahora el congreso está profundamente arraigado en la vida de la Legión. Un Congreso no debe rebasar los límites de un comitium o de una curia. Asambleas de mayores vuelos no obedecerían al

concepto primitivo de un Congreso, ni producirían los frutos deseados. Por lo tanto, si esas asambleas se celebran, no hay que darles el nombre de congreso, ni se les puede tomar como sustitutos del mismo. Pero esto no quiere decir que no se pueda invitar al congreso a personas de otras zonas.

El Concilium ha dispuesto que ningún consejo celebre un congreso con mayor frecuencia que cada dos años. Se le debe dedicar un día entero. Si se pudiera celebrar en una casa religiosa, quedarían resueltos muchos problemas. A ser posible los actos comenzarán con la misa, a la cual sigue una breve plática del director espiritual u otro sacerdote, y terminarán con la Bendición.

La jornada se subdivide en sesiones, cada sesión con uno o varios temas. Alguien expone brevemente el tema, que tendrá preparado de antemano, pero todos han de tomar alguna parte en las discusiones. Esta participación común constituye la vida misma del congreso.

Una vez más insistimos en que no hablen demasiado los oficiales que presiden, ni intervengan constantemente en las discusiones. Los congresos, lo mismo que las juntas de los consejos, han de seguir el método parlamentario: participación común dirigida desde la presidencia. Algunos presidentes muestran cierta tendencia a comentar lo que dicen los demás. Esto repugna a la idea del congreso, y no debe tolerarse.

Sería de desear que estuvieran en el congreso algunos representantes de un consejo administrativo superior, los cuales podrían desempeñar algunos de los oficios más importantes, como presidir, iniciar las discusiones, etc.

Hay que evitar el afán de buscar efectos retóricos, porque crearían un ambiente artificial, y no es ése el ambiente de la Legión; y en tal ambiente nadie se sentirá inspirado, ni se resolverá ningún problema.

Unas veces se organizará el congreso para todos los legionarios; otras, sólo para los oficiales de los praesidia.

En el primer caso, y en la primera sesión, se podría distribuir a los legionarios en varios equipos de trabajo según los cargos que ocupan, formando los no oficiales otro grupo separado; así se someterían a estudio los deberes y las necesidades particulares de cada grupo. También podrían agruparse los legionarios según las obras a que se dedican. Pero el distribuir los grupos de una u otra manera en la sesión inaugural es libre, y, en todo caso, en las sesiones siguientes no han de dividirse. Sería ilógico reunir a los socios para después mantenerlos separados la mayor parte del tiempo del congreso.

Y no hay que olvidar que los oficiales tienen deberes más amplios que las funciones que normalmente corresponden a sus cargos; por ejemplo: un secretario, que de ordinario se contenta con escribir las actas, será un oficial muy deficiente, si no llega a traspasar tan limitados horizontes. Como todos los oficiales son miembros de la curia, en su reunión deben estudiar los métodos de perfeccionar la vida de la curia, en todo lo que se refiere a las juntas y a la administración en general.

Un congreso no debe reducirse a una junta de curia que sólo se preocupa de temas administrativos y cuestiones de detalle; al contrario, debe aplicarse a cosas fundamentales. Pero, normalmente, todo lo que se aprende en el congreso lo tiene que poner en práctica la curia.

Los temas deben girar sobre los principios básicos de la Legión; más o menos, los siguientes:

a) La espiritualidad de la Legión. No se comprende la Legión mientras los socios no se compenetren –a la medida de sus alcances– de las múltiples facetas de la espiritualidad legionaria; y no se logrará que funcione la Legión como es debido, si esa espiritualidad no va vinculada al trabajo activo tan íntimamente que sea su móvil y su alma; en otras palabras: la espiritualidad tiene que animar todo el trabajo, como el alma anima al cuerpo.

b) Las cualidades que deben poseer los legionarios, y la manera de desarrollarlas.

c) El sistema ordenado de la Legión, incluso el modo de dirigir las juntas; y la cuestión importantísima de los informes de los socios, es decir, la manera de darlos y de comentarlos.

d) Las obras legionarias, juntamente con el mejoramiento de los métodos; y el proyectar obras nuevas, con las cuales pueda la Legión alcanzar a todos los hombres.

Entre los actos del Congreso debe haber un discurso –dado por algún director espiritual o por un legionario capacitado– sobre algún aspecto de la espiritualidad, los ideales o los deberes de la Legión.

Cada sesión debe comenzar y terminar con una oración. Las oraciones legionarias darán material suficiente para tres de estas ocasiones.

La puntualidad y el buen orden son de precepto absoluto; de otra manera todo se malogra.

Entre los diversos congresos que se celebren en una misma zona tiene que haber cierta variedad. Primero, porque en un solo congreso no se puede tratar más que un número limitado de temas, pero a lo largo de varios años se puede llegar a mucho. Segundo, porque, a todo trance, hay que evitar la sensación de estancamiento, por consiguiente; hay que variar por variar. Y tercero, es verdad que el feliz éxito de un congreso deja el deseo de repetirlo con el mismo tema; pero conviene tener en cuenta que el éxito feliz fue debido –en gran parte al menos– a la novedad del tema, y eso ya no se repite. Si se quiere contar con la novedad como elemento de estímulo en cada congreso nuevo que se celebre, es preciso prepararlo de antemano con mucho ingenio.

«Si deseamos saber de qué manera ha de prepararse el alma fiel para la venida del Divino Paráclito, trasladémonos con el pensamiento al Cenáculo, donde están reunidos los discípulos. Allí, según la orden del Maestro, perseveran en la oración mientras aguardan el poder de lo Alto, que va a bajar sobre ellos para revestirles como de armaduras

para la lucha que les espera. En esta morada santa de recogimiento y paz echamos una mirada reverente sobre María, la Madre de Jesús, la obra maestra del Espíritu Santo, iglesia del Dios vivo. Por la acción del mismo Espíritu Santo nacerá de Ella, como de un seno materno, la Iglesia militante, representada por esta nueva Eva, que sigue conteniéndola dentro de sí» (Guéranger, *El año litúrgico*).

31. EXTENSIÓN Y RECLUTAMIENTO

1. El deber y la obligación de difundir la Legión no incumbe exclusivamente ni a los consejos superiores ni a los oficiales de la curia: pesa sobre cada socio particular de la misma; más aún: pesa sobre todos los legionarios. Ténganlo todos bien entendido, y, de vez en cuando, den cuenta de esta su responsabilidad. El método más obvio de cumplir este deber será por medio de visitas, o por carta; pero ya se le ocurrirán a cada cual otros modos de influir sobre los demás con este fin.

Si fueran numerosos los centros impulsores de la Legión, bien pronto estaría la Legión en todas partes, y el campo del Señor estaría repleto de trabajadores decididos (Lc 10,2). Por lo tanto, hay que llamar la atención de los socios frecuentemente sobre estos aspectos importantes de extensión y de reclutamiento, para que cada socio se persuada íntimamente de sus deberes.

2. Un cuerpo eficiente de la Legión será fuente de grandísimos bienes. Como puede suponerse que este bien tan deseable se vea duplicado por el establecimiento de otro cuerpo legionario más, cada uno de los miembros –y no sólo los oficiales– debe dedicarse a hacer realidad esto que tanto se desea.

Es señal de que ha llegado la hora de dividir un praesidium y fundar otro, cuando habitualmente tienen que ser cortados los informes de los socios y otros puntos de la junta, para evitar que ésta no se cierre a la

hora debida. En estas circunstancias, la división no sólo es oportuna, sino necesaria; si no se hace, sobrevendrá un estado de entumecimiento, en el que decaerá el entusiasmo por la obra y por ganar nuevos socios; y, lejos de tener el *praesidium* energía para comunicar vida a otro, hallará dificultad en sostener la propia.

En cuanto el proyecto de fundar un segundo *praesidium* en una misma localidad, se objetará tal vez que es suficiente el número actual de legionarios para atender las necesidades presentes. Contra lo cual decimos –y lo subrayamos– que, siendo el fin primordial de la Legión la santificación de sus miembros –y de la sociedad entera mediante su influjo–, se deduce lógicamente que por esta sola razón, aunque no hubiera otra, el aumentar el número de socios ha de ser también un fin primordial. Es posible que en poblaciones pequeñas cueste buscar trabajo para los nuevos miembros; con todo, es preciso atraerlos, sin poner coto a su número. La Legión nunca debe pensar en restricciones numéricas; de lo contrario, podrían quedar excluidos legionarios de más valer que los que están en activo. Remediadas las necesidades más visibles, búsquense otras que estén ocultas. Hay que dar trabajo a la máquina para que funcione. Trabajo siempre hay, y es necesario encontrarlo.

Al fundar un *praesidium* nuevo donde ya existan otros, procúrese que los oficiales y un buen núcleo de socios de aquél sean legionarios trasladados de éstos. Sacrificar con este fin lo mejor que tienen, debería ser para los *praesidia* su mayor honor. Ni hay tampoco método más saludable que éste para podar los *praesidia*. Aquel que tan generosamente se despoje, no tardará en echar nuevos y pujantes brotes, y con el tiempo se verá cargado más que nunca de los sabrosísimos frutos del apostolado.

En aquellas ciudades y localidades donde no hubiese ningún centro de la Legión, y no fuere posible hacerse con legionarios experimentados, los fundadores del nuevo *praesidium* tendrán que darse muy de lleno al

estudio del Manual y de los comentarios que hubiese escritos sobre el mismo.

Al fundar el primer praesidium en una localidad, conviene diversificar cuanto se pueda sus actividades, porque así tendrán mayor interés las juntas, lo cual redundará en beneficio del praesidium, dando amplio campo a los socios para que puedan desarrollar sus diversas habilidades e inclinaciones.

3. Una palabra de aviso sobre el reclutamiento de socios: es muy peligroso presentar metas demasiado altas. Por supuesto, el nivel espiritual y apostólico de los legionarios veteranos será más elevado que el común, cosa que no hay que olvidar al admitir nuevos socios, pero sería injusto exigir a uno de estos principiantes lo que sólo han conseguido otros después de varios años en la Legión.

Es cosa muy corriente en los praesidia querer justificar el reducido número de socios, diciendo que no hay personas capacitadas disponibles. Pensándolo bien, se ve pronto que esto tiene más de excusa que de razón. Seguramente el origen de la culpa está en el mismo praesidium, por una de estas dos causas:

a) porque no se tiene verdadero empeño en reclutar, lo cual indica dejadez por parte de los socios, individual y colectiva;

b) porque el praesidium se equivoca imponiendo a los candidatos pruebas excesivamente duras, que hubieran excluido a la mayoría de los miembros antiguos y presentes.

Quizá los oficiales razonan diciendo que de ningún modo deben dar cabida a elementos no aptos. Muy bien, pero tampoco deben privar a todos, excluyendo a unos cuantos, de los bienes que trae consigo el pertenecer a la Legión. Si hay que escoger entre un rigor excesivo y una excesiva condescendencia, es preferible evitar el primer extremo, como un error más funesto que el segundo, pues mata el apostolado seglar en su germen, privándole de operarios. El segundo extremo llevaría sólo a cometer faltas que tienen solución.

El praesidium adoptará un término medio, aventurándose y arriesgándose hasta donde sea preciso. Hay que arriesgar algo, hay que experimentar con diversos elementos, y ver si valen o no. Si alguno no sirve, no tardará en volverse atrás, quejoso del trabajo que le impone la Legión. No cabe otro proceder más eficaz para conservar la Legión en su integridad.

¿Quién ha oído jamás que un cuartel cerrará sus puertas por temor de que sentara plaza algún inepto? Precisamente, la formación militar tiene por fin manejar grandes masas de hombres del tipo medio. La Legión de María –como ejército que es– debe aspirar a tener gran número de socios; aunque no pueda prescindir de ciertas pruebas para su admisión, las condiciones requeridas deberán estar al alcance del tipo medio; si después queda algo que limar y disciplinar, para eso está la Legión. El reglamento legionario, henchido de piedad y resguardado por una disciplina rigurosa, está hecho para estas personas ordinarias, no para superhombres. No se trata de recibir en la Legión únicamente a ciertos individuos tan santos y tan prudentes en todo, que no representen, ni remotamente, al tipo común del seglar.

En resumidas cuentas: lo que más apena no es el reducido número de personas que tienen cualidades para ser socios, sino que sean tan pocos los que se ofrecen voluntariamente a echar sobre sus hombros esta carga. Y esto nos lleva a la consideración siguiente:

c) Personas que serían aptas, no se deciden a ingresar porque en el praesidium se respira un aire recargado de seriedad y rigidez, o porque –por cualquier otra circunstancia– reina en él un ambiente no acorde con ellas.

Aunque la Legión no es sólo para gente joven; ésta es la que se debe buscar ante todo, procurando satisfacer sus aspiraciones. La Legión habrá fracasado notablemente en su esfuerzo el día en que deje de atraer a la juventud; un movimiento alejado de ella, no influirá en el futuro. La juventud es la llave del porvenir, y es necesario dar margen a sus aficiones razonables, y

simpatizar con ellas. No han de quedar en las puertas unos jóvenes alegres, generosos y entusiastas, por culpa de exigencias incompatibles con su edad, que no valen más que para ensombrecer el cuadro de la vida.

d) La excusa ordinaria: «No tengo tiempo», es probablemente verdad. La mayoría de las personas tienen ocupado su tiempo, pero no con actividades apostólicas, que quedan relegadas al último lugar. Beneficiaría eternamente a tales personas el hacerles ver que viven en una escala de valores errónea, y que deben dar prioridad al apostolado, supeditando a éste algunas de sus otras preocupaciones.

«Ley fundamental para toda asociación religiosa es perpetuarse, dilatar su acción apostólica por el mundo, y ponerse en contacto con el mayor número posible de almas. *Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla (Gén 1,28)*. Esta ley de la vida se impone como un deber de conciencia a todo miembro de la asociación. El Padre Chaminade formula la ley en estos términos: "Hemos de realizar conquistas para la Virgen santísima, hemos de hacer entender a aquellos con quienes vivimos qué gozoso es ser todo de María, a fin de inducir a muchos de ellos a incorporarse a nuestras filas y avanzar con nosotros)". (*Breve tratado de Mariología*).

32. RESPUESTAS A ALGUNAS OBJECIONES

1. «Aquí no hace falta la Legión»

Fácilmente han de oír esta opinión las personas deseosas de introducir la Legión en un lugar nuevo. He aquí la respuesta: la Legión no es un organismo dedicado a una clase particular de obras, sino que busca primero el desarrollo del celo y del espíritu cristiano, aplicable después a cualquier empresa. Los que dicen: *Aquí no hace falta la Legión*, vienen a decir: *Aquí no hace falta*

celo. Afirmación que se refuta por sí misma. Según la definición del P. Raúl Plus, «cristiano es aquél a quien Dios ha confiado sus seguidores».

En todas partes, sin excepción, hay necesidad de un apostolado intenso. Y esto por muchas razones. Primera: porque se debe ofrecer a todos los cristianos que sean capaces de ello ocasión para desarrollar su vida apostólica. Segunda: hoy, para impedir que la práctica de la religión se convierta en rutina o degenera en materialismo, es imprescindible que el conjunto de la población experimente ese santo estremecimiento, que sólo una obra de intensísimo apostolado puede producir en ella. Y tercera: se requiere la entrega de personas pacientes y esforzadas para conducir al buen camino a los que viven sumidos en la miseria o encenagados en el vicio, y para guardar a los que tienden a extraviarse.

Todo Consejo superior tiene la responsabilidad de desarrollar al máximo la capacidad espiritual de aquellos que tiene a su cargo. Entonces, ¿qué clase de apostolado es el que distingue al cristiano y es un elemento esencial de su carácter? Por lo tanto hay que llevar a cabo una invitación hacia el apostolado. Pero invitar sin proporcionar los medios de respuesta es una tarea mínima, porque pocos de los que oigan esta invitación tendrán posibilidad de trabajar por sí solos; de este modo hay que montar la maquinaria en forma de una organización apostólica.

2.«Aquí no hay personas con cualidades para socios»

Esta objeción proviene de no entender bien qué clase de persona se requiere para socio. Digamos claramente que, en general, no habrá ni oficina, ni taller, ni lugar alguno de trabajo, en donde no se puedan reclutar legionarios.

Los posibles legionarios podrán ser personas cultas o incultas, trabajadores o de holgada condición, e incluso obreros parados. La Legión no es monopolio de ningún color, ni raza, ni clase particular: todos pueden ser socios. La Legión tiene el don especial de saber utilizar

a favor de la Iglesia las energías ocultas y las atractivas cualidades de un carácter aún no cultivado. Mons. D. Alfredo O'Rahilly, después de estudiar las actividades de la Legión, no pudo menos que escribir lo siguiente: «He hecho un gran descubrimiento, o, mejor dicho, lo he visto hecho ya: en personas al parecer corrientes hay un heroísmo en estado latente; se descubre en ellas verdaderas fuentes ocultas de energía».

Para admitir a los socios, no se les debe exigir más de lo que implícitamente exigen los Papas al declarar que en cualquier sector de la sociedad es posible reunir y formar un núcleo escogido para el apostolado.

A este respecto, léase atentamente el párrafo 3 b, del capítulo 31, referente a *Extensión y reclutamiento*, como también el 40, 7, titulado *La Legión como auxiliar del misionero*, donde se insta a una amplia extensión de los miembros legionarios entre las comunidades recién convertidas al cristianismo.

Si realmente hay dificultad en encontrar socios, es señal de que, en aquella localidad, el nivel espiritual es extraordinariamente bajo; y eso, lejos de justificar el cruzarse de brazos, demuestra la palpable necesidad de fundar un cuerpo de la Legión, para que, como levadura buena, fermente toda la masa. Hay que convencerse de que la levadura es el elemento que prescribe nuestro Señor para la elevación de las costumbres (Mt 13,33). Recuérdese que bastan sólo cuatro, cinco o seis miembros para formar un praesidium. Una vez entregados de lleno estos pocos al trabajo con perfecto conocimiento de sus obligaciones, no tardarán en hallar y alistar a otras personas igualmente aptas.

3.«Se recibirían con disgusto las visitas de la Legión»

Lo más oportuno en este caso –si realmente se diera– sería dedicar la Legión a obras de otra índole; pero no que se abandonara la idea de fundarla, sacrificando así tantas posibilidades como ella ofrece de hacer el bien a la sociedad. Es preciso hacer constar, sin embargo,

que hasta la fecha la Legión, en esto de las visitas domiciliarias, no ha experimentado ninguna dificultad de carácter duradero y universal. Si, aun haciéndolas con verdadero espíritu apostólico (véase el capítulo correspondiente), fuesen acogidos los legionarios con frialdad, hay razón para convenir, en general, que allí reina la indiferencia religiosa, o algo peor; y por lo tanto, allí donde menos se les desea a los legionarios es donde más urge su labor. Aunque surjan dificultades al principio, no es razón para interrumpir las visitas; pues la experiencia dice que aquellos socios que han tenido valor para atacar el hielo de la indiferencia, han logrado derretirlo, y resolver dificultades más serias, que no se veía y eran la causa de tanta frialdad.

El hecho de que el hogar es –humana y cristianamente– el punto estratégico, merece nuestra máxima consideración. Ocupar el hogar es conquistar la sociedad. Mas, para conquistar el hogar, hay que ir a él.

4. «La juventud tiene que trabajar mucho durante el día y necesita su tiempo libre para descansar»

Por razonables que parezcan, estas palabras impidieron durante varios años la fundación de la Legión en la gran ciudad y en todo tiempo y lugar privan a esta de muchos y excelentes socios. En teoría suenan muy razonables; llevadas a la práctica, el mundo religioso sería un yermo, porque nunca han sido los desocupados quienes han realizado la obra de la Iglesia.

Sin embargo ¿a qué suelen entregarse estos laboriosos jóvenes en sus horas de ocio? ¿No es a diversiones más o menos desordenadas, en vez de a un saludable descanso? En este alternar diario de trabajo durante el día y placer por la noche, ¡qué fácil es ir a la deriva, hasta encallar en un verdadero materialismo que, al cabo de unos cuantos años, deja el corazón sin ideales, azotado por la crisis, y las velas del barco de la juventud rotas y hundidas con todos los tesoros que constituían su preciosa carga! Y el resultado final

puede ser más desastroso todavía. ¿No afirma San Juan Crisóstomo que jamás pudo convencerse de que se salvarían los que nunca habían hecho nada por salvar al prójimo?

Mucho más prudente sería en los padres exhortar a sus hijos a que dediquen al Señor como legionarios las primicias de sus ocios. Estas primicias apostólicas embellecerán su vida entera, y conservarán el corazón –y, también, ¿cómo no?, hasta el rostro– joven y sereno. Y aún les quedará mucho tiempo para divertirse, y con gozo duplicado, por haber sido doblemente ganado.

5.«La Legión no es más que una de tantas organizaciones con los mismos ideales y programas»

Es verdad que hoy todo se va en hablar de idealismos; y también es muy cierto que cualquiera, con papel y pluma en mano, en pocos minutos puede trazar un programa de admirables proyectos; y que, según eso, la Legión no sería más que una organización, entre las mil que se entregan generosamente al bien de los demás y sueñan en grandes empresas apostólicas. Pero hay que admitir que la Legión es de las pocas que especifican y concretan su apostolado.

Un idealismo indefinido, que se reduce a exhortar a uno a que haga todo el bien que pueda en torno suyo, sólo logra resultados igualmente indefinidos. La Legión encarna sus ideales de conquista en una vida espiritual determinada, en una forma concreta de oración, en un trabajo semanal bien precisado, en informes semanales detallados, y –como se verá– en un éxito feliz comprobado. Y por último –pero es lo más importante–, la Legión adopta como principio vital de este método su unión con María.

6. «Ya tenemos otras asociaciones haciendo las obras de la Legión. Si ésta se introduce, podría chocar con aquéllas»

No acaba uno de salir de su asombro, cuando se oyen tales palabras en localidades donde tres cuartas partes de la población –y tal vez más– o no son católicos, o, por lo menos, no practican, y en donde el progreso religioso es casi nulo.

¡Qué triste, contentarse con semejante estado de cosas! Eso equivale a permitir que Herodes establezca su trono en los corazones, mientras que el Señor y su bendita Madre están relegados para siempre a un miserable establo.

Pero muy frecuentemente, con esas palabras, se quiere negar la entrada a la Legión bajo el pretexto de proteger a unas organizaciones que de tales no tienen más que el nombre, y que no hacen nada: ejércitos que jamás derrotaron al enemigo.

Además, si una cosa no se hace bien, es como si no se hiciera; y, por consiguiente, es una mezquindad emplear unas docenas de colaboradores apostólicos donde deberían trabajar centenares, y aun millares. Por desgracia, esto es lo que sucede de ordinario. Y muchas veces a la falta de organización –que se evidencia en tan reducido número de apóstoles– se une la falta de espíritu y de método.

No le quepa a nadie la menor duda: en todas partes hay sitio de sobra para la Legión. Si se quiere probar la verdad de lo que decimos, señálese a la Legión un campo mínimo de acción. Es fácil que los resultados sean convincentes, y que los pocos miembros de un *praesidium* se multipliquen –como los cinco panes– hasta satisfacer y colmar con creces todas las necesidades (Mt 14, 16-21).

No tiene la Legión ninguna serie de obras fijas en su programa de acción; tampoco piensa en crear necesariamente otras nuevas. Lo suyo es más bien impulsar día a día las que adolezcan de falta de

orientación y método, a fin de conseguir efectos análogos a los que se obtendrían aplicando la energía eléctrica a un trabajo que antes se hacía a mano.

7. «Organizaciones sobran. Lo que hay que hacer es dar vida a las que ya tenemos, o extender su campo de acción para que abarquen las obras proyectadas por la Legión»

Esto podría ser un argumento reaccionario. Con esa razón, cabría aplicar el verbo *sobrar* a casi todas las manifestaciones de vida en derredor nuestro. Y, por otra parte, no sería lógico oponerse a una cosa por el mero hecho de ser nueva, porque sería impedir todo progreso. La Legión sólo pide una oportunidad para manifestarse. Si realmente no es «una de tantas» sino inspirada por el mismo Dios, ¡qué desgracia, negarle la entrada!

Pero de la misma objeción se deduce que todavía no se hace el trabajo que se debería hacer. Iría contra el sentido común y contra la práctica humana universal quien rechazara un nuevo movimiento que, como Legión, ha demostrado ya en otras partes su capacidad de hacer dicho trabajo. Quedará patente lo absurda que es esta objeción si la expresamos en estos términos: «¿A qué importar ese avión, si ya tenemos coches de sobra? Vamos a ver si podemos perfeccionar el auto hasta conseguir que vuele».

8. «Éste es un pueblo pequeño. Aquí no hay lugar para la Legión»

No es raro oír esta observación en localidades pequeñas que, sin embargo, gozan de gran fama en varias leguas a la redonda, pero de una fama nada envidiable, por cierto.

Por otra parte, una aldea podrá gozar de buen nombre tradicional; y al mismo tiempo estar paralizada: paralizada en valores morales, paralizada en atractivos

humanos; de modo que la juventud, echando de menos esos atractivos, los busque en los centros populosos y encuentre allí su ruina, por faltarle a su vez los valores morales.

El mal proviene de la ausencia de todo idealismo religioso, y el efecto de esta falta de ideales es el ver que nadie hace más de lo que es de estricta obligación. Desaparecido el ideal religioso, la aldea es un yermo espiritual, ¡y la ciudad también!

Para que vuelva a germinar la vegetación, bastará formar un pequeño grupo de apóstoles capaz de irradiar el espíritu que les anima, capaz de establecer nuevas formas de conducta: pronto se emprenderán obras adaptadas a la localidad, la vida sonreirá más alegre, y se detendrá la emigración.

9.«Algunas de las obras de la Legión entrañan actividades espirituales que, por su misma naturaleza, incumben al sacerdote, y no deben ser confiadas a los seculares sino cuando el clero se vea imposibilitado para cumplirlas. En cuanto a mí, puedo visitar a mis feligreses varias veces al año, y con resultados satisfactorios»

La contestación a esta objeción ya está dada en términos generales en el capítulo 10, *Apostolado legionario*; puntualicemos aquí algo más. Y digamos, primero, que la Legión está pendiente en todo de la voluntad del cura párroco, y de cualquier otra autoridad eclesiástica, en lo que se refiere a la conveniencia de emprender tal o cual obra.

El conocimiento íntimo de cierta ciudad –a la que se califica como una de las más santas del mundo– pone de manifiesto que en ella hay grandes masas contagiadas por los angustiosos problemas de nuestra sociedad moderna. Y la sensación de que todo está a salvo en ella –y en cualquier otra ciudad– por la visita que se haga a los feligreses una, dos o cuatro veces al año, es una ilusión sin base, por fructífera que sea dicha visita.

La prueba de que todo va bien estará en el creciente número de quienes se acerquen a comulgar todos los días, y en que muchos más comulguen cada semana, y todos siquiera cada mes. ¿Por qué, pues, suelen bastar cuatro o cinco horas semanales de confesionario? ¿Cómo se explica esa enorme desproporción?

Por otra parte, ¿qué grado de intimidad –o contacto personal por lo menos– no se requerirá para satisfacer la obligación que contrae el pastor con cada fiel encomendado a su cuidado? San Carlos Borromeo solía decir que una sola alma es suficiente diócesis para un obispo. Luego, ¡calcúlese lo que supondría dedicar a cada persona una media hora, aunque no fuera más que una vez al año! Pero, ¿bastaría esa media hora? Santa Magdalena Sofía Barat, además de innumerables entrevistas, escribió unas doscientas cartas a una sola alma rebelde. ¿En cuántos casos los mismos legionarios no han porfiado diez o más años en ir tras determinadas almas, y todavía las están persiguiendo? Por tanto, recapacite el sacerdote y pregúntese si es hacer justicia a su obra y así mismo rechazar este poderoso auxilio. En cambio la Legión le proporciona unos auxiliares celosos; muchos, allí donde él es uno solo; obedientes en todo a su palabra; dotados de sólida discreción, y mediante su ayuda, tan capaces como él de abrirse paso en el trato con los individuos y las familias; dotados de una gracia especial para animar a los demás a ser mejores; en fin, unos colaboradores que le brindan ocasión de prestar a sus feligreses algo más que un servicio rutinario.

«La Legión de María le depara al sacerdote dos bienes, ambos de igual valor. Primero: un instrumento de conquista, que lleva la señal auténtica del Divino Espíritu; y yo me preguntaré: ¿acaso tengo el derecho de menospreciar un arma tan providencial? Segundo: un manantial de agua viva capaz de renovar toda nuestra vida interior, y, naturalmente, esto me enfrenta con otra pregunta: si se me ofrece un manantial tan puro y hondo, ¿acaso no tengo obligación de beber de él?» (Guynot, canónigo).

10.«Me temo que los socios cometan alguna indiscreción»

Démonos cuenta de la realidad de las cosas. ¿Acaso dejamos la cosecha sin recoger sólo porque alguna mano torpe pueda estropear unas cuantas espigas? Aquí se trata de cosechar almas: almas pobres, débiles, ciegas y tullidas; almas con tanta necesidad, y en tan gran número, que se siente uno impulsado a creer que la situación es irremediable. Con todo, el Señor nos manda que vayamos por calles y plazas, caminos y senderos, en busca de estas pobres almas, para que vengan y se llene su casa (Lc 14,21-23). Pero ¿cómo cosechar tan abundante mies, si no se movilizan los trabajadores, si no se alista a los seglares, formándoles en ese celo conquistador? Tal vez se cometa alguna indiscreción. Hasta cierto punto, las imprudencias son inseparables de todo lo que sea celo y vida. Ahora bien, hay dos modos de preverlas: la inercia vergonzosa o la disciplina férrea. Un corazón noble, en el que vibre la voz compasiva de nuestro Señor, al contemplar esas dolientes multitudes, rechazará con horror la primera, y, abrazándose a la segunda, se entregará totalmente a salvar esas pobres almas desgraciadas.

Hasta la fecha la Legión no ha tenido que lamentar ninguna falta grave de discreción, y, por la misericordia de Dios, espera que, con la severidad de su disciplina, no habrá nunca motivo para temer esto en el futuro.

11.En los comienzos siempre habrá obstáculos

Y, en esto, la Legión no se diferenciará de otras empresas buenas. Un poco de energía, sin embargo, hará que esas dificultades –que parecen tan formidables al principio– sean como un bosque: cerrado e impenetrable cuando se le mira de lejos, pero fácil de penetrar al acercarse a él.

Recuérdese que «el que no hace más que apuntar, nunca da en el blanco; quien no se echa al agua, nunca sabrá nadar; ponerse siempre a salvo es señal

de cobardía; un bien esencial disculpa muchos defectos» (Beato John Henry Newman).

al hablar de una obra de la gracia, nadie se deje guiar tan ciegamente por tanta prudencia que venga a cerrar los ojos a la misma existencia de la gracia. No hay que pensar en objeciones y peligros sin reparar al mismo tiempo en el auxilio prometido. La Legión está cimentada sobre la oración, trabaja por las almas, y pertenece en cuerpo y alma a María. Al tratar de la Legión no se hable ya de reglas humanas, sino de reglas divinas.

«María es la Virgen Única y sin par: *Virgo Singularis*. Al tratar de Ella, no me habléis, pues, de reglas humanas, sino de reglas divinas» (Bossuet).

33. DEBERES BÁSICOS DE LOS LEGIONARIOS

1. Asistir regularmente y con puntualidad a las juntas semanales del praesidium

(Véase el capítulo 11, *Estructura de la Legión*)

a) El cumplir con esa obligación cuesta más, naturalmente, estando cansado, cuando hace mal tiempo, y al sentirse tentado de irse a otra parte. Pero ¿dónde está la prueba, sino en la dificultad?, y ¿dónde el mérito sino en vencerla?

b) Más fácil es apreciar el valor de un trabajo, que el de una junta donde se informa sobre ese trabajo; y, sin embargo, la junta es el deber principal. Es, con relación al trabajo, lo que la raíz respecto de la flor: no pueden vivir uno sin el otro.

c) La fidelidad en asistir a la junta, aunque sea a costa de largas idas y venidas, es prueba de elevadas miras sobrenaturales; pues, si nos guiásemos sólo por la

razón, juzgaríamos que la pérdida de tiempo – ocasionada en esas circunstancias para ir a la junta– anula todo su valor. No, no es tiempo perdido; es una parte –y sumamente meritoria– del trabajo total. ¿Acaso fue pérdida de tiempo el largo viaje de María en la Visitación?

«A tantas otras virtudes unió Santa Teresa un ánimo firme y resuelto. Tenía por máxima inviolable que *debemos apurar nuestras fuerzas antes de quejarnos*. ¡Cuántas veces acudía Ella a maitines sufriendo vértigos y violentos dolores de cabeza! *Aún me quedan fuerzas para andar* –solía decir– *así que debo estar en mi puesto*. Gracias a esta intrépida energía, hizo actos heroicos» (Santa Teresa de Lisieux).

2. Cumplimiento de la obligación del trabajo semanal

a) Debe ser un trabajo *serio y sólido*, que tenga bien ocupado al legionario durante dos horas cada semana. Pero no hay que guiarse por cifras. Muchísimos socios superan generosamente este mínimo ofreciéndose varios días a la semana. Hay muchos que trabajan legionariamente todos los días. En todo caso, el trabajo realizado ha de ser el desempeño del deber activo semanal justamente como lo concretó y señaló el *praesidium*, no el capricho del propio legionario. Las oraciones u otros ejercicios de piedad, por valiosos que sean, no satisfacen esta obligación, ni siquiera suplen en parte la falta de trabajo activo.

b) El trabajo activo no es sino una forma de oración, y hay que aplicarle las reglas de la oración. Ningún trabajo durará mucho si no está encuadrado en este marco sobrenatural, porque, una de dos: o es fácil, y en este caso se hará monótono; o es interesante, y entonces la mayoría de las veces resultará difícil y estará marcado por las contradicciones y el fracaso aparente. En ambas hipótesis sobrarán razonamientos humanos, aconsejando que se desista de la obra comenzada. En lugar de esto, el legionario tiene que aprender a

penetrar con la mirada más allá de la niebla de los sentimientos naturales, y mirará las cosas en su verdadera perspectiva sobrenatural. Cuanto más se parezca su trabajo a una cruz y al sufrimiento, tanto más lo debe apreciar.

c) El legionario es un soldado. El deber no ha de ser para él cosa de menos valor que para un soldado de la tierra. Todo lo noble, sacrificado, caballeresco y enérgico del carácter militar ha de tener en el legionario de María su más alta representación. Esas cualidades han de reflejarse en su trabajo legionario.

La muerte, el monótono rondar del centinela, fregar los suelos del cuartel: todo eso entra en el oficio de un soldado; pero no se mira la parte material del deber impuesto; sino el deber como tal, y se procura cumplirlo todo con igual fidelidad. Que salga uno victorioso o derrotado, ¿qué importa? El deber es siempre el deber. Aprenda de aquí el legionario de María: no menos firme ha de ser el concepto que tenga del deber, ni menos rigurosa la aplicación que haga de este concepto a cada obra, tanto a la más insignificante como a la más difícil.

d) La unión íntima con María es fundamental en todo trabajo legionario. Pero también es esencial que esa obra tenga por fin el infundir –en aquellos por quienes se trabaja– un conocimiento y amor a María tales, que les muevan a emprender algo en su servicio. Sin este conocimiento y amor a María no se puede gozar de buena salud espiritual ni robustecerla. La Virgen santísima «está asociada a los divinos misterios, y bien puede llamarse la Guardiana de los mismos, pues sobre Ella, como sobre el más excelso fundamento después de Jesucristo, descansa la fe de todas las generaciones» (San Pío X, AD, 5). Invitamos a los legionarios a meditar sobre estas sugestivas palabras del mismo Papa: «El que trabaja por las almas no las verá fructificar en obras de virtud y santidad, a medida de sus sudores, hasta tanto que la devoción a la augusta Madre de Dios llegue a echar en ellas hondas raíces».

«Como nuestro Señor sobre el Calvario, tened en cuenta que estáis luchando con certeza de victoria. No temáis valeros de las armas que Él mismo utilizó, ni compartir sus llagas. Que venga la victoria en esta generación o en la próxima, ¿qué importa? Seguid con la constancia de una labor paciente; de lo demás se ocupará el Señor; no nos toca a nosotros saber ni la hora ni el momento que el Padre ha señalado a su poder. ¡Ánimo, pues! Llevad la carga de vuestra heroica empresa con la intrepidez de aquellos valientes caballeros que os han precedido» (T. Gavan Duffy, *El precio del naciente día*).

3. Informar de viva voz en la junta sobre el trabajo de la semana

Este deber es muy importante, y es además uno de los ejercicios que más contribuyen a mantener el interés en la obra de la Legión. Para esto, y para la formación de los socios, exige la Legión que se dé un informe de viva voz. Se conoce la eficacia de un buen legionario en el cuidado que pone en preparar sus informes y en el modo de presentarlos. Cada informe es un sillar en el edificio de la junta, y la solidez de ésta depende de la perfección de los informes. Cada informe no hecho o mal hecho es una injuria a la junta, que es el centro de la vida legionaria.

La formación de los socios depende en gran parte de ver cómo actúan los demás, y esto es lo que se manifiesta en los informes; y depende también de saber escuchar los comentarios de los demás a su propio informe. Un informe sin contenido no aprovecha ni a quien lo da ni a quienes lo reciben.

Para más detalles sobre el informe, y sobre el modo de redactarlo, véase el párrafo 9 del capítulo 18, *Orden de la junta del praesidium*.

«Recordad con qué insistencia exhorta San Pablo a los cristianos a socorrer y tener presentes en sus oraciones a todos los hombres; porque Dios quiere que todos los hombres se salven..., porque Cristo se dio a sí mismo en rescate por todos (1 Tim 2,6).

Y este principio de la universalidad de nuestro deber y de su objeto aparece también en estas sublimes palabras de San Juan Crisóstomo: "Cristianos, daréis cuenta no sólo de vosotros mismos, sino del mundo entero"» (Gratry, *Las fuentes*).

4. Guardar secreto inviolable

Los legionarios deben guardar secreto absoluto sobre todo lo que conozcan en las juntas o en el ejercicio de su trabajo. Este conocimiento les viene porque son legionarios, y, si lo divulgasen, sería una traición intolerable a la Legión. Hay que informar en la junta, ciertamente; pero aun aquí es menester prudencia. Se trata esta cuestión más ampliamente en el número 20 del capítulo 19, *La junta y el socio*.

Guarda lo que se te ha entregado en depósito (1 Tim 6, 20).

5. Cada socio debe tener un cuaderno

En él apuntará una breve relación de los diversos casos, por estas razones: **a)** es un deber para con la Legión el llevar cada obra con la precisión y el esmero con que se lleva un negocio; **b)** así no se olvidarán casos anteriores o que estén sin terminar; **c)** será un arsenal de detalles indispensables para dar buenos informes; **d)** será un medio de habituarse a hacer las cosas con orden; y **e)** como constancia escrita de un trabajo realizado, servirá para disipar el desaliento en los momentos de alguna inevitable crisis, en que todo lo pasado se presenta envuelto en la oscuridad del fracaso presente.

Es necesario llevar estos apuntes con secreto inventando, a ser posible, una especie de clave— para no descubrir a personas extrañas cosas delicadas. Y nunca se deben tomar notas delante de las personas interesadas.

Hágase todo con dignidad y con orden (1 Cor 14,40).

6. Todos los legionarios deben recitar cada día la Catena Legionis

Está compuesta principalmente del *Magnificat*. Salido de los labios de María misma, es ahora el himno vespertino de la Iglesia; es «el más henchido de humildad y agradecimiento, el más sublime y excelso de todos los cánticos» (San Luis María de Montfort).

Como ya lo indica el nombre, esta *cadena* es el vínculo que une a la Legión con la vida diaria de todos sus miembros activos y auxiliares, y a los miembros entre sí y con su bendita Madre. El nombre sugiere también la obligación de rezarla cada día. Para que una cadena sea perfecta no ha de faltar ningún eslabón: un solo legionario que falte a su obligación en este punto es un eslabón roto en la cadena de la devoción legionaria. Y que sirva esto de aviso a todos.

Los legionarios que, por fuerza de las circunstancias, se hayan visto obligados a dejar las filas legionarias —y aun aquellos que hayan salido por cualquier motivo— deberían continuar con el rezo diario de la *cadena*, conservando durante toda su vida siquiera esta unión con la Legión.

«Cuando quiera conversar familiarmente con Jesús, lo haré siempre en nombre de María, y, hasta cierto punto, en su persona. Por mi medio quiere Ella volver a vivir esas horas de dulce intimidad y de inefable ternura que pasó en Nazaret con su amado Hijo. Con mi ayuda quiere deleitarse de nuevo en entrar con Él, gracias a mi le abrazará y le estrechará contra su corazón, como entonces en Nazaret» (De Jaegher, *La virtud de la confianza*).

7. Relaciones entre los socios

Aunque muy dispuestos a cumplir el deber de la caridad para con sus compañeros de un modo general, olvidan los legionarios a veces que ese deber incluye el sobrellevar sus defectos. Si fallan en esto, serán causa

de que el praesidium se vea privado de la gracia, y hasta puede ser que, desgraciadamente, den motivo a otros socios para marcharse.

Por otra parte, todos deberán tener bastante juicio como para darse cuenta de que su fidelidad a la Legión no ha de depender de si este presidente es simpático o aquel compañero poco tratable; ni de una desatención real o imaginaria, que pueda cometerse contra ellos; ni de faltas de aprecio, desavenencias, reproches u otras contrariedades análogas.

El olvido de sí mismo debe ser la base de toda obra solidaria; sin él, hasta los apóstoles más comprometidos pueden ser un peligro para la organización. Los socios más valiosos de la Legión son aquellos que, controlando sus reacciones instintivas, se adaptan mejor y más fácilmente al reglamento. Todo aquel que diga o haga cualquier cosa en contra de la dulzura que debe caracterizar a la Legión, le da una puñalada, tal vez en el corazón mismo. Cuiden, pues, todos, de construir, no de destruir.

Al tratar de las relaciones de los legionarios entre sí, hay que hacer particular mención de lo que con tanta ligereza como incorrección se llaman *pequeñas envidiejas*. La envidia, de suyo, raras veces es cosa pequeña: es indicio de un corazón amargado; envenena las relaciones humanas donde quiera que penetra. En el malicioso se convierte en una fuerza destructiva, capaz de llegar a los mayores excesos. Pero también tienta al corazón generoso y limpio, precisamente en lo que éste tiene de más sensible y afectuoso. ¡Qué duro, tener que dejar el puesto a otros, verse aventajado en virtud y en capacidad, arrinconado y reemplazado por los jóvenes! ¡Cómo amarga el sentimiento de verse eclipsado! Hasta las personas más espirituales han sentido este secreto tormento, y han aprendido por ahí cuán débiles y miserables eran. En realidad, esa amargura no es sino el incipiente humear del odio, próximo a estallar en llama destructora.

El olvidar las causas de la envidia proporcionará algún alivio; pero el legionario tiene que aspirar a más:

no contento con recobrar la calma, tiene que lograr el laurel de la victoria, triunfando sobre los instintos naturales siempre rebeldes, cambiando el semidio de la envidia en un amor medularmente cristiano. Pero ¿cómo conseguir este triunfo? Cumpliendo estrictamente la ordenanza legionaria de ver y reverenciar en cada uno de sus compañeros –y en todos cuantos lo rodean– a su Señor Jesucristo; oponiendo a cada impulso de la envidia esta reflexión: «Esa persona que me duele ver ensalzada es mi Señor; luego he de sentir como el Bautista: Mi gozo ha llegado a su colmo porque Jesús esta ensalzado, aunque sea a costa mía. *A él le toca crecer; a mí, menguar*».

Ideales como éstos son verdaderamente santos; son las primicias de un glorioso destino, y dan ocasión a María para que Ella libre de todo rastro de vanidad a un legionario suyo, de quien se quiere servir para llegar a muchos (Jn 1,7), para formar en él a un precursor desinteresado que prepare el camino a la venida del Señor (Mc 1,2).

Un precursor debe desear siempre quedar eclipsado por aquel a quien anuncia. El verdadero apóstol verá siempre con agrado el adelantamiento de los que lo rodean; jamás se le ocurrirá interpretar el crecimiento ajeno como menoscabo propio. Por consiguiente, no tiene nada de apóstol quien quiere que suban los demás sólo a condición de que no le hagan sombra a él. Semejante ruindad demostraría que el yo está muy vivo para salirse con la suya, cuando, en el apóstol, el yo debe estar relegado al último puesto. Es de todo punto imposible que haya verdadero apostolado donde ande suelto el espíritu de la envidia.

«Al proferir sus primeras palabras de respeto y cariño, da María el primer impulso santificador en esas dos almas, purificándolas, regenerando al Bautista y ennobleciendo a Santa Isabel.

Si tan grandes cosas obraron aquellas primeras palabras, ¿qué diremos de los días, semanas y meses que siguieron

después? Durante todo este tiempo María está dando, Isabel recibiendo, y –¿por qué no decirlo sin rodeos?– recibiendo sin envidia. Esa santa, a quien Dios concedió milagrosamente el don de la maternidad, se inclina delante de su prima sin la más leve sombra de amargura por no haber sido ella la escogida del Señor. Ni tuvo Santa Isabel envidia de María, ni María misma será capaz de tener envidia del amor que mostrará su divino Hijo hacia sus apóstoles. Lo mismo San Juan Bautista: cuando sus discípulos le dejan a él para irse con Jesús, sin asomo de envidia los ve marcharse, y su único comentario es: *Quien viene de arriba está más alto que nadie. A Él le toca crecer, a mí menguar (Jn 3, 30-31)*» (Perroy, *La humilde Virgen María*).

8. Relaciones con el compañero de visitas

Los legionarios tienen deberes esenciales que cumplir para con los que les acompañan en las visitas. *Los envió delante de Él de dos en dos (Lc 10,1)*. Aquí el número dos tiene una significación mística: el amor, la caridad; del amor depende toda fecundidad; es decir, «dos» no significa simplemente que hay dos personas trabajando juntas por casualidad, significa la unidad de dos, como la de David y Jonatán: dos corazones fundidos en uno solo, amando el uno al otro como a su propia alma (1 Sam 18,1)

Los que entren a segar la mies con este espíritu, verán llover sobre ellos las bendiciones de lo alto, y, al volver de sus faenas, *volverán cantando trayendo sus gavillas (Sal 126,6)*.

En los pequeños detalles es donde se manifestará y se estrechará más la unión entre los dos compañeros de visita. Porque hay detalles que levantan una barrera entre los dos: promesas no cumplidas, infidelidad en guardar un compromiso, la falta de puntualidad, fallos contra la caridad por pensamiento y de obra, pequeñas descortesías, el darse tono... Si suceden estas cosas, la unión es imposible.

«Después de la disciplina religiosa, la más rica prenda de bendiciones y de fecundidad para una congregación religiosa es la caridad fraterna, la armonía de la unión. Como hijos privilegiados y escogidos de María que somos, hemos de amar a todos nuestros hermanos, sin exceptuar a ninguno. Lo que hiciéramos a cualquiera de ellos, lo mirará María como hecho a Ella misma, o como si se lo hubiésemos hecho a su Hijo Jesús: todos nuestros hermanos están llamados por su vocación a ser, con Jesús y en Jesús, verdaderos hijos de María» (*Breve tratado de Mariología*).

9. Reclutamiento de nuevos miembros

Todo legionario deberá procurar nuevos miembros. Si está convencido de que la Legión es una bendición para él, ¿puede no esforzarse para que también otros disfruten esa bendición? Si ve el mucho bien que la Legión hace donde quiera que funciona, ¿cómo no trabajar para extenderla?

Y, si reflexiona en lo mucho que la Legión ayudará a los demás a progresar en el amor y servicio de Jesús y María, ¿podrá permanecer inactivo? Piénselo bien: después de Jesús, no hay gracia mejor ni mayor que María. Dios la ha hecho –dependiente de Cristo e inseparable de Él– raíz, desarrollo y florecimiento de la vida sobrenatural.

Si no se acerca uno a los demás para animarles, serán muchos los que jamás pensarán en entrar por este gran camino, que interiormente anhelan, y que les conducirá a la posesión de tan grandes gracias. Luego, éstos las difundirán entre otros.

A todos los mortales ábrense
una vía –y muchas– y una vía;
y el alma noble sube a la Alta Vía,
y el alma vil rastrea por la Baja,
y en medio, en las llanuras anubladas,
fluctúan las demás.

A todos los mortales ábrense

una alta vía y una baja vía,
 y cada ser humano determina
 por cuál el alma irá.
 (John Oxenham)

10. El estudio del Manual

Cada socio tiene el estricto deber de estudiar este Manual a conciencia, y el de compenetrarse con él en cuanto pueda. Es el texto oficial de la Legión. Contiene en resumen –lo más brevemente posible– todo cuanto debe saber el legionario sobre los principios, leyes, métodos y espíritu de la Legión de María, para cumplir bien su misión. Aquellos socios –sobre todo los oficiales– que no conozcan bien el Manual, no podrán hacer funcionar la organización como es debido; por el contrario, cuanto más lo conozcan, mejor marchará; y se verificará un fenómeno extraño: el interés irá aumentando día a día, y la calidad con la cantidad.

¡Demasiado largo!, exclaman algunos, y –por absurdo que parezca– precisamente los que no tienen reparo en dedicar al periódico todos los días un tiempo que bastaría para leer la mayor parte de este Manual.

¡Demasiado extenso!, *¡demasiados detalles!* ...¿Diría esto un buen estudiante de leyes o de medicina, o un cadete militar, si le presentásemos un libro de texto tan reducido como éste, en el que estuviera condensado cuanto le importa saber para salir airoso en su profesión? Lejos de decir o pensar así, en una o dos semanas se lo habría aprendido de memoria, hasta la más pequeña idea y hasta la última letra de todo el tratado. Ciertamente que *los hijos de este mundo son más astutos para sus cosas que los hijos de la luz* (Lc 16,8).

Y se pone la objeción de que «el manual está lleno de conceptos difíciles y de temas de grado superior», de forma que muchos de nuestros miembros más jóvenes y menos preparados apenas lo pueden entender. Entonces, ¿por qué no contar con un manual

simplificado para tales personas? Ni que decir tiene que tal sugerencia es contraria a las leyes básicas de la educación, las cuales exigen que al estudiante se le vaya adentrando gradualmente en territorio desconocido. No existe en absoluto educación si una persona entiende del todo una cosa desde el principio; y cuando ya no se propone algo nuevo a la mente, el proceso de educación ha cesado. ¿Por qué ha de esperar un legionario entender el manual perfectamente, de manera distinta y mejor que un estudiante su primer libro de texto? Es función de la escuela y del sentido general de la educación el aclarar lo que no está claro e implantarlo en el alumno como conocimiento adquirido.

Pero ¡las palabras mismas son difíciles! ¿Y acaso no se pueden aprender? El vocabulario del Manual no es de especializados, y se podrá dominar haciendo preguntas o consultando un diccionario. Son palabras necesarias para exponer plenamente los principios espirituales y otras normas básicas de la Legión, y todo legionario necesita conocer bien sus deberes para consigo mismo y para con su fe católica. De hecho, es el vocabulario del diario que todo el mundo lee. ¿Quién oye decir que los periódicos deberían simplificarse?

Lo dicho respecto del vocabulario del Manual se aplica igualmente a las ideas en él contenidas. «No puede haber en la doctrina de la Iglesia un cuerpo esotérico de enseñanzas, sólo al alcance de los pocos» (Mons. McQuaid, arzobispo de Dublín). Es un hecho que innumerables legionarios, personas corrientes y aun incultas, han comprendido perfectamente estas ideas y las han convertido en el meollo y sostén de sus vidas. Ni hay que considerar estas ideas como un mero acervo cultural: comprenderlas bien –al menos en cierto grado– es del todo necesario, si se quiere ejercer el apostolado como es debido, pues no son más que principios comunes, que contribuyen a la vida misma del apostolado. Si no se comprenden estos principios suficientemente, el apostolado se vería privado de su

verdadero sentido, de sus raíces espirituales, y tales apóstoles ni siquiera tendrían derecho a llamarse cristianos. Tanto dista el apostolado cristiano de una campaña indefinida «para hacer el bien» como el cielo de la tierra.

Por lo tanto, las ideas de este Manual sobre el apostolado han de ser bien asimiladas, y el praesidium tiene que hacer las veces de maestro. Esto se conseguirá mediante la lectura espiritual y la allocutio, y estimulando a los legionarios a que lean metódicamente el Manual y lo estudien. El conocimiento no ha de quedar en el terreno de la teoría. Cada trabajo activo debe estar inspirado en su correspondiente principio doctrinal, para que adquiera así un sentido espiritual.

En cierta ocasión le preguntaron a Santo Tomás de Aquino cómo se podría llegar a ser sabio, y contestó: «Lee un libro, *uno*. Todo lo que leas u oigas, procura entenderlo bien. Alcanza la certeza en lo dudoso». El maestro de la sabiduría no señalaba ningún libro en particular, estaba pensando en cualquier libro digno que tratara de comunicar conocimientos. Por consiguiente, los legionarios podrán tomar sus palabras como un estímulo para hacer un estudio completo de este Manual.

Asimismo, el Manual es útil como medio de catequesis, pues presenta la fe de forma sencilla y asequible, siguiendo así la norma dada por el Concilio Vaticano.

«Aunque consideraba la ciencia como resultado de una ilustración interior, San Buenaventura se daba cuenta de la labor que implica el estudio. Y, citando a San Gregorio, aducía como ejemplo el milagro de las bodas de Caná: Cristo no sacó el vino de la nada, mandó a los sirvientes que llenasen primero las ánforas de agua. De igual modo, el Espíritu Santo no concede inteligencia y ciencia sobrenatural al hombre que no llene primero su ánfora —es decir, su mente— con las ideas sacadas del estudio. Sin esfuerzo no puede haber iluminación del entendimiento. La inteligencia de las eternas

verdades es recompensa de un laborioso estudio, del cual nadie puede quedar exento» (Gemelli, *Mensaje franciscano al mundo*).

11. Estar, en cierto modo, siempre de servicio

En cuanto se lo permita la prudencia, el legionario debe intentar animar con el espíritu de la Legión todos los quehaceres comunes de su vida; y estar bien atento para promover en toda ocasión los fines generales de la misma: destruir el imperio del mal hasta en sus cimientos, y, sobre las ruinas, implantar el estandarte de Cristo Rey.

«Un hombre te encontrará por la calle y te pedirá un fósforo. Ponte a hablar con él, y a los diez minutos te estará preguntando sobre Dios» (Duhamel). Pero ¿por qué no asegurarse de ese contacto vital adelantándose a pedirle el fósforo?

Se entiende y se practica el cristianismo en un sentido incompleto: como una religión individualista dirigida exclusivamente al provecho de la propia alma, sin preocuparse, en lo más mínimo, del prójimo; y esto se ha hecho tan común que ha cristalizado en costumbre. Éste es el «cristiano de semicírculo», tan reprobado por el Papa Pío XI. Claramente se ve que el precepto de amar a Dios con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma y con toda nuestra mente, y al prójimo como a nosotros mismos (Mt 22, 37-39), ha sonado en oídos que se obstinan en permanecer sordos.

Prueba de este concepto gravemente erróneo sería el mirar las normas legionarias como cosas de santos, siendo así que no pasan de normas cristianas ordinarias. No se puede estar a tan bajo nivel, y al mismo tiempo pretender que se ama al prójimo con ese amor activo que impone el Gran Precepto; además, el amor al prójimo es uno con el amor de Dios, y, si faltare, la idea cristiana de Dios quedaría mutilada. «Hemos de salvarnos juntos. Juntos hemos de ir a Dios. ¿Qué nos diría Dios si fuéramos algunos a Él sin los demás?» (Péguy).

Hay que prodigar ese amor a todos los hombres, sin distinciones, como individuos y colectivamente, y no por sentimentalismo, sino como servicio y sacrificio personal. El legionario ha de ser la personificación atrayente de este cristianismo verdadero. Si no brilla la Verdadera Luz ante los hombres por medio de ejemplos prácticos del vivir cristiano auténtico, no sólo hay peligro, sino certeza, de que esa Luz no se reflejará en las costumbres del común de los católicos. Estas costumbres podrán descender a un nivel tal, que, librándose de la condena eterna, presentarían al mundo un cristianismo despojado de su carácter noble y generoso: este cristianismo estaría irrisoriamente en el extremo opuesto de lo que debería ser, y sería incapaz de atraer ni de retener a nadie.

Servicio significa disciplina. Estar siempre de servicio equivale a mantener la disciplina sin bajar la guardia en ningún momento. Así, pues, en su modo de hablar, vestir, andar, en todo su porte, puede mostrar el legionario suma sencillez, pero nunca la menor falta al decoro. Los que trabajan activamente son observados por los demás con rigurosidad, y lo que en otros apenas llamaría la atención, en un legionario de María será tenido como una bajeza, y malogrará gran parte de su trabajo apostólico. Es muy natural exigir a quien predica que vaya delante con el ejemplo.

Pero aquí, como en todas las cosas, ha de prevalecer el buen juicio. Los bien intencionados no deben retraerse del apostolado por sentir su propia flaqueza: sería acabar con toda labor apostólica. Tampoco teman que les tilden de hipócritas cuando aconsejen una perfección que ellos mismos no posean. Dice San Francisco de Sales: «No es ser hipócrita hablar uno mejor que obra. Si así fuera, ¡Dios mío!, ¿dónde estaríamos? Tendríamos que callarnos».

«La Legión de María trata sencillamente de vivir un catolicismo *normal*. Decimos normal; no decimos común. Hoy se tiende a pensar que el católico *normal* es el que practica su religión exclusivamente para su propio provecho, sin tomar

ningún interés práctico en la salvación de sus hermanos. El juzgar así sería hacer una caricatura del católico de verdad, y aun del mismo catolicismo. El catolicismo corriente no es un catolicismo normal. Parece que ha llegado el momento de someter a riguroso examen, a un proceso revisador, esta noción prevaleciente de *buen católico* o *católico que practica*. No es un católico si no alcanza un cierto mínimo apostólico, y este indispensable mínimo, del cual dependerá el Último Juicio, no lo alcanzan en la actualidad la mayoría de los que se dicen católicos prácticos. En esto hay una situación trágica; en esto hay una falta de comprensión fundamental» (Cardenal Suenens, *La teología del apostolado*).

12. El legionario debe unir la oración al trabajo

Aunque los miembros activos de la Legión no estén obligados más que al rezo diario de la *Catena Legionis*, les exhortamos apremiantemente a incluir en su programa diario todas las oraciones contenidas en la *téssera*. Porque, si los socios auxiliares lo tienen por obligación, sería un reproche para los activos que ellos no hicieran lo que otros están haciendo. Ciertamente que los auxiliares no trabajan activamente, pero también es verdad que mejor sirve a la Reina de la Legión un auxiliar que ora, aunque no trabaje, que un activo que trabaja pero no ora. Este último obra contra todas las intenciones de la Legión, la cual concibe a los legionarios activos como la punta de la lanza, y a los auxiliares sólo como el asta.

Es más: el fervor y la perseverancia de los auxiliares estriba grandemente en la convicción de ser ellos el complemento de un servicio sacrificado y heroico, muy superior al suyo. Por eso mismo el socio activo debería servir de ejemplo al auxiliar; pero si el activo no cumple siquiera con el deber de piedad exigido al auxiliar, y si, además, le deja en dudas de quien está sirviendo mejor a la Legión, poco inspirador será su ejemplo.

Todo legionario, activo o auxiliar, debería inscribirse en la Cofradía del Santísimo Rosario. Los beneficios serán muy grandes (véase el apéndice 7).

«En todas nuestras peticiones invocamos –por lo menos implícitamente– el santo nombre de Jesús, aunque no digamos expresamente las palabras por *nuestro Señor Jesucristo*; porque Él es el mediador necesario a quien hemos de presentar todas nuestras demandas. Además, cuando el suplicante se dirige a Dios Padre directamente, o cuando confía su petición a un ángel o un santo sin invocar el santo nombre de María, hay que decir respecto de la santísima Virgen lo que decimos de su divino Hijo: así como su nombre es invocado implícitamente siempre, por ser Él nuestro único Mediador necesario, así también es invocado implícitamente en todas nuestras oraciones el nombre de su benditísima Madre, que está asociada con Él. Siempre que pidamos a Dios, pedimos virtualmente a María. Siempre que dirijamos nuestras peticiones a Cristo como hombre, por el mismo hecho le suplicamos a Ella. Siempre que pidamos a un santo, le pedimos a Ella» (Canisio Bourke, O.F.M. Cap., *María*).

13. Vida interior de los legionarios

«Ya no soy yo quien vive –dice el apóstol–, sino Cristo es quien vive en mí» (Gál 2,20). La vida interior significa que nuestros pensamientos, deseos y sentimientos convergen en nuestro Señor. El modelo para conseguir este estado de vida es María. Ella, que avanzó constantemente en el camino de la santidad en busca de un progreso espiritual, es fundamentalmente progreso de caridad y de amor, y la caridad fue creciendo en María durante toda su vida.

«Todo cristiano, en cualquier estado o momento de su vida, está llamado al cumplimiento de una vida cristiana y a la perfección en el amor. A todos los fieles se nos invita y obliga a buscar la santidad y la perfección en nuestro propio estado de vida» (LG, 40,42). La santidad es un objetivo práctico.«Todo, en la santidad, consiste en

amar a Dios, y todo el amor a Dios consiste en hacer su voluntad» (San Alfonso María de Liguori).

«Para poder descubrir la verdadera voluntad del Señor en nuestras vidas hay que tener presente lo siguiente: hay que saber escuchar y recibir la palabra de Dios y de la Iglesia, ser un ferviente y constante orante, recurrir a una prudente dirección espiritual, y hacer un fiel balance de los dones que Dios nos ha dado, así como de las distintas situaciones sociales e históricas que, como cristianos, tenemos que vivir» (CL, 58).

La formación espiritual de los legionarios, a nivel de praesidium contribuye notablemente al desarrollo espiritual del legionario; pero ha de señalarse que esta ayuda espiritual es colectiva. Teniendo en cuenta que cada miembro es una persona única, con sus necesidades personales, es de desear que la ayuda colectiva sea complementada con la ayuda individual y, consecuentemente, que cada uno de los miembros de nuestra comunidad cristiana sepa aprovecharse de «una dirección espiritual prudente y desinteresada» (obra citada).

Existen tres requisitos necesarios para llevar una vida cristiana, que son: la oración, la mortificación y los sacramentos, y estos tres requisitos están conectados entre sí.

a) La oración

Ésta ha de darse tanto a nivel personal como público, porque nuestra naturaleza posee tanto la condición individual como la social. El deber para con el culto nos obliga fundamentalmente como individuos, pero la comunidad, unida por los lazos sociales, también está unida por ese culto a Dios. La liturgia, como la misa y el Oficio Divino, son el culto público de la Iglesia. Sin embargo, el Concilio Vaticano II comenta: «El cristiano está llamado a rezar con otros, pero también debe entrar en su habitación a rezar al Padre en secreto; es más, de acuerdo con las enseñanzas del apóstol, debe

rezar sin descanso» (SC, 12). En las formas privadas de oración se incluyen «meditación u oración mental, examen de conciencia, retiros, visitas al Santísimo, y devociones especiales a la Virgen María, sobre todo, el rosario» (MD, 186). «Alimentando la vida espiritual del cristiano, se conseguirá que este tome parte con gran aprovechamiento en todas las funciones públicas, y evitará que las oraciones litúrgicas degeneren en una ceremonia vacía de contenido» (ibíd., 187).

La lectura espiritual en privado, así como el desarrollo de las convicciones cristianas, ayuda a una vida de oración. Es preferible leer el Nuevo Testamento, con adecuados comentarios católicos (cf DV, 12) y místicos clásicos, elegidos de acuerdo con las necesidades y condiciones de cada uno.

Aquí es donde una «prudente» dirección es especialmente importante. Una buena introducción en la vida espiritual la pueden proporcionar las vidas bien escritas de los santos. Proporcionan una directriz que podría conducirnos a la santidad y el heroísmo. Los santos son las doctrinas y prácticas de santidad hechas visibles. Si frecuentamos su compañía, pronto llegaremos a imitar sus cualidades.

Cada legionario debería, a ser posible, hacer un retiro en régimen de internado una vez al año. El fruto de esos retiros y recogimientos es una visión más clara de nuestra vocación en la vida y un deseo más vehemente de seguirla fielmente.

b) Mortificación o auto-negación

Significa liberarse de uno mismo para seguir a Cristo y vivir su vida en nosotros y compartir esa vida más plenamente. Es autodisciplina, con el fin de amar a Dios y a los demás a través de Dios. Esta necesidad surge porque, por el pecado original, se oscurece nuestro entendimiento, se debilita nuestra voluntad, y nuestras pasiones nos llevan fácilmente a pecar.

El primer requisito es el desear cumplir con lo que establece la Iglesia con respecto a los días y

tiempo de penitencia, y cómo han de observarse estos días y tiempos. El sistema de la Legión, seguido adecuadamente, nos proporciona un valioso entrenamiento en cuanto a mortificación se refiere.

Después de eso viene la perfecta aceptación porque viene de las manos de Dios—de las cruces, fatigas y sinsabores de la vida. Por supuesto, está el problema de controlar nuestros sentidos, especialmente con respecto a lo que podemos permitirnos ver, oír o decir. Todo esto ayuda a controlar los sentidos internos de memoria e imaginación. La mortificación lleva también consigo la lucha contra la pereza, estados de ánimo y actitudes egoístas. Una persona mortificada será cortés y agradable para aquellos que conviven con ella, tanto en casa como en el trabajo. El apostolado personal, que es la amistad llevada a su conclusión lógica, lleva consigo la mortificación, porque significa preocuparse por mantener el afecto de nuestros amigos con amabilidad y delicadeza. *Me he convertido en todo para todos* —dice San Pablo—, *para poder salvar aunque sólo fuera a uno solo* (1 Cor 9,22). Los esfuerzos que se necesitan para descubrir peligrosas tendencias y cultivar buenos hábitos, sirven también como expiación por nuestros pecados y los pecados de los demás en el Cuerpo místico. Si Cristo sufrió por nuestros pecados, es justo que seamos solidarios con él; si Cristo, siendo inocente, pagó por nuestras culpas, por supuesto que nosotros, como culpables, tenemos que hacer algo por nosotros. Cada manifestación clara de pecado debe inspirar al cristiano a llevar a cabo acciones de reparación.

c) Sacramentos

La unión con Cristo tiene su origen en el Bautismo, su desarrollo posterior en la Confirmación y su realización y alimentación en la Eucaristía.

Como quiera que estos sacramentos han sido tratados en otra parte del Manual, aquí haremos mención del sacramento en el que Cristo continúa ejerciendo

su infinito perdón a través de aquel que actúa en su nombre: el sacerdote católico. A este sacramento se le conoce con varios nombres: confesión, penitencia, reconciliación. Confesión, porque es un sincero reconocimiento de los pecados cometidos; penitencia, porque denota un cambio; y reconciliación, porque, a través del sacramento, el pecador se reconcilia con Dios, con su Iglesia y con la humanidad. Está estrechamente unido al sacramento de la Eucaristía porque el perdón de Cristo nos llega a través de su muerte, la misma muerte que celebramos en la Eucaristía.

Que cada legionario aproveche la invitación de Cristo para encontrarse en Él en este sacramento de reconciliación, y que lo haga frecuente y regularmente, "porque por medio de él crecemos en el verdadero conocimiento de nosotros mismos y en humildad cristiana, los malos hábitos quedan desarraigados, se evita la negligencia y apatía espirituales, se purifica la conciencia, se fortalece la voluntad, se consigue una saludable dirección espiritual, y se aumenta la gracia por la eficacia del propio sacramento" (MC, 88). Experimentando los beneficios del sacramento de la reconciliación, los legionarios se verán estimulados a compartirlo, invitando a los demás a la confesión.

En resumen, la salvación de las almas y su santificación, al igual que la transformación cristiana del mundo, llegan sólo como consecuencia de la vida de Cristo en las almas. De hecho, éste es realmente el punto vital. La espiritualidad mariana, así como su correspondiente *devoción*, encuentran una fuente muy rica en la experiencia histórica del individuo y de las diversas comunidades cristianas presentes entre los diferentes pueblos y naciones del mundo. A este respecto, me gustaría llamar la atención, entre los muchos testigos y maestros de esta espiritualidad, sobre la figura de San Luis María Grignon de Montfort, quien propone la consagración a Cristo a través de las manos

de María, como un medio eficaz para los cristianos de cumplir fielmente con sus compromisos bautismales» (RMat, 48).

«Existe un lazo viviente entre nuestra vida espiritual y los dogmas de nuestra fe. Los dogmas son luces a lo largo del sendero de nuestra fe. Estas luces lo iluminan para nosotros y nos dan seguridad en nuestro recorrido. Por otra parte, si vivimos tal como deberíamos hacerlo, nuestra mente y nuestro corazón se abrirán para recibir la ley procedente de los dogmas de fe» (CIC, 89).

14. El legionario y la vocación cristiana

La Legión propone un camino de vida antes que la realización de un trabajo. Proporciona un adiestramiento que ha de servir para distribuir cada momento de la vida y cada hora de esa vida. El legionario que es sólo legionario durante la duración de la reunión y de la distribución del trabajo no está viviendo el espíritu de la Legión.

La finalidad de la Legión es ayudar a sus miembros y a todos aquellos que están en contacto con éstos a vivir desarrollando su vocación cristiana para con los demás. Esa vocación tiene su origen en el bautismo. Mediante el bautismo uno se hace otro Cristo. «No solo nos convertimos en otro Cristo, sino que somos el propio Cristo» (San Agustín).

Incorporados a Cristo mediante el bautismo, cada miembro de su Iglesia comparte su papel como Sacerdote, Profeta y Rey.

Nosotros compartimos la misión sacerdotal de Cristo por medio de la adoración privada y pública. La forma más elevada de adoración es el sacrificio: por medio del sacrificio espiritual nos ofrecemos a nosotros mismos y todas nuestras actividades a nuestro Padre. Hablando del seglar, el Concilio Vaticano II dice:

«Pues todas sus obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso

del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en *hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (1 Pe 2, 5)*, que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del cuerpo del Señor, se ofrecen piadosísimamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el propio mundo» (LG, 34).

Compartimos la misión profética (aleccionadora) de Cristo. «El proclamó el Reino del Padre por el testimonio de su vida y el poder de su Palabra» (LG, 34). Como seglares o creyentes en la fe de Dios, se nos da la capacidad y responsabilidad para aceptar el Evangelio en la fe y proclamarlo de palabra y de hecho. El mayor servicio que podemos rendir a los demás es hablar sobre las verdades de la fe –decir, por ejemplo, lo que es Dios, lo que es el alma humana, lo que es el llamado propósito de vida y lo que sigue a la muerte–. Sobre todo, hablar sobre Cristo nuestro Señor como poseedor de la verdad. No es necesario poder argumentar y dar pruebas de lo que decimos, sino conocer y vivir estas verdades, y ser conscientes de las diferencias que éstas suponen, y hablar sobre ellas a conciencia, transmitiendo lo más que podamos, para que muevan el interés de los demás y posiblemente hagan que las gentes deseen buscar una más amplia información.

El ser miembro de la Legión ayuda a mejorar nuestro conocimiento de la fe y a saber cómo ha de vivirse; ayuda también, mediante una fuerte motivación y por la propia experiencia, a hablar de religión a los extraños. Pero quienes pueden necesitar más claramente nuestra caridad apostólica son aquellos que encontramos habitualmente en casa, en la escuela, en la tienda, en el trabajo y en nuestras actividades sociales y de ocio. Éstos normalmente no formarán parte activa en la Legión, pero han sido encomendados a nuestro cuidado.

Compartimos la misión del Reino de Cristo rechazando en nosotros el reino del pecado y

dedicándonos al servicio de nuestros semejantes, porque gobernar es servir. Cristo dijo que había venido para servir (Mt 20,28). Compartimos sobre todo, esta misión de Cristo haciendo bien nuestro trabajo, sea cual fuere, tanto en el hogar como fuera de él, no sólo por amor a Dios, sino como un servicio a los demás. Mediante el trabajo bien hecho continuamos el trabajo de la creación y contribuimos a que el mundo sea un lugar mejor y más agradable para vivir. Es labor privilegiada del seglar cristiano el cumplir con el orden temporal –es decir, con todos los problemas de la tierra–, y perfeccionarlo con espíritu de apóstol.

Pedimos en la promesa de la Legión que podamos convertirnos en instrumentos de la voluntad del Espíritu Santo. Por supuesto, nuestras acciones estarán siempre motivadas por una fuerza sobrenatural, pero nuestra naturaleza debe también proporcionar al Espíritu Santo un instrumento lo más perfecto posible.

Cristo es un Ser divino, pero desarrolló su misión mediante su naturaleza humana: con su inteligencia, con su voz, con sus palabras, y con su estilo de vida. A la gente, –incluidos los niños, los más sagaces de todos–, le gustaba estar en su compañía. Era un huésped bienvenido en la mesa de todo el mundo.

San Francisco de Sales era un hombre cuya conducta y carácter fueron el único medio por el que atrajo muchas almas a Dios. Fue él quien recomendó que todo aquel que quisiera practicar la caridad, debía cultivar lo que él llamaba «las pequeñas virtudes»: amistad, cortesía, buenos modales, consideración, paciencia y comprensión, especialmente en las dificultades.

«La identidad de la sangre implica entre Jesús y María una semejanza de formas de facciones, inclinaciones, gustos y virtudes; no sólo porque dicha identidad es muchas veces causa natural de este parecido, sino porque en el caso de María –en virtud de una maternidad del todo sobrenatural, efecto de una gracia desbordante– la gracia divina tomó este principio de la naturaleza –más o menos arraigado en todos los seres

humanos–, y lo desarrolló hasta convertirla en imagen viva y perfectísimo retrato de su divino Hijo; de suerte que, viéndola a Ella, se admiraba la más delicada imagen de Jesucristo.

Esta misma relación de Madre e Hijo estableció entre los dos una intimidad, no sólo en un trato mutuo y en la comunión de vida, sino también en el intercambio de corazones y de secretos. María es el espejo que reflejaba todos los pensamientos, sentimientos, aspiraciones, deseos e intenciones de Jesús; y Jesús, a su vez, reflejaba –y por modo más excelso todavía, como un tersísimo espejo– el portento de pureza, amor, devoción y caridad sin límites que constituía el alma de su Madre.

Así que María pudo afirmar con mayor razón que el Apóstol de los gentiles: *Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gál 2, 20)*». (De Concilio; *El conocimiento de María*).

34. DEBERES DE LOS DIRIGENTES DEL PRAESIDIUM

1. El director espiritual

La Legión juzga la eficacia de su actuación únicamente según las cualidades espirituales desarrolladas en sus miembros y comunicadas por ellos a sus obras. Por eso es evidente que el director espiritual del praesidium –a quien corresponde principalmente infundir dichas cualidades en los socios– es el alma del praesidium. El director espiritual asistirá a las juntas del praesidium, y cooperará con el presidente y demás oficiales en que se cumplan las prescripciones del reglamento y se haga funcionar a la Legión según el espíritu y la letra de este Manual. Se opondrá a cualquier abuso y apoyará toda autoridad legionaria legítimamente constituida.

El director espiritual tendrá en su praesidium –si éste es digno de tal nombre– los mejores miembros de la parroquia entre las personas animadas por el celo apostólico, que serán un instrumento poderoso para todo lo bueno y santo. Pero de él depende que el trabajo del praesidium sea cosa digna y ardua, y que valga la pena; de él depende animarlos, sobre todo cuando se trata de vencer rechazos interiores u obstáculos externos. El praesidium le considera como el principio vital de su vida espiritual. Tanto, en fin, depende de él, que el Papa Pío XI llega a decir, aplicándole las palabras del salmista: *Mi suerte está en tus manos* (Sal 30,16). ¡Qué dolor, si quedara frustrada tan gran confianza como se pone en él, aunque no fuera más que en un solo caso! ¡Qué lástima sería ver a un grupo de apóstoles, deseosos de trabajar lo mejor que pudieran por Dios, por María y por los demás, andar desorientados, como rebaño sin pastor! ¿Qué diría el Pastor Supremo de un director espiritual negligente, que debiera ser «el alma de la asociación, el inspirador de toda buena iniciativa, la fuente del celo»? (Pío XI).

El director espiritual mirará su praesidium como miraría un maestro de novicios a sus recomendados: empeñado sin cesar en la formación espiritual de los socios, en el desarrollo de las actitudes y de las obras propias de un legionario de María. Las cualidades espirituales de los socios se desarrollarán casi siempre hasta donde se lo exija el director espiritual: por eso, notenga éste reparo en hacer un llamamiento aun a la virtud suprema, ni en proponerles obras cuya ejecución exige cualidades heroicas. Aun lo imposible tiene que rendirse a la gracia, y la gracia es para el que la pide y la procura. Asimismo, hará hincapié en una fidelidad a toda prueba –hasta en los menores detalles– en el cumplimiento del deber, como fundamento esencial de toda obra grande. Aunque el carácter del hombre se muestra en los momentos difíciles, se forja en las acciones ordinarias. Cuidará de que los socios no emprendan cosa alguna con miras egoístas, logrando

así que vuelvan sin envanecerse por el triunfo ni desanimados por el fracaso aparente; y dispuestos, si sonara la orden, a volver mil veces a la tarea más ingrata o deprimente.

El director espiritual procurará que los socios añadan –al cumplimiento decidido y responsable de sus otros deberes– el gran deber de la oración y del sacrificio; y les enseñará cómo, al fracasar todos los medios ordinarios y cuando –humanamente hablando– todo es inútil, precisamente entonces tienen más derecho a recurrir a la Reina de la Legión, su Madre, con entera confianza de que Ella les dará la victoria.

Pero el deber fundamental de un director espiritual de la Legión de María será infundir en los legionarios, encomendados a su cuidado, un conocimiento esclarecido y un amor intensísimo hacia la Madre de Dios, y, en particular, hacia aquellos privilegios de María, que más gustosamente venera la Legión.

Edificando así con paciencia, poniendo piedra sobre piedra, podrá esperar construir en cada miembro un baluarte del espíritu que nada podrá desmoronar.

Como miembro del praesidium, el director espiritual tomará parte en el tratamiento de los asuntos y en las discusiones que surjan, y será, «según la necesidad lo pida, maestro, consejero y guía» (San Pío X). Pero se cuidará de no arrogarse los derechos del presidente: cualquier tendencia en este sentido no sería para bien del praesidium; porque si, a su influencia como sacerdote y como hombre dotado de un conocimiento de la vida muy superior al de los demás, se añadiera realmente la gestión de los asuntos, su presencia en la junta resultaría avasalladora; y el estudio de los informes vendría a ser mero diálogo entre él y el legionario que los presenta, y no intervendrían ni el presidente ni los demás miembros; todos estarían callados, temiendo que cualquier indicación suya tendría las apariencias de intentar contradecir el juicio del director espiritual. Tal modo de coartar la libertad y la familiaridad en la discusión general de los casos haría desaparecer de la

junta su mejor atractivo, su principal valor educativo, la fuente de su energía. Y, al ausentarse el director espiritual, el praesidium no haría nada; y, si se marchara definitivamente, todo se vendría abajo.

«Tomará un vivo interés –como se exige que lo tome cada socio– en todo cuanto se dice en la junta. Pero no se asirá a cada palabra como a una oportunidad para inculcar sus opiniones personales. Intervendrá –claro está– cuando se necesite de sus consejos o conocimientos, pero ha de intervenir de un modo equilibrado, no eclipsando nunca al presidente, no llevando siempre la voz cantante en la junta; y, por otra parte, interviniendo lo suficiente para dar ejemplo a los demás del interés de cada uno por los casos de los otros» (Mons. Helmsing).

Si un praesidium se dedica al trabajo del estudio, el director espiritual velará por la selección de los libros; ejercerá sobre dicho estudio una atenta vigilancia, no permitiendo que se expongan a los socios sino doctrinas en absoluta conformidad con los principios auténticos de la Iglesia.

Después de rezada la catena, seguirá una breve plática, dada por el director espiritual, o, en su ausencia, por el presidente; esta plática versará preferentemente sobre el Manual (véase *Orden de la junta: Allocutio*, capítulo 18, 11).

El director espiritual dará su bendición a los socios al terminar las oraciones finales de la junta.

«Cristo estableció realmente un sacerdocio que no sólo debería representarle y estar en su lugar, sino que, en cierto sentido, tendría que ser Él mismo –es decir, que Él debería ejercer poderes divinos por su mediación–. De ahí que el afecto y la reverencia hacia el sacerdote sean considerados como homenaje directo al sacerdocio eterno del que el ministerio humano participa» (Benson, *La amistad de Cristo*).

«El sacerdote ha de ser aquel mayordomo que, a cada hora del día, desde el amanecer hasta la puesta del sol, salió a las plazas públicas a alquilar jornaleros para la viña de su

Señor. Porque la mayoría de los católicos, si no se les llama, corren gran riesgo de estar mano sobre mano, ociosos todo el día. **(Mt 20,6)**» (Civardi).

2. El presidente

1. Un deber primordial del presidente será asistir a las juntas de la curia a la que esté afiliado el praesidium, y con eso y de otras maneras mantener al praesidium estrechamente unido con el conjunto del ejército legionario.

2. Presidirá las juntas del praesidium, y llevará la dirección de los asuntos. Hará la distribución del trabajo activo semanal, y recibirá de cada socio los informes correspondientes. Se portará en todo consciente de su responsabilidad, como persona a quien la Legión ha encomendado el fiel cumplimiento del reglamento en todos sus detalles. Faltar a este deber es una infidelidad para con la Legión. Los ejércitos de la tierra lo llamarían traición, y sobre el delincuente caerían los mayores castigos.

3. Él es el principal encargado de cuidar de que la sala de juntas esté bien acomodada en lo tocante a alumbrado, calefacción, asientos, etc., y a punto para que pueda comenzar la junta a la hora señalada.

4. Abrirá la sesión puntualmente, a la hora prefijada; cuando llegue el momento preciso, interrumpirá las gestiones para el rezo de la catena, y cerrará la junta a su debido tiempo. Será bueno que tenga adelante, sobre la mesa, un reloj.

5. En ausencia del director espiritual dará la allocutio o asignará a alguien para que la dé.

6. Instruirá a los demás oficiales en sus respectivos cargos, y procurará que los cumplan.

7. Estará muy atento en observar quiénes son los socios con especiales cualidades, para recomendarlos a la curia cuando se trate de vacantes en los cargos, tanto del praesidium propio como de otros. El presidente debería tener a gala poder contribuir al porvenir de la

Legión, formando oficiales dignos y desarrollando en ellos las buenas cualidades de que tanto depende el valor del praesidium.

8. Dará a todos sus hermanos legionarios altos ejemplos de espiritualidad y celo, pero no de modo que absorba el trabajo que deberían hacer ellos; porque, en este caso, daría tal vez muestra de celo, pero no buen ejemplo; al contrario, haría imposible a los demás el seguirle.

9. No olvidará que los informes dichos a media voz o entre dientes son el enemigo de la junta; y, por consiguiente, al tratarse de informes, él hablará de manera que se oiga bien su voz en toda la sala. Si no hace esto, verá que los socios usarán un tono de voz apenas perceptible, para disgusto y desánimo general.

10. Es su deber cuidar de que cada socio brinde informes completos, ayudar a los tímidos o faltos de experiencia con preguntas acertadas, y, por otra parte, poner límite a los informes que, aunque excelentes en sí, ocupen demasiado tiempo.

11. Salvando siempre una buena dirección de la junta, el presidente debe hablar lo menos posible. Es decir, tiene que mantener un término medio entre los dos extremos opuestos.

Uno de estos extremos es la falta de todo control o de estímulo, de modo que la junta se vea precisada a gobernarse por sí misma. El resultado es que algunos miembros se contentan con dar informes monosilábicos, El otro extremo es hablar demasiado. Algunos presidentes se dejan llevar de la palabrería, y con esto: **a)** se apropian del tiempo que pertenece a los demás socios; **b)** falsean el concepto de lo que debería ser el praesidium, que no es una sala de conferencias, sino un tratar en común *las cosas del Padre* (Lc 2,49); y **c)** ese exceso de palabras en los presidentes anula a los miembros y les deja sin deseos de hablar.

Ambos extremos son perjudiciales para la formación de los socios.

12. Fomentará el espíritu de hermandad en el praesidium, convencido de que, si falta esto, falta todo. Él mismo contribuirá a fomentarlo, demostrando hacia todos y cada uno de los socios el más entrañable afecto, y dando, en toda ocasión, ejemplo de profunda humildad, conforme a las palabras de Jesucristo: *El que quiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro servidor* (Mt 20,27).

13. El presidente animará a los socios a que expresen sus opiniones y a que se ofrezcan voluntarios a colaborar en otros trabajos, para despertar así en ellos gran entusiasmo por toda la obra del praesidium.

14. Cuidará de que cada legionario cumpla su cometido:

a) con buen espíritu;

b) con buen método;

c) desarrollando las esperanzas de la Legión en cada caso concreto;

d) interesándose de vez en cuando por los trabajos anteriores;

e) preparando nuevos campos de acción donde fuere posible, a fin de mantener ardiendo siempre el espíritu de conquista.

15. Hará rendir a los socios todo el esfuerzo y sacrificio de que sean capaces. Exigir una mezquindad a un legionario de gran capacidad es hacerle una gran injusticia, es perjudicar su destino eterno. Nadie opta por lo difícil si no se le anima a ello. Y al presidente le incumbe estimular en todos los socios el fervor en el servicio de Dios, a quien le deben servir todas las criaturas, cada una según su capacidad.

16. Los defectos de un praesidium suelen ser los defectos del presidente. Si el presidente deja pasar las faltas, éstas se repetirán, y el praesidium irá de mal en peor.

17. Como el presidente ocupa la presidencia unas cincuenta veces al año, y no deja de ser hombre, es inevitable que, como humano, en algunas ocasiones se sienta irritado; pero tenga sumo cuidado en no mostrar la menor señal de esta irritación, pues nada hay más

contagioso que el mal humor. Empezando por uno –y más, si éste es persona con autoridad–, fácilmente cundirá y causará la ruina total.

18. Si un presidente comenzara a notar que su praesidium se dirige hacia un estado de abandono y tibieza, consultará en privado con los oficiales de la curia, para deliberar sobre lo que conviene hacer; y, si dichos oficiales le aconsejaren que dejase el cargo de presidente, tendrá la obligación de someterse humildemente. Esta actuación le hará merecer abundantes gracias del cielo.

19. Como cualquier otro oficial y miembro del praesidium, cumplirá las obligaciones impuestas a los demás socios en cuanto al trabajo ordinario del praesidium. Parecerá tal vez superflua esta recomendación; la experiencia demuestra lo contrario.

20. Finalmente, nunca dejarán nada que desear en lo que el cardenal Pizzardo –autoridad de primera categoría en estas cuestiones– dice con insistencia que es la disposición fundamental para ser un buen líder: una dócil sumisión a la jerarquía eclesiástica, el espíritu de abnegación, y la caridad y buena armonía en sus relaciones con las demás organizaciones y con las personas que las integran.

«En el preciso momento que me responsabilizaron de otras almas, vi cómo ello sobrepasaba mis fuerzas; y, corriendo a refugiarme en los brazos de nuestro Señor, imité a esos niños que, cuando tienen miedo, esconden el rostro sobre el cuello de su padre. Tú ya ves, Señor –exclamé–, que soy demasiado pequeña para dar de comer a tus hijitas; pero, si quieres por mi medio dar a cada una lo que le conviene, llena mis manos; y sin moverme de tus brazos, sin menear la cabeza siquiera, repartiré tus tesoros a aquellas almas que vengan a pedirme alimento. Cuando el alimento sea de su gusto, yo bien sabré que no me lo deben a mí, sino a Ti; y cuando se quejen de su amargura, no me intranquillaré; procuraré hacerles ver que viene de Ti, y tendré buen cuidado en no ofrecerles otra cosa (*Autobiografía de Santa Teresa de Lisieux*).

3. El vicepresidente

1. Deberá el vicepresidente asistir a las juntas de la curia.

2. Presidirá las reuniones del praesidium cuando estuviere ausente el presidente. Pero importa saber que este cargo no lleva consigo ningún derecho de sucesión en el cargo de presidente.

El siguiente aviso, tomado del Manual de las Cofradías de San Vicente de Paúl, tiene entera aplicación al vicepresidente de un praesidium. «En la ausencia del presidente, particularmente si fuere ausencia prolongada, el vicepresidente –entiéndase bien– asume todos sus poderes, y le suple en todo. Jamás debería detenerse una asociación porque falte cualquiera de sus miembros; esto es lo que sucedería si los demás miembros no se atrevieran a hacer nada en ausencia del presidente. Así que el vicepresidente no sólo está en su derecho, sino que tiene como obligación de conciencia el reemplazar plenamente al presidente, cuando éste se ausenta o está impedido de asistir, a fin de que dicho presidente, a su vuelta, no lo vea todo paralizado por haber faltado él».

3. El vicepresidente tiene la obligación general de ayudar al presidente en la administración del praesidium y en la tramitación de los asuntos. Con mucha frecuencia viene a suponerse que su deber comienza únicamente cuando el presidente se halle ausente. Es un error que perjudica al vicepresidente y al praesidium. Lo justo es que el vicepresidente coopere íntimamente con el trabajo del presidente. Ambos serán para el praesidium lo que en la casa son el padre y la madre, o lo que son para un ejército el general en jefe y el jefe del Estado Mayor. El vicepresidente es el complemento del presidente. Su cargo quiere decir que es un oficial en activo, no un oficial de la reserva ni algo meramente pasivo. Durante las juntas, es especial función suya el atender a muchas cosas

que pueden escapar a la atención del presidente y de los cuales depende la buena marcha del praesidium.

4. Su obligación particular es velar por cuanto se refiere al ingreso y cuidado de los socios en la Legión. En cuanto a los nuevos miembros, tiene el deber de recibirlos con ocasión de su primera asistencia, darles la bienvenida al praesidium, y presentarles –antes o después de la junta– a los demás socios. Cuidará de que se les señale cierto trabajo activo, de que sean instruidos en los deberes del socio –incluso el rezo diario de la catena– y de que sean informados sobre el grado de socio pretoriano, con las obligaciones específicas del mismo.

5. Durante la junta anotará los nombres en el registro de asistencia.

6. Guardará los varios registros correspondientes a los socios activos, pretorianos, adjutores y auxiliares, haciendo en cada caso una distinción entre socios definitivos y los que están a prueba. Cuidará de examinar a éstos cuando hayan terminado la prueba, para ver si han sido fieles a sus deberes, y, si los han cumplido bien, trasladará sus nombres a los registros permanentes.

7. Avisará a los que estén de prueba para pasar al servicio activo el día en que la prueba va a terminar, y hará todos los preparativos para que hagan la promesa.

8. Tomará nota de los que falten a las juntas, y luego por carta o por otros medios– tratará de impedir una ruptura definitiva.

Es obvio que, entre unos socios cuya adhesión nunca admite vacilaciones y otros que se separan inmediatamente por falta de cualidades, hay toda una serie de miembros cuya perseverancia fluctúa más o menos a merced de circunstancias externas o fortuitas: esa perseverancia quedará asegurada con un buen oficial, solícito por el bien de los socios, y dedicado particularmente a esto. Conviene tener en cuenta que más importa a la Legión la fidelidad de un socio que reclutar a otro nuevo. El vicepresidente que cumpla fielmente este cometido será la causa

directa de un cúmulo de buenas acciones y conquistas espirituales, acelerará la formación de nuevos praesidia, y ejercerá un apostolado único en su género.

9. No permitirá ninguna negligencia en el rezo de los sufragios por los socios difuntos, según queda determinado en el capítulo correspondiente.

10. Visitará a los socios enfermos o cuidará de que otros legionarios los vayan a visitar.

11. Vigilará los esfuerzos de sus hermanos en lo tocante a reclutar socios auxiliares y mantener relaciones con ellos.

«Las novicias expresaban a Santa Teresa su sorpresa, al ver que les adivinaba sus pensamientos más íntimos. Y ella les contestó: "Mi secreto es éste: no os hago nunca una observación sin invocar antes a la Santísima Virgen. Le pido que me ilumine en lo que os hará el mayor bien, y, después me quedo pasmada muchas veces de lo que os enseño. Cuando os estoy hablando, no me creo engañada cuando pienso que Jesús es quien os habla por mi boca"» (*Santa Teresa de Lisieux*).

4. El secretario

1. El secretario asistirá a las juntas de la curia.

2. El secretario tiene obligación de redactar y cuidar las actas del praesidium. Pondrá gran esmero en su redacción, y las leerá con voz clara. Las actas pueden tener una importancia suma, por su contenido y por el modo de leerlas. Bien leídas, no demasiado largas ni demasiado breves, constituyen un excelente comienzo para la junta, y contribuirán no poco a la eficacia de la misma.

3. El secretario conservará los útiles de secretaría en buen estado, si quiere hacer las cosas bien. Tal como es el ser humano, es un hecho que ni el mejor secretario logrará presentar un documento digno usando lápiz, pluma rota o mal papel; redáctense, pues, las actas con tinta o a máquina, y en libro de buena calidad.

4. Consólorealizarsusdeberesdesecretaríanocumple el secretario con el trabajo semanal del praesidium.

5. Será muy cuidadoso en mandar todos los informes y estadísticas a la curia de la Legión, cuando ésta los pida; y, en general, saldrá responsable de la correspondencia del praesidium. También cuidará de que haya siempre un buen surtido de papel, tinta, etc., en dicho praesidium.

6. El presidente del praesidium podrá delegar en otros miembros algunos de los deberes del secretario.

«Dice el Evangelio: *María conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón (Lc 2, 51)*. Y preguntaba Botticelli: ¿Por qué no también en pergamino?". Y, sin entrar en más profundidades exegéticas, retrató el más perfecto de todos los cánticos de éxtasis y gratitud de la siguiente manera: un ángel ofrece un tintero en la mano derecha, y con la izquierda sostiene el manuscrito en el que la santísima Virgen acaba de transcribir, en letra gótica iluminada, el Magnificat; su rollizo Bambino aparece con aire de profeta, y su manecita parece que va guiando los dedos de su Madre –aquellos dedos nerviosos, sensitivos, casi racionales, que el maestro florentino asocia siempre de una manera íntima con la expresión de su idea de la Virgen–. También tiene significado, aquí, el tintero. No es de oro, ni está cuajado de piedras preciosas, como la corona sostenida por los ángeles; pero representa también el destino triunfal de la Reina de cielos y tierra. Predice todo cuanto testimoniarían los hombres hasta el fin de los tiempos en confirmación de lo que predijo la humilde esclava del Señor acerca de su propia gloria» (Vloberg).

5. El tesorero

1. El tesorero asistirá a las juntas de la curia.

2. Será responsable del recibo y del pago de todo el dinero del praesidium que entre y salga, y de la minuciosa y detallada consignación de las cuentas.

3. Cuidará de que se haga en cada junta la colecta secreta.

4. Hará los pagos únicamente según instrucciones del praesidium; y depositará los fondos de modo que el praesidium pueda disponer de ellos.
5. Tendrá en cuenta la recomendación dada en el capítulo 35 sobre *Fondos* y de vez en cuando propondrá el asunto a la consideración del praesidium.

«María es la dispensera de toda la Trinidad, porque escancia y reparte el vino del Espíritu Santo a quienes Ella quiere y en la medida que Ella quiere» (San Alberto Magno).

«María es la tesorera cuyo tesoro es Jesucristo. Es Él a quien Ella posee; es Él a quien Ella da» (San Pedro Julián Eymard).

35 FONDOS

1. Cada cuerpo legionario contribuirá al sostenimiento del consejo superior inmediato. Salvo esto –y lo que se determina a continuación–, todo cuerpo legionario tendrá pleno dominio sobre sus propios fondos, y la exclusiva responsabilidad de sus propias deudas.

2. No deben reducir los cuerpos legionarios sus contribuciones a un tanto por ciento fijo, o a expresiones mínimas. Se aconseja que el praesidium envíe a la curia el superávit que le queda después de cubrir sus propios gastos, para la administración general de la Legión. En esto, como en todo lo demás, el praesidium debe portarse con la curia como un hijo con su madre: ella, llena de solicitud por los intereses de él; él, por su parte, procurando por todos los medios ayudarla en sus preocupaciones solícitas.

Sucede con mucha frecuencia que los praesidia no se dan suficiente cuenta de que la administración general de la Legión depende de sus contribuciones. Estas contribuciones apenas sí cubren las necesidades

más elementales de las curiae, y a veces ni a eso llegan. En consecuencia, esas curiae no pueden ayudar a los consejos superiores a llevar la pesada carga que trae consigo la difusión, la fundación y visita de los centros, y otros gastos corrientes. Lo cual significa que una de las funciones vitales de la Legión está medio paralizada. Triste consecuencia de la simple falta de reflexión.

3. Antes de hacer un gasto de carácter extraordinario, el praesidium presentará el proyecto a la curia, para que ésta juzgue si hay o no implicado algún detalle que pueda causar efectos contraproducentes.

4. La curia está autorizada a ayudar económicamente al praesidium, pero no debe asumir la responsabilidad financiera de ninguna obra llevada a cabo por un praesidium; la responsabilidad recae sobre el praesidium mismo. Salta a la vista la necesidad de esta regla: sin ella, cualquier grupo encargado de un club, hospedería, etc., al constituirse en praesidium, podría echar mano de los demás praesidia como de otras tantas agencias suyas para la recaudación de fondos.

De esto se sigue que ningún praesidium podrá solicitar a ningún otro praesidium ni a la curia su ayuda para recaudar fondos, si no es como simple favor.

5. Cualquier transmisión de fondos –menos la ayuda de un praesidium a las obras de su pertenencia, o al revés– necesita autorización de la curia.

6. Cuando algún praesidium o consejo legionario se disuelve, o cesa de funcionar como cuerpo legionario, todos sus fondos y demás cosas propias pasaran a pertenecer al cuerpo administrativo superior.

7. El director espiritual no tendrá ninguna responsabilidad financiera personal por las deudas que él mismo no haya aconsejado contraer.

8. Cada año se hará la inspección de las cuentas del tesorero. Para esto pueden designarse dos miembros del praesidium o del consejo –según el caso–, distintos del tesorero.

9. Siendo un contrasentido el asociar la idea del despilfarro con nuestra Señora en su calidad de ama

de casa, ni que decir tiene que todo grupo legionario deberá manejar sus fondos y propiedades con vigilante cuidado, y con buen sentido de la economía.

«El género humano es un todo, un cuerpo donde cada miembro recibe y debe transmitir. La vida necesita movimiento y circulación. La vida viene para todos; el que la quiera detener, la pierde; el que consiente en perderla, la halla. Cada alma, para vivir, tiene que derramarse en otra alma. Todo don divino es una fuerza que hay que transmitir, si se la quiere conservar y aumentar» (Gratry, *El Mes de María*).

36. PRAESIDIA QUE REQUIEREN PARTICULAR MENCIÓN

1. Praesidia juveniles

1. Obtenida la aprobación de la curia, y con arreglo a todas las normas especiales que se crea necesario imponer, podrán establecerse praesidia para personas menores de 18 años. Véase el capítulo 14, párrafo 22.

2. La única manera de aprender realmente lo que es la Legión es entrar y trabajar en ella. Se dan muchas conferencias para animar a los jóvenes al apostolado, pero tales conferencias, por excelentes que sean, no son más que el esqueleto, en comparación con el cuerpo vivo de la realidad. Es más: de poco valor es la intención o el deseo de comenzar a trabajar como apóstoles, si no va acompañado de una formación práctica. La inexperiencia se acobarda pronto, o, si empieza uno por su propia cuenta, es caso seguro que terminará fracasando.

3. Es condición esencial que por lo menos el presidente de estos praesidia sea un adulto. Sería de desear que hubiese también un segundo oficial adulto, para sustituir al presidente en su ausencia y para facilitar

la obra de expansión de dichos praesidia. Si estos oficiales del praesidium juvenil son también miembros de un praesidium de adultos, la dirección del primero satisfará el deber del trabajo activo semanal impuesto por el segundo; pero, si únicamente son miembros del praesidium juvenil, deben hacer en él una labor activa sólida, proporcionada a sus fuerzas de adulto.

Los oficiales adultos del praesidium juvenil han de ser, en lo posible, legionarios experimentados, que tengan bien asimilado el reglamento de la Legión y estén dotados de las cualidades requeridas para producir en los jóvenes legionarios los saludables efectos que se propone la Legión, al fundar para ellos un praesidium especial. El fin principal de éste no consiste tanto en la ejecución de una obra provechosa, sino en la formación espiritual de los mismos jóvenes, para que se preparen a entrar en las filas ordinarias de la Legión, una vez terminados los estudios.

4. Es evidente que la allocutio tendrá en los praesidia juveniles doble importancia, por la dificultad de muchos de los jóvenes legionarios para comprender por sí solos este Manual. Por eso, el director espiritual –o en su ausencia, el presidente– dedicará la allocutio al Manual, leyéndolo párrafo a párrafo, y explicándolo tan llana y minuciosamente, que tenga la certeza de que todos sus oyentes lo han comprendido perfectamente. Así, semana tras semana, se estudiará todo el Manual a conciencia, y una vez terminado, vuélvase enseguida a repasarlo íntegramente. Es fácil que no haya oportunidad de estudiar el Manual dos veces, de ahí que una allocutio imperfecta sería una oportunidad perdida.

5. Si se estudia el Manual sistemáticamente según el método recomendado en el apéndice 10, *Estudio de la fe*, se hará un curso de muchísima utilidad, y sin dar la sensación de que se trata de «una tarea de colegio». Será de inapreciable valor para estos jóvenes, que han de ser luego el refuerzo de la Legión de adultos.

6. Un praesidium juvenil no tendrá probablemente facilidades para hacer trabajos propios de los praesidia de adultos, y, por esto, hay que ingeniarse para que cada socio joven encuentre un trabajo activo y sólido, proporcionado a sus facultades. Muchos jóvenes son capaces de hacer trabajos dignos de personas adultas, y, realmente, a ningún joven que haya llegado a los dieciséis años debería dársele un trabajo que fuera impropio de un adulto. Los trabajos del praesidium han de ser variados. A mayor variedad de obras, más completa será la formación; ya que cada miembro no puede hacer todos los diversos trabajos, la mejor manera de entrenarse en ellos es que los vea hacer a los demás. Y así cobrará más interés la actividad del praesidium.

7. Al socio juvenil se le exige la mitad de lo que se le pide al socio adulto: el mínimo de una hora de trabajo cada semana.

8. Indiquemos aquí algo de lo mucho que podrían hacer los jóvenes:

a) Distribuir la Medalla Milagrosa, de la siguiente manera: en cada junta se entregan a los socios una o dos medallas –un número fijo– para que ellos las empleen como buenos soldados de María, e inflijan al Maligno la mayor derrota posible, dándosela a quien no sea católico, o al católico que no practica su religión. Es un plan de campaña que enciende la imaginación, pero también induce al sacrificio. Debe instruírseles en cuanto a la manera de contestar a las preguntas que les puedan hacer en ese trabajo, y en el modo de aprovechar toda ocasión de abrirse camino en el trato con esas personas.

b) Reclutar socios auxiliares: eso lleva consigo enseñarles la manera de rezar las oraciones legionarias, y visitarles regularmente para asegurarse de su perseverancia.

c) Esforzarse por conseguir cada semana por lo menos una persona más que se comprometa a lo siguiente: asistir a la santa misa diariamente, o

practicar alguna devoción religiosa, o pertenecer a alguna cofradía, o al Apostolado de la Oración, o a alguna asociación católica.

d) Traer a los pequeños a la santa misa y acercarlos a los sacramentos.

e) Ayudar en la misa.

f) Enseñar el catecismo y reclutar voluntarios para las clases de catecismo.

g) Visitar a los niños de algún hospital, o de alguna otra institución, o en sus propias casas.

h) Visitar a enfermos o ciegos y prestarles aquellos servicios que pudieran necesitar.

9. Se recomienda encarecidamente que todos y cada uno de los praesidia juveniles tengan al menos un miembro ocupado en cada una de las tres últimas obras que hemos mencionado, es decir, f), g), h). Estas obras, bien hechas, darán una formación excelente a los legionarios jóvenes ocupados en ellas, marcando la pauta para las demás obras del praesidium.

10. Está permitido que un miembro juvenil haga su trabajo en compañía de otro miembro de un praesidium de adultos.

11. Cuando se trata de praesidia en internados, es de desear que los socios tengan algún trabajo activo fuera del colegio. Y si los superiores, conscientes de su responsabilidad, temen que se abuse de este privilegio y se imaginan otros peligros, les suplicamos que consideren: **a)** que, si esos legionarios fueran miembros de praesidia juveniles externos, estarían haciendo esos trabajos corrientemente; y **b)** que solamente la formación de hoy les preparará bien para el mañana. Si ahora no hay libertad, tampoco hay formación para cuando desaparezca la protección del internado. Ese trabajo externo, resguardado por la doble disciplina del colegio y de la Legión, puede llegar a ser una preparación ideal.

12. Está permitido fundar un praesidium en un colegio donde todos los estudiantes vuelvan a sus casas para las vacaciones, aunque por ello sea imposible tener las

juntas durante ese tiempo. Cabe la posibilidad de que los jóvenes puedan trabajar durante las vacaciones en los praesidia de su localidad.

13. Hay que hacer ver a los socios que su santificación personal no sólo es el fin principal de la Legión, sino también el principal resorte del apostolado legionario, y, por lo tanto, hay que animarles a realizar prácticas piadosas por las intenciones del praesidium. Pero estos ejercicios no han de ser asignados a los miembros como trabajo, y no se debe informar sobre ellos en las juntas. Volvemos a insistir en que los ejercicios de piedad no pueden suplir la falta de trabajo activo; si se hacen, debe ser por añadidura.

14. Los miembros deben preparar sus informes con gran esmero y mucha reflexión, y en esto les orientarán sus oficiales. Su trabajo no les dará quizá de ordinario material para un informe interesante y detallado; por eso mismo, tendrán que hacer un esfuerzo especial para que sus informes resulten interesantes y variados.

15. Es importante que se sientan identificados con los legionarios adultos que luchan por el Señor en circunstancias difíciles y a veces peligrosas, llevando entre manos múltiples y nobles empresas; eso dará vida al trabajo –menos comprometido– de estos jóvenes, y cautivará su imaginación. A esto va dirigido todo el sistema de la Legión. Esta emulación les preservará de la actitud, –tan frecuente como peligrosa– de tomar la religión como una rutina impuesta por los mayores; y, mediante ellos, esta nueva conciencia se comunicará a otros muchos jóvenes; si arraigara tan falsa idea durante los años impresionables de la juventud, se les causaría un daño que no repararía ni la mejor preparación escolar.

16. No se aplicará a los socios juveniles lo que dice el reglamento acerca del período de prueba, ni harán la promesa legionaria, ni serán miembros de la curia de adultos. Pero en todo lo demás –en el rezo completo de las oraciones, en la observancia del reglamento, en el orden de las juntas, y aun en contribuir a la colecta secreta tienen que ser esmeradamente fieles: debe

cumplirse escrupulosamente lo mismo que si se tratara de un praesidium de adultos.

Al pasar del praesidium juvenil al de adultos, tienen que someterse al período de prueba que exige el reglamento.

17. Un legionario adulto que sirve en un praesidium juvenil deberá hacer la promesa en ese praesidium juvenil, si no la hubiere hecho ya en el de adultos. Esta ceremonia impresionará profundamente a los jóvenes, y les hará esperar con ilusión el día en que también ellos puedan perfeccionar su afiliación haciendo la promesa.

18. Con el fin de facilitar el ingreso de los niños en la Legión, se ha sugerido muchas veces que se modifiquen las oraciones legionarias. Lo inadmisibile de esta propuesta se deducirá claramente por lo dicho ya en este capítulo, al declarar que el socio juvenil se parece mucho al socio adulto. De ninguna manera puede tomarse *juvenil* en sentido de *trivial*. Hay que presentarles elevadas normas de acción y devoción a estos socios jóvenes, que en general están llamados a ser los guías de la juventud. Es evidente que este ideal no podrá ser alcanzado por un niño que, luego de una adecuada formación, es incapaz de rezar responsablemente todas las oraciones legionarias.

19. También se ha pedido que se haga un Manual más sencillo para uso de los socios juveniles. Este punto se trata en la sección 10 del capítulo 33, *Deberes básicos de los legionarios*.

20. Los padres –y todos aquellos que tengan autoridad– deberán cooperar plenamente con la Legión para que ésta lleve a cabo su programa, del que puede resultar tanto bien. Estos jóvenes se están formando en lo que San Luis María de Montfort llama “una legión de valientes soldados de Jesús y de María, para combatir en los tiempos venideros –de mayores peligros que nunca– al mundo, al demonio y a la naturaleza corrompida”. La Legión, que en sus ideas y en su estructura tiene la sencillez de la polea, de la palanca o de cualquier otro medio de multiplicar la

fuerza, tiene también el poder de comunicar vida a la formación sistemática religiosa, convirtiéndola en fuerza motriz de toda empresa cristiana. Hay, además, una aplicación inmediata de esa fuerza: llena de un ideal religioso y práctico la vida escolar, el tiempo de recreo, el hogar, cada hora, presentando a sus miembros nuevos horizontes. Es decir, les ofrece un mundo nuevo, un concepto nuevo:

a) de la Iglesia: tomarán conciencia de su deber eclesial, de ser leales e intrépidos soldados, con un puesto bien definido en el combate para la extensión dinámica de la misma.

b) de la vida cotidiana en sus múltiples tareas. Como un pequeño y vigoroso foco ilumina toda una habitación, así el trabajo legionario –aunque de corta duración– da nuevo sentido a toda la semana. Lo que aprenden y viven los socios en el praesidium, lo transmitirán a su vida ordinaria.

c) del prójimo: han aprendido a ver y servir en él a Cristo.

d) de su hogar, que tratarán de animar con el espíritu de Nazaret.

e) de su responsabilidad en casa o en la escuela si el praesidium fuese en un internado, con el espíritu de la Legión, es decir, de María de Nazaret: buscando el trabajo en lugar de huir de él; escogiendo las tareas más desagradables; poniendo el corazón al hacer las cosas ínfimas; siendo siempre amables y comprensivos para los demás, trabajando siempre por Jesús y manteniendo el sentido de su presencia.

f) de la escuela, porque hasta cierto punto habrán asimilado los ideales legionarios, y verán a los maestros, la escuela, los libros, las reglas y el estudio bajo una luz diferente. Por consecuencia, aprovecharán de la escuela cosas que otros no aprovecharían. De manera que, incluso si la Legión pudiera suponer tiempo «robado» al estudio –algo que se dice corrientemente–, se verá al final que les proporciona incomparables beneficios.

g) del «deben» y de la «disciplina». Dos cosas importantísimas; mal entendidas, son antipáticas a la juventud; combinándolas con los nombres de «María» y «Legión», se revestirán de claridad y belleza.

h) de la oración: porque se darán cuenta de que no es una imposición ni una rutina, sino una fuente de energía, el sostén de su trabajo, y su valiosa contribución al tesoro de la Legión y de Iglesia.

21. No queremos exagerar, pero nos atrevemos a afirmar: el buen funcionamiento de un praesidium –conforme a las normas precedentes– contiene en sí un filón riquísimo de valores educativos para la juventud, pues desarrollará en los jóvenes un conjunto de cualidades propias del ser cristiano, y será como un molde del que saldrán numerosos jóvenes formados y santos, alegría de sus padres y apoyo de la Iglesia.

22. Pero todo este programa, todas estas esperanzas se frustrarán en el praesidium juvenil que no proporcione a sus miembros un trabajo adecuado, o que de alguna manera no haga caso del reglamento. Sería un molde deformador; y predispondría a sus miembros y a todos los demás contra la Legión. Se haría un beneficio a la Legión suprimiéndolo.

«Los jóvenes no deben ser considerados simplemente como un objeto de la preocupación pastoral de la Iglesia: de hecho, la juventud es activa y debe estimularse a ser activa en nombre de la Iglesia, como elemento básico en la evangelización y participante en la renovación de la sociedad. La juventud es el tiempo en que se descubre uno a sí mismo y se elige una forma de vida. Es una época para el desarrollo de lo que debería convertirse en "prudencia, madurez y santidad ante Dios y ante los hombres"» (Lc 2,52) (CL, 46).

2. Praesidia en seminarios

Es muy importante preparar futuros sacerdotes para cooperar con los seculares. El Concilio dice: «deberían estar deseando escuchar al secolar, considerar

sus deseos de manera fraternal y reconocer su experiencia y competencia en los diferentes campos de la actividad humana. El reciente Sínodo ha insistido también sobre la preocupación pastoral para con el seglar. El estudiante –el seminarista– ha de ser capaz de proponer y ofrecer al creyente, especialmente a los jóvenes, las diferentes vocaciones. Sobre todo es necesario que pueda enseñar y ayudar al seglar en su vocación, a estar presente y transformar la palabra con la luz del Evangelio, reconociendo la tarea del seglar y mostrando respeto hacia la misma» (PDV, 59).

Es evidente que un conocimiento adecuado de una organización tan efectiva y extendida como la Legión, sería un valiosísimo factor para futuros sacerdotes y religiosos. Sin embargo, el conocimiento escolar de la misma, apenas sustituye al impartido por un verdadero miembro de la organización. Por lo tanto, establecer praesidia en los seminarios es de gran importancia. Cuando no fuera posible contar en un seminario con praesidia internos, los seminaristas se beneficiarían notablemente perteneciendo como miembros a praesidia externos. Tanto en los praesidia externos como internos, a los miembros hay que instruirles minuciosamente en las teorías y prácticas de la Legión, proporcionándoles lo que se podría llamar una filosofía completa del apostolado seglar. Cuando finalmente se incorporen a sus destinos, conocerán más a fondo cómo operan la Legión y otros grupos apostólicos.

Con respecto a los praesidia internos en especial, hay que tener en cuenta lo siguiente:

a) Es esencial que se disponga de bastante tiempo para la junta semanal. Sería difícil celebrar bien una junta en menos de una hora, y hay que hacer todos los esfuerzos para que pueda durar algo más. El orden de la junta, tal como queda descrito en este Manual, será seguido con exactitud.

b) El asunto de mayor importancia es la asignación del trabajo activo a cada socio. Sin trabajo serio y sólido no hay praesidium. Teniendo en cuenta que el tiempo

es limitado, que puede no encontrarse fácilmente un trabajo adecuado a la vida de un seminario, y que se presta particular atención al estudio del Manual, se exigirá solamente una hora de trabajo activo como mínimo. Una mayor riqueza de espíritu tendrá que compensar la falta de variedad en las obras. Éstas, sean las que sean, tendrán que ser ejecutadas con absoluta perfección, poniendo todo el énfasis en el punto de la unión con María.

Las circunstancias del seminario serán, naturalmente, de una importancia decisiva en la selección de los trabajos. Sugerimos algunos: visitas a hogares, hospitales y otras instituciones, instrucción a conversos, enseñanza del catecismo, preparación de adultos y niños para los sacramentos. Es muy importante que los trabajos emprendidos se relacionen con los programas de enseñanza pastoral establecidos por los superiores.

c) Los informes al praesidium no han de darse con unas frases rutinarias. Han de ser vivos, e interesantes. El éxito conseguido en esta dirección hará que los miembros dominen el arte de hacer informes y se encuentren cualificados para enseñar ese arte a aquellos cuya formación legionaria estarán orientando en el futuro.

d) No han de asignarse a los miembros de este praesidium unos deberes de carácter meramente disciplinario, o de simple vigilancia. Tales trabajos harían a los legionarios –y a la larga, a la Legión misma– antipáticos con sus compañeros de estudios.

e) El aislamiento tiene que ser completamente voluntario. Todo cuanto huelva a imposición o rutina de colegio sería contraproducente. Para acentuar el carácter voluntario del aislamiento algunos seminarios celebran la junta del praesidium durante el tiempo de recreo.

f) El praesidium funcionará de tal manera que ni sus juntas ni sus actividades modifiquen para nada el horario y reglamento del seminario. Por otra parte, no hay que cambiar las condiciones para ser socio activo de la Legión, porque así no se alcanzarían los fines

deseados. La experiencia enseñará que si se hace funcionar al *praesidium* con fidelidad, los seminaristas estarán más animados en su vocación, en sus estudios y en la observancia de la disciplina del seminario.

37 SUGERENCIAS PARA LOS TRABAJOS

En este capítulo indicamos algunas de las obras que la experiencia universal ha probado como especialmente provechosas para el trabajo semanal impuesto por la Legión. Con todo, son sólo indicaciones: las necesidades particulares podrán reclamar obras especiales.

Lo que pide la Legión con insistencia es que no se la prive de obras difíciles y que requieran gran iniciativa, porque ella está admirablemente capacitada para tales trabajos; y, por otra parte, trabajos insignificantes o triviales repercutirían desfavorablemente sobre el espíritu de los legionarios.

Por principio, cada *praesidium* debería estar realizando *algún trabajo* que se pueda llamar *heroico*. Aun en los comienzos deberá procurarse encontrar a dos miembros con ánimo para tal aventura, prontos para ejecutarla: su ejemplo ofrecerá a los demás un ideal, que les elevará casi automáticamente. Y, cuando se haya elevado así el nivel general, envíense los dos primeros exploradores intrépidos a nuevas metas difíciles, para que, así, se vayan elevando siempre las normas. Porque las limitaciones naturales no existen en el orden sobrenatural. Cuanto más se penetra en Dios más anchos son los horizontes y mayores las posibilidades.

Pero, de pronto, suena la voz de la protesta. Muchas personas se sienten molestas cuando ven que otros corren peligro por la religión; y dan el grito de ¡«impropio!»!, ¡«imprudente!»! No habla de esta manera el mundo cuando están en juego intereses

egoístas. Tampoco ha de quedarse atrás la Legión. Si una obra es necesaria para las almas, y si la expresión práctica de un alto ideal es esencial para la formación del carácter cristiano, hay que relegar la precaución a segundo término, dando preferencia a la valentía. Medítense bien estas palabras del cardenal Pie: «Cuando la prudencia se haya introducido en todas partes, entonces ya no habrá valentía en ninguna. Y nos moriremos de prudencia».

No permitamos que la Legión se muera de prudencia.

1. Apostolado en la parroquia

Algunos de los caminos en los que los legionarios pueden ayudar al crecimiento de un verdadero espíritu de comunidad son los siguientes:

- a) Visitas a los hogares (ver nº 2 de este capítulo).
- b) Dirigir servicios para-litúrgicos los domingos y fiestas de guardar en lugares donde no hay sacerdotes para celebrar la misa.
- c) Dirigir clases de educación religiosa.
- d) Visita y cuidados a personas impedidas, enfermos y ancianos, incluyendo, cuando se haga necesario, la preparación para la visita del sacerdote.
- e) Rezo del rosario al velar a los difuntos y durante el entierro.
- f) Formación de asociaciones católicas y asociaciones parroquiales, incluyendo confraternizaciones o convivencias de la Iglesia; allí donde existan, reclutar nuevos miembros y estimular a los miembros de las existentes a que perseveren en su labor.
- g) Colaboración en toda empresa apostólica o misionera patrocinada por el párroco; y de esta manera ayudar a traer tantas almas como sea posible al seno de la Iglesia, garantizando la perseverancia tanto del individuo como del grupo.

Existen otros trabajos parroquiales que, aunque importantes, no satisfarían –excepto en caso muy especiales– al trabajo obligatorio de los legionarios

veteranos. Entre estas tareas están: preparación del altar, limpieza y decoración de la iglesia, ayudar en los servicios de la iglesia, ayudar a misa, etc. Donde fuere necesario, los legionarios podrían organizar y controlar la realización de estas tareas, que serían de gran provecho espiritual para las personas que las llevarsen a cabo. Los legionarios podrían entonces hacer el trabajo más difícil, relacionado directamente con las personas que forman la comunidad parroquial.

«Deseo, como la Madre de la Divina Gracia, trabajar por Dios. Deseo cooperar con mis trabajos y sacrificios a mi propia salvación y a la del mundo entero, imitando el santo entusiasmo y valor de los Macabeos, de quienes dice la Sagrada Escritura que *no pensaban sólo en ellos: se pusieron a salvar el mayor número posible de sus hermanos*» (Gratry, *Mes de María*).

2. La visita domiciliaria

La visita a los hogares no fue la primera empresa a que se lanzó la Legión, pero ha llegado a ser, por tradición, su obra favorita, su ocupación particular en todas partes, el camino a través del que ha podido hacer el mayor bien; es algo característico de la Legión.

A través de estas visitas se puede establecer un contacto personal con muchísimas personas, y mostrar la preocupación de la Iglesia por cada una de estas personas y cada familia. La preocupación pastoral de la Iglesia no se limitará sólo a las familias cristianas: esta preocupación extenderá sus horizontes en armonía con el corazón de Cristo, y tratará de llegar a todas las familias, en particular a aquellas que se encuentren en situaciones difíciles o irregulares. Para todas ellas, la Iglesia tendrá una palabra de verdad, bondad, interés, esperanza y profunda comprensión con sus circunstancias, en algunos casos trágicas. A todas ellas ofrecerá su ayuda desinteresada, para que de esta forma puedan acercarse más a ese modelo de

familia que el Creador pretendió desde «*el principio*» y que Cristo ha renovado con su gracia redentora (FC, 65 El *praesidium* debe estudiar sus propios métodos de aproximación a los hogares. Obviamente, los legionarios tienen que presentarse personalmente, y explicar por qué están allí: la entronización del Sagrado Corazón en los hogares, llevar a cabo el censo parroquial y la difusión de la literatura católica, descritas en las páginas siguientes, son algunas de las formas en las que puede realizarse la visita a los hogares.

No sólo los católicos que están viviendo la vida cristiana, sino todos pueden ser atraídos al apostolado legionario mediante la visita domiciliaria. Pueden establecerse contactos con personas no católicas y no cristianas, y con católicos alejados de la Iglesia. Habrá también que prestar atención a personas en situaciones de matrimonio irregular, como se ha mencionado anteriormente, a aquellos que necesitan información e instrucción, así como a los que viven en soledad o están enfermos. Cada hogar ha de considerarse como un objetivo para llevar a cabo un servicio.

La visita legionaria estará marcada por la humildad y la sencillez. Las gentes pueden tener opiniones erróneas con respecto a estas visitas y esperan que se les informe claramente; por el contrario, los legionarios deberán escuchar en lugar de hablar. Habiendo escuchado paciente y respetuosamente, se habrán ganado el derecho a ser oídos.

«No se puede dejar de incluir la acción evangelizadora de la familia en el apostolado evangelizador del seglar.

En diferentes momentos en la historia de la Iglesia, y también en el Concilio Vaticano II, la familia ha merecido el bello nombre de "*Iglesia doméstica*". Esto significa que en cada familia cristiana deberían estar fundados los diversos aspectos de toda la Iglesia. Es más, la familia, como la Iglesia, debería ser un lugar en el que se transmitiera el Evangelio y del que irradiara el Evangelio.

En una familia consciente de su misión, todos sus miembros evangelizan y son evangelizados. Los padres no sólo comunican el Evangelio a sus hijos, sino que de sus hijos pueden recibir el propio Evangelio, tan profundamente vivido por ellos.

Y esta familia se convierte en evangelizadora de otras familias, y de la vecindad de la que forman parte. Aquellas familias resultantes de un matrimonio mixto también tienen el deber de proclamar a Cristo a sus hijos, ante la posibilidad de un bautismo común; es más, tienen la difícil tarea de convertirse en constructores de la unidad» (EN, 71).

3. Entronización del Sagrado Corazón en los hogares

Se ha comprobado que la propagación de la entronización del Sagrado Corazón en el hogar proporciona una oportunidad especialmente favorable y un vehículo para establecer un contacto amistoso de las familias.

Los ideales y los métodos que van a caracterizar esa tarea se estudian con detalle en el capítulo 39, *Puntos cardinales del apostolado legionario*. A este respecto, se ha insistido suficientemente en que, si es posible, ningún hogar debe dejar de ser visitado, y que en cada hogar nuestros esfuerzos deben dirigirse a conseguir que cada una de las personas, joven o no, sin excepción, suba al menos un escalón en la vida espiritual. Los encargados de esta tarea han de tener muy presentes las Doce promesas del Sagrado Corazón. Incluso la décima: «*Concederé a los sacerdotes la gracia de convertir los corazones más endurecidos*», pertenece en cierta medida a aquellos que llegan como representantes del sacerdote. Especialmente movidos por este pensamiento, los legionarios irán con plena confianza a trabajar con los casos considerados como «desesperados».

La visita para la entronización es la tarea más gratificante de todas las visitas domiciliarias, creando el verdadero concepto de devoción desde el primer

momento, facilitando la amistad, y con ella, la posibilidad de nuevas visitas, haciendo fácil el desarrollo del apostolado legionario.

Es misión de María dar a conocer el Reino de Jesús. Hay que decir asimismo que la Legión de María puede apropiarse especialmente la tarea de la entronización del Sagrado Corazón, lo que le atraerá, sin duda, gracias especiales del Espíritu Santo.

«Amar a la familia significa ser capaz de apreciar sus valores y capacidades, alentándolos siempre. Amar a la familia significa identificar los peligros y males que la amenazan, con el fin de vencerlos. Amar a la familia significa luchar por crear en la misma un ambiente favorable para su desarrollo. La familia cristiana moderna se ve con frecuencia tentada a descorazonarse y se acobarda cuando crecen las dificultades; es una evidente forma de amor el devolverle las razones para que vuelva a tener confianza en sí misma, en las riquezas que posee por naturaleza y gracia, y en la misión que Dios le ha encomendado. A las familias de hoy día hay que devolverles su puesto original. Deben seguir a Cristo (AAS,72) [1980], 791)» (FC, 86).

4. Hacer el censo parroquial

El censo parroquial es medio más eficaz para ponerse en relación con católicos que necesitan cuidados especiales, o con aquellos que se han ido abandonando hasta entrar en la categoría de «católicos desertores», es decir, aquellos que han perdido todo contacto con la Iglesia. Presentándose en nombre del párroco, irán –si fuese posible– de puerta en puerta, sin dejar ninguna. Las personas que sean visitadas de esta manera miran como muy natural el que se les pregunten cosas de religión, y, por regla general, contestan de buena gana. Por las contestaciones verán el párroco y sus legionarios que hay materia para largos y pacientes esfuerzos.

Pero el descubrir no es más que el primer paso, y el más fácil. Devolver al redil a cada una de estas ovejas descarriadas, después de hallarlas, ha de ser a

los ojos de los legionarios como una misión providencial que Dios ha puesto en sus manos: misión que han de acometer con alegría y llevar adelante con ánimo invencible. Por larga y reñida que sea la lucha, penosos los esfuerzos, duras las contrariedades, endurecidos los corazones y negros los horizontes, la Legión, por su parte, no deje de cumplir este cargo de confianza con toda responsabilidad.

Y repitémoslo: todos –no sólo los indiferentes– deben ser objeto de la afectuosa atención de los socios.

«Tenemos en el campo apostólico de la Iglesia una misión oficial, un modo de obrar providencial, un arma particularmente nuestra: no sólo el acercarnos a las almas en nombre de María y bajo sus auspicios, sino también, y sobre todo, el trabajar con todas nuestras fuerzas a fin de conseguir llenar esas almas de amor filial hacia su bendita Madre»
(*Breve tratado de Mariología Marianista*).

5. Visita a los hospitales, incluso a hospitales psiquiátricos

La visita a un hospital fue la primera obra emprendida por la Legión, y durante algún tiempo no hizo otra cosa. Como esta obra hizo brotar en sus inicios una fuente de bendiciones, desea la Legión que sus praesidia se encarguen siempre de ella. Lo siguiente, escrito en aquellos primeros días, refleja el espíritu que debería caracterizar siempre este trabajo legionario:

«Luego se mencionó un nombre, y una de las presentes comenzó el relato de su informe. Versaba sobre la visita de un hospital. Aunque breve, revelaba que había establecido un profundo contacto con los enfermos. Ella admitió algo confusa que los enfermos conocían los nombres de todos sus hermanos.

Llegó el turno a su compañera de visitas. Aquí se ve que trabajan los legionarios de dos en dos. Se me ocurre que, además de imitar en esto a los apóstoles, tal práctica evita demoras en el cumplimiento de la visita semanal.

Los informes van sucediéndose unos a otros, ordenadamente. Algunos miembros tienen algo extraordinario que contar sobre lo sucedido en las salas del hospital, y lo narran extensamente; pero la mayoría de los informes son concisos. Muchos son divertidos; otros, patéticos; pero todos revisten cierta belleza: la hermosa convicción de Quién es el visitado en la persona del pobre enfermo. Esta convicción se trasluce en todos y cada uno de los informes. ¡Sí, muchos individuos no harían por sus parientes más allegados lo que –según los informes– se hace con toda sencillez y naturalidad por los seres más abandonados de nuestra ciudad! Al delicadísimo cuidado y ternura prodigados en estas visitas, se suman muchos favores personales solicitados por los enfermos: escribir cartas, visitar a parientes y amigos olvidadizos, hacer recados, etc. Nada es ingrato ni trivial, todo merece ocupar la atención solícita de los legionarios.

En la junta se leyó una carta que una persona del hospital había escrito a los legionarios agradeciéndoles su visita. Una de las frases decía: *“Desde que ustedes han entrado a formar parte de mi existencia...”*; Sonaba a novelilla barata, y todos soltaron la carcajada. Pero, más tarde mis pensamientos volaron de nuevo al lado de aquella persona solitaria, postrada en la cama de una enfermería, en cuya boca esas palabras cobraban tan honda significación que mi alma se llenó de emoción. Y pensaba también que lo mismo podrían haber afirmado todos los visitados por los legionarios en la misma forma. ¡Qué fuerte, la organización que sabe reunir en un punto a multitudes de personas y, desde allí, enviarlas a una misión de ángeles, para consuelo de miles de vidas relegadas al olvido por el mundo!» (P. Miguel Creedon, primer director espiritual del Concilium Legionis Mariae).

El principal deber de los legionarios en sus visitas a los enfermos será naturalmente procurar infundir en ellos el hábito de mirar sus sufrimientos con espíritu de fe, para que, así, los lleven cristianamente:

Es preciso hacerles ver que lo que consideran ellos insoportable es, en realidad, una forma de asemejarse a Cristo paciente y, por tanto, un gran favor. Afirma Santa Teresa: "No hay merced más señalada que pueda hacernos Su Majestad, que la de una vida semejante a la vida que llevó su amadísimo Hijo". Y no es difícil llevar esta convicción a los enfermos; y, si arraiga, le quita al sufrimiento la mitad de su amargura.

Para que los enfermos se den cuenta del inmenso tesoro espiritual que tienen a su alcance, repítaseles a menudo lo que dijo San Pedro de Alcántara a cierta persona que había sufrido con admirable paciencia una dolorosísima enfermedad: «¡Feliz de ti, amigo mío!: Dios me ha mostrado cuán grande es la gloria que por tus padecimientos has merecido. Has ganado más que otros pueden ganar con sus oraciones, ayunos, vigiliias, disciplinas y otras obras de penitencia».

La adquisición del tesoro espiritual mediante el padecimiento resulta monótona; pero no debe ser monótona o rutinaria la administración de este tesoro. Además, ganar para sí solo no tiene tanto atractivo como cuando se piensa que se gana para sí y para otros. Para eso, el legionario les educará en el apostolado del sufrimiento, y les enseñará a interesarse por las realidades del mundo espiritual, ofreciendo todo el valor de sus sufrimientos por el remedio de las innumerables necesidades de este mundo, llevando a cabo de esta manera una campaña irresistible: irresistible porque combina la oración con la penitencia.

Decía Bossuet: «Éstas son las manos que, levantadas en alto, se abren paso entre más batallones que las manos que empuñan las armas».

Los enfermos estarán más animados a perseverar si se les infunde un interés personal en la causa por la que rezan. Importa mucho, pues, explicarles con detalle algunas necesidades y obras, especialmente las de la propia Legión.

El primer objetivo ha de ser hacerles miembros auxiliares, y, luego, elevarlos al grado de adjutores.

Habría que formar grupos con estos miembros, para que ellos, a su vez, intenten conquistar a sus compañeros. De todos modos, interesaría muchísimo estimular a los pacientes a ayudarse mutuamente.

Y, si se consigue asociarlos de esta forma, ¿por qué no intentar también hacerles socios activos? En muchos hospitales psiquiátricos existen ya praesidia compuestos por los mismos pacientes. Su presencia en tales instituciones supone un ejemplo de gran eficacia. Estos legionarios disponen de tiempo en abundancia para dedicarlo a actividades entre los demás internos, y ellos mismos podrán alcanzar así altas cumbres de santidad. Para ellos, el ser miembros de la Legión tiene un valor hasta terapéutico y recuperativo; y es tan evidente, que en todas partes lo han reconocido los cuerpos de sanidad de esos centros.

Al abríseles estos nuevos horizontes en su vida, los mismos que habían caído en los abismos de la miseria al verse inútiles y gravosos, gustarán la dicha suprema de sentirse útiles a Dios y a los demás.

La Comunión de los Santos tiene que actuar forzosamente entre los legionarios y aquellos a quienes visitan, mediante el intercambio fructífero de deberes y beneficios. ¿Por qué no podemos pensar que los enfermos están pagando por los legionarios alguna porción de la deuda de sufrimientos que ha contraído todo hombre mortal? Si la pagáramos todos en justicia, significaría que el mundo entero estaba enfermo y algunos tienen que llevar esa carga, para que el mundo pueda seguir funcionando.

¿Y qué puede aportar el legionario en este contrato invisible? Asumir parte de lo que a ellos les corresponde en el apostolado. El enfermo no puede y a veces no quiere cumplir este aspecto fundamental de sus obligaciones de cristiano.

De esta manera cada uno saldría magníficamente favorecido a expensas del otro. Pero no se trata simplemente de un intercambio perfectamente equilibrado. Porque los beneficios de cada uno

sobrepasan –y en mucho– sus pérdidas, en virtud de este principio cristiano: el que da, recibe como vuelta el ciento por uno.

«San Ignacio de Antioquía decía: "Soy trigo de Jesucristo y, para poder ser amasado como pan digno de Dios, es menester que me trituren los dientes de los leones". No lo dudemos: la mejor de las cruces, la más segura y divina, es la que Jesucristo mismo nos manda sin consultarnos a nosotros. Acrecentad vuestra fe en esta doctrina tan querida de los santos formados en el molde de Nazaret. Adorad, bendecid y alabad a Dios en todas las contradicciones y pruebas que procedan directamente de su mano, y, venciendo las repugnancias de vuestra propia naturaleza, decid de todo corazón: *Fiat!*; o mejor todavía: *Magnificat!*» (Mateo Crawley-Boevey).

6. Obras para con los más miserables y rechazados de la población

Esta clase de obras exigirá que los socios realicen visitas por tugurios, casas de huéspedes, posadas, cárceles, refugios, etc., y hasta, a veces, que lleven la dirección de asilos, la cual puede estar en manos de legionarios residentes o externos.

Tan pronto como la Legión tuviera, en cualquiera de sus centros, socios dotados de suficiente experiencia y empuje, es preciso dedicarse a estas obras en pro de los más necesitados miembros de Cristo; obras, por desgracia, demasiado descuidadas, para vergüenza del nombre de católico.

No debería haber abismos donde la Legión no quiera penetrar en busca de la oveja descarriada. Vanos temores serán el primer obstáculo; pero, vanos o fundados, alguien tiene que emprender la obra. Y, si los legionarios capaces y entrenados, con la fuerza de su disciplina y de su espíritu, no pueden intentarlo, ¿quién podrá?

Mientras la Legión no pueda afirmar en cada uno de sus centros –y con toda certeza– que los socios conocen personalmente, y con eficacia apostólica, a cada individuo de los niveles más degradados, el trabajo de dicho centro debe considerarse como a medias, y hay que multiplicar los esfuerzos hasta conseguirlo.

Ningún aventurero en busca de las cosas peregrinas y preciosas de la tierra ha de perseguir el anhelo de su corazón con más afán que el legionario a estos desgraciados del mundo. Los esfuerzos del legionario son, tal vez, para estos desamparados la única oportunidad de su vida eterna; la misma cárcel viene a serles una bendición disfrazada: tan inaccesibles se muestran frecuentemente a toda saludable influencia.

Además, trabajos serios, como éstos, deben acometerse con espíritu de campaña militar. El legionario tendrá que hacer frente a todas las incomodidades que se le presenten: aguantar el impacto de palabras injuriosas, o, tal vez, cosas peores: los «tiros» de los desprecios o la «artillería» de las calumnias; cosas que humillarán y dolerán, pero que no deben intimidarle, ni siquiera desconcertarle. ¡Aquí, la realidad de la prueba del buen soldado, que tantas veces había pasado por la mente y los labios del legionario! ¿Hablas de «guerra»? Pues ya suenan las armas y sangran las heridas. ¿Hablas de ir en busca de la gente más depravada? Ahora que la encuentras, ¿a qué viene el quejarse? ¿por qué extrañarse de que los malos se porten mal, y los peores vilmente?.

En fin, siempre que surja alguna dificultad extraordinaria o tenga el legionario que enfrentarse a algún peligro, diga para sus adentros: «¡Estamos en guerra!» Esta frase –capaz de llevar a toda una nación, destrozada por la guerra, a sacrificios heroicos– debería dar al legionario un temple de acero y mantenerle en su puesto, aunque, en parecidas circunstancias, la mayor parte de los hombres desertaría.

Si ha de haber algo de sinceridad en nuestras palabras cuando hablamos de almas preciosas e

inmortales, tenemos que estar dispuestos a pagar algún precio por su rescate. ¿Qué precio? ¿Pagado por quién? Si alguna vez fuere preciso exigir a personas seglares que den la cara en algún peligro, ¿a quiénes habrá que acudir sino a aquellas que se esfuerzan por hacerse dignas del título de legionarios de María? Y, si se precisaran sacrificios, ¿a quiénes se les pedirán, si no es a aquellos fieles cuya dicha mayor es mostrarse soldados valientes de la Reina del Calvario? ¿Retroceder los legionarios, al exigírseles algún sacrificio? ¡Jamás!

Pero lo que sí puede fallar es una acertada dirección, por cierta preocupación falsa de los dirigentes para con sus subordinados. Exhortamos a los directores espirituales y a los demás oficiales a que implanten normas que tengan alguna pequeña relación con las del Coliseo. Esta palabra puede sonar como irreal en estos días tan llenos de estadísticas. Pero el Coliseo fue también una estadística: la estadística de muchos seres humanos –ni más fuertes ni más débiles que los legionarios de María–, que amaban y que se decían a sí mismos: *¿Qué precio pagará un hombre por su alma?* El Coliseo no hace más que resumir en una sola palabra lo que se esfuerzan por expresar muchas en el capítulo del Manual titulado *Servicio Legionario*, capítulo que intenta algo más que dar rienda suelta al sentimiento.

Trabajar por las clases menesterosas o abandonadas, siempre resultará tarea ardua y larga. La clave será: paciencia a toda prueba. Se trata de personas que se levantarán sólo después de muchas caídas y recaídas; y, si se empieza por exigirles una disciplina severa, todo se echará a perder: uno por uno se irán marchando aquellos a quienes la obra estaba destinada a salvar, y quedarán sólo los que menos cuidado necesitan. Procédase por consiguiente, a base del **principio de valores inversos**; es decir: interesarse ante todo por aquellos que aun el más optimista daría por desahuciados, y cuya perversión mental y endurecimiento de corazón parecen legitimar esta calificación. Vengan, si vinieren, contrariedades, negras ingratitudes y aparentes fracasos: a todos estos

seres viles, malévolos, naturalmente aborrecibles, los desechados por otras asociaciones y reprobados por la sociedad en general, la basura de las ciudades, hay que tomarlos entre manos y perseverar con ellos denodadamente, aunque cada uno de ellos reclame –como reclamarán muchos– la vida entera de un legionario.

Esta empresa, llevada con normas tan sublimes, pide ya se ve cualidades heroicas y miras puramente sobrenaturales. Pero, en recompensa con estos trabajos, se les verá a esos pobrecitos morir por fin en amistad con Dios. Y entonces, qué dicha haber cooperado con Aquél que

«tomó a los hombres en el fango,
y, con larga paciencia y largo tiempo,
se hizo un pueblo para su alabanza.
¡De los hombres de barro hizo su pueblo!»
(Beato John Henry Newman, Sueño de Geroncio)

Nos hemos alargado al tratar de este género de apostolado porque encarna todo el espíritu de la Legión. Ocupa el puesto clave entre los servicios prestados a la Iglesia. Y constituye una afirmación solemne del principio católico: que aun los más degradados de los hombres son acreedores a nuestro respeto y amor, independientemente de sus méritos personales o de la simpatía que sintamos nosotros por ellos, porque en ellos hemos de ver, reverenciar y amar al mismo Jesucristo.

La prueba de la sinceridad de este amor es que se manifieste en circunstancias que lo pongan a prueba. Y la prueba contundente consiste en amar a aquellos que la naturaleza humana, de por sí, rechaza, a los que el mundo desprecia. Éste es el crisol donde se probará si nuestro amor a los hombres es falso o auténtico; aquí está el punto de apoyo para la verdadera fe y el eje del cristianismo: sin este ideal católico, un amor tal jamás podría subsistir; el amor, arrancado de la raíz que le da fuerza y vida, sería quimérico. Si el Evangelio fuera «la

humanidad por la humanidad», habría que juzgar todas las cosas –y hasta las personas– por su manifiesta utilidad social; y en este caso –concluyendo lógicamente en conformidad con ese modo de pensar–, cuanto se ve sin valor ni utilidad para la humanidad habría que mirarlo como mira el cristianismo el pecado: algo que hay que eliminar a todo trance.

Aquellos que, por su capacidad de sacrificio como verdaderos cristianos, aman a los demás con sus más nobles sentimientos, realizan un servicio supremo a la Iglesia.

«Es difícil –diréis– soportar al delincuente. Por eso mismo debéis frecuentar su amistad, a fin de alejarle de las veredas del vicio y conducirlo por el camino de la virtud. ¿Que no hace caso de lo que decís, ni sigue vuestros consejos? ¿Cómo lo sabéis? ¿Le habéis suplicado y procurado convencer? Hemos razonado con él –me diréis– muchas veces. ¿Cuántas veces?, me pregunto yo. –Oh, muchas, una y otra vez–. ¿Eso llamáis muchas veces? Aunque tuvierais que seguir porfiando con él toda la vida, no habría por qué desistir ni desesperarse. ¿No veis cómo el mismo Dios no deja nunca de avisarnos por medio de sus profetas, de sus apóstoles y evangelistas? ¿Y con qué resultados? ¿Acaso nos portamos en todo conforme a su santa voluntad? ¿Le obedecemos? ¡Ay, cuán lejos estamos! Pero Él, no obstante, sigue persiguiéndonos con sus ruegos incesantemente. ¿Y por qué? Porque nada hay tan precioso como un alma. A ver: **¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si pierde su alma? (Mt 16,26)**» (San Juan Crisóstomo).

7. Obras dirigidas a la juventud

Los niños son ciertamente el objeto del amor tierno y generoso de nuestro Señor Jesucristo. A los niños les dio su bendición, incluso más, les prometió el Reino de los Cielos (cf. Mt 19,13-15; Mc 10,14). Jesús exaltó en particular el papel activo que los pequeños tienen en el Reino de Dios. Son el símbolo elocuente y la imagen clarísima de las condiciones tanto morales como

espirituales esenciales para entrar en el Reino de Dios y para vivir en la confianza lógica y total en el Señor: *En verdad os digo que a menos que os volváis como niños, jamás entraréis en el Reino de los Cielos. Aquel que tenga la humildad de este pequeño, será el más grande en el Reino de Dios (Mt 18, 3-5; cf. Lc 9,48) (CL, 47).*

Si podemos garantizar preservar a los jóvenes en la fe y en la inocencia, ¡qué glorioso futuro nos espera! Entonces, como un gigante, con aires nuevos, la Iglesia podría lanzarse a esta misión de convertir el mundo pagano y hacer una buena labor con él. Pero, como sucede, gran parte de sus esfuerzos hay que invertirlos en la difícil curación de sus dolencias internas.

Otra razón para emprender obras en beneficio de la juventud es que más fácilmente se preserve lo que se tiene que se recobra lo perdido. La Legión –claro está– atenderá a ambas obras, porque las dos son necesarias; pero de ningún modo descuidará la más fácil: la de prevenir. Muchos niños se pueden salvar del desastre de tener que ser luego rescatados de un submundo de depravación.

He aquí algunos aspectos del problema:

a) Asistencia de los niños a la misa. Trazando un programa de trabajo para legionarios, un prelado puso en primer lugar el promover entre los niños una especie de cruzada en pro de la asistencia a la Eucaristía dominical. Estaba convencido de que el faltar por parte de los niños a este deber cristiano era una de las causas principales de sus futuros tropiezos. Sería de una gran eficacia recorrer con este objeto los domingos por la mañana los hogares de los niños. Los nombres de los niños pueden saberse fácilmente, por ejemplo, consultando las listas escolares.

Tengamos siempre en cuenta que los niños no suelen ser malos por naturaleza. Cuando se les ve descuidados en este deber elemental de la piedad católica, seguro que son víctimas de la indiferencia y del mal ejemplo

de sus padres. Comiencen, pues, los legionarios por reflexionar sobre esta circunstancia agravante.

Tratándose especialmente de niños, las visitas hechas con irregularidad o durante un período demasiado corto conseguirán muy poco o nada.

b) Visita a los hogares de los niños. Salta a la vista una nota psicológica importante, que conviene subrayar: en cuanto los legionarios manifiesten su deseo de hablar con los niños, se asegura su acercamiento a familias que frecuentemente resultarían inaccesibles, por razones muy diversas. Así es el amor natural de los padres para con sus hijos: se muestran más solícitos por su bien que por el de ellos mismos; y, aunque ellos se abandonen, raras veces dejarán de desvelarse por su hijo. El corazón más duro empieza a ablandarse en cuanto piensa en el hijo. Muchos, insensibles por sí a toda influencia religiosa, quieren que sus hijos no sean en esto como ellos, y se gozan instintivamente al ver que Dios se los bendice. Y, así, personas que rechazarían un mensaje espiritual, lo acogerán gustosos si se trata de sus hijos.

Una vez admitido en alguna de estas casas, un legionario competente sabrá arreglárselas de modo que todos los miembros de la familia perciban la irradiación de su apostolado. Interesarse sinceramente por los niños casi siempre hará favorable impresión en los padres; hay que aprovechar hábilmente esta impresión para sembrar en ellos el germen de lo sobrenatural. De este modo los niños vendrán a ser, no sólo la llave de la casa, sino también la llave del corazón y, con el tiempo, del alma de sus padres.

c) La catequesis de los niños. Esta obra tan importante debería ser reforzada con la visita a las casas de aquellos niños que no asistan con regularidad a la catequesis, y aun de todos los niños en general, manifestando el interés que se les tiene personalmente, y estableciendo contacto con los miembros de sus familias. La Legión podrá hacer las veces de centro local de la Archicofradía de la Doctrina Cristiana (Véase el apéndice 8).

He aquí un ejemplo que pone de relieve la eficacia de la Legión, cuando aplica sus métodos a la catequesis de una parroquia numerosa. A pesar de los esfuerzos continuos de los sacerdotes, y no obstante sus explicaciones y exhortaciones, el término medio de asistencia a la catequesis de los niños había bajado hasta 50. Entonces se fundó un *praesidium*; éste asumió la labor de instrucción y, además, la de visitar las casas de los niños. Un año de trabajo bastó para elevar la cifra de 50 a 600. Y no entran en cuenta para nada los beneficios espirituales conferidos a muchísimos familiares despreocupados de dichos niños.

En toda empresa legionaria la consigna debe ser ésta: «¿Con qué ojos miraría la santísima Virgen a estos hijos suyos, ¿cómo los trataría?» En la catequesis infantil, más que en otra obra alguna, esta consigna no debe olvidarse nunca. Es tendencia natural impacientarse con los niños; mayor defecto sería el instruirlos como si se hablara de negocios o de cultura, porque los niños tomarían la catequesis como una asignatura más de su escuela, y, así, no se cosecharía ni una décima parte de los frutos. Repitamos: «¿Cómo instruiría la Madre de Jesús a estos niños, viendo como ve en cada uno de ellos a su amadísimo Hijo?»

Al educar a los niños, la memorización y las ayudas audiovisuales desempeñan un importante papel. Se requiere especial cuidado en la selección del material catequético que ha de acoplarse a las enseñanzas de la Iglesia.

Aquella persona que enseñe la doctrina de Cristo ganará una indulgencia parcial, así como la persona que reciba la instrucción (EI, 20).

d) La escuela estatal o no católica. La vida religiosa del niño que no frecuenta una escuela católica peligran en todo momento, y fácilmente se desviará en su juventud, viniendo a ser luego un serio problema. La Legión secundará las medidas adoptadas por las autoridades eclesiásticas de cada localidad y las aplicará con toda su eficacia apostólica.

e) *Asociaciones para la juventud*. Los niños educados en buenas escuelas entran en crisis al salir de ellas. Se alejan de su saludable influencia, de sus medidas protectoras, de sus minuciosas atenciones; para algunos, además, la escuela fue su único apoyo, pues en sus hogares no había ni influencia religiosa ni principio de autoridad.

Las cosas se ponen aún más complejas: esos jóvenes se ven privados de la ayuda de la escuela católica precisamente en la edad de mayores dificultades morales; en la edad crítica en que ya no son unos niños y tampoco han llegado a ser adultos. Es muy difícil hallar medios apropiados para asegurar esta fase final de la adolescencia, y es muy común –por desgracia– que no se les provea de ninguno, y que, cuando alguna organización adulta venga en su ayuda, resulte que ya todo es inútil, una vez que se han degustado los peligrosos encantos de la libertad.

Por eso, debe prolongarse cuanto sea posible los cuidados que estos niños recibieron en la escuela. Y creemos que un buen método sería que la Legión contribuyera a formar asociaciones juveniles, o, por lo menos, secciones juveniles dentro de las asociaciones ya existentes. Procúrese que las autoridades interesadas den a los legionarios los nombres de los adolescentes, antes de que éstos terminen ese período escolar. Y los legionarios vayan luego a visitarlos en sus casas, para conocerlos y para persuadirles a entrar en alguna asociación. Los niños o jóvenes que rechacen la invitación, y quienes no asistan a ella con regularidad, deberán ser objeto de visitas especiales por parte de los legionarios.

A cada legionario se señalará cierto número de jóvenes asociados, de los que se hará responsable. Antes de cada reunión de la asociación juvenil, irá el legionario a visitarlos para recordarles su obligación de asistir. El programa anual de dicha asociación incluirá ejercicios espirituales –cerrados, a ser posible– y alguna función recreativa.

Éste es el medio más eficaz y, de hecho, el único concreto y bien definido de asegurar que los jóvenes recién salidos de la escuela sigan frecuentando los sacramentos con regularidad.

Los que salen de las escuelas de reeducación u orfanatos merecen particular atención, pues muchas veces son huérfanos de padre y madre, y, a veces, víctimas de padres malvados.

f) *La dirección de «clubs» infantiles, de grupos de niños y niñas «Scouts», Juventudes Obreras Católicas, clases de labores, la Santa Infancia, etc.* La dirección de estas y otras obras afines podrá constituir el trabajo semanal de unos cuantos socios del praesidium, y también podrá ser el trabajo de especialización de todo un praesidium, pues no parece que ofrezca inconveniente ninguno. Es oportuno, sin embargo, reparar en una cosa: cuando un praesidium esté dedicado exclusivamente a la dirección de una o varias de estas obras, cuidará siempre de tener su junta particular aparte, en rigurosa conformidad con todas las prescripciones del reglamento. Contra lo que se ha sugerido, no basta que los socios del praesidium encargado de estas obras se retiren en el curso de las reuniones, como si se tratara de un número más del programa de las mismas y, reunidos, recen las preces de la junta, lean las actas y relaten precipitadamente algunos informes. Con este expediente tal vez se salven los puntos más esenciales de la junta en cuanto a la forma externa; pero bastará leer el capítulo titulado *El sistema de la Legión es invariable*, para ver qué poco espíritu de esta norma se refleja en semejante proceder.

Es voluntad de la Legión que, cuando un praesidium se halle dedicado a alguna de las obras precedentes, se reciten las preces legionarias al comienzo, a la mitad y al fin de cada reunión de dicha obra. Y si no fuera posible incluir el santo rosario, díganse al menos todas las demás oraciones de la téssera.

g) *Un método de la juventud legionaria.* Parece necesario indicar a los legionarios encargados de clubs u organizaciones juveniles algunos principios que

les puedan orientar a seguir de guía en su obra. Los métodos seguidos suelen depender de los individuos que estén al frente de tales organizaciones, y, así, existe gran variedad de sistemas, desde la sesión diaria hasta la semanal, y desde el puro entretenimiento o pura instrucción técnica hasta religión solamente. Salta a la vista que estas variantes darán resultados muy distintos, y no siempre los mejores. Por ejemplo, la mera diversión da como resultado una formación deficiente de los jóvenes, aun admitiendo que, con ella, «se libran de cosas peores». Y si, como dice el refrán, «poca diversión y mucho trabajo, chico sin desparpajo», también se puede añadir a este dicho: «mucho jugar y nada estudiar, el chico en golfo ha de parar».

Se ha demostrado que el método del praesidium es una buena norma para todo género de personas y obras. ¿Acaso será igualmente posible inventar un método sencillo que sea como una pauta de universal aplicación a la juventud?

La experiencia ha indicado que un programa como el siguiente dará satisfactorios resultados, y, a los praesidia encargados de grupos juveniles, les animamos a hacer la prueba:

1. Edad máxima, 21 años; edad mínima, ninguna; conviene separarlos según las edades.

2. Cada miembro debe asistir a una sesión, que se celebrará con regularidad cada semana. Si un grupo se reúne más de una vez por semana, estas serán de aplicación opcional en las reuniones adicionales.

3. Cada miembro dirá la Catena Legionis diariamente.

4. En la sesión semanal, el altar legionario se colocará sobre una mesa –como en las juntas del praesidium–, o aparte, o en un sitio elevado para mayor seguridad.

5. En cada sesión se dirán las oraciones legionarias, incluyendo el rosario, divididas como en la junta del praesidium.

6. La duración total de la sesión no será menor de una hora y media, pero podrá prolongarse más.

7. Se dedicará media hora por lo menos a fines administrativos y educativos. El resto del tiempo se puede dedicar, si se quiere, a recreo. Por «fines administrativos» queremos decir el manejo de los negocios que naturalmente acompañan a la organización de ciertos grupos, por ejemplo: de un club de fútbol u otros deportes, etc. «Los fines educativos» comprenden cualquier elemento de formación o educación, religiosa o profana, que se pueda aplicar.

8. Cada miembro irá a comulgar por lo menos una vez al mes.

9. Se animará a los miembros a comprometerse como auxiliar de la Legión, y se les inculcará profundamente la idea de servir al prójimo y a la sociedad.

«Sería fácil detenerme en lo mucho que nos enseña la actividad extraordinaria de San Juan Bosco. Entresacaré aquí sólo una lección por su extrema y perenne importancia: su manera de concebir las relaciones mutuas entre maestros y discípulos, superiores y subordinados, directores y dirigidos, en una escuela, colegio o seminario. Aborrecía sumamente –y con razón– ese espíritu de retraimiento, ese mantenerse a distancia, y esa exagerada gravedad, que impulsa a los profesores y superiores –ya por cierta convicción, ya por falta de consideración, y a veces por puro egoísmo–, a convertirse en seres casi inaccesibles para aquellos cuya educación y formación les ha sido confiada por Dios. San Juan Bosco jamás echó en olvido estas palabras de la Sagrada Escritura: *¿Te han puesto para presidir? No te conviertas en un engreído. Sé entre los demás como uno de ellos. Atiéndeles (Eclo 32, 1)*» (Cardenal Bourne).

8. La librería ambulante

Algunos legionarios podrían llevar alguna librería ambulante por lugares públicos, deteniéndose principalmente en calles muy concurridas, o cerca de ellas. La experiencia ha demostrado el valor inmenso

que tiene esto como obra legionaria. No hay medio más eficaz de ejercer un apostolado dirigido a los buenos, los malos y los mediocres, así como de atraer hacia la Iglesia la atención de las masas irreflexivas. Por esto desea la Legión ansiosamente tener en cada ciudad importante siquiera una de estas librerías.

Esta librería ambulante debe estar hecha de tal forma que permita la mayor exhibición de títulos, y estará surtida abundantemente de publicaciones religiosas baratas. Y se encargarán de ella los legionarios.

Además de los que se acercan con intención de comprar, habrá curiosos de toda clase y condición: católicos, deseosos de hablar con sus correligionarios; mirones o indiferentes, con ganas de pasar el rato o de ver de qué se trata: y, finalmente, los que se interesan algo por la Iglesia, pero no son miembros suyos, ni quieren ponerse en contacto directo con ella. Todos ellos entablarán conversación con los afectuosos y comprensivos legionarios que estén al frente, y a los que se les habrá enseñado a considerar cada pregunta o compra como una oportunidad de establecer un contacto amistoso. De este contacto se servirán los legionarios para elevar el comportamiento y forma de vida de los clientes a un plano superior de pensamientos y acciones a los católicos, induciéndoles a pertenecer a alguna asociación católica; a los no católicos, ayudándoles a comprender mejor lo que es la Iglesia. Y, así, unos se despedirán resueltos a participar en la Eucaristía todos los días; otros, a hacerse legionarios activos o auxiliares; algunos, a hacer las paces con su Dios; y otros, tal vez, se llevarán en el corazón los gérmenes de su conversión a la Iglesia. Muchos forasteros, al ver cómo actúan los legionarios –y no lo sabrían, tal vez, si no fuera por la librería ambulante–, cobrarán interés por la Legión, y hasta puede ser que se decidan a fundarla en sus respectivas localidades.

No será necesario recordar a los legionarios que el continuar con perseverancia las relaciones iniciadas por medio de la librería ambulante constituye una parte integral de este trabajo.

Cuando se trate de inaugurar una librería de éstas, no faltará la objeción en el sentido de que sólo católicos con mucha cultura están capacitados para dirigirla, y que el *praesidium* no dispone de esos miembros cualificados. Sería muy útil, ciertamente, un conocimiento superior de la doctrina católica; pero no deben retraerse de la empresa los legionarios, aunque carezcan de él: lo que más importa es la atracción personal. Afirma el Beato John Henry Newman: «Las personas son las que ejercen influencia en nosotros: su voz nos ablanda, sus obras nos inflaman; no nos convertimos por silogismos». Esto es lo mismo que decir que la sinceridad y dulzura importan más que el mucho saber. La sabiduría tiende con frecuencia a abismarse en profundidades difíciles de entender, o a seguir caminos intrincados que no llevan a ninguna parte; mientras que un sencillo «No lo sé», confesando la propia limitación, mantendrá el diálogo sobre terreno firme.

Pero con la práctica se verá que la mayor parte de las dificultades provienen de una enorme ignorancia en materia de religión, y que un legionario medianamente formado puede muy bien con ellas. Si se presentan cuestiones más complejas, se someterán al *praesidium* o al director espiritual.

Querer atacar a la Iglesia por razón de los errores, persecuciones y falta de celo que se hayan producido en ella, es llevar camino de nunca acabar la disputa, y confundir lastimosamente los términos. Y, si hubiese alguna parte de verdad en los reproches, la cuestión resultaría aún más confusa. Dar cumplida respuesta a la crítica hostil, en este y otros puntos de menos importancia, es del todo imposible, aunque se eche mano de una vasta erudición. El único partido que debe tomar el legionario es insistir en reducir la controversia a términos más concretos y sencillos.

Dios ha dejado al mundo un mensaje: lo que llamamos religión. Pues esta religión es la Voz del mismo Dios, que necesariamente ha de ser una voz clara,

consistente, infalible en sus enseñanzas, y que afirme tener el apoyo de la autoridad divina.

Ahora bien: estas características sólo se encuentran en la Iglesia católica. Ninguna otra corporación o sistema religioso afirma tener dichas cualidades. Fuera de la Iglesia católica reinan la contradicción y la confusión; de manera que, como valientemente se expresa el Beato John Henry Newman: «o la religión católica es en verdad la venida del mundo invisible a este mundo visible, o no hay nada positivo, nada real, en ninguno de nuestros conceptos sobre nuestro origen y nuestro último destino».

Tiene que haber una Iglesia verdadera, y ésta no puede ser más que una sola; y, si no es la Iglesia católica, ¿cuál es? Esta sencilla manera de acercarnos a la verdad tiene un efecto arrollador, como el cañoneo constante en un solo blanco. Su fuerza se deja sentir aun entre los más incultos. Para los más cultos tiene este argumento una fuerza incontrastable, y, aunque sus labios sigan acusando de errores a la Iglesia, en lo íntimo de su corazón se ven precisados a callar. A quien ponga tales dificultades, conviene advertirles con brevedad y delicadeza que esas objeciones no prueban demasiado: porque, si valieran, irían contra cualquier otro sistema religioso tanto o más que contra la Iglesia católica. De manera que, si creen haber demostrado la inexistencia de la Iglesia por la maldad de algunos de los miembros del clero, no han hecho más que probar la falsedad de todas las religiones del mundo.

Ya pasó el día en que un protestante reclamaba para su propia secta particular el monopolio de la verdad. Hoy afirmaría, con modestia, que *todas* las Iglesias poseen alguna porción de la verdad. Pero aunque esto sea cierto: no basta una porción. Esta afirmación equivale a decir que no hay ninguna verdad conocida ni hay modo de hallarla. Porque, si una Iglesia tiene ciertas doctrinas que son verdaderas, y, por consiguiente, otras que no lo son, ¿qué medios hay para conocer cuáles son las verdaderas y cuáles no? Si

empezamos a escoger, ¿quién sabe si escogeremos las falsas? De lo que se deduce que una Iglesia que dice de sus doctrinas: «Algunas de éstas son verdaderas», no es ninguna ayuda, no nos guía en el camino. Nos ha dejado exactamente en el mismo sitio donde estábamos antes sin ella.

Repitamos, pues, la siguiente afirmación, hasta que su lógica haga profunda mella: «No puede haber más que una sola Iglesia verdadera; una Iglesia que no se contradice a sí misma; una Iglesia que tiene que poseer la verdad toda entera, y que tiene que saber distinguir entre lo verdadero y lo falso».

«El mundo no conoce amparo más fuerte que Tú, oh Reina mía. Tiene sus apóstoles, sus profetas, sus mártires, sus confesores y sus vírgenes, a quienes puedo recurrir en busca de auxilio; pero Tú eres más alta que todos estos intercesores: lo que ellos pueden con tu ayuda, Tú lo puedes sin ellos. ¿Por qué? Porque eres la Madre del Salvador. Y porque, si Tú callas, nadie ora, nadie socorre; pero, si Tú abres tus labios, todos rogarán por mí, todos vendrán en mi auxilio» (San Anselmo, *Oratio Eccl*).

9. Contactos callejeros

El apostolado pretende llevar a cada persona la riqueza plena de la Iglesia. El fundamento de este trabajo debe ser la relación directa, personal y perseverante de un alma entusiasta con otra alma, lo que llamamos con el nombre técnico de contacto. En la medida que nuestro contacto personal se debilite, así se debilitará nuestra verdadera influencia. Cuando las personas se vayan convirtiendo en grupos, se nos irán escapando. Hemos de convencernos de que el grupo nos aleja de la persona concreta. Estos grupos están compuestos de individuos cada uno de los cuales tiene un alma sin precio. Cada miembro tiene su propia vida, pero parte del tiempo lo pasa en el grupo –de una u otra clase–, en la calle, o reunidos en cualquier lugar. Debemos transformar esos grupos en individuos, para,

así, poder establecer contacto con sus almas. Así es como debe contemplar nuestra Señora a esos grupos: Ella es la Madre de cada alma en particular, Ella debe ver con angustia sus necesidades, y su corazón anhela encontrar a alguien que la ayude en su labor de Madre para con ellos.

Está demostrado el valor de la librería ambulante en un lugar público para entablar contactos. Se puede además hacer un trabajo de apostolado con un grupo de personas acercándonos a ellas con cortesía, y preguntándoles si podemos hablar con ellas sobre la fe. Estos contactos pueden hacerse en la calle, parques, lugares públicos, en los alrededores de las estaciones de tren o de autobuses, y en cualesquiera otros lugares donde se congregate la gente. La experiencia nos ha demostrado que tales acercamientos son generalmente bien recibidos. Los legionarios que emprendan este trabajo no deberán olvidar que su palabra y su talante son sus instrumentos de trabajo. Por ello, deberán actuar con sencillez y ser respetuosos. En su conversación, eviten cualquier palabra que pueda ser interpretada como un enfrentamiento con la otra persona, o cualquier cosa que pueda sonar como un sermón, o exigir algo como si fuera un deber, o mostrar algún indicio de superioridad. Crean firmemente que María, Reina de los Apóstoles, dará fuerza a sus débiles palabras, y que Ella desea infinitamente que su apostolado dé fruto.

10. El apostolado a favor de la empleada de hogar católica

Esta obra puede formar parte del trabajo anterior, o puede constituir una actividad especial por sí sola.

Con sobrada frecuencia, la empleada de hogar católica, colocada en el seno de una familia indiferente u hostil a la fe, considerada como una máquina, aislada, recién llegada del campo, arrojada a la ciudad, sin amistades, y forzada a trabar relaciones fortuitas llenas de graves peligros, pertenece a una de las clases

más abandonadas de la sociedad. El apostolado que se ejerza para con estas empleadas de hogar será realmente notable.

La visita semanal de legionarios que se interesen por su bien será para esta persona un rayo de luz. El fin de la visita consistirá por lo común en facilitar a la muchacha el ingreso en alguna asociación parroquial, contraer amistades buenas, pertenecer a sociedades de probada seriedad, si las hay; hasta, en muchos casos, el ingreso en la Legión. ¡Cuántos pasos se enderezarán con este trabajo, por sendas nuevas y más felices! ¡A cuántas almas no se conducirá a puerto seguro y hasta a la misma santidad!

«A primera vista nos parecerá ciertamente lo más natural que Dios debería haber rodeado a su excelsa Madre de gran pompa y magnificencia, al menos durante alguna época de su vida terrena. ¡Cuán distinta la realidad, tal como lo dispuso la divina Providencia! Allí vemos a María en su humilde casita de Nazaret ocupándose en los más sencillos quehaceres domésticos, barriendo el suelo, lavando la ropa, guisando la comida, yendo y viniendo del pozo con un cántaro en la cabeza, entretenida con aquella labor que nosotros —a despecho del ejemplo de Jesús, María y José— tenemos la osadía de llamar baja y despreciable. Las manos de María se enrojecían y se encallecían con el trabajo; Ella misma se sentiría muchas veces desganada y abrumada por el exceso de trabajo; tuvo los desvelos de la mujer de un artesano pobre» (Vasall-Phi-Illips, *La Madre de Cristo*).

11. Trabajo a favor de los soldados y personal del ejército

Las condiciones de la vida de estos hombres les llevan a descuidar la religión, y los exponen a muchos peligros. Por eso es doblemente deseable el apostolado entre ellos.

a) No siempre será fácil a los civiles el acceso a los cuarteles. Por eso, un trabajo eficaz con los soldados

requerirá la formación de praesidia entre los mismos soldados. Hay experiencia de esto en muchos lugares, con notable éxito.

b) El trabajo con los marineros requerirá la visita a los barcos y el procurarles en tierra todas las facilidades que se pueda. Los praesidia que se entreguen a este trabajo debieran afiliarse a la internacionalmente conocida asociación *Apostolatus Maris*, que tiene ramificaciones en la mayoría de los países marítimos.

c) Los legionarios deben respetar absolutamente la disciplina militar o naval, en todas sus reglas o tradiciones. Deberán aspirar a lograr para su apostolado la categórica afirmación de que su trabajo eleva a los hombres en todos los órdenes, y representa un bien neto en su servicio, y aun más que un bien: una verdadera necesidad.

d) El apostolado legionario debe ocuparse también de la gente que vive trashumando, como los gitanos y el personal del circo, etc. Los emigrantes y refugiados deberían también ser parte de este apostolado.

«Entre los grandes cambios que han tenido lugar en el mundo contemporáneo, la emigración ha producido un nuevo fenómeno: los llamados no católicos son cada vez más numerosos en países tradicionalmente cristianos, creando unas buenas oportunidades para establecer contactos, intercambios culturales, necesitados de hospitalidad, diálogo, ayuda y, en una palabra, de fraternidad. Entre los emigrantes, los refugiados ocupan un lugar muy especial y merecen la atención principal. Hoy hay muchos millones de refugiados en el mundo, y su número crece constantemente. Han escapado huyendo de lugares de opresión política, de miseria, desde el hambre hasta situaciones de proporciones catastróficas. La Iglesia debe hacerles parte de su preocupación, de su total preocupación apostólica» (RM, 37, b).

12. Difusión de literatura católica

Las vidas de incontables personas, como San Agustín de Hipona y San Ignacio de Loyola, vienen a demostrar que la lectura de libros prestigiosos, recomendados por personas, cuya opinión ellos respetaban, demostró ser instrumento que les condujo a alcanzar metas más altas. La difusión de literatura católica ofrece grandes oportunidades para establecer contactos apostólicos con una gran variedad de personas, con quienes puede tratarse fácilmente temas de la fe católica. Sino siguen una educación religiosa adecuada, una vez alcanzada la mayoría de edad, las personas que viven en un mundo secularizado están en una gran desventaja. La Iglesia les enseña un mundo y ellos viven en otro. La voz del mundo secularizado les habla más alto que la voz de la Iglesia. Hay que corregir este desequilibrio. El mandato del cristiano es ganar el mundo secularizado para Cristo. Esto exige que conozcamos bien los verdaderos valores y actitudes, es decir, los valores y actitudes cristianos.

Sin subestimar otras clases de comunicación, el leer seriamente –es decir, el leer para aprender– es una fuente de ideas verdaderamente rica e influyente. Leer poco, pero con regularidad, es mucho más efectivo que leer mucho pero sólo en ocasiones, cuando apetece hacerlo. Existe un verdadero problema cuando se trata de conseguir gente que lea libros religiosos. Hay que fomentar su interés, y, si se mantiene este interés, el material de lectura debe estar al alcance de cada lector. Aquí hay una oportunidad para los católicos que quieran ser verdaderos apóstoles. Al igual que los libros y folletos religiosos, existen periódicos y revistas católicas, cuyo objetivo es: **1)** proporcionar una síntesis razonada de temas actuales y una evaluación en profundidad sobre éstos; **2)** actuar como correctivo necesario ante opiniones distorsionadas o silencios calculados; **3)** revisar y proporcionar directrices sobre ofertas actuales en los medios de comunicación; **4)** desarrollar un saludable orgullo y la preocupación y el interés por los temas de

la Iglesia universal; y **5)** cultivar la afición a una lectura constante de temas importantes.

Además de la palabra impresa, el material audiovisual desempeña un papel muy valioso en el mantenimiento de la fe.

Antes de utilizar cualquier tipo de material que tenga que ver con la religión, conviene siempre asegurarse de buena fuente que este material está de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia. Las supuestas publicaciones católicas deben ser merecedoras de este nombre. «No son los nombres los que garantizan las ideas, sino las ideas las que garantizan a los nombres» (San Juan Crisóstomo).

Entre los medios ya ensayados y probados de distribuir literatura católica están los siguientes: **1)** conseguir suscriptores casa por casa; **2)** repartir periódicos o revistas en los hogares; **3)** contar con personal en quioscos y librerías católicas; **4)** montar una librería ambulante o un quiosco portátil en lugares públicos; **5)** utilizar la reunión de los patricios para recomendar material de lectura.

La presentación de libros y revistas en escaparates y puestos ha de ser atractiva y ha de mantenerse bien atendida. En publicidad católica, unos métodos descuidados no dan resultados positivos.

Durante las visitas para la distribución de literatura católica, los legionarios tratarán de seguir un apostolado dirigido a influir en todos y cada uno de los miembros de la familia.

«María es la compañera inseparable de Jesús. Siempre y en todas partes, la Madre está al lado de su Hijo. Por lo tanto, lo que nos une con Dios, lo que nos pone en posesión de las cosas del cielo, no es Cristo sólo, sino aquella pareja bendita, la Mujer y su Prole. Separar, pues, a María de Jesús en el culto religioso es destruir el orden establecido por el mismo Dios» (Terriem, *La Madre de los hombres*).

13. Promover la práctica de la misa diaria y la devoción hacia la sagrada Eucaristía

«Sería de desear que el mayor número posible de fieles pudieran tomar parte activa todos los días en el sacrificio de la misa, y participar también de la sagrada comunión, dando gracias a Dios por recibir de Él tan valiosos dones. Éstas son las palabras que deben tener en cuenta: Jesucristo y la Iglesia desean que todos los fieles se aproximen al sagrado banquete todos los días. Lo fundamental de este deseo es que se unan a Dios por el sacramento, y se fortalezcan con él, para evitar la codicia, para purificar las pequeñas faltas de cada día, y para tomar precauciones contra pecados más graves, de los que la debilidad humana no está del todo libre (AAS, 38 [1905], 401). Se necesita aún más. Las leyes litúrgicas establecen que la sagrada Eucaristía se mantenga en las Iglesias con el máximo honor y en el lugar más importante. Los fieles no dejarán de hacerle una visita siempre que puedan. Esta visita es una prueba de gratitud, una muestra de amor, la observancia de la debida adoración a Cristo nuestro Señor presente en la sagrada Eucaristía» (MF, 66).

Esto no se hará como un trabajo legionario, sino como algo que hay que tener presente y practicarlo asiduamente, como parte y sustento de todas las actividades legionarias (ver capítulo 8: *El legionario y la Eucaristía*).

«Vemos cómo la Eucaristía –sacrificio y sacramento– es, por la abundancia de los tesoros que encierra, cifra perfecta de todo cuanto la Cruz ofrendó a Dios y consiguió para los hombres. Es a un mismo tiempo la Sangre del Calvario y el rocío del cielo: la Sangre que clama pidiendo misericordia, y el rocío vivificante que da la vida a la planta mustia y caída. Es nuestro rescate y nuestra bendición; la vida y el precio de ella. Ni valió más la Cruz, ni la Cena, ni las dos juntas: ambas se prolongan en la Eucaristía, henchidas de todas las esperanzas del género humano. Por eso se llama a la misa

“el Misterio de nuestra fe” y con razón: no sólo porque en ella queda resumido todo el dogma cristiano, el dogma de nuestra ruina en Adán y nuestra rehabilitación en Jesucristo, sino también –y principalmente– porque mediante la misa se continúa entre nosotros aquel drama, aquella acción heroica por la que fue llevada a cabo la obra de nuestra excelsa restauración y el sobreabundante resarcimiento de nuestras anteriores pérdidas. No es una simple repetición a modo simbólico: realiza realmente entre nosotros lo que realizó Jesucristo mismo» (De la Taille, *El Misterio de la fe*).

14. El reclutamiento y cuidado posterior de los auxiliares

Todo praesidium que sepa apreciar el poder de la oración, pondrá gran empeño en la formación de un núcleo bien nutrido de socios auxiliares. Es deber de cada legionario reclutarlos y mantenerse en contacto con ellos.

Pensar en la generosidad de estos auxiliares, que han entregado a la Legión muchas de las mejores aspiraciones de sus almas. ¡Qué gérmenes de santidad no encierran! La Legión ha contraído con ellos una deuda de gratitud inmensa: ¿qué mejor manera de pagar esa deuda que elevando a tales auxiliares hasta la perfección? Los socios activos y los auxiliares son todos igualmente de la familia de la Legión. Los activos son los hijos mayores; y, por consiguiente, la Madre de la Legión –como cualquier otra madre– espera naturalmente su ayuda en la educación de los hijos menores. Pero María no estará simplemente mirando a ver cómo trabajan los socios activos en la perfección de los auxiliares, sino que dará a sus desvelos doble eficacia, y hará que para los unos y para los otros sean fuentes de insospechadas grandezas. Si en el alma del auxiliar se levanta el hermoso edificio de la santidad, el alma del activo obtendrá la recompensa del buen constructor.

Esta obra en beneficio de los auxiliares abre tan vastos horizontes que parece exigir que los más espirituales del

praesidium se consagren a ella por entero, con espíritu de «hermanos mayores».

«Para mí es cosa evidente: en estos días de terribles pecados y odio contra Dios, nuestro divino Salvador quiere convocar en torno suyo una legión de almas escogidas, entregadas en cuerpo y alma a Él y a sus intereses, y con las cuales pueda contar en todo momento para que le ayuden y consuelen; almas que no preguntarán: *¿Cuánto hay que hacer?*, sino más bien: *¿Cuánto puedo hacer por su amor?* Una legión de almas que se darán sin reparar en lo que cueste, con la única aflicción de no poder hacer más, darse más, sufrir más por Aquel que tanto hizo por ellas. En una palabra, almas que no sean como los demás hombres, que a los ojos del mundo pasen por locos, ya que su santo y seña es el sacrificio, no la propia comodidad» (Monseñor O'Rahilly, *Vida del Padre Guillermo Doyle*).

«Entonces, la legión de almas humildes, víctimas del Amor Misericordioso, llegará a ser tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas de la playa. Para Satanás será terrible, y ayudará a la santísima Virgen a aplastar completamente su orgullosa cabeza» (Santa Teresa de Lisieux).

15. Trabajo por las misiones

La preocupación por las misiones es una parte integrante de la vida integralmente cristiana. Comprende la oración, el material de apoyo y el estímulo de vocaciones misioneras, de acuerdo con las circunstancias personales.

Los legionarios podrían, por ejemplo, fundar una rama de la Santa Infancia, rodeada de una multitud de niños, para fomentar en ellos el amor a las misiones. También, podrían reunir a personas que no tengan todas las cualidades requeridas para ser socios activos de la Legión, y organizarlas –tal vez a base del servicio auxiliar de la Legión–, empleándolas en coser, confeccionar vestidos, etc. Resultaría una triple obra buena:

a) santificación personal del legionario; **b)** santificación de otros; **c)** un medio práctico de socorrer a las misiones.

A propósito de estos trabajos, nos vemos precisados a insistir en dos puntos –que, por otra parte, son de aplicación general–:

a) ningún praesidium podrá convertirse en agencia para recaudar fondos a favor de nada ni de nadie;

b) la supervisión y dirección de personas empleadas en la costura se podrá tener como trabajo suficiente para cumplir con la obligación del trabajo semanal. En cambio, el trabajo de coser, de por sí, no se estima suficiente para una socia adulta de la Legión, a no ser en circunstancias muy excepcionales, como en el caso de estar físicamente imposibilitada para hacer otra cosa.

«Las cuatro sociedades –Propaganda de la Fe, San Pedro Apóstol, Santa Infancia y la Unión Misionera– tienen el objetivo común de fomentar un espíritu misionero universal entre el pueblo de Dios» (RM, 84).

16. Promover retiros

Habiendo experimentado personalmente el beneficio de un retiro espiritual, los legionarios deben organizarlos, propagándolos y, allí donde todavía no estén establecidos, intentar establecerlos.

Tal es la recomendación del Papa Pío XI en la encíclica citada más abajo, dirigida a “aquellas asociaciones de piadosos seglares que aspiran a servir a la jerarquía apostólica mediante obras de Acción Católica. En estos retiros verán claramente lo que valen las almas, y se inflamarán en deseos de socorrerlas; y se llenarán del ardor del apostolado, de su briosa actividad y de sus santos deseos”.

Hay que notar el énfasis que pone el Papa en la formación de apóstoles. Esto, a veces, no se consigue: de muchos ejercicios no salen apóstoles, y en este caso hay que poner en tela de juicio la utilidad de tales retiros.

La falta de posibilidad de acomodo para dormir no ha de disuadir a los legionarios de hacer una amplia difusión de tan fructuosa práctica. La experiencia ha demostrado que un solo día de retiro –de la mañana a la noche– rinde muchísimo fruto, y es fácil de organizar. De hecho, y como práctica general, no hay otra manera de ponerlo al alcance de las masas. Para el retiro de un solo día se puede fácilmente encontrar un edificio con jardín; y los gastos de manutención no son elevados.

«El divino Maestro solía convidar a sus apóstoles a la dulce soledad del retiro: *Venid vosotros solos a un sitio tranquilo, y descansad un poco (Mc 6,31)*. Y, al salir de este destierro para el cielo, quiso que estos mismos apóstoles se puliesen y perfeccionasen en el cenáculo de Jerusalén: allí, durante diez días, dedicándose a la oración en común (Hch 1,14), se dispusieron para recibir dignamente al Espíritu Santo. Retiro memorable, por cierto, y prototipo de los ejercicios espirituales: retiro del cual salió la Iglesia naciente dotada de virtud y fuerza perenne, y donde, en presencia de la Virgen María, Madre de Dios, bajo su patrocinio, se formaron –juntamente con los apóstoles– aquellos otros que bien podemos llamar los precursores de la Acción Católica» (MN).

17. Asociación Pionera del Sagrado Corazón sobre la Abstinencia Total

Una admirable actividad para un praesidium sería indudablemente el reclutamiento de miembros para esta asociación. El objetivo primario de la asociación es la gloria de Dios, fomentando la sobriedad y la abstinencia; el medio principal para conseguir este objetivo es la oración y el autosacrificio. Los miembros están inspirados por su amor personal a Cristo: **a)** para no depender del alcohol, con el fin de hacer el bien; **b)** para reparar los pecados de la autoindulgencia, incluyendo sus propios pecados; **c)** para ganar, a través de la oración y el autosacrificio, gracia y ayuda

para aquellos que beben excesivamente y para los que sufren como resultado de este exceso en la bebida.

Las obligaciones principales de los miembros son:

1) abstenerse de por vida de toda bebida alcohólica; **2)** recitar la Ofrenda Heroica (oración) dos veces por día; **3)** llevar la insignia.

La Ofrenda Heroica es como sigue:

«Por tu mayor gloria y consuelo, Oh Sagrado Corazón de Jesús,
por tu amor, para dar buen ejemplo, para practicar la abstinencia,
para reparar por Ti los pecados del exceso y para la conversión de los bebedores,
me abstendré de por vida de toda bebida alcohólica.»

Existe un doble acuerdo: **1)** un praesidium puede crear, con la aprobación del director central de la Asociación Pionera, un centro pionero; **2)** en zonas donde exista ya un centro de la Asociación se permite un praesidium, sujeto a la autorización del centro existente, para unirse a dicho centro con el fin de promover y reclutar miembros para la Asociación (ver apéndice 9).

18. Cada localidad tiene sus necesidades particulares

Según las circunstancias, los legionarios utilizarán cualquier otro medio propio para el fin de la Legión, supuesta siempre la aprobación del consejo superior de la Legión y de acuerdo con la autoridad eclesiástica. Por lo demás –y no nos cansamos de repetirlo– deben lanzarse a toda obra nueva guiados por un espíritu emprendedor y valiente, y con ánimo resuelto.

Toda acción heroica, ejecutada en nuestra condición de católicos, tiene un efecto que podríamos llamar electrizante con relación al medio ambiente de cada localidad. Nadie –ni siquiera los impíos– puede

sustraerse al impacto causado por semejante heroísmo, que impulsa a tomar la religión con más seriedad. Esas normas nuevas de vida dejarán una huella firme en la conducta de la población entera.

«No temáis, dijo Jesús. Desterremos, pues, todo temor. No queremos que entre nosotros haya ningún miedoso. Si alguna vez hay necesidad de repetir estas palabras de Cristo: *No temáis*, es, indudablemente, cuando se trata de la Acción Católica y de sus obras, porque el temor priva a la mente de toda capacidad para juzgar y obrar con acierto. De nuevo lo repito: es preciso alejar el temor; todo temor menos uno, el que yo quisiera enseñaros: el temor de Dios. Poseídos de este santo temor, no os detendréis ni por los hombres ni por las revoluciones del mundo.

Y, en cuanto a la prudencia, que sea como la define y nos la recuerda sin cesar la Sagrada Escritura: la prudencia de los hijos de Dios, la prudencia del Espíritu. Que no sea – como de hecho no lo es– la prudencia de la carne: flaca, perezosa, estúpida, egoísta, indigna» (Pío XI, *Discurso del 17 de mayo de 1931*).

38. LOS PATRICIOS

La asociación de los patricios se estableció en 1955. Su finalidad fue la formación intelectual del pueblo en la religión, para enseñarle a dar razón de su fe y animarle a ejercer el apostolado. Se estableció un método provisional que, de hecho, ha seguido sin cambiar. Aunque al principio se sugirieron algunas modificaciones, pronto se comprobó que todas las sugerencias no eran sino una vuelta a otros métodos consagrados por el uso, tales como la catequesis, el sistema de conferencias y la sesión de preguntas y respuestas. Estos métodos tienen su utilidad propia y esencial, pero no llegan a profundizar en lo que tal vez sea hoy el problema básico de la Iglesia: la ignorancia religiosa

entre las personas mayores, y las lenguas paralizadas de los seglares. Aquí es donde la asociación patricia ha venido demostrando su eficacia, y por lo tanto hay que preservarla celosamente. Su método se basa en un delicado equilibrio. Una pequeña interferencia podría convertirla en algo totalmente distinto, como un ligero toque en el mando del aparato de radio nos puede traer una emisora muy diferente.

Otros métodos implican a una o a varias personas bien informadas en la tarea de instruir a los demás, pero el método patricio implica a todos, es el método de la propia Legión. Todos los reunidos trabajan juntos en la búsqueda activa del saber.

Analizando la asociación patricia, se ve que es hija legítima de la Legión, pues contiene los elementos característicos que se combinan para formar la propia Legión. Es el mismo sistema legionario extendido a la esfera de la educación religiosa.

Esta educación la preside María. Y con razón: pues Ella trajo a Jesús del cielo y lo dio al mundo; es justo que Ella participe con Jesús en todas las comunicaciones que sigue teniendo Él con los hombres. Esta función activa de María queda simbolizada por el altar legionario, que ha de ser el punto focal de la reunión patricia. Alrededor de María se congregan los patricios para hablar de la Iglesia en todos sus aspectos; es decir, para hablar de Jesús, quien, según su promesa se halla en medio de ellos. Es una forma de oración elevada, facilitada por la variedad de la reunión. No sería fácil pasarse dos horas seguidas en oración formal. Esta es una de las razones por las que la asociación, a la par que instruye, espiritualiza.

En el praesidium, la primera obligación es recibir de cada socio un informe de viva voz. En la asociación patricia sucede lo mismo: su primer fin es conseguir de cada miembro una aportación oral. A este fin van encaminados el plan de la reunión y el modo de llevarla. El ambiente tiene que ser amigable, henchido de mutuo respeto y aprecio: el de una familia bien

avenida en la que todos expresan su opinión, aunque algunos miembros sean más habladores que otros. Y este buen tono depende de la ausencia de factores nocivos. La táctica común del debate público suele consistir en atacar, en condenar, en ridiculizar. Si en la reunión patricia empiezan a manifestarse esas actitudes, los miembros irán desapareciendo.

Una vez establecido el espíritu familiar en que hasta los más sencillos se sientan como en su casa, quedan echados los cimientos de la asociación patricia. Cada contribución oral tenderá a provocar otra, será un eslabón en la cadena, que arrastrará a los demás. Se irán llenando los huecos intelectuales, se irán atando cabos sueltos hasta tejer la trama de la doctrina católica. Al paso que el conocimiento y el interés vayan en aumento, las personas se irán fundiendo más y más con la unidad del Cuerpo Místico, y se compenetrarán de la vida de Éste.

El modo patricio de proceder reúne en sus notas características la aplicación de la doctrina y técnicas legionarias. Importa mucho que se den cuenta de ello los legionarios, a fin de que se dediquen a la obra patricia con la misma convicción con que se entregan a la del praesidium. Con esta conciencia estarán bien preparados para la gran tarea que les espera.

Es triste –pero es un hecho– que los católicos no hablan de religión con los que se hallan fuera de la Iglesia, y pocas veces con los de dentro. Esta desorientación de los cristianos ha sido tildada justamente de «mutismo». El cardenal Suenens define la situación con estas palabras: «Se dice que los que están fuera de la Iglesia no escucharán: la verdad es que son los católicos los que no hablarán». Los datos parecen probar: que el católico corriente no está dispuesto a socorrer a otros en el terreno de la religión; que a los que buscan sinceramente la verdad no se les da la información que piden; y que se crea la falsa impresión de que los católicos somos indiferentes en cuanto a las conversaciones.

Esta falta tan extendida está poniendo en peligro el propio carácter cristiano, porque el cristianismo no es egoísta. Sin embargo, las cosas no van tan mal como se las pinta, puesto que ese silencio y aparente desinterés proceden más bien de la falta de confianza:

a) esas personas son demasiado conscientes de sus escasos conocimientos en materia de religión, y, por consiguiente, tratan de evitar cualquier ocasión que exponga esa pobreza de conocimientos a la luz del día;

b) aun cuando sus conocimientos sean en sí ricos, se componen de elementos aislados, como las respuestas del catecismo. Su inteligencia no ha realizado la operación posterior de integrar estos elementos en un conjunto sistemático, no ha logrado unirlos –digamos– como las piezas de un automóvil o los órganos del cuerpo humano. La cuestión se complica más porque faltan muchos elementos, y los que hay no forman un conjunto debidamente proporcionado. Así que, aun en conjunto, estos conocimientos dispares serían algo así como una máquina con las piezas mal ajustadas, que no funciona;

c) en muchos casos la ignorancia es tal que la fe carece de suficiente fundamento; reina un estado de semicreencia; basta situarse en un ambiente irreligioso para sufrir la desintegración.

Éste es el verdadero problema.

Los patricios son una asociación regida por la Legión. Cada grupo tiene que afiliarse a un praesidium, y su presidente debe ser socio activo de la Legión. Un mismo praesidium podrá tener a su cargo varios grupos. Cada grupo debe tener un director espiritual aprobado por el del praesidium. Como director podrá actuar un religioso o una religiosa, o, con el permiso de la autoridad eclesiástica, un seglar.

El título patricio se toma, como la mayoría de los títulos legionarios, de la terminología de la antigua Roma. Los patricios romanos constituían el grado superior de las tres clases sociales: patricios, plebeyos y esclavos. Pero lo que ambiciona nuestra asociación

patricia es hermanar en una sola nobleza espiritual a todas las escalas sociales. Además, los patricios estaban obligados a ser muy amantes de la patria y muy conscientes de sus responsabilidades por el bienestar de la misma. Así también, nuestros patricios han de ser el apoyo de su patria espiritual, la Iglesia.

La regla no insiste en que los patricios sean católicos devotos ni aun practicantes; sólo exige que su lealtad sea católica en un sentido amplio. Los católicos bautizados pero radicalmente adversos al catolicismo no entran en esta categoría.

Los no-católicos no pueden asistir a las reuniones, a no ser que el obispo permita lo contrario.

La reunión patricia se celebra mensualmente. La puntualidad y la continuidad son esenciales. Las reuniones no deben omitirse salvo en casos de verdadera imposibilidad. No es de obligación que cada miembro asista a todas las reuniones. Se puede utilizar algún modo para convocar a los miembros para la próxima reunión.

Es de desear que un grupo no tenga más de cincuenta miembros. Aun este número presenta dificultades.

1. Plan de la reunión

Es necesario evitar el efecto teatral del estrado y del auditorio, pero tampoco debe haber un ambiente de desorden. A ser posible, colóquense los asientos en forma semicircular, con la mesa completando el círculo. Sobre la mesa estará el altar de la Legión, del cual es parte esencial el vexillum.

La reunión deberá contar con todos los elementos de atracción posibles, incluso comodidades materiales: buenos asientos, luz, temperatura.

Los gastos se sufragan mediante una colecta secreta, y en cada reunión se declarará el estado de caja.

2. Orden de la reunión

1. La reunión comienza con la oración patricia dicha al unísono y de pie; esta oración viene dentro de este capítulo.

2. Una ponencia o una charla por un seglar, de una duración máxima de quince minutos. No es necesario que dure tanto. Si pasa de quince minutos será, como todo lo excesivo, perjudicial. Tampoco es necesario que el ponente o charlista sea un experto. Lo experto tiende fácilmente a ser demasiado erudito y extenso, y, al comienzo de la reunión, la arruinaría. Algunos han dicho que no hay necesidad de ponencias o charlas, pero salta a la vista que es necesario hacer algún estudio preliminar del asunto que se va a discutir, y, en la práctica, esto se consigue solamente si alguien está encargado de hacerlo. Hay que proporcionar a los reunidos materia prima para que ellos la elaboren.

3. A la ponencia o charla sigue una discusión general. Todas las demás partes de la reunión quedan supeditadas a esta discusión, y han de ser orientadas hacia su pleno funcionamiento. Y no podrá haber discusión si los miembros no aportan cada uno su contribución. El problema patricio está en inducir a que intervengan aquellos que inicialmente se sienten incapaces o reacios; problema que hay que solucionar tanto para su propio bien como para la salud de la Iglesia.

Hacia este fin, pues, hay que encaminar todos los medios, superando las influencias adversas. Sería fatal mostrar una actitud poco comprensiva para con cualquier intervención errónea o demasiado simple, que puede darse con frecuencia. Frustraría la finalidad de la asociación: estimular a cada miembro a expresarse sinceramente. Por eso, la libertad de hablar es de suma importancia, y, aunque se digan barbaridades, hay que fomentar esa libertad, teniendo en cuenta que esas mismas barbaridades se están repitiendo fuera como

lo más natural, y en un ambiente donde no reciben ninguna corrección.

Lo principal es que se contribuya con ideas, no que éstas sean sabias y ortodoxas. Las contribuciones perfectas podrán ser las que más brillen, pero las corrientes son las que más efecto surten: enseñar a hablar a los cortos de palabra.

Psicológicamente es importante que se dirija la palabra no a una persona distinguida o destacada de la reunión, sino a la asamblea en general. Se trata de que al terminar una intervención, cada oyente se sienta como interpelado por algo que exige un comentario, casi como si fuera una conversación viva entre dos personas. En una conversación íntima vendría inmediatamente la contestación: en la reunión patricia hay que crear una situación análoga.

Este equilibrio psicológico quedaría perturbado si la atención general se distrajera con otra cosa; por ejemplo: si el presidente centrara toda la atención con puntualizaciones y comentarios; o si el ponente interviniera repetidamente para aclarar algunos puntos suscitados por su ponencia; o si el director espiritual tratase de resolver las dificultades tan pronto se presentasen. Cualquiera de estas actitudes sería perjudicial. Transformaría la reunión en una sesión de preguntas y respuestas, interviniendo unos pocos para preguntar, y otros –los expertos– para dar las contestaciones.

Es de desear que cada aportación oral reciba, independientemente de sus méritos, una ovación. Lejos de distraer, el aplauso hará que la atención se centre durante unos instantes sobre lo dicho. Para los tímidos será un estímulo necesario, porque interpretarían el silencio como una desaprobación. Además de que normalmente, esa pausa es útil, pues durante ella algunos se preparan para hablar y otros asimilan lo que acaban de oír.

El presidente tiene que ser tolerante con las intervenciones que no procedan. El llamar al orden

podría desanimar a toda la asamblea. Pero, si tales intervenciones irrelevantes distraen a otros miembros, entonces convendrá que el presidente les llame la atención.

Para hablar hay que ponerse de pie. Es probable que, estando sentadas, las personas hablen con más soltura, pero se correría el riesgo de que la reunión degenerara en un intercambio desordenado de frases, que no pasaría de ser una charla.

A nadie se le prohíbe volver a intervenir, pero el que todavía no haya hablado tendrá preferencia sobre los demás.

4. La discusión se interrumpe una hora después del comienzo de la reunión. Al llegar a este punto, se declarará el estado de caja, y se avisará a los miembros que, en cuanto acabe su intervención el director espiritual, se pasará la bolsa para la colecta secreta.

5. Luego se sirve algún refrigerio. Éste es esencial a la reunión y no debe omitirse. Cumple fines importantes:

a) a la asociación patricia la imbuye de un carácter social muy útil;

b) facilita el intercambio de ideas;

c) suelta las lenguas;

d) ofrece oportunidades de contacto apostólico.

Se ha sugerido que se omita el refrigerio y que se utilice el descanso para otras cosas. En la práctica no sería fácil justificar el descanso sin tomar algún refrigerio.

El descanso durará quince minutos.

6. A continuación viene la charla del director espiritual, también de quince minutos. Todo lo precedente ha sido una preparación para esta charla, que será escuchada con mucha atención. Es un elemento vital, destinado a dar una forma ordenada y correcta al tema de la discusión, elevándolo al más alto nivel, y espoleando a los miembros a un mayor amor y servicio de Dios.

Se ha preguntado por qué no se pone la charla del director espiritual al final de la reunión, pues así podría tener en cuenta todo lo dialogado. La respuesta es:

aquí se pretende que esta segunda charla sea un material precioso para continuar la discusión; lo cual sería imposible si se diera al final. Además hay otra razón más de tener en cuenta en ámbitos de poca formación intelectual: que la primera charla no haya sido bien comprendida por todos los asistentes; y en este caso, al reanudarse el coloquio funcionará el «principio de interpretación», de que se hablará más adelante.

7. Después de la charla del director espiritual continúa la discusión general, hasta cinco minutos antes del fin.

8. Durante esos momentos finales:

a) el presidente expresa brevemente la gratitud de todos al ponente, pero sin formulismos de etiqueta;

b) se fija el tema para la próxima reunión. Los temas han de referirse a la religión, evitando asuntos meramente académicos, culturales, literarios o económicos;

c) se comunica cualquier otro anuncio.

9. Sigue la oración final –el Credo– que rezan todos de pie y al unísono.

10. Se clausura la reunión con la bendición del sacerdote, la cual se recibirá de pie, para evitar el desorden que se produce al querer arrodillarse entre sillas.

La duración total de la reunión habrá de ser de dos horas. Es obligatorio cumplir el horario preciso durante toda la reunión. Si algún asunto del programa rebasa sus límites de tiempo, será con perjuicio de los demás, y se perturbará el equilibrio del conjunto. Al final de este capítulo se indican las distintas partes de la sesión y su horario.

No debe haber recapitulaciones. Si han quedado sin resolverse materias importantes, no hay que preocuparse; habrá otras reuniones, y al final aparecerá la solución buscada.

No se imponen trabajos. No se señalan tareas por parte de la asamblea. No hay que presionar a los miembros para que asuman actividades extraordinarias.

Pero sí deberán utilizarse todos los contactos de amistad desarrollados para estimular a los miembros en todos los sentidos, particularmente a que se hagan socios legionarios activos o auxiliares, o adjutores. Estos contactos, sabiamente utilizados, servirán a los patricios de medio para poder emitir impulsos tan fuertes que beneficiarán a toda la sociedad.

3. Algunos principios patricios

1) La psicología del grupo

El hombre necesita la ayuda de otros hombres, y por eso se forman grupos; el grupo ejerce su influencia a medida que tenga reglas y espíritu; el individuo se esfuerza por mantenerse al nivel del grupo al que pertenece, para bien o para mal; el hombre deja de ser puramente pasivo y participa en la vida del grupo si se encuentra en él a gusto, será una fuerza. Aplicado esto a los patricios, significa que en todos ellos –hasta en los más torpes– se ejerce una influencia silenciosa pero irresistible, para que vayan asimilando lo que oyen y se pongan al corriente de otras maneras. Pero, aun consiguiéndose todo esto, un grupo puede dejar de avanzar. Contra este peligro reacciona la asociación patricia teniendo oficiales de buen espíritu y otros miembros que aseguren la circulación de ideas superiores. Gracias a la fuerza de esta psicología del grupo, estas ideas serán asimiladas por los miembros, y será posible hacer crecer constantemente al conjunto en calidad.

2) Las pausas penosas

Los largos silencios entre una y otra intervención pueden resultar desconcertantes. El presidente sentirá la tentación de presionar a los miembros para que rompan a hablar. Sería una equivocación, porque se crearía una sensación de tensión, y los miembros se sentirían menos dispuestos a hablar. Conviene recordar que las familias no sienten necesidad de

estar continuamente hablando, y se sienten cómodos cuando se hacen pausas normales en la conversación. Por eso, al presentarse esos silencios, que todos sigan sentados plácidamente, como lo harían en sus casas. El silencio ya se romperá, y, cuando se rompa, será seguido de ordinario por un ambiente de tranquilidad, en que las lenguas se desatarán libremente.

3) *Aplazando la solución*

En general hay dos maneras de resolver un problema: una es pedir inmediatamente la solución a un experto en la materia; la otra es procurar encontrarla uno mismo.

La primera parece directa y sencilla, y en ella se basa la mayor parte de la enseñanza. Sus defectos son que la respuesta no se entiende sino a medias, y que así no se desarrollan los recursos de los discípulos y su sentido de responsabilidad.

El segundo método es más laborioso: devuelve el problema a los aprendices, que han de esforzarse ellos mismos; cuando ellos empiezan a esbozar una solución, entonces se les guía expertamente; otra vez se les devuelve el problema para que luchen por encaramarse un poco más alto en busca de la solución. El resultado final de este proceso de autoayuda orientada es que habrán aprendido de verdad. Habiendo buscado la solución con sus propios esfuerzos, la aprecian, la recuerdan, y habrán cobrado confianza para el porvenir.

Éste es el método patricio. Es un método que exige además que, cuando se diga algo disparatado, no sea corregido inmediatamente por la autoridad, sino que se deje al ritmo de la discusión. Lo más probable es que se elimine el error; si se mantiene un error grave, es preciso corregirlo, pero no de modo que humille. Recordemos a María enseñando a su Hijo.

4) *Haciendo preguntas*

Los métodos de formación a base de conferencias reconocen la conveniencia de provocar en el auditorio una reacción, y por eso invitan a hacer preguntas. Algunos aceptan la invitación, hacen sus preguntas, y el conferenciante contesta. Semejante proceder no está en conformidad con los patricios: vienen a ser una interrupción de la discusión, algo así como un cortocircuito en la electricidad. Al principio, a muchos de los presentes se les ocurrirá dirigir preguntas a sólo uno de los miembros destacados de la reunión; si éstos contestan, adiós la discusión, porque la reunión se habrá convertido en una clase; y adiós los miembros, porque se marcharán.

La regla de oro es que todo el que hace una pregunta relacionada con el tema de la discusión tiene que completar la pregunta exponiendo sus propias ideas sobre el tema. La experiencia dice que es útil devolver la pregunta a la asamblea para que continúe la discusión.

5) *El principio constructivo de los patricios*

Está bien pensar en la formación como en un edificio que se construye sumando conocimiento sobre conocimiento, como piedra sobre piedra; pero la asociación patricia actúa, no sumando, sino multiplicando: construye con piedras vivas, en el sentido de que cada nuevo conocimiento se enlaza con todas las ideas anteriormente expresadas, y de ahí brota un conocimiento realmente nuevo, el cual, a su vez, es positivamente influido por los otros; se modifican las opiniones y surgen ideas nuevas.

Esta compleja y rica operación, dirigida sabiamente por la gracia, tiene que producir necesariamente en cada miembro una fermentación provechosa; pero no en él solo, sino también en todos los demás, como si fuera la corriente de un río que arrastrara las ideas y las voluntades de todos los reunidos, dándoles un impulso positivo hacia adelante. Y así, una fe estancada y una

mentalidad religiosa rudimentaria, al verse afectada por esta corriente de energía y de orientación, experimenta forzosamente una transformación vital.

6) *Miembros destacados*

Así como el *praesidium* depende de sus oficiales, así depende la asociación patricia de sus miembros más destacados. Pero éstos han de tener cuidado de no rebasar los límites de su cargo, porque, si lo hacen, empobrecen la actuación de los miembros menos destacados, y desvían la reunión hacia el método escolar. Es vital que el director espiritual, el presidente y el ponente se mantengan dentro de los límites de tiempo y demás a ellos señalados, por tentador que sea lo contrario. La gente sencilla –es decir, la mayoría– se siente incómoda en presencia de la ciencia y de la autoridad. Los oficiales patricios, para la comunión efectiva del saber, han de obrar según la fórmula dada por nuestro Señor: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt.11, 29). Cuanto más se eclipsen los miembros destacados durante la discusión, tanto más libremente fluirá ésta. Lo cual no quiere decir que no puedan intervenir fuera de los tiempos específicamente señalados para ellos; podrán intervenir como los demás miembros, pero con tal de que lo hagan comedidamente.

7) El «principio de interpretación»

Entre todos los principios de la asociación patricia sobresale el llamado «principio de interpretación». Gracias a este principio, se ponen al alcance de todos las intervenciones que, por una razón u otra, trasciendan la capacidad intelectual de la mayoría de los miembros. En consecuencia, las ideas nuevas y difíciles pueden ser expresadas por unos y, poco a poco, asimiladas por aquellos miembros más sencillos.

Este don de establecer una base común de pensamiento entre los que saben más y los que saben menos, es de gran valor, y actúa de la siguiente forma:

supongamos que la primera ponencia, o cualquier otra intervención, es de un estilo tan nuevo que solamente la entiende un diez por ciento de los oyentes. Si fuera una conferencia ordinaria, sería tiempo perdido, pero, con el método patricio, algunos de ese diez por ciento que han entendido lo expuesto empiezan a discutirlo, y lo van haciendo en consonancia con la capacidad de la mayoría de los miembros. Y así, la ponencia o discusión difícil se va poniendo al nivel de la inteligencia común. Entonces rompen otros a hablar, y finalmente se hace del dominio común, mediante una acción que podríamos comparar al moler del trigo hasta conseguir harina. Han quedado interpretadas o traducidas para la capacidad general de todos los miembros todas aquellas oscuridades contenidas en la ponencia o charla original. El resultado es que ninguna participación queda sin provecho.

Esta característica de los patricios posee un valor singular en las condiciones primitivas, como las de un país de misión. Allí tiene el misionero la difícil tarea de enseñar íntegramente el catolicismo a gente cuyo idioma no llega a entender perfectamente, y cuya mentalidad dista tanto de la suya. Las posibilidades interpretativas de los patricios tienden un puente sobre esos abismos.

8) Ofreciendo a Dios algo que elaborar

Aquí no se trata sólo de reunir unas cuantas piedras para hacer con ellas una estructura, se trata de construir –con nuestras facultades aunadas por la gracia sobrenatural– un edificio mucho mejor que los materiales de que naturalmente disponemos.

Tenemos que darnos cuenta de que en el campo de la religión revelada nadie posee soluciones completas. Siempre han de intervenir la fe y la gracia. Aun la argumentación más sabia podrá ser insuficiente para llenar las deficiencias, pero esto no quiere decir que las manifestaciones menos sabias carecen de utilidad. El hecho es que Dios toma en sus manos la contribución

más pobre y hace algo con ella. Cuando todos hayan contribuido lo mejor que puedan, ¿quién sabe si el hueco que parecía imposible de llenar quedará abierto? Nunca sabemos si es que ese hueco era más pequeño de lo que pensábamos, o si la contribución humana fue mayor de lo que parecía, o si Dios compensó lo que faltaba. Eso no lo podemos decir. Pero se ha hecho el trabajo completo.

Lo dicho aquí ha de ser siempre nuestra filosofía, y no debemos limitarla a la asociación patricia. Cada uno debe aportar su contribución, aunque crea que es insuficiente. Más vale un esfuerzo pobre que ninguno. La obra de convertir al mundo es cuestión de aplicación del esfuerzo católico; pero, mientras cada católico individual siga diciéndose a sí mismo: «No sé lo suficiente, mejor es callarme», los esfuerzos de la Iglesia resultarán insuficientes. Por desgracia, ésta es la situación, y la asociación patricia aspira a transformarla.

4. ORACIÓN DE LOS PATRICIOS

(La rezarán todos al unísono y de pie)

En el nombre del Padre, etc.
Adorado Señor,
bendice la Sociedad de los Patricios
en la cual hemos ingresado para estar
más cerca de Ti
y de María, tu Madre,
que es también Madre nuestra.

Ayúdanos a conocer nuestra fe católica,
de modo que sus poderosas verdades
se hagan principio de actividad en nuestras vidas.

Ayúdanos también a entender
tu íntima unión con los hombres
por la cual éstos no sólo viven en Ti,
sino que dependen también los unos de los otros,

de tal manera que, si alguno falla,
 todos sufren por ello y aun podrían perecer.

Danos capacidad para vislumbrar
 la dura pero gloriosa responsabilidad
 que se nos ha encomendado,
 y anhelar el cumplirla por Ti

Sabemos lo que somos;
 nuestra naturaleza se resiste,
 nos sentimos incapaces de
 ofrecerte nuestros hombros.
 Pero confiamos en que Tú mirarás nuestra fe
 más que nuestra fragilidad,
 y las necesidades de tu obra
 más que la insuficiencia de los instrumentos.

Así, pues, uniendo nuestra voz
 a las plegarias maternas de María,
 pedimos a tu Padre celestial y a Ti
 el don del Espíritu Santo,
 que habite con nosotros,
 para que nos enseñe su doctrina de vida,
 dándonos todo lo que necesitamos.

Concédenos también que,
 habiendo sido bondadosamente dotados,
 podamos dar generosamente;
 de otra manera, el mundo podría
 no recibir los frutos de tu Encarnación
 y de tu dolorosa muerte.
 ¡No permitas que una labor y
 un sufrimiento tan grandes sean vanos! Amén.

En el nombre del Padre, etc.

5. HORARIO DE LA REUNIÓN

a) Grupos ordinarios

- 0,00 Oración patricia, rezada al unísono y todos de pie.
Ponencia por una persona seglar, limitada a 15 minutos.
0,15 Discusión.
- 0,59 Estado de caja y aviso de que se pasará la bolsa secreta inmediatamente después de la alocución del sacerdote.
- 1,00 Descanso para el refrigerio.
- 1,15 Plática por el sacerdote, limitada a 15 minutos.
- 1,30 Se continúa la discusión.
Colecta secreta.
- 1,55 Anuncios: fecha y temas de la próxima reunión, etc.
- 2,00 El Credo, rezado por todos al unísono y de pie.
Bendición del sacerdote, que se recibe de pie.

b) Grupos en colegios y juveniles

En los casos en que resulta realmente imposible celebrar la reunión según el método ordinario, se permite celebrarla de forma abreviada, con una hora y media de duración total. Estos casos son los de los grupos dentro de colegios e instituciones, y donde los miembros sean menores de 18 años de edad.

- 0,00 Oración patricia, seguida de la ponencia por un seglar de cinco minutos de duración.
- 0,05 Discusión durante 40 minutos.
- 0,45 Descanso de 10 minutos. Se puede omitir el refrigerio.
- 0,55 Charla por el director espiritual, de 10 minutos.
Se puede omitir la colecta secreta.

1,05 Se continúa la discusión durante 20 minutos.

1,25 Anuncios, como anteriormente.

1,30 El Credo, etc., como anteriormente.

«La asociación patricia es cosa de familia. Una conversación sobre los asuntos que interesan a todos, abierta, sincera y salida del corazón, es una de las delicias de la vida familiar. Nosotros, los cristianos, como hermanos que somos de Cristo, pertenecemos a la familia de Dios. Pensar en nuestra fe, comentarla y discutir su aplicación con el espíritu con que nuestro Señor y los apóstoles charlaban de las enseñanzas del día, al fin de la jornada, en Galilea: tal es el espíritu de los patricios.

Conocer a Jesucristo como el Maestro maravilloso y amable, como el Amo y Señor que es, significa que tenemos que empapar nuestras mentes en sus verdades salvadoras, y sentirnos perfectamente a nuestras anchas al hablar de religión, exactamente como gustamos de hablar de nuestros hijos, nuestra casa, nuestro trabajo. El Espíritu Santo concede a todos unas claras intuiciones de la verdad de Cristo. Estas intuiciones las compartimos con otros en la reunión patricia, y nosotros, por nuestra parte, aprendemos de ellos. Allí somos testigos de Cristo, y nuestros corazones arden dentro de nosotros mientras Él nos habla por boca de nuestro prójimo.

En la asociación patricia –y mediante ella– Dios se nos acerca; sus verdades nos impresionan más hondamente; y la Iglesia se nos hace más real, como un campo para nuestra acción evangelizadora. Las mentes se iluminan mutuamente; los corazones se encienden con la fe; Cristo crece en nosotros» (P. J. Brophy).

39.PUNTOS CARDINALES DEL APOSTOLADO LEGIONARIO

1. En nuestro trato con las almas María debe acompañarnos siempre

Por condescender con los miserables prejuicios de los que tienen a María en poca estima, la dejamos nosotros a veces relegada a la oscuridad. Semejante método de contemporizar con nuestros adversarios obedecerá, tal vez, a razonamientos humanos; pero está muy lejos de reflejar el plan de Dios. Ignorar la parte que tuvo María en la Redención sería como si intentáramos predicar el cristianismo sin Cristo. Es Dios quien ha dispuesto que sin María no hubiera anuncio, ni llegada, ni entrega, ni manifestación de Jesús.

a) Desde un principio, y antes de la creación del mundo, María estuvo en la mente de Dios

El mismo Dios fue el primero en esbozar para Ella un destino indudablemente único y sin par. Toda esa grandeza suya tuvo orígenes remotísimos: precedió a la constitución del mundo. Desde un principio, la idea de María estuvo presente en la mente del Padre Eterno, juntamente con la del Redentor, en cuyo destino participaba Ella. Desde aquel momento tan remoto había contestado Dios a la pregunta del escéptico:

«¿Qué necesidad tenía Dios de la ayuda de María?»
Ciertamente, Dios pudo haber prescindido totalmente de María lo mismo que pudo haber prescindido del propio Jesús, pero el plan que quiso adoptar incluía a María. En aquel instante en que fue decretado el nacimiento del Redentor, se decretó también que María estuviese a su lado. Es más: el proyecto divino le asignó nada menos que el oficio de Madre del Redentor, y eso

lleva necesariamente consigo el oficio de Madre de todos los que iban a estar unidos a Él.

Así, desde toda la eternidad, María quedó ensalzada a un puesto singular entre todas las criaturas, absolutamente sin comparación ni con los seres más sublimes; distinta de todos los demás en la mente divina, distinta por su predestinación única; y, por lo tanto, singularizada entre todas las mujeres en aquella primera profecía de la Redención que Dios proclamó a Satanás: *Pongo enemistades entre ti y la Mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te pisará la cabeza cuando tú hieras su talón* (Gén 3,15). He aquí un resumen de la futura Redención, hecho por el mismo Dios. No cabe duda: María pertenece a una categoría única aun antes de nacer, después y siempre; Ella es la enemiga de Satanás; inferior al Salvador, pero la segunda después de Él (Gén 2,18), y diferente por completo de las demás criaturas. Nadie tan cerca de Él como Ella: ni profeta, ni siquiera el Bautista; ni rey, ni caudillo, ni apóstol, ni evangelista, incluso los mismos San Pedro y San Pablo, ni el mayor de los papas y pastores y doctores; ni santo alguno; ni David, ni Salomón, ni Moisés, ni Abrahán. ¡Ninguno! Ella sola, entre todas las criaturas habidas y por haber, está designada por Dios para ser la cooperadora de nuestra salvación.

b) *Revelada en profecía al vivo y claramente*

El curso de la profecía sigue: «La Virgen», «La Virgen y el Hijo», «La Mujer» y «La Mujer y el Niño», «La Reina sentada a la diestra de Rey»... La afirmación, frecuentemente repetida, de que una mujer ha de ser un factor primario en nuestra salvación. ¿Qué porvenir se profetiza así para Ella? ¿Acaso no es consecuencia lógica de esto todo lo más grande que podemos afirmar sobre Ella? Apenas si nos damos cuenta de la fuerza contundente y conclusiva que tiene la profecía respecto al puesto que ocupa María en la religión cristiana. Una profecía es una sombra de lo que ha

de venir, una mirada que penetra el tiempo, un pálido bosquejo de lo que se ve en lontananza. La profecía tiene que ser, forzosamente, menos viva, menos clara, menos concreta que la realidad de la que habla; pero, también, tiene que guardar con esa realidad cierta armonía de proporciones. La profecía que había revelado la Redención como la obra conjunta de una Mujer y de su Hijo, y excluyendo a cualquier otro –los dos aplastando la cabeza del Maligno–, sería radicalmente inexplicable con una realización en la que la Mujer quedara relegada a la oscuridad. Por eso, si esa profecía merece el nombre de tal, y si la salvación es la realización perpetua del misterio salvador de Jesucristo en la concreción de la vida humana –y así nos lo declaran a la par la Santa Iglesia y las Sagradas Escrituras–, en la economía cristiana hay que hallar a María al lado de Jesús, inseparable de Él en su obra salvadora; la nueva Eva, dependiente de Él, pero necesaria para Él; es decir, la Medianera de todas las gracias, como la llama la Iglesia Católica para expresar el oficio de misericordia que Ella ejerce. Si lo que vislumbra la profecía es hoy la verdadera tierra de Dios, los que estiman a María en poco son extranjeros y ajenos a esa tierra.

c) *La Anunciación revela, igualmente, su puesto fundamental*

Se acerca el punto fulminante de las profecías. Al fin de tantos siglos, llega ya el gozo de su realización.

Consideremos la admirable ejecución del plan de la divina Misericordia. Trasladémonos en espíritu a aquella Conferencia de la Paz, la más importante que han visto los siglos. Esta negociación entre Dios y los hombres se llama «La Anunciación». En aquella Conferencia, Dios estaba representado por uno de sus arcángeles, y la humanidad, por Aquella cuyo nombre ostenta la Legión como un privilegio. Ella era sólo una gentil doncella, pero de Ella dependió ese día el destino de

toda la humanidad. Llegó el ángel con noticias más que sorprendentes, y propuso a María la Encarnación. No era una simple notificación. No fue violentada su libertad de elección. Y así, por un momento el destino de la humanidad se estremeció, mientras duró la reflexión de María.

La Redención era el deseo ardiente de Dios; pero en esto –como tampoco en temas de menor importancia–, Él no forzaría la voluntad del hombre. Brindaría el privilegio inconmensurable, mas para que el hombre lo aceptara, y el hombre era libre de rechazarlo.

Había llegado el momento que todas las generaciones habían esperado con ansiedad; desde siempre todas las generaciones habían pensado en él. Era el momento cumbre de todos los tiempos. Hubo una espera... Aquella doncella no aceptó de inmediato; hizo una pregunta y se le dio una respuesta. Hubo otro silencio... Y, después, Ella dijo: *Hágase en mí según tu palabra*. Aquellos labios trajeron a Dios a la tierra, sellando el gran Pacto de Paz de Dios con la humanidad.

d) El Padre ha hecho depender de Ella la Redención

Son poquísimos los hombres que perciben realmente las consecuencias del consentimiento de María. Aun la generalidad de los católicos se forman una idea muy pobre del importante oficio desempeñado por Ella. Pero los doctores de la Iglesia dicen cosas como ésta: suponiendo que la Virgen no hubiese aceptado el don de la maternidad, la Segunda Persona Divina no se hubiera encarnado en sus entrañas. ¡Qué cosa más sublime!

«Pensamiento aterrador: depender Dios del *Fiat* de una doncella de Nazaret para enviar a su Unigénito a rescatar al mundo (Lc 1,38). En esta sola palabra culminó todo el mundo antiguo; de ella arrancó el mundo nuevo; es el cumplimiento de todas las profecías, el eje de todos los tiempos, el primer destello del lucero de

la mañana, anuncio del Sol de Justicia; es la palabra que forjó, en cuanto era capaz una voluntad humana, el vínculo que unió el cielo con la tierra, y elevó a la humanidad hasta Dios» (Hettinge).

Cosa realmente sublime. Significa que María era la esperanza de la humanidad. Pero esperanza firme, porque, en sus manos, nuestra suerte estaba segura. Y, aunque no podamos comprenderlo en todo su alcance, la misma razón nos dice que aquel acto del consentimiento de María tuvo que ser el acto más heroico que jamás hizo una mera criatura: no lo pudo hacer nadie más que Ella, entre todos los hombres y en todos los tiempos. Fruto de este heroísmo fue la venida del Redentor, y no para Ella solamente, sino para toda la humanidad caída, en cuyo nombre había dado su consentimiento. Y, con el Redentor, María nos trajo ese cúmulo de beneficios que llamamos fe: todos esos dones sobrenaturales que hacen vivir al hombre la vida verdadera. Sí, esta fe, que es lo único que importa, cuya posesión obliga a abandonar y sacrificar todo lo demás como cosa sin valor ninguno, comparado con ella; esta fe, la de todas las generaciones pasadas, presentes y venideras, se apoyó enteramente en las palabras del consentimiento de la Virgen.

e) *No hay cristianismo auténtico sin María*

Pues esta dulce Virgen ha traído a la tierra tan inestimable don, bien merece que todas las generaciones la llamen «bienaventurada»: sería inconcebible que Aquella que trajo el cristianismo al mundo quedase excluida del culto cristiano.

¿Qué pensar, entonces, de quienes se llaman cristianos y, al mismo tiempo, hacen poco aprecio de Ella, y hasta la desprecian, o hacen contra su honor cosas todavía peores? ¿No se les ha ocurrido pensar que toda la gracia que poseen se la deben a Ella? ¿No se detienen a discurrir que, si hubiesen sido excluidos de su consentimiento en la noche de la Anunciación, no hubiera habido para

ellos Redención sobre la tierra? En ese supuesto, estarían fuera del ámbito salvador. La verdad es que, por más que clamen todo el día y todos los días: ¡Señor, Señor! (Mt 7,21), si no hubiera hablado por ellos María, nunca habrían sido cristianos, ni tendrían parte con Cristo. Pero si por la bondad de Dios tienen algo de cristiano, si les ha sido dada una participación en la vida sobrenatural, sepan que todo se lo deben a María, porque estaban incluidos en su consentimiento. En una palabra: el bautismo, que hace a cada persona hijo de Dios, le hace al mismo tiempo hijo de María; y esto es así aunque no haga caso de la Madre; y aunque, con una frase de Shakespeare, «rechace todos los cuidados y angustias de la madre, con mofa y menosprecio, y ella llegue a saber por experiencia que un hijo desagradecido es más doloroso que la mordedura de la serpiente».

La gratitud, pues –y una gratitud práctica– debe ser el distintivo del cristiano en sus relaciones con María. Debemos expresarle nuestro agradecimiento unido al que tenemos al Eterno Padre, porque la Redención es regalo común de los dos.

f) Siempre hallamos al Hijo en compañía de la Madre

Ha sido del divino agrado que no se inaugurase el reinado de la gracia sin María. Y fue su voluntad también que continuasen las cosas por el mismo camino. Cuando quiso Dios preparar a San Juan Bautista para la misión de precursor suyo, le santificó por medio de la visita amorosa que hizo su bendita Madre cuando la Visitación. En la primera Nochebuena, quienes cerraron las puertas a María se las cerraron también a Él: no se percataban de que, al rechazarla a Ella, rechazaban con Ella a Aquel a quien ellos esperaban. Cuando los pastores –que representaban al pueblo escogido– hallaron al Deseado de las naciones, le hallaron con Ella; si le hubiesen vuelto la espalda a Ella, no le hubieran encontrado a Él. En la Epifanía, el Salvador acogió a las naciones gentiles en la persona de los tres Magos;

pero, si éstos llegaron a encontrar al Hijo, fue porque encontraron a la Madre; si hubiesen tenido a menos el acercarse a Ella, no habrían llegado hasta Él.

Lo que se realizó en secreto en Nazaret, tuvo que ser confirmado públicamente en el Templo: Jesús se ofrendó a sí mismo al Padre, pero se ofrendó en los brazos y por manos de su Madre; porque aquel Niño le pertenecía a su Madre; sin Ella no se podía efectuar la Presentación.

Prosigamos. Los Santos Padres nos dicen que Jesús no quiso inaugurar su vida pública sin el consentimiento de su Madre; y el Evangelio nos informa de que el primer milagro que probó la autenticidad de su misión lo hizo en Caná de Galilea a ruegos de su Madre.

g) *Hombre por hombre; Doncella por doncella; Árbol por árbol*

Cuando se realizó sobre el Calvario la última escena del terrible drama de la Redención, Jesús quedó colgado en el árbol de la Cruz, y al pie de la Cruz estaba María; y no como simple madre amante, ni por una casualidad, sino cabalmente para desempeñar el mismo oficio que desempeñó en la Encarnación. Estaba allí como representante de todo el género humano, ratificando el ofrecimiento que había hecho de su Hijo en bien de los hombres. Nuestro Señor no se ofreció a sí mismo al Padre sin el consentimiento de su Madre, ni sin el ofrecimiento de sí mismo en nombre de todos sus demás hijos; la Cruz fue, a la par, el sacrificio de Él y de Ella. Afirma el Papa Benedicto XV: «Así como es cierto que Ella sufría y agonizaba de dolor con su Hijo agonizante, también lo es que Ella renunció a sus derechos de Madre sobre aquel Hijo por causa de nuestra salvación, y le inmoló, en cuanto estuvo en su mano, para aplacar a la divina Justicia. Por eso podemos decir que Ella redimió con Cristo al género humano».

h) *El Espíritu Santo obra siempre en unión con Ella*

Vengamos un poco más acá, a Pentecostés. En aquella ocasión grandiosa, cuando la Iglesia fue destinada a cumplir su misión, allí estaba también María. Atraído por su oración, bajó el Espíritu Santo sobre el Cuerpo místico y entró a morar en Él con toda su *grandeza, poder, honor, majestad y gloria* (1 Crón 29,11). María vuelve a ejercer para con el Cuerpo místico de Cristo los mismos menesteres que ejerció con su cuerpo físico. Pentecostés es como una nueva Epifanía; en ambos misterios rige la misma ley: María es elemento esencial. Y así en todos los misterios de la gracia, hasta el fin de los tiempos. Ya puede uno orar, trabajar y esforzarse: si María queda excluida, se frustra el plan divino; si María no está presente, no se concede gracia alguna. Sobrecogidos con este pensamiento, se nos ocurrirá preguntar: ¿qué pasará con aquellos que ignoran o insultan a María? ¿No recibirán ninguna gracia? Si: reciben gracias de la misma Madre a quien desconocen o insultan. Su ignorancia crasa de quién es María les podrá excusar. Pero ¡Qué título más pobre para entrar en el reino de los cielos! ¡Qué manera de portarse con Aquella que les está ayudando a entrar! Pero esas gracias así concedidas vienen a ser sólo un delgado hilillo, comparado con la caudalosa corriente que de otra suerte fluiría; y las almas quedan, en gran parte, secas y estériles.

i) *¿Qué puesto debemos señalarle?*

Algunos, oyéndonos atribuir a una simple criatura un poder tan universal, se escandalizan, y dicen que injuriamos a Dios. Pero nosotros respondemos: si Dios ha querido obrar así con María, ¿dónde está la injuria? Sería una necedad afirmar que la fuerza de la gravedad menoscaba el poder de Dios. Precisamente, la ley de la gravedad viene de Dios, y cumple en toda la creación los designios del Creador. El mismo grave error hay

en ver una falta de respeto para con Dios cuando se atribuye a María, en el universo de la gracia, un influjo comparable con el de la gravedad en el mundo. Si Dios ostenta su soberanía en el reino de la naturaleza estableciendo leyes para ella, ¿cómo no ha de poder manifestar su bondad y omnipotencia estableciendo una ley peculiar para María?

Aun admitiendo la obligación de reconocer a María en el culto cristiano, algunas personas están preocupadas por la calidad y cantidad de su devoción mariana: «¿Cómo he de repartir mis oraciones entre las tres Divinas Personas, María y los santos? ¿Cuál es la medida justa –ni más ni menos– de lo que debo ofrecer a María?» Otros adoptarán una actitud más extrema, objetando: «¿Me apartaré de Dios si dirijo mi oración a María?»

Todos estos reparos proceden de aplicar ideas terrenas a las realidades del cielo. Tales personas se figuran a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a María y a los santos, como otras tantas estatuas, ante las cuales no se puede rezar sino de una en una, dando la espalda a las demás.

No faltan ejemplos para ilustrar la compatibilidad del culto a María y a los santos con el culto supremo debido a Dios; mas –cosa extraña– para disipar todas las dudas y dificultades no hay recomendación ni más sencilla ni más henchida de piedad cristiana que ésta: «Si, es verdad que todo lo tienes que entregar a Dios, pero entrégaselo todo con María». Esta devoción, al parecer algo exagerada, en la práctica es la que está más libre de todas las perplejidades que trae consigo el medir y regatear en materia de piedad.

j) Todas nuestras acciones deben ratificar su «Fiat»

Este modo de obrar está justificado en la misma Anunciación. En aquel momento, todo el género humano estaba identificado con María, su representante; tanto que las palabras de la Virgen

recogían la voz de toda la humanidad; y Dios la miraba en Ella. Ahora bien: la vida diaria del cristiano no es más que la formación de Jesucristo en un miembro particular de su Cuerpo místico, y esta formación se lleva a cabo gracias a la cooperación de María en la Encarnación. Entonces debemos deducir que María es tan Madre de cada cristiano como de Jesucristo, y son tan necesarios su consentimiento y sus desvelos maternales en el crecimiento diario de su Hijo en el alma de cada hombre, como lo fueron para la concepción y el desarrollo del mismo Redentor en su persona física. Lo cual significa para el cristiano muchas cosas y muy importantes. Entre otras, estas dos:

La primera: reconocer francamente y de todo corazón a María como su representante en el ofrecimiento de aquel sacrificio que, empezado en la Anunciación y consumado sobre el ara de la Cruz, redimió al mundo.

La segunda: ratificar lo que hizo María en su favor durante todo aquel tiempo, para poder disfrutar sin rubor, en toda su plenitud, de los infinitos beneficios que por este medio le fueron concedidos. Mas ¿cómo ha de ser esta ratificación por parte del cristiano? ¿No bastaría un solo acto? Para solucionar la cuestión, no tenemos más que reparar en este hecho: si todos los actos de nuestra vida han sido elevados a la categoría de actos cristianos, ha sido por María. Luego ¿no es razonable y justo que esos mismos actos lleven algún sello de reconocimiento y gratitud para con nuestra querida Madre? Así, pues, sólo resta repetir la solución ya dada: «Debes entregar a María absolutamente todo».

k) Con María glorificad al Señor

Tenedla presente –siquiera de un modo vago y general– en todo momento. Unid vuestra intención y vuestra voluntad a las suyas, de manera que cada acto y cada súplica del día se hagan con Ella. No debe ser excluida de nada. Si rogáis al Padre, al Hijo y al Espíritu

Santo, o a algún santo, hacedlo siempre en unión con María. Ella repetirá vuestras mismas palabras. Ella y vosotros abriréis vuestros labios al unísono; Ella tomará parte en todo. Si lo hacéis, no sólo estará a vuestro lado; estará, en cierto modo, dentro de vosotros, y vuestra vida será una entrega continua a Dios de cuanto poseéis en común Ella y vosotros.

Esta forma de devoción mariana –que abarca todo nuestro ser– es el justo reconocimiento de la parte que tuvo y sigue teniendo siempre María en la economía de nuestra salvación. Es, además, la devoción a María más fácil: resuelve las dudas de quienes quieren echar la cuenta de cuánto hay que darle, y los escrúpulos de los que temen darse a María robándole a Dios. Sin embargo, todavía habrá católicos que dirán: «Es una devoción exagerada». Que demuestren dónde se falta aquí a la razón, dónde hay menoscabo de lo que se debe dar a Dios. Sería más acertado poner esa objeción a los que se dicen muy celosos por la gloria de Dios, pero no quieren conformarse al plan trazado por Él; a los que profesan tener las Escrituras como palabra santa de Dios, pero no quieren escuchar los versículos donde se entonan las grandezas que el mismo Dios ha hecho en María, y donde se dice que todas las generaciones la llamarán bienaventurada (Lc 1, 48-49).

Tratando con personas indecisas como éstas, es preferible usar términos que reflejen fielmente toda la riqueza y perfección de esta devoción. ¿Cómo es posible que los legionarios hablen de su Reina de otro modo? Expresiones mezquinas y pobres no harán más que envolverla en un manto de sombras. Si María no es más que una fantasía, una creación del sentimiento, no son por cierto los católicos quienes obran razonablemente, sino los que hacen poco caso de Ella. En cambio, la declaración franca e ingenua de todas sus prerrogativas y del lugar esencial que ocupa en la vida cristiana, resulta un desafío tal que ningún corazón algo susceptible a la gracia podrá desconocer; y,

después de examinado, no hay alma sincera que no se rinda a los pies de tan buena Madre.

La Legión cifra todo su anhelo en llegar a ser un reflejo de María. Si se mantiene fiel a este ideal, recibirá una participación del don supremo de su Reina: la gracia de iluminar los corazones que yacen en las tinieblas de la incredulidad.

«El gran maestro de Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno, en un comentario que hace del pasaje evangélico de la Anunciación, tiene esta hermosa frase: "El Hijo hace subir hasta lo infinito la excelencia de su Madre, porque la infinita bondad del Fruto exige una bondad en cierto modo infinita también en el Árbol que lo da".

En la práctica, la Iglesia católica considera a la Madre de Dios como dotada de un poder sin límites en el reino de la gracia. Se la considera como Madre de todos los redimidos, a causa de la universalidad de su gracia. En virtud de su divina maternidad, María es –aparte de las tres Divinas Personas– el poder sobrenatural más extenso, el más eficaz y universal que existe en el cielo y en la tierra.» (Vonier, *La Divina Maternidad*)

2. Hay que prodigar infinita paciencia y dulzura a cada alma, cuyo valor es inestimable

Sí, hay que desterrar del apostolado legionario todo lo que suene a dureza. Las cualidades esenciales del éxito –sobre todo con marginados y pecadores– son la compasión y una dulzura inalterables. En los roces de la vida nos persuadimos constantemente de que tal o cual persona merece un reproche o una palabra dura; llevamos esta persuasión a la práctica, y luego nos pesa. Es posible que en cada caso nos hayamos equivocado. Nos quejamos de la obstinación y perversidad de ciertos individuos: ¿por qué no recordar a tiempo que esas malas disposiciones provienen precisamente de un trato duro, bien merecido sin duda? La florecilla que hubiera abierto su corola al suave calor de la dulzura y la compasión, se cierra apretadamente al contacto

de un clima frío. En cambio, el aire de compasión que acompaña al buen legionario, la prontitud en escuchar, compenetrándose hondamente del caso tal como se le cuente, es de una suavidad irresistible: el corazón más empedernido, el más desorientado, cede en sólo cinco minutos, más y mejor que con un año entero de correcciones y críticas.

Estas personas tan duras están casi siempre sobreexcitadas. Cualquiera que las irrite más, endurece su resistencia a la gracia. El que las quiera ayudar tiene que conducir las por el camino opuesto. Esto sólo se puede conseguir tratándolas con paciencia y un respeto extremos.

Todo legionario debería grabar en su alma con caracteres de fuego estas palabras que aplica la Iglesia a la santísima Virgen: *Mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia mejor que los panales* (Eclo 24,27). Otros, tal vez, podrán hacer el bien usando métodos más severos; para el legionario no hay más que una manera de hacer la obra de Dios: proceder con suavidad y dulzura. Por ningún motivo o circunstancia se aparte el legionario de ese camino; porque, si se aparta, lejos de hacer cosa de provecho, hará daño. Se ha dicho que Jesús ha entregado en manos de María sólo el cetro de su Misericordia, reservándose para sí el de la justicia. Los legionarios que se sustraigan a la jurisdicción de María, perderán el contacto con Aquella de quien depende su obra; y entonces ¿qué podrán hacer?

El primer praesidium de la Legión tomó por título «Nuestra Señora de la Misericordia». Fue así porque la primera obra que emprendió fue la visita a un hospital dirigido por las Hermanas de la Misericordia. Los primeros socios estaban convencidos de que eran ellos quienes escogieron tal nombre; pero fue la Virgen misericordiosa quien se lo confió, señalando de este modo la cualidad que debe distinguir al alma legionaria.

No es que los legionarios cejen en sus esfuerzos de seguir al pecador. No pocas veces pasan años y más años en el seguimiento incansable de un alma que

porfía en sus extravíos, porque hay casos excepcionales que verdaderamente ponen a prueba la fe, la esperanza y la caridad de uno. Hay pecadores que parecen exceder la categoría común: personas de una maldad extrema, la personificación del egoísmo, traidoras en todo y a todos, repletas de odio contra Dios, o rebeldes contra la religión. No parece haber en ellos ni rastro de sensibilidad, ni una chispa de la gracia, ni el menor vestigio sobrenatural. En fin, que son tan sumamente detestables, que cuesta creer que no sean igualmente aborrecibles a los ojos de Dios. ¿Qué podrá ver Él entre tanta fealdad, que le mueva a desear unirse íntimamente con semejantes almas en la sagrada comunión, o a gozar de su compañía en el cielo?

Es casi irresistible la inclinación natural a abandonar a estas pobres gentes a su suerte. No obstante, el legionario debe mantenerse firme. Todos los razonamientos meramente humanos son insuficientes. Sí: Dios quiere unirse con esa alma vil y afeada; y lo desea tanto, tan ardientemente, que envió a su Hijo, nuestro dulcísimo Salvador, a estar con ella; y con ella está ahora.

El motivo que debe animar a los legionarios a la perseverancia lo expresa monseñor R.H. Benson en los siguientes términos: «Si el pecador se limitase con su pecado a arrojar a Cristo de sí, podríamos tal vez consentirle marchar. Pero es que –en frase aterradora de la Escritura– el pecador toma a Cristo en sus manos y vuelve a crucificarle, haciendo burla de Él (Heb 6,6); y esto en manera alguna podemos consentirlo».

¡Qué pensamiento más inspirador!: ¡Cristo, nuestro Rey, entregado al enemigo! ¡Qué contraseña para una larga batalla, para una lucha irreductible, para una persecución incansable de esa alma que hay que convertir a fin de que cese la agonía de Cristo! Toda repugnancia natural ha de ser abrasada en la llama viva de una fe que sabe ver y amar y servir lealmente a Cristo, crucificado en esos pecadores. Si el acero más templado se funde al calor del soplete, ¿habrá corazón

tan duro que no se ablande, abrasado continuamente por la llama de tan sincero amor?

A un legionario con mucha experiencia acerca de los pecadores más depravados de una gran ciudad, le fue preguntado si alguna vez había dado con un caso verdaderamente imposible. Aunque, como a un buen legionario, le repugnaba confesar que sí existía semejante categoría, contestó que muchos casos eran terribles, pero imposibles, pocos. Al instarle más, admitió –como de pasada– que conocía un solo caso que podría denominarse así. Y aquella misma tarde le fue dado un solemnísimo mentís. Por una extraña casualidad se encontró en la calle con la persona que acababa de mencionar. Y he aquí que, a los tres minutos de conversación, se realizó lo imposible: ¡una conversión completa y duradera!

«En la vida de Santa Magdalena Sofía se destaca un episodio revelador de la fiel persecución de un alma en sus rasgos más conmovedores. Durante veintitrés años siguió la santa con amor persistente a un alma que la divina Providencia había hecho cruzar en su camino: una pobre oveja descarriada que, si no hubiese sido por la santa, jamás habría entrado en el redil. De dónde era Julia, nadie lo sabía; nunca contó igual la misma historia. Solitaria, pobre, y de un temperamento difícil y obstinado: era mentirosa, traidora, ingrata, apasionada hasta rayar en el frenesí. Nadie como ella, decían todos. Pero Santa Magdalena Sofía no veía más que a un alma sacada de lugares perniciosos por el Buen Pastor, y confiada por Él a su cuidado. Ella la adoptó, como si fuera una hija suya; le escribió más de doscientas cartas, y sufrió mucho por su causa. Pagada con la calumnia y la ingratitud, la santa se mantuvo firme, perdonándola una y otra vez sin perder la esperanza nunca... Julia murió siete años después que la santa, en la paz del Señor» (Monahan, *Santa Magdalena Sofía Barat*).

3. Valor legionario

Toda profesión requiere cierta clase de valentía, y tiene por indigno al que no la posee. La Legión pide valor

de ánimo, porque su profesión es llevar a los hombres a Dios y esto trae frecuentes contrariedades: resentimientos, falta de comprensión, etc. Ataques menos mortíferos que los de las armas de fuego, ciertamente, pero a los que hay que hacer frente con no menos valor, como prueba la experiencia. Muchos, que permanecieron impertérritos bajo una lluvia de balas, se estremecerían ante la mera posibilidad de ser maltratados por la burla, la palabra airada, la crítica o una simple sonrisilla, o con el temor de ser llamados beatos o santurrones.

¿Qué dirán? ¿Qué pensarán?... Es una reflexión que produce escalofríos en almas que deberían regocijarse con los apóstoles de ser consideradas dignas de sufrir ultrajes en el nombre de Jesús (Hch 5,41).

A esto se le llama comúnmente respeto humano, pero es más propio cobardía. Si no se reacciona contra ella, todo trabajo quedará reducido a una insignificancia. Miremos en torno nuestro y veamos los estragos que causa esta timidez. En todas partes el auténtico cristiano vive consciente de que es un cristiano en un ambiente completamente pagano, o rodeado de personas bautizadas pero no católicas, o entre católicos que no practican. Si se hiciera un esfuerzo serio por presentar a todos ellos –uno por uno– la verdad católica, por lo menos el cinco por ciento se convertirían; y luego, ese cinco por ciento sería como una llama que facilitaría la conquista de muchísimos más. Pero ese esfuerzo serio no se hace. Los más fieles, sí, parece que quisieran hacer algo; pero de hecho no hacen nada. ¿Por qué? Porque tienen sus facultades atrofiadas por el veneno mortal del respeto humano; con la máscara de *prudencia elemental, respeto al parecer ajeno, empresa inútil, esperando órdenes, etc.*, ese respeto humano los tiene como paralizados.

En la vida de San Gregorio Taumaturgo se cuenta que, estando el santo a punto de morir, preguntó a los que rodeaban su lecho cuántos infieles había en la ciudad. «Sólo diecisiete», le contestaron sin vacilar. Y el obispo moribundo, luego de una breve reflexión,

dijo: «Ese mismo número de fieles me encontré yo aquí, cuando fui consagrado obispo». Empezó con sólo diecisiete creyentes, y con sus trabajos convirtió a todos menos a diecisiete. ¡Qué prodigio! Pero no se ha agotado la gracia de Dios con el correr de los siglos: ahora, lo mismo que entonces, la fe y el esfuerzo valeroso pueden lograr otro tanto. Y lo que falta entre los católicos no es precisamente la fe, sino el valor.

Consciente de todo esto, la Legión se ve precisada a hacer guerra sin cuartel contra la perniciosa influencia causada en sus miembros por el «respeto» humano: primero, contrarrestándolo con una saludable disciplina; segundo, enseñando a sus legionarios a mirarlo como mira un soldado la cobardía, y a obrar menospreciándola, en la convicción de que el amor, la lealtad y la disciplina son cosas muy pobres si no son capaces de sacrificio y entrega valerosa.

¡Un legionario sin valentía! Habría que decir aquello de San Bernardo: «¡Vergüenza ser miembro delicado bajo una cabeza coronada de espinas!»

«Si sólo luchas cuando te encuentras bien dispuesta, ¿dónde estará tu mérito? Y ¿qué importa que te falte el valor, si de hecho te comportas como si lo tuvieras? Si te sientes perezosa hasta para recoger del suelo una hebra de hilo, pero lo haces por amor a Jesús, ganarás más mérito que con una acción mucho más noble, pero hecha en un momento de fervor impulsivo. En lugar de estar afligida, ponte alegre, porque nuestro Señor te ha permitido comprobar tu propia debilidad y está dándote una oportunidad de salvar más almas» (Santa Teresa de Lisieux).

4. Acción simbólica

Es un principio fundamental de la Legión que a cualquier tarea que emprendamos contribuyamos con lo mejor que tenemos. Sea el trabajo sencillo o difícil, hay que hacerlo con el espíritu de María.

Este contribuir con lo mejor que tenemos tiene otra razón de ser bien importante. En las empresas espirituales nadie puede decir qué esfuerzo es necesario. Tratándose de un alma, ¿en qué momento es lícito decir «basta»? Principalmente se aplica esto a los trabajos más difíciles. Frente a estos trabajos, enseguida exageramos las dificultades y acudimos a la palabra «imposible». Los «imposibles», en su mayor parte, no lo son, ni mucho menos. Porque, como dice un filósofo, hay pocas cosas imposibles para la diligencia y el ingenio. Pero nos las imaginamos imposibles, y luego, a causa de nuestra actitud, nos las convertimos en tales.

A veces, sin embargo, nos enfrentamos con trabajos verdaderamente imposibles; es decir, que sobrepasan todo esfuerzo humano. Y en estos casos de imposibilidad –real o imaginaria– es evidente que, si nos dejáramos guiar por nuestras propias inclinaciones, nos abstendríamos de actuar, por juzgarlo inútil. Y, tal vez, eso equivaldría a dejar sin hacer tres cuartas partes del trabajo más importante que nos espera; sería reducir la heroica y emprendedora campaña cristiana a un simulacro de guerra. Por eso la fórmula legionaria se expresa así: esfuerzo en toda circunstancia y a todo trance. Esfuerzo: he aquí el principio primario. Desde el punto de vista natural y sobrenatural, el repudiar la idea de la imposibilidad nos dará la clave para lo posible. Es la única actitud capaz de solucionar problemas. Aun más, es un acto de confianza en la verdad evangélica de que para Dios no hay nada imposible (Lc 1,37). Es la respuesta de la fe a la llamada de nuestro Señor, cuando pide una fe capaz de arrojar las montañas al mar (Mc 11,23).

Sería absurdo pensar en conquistas espirituales, si, al mismo tiempo, no cobrásemos valor de ánimo hasta adquirir esa indómita disposición.

Con esta convicción, la Legión se preocupa en primer término del fortalecimiento de ese espíritu de sus miembros.

Hay una consigna legionaria que afirma, a manera de paradoja, que «cada imposibilidad es divisible en treinta y nueve pasos, cada uno de los cuales es posible». Parece una contradicción, pero no lo es; es una idea sumamente razonable. Constituye la base de todo éxito feliz y consumado. Es un resumen de la «filosofía del éxito». Y en efecto, si la mente se atolondra ante la perspectiva de lo aparentemente imposible, el mismo cuerpo, por sugestión, se relajará, y dejará de actuar.

En tales circunstancias, cada dificultad viene a ser claramente una imposibilidad. Ante la imposibilidad, pues –dice la sabia consigna–, divídase: divide y vencerás. De un brinco no puedes llegar hasta lo más alto de la casa; pero, si subes por la escalera, peldaño a peldaño, llegarás. De igual modo, en contra de la dificultad, da un paso adelante. No te preocupes por ahora del paso siguiente; pon todo tu empeño en dar el primero. Una vez dado éste, inmediatamente –o muy pronto– podrás dar el segundo. Da este segundo paso y aparecerá el tercero, y así sucesivamente. Y después de una serie de pasos –tal vez no lleguen a los treinta y nueve de la consigna, tomada del título de una obra– te das cuenta de que has pasado las puertas de lo imposible y estás en terreno muy prometedor.

Conviene observar que lo que se necesita es acción. No importa cuál sea el grado de la dificultad: lo que hay que hacer a todo trance es *dar un paso*. Este paso debe ser –por supuesto– un paso acertado, en cuanto sea posible. Si no vemos bastante claro para dar un paso totalmente acertado, entonces demos otro, algo menos seguro y acertado. Y si tampoco podemos dar este paso, no nos crucemos de brazos, ni nos contentemos con rezar: hagamos algo positivo que, aunque, al parecer, no tenga un valor práctico, por lo menos tienda hacia nuestro objetivo y tenga alguna relación con él. Este gesto final y retador es lo que la Legión ha venido llamando *la acción simbólica*. Si recurrimos a esta acción simbólica ella disipará

cualquier imposibilidad que sea fruto de nuestra imaginación, y nosotros entraremos, en espíritu de fe, a luchar denodadamente con la imposibilidad auténtica.

¡Quién sabe si el resultado será el desmoronamiento de las murallas de ese Jericó!

«A la séptima vuelta, los sacerdotes tocaron las trompetas, y Josué ordenó a la tropa: ¡Gritad, que el Señor os entrega la ciudad! Sonaron las trompetas. Al oír el toque, lanzaron todos el alarido de guerra. Las murallas se desplomaron, y el ejército dio el asalto a la ciudad, cada uno desde su puesto, y la conquistaron» (Jos 6, 16-20).

5. Necesidad de hacer un trabajo activo

La Legión, sin su espíritu propio, sería un cuerpo sin alma. Pero este espíritu –que obra tan grandes transformaciones en los socios– no vaga por los aires, esperando que alguien lo respire. No, este espíritu vital es resultado de la gracia divina y del esfuerzo humano: depende del trabajo que hagan los legionarios y de cómo lo hagan. Si no hay esfuerzo, ese espíritu se transforma en una luz mortecina, próxima a apagarse.

Y sin duda existe el peligro de cierta tendencia a rehuir el trabajo activo, o a señalar a los socios trabajos insignificantes. Por las siguientes causas:

1. por una repugnancia instintiva a emprender una obra considerada difícil;
2. por falta de ojos para ver el trabajo que abunda hasta en las poblaciones más reducidas;
3. sobre todo, por el temor a ser criticado.

Sean todos que la Legión es un organismo nacido para ejecutar trabajos activos y serios. Si la Legión no emprende estas obras, no hay razón para fundarla. Sería un contrasentido llamar ejército al que se negase a luchar. Tampoco tienen derecho a llamarse legionarios de María los miembros de un praesidium que no tenga entre manos alguna forma de trabajo activo.

Y repetimos una vez más: los ejercicios de piedad no bastan para cumplir el deber legionario de trabajo activo.

El praesidium inactivo es infiel a la vocación de la Legión de ejercer claramente un apostolado dinámico y esforzado; y es también gravemente injusto contra la Legión misma: crea la impresión de que la Legión no está capacitada para emprender ciertas obras, cuando, por sí sola, es perfectamente capaz, y ni tan siquiera se la pone al trabajo.

6. Control del trabajo por parte del praesidium

El praesidium es quien ha de señalar el trabajo. No tienen facultad los socios para emprender en nombre de la Legión cualquiera obra que a ellos se les antoje. Sin embargo, no debe interpretarse esta regla con tanto rigor que impida al miembro aprovechar una ocasión para hacer el bien. De hecho, el legionario vivirá como si estuviera siempre de servicio.

Si se ofreciera ocasionalmente algún trabajo, tómesese nota de él para proponerlo al praesidium en la próxima junta; y, si lo acepta el praesidium, se convertirá en un trabajo legionario más. Pero en este punto vaya el praesidium con mucho tiento: muchas personas de muy buena voluntad adolecen de la manía de querer hacer todo menos aquello que tienen entre manos, y de ir de aquí para allá, en vez de ser firmes y constantes en el trabajo que se les señaló. Éstos harán más mal que bien, y, si no se los controla, pondrán fácilmente en peligro la disciplina legionaria.

Tal conducta debilita la conciencia de la responsabilidad, y olvida la idea de que uno es mensajero mandado por el praesidium con órdenes precisas, y con la obligación de volver con informes sobre lo que haya hecho respecto de la obra señalada; y el resultado final será que la obra no perseverará o vendrá a ser un peligro para la misma Legión. Y si, a consecuencia de este proceder independiente, se cometiera algún error

grave, se echaría la culpa a la Legión, cuando la falta estuvo en no hacer caso del reglamento legionario.

Cuando ciertos legionarios entusiastas se quejan del rigor de la disciplina, y dicen que ésta les coarta la libertad para hacer el bien, no estará de más analizar la objeción a la luz de los avisos precedentes. Pero téngase también mucho cuidado de no dar ningún motivo real para esa queja: el fin esencial de la disciplina es impulsar, no detener; y algunas personas no conciben el gobernar si no es diciendo “no” y apretando las clavijas.

7. Las visitas realizadas en parejas salvaguardan la disciplina legionaria

Los legionarios realizarán visitas de dos en dos. La Legión, con esta norma, pretende lo siguiente:

- 1) salvaguardar a los propios socios; de ordinario, se necesitará tener esta precaución no tanto en la vía pública como en las casas que se visitan;
- 2) animarse mutuamente, ofreciendo resistencia a los instintos del respeto humano o de la timidez natural, cuando el lugar es de difícil acceso o está uno expuesto a ser recibido con frialdad;
- 3) marcar el trabajo con el sello de la disciplina, asegurando el puntual y fiel cumplimiento de la visita proyectada. Obrando uno por sí mismo, es muy fácil cambiar de hora, y aun aplazar indefinidamente la visita semanal. El cansancio, las inclemencias del tiempo, el rechazo en cuanto a enfrentarse a una visita desagradable: todo se combina malamente cuando no existe el compromiso de visitar en compañía de otro. Resultado: las visitas se hacen sin orden ni concierto, y, por consiguiente, sin producir los frutos que eran de esperar; y, a la larga, se abandonan.

Cuando uno de los dos visitantes legionarios deja de cumplir un compromiso con el otro, se suele observar la práctica siguiente: si se trata –por ejemplo– de visitar

algún hospital, o de cualquier otra obra donde se vea claramente que el peligro es nulo, el legionario podrá seguir adelante él sólo; pero, si se tratara de un trabajo que puede ponerle en circunstancias difíciles, o que requiera recorrer una calle de mala fama, absténgase de hacerlo. Entiéndase que el permiso de visitar sin ir acompañado es una excepción, y que el praesidium juzgará seriamente toda falta habitual a las citas.

Esta regla de visitar de dos en dos no quiere decir que los dos legionarios han de dirigirse necesariamente a las mismas personas. En la sala de un hospital, por ejemplo, sería más lógico que cada uno de los legionarios fuera por su lado, dedicándose a diferentes enfermos.

8. La naturaleza íntima del trabajo legionario debe salvaguardarse

La Legión debe guardarse del peligro de caer en manos de reformadores sociales de entusiasmos desmesurados. El trabajo de la Legión es esencialmente callado: comienza en el corazón de cada legionario, para desarrollar en él un espíritu de celo y caridad; y luego, por medio del contacto personal –establecido directamente, uno a uno, y con perseverancia–, los legionarios cifran todo su empeño en elevar el nivel espiritual de la sociedad entera. Pero esto se hace sin ruido, sin llamar la atención, suavemente: no se dirige tanto a la supresión directa de grandes males cuanto a saturar el ambiente de principios y sentimientos cristianos, para que así, sanadas las causas, disminuyan y desaparezcan los males de por sí. La Legión cree que el verdadero triunfo consistirá en el desarrollo continuo –aunque a veces sea lento– de la vida y de los principios netamente católicos entre el pueblo.

Importa guardar celosamente el carácter íntimo que distingue a la visita legionaria; se desvirtuará ese carácter si los socios adquieren fama de fiscales, que van a descubrir y denunciar los abusos. Si fuera así, sus visitas a domicilio –como todos sus pasos en

general— inspirarían suspicacia, y, en vez de ser mirados como amigos dignos de la mayor confianza, esos legionarios pasarían a los ojos de muchos como una especie de agentes de policía secreta, al servicio de una organización; con el resultado seguro de que su presencia sería mal vista, y eso pondría fin a la utilidad de sus servicios.

Por eso, los encargados de dirigir las actividades de la Legión tendrán buen cuidado de no asociar el nombre de la misma Legión con otros fines que, por muy excelentes que sean en sí, funcionan con métodos ajenos a los de la Legión de María. Hay ya organizaciones para combatir los mayores abusos, sírvanse de ellas los legionarios cuando fuere menester, y préstense su apoyo como individuos particulares. Pero dejen a la Legión continuar fiel a su propia tradición y a sus propios métodos de trabajo.

9. Es de desear que la visita se realice casa por casa

La visita legionaria deberá hacerse casa por casa, en cuanto se pueda, y sin distinguir a las personas por lo que se dice de ellas. Si alguien pensara que está fichado como persona que necesita ser atendida por la Legión, se molestaría.

Ni siquiera deben pasarse de largo los hogares no católicos, a no ser que razones poderosas persuadan de lo contrario. En estos casos, la visita no revestirá el carácter de propaganda religiosa, sino que servirá de ocasión para establecer los fundamentos de la amistad. Si los socios explican que están llamando a todas las puertas para conocer a todos los vecinos, la acogida de parte de muchos no católicos será cordial; y, tal vez, la divina Providencia utilice ese encuentro como instrumento de su gracia para traer al redil aquellas «otras ovejas» que Él desea ver reunidas (Jn 10,16). La amistad con católicos imbuidos del espíritu apostólico disipará muchos prejuicios; y al respeto que se les vaya tomando a ellos seguirá infaliblemente el respeto

hacia la Iglesia; lloverán las preguntas, se pedirán libros católicos..., ¿y quién sabe lo que vendrá después?

10. Prohibido proporcionar socorro material

Queda prohibido proporcionar socorro material, por poco que sea; ni siquiera ropa vieja. La experiencia ha hecho ver la necesidad de consignar aun este detalle.

Al establecer esta regla, no es que la Legión desprecie en lo más mínimo la limosna material en sí. Sencillamente declara que, para ella, dicha práctica resulta contraproducente.

Socorrer a los pobres es cosa buena; hecho el socorro por motivos sobrenaturales, es cosa sublime. Sobre este principio están fundadas muchas y muy beneméritas asociaciones, en particular las Sociedades de San Vicente de Paúl, a cuyo ejemplo y espíritu la Legión se goza en proclamarse sumamente deudora. Tanto es así, que se puede decir que la Legión brotó de estas sociedades. Pero la Legión tiene señalado un campo de acción distinto. El principio en que está fundada es la comunicación de bienes espirituales a todos los habitantes de la población; y esta comunicación universal resulta en la práctica incompatible con el reparto de socorro material. He aquí algunas de las razones en que nos apoyamos:

a) Las personas que no necesitan ayuda material, raras veces acogerían con agrado las visitas de una organización benéfica. Temerían pasar, a los ojos de la vecindad, por unos pobres vergonzantes.

Así, el praesidium que lograra fama de limosnero vería pronto estrechársele –de manera pasmosa– el campo de acción. *Para otras asociaciones la limosna material podrá ser una llave que abre; para la Legión es una llave que cierra.*

b) Si algunos quedan defraudados en su esperanza de recibir algo, se incomodarán, y se mostrarán reacios a toda influencia legionaria.

c) Ni tan siquiera entre los necesitados de socorro material hará la Legión con sus donativos bien espiritual alguno. Deje esto la Legión a esas otras asociaciones que están dedicadas expresamente a ello, y para lo cual están dotadas de una gracia especial. De esta gracia se privan con toda certeza los legionarios, al quebrantar con semejante práctica sus propias normas. El praesidium que se salga del camino trazado, se hallará metido en mil enredos, y sólo sacará en limpio disgustos para la Legión entera.

Contra esto dirán algunos legionarios que cada cual tiene el deber de dar limosna según sus posibilidades, y afirmarán categóricamente que no quieren dar como legionarios, sino como individuos particulares. Un análisis de esta objeción revelará las complicaciones que forzosamente tienen que originarse. Considérese el caso –y es lo corriente– de un individuo que antes de ser legionario no se dedicaba a obras de beneficencia. Ahora, en el curso de sus visitas, da con algunos que él cree necesitados de socorro material, de una manera o de otra. Durante la visita oficial de la Legión se abstiene de dar; pero va otro día y da como «individuo particular». ¿Acaso no quebranta esta norma de la Legión? Y esa distinción entre visita y visita, ¿no es una sutileza? En el primer caso visitó por ser legionario; como legionario se enteró de la necesidad que había; y como tal le reconocerán siempre los socorridos, sin hacer distinción alguna. Para ellos ha habido simplemente socorro material por parte de la Legión, y hay que admitir que lo deducen con toda razón.

Téngase bien en cuenta que la falta de obediencia o discreción de un solo miembro en este particular es capaz de comprometer a un praesidium entero. Fácilmente cobra uno fama de limosnero: no se necesita dar cien veces, bastan dos.

Si un legionario tiene gran empeño en algún caso especial, ¿por qué no guarda a la Legión de mil enredos, haciendo una dádiva anónima por medio de algún amigo, o mediante alguna asociación dedicada

a este fin? Si un legionario, en esas circunstancias concretas, siente repugnancia a hacerlo en esa forma, daría indicios de que con sus caridades busca, más que un premio eterno, cierta satisfacción terrenal.

Esto no quiere decir que los legionarios permanezcan indiferentes a los casos de pobreza o de indigencia que necesariamente conocerán durante sus visitas domiciliarias, sino que informarán a las asociaciones encargadas de resolverlos, según la naturaleza de cada caso concreto. Pero, aun cuando fallaran todos los esfuerzos de la Legión para conseguir el alivio deseado, no es ella la que debe subsanar la deficiencia; no le compete hacerlo. Por lo demás, no es fácil creer que, en cualquier sociedad moderna, no puedan encontrarse otros individuos u organizaciones dispuestas a prestar su ayuda en esos casos.

«Indudablemente, la compasión que mostramos hacia los pobres, aliviando sus necesidades, es muy encomiada por Dios; ¿quién negará que ocupa un puesto mucho más eminente el celo y esfuerzo que se encamina a instruir y a persuadir, y de este modo colmar a los hombres, no de los bienes pasajeros de la tierra, sino de aquellos que duran para siempre?» (AN).

Esta regla puede ser interpretada demasiado rígidamente, como lo han demostrado muchos ejemplos. Es preciso declarar que las obras de prestación personal no constituyen socorro material; al contrario, se recomiendan; y destruyen la acusación de que los legionarios se limitan a hablar de religión y son indiferentes a las necesidades del pueblo. Los legionarios han de probar la sinceridad de sus palabras con el derroche de amor y servicio en todas las formas permitidas.

11. Recaudación de dinero

Entra casi en la misma categoría –y bajo la misma prohibición– el servirse habitualmente de las visitas

legionarias como de otras tantas ocasiones para recaudar fondos.

Semejante actuación podrá, tal vez, asegurar alguna ganancia material, pero nunca el ambiente requerido para lograr ganancias espirituales. Sería el caso de aquel que “por ganar un ochavo perdió un ducado».

12. Nada de política en la Legión

Ningún centro legionario tolerará el uso de su influencia o de sus establecimientos para fines políticos, ni para favorecer a ningún partido.

13. Buscar a cada uno y conversar con él

La Legión actúa siempre movida por el ansia de llegar a cada individuo en particular, de incluir en la órbita de su apostolado no sólo a los negligentes o a los católicos, a pobres y desgraciados, sino a TODOS.

Si los legionarios trabajan en un ambiente de creencias falsas o de incredulidad, más razón para esforzarse denodadamente en contrarrestar tan gran mal. Tampoco debe el legionario acobardarse por las más repulsivas manifestaciones de abandono religioso. Nadie, aunque parezca el más insensible y desesperado, quedará indiferente ante la fe, el valor y la perseverancia del legionario.

Por otra parte, sería una limitación intolerable de la misión de la Legión, reducir su atención a los males más graves. El atractivo especial que se siente en buscar a la oveja descarriada, o en arrancarla de manos del ladrón, no debe cerrar los ojos del legionario a la existencia de un apostolado más vasto y más inmediato: animar a la perfección a todas esas multitudes que son también llamadas a la santidad, y se contentan con cumplir lo más esencial de sus obligaciones cristianas. Sólo se conseguirá moverlas a emprender obras de celo o piedad visitándolas por largo tiempo y usando con ellas de gran paciencia.

Afirma el padre Fáber que un santo vale por un millón de católicos mediocres, y Santa Teresa dice que una sola alma todavía no santa, pero que trabaja para serlo, es más preciosa a los ojos de Dios que miles de almas que llevan una vida rutinaria.

14. Nadie tan perverso que no pueda ser rehabilitado. Nadie es demasiado bueno.

Ni uno solo de los visitados debería quedar al mismo nivel en que se le encontró. Nadie hay tan bueno que no pueda estrechar muchísimo más su unión con Dios. A menudo irán los legionarios a visitar a personas incomparablemente más santas que ellos; pero ni aun entonces deben vacilar en su convicción de poder hacerles mucho bien. Podrán comunicarles ideas nuevas o nuevas devociones, y reanimar la rutina. Y será edificante para tales personas observar con qué alegría viven los legionarios su vocación apostólica.

Ya traten pues, con santos, ya con pecadores, sigan los legionarios adelante, en la persuasión de que no están allí solo con su pobreza espiritual, sino como representantes de la Legión de María, "unidos con sus pastores y sus obispos, con la Santa Sede y con Cristo" (UAD).

15. Un apostolado indefinido es de poco valor

En cada obra que se emprende, hay que proponerse la realización de un bien notable y concreto. Si se puede, hágase mucho bien a muchos; si no, hágase mucho bien a un número más reducido; pero nunca debemos contentarnos con hacer un poco de bien a muchos. El legionario que vaya por este último camino obra mal: primero, porque da por hecho un trabajo que –según el modo de ver de la Legión– apenas ha comenzado, impidiendo así el que otros lo tomen a su cargo; y segundo, porque fomenta la peligrosa sensación –forjada en momentos de desaliento– de

que el poco bien hecho a muchos en realidad no ha aprovechado a nadie; y este sentimiento de la propia nulidad compromete su voluntad de perseverar.

16. El secreto de la influencia es el amor

Repitámoslo con insistencia: sólo si se establecen las bases para la intimidad entre los visitados y los visitantes, puede esperarse un bien verdadero y extenso; procediendo de otra suerte no se conseguirá más que un resultado efímero y secundario. Es preciso recordar bien esto al ir a visitar las casas para la entronización del Sagrado Corazón o para la buena prensa. Aunque estos fines sean excelentes en sí mismos, y fuentes de bendiciones, no deben tenerse como el fin principal. Las visitas que cesan después de lograr en poco tiempo la entronización –por ejemplo–, a los ojos de la Legión no habrán cosechado sino una porción mínima de los frutos esperados. Frecuentes y prolongadas visitas a cada familia obligarán a los dos visitantes legionarios a un proceso lento, y urgen a la Legión a contar con muchos socios y numerosos praesidia.

17. El legionario ve y sirve en cada persona a quien visita a su señor Jesucristo

En ninguna parte ni en ningún caso debe hacerse la visita legionaria con espíritu de filantropía, o de mera compasión natural hacia el desgraciado. «Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo» (Mt 25,40). Con estas palabras grabadas en su corazón se esforzará el legionario en ver a nuestro Señor en la persona del prójimo –es decir, en todos los hombres sin distinción– y cumplirá su servicio con altura de miras. Los malvados, los ingratos, los estúpidos, los afligidos, los despreciados, los marginados por la sociedad, los que más nos repugnan: todos ellos han de ser mirados con esta nueva luz sobrenatural. Estos sí que son los más humildes entre los hermanos de

Jesucristo, merecedores –según las palabras del divino Maestro– de nuestro homenaje y servicio.

Siempre tendrá en cuenta el legionario que no va a visitar a un inferior, ni siquiera a un igual, sino a un superior, como criado a su Señor. La falta de este espíritu engendra un aire de superioridad, destructor de todo bien natural y sobrenatural. A quien así se porta, se le tolera tan sólo mientras sus manos reparten dádivas. Mas aquel que se acerque amable y cariñoso, pidiendo humildemente ser admitido en la casa donde llama, será recibido con júbilo, aunque sus dones no sean materiales; y pronto habrá echado los cimientos de una amistad verdadera. Persuádanse los legionarios de que cualquier falta de sencillez en el vestido o en el tono de la voz levantará entre ellos y aquellos a quienes visiten una barrera que ni las más eminentes cualidades personales podrán destruir.

18. Por medio del legionario, María ama y cuida a su divino Hijo

«Logramos hacernos simpáticos». Con estas palabras quiso explicar un legionario el resultado feliz de una visita ingrata y difícil; sintetizan admirablemente el modo de obrar de la Legión. Mas, para despertar esta simpatía, hay que anticiparse en mostrarla; es necesario amar a quienes se visita. Si se quiere influir en los espíritus de una manera eficaz, no vale andar por otro camino, ni usar de otra diplomacia, ni abrir con otra llave. San Agustín concreta la misma idea en estos otros términos: «Amad, y luego haced lo que queráis».

Chesterton, en un párrafo magistral de su vida de San Francisco de Asís, sienta un principio netamente cristiano cuando escribe: «San Francisco veía sólo la imagen de Dios multiplicada, pero nunca monótona. Para él un hombre era siempre un hombre, y, aun cuando estuviera mezclado en una densa multitud, le miraba como si estuviera a solas con él en un desierto. Honraba a todos los hombres; es decir, no solamente los

amaba, los respetaba. El secreto de su extraordinario poder de captación era éste: desde el papa hasta el pordiosero, desde el sultán de Siria en su pabellón hasta los andrajosos ladrones que salían a gatas de los bosques, jamás hubo un hombre que mirara aquellos ojos negros y encendidos que no sintiera con certeza que Francisco Bernadone tenía un interés sincerísimo en él, en su vida íntima individual, desde la cuna hasta el sepulcro y que a él personalmente le apreciaba y le tomaba en serio».

Pero ¿cómo amar siempre que uno quiera? Viendo en todos los que tratamos a la Persona de nuestro Señor: sólo con pensar en esto, salta la chispa del amor. Y es cosa muy cierta que María desea ver prodigado al Cuerpo místico de su divino Hijo aquel mismo amor que Ella prodigó a su cuerpo físico. Vendrá en auxilio de sus legionarios, para que cumplan este deseo; y dondequiera que vea en ellos una chispa de este amor, el ansia de amar de esta manera, allí acudirá Ella para transformarla con su soplo en el fuego abrasador.

19. Al legionario humilde y respetuoso se le abren todas las puertas

La inexperiencia tiembla ante «la primera visita»; pero todo legionario que se haya aprendido formalmente el punto anterior, sea nuevo o veterano, tendrá en su poder la llave mágica de todas las puertas.

No olvidemos jamás que no tenemos ningún derecho a entrar en las casas; y, si entramos, es tan sólo debido a la cortesía de las familias. Hay que acercarse sombrero en mano—por decirlo así— y mostrando con nuestra actitud ese respeto profundo que tendríamos al visitar los palacios de los nobles. En la mayoría de los casos, una aclaración del objeto de la visita, acompañada de un humilde ruego de que se les permita la entrada, abrirá la puerta de par en par, y será correspondida con la invitación a sentarse. Y una vez dentro, recordarán los legionarios que no han ido allí para dar una

conferencia, ni para hacer una serie de preguntas, sino para depositar los gérmenes de una amistad que más tarde derramará a raudales los tesoros espirituales que su palabra y su influencia apostólica encierran.

Se ha dicho que lo que más enaltece a la caridad es el saber compenetrarse con el dolor ajeno. En este desventurado mundo nuestro no hay don más necesario que éste, «pues la mayoría de los hombres padecen cierto sentimiento de desamparo: no gozan de la felicidad, porque nadie se preocupa de ellos, nadie quiere escuchar sus problemas» (Duhamel).

No se deben tomar las primeras dificultades demasiado en serio. Aunque toparan con la descortesía más descarada, una sumisión humilde la cambiará en vergüenza y, con el tiempo, llegará a dar sus frutos.

Para trabar conversación, será bueno empezar por los niños, preguntando cuánto saben de religión y qué sacramentos han recibido. Si estas preguntas se dirigieran inmediatamente a los padres, tal vez se resistirían; pero, a través de los niños, se podrá dar a sus padres consejos e instrucciones de mucho valor.

Al marcharse, hay que dejar preparado el terreno para la visita siguiente. La mera indicación de que se ha gozado de su compañía, y de que se espera verlos a todos en la semana próxima, resulta una despedida natural, y es ya una preparación eficaz para la visita siguiente.

20. Modo de comportarse en una institución

Al visitar una institución benéfica, recordarán los legionarios que están allí sólo por condescendencia de los directores: como si fueran huéspedes en una casa particular. Los responsables suelen mirar con cierto recelo a los que, tratando de hacer una visita caritativa a los enfermos o aislados, vienen a olvidar el respeto debido a la dirección y a las normas del centro. Nunca pueda tacharse al legionario de la menor falta en este particular. Además, eviten ir de visita a deshora, llevar

a los enfermos medicinas u otros artículos prohibidos; y, en el caso de que haya disensiones dentro del establecimiento, no se inclinen por ninguno de los bandos.

Algunos residentes se declararán víctimas de maltrato por parte de la dirección o de otros enfermos; pero, aun cuando realmente sea así, no incumbe a los legionarios reparar agravios. Escucharán compasivos la narración de sus penas, y procurarán inspirarles sentimientos de resignación; pero, por regla general, no tomarán otras medidas. Si en el ánimo del legionario surgieren sentimientos de gran indignación, podrá desahogarse refiriendo el estado de cosas al praesidium; a éste le compete examinar todos los aspectos del problema, y, si lo cree oportuno, aconsejar el partido que convenga tomar.

21. Absténgase el legionario de juzgar a nadie

El respeto y la delicadeza no han de reflejarse sólo en los modales externos de legionario: es más importante aun que estén grabados en lo más hondo de su espíritu. El ponerse el legionario a juzgar a su prójimo o el pretender que su propio modo de pensar y obrar sea norma a la que deberán conformarse los demás, es incompatible con su misión. Y, si ve que otros difieren de él o se niegan a recibirle, y hasta se oponen, no debe sacar la conclusión de que son unas personas indignas.

Hay ciertamente muchos cuyas acciones parecen reprochables; pero no es el legionario el llamado a criticarlas. Con mucha frecuencia esas personas resultarán como algunos santos, que fueron acusados falsamente. Además, aunque muchas vidas están realmente salpicadas de graves abusos, sólo Dios ve en los corazones y sabe aquilatar las cosas en su justo valor. Observa Gratry: «Muchos carecen del beneficio de la más elemental educación. Vienen a este mundo despojados de todo patrimonio moral, y por todo alimento, a lo largo de esta penosa vida, no reciben tal

vez sino máximas y ejemplos perversos. Pero tampoco se pedirá cuenta a nadie sino de aquello que haya recibido».

Otros muchos hacen ostentación de sus riquezas y llevan una vida muy ajena a la mortificación cristiana. El legionario, oponiéndose a la costumbre de juzgar a estas personas con palabras amargas, se detendrá a reflexionar que siempre existe la posibilidad de que dichas personas se parezcan a Nicodemo, el cual se acercaba a nuestro Señor secretamente y de noche, e hizo mucho por Él, le granjeó numerosos amigos, le amaba de corazón, y al final tuvo la privilegiada suerte de asistir a su sagrado entierro.

El oficio del legionario nunca debe ser el de juez o crítico. Considerará con qué ojos de amor miraría la Virgen santísima todas esas circunstancias y personas; y se esforzará por obrar como obraría Ella.

Una de las prácticas que seguía Edel Quinn era la de no culpar nunca a nadie sin consultar antes a la santísima Virgen.

22. Frente a la crítica hostil

Muchas veces nos hemos referido en estas páginas al efecto paralizador que ejerce el temor a la crítica hostil, aun sobre los mejor intencionados. Aprendamos bien el principio siguiente: el fin principal que persigue la Legión, el que le asegurará los mayores triunfos, es crear normas elevadas en el pensamiento y en la conducta. Ahora bien: los socios, al entregarse a una vida de apostolado, dan gran ejemplo de lo que puede ser la vida seglar; y este ejemplo –en virtud de ese instinto extraño que, aun a pesar suyo, tienen los hombres de imitar las cosas que les impresionan– moverá a todos, en diversos grados, a seguirlo, más o menos de cerca. Una de las señales de que el ejemplo ha sido eficaz será la multitud de los que desean sinceramente adoptarlo como norma de su vida. Otra señal –no menos común– será la oposición y críticas que provocará, precisamente

porque ese ejemplo es una protesta contra la vulgaridad. Es un aguijón para la conciencia popular que –como pasa siempre– provocará una reacción saludable de disgusto y de protesta, para luego imprimir un movimiento ascendente. Si no hubiere reacción de ningún género, es prueba evidente de que el ejemplo no ha cundido eficazmente.

De donde se deduce que, aun cuando las actividades legionarias ocasionen algún revuelo –con tal que no venga de un proceder indiscreto–, no hay por qué apurarse. Y téngase en cuenta también este otro principio que debe regir toda labor apostólica: «A los hombres sólo se les conquista con el amor y el cariño, con el ejemplo callado y prudente, que ni humilla ni obliga a rendirse por la fuerza. A nadie le gusta ser atacado por aquél que sólo sueña en vencer» (Josué Borsi).

23. Nunca hay razón para desanimarse

A veces los esfuerzos más generosos, y prolongados heroicamente, parece que dan pocos frutos. Los legionarios no se empeñarán en los resultados visibles; pero no les beneficiaría el trabajar con la impresión de que todos sus esfuerzos son vanos. Les consolará, y les animará a realizar todavía esfuerzos más enérgicos, el reflexionar que un solo pecado que se haya evitado es ya una ganancia infinita: ese pecado sería en sí un mal inconmensurable, y acarrearía una serie interminable de lamentables consecuencias. Dice el citado Josué Borsi: «Por pequeña que sea la cosa, influye en el equilibrio de las mismas estrellas. Por eso –y del modo que solo Tú, Dios mío, puedes concebir y calcular– el más ligero movimiento de esta pluma mía, que corre por el papel, está íntimamente ligado con el girar de las esferas, al cual contribuye y del que forma parte. Lo mismo ocurre en el mundo de las ideas. Las ideas viven y tienen sus repercusiones más complejas en un mundo incomparablemente superior a este mundo

material: en un mundo también unido y compacto en la grandiosa, fecunda y variadísima complejidad de su ser. Y como en el mundo material e intelectual, así sucede en ese otro mundo infinitamente mayor que los dos: el mundo moral». Cada pecado hace estremecer al mundo moral; repercute siniestramente en todas las almas. Algunas veces el primer choque en la serie es visible: como cuando una persona conduce a otra a pecar. Pero, sea visible o no, el hecho es que todo pecado lleva a otro pecado; y de manera semejante, todo pecado que se impide guarda de otro pecado; y este segundo pecado impedido es, a su vez, defensa contra otro tercero; y así sucesivamente, hasta que llega a formar como una cadena que engarza con sus anillos todos los lugares y todos los tiempos. ¿Será, pues, mucho afirmar que cada pecador arrepentido vendrá a figurar con una gran multitud que marcha tras él hacia el cielo?

Por consiguiente, impedir un solo pecado grave justificaría los más arduos esfuerzos, aun durante toda la vida; porque, con ello, no habría ningún alma que no recibiese un aumento de gracia. Y puede ser que ese pecado impedido determine el destino eterno de un alma, o sea el primer impulso de un proceso de elevación espiritual que, con el tiempo, cambie la vida de todo un pueblo, que pase de ser ateo a verdaderamente creyente.

24. La huella de la cruz es señal de esperanza

El principal peligro de desaliento no está en la oposición –por fuerte que sea– de las fuerzas contra las cuales lucha la Legión. El peligro está en la angustia que se apoderará de todo legionario, al ver que fracasan aquellos mismos auxilios y circunstancias en que creía poder confiar: le fallan los amigos, le fallan las personas buenas, le fallan sus mismos instrumentos de trabajo; «y todo nuestro sostén ha traicionado nuestra paz». ¡Oh, si no fuera por esta hoz embotada que tengo, si no fuera

por esas deserciones entre los mismos amigos, si no fuera por esta cruz que me agobia!... ¡Ah, qué espléndida mies podría cosechar!

No hay duda de que precisamente aquí, en este impacientarse al ver cómo, sin culpa propia, se va estrechando más y más el campo para hacer el bien, aquí es donde se oculta el grandísimo peligro de desanimarse, peligro mayor que todas las embestidas enemigas.

Recordemos siempre que la obra del Señor llevará el signo distintivo del mismo Jesucristo: la cruz. Toda obra que no lleve la huella de la cruz difícilmente podrá acreditarse de obra sobrenatural, y nunca será verdaderamente fructífera. Janet Erskine Stuart expresa esto mismo de otra manera: "Si examináis la historia sagrada, la historia de la Iglesia y vuestra propia experiencia –que va consolidándose con los años–, veréis que nunca se realiza la obra de Dios en condiciones fáciles, nunca de la manera que hubiéramos imaginado o preferido nosotros». Lo cual quiere decir –¡cosa extraña!– que aquellas mismas circunstancias que, según nuestro limitado entender humano, parecen impedir que las condiciones de obrar sean las mejores –y que consideramos fatales para el porvenir de la obra–, no solamente dejan de ser obstáculo para que triunfe dicha obra, sino que son elemento esencial para su triunfo; no son señal de flaqueza, sino marca de garantía; ni un freno, sino un estímulo que alimenta el esfuerzo y le ayuda a conseguir su objetivo. Siempre ha sido del divino agrado hacer alarde de su poder sacando resultados felices de las condiciones más adversas, y sirviéndose de los más débiles instrumentos para ejecutar sus mayores designios.

Así y todo, los legionarios tendrán muy en cuenta esta importante consideración: para que sus dificultades sean beneficiosas, no habrán de proceder de negligencia suya. No tiene la Legión derecho a esperar que sus propias culpas de obra u omisión sean fuentes de gracias.

25. El triunfar es una dicha. Fracasar no es más que el aplazamiento del triunfo

Si se miran bien las cosas, el trabajo legionario es una alegría continua. Alegre es el triunfar. Pero más alegre debiera ser el fracasar: porque, además de ser una penitencia y un acto de fe, el legionario que reflexione un poco no verá en el fracaso sino el aplazamiento de un triunfo mayor. Es natural gozarse de ser recibido con sonrisas de agradecimiento por los más, que estiman grandemente sus visitas; pero, cuando sorprenda miradas recelosas de otros, alégrese más todavía, porque se le está dando por añadidura algo muy importante, que la mirada común no percibe. Sabe la Legión por propia experiencia que donde reina un sentir genuinamente católico, aunque haya abandono en el cumplimiento de los deberes religiosos, siempre se acoge con agrado al visitante legionario; lo contrario, no pocas veces, es indicio de que un alma peligra.

26. Actitud respecto a las faltas de los praesidia y de los legionarios

Usar de paciencia, con unos y con otros. Aunque se encuentre con un celo sin brío, con progresos insignificantes o con las ruindades de un espíritu mundano, no por eso hay motivo para desalentarse; antes bien, anímese el legionario con la siguiente reflexión:

Si esos hermanos legionarios dejan tanto que desear —a pesar del enérgico impulso que les comunica su organización, y de la influencia que el espíritu de piedad y celo de esta organización ejerce sobre ellos—, ¿qué serían, si carecieran de todo? De igual modo, ¿cuál no sería la desolación espiritual de una población incapaz de reunir los pocos apóstoles requeridos para formar un buen praesidium? Pero, si realmente no se hallan socios dignos, la conclusión es evidente: elevar a todo trance las normas de vida en dicha población, y

elevantas valiéndose del mejor y único medio: metiendo en ella la levadura del apostolado, «hasta que quede fermentada toda la masa» (Mt 13, 33). Lo poco que haya de espíritu apostólico, cultívese con invencible paciencia y dulzura. Si la formación del espíritu católico ordinario va tan despacio, ¿cómo esperar el desarrollo del espíritu apostólico en un abrir y cerrar de ojos? Lo que se necesita, ante todo, es valor y decisión; si estas cualidades faltan, ha fallado el último recurso, y la población quedará abandonada a su estancamiento para siempre, hundiéndose más cada día en el fango del vicio, hasta convertirse en criadero de infección.

27. No buscarse a sí mismo

Tampoco permitirá la Legión que ninguno de sus miembros la utilice como instrumento de ganancia material personal. Verdaderamente, jamás debería ser necesario llamar la atención a nadie sobre la indigna explotación –dentro o fuera de la Legión– de su calidad de socio de la misma.

28. No dar regalos a los socios

Está prohibido a los centros de la Legión el hacer a sus miembros donativos de dinero u otros regalos equivalentes. Si estos donativos se tolerasen, su número tendería a aumentar, y llegaría a ser una pesada carga financiera. No hay que consentirlos, sobre todo en atención a las muchas personas de escasos recursos pecuniarios que la Legión tiene la dicha de contar entre sus miembros.

Si algún *praesidium* –u otro cuerpo legionario– quisiere festejar un suceso notable en la vida de un socio, que lo haga obsequiándole con un ramillete u ofrenda espiritual.

29. En la legión no hay distinción de clases

La Legión por regla general, se opone a la formación de praesidia compuestos exclusivamente de miembros pertenecientes a una clase o categoría social determinada. He aquí algunas de las razones:

a) restringir equivaldría frecuentemente a excluir, con perjuicio de la caridad fraterna;

b) el mejor método de reclutar socios suele ser que quienes ya lo son los busquen entre sus amistades, y estos podrían no considerarse con títulos para unirse a un praesidium especial;

c) un praesidium formado por representantes de todas las clases y condiciones de la vida humana resultará casi siempre el más eficaz.

30. Tenemos que aspirar a unir

La Legión debe proponerse combatir las divisiones y los innumerables antagonismos del mundo; mas, para hacer algo, hay que iniciar ese proceso dentro de la unidad orgánica de la Legión: el praesidium. Sería un contrasentido que la Legión hablara de superar diferencias si al mismo tiempo el espíritu de desunión reinara en sus propias filas.

Por eso, no piense la Legión más que en organizarse según el concepto de unión y caridad vigentes en el Cuerpo místico. Cuando haya logrado unir entre sí, como socios de un mismo praesidium, a personas que los criterios del mundo mantenían alejadas, entonces habrá efectuado algo grande: se habrá establecido el contacto del amor. Y este contagio cristiano se difundirá en torno, superando y aniquilando al espíritu de discordia que reina en el mundo.

31. Tarde o temprano los legionarios tendrán que acometer los trabajos más difíciles

La elección de trabajo puede dar lugar a vacilaciones. Tal vez urja poner remedio a ciertos problemas, pero el párroco teme valerse de un *praesidium* que está todavía en sus comienzos. ¿Qué hacer?

Primero: no permitamos que, de ordinario, prevalezcan los motivos de temor, no sea que se nos puedan aplicar las palabras de San Pío X: «el mayor obstáculo al apostolado es la pusilanimidad, o, mejor dicho, la cobardía de los buenos».

Segundo: si las dudas y temores persisten, al principio vaya el *praesidium* con mucha cautela, tanteando con trabajos más sencillos. Conforme vayan sucediéndose las juntas y se gane en experiencia, se destacarán algunos socios como ciertamente capaces de empresas más arduas. Sean éstos los primeros en poner manos a la obra; y únense luego a ellos otros legionarios, a medida que demuestren su capacidad y lo exija el trabajo mismo. Aunque no estuviesen ocupados en un trabajo difícil más que dos legionarios, su ejemplo tendría un efecto alentador sobre los esfuerzos de los demás.

32. Ante los peligros

El sistema legionario reducirá a un mínimun absoluto las ocasiones de peligro; así y todo, puede haber ciertos riesgos inherentes a algunos trabajos importantes. Ante esa situación, y después de madura reflexión, láncense decididamente a la obra unos cuantos legionarios escogidos, si en esa reflexión se viere: a) que, de otra suerte, quedaría abandonado en todo o en parte un trabajo del que depende la salvación de un alma, y b) que se han tomado todas las precauciones para resguardar al socio. Quedarse mirando con fría indiferencia, mientras el prójimo se precipita a la ruina, sería para los legionarios un crimen intolerable.

«¡Dios aleje de nosotros la serenidad de los ignorantes! ¡Dios aparte de nosotros la paz de los cobardes!» (De Gasparin).

33. La Legión ha de ir siempre a la vanguardia en las luchas de la Iglesia

Los legionarios comparten la fe de María en la victoria de su Hijo; su fe de que, a través de su muerte y resurrección, se ha conquistado todo el poder del pecado en el mundo. De acuerdo con la medida de nuestra unión con nuestra Señora, el Espíritu Santo pone esta victoria a nuestra disposición en todas las batallas de la Iglesia. Con este hecho en mente, los legionarios deben ser una inspiración para toda la Iglesia por la confianza y el coraje con los que se enfrentan a los grandes problemas y a los males del día.

«Debemos comprender lo que es esta guerra. Se está luchando no sólo por extender el reino de Dios a través de su Iglesia, sino para conseguir también que las almas se unan con Cristo. Es una de las guerras más sorprendentes, en las que se pelea por el enemigo y no contra él. Incluso no debemos permitir que nos confunda el término "enemigo".

Cada uno de los no creyentes es, como cada uno de los católicos, un ser humano con un espíritu inmortal, hecho a imagen y semejanza de Dios, por quien murió Cristo. Por violentamente hostil que pueda mostrarse ante la Iglesia o ante Cristo, nuestro objetivo es convertirle, y no simplemente vencerle. No debemos olvidar que el demonio quiere su alma en el infierno como quiere la nuestra, y debemos luchar con el demonio por él. Podemos vernos obligados a enfrentarnos a un hombre para impedir que su alma caiga en peligro, pero siempre hemos de desear ganarle para su salvación. Es con la fuerza del Espíritu Santo (sic) con la que debemos luchar, y Él es el amor del Padre y del Hijo; tan es así que, si los soldados de la Iglesia pelean con odio, están peleando contra Él» (F.J. Sheed, *Teología para principiantes*).

34. El legionario debe ser propagandista de todo lo católico

Los legionarios no deben descuidar el uso de escapularios, medallas e insignias aprobadas por la Iglesia. La distribución de estos objetos, propagando esas devociones, son otros tantos cauces que se abren: por ellos quiere Dios hacer fluir abundantes gracias, como lo han demostrado innumerables ejemplos.

Recordarán particularmente el escapulario del Carmen, la librea misma de María. «Algunos interpretan en sentido literal la siguiente promesa: "El que muere con este hábito puesto, no se perderá". Y San Claudio de la Colombière no toleraba ninguna restricción, diciendo: "Podrá uno perder su escapulario, pero aquel que lo lleve en la hora de la muerte se salva"». (Padre Raúl Plus).

Promoverán también la piedad en los hogares, animando a las familias a poner en sitio visible estampas y cuadros devotos, crucifijos y estatuas, a tener siempre llena una pila de agua bendita, y a llevar consigo un rosario con las debidas indulgencias. La familia que no muestre afecto y aprecio a los sacramentales de la Iglesia, corre gran riesgo de ir poco a poco abandonando los mismos sacramentos. Y los niños, extremadamente sensibles a estas ayudas externas de la piedad, tendrán gran dificultad en adquirir el carácter íntimo y verdadero de nuestra fe, si no tienen en casa alguna imagen o cuadro religioso.

35. «Virgo Praedicanda»: la Virgen ha de ser llevada y enseñada a todos los hombres, pues Ella es su Madre

Tema predilecto de León XIII: María es la Madre de todos los hombres, y Dios ha implantado un germen de amor hacia Ella en todos los corazones, aun en aquellos que no la conocen o la odian. Este germen tiene que crecer, y puede ser fomentado lo mismo que cualquier otra cualidad, con las condiciones requeridas. Hay que

acercarse a las almas para enseñarles el oficio maternal de María.

El Concilio Vaticano II ha proclamado esta maternidad universal de María (LG 53,54), y ha declarado que María es verdaderamente la fuente y el modelo del apostolado, y que la Iglesia tiene que depender de Ella en sus esfuerzos por salvar a todos los hombres (LG, 65).

San Pablo VI aconseja insistentemente que en todas partes –y particularmente allí donde abundan los no-católicos– los fieles se instruyan plenamente en el oficio maternal de María, a fin de que repartan a sus «hermanos más menesterosos» el tesoro de este conocimiento. Además, encomienda al corazón amante de María a todo el género humano, para que Ella cumpla su misión de orientar a todas las almas hacia Cristo. Finalmente, a fin de poner en claro su oficio maternal y unificador para con todos los miembros de la familia humana, otorga a María el significativo título de «Madre de la Unidad».

Por eso yerran tristemente aquellos que miran a la santísima Virgen como una barrera para las conversiones, barrera que debería suprimirse. No: Ella es la Madre de la gracia y de la unidad, de tal modo que, sin Ella, las almas no acertarán a encontrar su camino. Los legionarios han de aplicar firmemente este principio a sus esfuerzos en pro de las conversiones; es decir, han de explicar a todo el mundo lo que algunas veces se ha calificado equivocadamente de «devoción legionaria a María». Esta devoción no es propiedad de la Legión. La Legión no ha hecho más que aprenderla de labios de la Iglesia.

«La Iglesia ha presentado la Virgen María a los fieles como ejemplo a imitar, no precisamente por el tipo de vida que llevó, y mucho menos por el estado sociocultural en el que vivió y que hoy día apenas sí existe en parte alguna. La Iglesia nos la presenta como ejemplo para los fieles por la forma en la que, en su vida particular, aceptó con plena responsabilidad el deseo del Señor (cf. Lc 1,38), porque escuchó la Palabra de Dios y la cumplió, y porque la caridad y el espíritu de servicio

fueron la fuerza que impulsó sus acciones. Merece la pena imitarla porque es la primera y más perfecta de los discípulos de Cristo. Todo esto tiene un valor ejemplar, universal y permanente» (MCul, 35).

40. PREDICAD EL EVANGELIO A TODAS LAS CRIATURAS

1. Su último Testamento

Las palabras de la última despedida, aun pronunciadas con la debilidad natural, adquieren siempre cierta solemnidad. ¿Qué diremos entonces de este precepto con que se despidió nuestro Señor de sus apóstoles: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las criaturas* (Mc 16,15)? Terminaba su vida de Legislador en la tierra, y estaba a punto de subir a los cielos. Ocasión más imponente que la del Sinaí. Bien puede decirse que este mandato es su última voluntad, su testamento. Y estas palabras las pronunció Jesucristo estando ya revestido de la gloria de la Santísima Trinidad.

Estas palabras destacan la nota más alta de la fe cristiana. Es una fe que debe esforzarse con inextinguible ardor por llegar a todos los hombres. Pero, desgraciadamente, a muchos les falta esa nota esencial. No se va en busca de los otros, ni dentro del redil ni fuera de él. Se ignora el mandamiento de nuestro Señor en el momento de su Ascensión. ¡Y a qué precio!: al precio de la pérdida de la gracia, de la disminución, el decaimiento y aun la extinción de la fe. Basta dar una ojeada en derredor nuestro, para ver los muchos lugares que han pagado ya ese terrible precio.

Cuando Cristo dijo "a todas las criaturas", quiso decir a TODAS. Tenía delante de Sí, a cada hombre particular; por él, para redimirlo, vivió y murió.

«Llevó corona y cetro,
rey de dolor y mofa;
pedía el populacho
su muerte ignominiosa;
cargó su propia cruz;
apurando la copa
de penas mil, angustias,
desmayos, sed agónica,
al fin, abandonado,
dio su vida en el Gólgota.»

¡Que no se pierda una labor tan grande! ¡Que esa Sangre preciosa llegue a tocar a todos y a cada uno por los que se derramó tan pródigamente! Ésta es la misión cristiana, que nos impulsa poderosamente a acercarnos a todos los hombres, en todas partes: a los más pequeños, a los más notables, a los cercanos, a los alejados, a la gente sencilla, a los hombres más malvados, a la choza remota, a todos los afligidos, a los de entraña diabólica, al faro más solitario, a la «Magdalena», al leproso, a los olvidados, a las víctimas del vicio y de la bebida, a los delincuentes, a los que viven en cuevas o en caravanas, a los empeñados en contiendas militares, a los que se esconden, a sitios no frecuentados, a los despojos de la humanidad, al tugurio más oculto, al desierto quemado por el sol, a la selva más espesa, a la tenebrosa marisma, a la isla desconocida, a la tribu ignorada, hasta lo más recóndito, para ver si alguien existe allí, hasta los confines del mundo donde se apoya el arco iris... ¡Nadie se escape a nuestra búsqueda, para que no veamos severo al bondadoso Jesús!

Este precepto final tiene que obsesionar –por decirlo así– a la Legión de María. La Legión debe tener como principio básico el establecer contacto, sea el que fuere, con todas las personas de su alrededor. Si esto se hace –y es factible–, y si se consigue que la Legión penetre por doquier –y no tardará–, entonces el mandato del Señor irá llegando a su pleno cumplimiento.

Fijémonos bien: nuestro Señor no manda que convirtamos a todos los hombres, pero sí que nos acerquemos a cada uno. Lo primero no está a nuestro alcance; pero lo segundo –el acercarnos a todos– no es imposible. Y si alguna vez llegásemos a establecer ese contacto personal con cada uno de los hombres, ¿qué sucedería? Ciertamente habría consecuencias: porque nuestro Señor no manda que demos pasos inútiles. Cuando se haya hecho ese acercamiento a todos los hombres, por lo menos se habrá cumplido el divino precepto, y eso es lo que importa. Lo que suceda después, ¿quién lo sabe? A lo mejor se avivarían los fuegos de Pentecostés.

Muchas personas celosas creen que, si ellas trabajan individualmente hasta donde alcanzan sus fuerzas, habrán hecho todo lo que Dios espera de ellas. Desgraciadamente, esos esfuerzos individuales no las llevarán muy lejos, ni quedará satisfecho el Señor con ese trabajo individualista, ni tampoco suplirá Él lo que ellas no podrán emprender por trabajar así, aisladas. No: hay que emprender la obra del apostolado como cualquier otra obra que exceda la capacidad del individuo; es decir, hay que movilizar y organizar hasta que los comprometidos sean suficientes.

Este principio de movilización, este esfuerzo por alistar a otras personas para que unan sus esfuerzos a los nuestros, es elemento vital de nuestro deber común. Y este deber incumbe, no solamente a las altas jerarquías de la Iglesia, no sólo a los sacerdotes, sino a todo legionario y a todo católico. El día en que saltase de cada creyente una sola chispa de verdadero fuego apostólico será testigo de una conflagración universal.

«Os daréis cuenta de que vuestra capacidad para obrar estará siempre a la par de vuestros anhelos y de vuestro progreso en la fe. Porque no sucede en los beneficios celestiales lo mismo que en los de la tierra: cuando se trata de recibir el don de Dios, no estáis restringidos a ninguna medida ni límite; el manantial de la divina gracia fluye sin cesar, no

tiene linderos fijos, ni cauces estrechos para retener las aguas de la Vida. Estimulemos una sed ardiente de esas aguas, y abramos nuestros corazones para recibirlas, porque tanto fluirán en nosotros cuanto nos permita recibir nuestra fe» (San Cipriano de Cartago).

2. La Legión debe dirigirse a cada persona en particular

«Primero: No nos dejemos deslumbrar por la multitud de comuniones en la misa de la mañana; hay contrastes horribles: familias enteras donde todo está desquiciado, barrios completos donde reina la corrupción y la maldad, donde el pecado se halla como entronizado y rodeado de su corte.

Segundo: recordemos que el pecado –aunque se haga doblemente repulsivo en dichos sitios por estar allí condensado– no es menos vil y abominable cuando está más difundido.

Tercero: allí se presentan los frutos ya maduros de los pecados castigados en el mar Muerto, pero las raíces se extienden bajo el suelo por todos los rincones del país. Dondequiera que se infiltre el abandono religioso o levante cabeza el pecado venial, allí hay tierra abonada para todas las abominaciones. El apóstol –esté donde esté– tiene trabajo a mano. Aunque no se dijeran más que unas palabras de consuelo a algún pobre anciano en un hospital, o se enseñara a los niños a hacer la señal de la cruz y a balbucir una contestación a “¿Quién hizo el mundo?”, se estaría dando, conscientemente o no, un duro golpe a todas las maquinaciones del mal.

Cuarto –y éste es un mensaje alentador para el apóstol, propenso a desanimarse ante el mal que domina el mundo–: esos mismos desórdenes que acabamos de mencionar no son incurables. Hay un remedio –y es el único–: la aplicación intensa y paciente de los medios sobrenaturales de que dispone la Iglesia.

Bajo esa corteza de depravación, cuyo mero esbozo hace estremecer, se esconde una fe que en algunos momentos buenos suspira por la virtud. Y si en

esos momentos hubiera alguien que ayudara, animara y hablara de cosas mejores, infundiendo la esperanza de que para todo hay remedio, se podría llevar al sacerdote y a los sacramentos aun a la persona más depravada. Recibidos los sacramentos, se produce una transformación que nunca se borrará por completo.

Tan manifiesto es frecuentemente el poder de Cristo en sus sacramentos, que quedamos atónitos al ver que se repite ante nuestros ojos el milagro de una vida totalmente cambiada: un nuevo Agustín o una nueva María Magdalena, aunque sea en escala menor. En otros, la curación será menos sorprendente: los malos hábitos y las influencias del pasado dominarán todavía su vida, y seguirán nuevas caídas y nuevas enmiendas. Es probable que nunca se hará de ellos lo que podríamos llamar unos buenos ciudadanos; pero el elemento sobrenatural influirá tal vez lo suficiente en sus vidas como para conducirlos por fin al puerto de la salvación. Si se logra esto, se habrá alcanzado la gran victoria final.

Para el legionario de fe sencilla y animosa habrá pocos fracasos, aunque él o ella trabaje en los lugares más oscuros y llenos de maldad. La regla es breve: difúndase la frecuencia de los sacramentos y la práctica de las devociones populares, y se derretirá el pecado ante sus mismos ojos. Hágase el bien en cualquier parte y todos saldrán beneficiados; basta con abrir brecha en un punto cualquiera. Sírvase el legionario de armas adecuadas para la necesidad del momento. Por ejemplo: si en una casa hay seis familias alejadas de la misa y de los sacramentos, y todas son difíciles de convencer, ¿no podrá el legionario inducir a una de ellas a hacer algo que cueste menos? Si consigue entronizar el Sagrado Corazón en esa familia, está ganada la batalla. Poco a poco esa familia se irá levantando, y las demás seguirán su ejemplo; y, por fin, aquellos que con el mal ejemplo habían sido arrastrados mutuamente al vicio, se animarán ahora unos a otros a

la virtud» (P. Miguel Creedon, primer director espiritual del Concilium Legionis Mariae).

«Este ladrón robó el paraíso. Nadie antes de él recibió tal promesa; ni Abrahán, ni Isaac, ni Jacob, ni Moisés, ni los profetas, ni los apóstoles. ¡El ladrón arrebató el primer puesto! Pero también su fe fue superior a la de todos ellos. Veía a Jesús atormentado, y le adoró como si estuviera en su gloria. Le veía clavado en la cruz y le suplicó como si estuviera sentado sobre un trono. Le veía condenado y le pidió un favor como a un rey. ¡Oh admirable ladrón! ¡Tú viste a un hombre crucificado y le proclamaste Dios!» (San Juan Crisóstomo).

3. La relación especial con nuestras Iglesias hermanas de la Tradición Ortodoxa

La obra de llevar el mensaje de Jesucristo a toda persona, que, en palabras de San Pablo VI es «la misión esencial de la Iglesia» (EN, 14), está vinculada estrechamente con ese otro gran compromiso de la Iglesia que es fomentar la reconciliación y la unidad entre los cristianos. Recordamos aquí la oración de nuestro Señor en la Última Cena: «*para que todos sean uno; para que, así como tú, Padre, estás en mí, y yo estoy en ti, sean ellos uno en nosotros; para que crea el mundo que tú me has enviado*» (Jn 17, 21).

Después del Concilio Vaticano II (1962-1965), la unidad de los cristianos es, en estos tiempos, una de las prioridades más importantes de la Iglesia católica, ya que, según señala el mismo Concilio, «la división entre los cristianos contradice abiertamente la voluntad de Cristo, escandaliza al mundo y perjudica la más santa de las causas: la predicación del Evangelio a toda criatura» (UR, 1).

En el contexto de lo indicado arriba, la siguiente cita de la Carta Apostólica de San Juan Pablo II, *Orientalis Lumen* (La luz del Oriente) (OL), escrita para ayudar a restaurar la unidad con todos los cristianos de Oriente, es de la mayor importancia.

«En efecto, dado que creemos que la venerable y antigua tradición de las Iglesias orientales forma parte integrante del patrimonio de la Iglesia de Cristo, la primera necesidad que tienen los católicos consiste en conocer esa tradición, para poderse alimentar de ella y favorecer, cada uno en la medida de sus posibilidades, el proceso de la unidad.

Nuestros hermanos y hermanas orientales católicos tienen plena conciencia de ser, junto con los hermanos y hermanas ortodoxos, los portadores vivos de esa tradición. Es necesario que también los hijos de la Iglesia católica de tradición latina puedan conocer con plenitud ese tesoro y sentir así, en unión con el Papa, estos dos anhelos: el de que se restituya a la Iglesia y al mundo la *plena manifestación de la catolicidad de la Iglesia*, que no se expresa por una sola tradición, ni mucho menos por una comunidad contra la otra; y el de que todos nosotros podamos gozar plenamente de ese patrimonio –revelado por Dios e indiviso– de la Iglesia universal, que se conserva y crece tanto en la vida de las Iglesias de Oriente como en las de Occidente» (OL, 1).

Más adelante, el Santo Padre, al hablar de las Iglesias Ortodoxas, dice: «Ya nos une un vínculo muy estrecho. Tenemos en común casi todo; y tenemos en común, sobre todo, el anhelo sincero de alcanzar la unidad» (OL, 3).

Estas Iglesias orientales son verdaderamente nuestras Iglesias hermanas. Debemos fomentar en todos los aspectos posibles la reconciliación y unidad entre nosotros, de acuerdo con la mente de Cristo y de acuerdo con los principios del documento *Unitatis redintegratio* (UR) del Concilio Vaticano II.

En los puntos siguientes de este capítulo, lo que se dice con relación a la conversión de aquellos que no son católicos, no se aplica a nuestros hermanos y hermanas de las Iglesias Ortodoxas.

4. Buscando conversiones a la Iglesia

«La Iglesia no tiene otra razón de existir que la de extender por el mundo el Reinado de Cristo, y la de hacer partícipes a todos los hombres en la obra salvadora de nuestra Redención» (Pío XI). Triste cosa es que los católicos vivan en medio de multitudes que no son de la Iglesia, y que pongan tan poco de su parte para hacerlas entrar en ella. A veces, esta negligencia proviene de creer tan difícil el problema de atender a los de dentro, que no hay energías para interesarse por los de fuera. Al fin, ni se preserva a los de dentro ni se gana a los de fuera.

No le quepa a nadie la menor duda: es preciso llevar la fe a cuantos viven fuera de la Iglesia. Las timideces, los respetos humanos y las dificultades de todo género han de ser arrolladas por el ansia suprema de repartir el tesoro santo de nuestra fe entre aquellos que no lo poseen. Es menester predicar el Evangelio a toda criatura humana. Y San Francisco Javier pensaba que, para conseguirlo, hay que actuar como hombres que han perdido el juicio. Otros aconsejarán la prudencia. Ciertamente que mucho depende de esta virtud, pero sólo dentro de los debidos límites. La prudencia tiene que resguardar la actividad, no matarla; en toda organización debería tener la prudencia el oficio de freno, no el de fuerza motriz, como se empeñan en imaginar algunos. Y, luego, estos mismos son los que se lamentan de la falta de actividad. ¡Cuánta necesidad hay de tales hombres, fuera de sí, locos, que no piensan en tomar precauciones egoístas, que no se dejan vencer por el miedo creado por el egoísmo, que viven libres de rastreros temores, pero sin incurrir en los dos extremos opuestos, condenados por el Papa León XIII con el nombre de «excesos criminales»: ¡la temeridad y la prudencia de la carne! El tiempo pasa, y arrastra a la humanidad en su impetuosa corriente. Vayamos sin dilación en socorro suyo; porque, si no nos apresuramos,

salvaremos tal vez a otros hombres, pero no a esos que se habrán hundido ya en el abismo de la eternidad.

«A fuerza de repetir que ciertas personas no están todavía dispuestas a recibir el Evangelio, acabará uno por no estar dispuesto a llevárselo» (Cardenal Suenens).

Fuera de la Iglesia, los hombres fluctúan en un mar de dudas. Sus corazones anhelan la paz: lo que les falta es darse cuenta de que en la Iglesia católica hallarán realmente la fe y la paz que buscan. Y el primer paso para convencerlos de esto es, necesariamente, hablar con ellos. ¿Cómo van a entender la verdad, si nadie se la enseña? (Hch 8, 30-31). ¿Cómo desterrar los más fantásticos prejuicios, si los mismos católicos mantienen siempre y de propósito un reservado silencio? Si los no creyentes no ven más que frialdad en el porte de los católicos, mucho les costará creer que en sus corazones llamea una fe viva y ardiente; y si, al ver el poco entusiasmo externo de la religión católica, concluyen que poco o nada se diferencia de su falta de fe, ¿acaso son del todo responsables?

Es común pensar que lo más que se puede hacer por la Iglesia, es divulgar los derechos de la fe católica por radio, o anunciarla en la gran prensa diaria o en reuniones públicas. Todo lo contrario: cuanto menor sea el contacto personal, tanto menos eficaz será la comunicación de las verdades de nuestra fe. Si el número de conversiones estuviera en proporción al alcance de los medios modernos de comunicación social, la época actual tendría que ser testigo de conversiones en gran escala. Desgraciadamente, el hecho es que cuesta mantener íntegro el número actual.

No: para que el trato con los hombres dé resultado, tiene que ser personal e íntimo. La radio, la prensa, etc., pueden hacer un papel estimulante o de colaboración en el plan de llevar a esas «otras ovejas» al Buen Pastor, pero el eje del plan ha de ser el influjo de un alma individual sobre otra. «Es ley del mundo espiritual –dice el beato Federico Ozanam– que un alma eleve a otra atrayéndola a sí». En otros términos: tiene que entrar

en vigor el precepto de la caridad; pero el don, sin la entrega del donante, es un don incompleto.

Con sobrada frecuencia el católico se comporta como si estuviera imposibilitado para todo. Se imagina a los que están fuera de la Iglesia tan aferrados a sus prejuicios o ignorancia, que nadie podrá convencerlos. Ciertamente, sus prejuicios son muchos, vienen de siglos atrás, son casi congénitos, y la educación que reciben no hace más que aferrarlos en su sentir. ¿Con qué armas, pues, acometerá el simple fiel a todas estas fuerzas ordenadas de la incredulidad? No tema: en la fe católica, aun en su exposición más sencilla, posee y blande una espada fulgurante cuya eficacia está expresada en estas valientes palabras del beato John Henry Newman: «Siento vibrar en mí intensamente el poder conquistador de la verdad, de aquella verdad que lleva la bendición de Dios; una verdad cuyo dominio podrá retardar Satanás, mas nunca impedirlo».

Pero todo católico debe también recordar este otro principio, al cual ha de ser fiel: «La verdad, en sus luchas contra el error, nunca se enoja. El error, al combatir la verdad, nunca conserva la tranquilidad» (De Maistre). Lo hemos dicho repetidamente en estas páginas, y con insistencia: nuestra manera de acercarnos a los hombres que queremos ganar tiene que parecerse a la del Buen Pastor. Nada de polémica, ninguna imposición. Toda palabra respire humildad, cariño, sinceridad. Y las acciones, lo mismo que las palabras, deben hacer resaltar esta realidad esencial: un fondo de fe sincera. Obrando de este modo, pocas veces causarán los legionarios disgustos serios, y nunca dejarán de producir profunda impresión, lo cual dará frutos de conversión en muchísimos casos.

El doctor Williams, que fue arzobispo de Birmingham, solía decir: «Tengamos siempre en cuenta que la religión es cuestión de captarla más que de aprenderla: es una llama que prende fuego de una persona a otra, se difunde por el amor y no de otro modo. La aceptamos solamente de manos de aquellos que se portan con

nosotros como amigos. Los que se nos presentan como indiferentes u hostiles no nos pueden recomendar la religión».

Ya que se necesita el contacto personal, es evidente que el número de casos de que puede encargarse cada socio es muy limitado. Por consiguiente, para lograr numerosas conversiones se requieren muchos apóstoles. Los alistados en las filas de la Legión tienen que ser muchos más.

Sea cual fuere su método de proceder, los legionarios deben atender a los puntos siguientes:

a) Trabajen en el estudio, y no sólo como preparación para la discusión, sino más bien para estar en disposición de ayudar a todo aquel que busque sinceramente la verdad.

b) Visiten a los ya convertidos para proporcionarles amistades católicas, o para alistarlos –si reúnen las condiciones debidas– en las filas de la Legión. Nadie mejor que ellos para resolver las dificultades de sus antiguos correligionarios.

c) Se enterarán de quienes comenzaron la formación católica y la dejaron, informándose con los responsables de esta labor de catecumenado, e irán a buscarlos y se pondrán al habla con ellos. La experiencia demuestra que la falta de perseverancia se debe no tanto a que se haya perdido el deseo de hacerse católico cuanto a circunstancias fortuitas, que interrumpen la continuidad en las clases; y la vergüenza o la pereza impiden luego el reanudarlas.

d) Abundan las oportunidades de establecer contacto con acatólicos. Los legionarios podrán hacerles mucho bien si se portan con ellos de una manera verdaderamente cristiana. A los católicos afligidos por ansiedades, penas o sufrimientos de cualquier género, el legionario les aconsejará que recen, o que lean algún libro capaz de consolarlos; les hablará del amor de Dios, de la maternidad de María, con el deseo de animarlos y endulzar sus penas. Pues lo mismo

se puede hacer con los no-católicos, en los frecuentes periodos de prueba que agitan su vida. Y, sin embargo, no se hace. El tema de la religión se declara tabú. No se expresan más que sentimientos mundanos, que no consuelan y nada consiguen. Los legionarios disponen de ocasiones perfectas para acercarse a las personas afligidas, porque en tiempos de prueba, cuando falla todo apoyo humano, sus palabras espirituales serán recibidas con gratitud, y, bien cultivadas, podrán ser semillas destinadas a producir grandes frutos.

e) En muchísimas partes se ha organizado un plan de retiro espiritual de un día para los acatólicos. El plan corriente comprendería: misa, tres conferencias, sesión de preguntas y respuestas, comida, merienda, Bendición y a veces una película (sobre la misa, por ejemplo) con comentario hablado. Si para estos retiros se puede conseguir el uso de una casa religiosa, se logrará un ambiente ideal, y se desvanecerán las incomprendiones y los prejuicios.

El procedimiento es el siguiente: se determina qué día se va a tener el retiro, y luego se mandan imprimir tarjetas de invitación, con el horario del retiro en el reverso. Por medio de los legionarios de la zona –y mediante cualquier otra colaboración posible–, estas tarjetas son entregadas a los acatólicos, explicándoles el sentido del retiro. En ningún momento han de distribuirse estas tarjetas de una forma indiferente, como si fueren anuncios ordinarios: el uso acertado de las tarjetas lleva consigo un elemento psicológico que ayuda mucho. Es más, hay que guardar una lista de los que se ofrecen a distribuir las tarjetas, y, después, analizar la distribución de las mismas. Se entregarán tarjetas solamente a aquellos que den por lo menos alguna esperanza de que irán al retiro.

Si el legionario –u otro colaborador suyo– acepta una de estas tarjetas, es que acepta el compromiso de encontrar a alguien dispuesto a hacer el retiro. Mientras no se encuentre, queda la tarjeta en poder del distribuidor

a modo de reproche y como recordatorio del trabajo sin cumplir.

Ha sido costumbre que cada acatólico vaya acompañado por el amigo católico que le haya persuadido de asistir. La razón es que, así, el acatólico no sentirá tanta extrañeza, al verse en un ambiente para él tan inusitado: además el católico le podrá ayudar en las preguntas, y le animará a recurrir al sacerdote en el transcurso del retiro. No hay obligación de permanecer en silencio. Pueden asistir damas y caballeros. Estos retiros deberán mantener su propia finalidad. No deben admitirse personas ya convertidas ni católicos negligentes.

Cuanto más sean invitados, más asistirán; y cuanto más hagan el retiro, mayor será el número de conversiones. La experiencia ha demostrado que se da esta relación directa. Por consiguiente, si duplicamos el número de contactos iniciales –lo cual está ciertamente a nuestro alcance–, se duplicará también el número de las conversiones.

Que sean todos uno. Como tú, Padre mío estás en mí y yo estoy en ti, que estén también ellos en nosotros (Jn 17,21).

«Quitad lo que aportó la santísima Virgen al testimonio evangélico, hacedla desaparecer como testigo del cristianismo, y hallaréis, no ya un eslabón roto, sino la ausencia de todo engarce; no sólo un hueco o hendidura, sino la falta de todo fundamento. La fe de todas las épocas y naciones en los prodigios de la Encarnación descansa sobre un solo testimonio, y sobre una sola voz: la de María Santísima» (Cardenal Wiseman, *Las acciones del Nuevo Testamento*).

5. La sagrada Eucaristía como instrumento de conversión

En nuestras discusiones solemos detenernos excesivamente en algunos argumentos que, aunque buenos en sí, no conquistan a los hombres para la Iglesia. Deberíamos proponernos siempre como fin el descubrir a los que están fuera de la Iglesia los tesoros encerrados en ella. Y para ello no hay medio mejor que

presentarles la doctrina de la Eucaristía, compendio y cifra de cuanto es capaz la generosidad divina.

Aun aquellos que no tienen de Jesús más que una idea incompleta y vaga, le admiran profundamente. Con la sola fe humana en los testigos de los hechos, reconocen que ejerció un poder nunca igualado sobre la naturaleza: los vientos y las aguas le obedecieron; a su mandato resucitaron los muertos y desaparecieron las enfermedades tan por completo que –según es tradición– los que quedaron curados vivieron más años que los de una vida ordinaria. Y Jesucristo obró todas estas maravillas por su propia autoridad y poder: era, además de verdadero hombre, el Dios eterno que creó todas las cosas, cuya palabra es soberanamente eficaz.

Narran las Sagradas Escrituras cómo, en cierta ocasión, aquel Hombre-Dios obró, entre otros muchos prodigios el milagro suavísimo de la Eucaristía. Tomó Jesús un pan, pronunció la bendición y lo partió; y se lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed. Esto es mi cuerpo» (Mt 26,26). ¡Poderosas palabras! Mas ¿para cuántos no han sido palabras cifradas? ¡Este modo de hablar es intolerable! ¿Quién puede admitir eso? (Jn 6,60). He aquí la objeción que, brotada de labios de algunos de los mismos discípulos de Jesucristo, ha seguido resonando a través de los siglos, y todavía resuena, causando a los hombres una pérdida infinita: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? (Jn 6,52). A aquellos discípulos, casi se les podría perdonar su incredulidad, pues no habían comprendido todavía quien era propiamente el que estaba entre ellos. Pero ¿qué es lo que nubla las inteligencias de algunos que profesan la divinidad de Cristo y, por consiguiente, su infinito poder? ¿No ven que dirigirse solemnísimamente a unas pobres gentes y decirles: *Esto es mi Cuerpo*, dando a sus palabras una significación contraria –*No, esto no es mi Cuerpo*–, ¿sería engañarlos miserablemente? Pues eso es lo que quieren achacar a nuestro Señor algunos de los que se llaman cristianos. ¡Parece inconcebible! Mediten, pues, la incontrastable lógica de Pascal: «si el

Evangelio dice la verdad, y si Jesucristo es Dios, ¿dónde está la dificultad en admitir la presencia real de Cristo en la Eucaristía? ¡Cómo aborrezco en el alma la necedad de aquellos que pretenden sostener lo contrario!»

El reto de una idea tan sobrecogedora como la Eucaristía no puede aceptarse con indiferencia. Presentar insistentemente a la reflexión de los hermanos separados esta gloria soberana de la Iglesia forzará en sus mentes a tener en cuenta su posibilidad; y, si se logra eso, los más dignos empezarán a razonar dentro de sí: «Si esto es verdad, ¡qué enorme es mi perjuicio en este momento!». Y, de la mano con este sentimiento, vendrá su primer gran deseo de participar en plenitud la fe verdadera.

Fuera de la Iglesia hay muchas personas sinceras que leen las Escrituras con el fin de revivir a Jesús mediante la oración y la asidua meditación: intentan sacarle a las sombras de la lejana historia, y se gozan de poder crear en su fantasía un cuadro vivo del Señor, entregado a sus obras de amor. ¡Oh, si esas personas llegaran a entender que en la Iglesia católica se realiza el milagro de la Eucaristía, destinado precisamente a introducir en la esfera de su vida a aquel mismo Jesús, tal como es, íntegro, en su doble naturaleza divina y humana! ¡Si supieran que, por este medio, le podrían tocar, hablar, contemplar, y hasta afanarse por Él, aún más íntimamente que entonces sus amigos de Betania! Es más: comulgando en unión con María, podrían prodigar al divino Cuerpo todos los amorosos cuidados de una Madre; y así, en cierto sentido, darle las debidas gracias por cuanto ha hecho por cada una de ellas. Sin duda bastará manifestar este bien inmenso de la Eucaristía a las multitudes que están fuera de la Iglesia, para que ellas, al conocerlo, la ansíen. Y a esta ansiedad corresponderá Jesús dándoles a conocer cuanto a Él se refiere, y, como a los discípulos de Emaús sus palabras abrasarán sus corazones mientras les habla en el camino y les revela el sentido de aquella «dura doctrina»: *Tomad y comed: esto es mi Cuerpo*

(Mt 26, 26). Sus ojos se abrirán, y le reconocerán en la fracción del divino Pan (Lc 24, 13-35).

La fe en la Eucaristía hará que los falsos conceptos y prejuicios que habían entorpecido la inteligencia y oscurecido la contemplación de las cosas celestiales, se derritan como nieve bajo el sol; y quien hasta el presente había andado en tinieblas, ahora, rebosando el corazón de gozo, exclamará: *Lo único que sé es que yo antes estaba ciego y ahora veo* (Jn 9, 25).

«María es "Nuestra Señora del Santísimo Sacramento". Ella recibe, en su condición de Dispensadora Universal de las gracias, el pleno y absoluto dominio sobre la Eucaristía, y sobre todas las gracias allí atesoradas. Como este sacramento es el más poderoso medio de salvación, y el más sabroso fruto de la Redención que nos dio a comer Jesucristo, el oficio de María, es hacer que los hombres conozcan y amen en él a su Hijo. A Ella le pertenece extenderlo por el mundo entero, multiplicar las Iglesias e implantarlas entre los infieles; defender la fe en este misterio contra los herejes y los incrédulos. Obra de María es también prepararnos para comulgar, movernos a visitar el Santísimo Sacramento frecuentemente y a velar ante Él sin cesar. Pues María es la tesorera de todas las gracias contenidas en la Eucaristía: de todas cuantas conducen a este sacramento y de todas las que fluyen de Él» (Tesièere, *Nuestra Señora del Santísimo Sacramento*).

6. La indiferencia religiosa de las poblaciones

Otro problema, aterrador por sus dimensiones, es la indiferencia religiosa de las masas.

En muchos grandes centros de población hay barrios enteros, católicos de nombre, que llevan una vida en la que no entran para nada ni la misa ni los sacramentos, ni siquiera la oración. Recientes investigaciones han descubierto en uno de estos barrios que de 20.000 habitantes sólo cumplían sus deberes católicos 75; en otro, no asistían a la misa más que 400, en una población total de 30.000; y en un tercer caso existían

sólo 40.000 católicos practicantes en una ciudad de 900.000 personas.

Con demasiada frecuencia, por desgracia, la irreligiosidad se va agravando y extendiendo tranquilamente sin que se haga ningún esfuerzo para atajar tan grave mal. Y dicen: «Dirigirse a las personas directamente no daría ningún resultado; sería mal visto, y hasta peligroso». Por extraño que parezca, éste es el argumento que parece convencer aun a aquellos católicos que ven muy razonable el que los misioneros vayan hasta los confines de la tierra, enfrentándose a peligros y a la propia muerte.

Lo más triste es que en esas poblaciones el clero está prácticamente imposibilitado para acercarse a las gentes de un modo directo. El frenesí de la impiedad ha llegado a soliviantar a sus víctimas contra sus pastores, por una funesta complicación de circunstancias, logrando que los echen fuera. Y aquí precisamente está el valor supremo de la Legión. Representa al sacerdote y ejecuta sus planes, pero a la vez es del pueblo, vive la vida del pueblo, y, así, no se la puede alejar de él; ni aun los impíos podrán destruir su obra ni impedir su acercamiento a los hombres, con una red de mentiras fácil de tramar contra el clero y los religiosos, que forman clase aparte.

*«¿Qué puede dar el hombre a cambio de su vida?
(Mc 8, 37).*

¿Qué esfuerzos hará un hombre por salvar a su prójimo? Sin duda ninguna, esfuerzos supremos, arriesgando, si fuere menester, hasta la misma vida. Es preciso evangelizar a todas esas masas sumidas en la indiferencia religiosa, con no menos energía que los misioneros en lejanos países de infieles. Esto no quiere decir que hemos de pasar por alto, en absoluto, los gritos de «sin remedio» o «peligroso». Es posible que los que tal dicen sugieran algo que conduzca al feliz resultado y a la seguridad del trabajo de la Legión. Pero de ningún modo hemos de permitir que cualquier palabra suya paralice nuestro esfuerzo: para trasladar

grandes cantidades de maldad también se necesita una fe inmensa, una fe como la de San Ignacio, el cual afirmó que estaba pronto a hacerse a la mar en una barquilla sin remos y sin velas; tal era su confianza en Dios.

Raro será el legionario llamado al martirio. En la mayoría de los casos le aguardarán muy señalados triunfos. Hay muchas gentes que no esperan sino que se las llame de un modo directo y personal.

Una forma de acercarse

En las condiciones anteriormente descritas, donde se pasan por alto los deberes más elementales de la religión, podrían los legionarios encaminar sus primeros esfuerzos a poner de relieve el gran deber central: la asistencia a la santa misa. Procúrense algún folleto que, en lenguaje sencillo y eficaz, dé una exposición de la belleza y poder de la misa. La hojita tendrá doble efecto si va con un grabado en colores, que ilustre el tema. Luego irán los legionarios de casa en casa, pertrechados con un surtido de estas hojas, dándolas a cuantos quieran aceptarlas, y acompañando la entrega, si es posible, con una amable exhortación a frecuentar devotamente la santa misa. Ni que decir tiene que los legionarios han de mantener en toda ocasión una actitud de infinita amabilidad y paciencia, sin aire de investigación ni de reproche por su abandono.

Al principio experimentarán, tal vez, frecuentes rechazos, pero éstos quedarán abundantemente compensados por los numerosos y repentinos triunfos. Las visitas se harán según los métodos ordinarios de la Legión, y cimentándolas sobre la idea fundamental de entrar en relaciones amistosas con cada persona visitada, pues, logrado esto, está logrado casi todo.

Cada conversión y vuelta a los sacramentos será para los legionarios lo que es para los soldados de la tierra la toma de una posición estratégica enemiga; en pos de una vendrán otras. Y, conforme vayan multiplicándose

las conquistas, irá modificándose la opinión pública. Los ojos de todos, en la vecindad, estarán observando a los legionarios, todos hablarán, pensarán, criticarán, y muchos corazones fríos empezarán a arder. Año tras año, se registrarán numerosas conversiones, y, aunque exteriormente la actitud general de la población tarde varios años en cambiar, llegará un momento en que toda aquella indiferencia para con Dios, al parecer tan arraigada en la población, se desmoronará. Así como un ligero choque reduce a polvo una construcción carcomida por la polilla, a pesar de su aparente solidez; así, de pronto, un acontecimiento revela que los corazones han vuelto a Dios.

Lo que puede el esfuerzo

De los 50.000 habitantes que constituían la población de una ciudad, apenas había nadie que pudiera llamarse católico practicante. Y a este estado de completo abandono se juntaban desórdenes de todo género. El sacerdote no podía pasar por muchos de sus barrios sin ser insultado. En esto, se fundó, con espíritu de fe, un praesidium, y, no obstante lo inútiles que parecían sus esfuerzos, los legionarios empezaron a visitar las casas. Todos ellos quedaron maravillados. Brotó la mies en sus mismas pisadas, y más abundante y rica según fueron creciendo los legionarios en número y experiencia. Después de tres años de inesperados triunfos, las autoridades eclesiásticas, cobrando ánimos, convocaron una comunión general para hombres. Tenían alguna esperanza de reunir unos 200, y he aquí que comulgaron 1.100: señal de que la población se había conmovido hasta los cimientos en sólo tres años de apostolado.

En esa población hondeará pronto la bandera de la victoria final: la nueva generación nacerá dentro de un orden de cosas felizmente transformado; donde antes no se oían más que insultos contra los ministros del altar, y el mismo altar era despreciado, reinará una piedad

sólida. ¿No cabe hacer lo mismo para remediar tantos otros núcleos de población sumidos en igual miseria?

Jesús contestó: Tened fe en Dios. Os aseguro que si uno dice al monte ése: «Quítate de ahí y tírate al mar», no con reservas interiores sino creyendo que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os lo digo: cualquier cosa que pidáis en vuestra oración creed que os la han concedido, y la obtendréis (**Mc 11,22-24**).

7. La Legión como auxiliar del misionero

La situación de la misión

La actividad misionera aquí se refiere a aquellos pueblos y grupos que no conocen a Cristo o no creen en Él, entre los cuales la Iglesia no se ha arraigado todavía y cuya cultura no se ha visto impactada por el cristianismo.

Entre los que hay que evangelizar existen grandes diferencias en cuanto a niveles culturales, educativos y condiciones sociales. Incluso dentro de las fronteras de un país, se pueden encontrar ciudades densamente pobladas y comunidades rurales muy esparcidas. Puede haber contrastes en cuanto a ricos y pobres, personas con una buena preparación y analfabetos, diversidades étnicas y grupos lingüísticos.

El número de gentes a escala global que no conoce a Cristo se expande más rápidamente que el número de verdaderos creyentes.

En este amplio marco es donde entra el misionero: sacerdote, religioso o laico. Al llegar de otros países, se encuentran con las dificultades de raza, idioma y cultura. La experiencia y el adecuado adiestramiento pueden facilitar su labor, pero difícilmente pueden eliminar esas limitaciones.

En un territorio donde se instalan por vez primera su tarea es establecer comunidades cristianas que poco

a poco irán creciendo hasta convertirse en Iglesias que se mantendrán por sí mismas, con el objetivo primordial de evangelizar.

Inicialmente, se dedicarán rápidamente a crear el mayor número posible de contactos y amigos. Allí donde sea posible, establecerán los servicios que se necesitan, tales como escuelas y centros médicos para dar el correspondiente testimonio cristiano y facilitar contactos. Entre los conversos se elegirán catequistas y demás personal colaborador de la Iglesia.

El misionero o catequista local sólo instruirá a aquellos que lo deseen. El crear ese deseo es, por decirlo así, la tarea del misionero o catequista. El conocimiento de Dios se produce normalmente por el contacto con un seglar católico y sólo después con un sacerdote. Es el desarrollo gradual en la amistad y la confianza. «Vine porque conozco un católico», acostumbran a decir al sacerdote los que se muestran interesados.

Para el misionero deseoso de evangelizar, la Legión ofrece en sí misma un instrumento puesto a prueba y verificado para ganar conversos y garantizar su perseverancia. Local en su calidad de miembro, con dirigentes misioneros inicialmente como director espiritual, la Legión instruirá, formará y llevará los nuevos conversos a evangelizar permanente y sistemáticamente. A diferencia del misionero, sus miembros no entran en la sociedad desde el exterior; éstos ya están allí, capaces, con la debida preparación, de actuar tan sutil e inteligentemente dentro de la comunidad como lo hacían los primeros cristianos.

Expansión de la Legión

Como el número y calidad de los legionarios crece constantemente, se hará necesario, con el fin de garantizar el adecuado adiestramiento, aumentar el número de los praesidia. Es posible que los directores sean capaces de asumir el control de más de un praesidium cada uno. Es posible también, que se puedan utilizar

catequistas y otras personas experimentadas en el cargo de presidente para llevar a cabo la preparación tanto material como espiritual de los praesidia. Cada nuevo praesidium significa de diez a veinte soldados más de la fe en Cristo en acción.

El éxito en la política de la multiplicación de los praesidia significaría entonces con el paso del tiempo, que cada sacerdote habría de organizar los trabajos de un gran número de trabajadores apostólicos. El resultado podría ser que tendría que desempeñar en todo, salvo las funciones supremas, un papel análogo al de un obispo diocesano. En cuanto al obispo, se encontraría en posesión de una innumerable e irresistible jerarquía de trabajadores de la fe, a través de los cuales podría predicar el Evangelio a cada miembro de su territorio.

Lo que aquí se propone no es un plan determinado, sino el fruto de muchos años de fructífera experiencia en la evangelización en los terrenos de la misión bajo diferentes condiciones.

a) *Un deber concreto para cada legionario*

Se ha de señalar a cada legionario una esfera de acción bien definida. Inspeccionado y distribuido el campo de labor apostólica confiado a los legionarios, cada uno de éstos será responsable del puntual desempeño de su cometido. Uno de los principales fines de la Legión será convencer a cada legionario de su responsabilidad en este particular y adiestrarle para que la cumpla honrosamente.

Entre las tareas a realizar por parte de los legionarios en países de misión están las siguientes: **a)** preparar las visitas periódicas del misionero a los lugares aislados; **b)** realizar catecumenados y buscar otros nuevos, y animar a su asistencia regular; **c)** estimular a los católicos descuidados y perezosos para que vuelvan a la práctica total de la fe; **d)** realizar servicios paralitúrgicos; **e)** actuar como ministros extraordinarios; **f)** atender a las necesidades espirituales de los moribundos, y a su entierro

cristiano. Las necesidades de cada lugar sugerirán otros ejemplos de trabajos en ayuda del misionero, tanto espirituales como corporales.

b) *¿Acaso necesitan los legionarios estar muy instruidos en la fe?*

Tal vez objetarán algunos que, para hacer un llamamiento eficaz a la fe, se necesita mucho conocimiento de las doctrinas de la misma. Nuestra opinión –dicho sea con respeto– es la contraria. En efecto: ¿quiénes lograron las conversiones en los primeros siglos de la era cristiana? La gente sencilla: el obrero, el esclavo, los humildes, débiles y oprimidos miembros de aquella poderosa, opulenta y culta sociedad en que vivían. Además, si fuera cuestión de dar una serie de instrucciones metódicas y formales, ya sería otra cosa; pero aquí se trata sólo de que un corazón se esfuerce por comunicar a otro el más preciado tesoro que posee, y esto se consigue con máxima eficacia cuando las personas que se tratan son iguales entre sí. Cada católico de convicción, por imperfecto que sea su conocimiento de la fe, posee por lo menos una especie de cuadro mental de la misma; y también posee el poder de comunicar a la mente ajena la impresión que dicho cuadro produce en la mente propia. Pero esa capacidad no la ejercerá uno, si no hay una fuerza organizada u otro fuerte impulso que le obligue a hacerlo.

c) *La Legión de María en acción*

Mediante la introducción de la Legión en el campo misional quedan instaladas dos grandes fuentes de energía:

a) una organización metódica, que lleva siempre consigo un acrecentamiento de interés y de fuerza;

b) su elemento más poderoso es la influencia maternal de María, que anima todo el sistema legionario

y que se derrama sobre las almas por medio de un apostolado intenso.

De verdad es imposible irradiar la luz de nuestra fe si no es en unión con María; donde Ella no actúa, los esfuerzos son como electricidad sin lámpara. Y ¿no será esta la causa de que escaseen hoy los grandes triunfos para la fe, el no haber apreciado este hecho lo bastante? En siglos pasados, se convertían naciones enteras; y San Cirilo no vacilaba en afirmar en el Concilio de Éfeso que todas las conversiones a Cristo fueron obra de María. Y el gran patrón de las misiones, San Francisco Javier, atestiguó por propia experiencia que en aquellos lugares donde no había colocado al pie de la cruz del Salvador la efigie de su divina Madre, los habitantes se volvieron contra el Evangelio que él les había llevado.

En conclusión: si, por obra del apostolado de la Legión, llegase la acción fructuosísima de María a prevalecer en el campo misionero, ¿por qué no habríamos de esperar que vuelvan aquellos días mencionados por San Cirilo, días en que territorios y naciones enteras, apartándose de sus errores, abrazarán gozosos la fe de Jesucristo?

«¡Qué loca presunción, o, acaso, qué sublime y celestial inspiración es ésta que ahora se apodera de aquellos pecadores! ¡Ni príncipe, ni imperio, ni república alguna han concebido jamás tan grandiosos designios! Mirad por un momento su empresa. Sin la menor posibilidad de socorro humano, estos galileos se reparten entre sí la faz de la tierra, para conquistarla. Han resuelto en su corazón derrocar todas las religiones establecidas en el mundo entero, tanto las falsas como la que era en parte verdadera, las de los gentiles y la de los judíos. Se proponen levantar un nuevo culto, un nuevo sacrificio, una nueva ley; pues dicen que un hombre crucificado por los hombres en Jerusalén les dio la orden de hacerlo» (Bossuet).

8. La peregrinatio pro Christo

El anhelo de tener contacto con cada persona debe empezar con los más próximos. Pero no debe parar ahí, sino proceder y caminar con pasos simbólicos mucho más allá de la esfera de la vida normal. Este fin se ve facilitado por el movimiento legionario conocido como **peregrinatio pro Christo**. Denominación que ha sido tomada de la epopeya misionera de los monjes de Occidente, inmortalizados por el autor clásico Montalembert. Aquella multitud invencible «salió de su tierra, de su patria y de su casa paterna» (Gén 12,1), y atravesó Europa durante los siglos VI y VII, y reconstruyó la fe, que se había venido abajo con la caída del Imperio Romano.

Movida por igual idealismo, la peregrinatio envía equipos de legionarios, que disponen de tiempo y de medios y están dispuestos a emplearlos durante algún tiempo; los envía a lugares apartados donde las condiciones religiosas son malas, con «la delicada, difícil e impopular misión de revelar que Cristo es el Salvador del mundo: tarea que debe ser emprendida por el Pueblo de Dios» (San Pablo VI). Los lugares cercanos no se consideran propios para la peregrinatio. A ser posible, esta deberá hacerse a un país diferente.

Esta afirmación del principio de lanzarse por el mundo y arriesgarse a favor de la fe, aunque sea por el breve espacio de una semana o dos, es capaz de transformar la mentalidad de la Legión y de hacer a todos más imaginativos y emprendedores.

9. Íncolae Mariae

En muchos casos, habrá almas ciertamente generosas que no se contentarán con dar solamente una semana o dos, y querrán ofrecer, lejos de su hogar, un período de servicio más extenso. Para tal destino misionero –y durante un tiempo conveniente– el Concilium o un Senatus o una Regia podrán nombrar

a algunos legionarios que tengan posibilidades de asegurarse unos medios de vida en el lugar elegido, y que puedan permanecer fuera del hogar seis meses, un año, o quizá más, sin detrimento alguno para su familia u otras obligaciones. Desde luego, es necesario contar con la aprobación de las autoridades del lugar elegido. Estos voluntarios se conocen con el nombre de *Íncolae Mariae*, nombre que significa la permanencia provisional en un lugar lejano, en espíritu de sacrificio por María.

10. *Exploratio dominicalis*

Exploratio dominicalis es el término por el que se conoce lo que podría llamarse una mini *Peregrinatio*, y que puede traducirse como la búsqueda dominical de almas. Se recomienda encarecidamente a cada *praesidium* del mundo –a ser posible todo el grupo junto– que dedique al menos un domingo al año para desplazarse a algún lugar, preferentemente con problemas, y algo distante, aunque no demasiado, para no invertir mucho tiempo en el viaje. La *exploratio* no tiene por qué estar limitada a un día, y puede convenir que se empleen dos o tres días. La *exploratio dominicalis* permite a la mayoría de los miembros del grupo –en muchos casos, a todos– llevar a cabo tal empresa. Reconocemos que, aun con la mejor voluntad, para la mayoría de los legionarios la *peregrinatio* como tal está fuera de sus posibilidades.

La experiencia demuestra que es necesario insistir en lo que el Concilium ha recalcado repetidamente, o sea, que la *exploratio dominicalis* es esencialmente un proyecto del *praesidium*. Tanto los consejos como los *praesidia* deberán tener presente esto cuando organicen una *exploratio*.

41 «LA PRINCIPAL DE ÉSTAS ES EL AMOR» (1 Cor 13,13)

Tan repleta de amor estaba María, que fue hallada digna de concebir y dar al mundo a Aquel que es el Amor mismo. Y así la Legión, que no tiene otra vida que la devoción a María y su imitación, por fuerza tiene que destacarse por un amor idéntico al de Ella; tiene que estar repleta de caridad, y sólo así la difundirá en el mundo. Es importante, por lo tanto, observar cuidadosamente las siguientes directrices.

1. Para admitir nuevos socios en las filas de la Legión, no se repare en distinciones sociales, ni políticas, ni de raza ni de color. Aptitud es lo único exigido para ser socio. Más hará la Legión por su acción indirecta –es decir, como levadura en la sociedad–, que directamente, mediante las obras que emprenda; de donde se deduce que, si la sociedad entera ha de quedar dominada por la influencia legionaria, la Legión tiene que contar con representantes de toda clase y condición.

2. Incorporados ya a la Legión, los socios harán reinar entre sí una sencillez sin afectación y una caridad mutua sincera, desterrando toda distinción. Si se debe amor a aquellos «hermanos más pequeños» a quienes se trata de servir, ¿no es justo mostrar un amor todavía más exquisito a los hermanos pertenecientes a la misma Legión? El espíritu de diferenciación no sólo arguye un cumplimiento imperfecto de los deberes del socio, sino que aprueba la ausencia de la primera condición para serlo: el espíritu de amor. Todo el concepto y el espíritu de la Legión se cifra en una caridad y simpatía intensas que, antes de irradiar su calor al exterior, tienen que arder con viva y rutilante llama en el propio hogar de la Legión. *En esto conocerán que sois discípulos míos: en que os amáis unos a otros (Jn 13, 35).*

La caridad, practicada así dentro de la Legión, se practicará pronto también para con todos. Las distancias que se salvan en el seno de la Legión, llevan camino de ser salvadas entre los de afuera.

3. En sus relaciones con otras organizaciones cuyos objetivos sean compatibles con la misión de la Iglesia, debe existir un espíritu de cooperación que proporcione la posibilidad de atender y ayudar siempre que sea posible. No todos los católicos pueden ingresar en las filas de la Legión, porque los requisitos que se exigen distan mucho de ser fáciles; sin embargo, a todos habrá que animar a participar de alguna manera en la tarea de la Iglesia. Los legionarios pueden realizar esta tarea a través de su apostolado y mediante contactos personales. Ha de observarse, sin embargo, que, sea cual fuere la cooperación prestada, esta no debe suponer una carga adicional para los legionarios, en detrimento de su propio apostolado. Es importante también que se estudie hasta qué punto, qué clase de ayuda y a quién ha de prestarse dicha ayuda. A este respecto, en las secciones del capítulo 39, punto 6, *Control del trabajo por parte del praesidium* y capítulo 39, punto 8, *La naturaleza íntima del trabajo legionario debe salvaguardarse* se habla de este tema.

4. Hacia los pastores de la Iglesia, se habrá de mostrar el amor filial que se les debe como padres y pastores espirituales. Los legionarios compartirán sus inquietudes y les ayudarán mediante sus oraciones, y, si es posible, mediante su trabajo activo, para que puedan vencer las dificultades y realizar su tarea más eficazmente.

Dado que los pastores de la Iglesia tienen el don divino de comunicar la Palabra de Dios y la gracia de los sacramentos, es obligación de los legionarios mantener a las almas en contacto con estos portadores de los bienes divinos y reparar el lazo de unión allí donde éste se haya roto.

Esto es especialmente necesario en el caso de aquellos que están, de algún modo, alejados de la religión, por razones justificadas o sin justificar.

Personas que están gravemente enfermas pueden mostrarse totalmente reacias a visitar un médico. Con frecuencia es su pareja matrimonial, algún familiar o amigo, quienes le aportan el valor necesario.

Cuando está en juego la salud espiritual, ésta depende en mucho de la calidad del amor de los que están cerca del que necesita ayuda.

La formación de los legionarios les ayuda a tomar la iniciativa haciendo de intermediarios entre el sacerdote y las almas, y a hacer esto con una gran delicadeza. Ésta es una forma exquisita de caridad. Actúan como agentes del Pastor, que les llama a entrar en su tarea a través del bautismo.

Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, que, si no tengo amor, no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes.

Ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo el saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas, que, si no tengo amor, no soy nada.

Ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo, ya puedo dejarme quemar vivo, que, si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre.

El amor no falla nunca. Los dichos inspirados se acabarán, las lenguas cesarán, el saber se acabará (1 Cor 13, 1-8).

APÉNDICE 1

Los papas hablan de la Legión de María



Pío XI

16 de septiembre de 1933

«Benedicimos muy particularmente esta hermosa y santa obra:

La Legión de María. *Su nombre ya dice bastante. La imagen de María Inmaculada en su estandarte representa cosas santas y sublimes.*

La Virgen santísima es Madre del Redentor y Madre de todos nosotros. Cooperadora a nuestra redención, porque fue hecha madre nuestra al pie de la Cruz. En este año celebramos el centenario de esta Cooperación y de esta Maternidad universal de María.

Ruego por vosotros, a fin de que ejerzáis con más ahínco todavía ese apostolado de oración y acción que habéis emprendido. Haciéndolo así, Dios os hará también colaboradores suyos en la redención. Ningún medio mejor que éste para demostrar vuestra gratitud al Redentor».



Pío XII

*Ciudad del Vaticano
22 de julio de 1953*

Estimado Sr. Duff:

Por el mandato augusto del Santo Padre tengo el honor de comunicar un mensaje de saludo y estímulo a la Legión de María, fundada hace unos treinta años sobre el fértil suelo de la católica Irlanda.

Su Santidad ha seguido con paternal interés año tras año el progreso de la Legión, conforme iba ésta engrosando las filas de aquellos valientes fieles devotos de María que están peleando contra las fuerzas del mal en el mundo de hoy; y se regocija con Ud. de ver enarbolado el estandarte de la Legión en los cuatro puntos cardinales del mundo.

Es muy propio, por consiguiente, que los legionarios de María reciban en estos momentos una palabra de agradecimiento y aprecio por el bien que han realizado, así como también la exhortación para que perseveren con celo creciente en la generosa colaboración que han prestado a la Iglesia en su divina misión de traer a todos los hombres a Cristo, nuestra Cabeza, el cual es el Camino, la Verdad y la Vida.

La eficacia de su contribución a este apostolado será medida en gran parte por su sólida formación espiritual, la cual, bajo la guía prudente de sus directores espirituales, desarrollará en ellos de un modo manifiesto un espíritu verdaderamente apostólico, y hará que todas sus actividades estén caracterizadas por una obediencia pronta a las órdenes de la Santa Sede, y por una sumisión leal a los ordinarios del lugar, cuya dirección buscarán y ejecutarán fielmente. Imbuidos de este carácter sobrenatural del apóstol seglar auténtico, irán adelante con santo atrevimiento, y seguirán siendo

poterosos auxiliares de la Iglesia en su combate contra el poder de las tinieblas.

Invocando la intercesión de María sobre sus legionarios en todo el mundo, Su Santidad desea que yo transmita, como prueba de su particular benevolencia, a Ud. personalmente, a los directores espirituales y a todos los socios de la Legión, activos y auxiliares, la Bendición Apostólica.

Con sentimientos de alto aprecio y religioso servicio, quedo de Ud.

Su affmo. en Cristo,

*Sr. Francis Duff,
Concilium Legionis Mariae,
De Montfort House,
North Brunswick Street,
Dublín, Irlanda*

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'J.B. Montini'. The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'J' and 'M'.

*(Firmado): J.B. Montini
Pro-Secretario*



San Juan XXIII

A los oficiales y socios de la Legión de María en todo el mundo, en señal de Nuestro afecto paternal y en prenda de frutos espirituales cada vez más abundantes para su laudable obra, impartimos de nuestro corazón una Bendición apostólica particular.

*Ciudad del Vaticano
19 de marzo de 1960*

«Qué hermosa obra de misericordia y tan apropiada para dar a conocer a muchas personas que no lo entienden, el verdadero rostro de la Iglesia Católica».

*A los legionarios de Francia
13 de julio de 1960*

Joannes XXIII
JJ

A large, elegant handwritten signature in black ink, consisting of a long, sweeping horizontal line with a small loop at the end, and a smaller flourish above it.



San Pablo VI
Ciudad del Vaticano
6 de enero de 1965

Mi querido Sr. Duff:

La carta que dirigió Ud. últimamente al Soberano Pontífice, inspirada en devotos y filiales sentimientos, produjo a Su Santidad contento y gratitud. Su Santidad desea aprovechar esta ocasión para enviar su Mensaje de elogio y aliento a la Legión de María que, nacida primeramente en el religioso ambiente de la católica Irlanda, ha extendido después su benéfica acción a todos los continentes.

El Santo Padre considera este mensaje ampliamente merecido por este movimiento, en razón de sus fines religiosos y de las muchas actividades que tan acertadamente ha emprendido y desarrollado con gran provecho católico, demostrando así ser instrumento de asombrosa eficacia para la edificación y extensión del Reino de Dios.

Su Santidad guarda un vivo recuerdo de las conversaciones tenidas con Ud. cuando Él estaba al servicio de esta Secretaría de Estado. Fue precisamente de estas conversaciones de donde Él pudo obtener la idea completa del espíritu que anima al movimiento de la Legión de María y constituye el secreto de su vitalidad. Realmente, el espíritu de la Legión, al mismo tiempo que se nutre fructuosamente de la vigorosa vida interior de sus miembros, de su disciplina, de su dedicación a la salvación de los hombres, de su firme lealtad a la Iglesia, se distingue y caracteriza, sobre todo, por una confianza inquebrantable en la acción de la santísima Virgen. Reconociendo en Ella el modelo, la guía, la alegría y el sustento de todos sus miembros, la Legión de María, con sus elocuentes actividades, nos ayuda a comprender lo mucho que el apostolado debe inspirarse

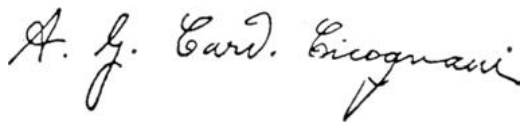
en Ella, que dio a Cristo al mundo y estuvo tan estrechamente asociada a Él en la obra de la redención.

Por eso Su Santidad se complace en contar con este espíritu de la Legión, que ha formado ya, en todas partes del mundo, gran número de ardientes apóstoles y heroicos testigos donde la fe es atacada y perseguida.

En la convicción de que los resultados ya obtenidos no disminuirán, sino, más bien, aumentarán constantemente las energías y los esfuerzos apostólicos de todos los legionarios, el Santo Padre expresa a Ud. y a todos sus colaboradores su profunda gratitud, y exhorta a todos a que continúen con el mismo amor por la Iglesia –siempre en la más íntima dependencia de los obispos– en las obras de apostolado, y en un espíritu de activa colaboración con todas las demás asociaciones católicas.

Confiando las diversas clases de sus miembros a la maternal protección de nuestra Señora, el Soberano Pontífice otorga afectuosamente a Ud., a cada uno de los legionarios, sus directores y sus actividades, su especial y paternal Bendición Apostólica.

Con el testimonio de mi consideración más distinguida, quedo suyo affmo. en Cristo.



(Firmado): A.G. Card. CICOGNANI

Sr. D. FRANCIS DUFF
 Presidente de la Legión de María
 Concilium Legionis Mariae
 De Montfort House
 North Brunswick Street – DUBLÍN



SAN JUAN PABLO II A LA LEGIÓN DE MARÍA

Discurso de San Juan Pablo II a un grupo de legionarios italianos el 30 de octubre de 1982.

1. Os saludo cordialmente, hermanos y hermanas de la Legión de María, que habéis venido a Roma, juntamente con vuestro presidente y consiliario nacional, para encontraros con el Sucesor de Pedro y recibir de él una palabra de estímulo y de bendición.

Mi bienvenida es para todos y cada uno de vosotros.

Me proporciona gran alegría veros en esta aula, tan numerosos, provenientes de diversas regiones de Italia, tanto más porque sois sólo una pequeña parte de ese movimiento apostólico, que en el arco de 60 años se ha extendido rápidamente por el mundo, y hoy, a distancia de dos años de la muerte del fundador Frank Duff, está presente en muchísimas diócesis de la Iglesia universal.

Mis predecesores, a partir de Pío XI, han dirigido a la Legión de María palabras de estima, y yo mismo, el 10 de mayo de 1979, al recibir por vez primera a una delegación vuestra, recordaba con viva complacencia las ocasiones que tuve anteriormente de estar en contacto con la Legión, en París, en Bélgica, en Polonia y, luego, como obispo de Roma, durante mis visitas pastorales a las parroquias de la ciudad.

Así que hoy, al recibir en audiencia a la peregrinación italiana de vuestro movimiento, me resulta entrañable subrayar los aspectos que constituyen la sustancia de vuestra espiritualidad y vuestro modo de ser dentro de la Iglesia.

Vuestra vocación es ser levadura

2. Sois un movimiento de laicos que se proponen hacer de la fe aspiración de la propia vida hasta conseguir la santificación personal. Se trata de un ideal elevado y arduo, sin duda. Pero hoy la Iglesia llama a este ideal, por medio del Concilio, a todos los cristianos del laicado católico, invitándolos a participar en el sacerdocio real de Cristo con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y la caridad operante; a ser en el mundo,

con el fulgor de la fe, de la esperanza y de la caridad, lo que es el alma en el cuerpo (Lumen Gentium: LG 10 y 38).

Vuestra propia vocación de laicos –es decir, la de ser levadura en el Pueblo de Dios, animación cristiana en el mundo contemporáneo, y llevar el sacerdote al pueblo– es eminentemente eclesial. El mismo Concilio Vaticano II exhorta a todos los laicos a recibir con solícita magnanimidad la invitación a unirse cada vez más íntimamente al Señor, y sintiendo como propio todo lo que es de Él, a participar en la misma misión salvífica de la Iglesia, a ser sus instrumentos vivos, sobre todo allí donde, a causa de las particulares condiciones de la sociedad moderna –aumento constante de la población, reducción del número de sacerdotes, nacimiento de nuevos problemas, autonomía de muchos sectores de la vida humana–, la Iglesia más difícilmente podría estar presente y actuar (Ib., 33).

El espacio del apostolado de los laicos se ha ampliado hoy extraordinariamente. Y, así, el compromiso de vuestra vocación típica se hace más imperioso, estimulante, vivo, actual. La vitalidad de los laicos cristianos es el signo de la vitalidad de la Iglesia. Y vuestro compromiso de legionarios se convierte en más urgente, teniendo en cuenta, por una parte, las necesidades de la sociedad italiana y de las naciones de antigua tradición cristiana, y, por otra parte, los ejemplos luminosos que os han precedido en vuestro mismo movimiento. Sólo por nombrar a alguien: Venerable Edel Quinn, con su actividad en África negra; Alfonso Lambe, en las zonas más marginadas de América Latina; y luego los millares de legionarios asesinados en Asia o que terminaron en campos de trabajo.

Con el espíritu y la solicitud de María

Vuestra espiritualidad es eminentemente mariana, no sólo porque la Legión se gloria de llevar como bandera desplegada el nombre de María, sino sobre todo porque basa su método de espiritualidad y de apostolado en el principio dinámico de la unión con María, en la verdad de la íntima participación de la Virgen Madre en el plan de la salvación.

En otras palabras, tratáis de prestar vuestro servicio a cada uno de los hombres, que es imagen de Cristo, con el espíritu y la solicitud de María.

Si nuestro Mediador es uno solo, el hombre Cristo Jesús, afirma el Concilio que «la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder» (LG, 60). Así la Santísima

Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora, Madre de la Iglesia (Ver LG, 62).

La empresa apostólica, para nacer y crecer, la mira a Ella, que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo. Donde está la Madre, allí está también el Hijo. Cuando se aleja la Madre, se termina, antes o después, por tener lejano también al Hijo. Por algo hoy, en diversos sectores de la sociedad secularizada, se registra una crisis difusa de fe en Dios, precedida por una caída de la devoción a la Virgen Madre.

Vuestra Legión forma parte de los movimientos que se sienten comprometidos muy personalmente en la dilatación o en el nacimiento de la fe a través de la difusión o de la reanudación de la devoción a María; por eso, sabrá afanarse siempre para que, con el amor a la Madre, sea más conocido y amado el Hijo, que es camino, verdad y vida de cada uno de los hombres.

En esta perspectiva de fe y de amor, os imparto de corazón la bendición apostólica.



Benedicto XVI

*Ciudad del Vaticano
5 de Diciembre de 2008*

Estimado Sr. McCabe:

Su Santidad el Papa Benedicto XVI se sintió complacido de enterarse de la milésima reunión del Concilium de la Legión de María que se llevará a cabo en Dublín y me ha indicado que envíe sus saludos y buenos deseos para la ocasión.

El Sumo Pontífice quiere asegurarles su agradecimiento por el generoso servicio a la Iglesia ofrecido alrededor del mundo por tantos miembros de la Legión, quienes, bajo el divino patrocinio de María, la Madre de Dios, buscan atraer a todas las personas a Cristo, El Redentor de la Humanidad.

Tenga la seguridad de que Su Santidad recordará en sus oraciones las intenciones de todos los que participan en las deliberaciones del Concilium.

Encomendándolo a Ud. Y a todos los miembros de la Legión a la amorosa intercesión de María, Reina de los Apóstoles, el Sumo Pontífice cordialmente imparte su Bendición Apostólica.

Con los mejores deseos para la ocasión quedo de Uds.

Atentamente en Cristo

*Arzobispo Fernando Filoni
Sustituto*

*Sr. Tommy McCabe
Presidente
Concilium Legionis Mariae
De Montfort House
Morning Star Avenue, Brunswick Street
Dublin 7*

APÉNDICE 2

Algunos extractos de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, «Lumen Gentium», del Concilio Vaticano II

La constitución «Lumen Gentium», del Concilio Vaticano II, debe ser leída entera. Porque esta promulgación, abre mayores profundidades en nuestra comprensión del Cuerpo místico de Cristo, y con ello ofrece a todos sus miembros una vida más segura y espléndida para la Iglesia. Los pocos extractos que damos aquí no nos dispensan de estudiar toda la constitución; los copiamos porque tocan particularmente a la esencia de la Legión, ya que tratan de la maternidad de María respecto del Cuerpo místico, presentándola dentro de un marco nuevo. Después de Cristo, María es el miembro primero y más noble del Cuerpo místico. Y, si queremos guardar las proporciones de la estructura total, tenemos que mirar a María como elemento inseparable de la Iglesia.

Artículo 60: Hay un solo mediador, como lo sabemos por las palabras del Apóstol: *Porque no hay más que un Dios, y no hay más que un mediador entre Dios y los hombres: un hombre, el Mesías Cristo Jesús, que se entregó como precio de la libertad de todos* (1 Tim 2,5-6).

El oficio maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en manera alguna esta mediación única de Cristo; al contrario, despliega su poder. Porque toda la influencia salvadora de la Santísima Virgen sobre los hombres no se deriva de ningún género de necesidad, sino del divino beneplácito. Fluye de la sobreabundancia de los méritos de Cristo. Descansa sobre su mediación, de ella depende enteramente, y de ella recibe toda su eficacia. Al mismo tiempo su influencia, lejos de ser impedimento a la unión directa de los fieles con Cristo, la fomenta.

Artículo 61: La santísima Virgen, predestinada desde

toda la eternidad –juntamente con la Encarnación del Verbo Divino– para ser Madre de Dios, por decisión de la divina Providencia fue hecha en la tierra Madre excelsa del divino Redentor. Por encima de todos, y de un modo único, fue la compañera generosa y humilde sierva del Señor. Concibió a Cristo, le dio a luz, lo alimentó, lo presentó en el templo al Padre, y, cuando murió en cruz, compartió sus sufrimientos. De este singularísimo modo colaboró en la obra del Salvador. Mediante su obediencia, su fe, su esperanza, su ardiente caridad, ayudó a restaurar la vida sobrenatural de las almas. Y por estos títulos fue Madre nuestra en el orden de la gracia.

Artículo 62: Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia: empezó en la Anunciación con el consentimiento de su fe; se renovó sin vacilación al pie de la Cruz; y continúa hasta que se complete el número de los escogidos. Llevada a los cielos, María no cesó en su función salvadora, sino que, mediante su múltiple intercesión, sigue alcanzándonos los dones de la salvación eterna. Con su amor maternal cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan entre peligros y ansiedades, hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo la Virgen Santísima es invocada por la Iglesia bajo los títulos de Abogada, Socorro, Auxiliadora y Medianera; sin que esto signifique ni disminución ni adición a la dignidad y suficiencia de Cristo, el único mediador.

Artículo 65: Mientras la Iglesia ha alcanzado ya en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual se presenta a Cristo sin mancha ni arruga (Ef 5,27), los seguidores de Cristo continúan luchando para vencer el pecado y crecer en santidad. Y por eso levantan sus ojos a María, que brilla ante toda la comunidad de los escogidos como modelo de virtudes. Meditando en Ella devotamente, y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, la Iglesia penetra con más reverencia y profundidad en el misterio supremo de la Encarnación, y se conforma más y más a su Esposo. Y es que María,

por su íntima participación en la historia de la salvación, en cierto modo unifica y refleja en sí misma las grandes exigencias de la fe; y, cuando es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo y al Sacrificio de este Hijo, y al amor del Eterno Padre.

La Iglesia, a su vez, buscando la gloria de Cristo, se va asemejando más y más a su excelso Modelo, María; y procurando y obedeciendo en todas las cosas la Voluntad de Dios, progresa continuamente en la fe, la esperanza y la caridad. Por eso, también la Iglesia, en su obra apostólica, se fija –con razón– en Aquélla que dio a Cristo al mundo –concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de la Virgen–, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en los corazones de los fieles. La Virgen, en su vida personal, fue ejemplo del amor maternal con que han de estar animados cuantos cooperan con la Iglesia en su misión apostólica de regenerar a los hombres.

«Ya en la Anunciación, la Maternidad de María es la primera y secreta formación de la Iglesia. En aquel momento no veáis en Jesús y María solamente la sociedad del Hijo con su Madre, sino de Dios con el hombre, del Salvador con la primera redimida por Él. Todos los hombres están llamados a incorporarse a esa sociedad: eso es la Iglesia. En las personas de Jesús y María adquiere la Iglesia, no sólo su esencia, sino también sus principales características. Es perfectamente una y santa. Es virtualmente católica, o sea, universal, en aquellos dos Miembros universales. No falta sino catolicidad de hecho y en el apostolado» (Laurentin).

APÉNDICE 3

Extractos del Código de Derecho Canónico sobre Obligaciones y Derechos de los Fieles Laicos

Can. 224: Los fieles laicos, además de las obligaciones y derechos que son comunes a todos los fieles cristianos y de los que se establecen en otros cánones, tienen obligaciones y derechos que se enumeran en los cánones de este título.

Can. 225: § 1. Puesto que, en virtud del bautismo y de la confirmación, los laicos, como todos los demás fieles, están destinados por Dios al apostolado, tienen la obligación general, y gozan del derecho, tanto personal como asociadamente, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo.

§ 2. Tienen también el deber particular, cada uno según su propia condición, de impregnar y perfeccionar el orden temporal con el espíritu evangélico, y dar así testimonio de Cristo, especialmente en la realización de esas mismas cosas temporales y en el ejercicio de las tareas seculares.

Can. 226: § 1. Quienes, según su propia vocación, viven en el estado matrimonial tienen el peculiar deber de trabajar en la edificación del pueblo de Dios a través del matrimonio y de la familia.

§ 2. Por haber transmitido la vida a sus hijos, los padres tienen el gravísimo deber y el derecho de educarlos; por tanto, corresponde a los padres cristianos en primer lugar procurar la educación cristiana de sus hijos según la doctrina enseñada por la Iglesia.

Can. 227: Los fieles laicos tienen derecho a que se les reconozca en los asuntos terrenos aquella libertad que compete a todos los ciudadanos; sin embargo, al usar de esa libertad, han de cuidar de que sus acciones estén inspiradas por el espíritu evangélico, y han de prestar atención a la doctrina propuesta por el magisterio de la Iglesia, evitando a la vez presentar como doctrina de la Iglesia su propio criterio, en materias opinables.

Can. 228: § 1. Los laicos que sean considerados idóneos tienen capacidad de ser llamados por los sagrados Pastores para aquellos oficios eclesiásticos y encargos que puedan cumplir según las prescripciones del derecho.

§ 2. Los laicos que se distinguen por su ciencia, prudencia e integridad tienen capacidad para ayudar como peritos y consejeros a los pastores de la Iglesia, también formando parte de consejos, conforme a la norma del derecho.

Can. 229: § 1. Para que puedan vivir según la doctrina cristiana, proclamarla, defenderla cuando sea necesario y ejercer la parte que les corresponde en el apostolado, los laicos tienen el deber y el derecho de adquirir conocimiento de esa doctrina, de acuerdo con la capacidad y condición de cada uno.

§ 2. Tienen también el derecho a adquirir el conocimiento más profundo de las ciencias sagradas que se imparte en las universidades o facultades eclesiásticas o en los institutos de ciencias religiosas, asistiendo a sus clases y obteniendo grados académicos.

§ 3. Ateniéndose a las prescripciones establecidas sobre la idoneidad necesaria, también tienen capacidad de recibir de la legítima autoridad eclesiástica mandato de enseñar ciencias sagradas.

Can. 230: § 1. Los laicos que tengan la edad y condiciones determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser llamados para

el ministerio estable de lector y acólito, mediante el rito litúrgico prescrito; sin embargo, la colocación de esos ministerios no les da derecho a ser sustentados o remunerados por la Iglesia.

§ 2. Por encargo temporal, los laicos pueden desempeñar la labor de lector en las ceremonias litúrgicas; asimismo, todos los laicos pueden desempeñar las funciones de comentador, cantor y otras, a tenor de la norma del derecho.

§ 3. Donde lo aconseje la necesidad de la Iglesia y no haya ministros, pueden también los laicos, aunque no sean lectores ni acólitos, suplirles en algunas de sus funciones, es decir, ejercitar el ministerio de la palabra, presidir las oraciones litúrgicas, administrar el bautismo y dar la sagrada comunión, según las prescripciones del derecho.

Can. 231: § 1. Los laicos que de modo permanente o temporal se dedican a un servicio especial de la Iglesia tienen el deber de adquirir la formación conveniente que se requiere para desempeñar bien su función, y para ejercerla con conciencia, generosidad y diligencia.

§ 2. Manteniéndose lo que prescribe el can. 230, §1, tienen derecho a una conveniente retribución que responda a su condición, y con la cual puedan proveer decentemente a sus propias necesidades y a las de su familia, de acuerdo también con las prescripciones del derecho civil; y tienen también derecho a que se provea debidamente a su previsión y seguridad social y a la llamada asistencia sanitaria.

APÉNDICE 4

La Legión Romana

La Legión Romana ha sido probablemente el más colosal entre los cuerpos militares que han conocido los siglos. El secreto de su invencibilidad fue el maravilloso espíritu de cada uno de sus miembros. El soldado individual tenía que sacrificar su personalidad, dejándola absorber por la de la Legión, una sumisión "ad nutum", es decir, a la menor indicación del oficial, sin reparar ni en los méritos del que mandaba ni en sus propios gustos ni caprichos. Si no llegaba el ascenso, estaba prohibido murmurar; si se tenía algún resentimiento, no se debía exteriorizar, ni de palabra ni de obra. Así marchaban todos como un solo hombre, estrecha y corporativamente unidos con su jefe.

Las huestes romanas, en línea compacta y ordenada, recorrieron el mundo entero, manteniendo por doquier el prestigio y la ley de Roma. Frente al enemigo, su lealtad los hizo irresistibles; tanto le desgastaban con su intrepidez perseverante y tenaz, que le obligaban a emprender la fuga o rendirse. Eran las avanzadas del Imperio, y sobre ellas pesaba la durísima carga de guardar intactas las fronteras imperiales. Como prueba de su inquebrantable heroísmo tenemos el ejemplo de aquel centurión hallado de pie en su puesto, cuando se excavaron las ruinas de Pompeya; y también, el de la célebre Legión Tebana—con sus generales, los santos Mauricio, Exuperio y Cándido—, asesinada por su lealtad durante la persecución de Maximiano.

El espíritu de la Legión Romana puede resumirse en estos términos: sumisión a la autoridad; conciencia del deber a toda prueba; perseverancia ante los obstáculos; resistencia en las privaciones; lealtad a la causa hasta en los más insignificantes pormenores del deber.

Tal era el ideal pagano del buen soldado. Y tal debe ser el ideal del legionario de María: iguales arrestos, pero sobrenaturalizados, templados y endulzados por el

contacto con Aquella que sabe enseñar mejor que nadie el secreto de un servicio lleno de amor y bondad.

El centurión, que estaba frente a Él al ver que había expirado dando aquel grito, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39). Y los soldados que con el centurión custodiaban a Jesús, viendo el terremoto y todo lo que pasaba, dijeron aterrados: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt 27,54).

«Los primeros en convertirse fueron, así, los soldados del ejército romano.

La Iglesia, que luego llevará el nombre de Iglesia Romana, empezó por modo misterioso ya sobre el Calvario el mismo oficio que estaba destinada a ejercer en todo el orbe. Romanos fueron los que sacrificaron a la Víctima y la levantaron en presencia de las turbas; y los futuros custodios de la unidad de la Iglesia se negaron ya entonces a rasgar la túnica de Jesús; los depositarios de la fe fueron los primeros en escribir y sostener el dogma principal de la nueva creencia: la realeza del Nazareno. En el momento de consumarse el cruento Sacrificio fueron ellos, los romanos, los que se golpearon el pecho y dijeron: Verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios. Por fin, con aquella misma lanza de que se habían de servir para abrir camino al Evangelio por todas las regiones de la tierra, abrieron el Sagrado Corazón del Maestro, manantial de caudalosas aguas de gracia y vida sobrenatural. Y ya que todos los hombres somos culpables de la muerte del Redentor, ya que todos pusimos en Él nuestras manos empapándolas en su Sangre, y puesto que, por eso mismo, la Iglesia futura no pudo tener como representantes suyos más que reos, ¿acaso no parece que los romanos inauguraron y justificaron ya sobre el Calvario, aunque inconscientemente, su inmortal destino?

De tal forma estaba colocada la Cruz, que Jesús daba la espalda a Jerusalén y miraba hacia el Occidente, hacia la Ciudad Eterna» (Bolo, *La Tragedia del Calvario*).

APÉNDICE 5

La Cofradía de María, Reina de todos los corazones

1. San Luis de Montfort, en su tratado sobre la verdadera devoción a la Santísima Virgen María, formula el deseo de que todos los que practiquen esta devoción se reúnan para formar una cofradía. El deseo se cumplió en el año 1899, con la fundación en Ottawa, Canadá, de la cofradía de «María, Reina de todos los corazones». Está bajo el cuidado de la Compañía de María o los misioneros Montfortianos.

2. La cofradía la componen aquellos fieles que desean vivir sus votos bautismales mediante una consagración total a Cristo con ayuda de María, es decir, mediante la práctica perfecta de una verdadera devoción a María, como nos enseñó San Luis de Montfort, resumida por él en las siguientes palabras:

«Esta devoción consiste en la entrega total y absoluta de nosotros mismos a María, para, de este modo, pertenecer total y absolutamente a Jesús por Ella. Hemos de entregar a María: **1)** nuestro cuerpo con todos sus sentidos y miembros; **2)** nuestra alma con todas sus potencias; **3)** los bienes de fortuna que poseamos, presentes y venideros; **4)** nuestros bienes espirituales interiores, a saber: nuestros méritos y virtudes y nuestras buenas obras, pretéritas, presentes y futuras. En una palabra: hemos de dar a María todo cuanto nos pertenezca en el orden de la naturaleza y de la gracia, y todo cuanto podamos llegar a poseer en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y esto lo debemos entregar sin la menor reserva, sin guardar ni un céntimo, ni un cabello ni una obra buena; y hacerlo, además, por toda la eternidad; y sin pretender ni esperar otra recompensa, a cambio de nuestra ofrenda y nuestro servicio, que la honra de ser todo de Jesucristo por María y en María, aun cuando esta dulcísima Señora

no fuera, como es siempre, la más generosa y la más agradecida de todas las criaturas de Dios» (*Tratado de la verdadera Devoción*, n.121).

3. Las condiciones de alistamiento son:

a) Consagrarse a Jesucristo, Sabiduría eterna y encarnada, por medio de María, de acuerdo con la fórmula de San Luis de Montfort. Ha de llevarse a cabo una preparación adecuada, y escogiendo para la consagración un día especial, una de las fiestas de Nuestra Señora. Se ha de renovar diariamente esta consagración, recitando la siguiente jaculatoria: «Soy todo tuyo, amantísimo Jesús mío, y te ofrezco cuanto tengo por manos de tu santísima Madre, María». Esta fórmula haría también las veces de ofrecimiento de la mañana, prescrito por el Apostolado de la Oración. O podría uno servirse de esta otra jaculatoria, tan grata a la Legión: «Soy todo tuyo, Reina mía, Madre mía, y cuanto tengo tuyo es».

b) La inscripción de nuestro nombre en algún centro. Los principales centros son:

Inglaterra: Montfort House, Burbo Bank Road, Liverpool 123 6TH.

USA: Montfort Fathers, 26 South Saxon Ave., Bay Shore, N.Y. 11706.

Francia: 2 rue de Couvents 85290 Saint-Laurent-Sur-Sevre.

Bélgica: Dietsevest 25 -3000 Leuven.

Canadá: 4000 Bossuet, Montreal Quebec H1M 2M2.

Italia: via Romagna 44, 00187 Roma.

c) Principalmente –y ésta es la esencia misma de esta devoción–, vivir regular y constantemente en un estado de absoluta dependencia de la voluntad de María, siguiendo en esto el ejemplo del Hijo de Dios en Nazaret; y realizarlo todo por Ella, con Ella, en Ella, y para Ella, de tal forma que la consideremos como obrando siempre en unión con nosotros, dirigiendo nuestros esfuerzos y administrando todos los frutos de los

mismos (véase el capítulo 6: *Deberes de los legionarios para con María*).

4. «La calidad de miembro de esta asociación comporta la comunión espiritual con toda la familia montfortiana. Los Legionarios celebrarán las fiestas litúrgicas que son expresión y vivencia de comunión, especialmente la Anunciación, 25 de marzo, que es una de las principales fiestas de la asociación; Natividad de nuestro Señor, 25 de diciembre; la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre; la fiesta de San Luis de Montfort, 28 de abril. Así mismo los miembros tienen participación en las riquezas espirituales que a la familia montfortiana le hayan sido otorgadas por María, la cual se da por completo a quien se entrega totalmente a Ella» (*Queen*, mayo - junio, 1992, p. 25).

5. Para la debida comprensión y práctica de esta devoción, es esencial leer, no una sino muchas veces, *La verdadera devoción a la Santísima Virgen*, y la obra más reducida, *El Secreto de María*, de San Luis María de Montfort.

«San Pío X, en particular, ha puesto muy de relieve la doctrina de la mediación universal de María y la de su maternidad espiritual, en su hermosa encíclica *Ad diem illum*, que en substancia no es más que un traslado de *La Verdadera Devoción* de Montfort. El santo Pontífice era ferviente admirador de este famoso tratado. Recomendaba con muchísimo ahínco que todos lo leyeran, y a sus lectores les dio su Bendición Apostólica. Además, en dicha encíclica mariana se encuentran no sólo las ideas favoritas del Siervo de María, sino hasta sus mismas expresiones» (Mura, *El Cuerpo Místico de Cristo*).

«Los que quieren someterse a esta santa esclavitud han de ser muy devotos del gran misterio de la Encarnación del Verbo, que se celebra el 25 de marzo. En verdad, la Encarnación es el misterio propio de esta devoción, la cual fue inspirada por el Espíritu Santo por los siguientes motivos:

a) para honrar e imitar la inefable dependencia que se dignó tener el Dios Hijo de su Madre María, para gloria de su

Eterno Padre y salvación nuestra; dependencia que resalta de un modo particular en este misterio, en el que Jesús es esclavo y cautivo en el seno de María, donde depende de Ella para todo;

b) para agradecer a Dios las gracias incomparables que ha dado a María, y, en especial, por haberla escogido como Madre suya dignísima; elección que se hizo en este misterio de la Encarnación.

Estos dos son los principales fines del compromiso de hacerse esclavo de Jesús en María» (San Luis María de Montfort) (*Tratado de la verdadera devoción*, no 243).

APÉNDICE 6

La medalla de la Inmaculada Concepción, llamada la «Medalla Milagrosa»

«Luego me dijo la santísima Virgen: «Haz que acuñen una medalla según este modelo. Todos aquellos que la lleven recibirán grandes gracias, especialmente si la llevan pendiente del cuello. Las gracias serán copiosas para cuantos la lleven con confianza»» (Santa Catalina Labouré).

Los legionarios harán muchísimo aprecio de esta medalla, que está tan íntimamente asociada con la historia de la Legión. La imagen de la Milagrosa que adornó la mesa de la primera junta no fue elegida deliberadamente con preferencia a otras, y, sin embargo, sintetizó de manera maravillosa la concepción espiritual de la organización, que nació, así, en torno de Ella.

Ya desde un principio se recomendó el uso de la medalla en el trabajo legionario. La invocación que aparece en la Medalla se dijo ya en la primera junta, y ahora la rezan diariamente todos los socios como parte

integral de la catena. La Medalla es parte integral del vexillum de la Legión.

El que la Medalla esté tan íntimamente ligada con la piedad legionaria es cosa que invita a meditar. Y las consideraciones siguientes harán ver si esto es debido a circunstancias fortuitas o a la delicada y admirable disposición de la Providencia:

a) La Medalla tiene por fin extender la devoción a la Inmaculada Concepción. Pero también muestra a María como Medianera de todas las gracias; y, así, abarca los varios aspectos según los cuales considera la Legión a su Reina, a saber: María Inmaculada, Madre y Medianera.

La representación de la Inmaculada Concepción queda complementada por la del Corazón Inmaculado de María en el reverso de la Medalla: aquella retrata a María concebida sin pecado; ésta, a María sin pecado para siempre.

b) El reverso de la Medalla ostenta la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María. Ambos Corazones han sido invocados ya desde la primera junta de la Legión en las preces preliminares. Los dos Corazones –el uno coronado de espinas, el otro atravesado por una espada– y, encima, la Cruz y una M mayúscula: todo ello recuerda la Pasión de Jesús y la Compasión de María, aquel misterio que mereció el tesoro de gracias que los legionarios suplican tener, con el privilegio de dárselo a otros en compañía de María.

c) Por una coincidencia verdaderamente notable, el cardenal arzobispo de París comenzó la audiencia en que dio su aprobación y bendición a la Legión a la misma hora y el mismo día del primer centenario de las apariciones de la Virgen Milagrosa a Santa Catalina Labouré, que tuvieron una significación especial para Francia.

Podemos, pues, afirmar que la Medalla ha sido, como asimilada por la Legión; y que la misión del legionario incluye la de la Medalla. El legionario es, por decirlo así, una medalla viviente, un humilde instrumento en manos de la Virgen, para derramar sus gracias por el mundo.

Hay algunos católicos ansiosos de mostrarse *avanzados, intelectuales*, que desprecian esta Medalla, lo mismo que otras medallas y escapularios como si fueran supersticiones. Esta actitud de falta de respeto hacia los sacramentales aprobados por la Iglesia es una temeridad. Y además peca contra la evidencia de los hechos, porque no hay duda de que el uso de la Medalla ha sido bendecido por Dios milagrosamente.

Así como los legionarios deben considerarse como soldados, así también deben tener la Medalla Milagrosa como su arma principal. No hay que dudar de que María comunicará a su Medalla doble eficacia en manos de los legionarios.

Por medio del rito de su alistamiento en la Legión, uno queda convertido en miembro de la Asociación de la Medalla Milagrosa, sin necesidad de una inscripción oficial en ningún registro. El socio queda facultado automáticamente para lucrar todas las indulgencias otorgadas a la Asociación.

La fiesta de nuestra Señora de la Medalla Milagrosa se celebra el 27 de noviembre.

«María trajo al mundo a quien es la apostolicidad en persona, a *Aquel* que vino a encender fuego en el mundo y quiso que ardiera. El oficio de la Virgen no habría sido completo, si Ella no hubiese estado en el centro mismo de aquellas llamas de fuego que el Espíritu de su Hijo hizo descender sobre los Apóstoles, para inflamarlos con su mensaje hasta la consumación de los siglos. Pentecostés fue para María un nuevo Belén espiritual, una segunda Epifanía, en la cual, como Madre junto a la cuna del Cristo místico, le da a conocer una vez más, aunque a pastores y reyes distintos» (Obispo Fulton Sheen, *El Cuerpo Místico de Cristo*.)

APÉNDICE 7

La Cofradía del Santísimo Rosario

1. Ésta es una asociación que une en una gran familia a los fieles que se comprometen a recitar los veinte misterios del Rosario por lo menos una vez a la semana. La calidad de miembro de una familia significa que ésta ha de repartir todo entre sus miembros. Los que se incorporan a la Cofradía del Rosario quedan invitados a colocar en las manos de nuestra Señora no sólo sus rosarios, sino también el valor de todas sus obras, sufrimientos y oraciones para ser distribuidos como Ella lo considere conveniente entre los demás miembros de la familia y según las necesidades de la Iglesia. La cofradía fue fundada por el padre dominico Alan de la Roche en el año 1470. Su difusión y extensión es especial responsabilidad de la familia dominicana. Por esta razón todos los inscritos se convierten en participantes de los beneficios espirituales de la Orden.

2. El hecho de ser San Luis María de Montfort no sólo miembro de dicha cofradía, sino también fervorosísimo propagandista de la misma, habría de servir de reclamo al legionario. Todavía existe el interesante documento que sigue: «Nos, el Provincial de la Orden de Predicadores, afirmamos y declaramos por la presente que Luis María Griñón de Montfort, Hermano de nuestra Orden Tercera, predica por todas partes y con gran celo, edificación y fruto la Cofradía del Rosario en todas las misiones dadas por él continuamente en ciudades y aldeas».

3. Para ser socio, es menester inscribir el nombre y apellido en el registro de socios en cualquier iglesia donde se halle establecida la cofradía. Deben rezarse los veinte misterios del rosario por lo menos una vez cada semana, meditando en los misterios durante el rezo. No obliga bajo pecado. El rosario diario satisface dicha obligación, y con creces. No se necesita decir

los cinco misterios todos seguidos; pueden distribuirse según convenga. No hay juntas, ni suscripción obligada.

4. He aquí algunas ventajas de pertenecer a la cofradía:

a) el amparo especial de nuestra Señora, Reina del Rosario; **b)** participación en las buenas obras y beneficios espirituales de los miembros de la orden de Santo Domingo y de la cofradía en todo el mundo; **c)** participación, después de la muerte, en las oraciones y sufragios ofrecidos por dichos miembros en pro de los difuntos; **d)** una indulgencia plenaria puede ganarse el día del alistamiento, en las fiestas de Navidad, Pascua, Anunciación (la Encarnación del Señor), La Asunción, Nuestra Señora del Rosario, Inmaculada Concepción y Presentación de nuestro Señor en el templo.

5. Aparte de las indulgencias que pueden ganarse como miembros de la mencionada cofradía, se ha concedido una indulgencia plenaria a cada cinco misterios del rosario que se recen de una vez en la Iglesia u oratorio público, o con una familia, o en una comunidad religiosa, o en la reunión de alguna asociación piadosa –y aquí estaría incluida la Legión–. Se concede una indulgencia parcial si se rezan en otras circunstancias.

6. Nuevas normas para la indulgencia: a) confesión sacramental, una sola confesión será suficiente para ganar varias indulgencias; b) la comunión eucarística, que hay que recibir cada vez que se desee ganar una indulgencia plenaria; c) orar por las intenciones del Papa, con un padre nuestro y una avemaría, u otra oración; d) se requiere también que uno esté libre de pecado, incluso de pecado venial.

«El santo rosario es la más bella flor de nuestra Orden.

Si viniese a marchitarse, al mismo tiempo se marchitaría y desaparecería la belleza y lustre de nuestro instituto. Por otra parte, cuando esa flor revive, atrae sobre nosotros, sin tardar, el rocío del cielo; comunica a nuestro tronco un aroma de gracia y le hace producir frutos de virtud y honra, arraigados en la sólida piedad»
(Fr. Monroy, Maestro General de la Orden de Predicadores).

APÉNDICE 8

La enseñanza de la doctrina cristiana

En algunos países la Cofradía de la Doctrina Cristiana ha desempeñado y sigue desempeñando una parte importante en la enseñanza de la misma. Muchos legionarios están comprometidos en la atención a dicha Cofradía y la Legión respalda plenamente ese trabajo. Siguiendo las directrices de la Dirección General Catequética (Sagrada Congregación para el Clero de 1971), existe en cada diócesis un organismo catequético que forma parte de la curia diocesana. Por medio de este organismo, el obispo, cabeza de la comunidad y maestro de la doctrina, dirige y modela todas las actividades catequéticas en la diócesis.

Es importante observar que la enseñanza de la doctrina cristiana es para todas las edades y para todos los niveles de educación, tal como especifica San Juan Pablo II (CT, 16).

Deseo agradecerlos en nombre de la Iglesia a todos, maestros seculares de catequesis en las parroquias, que os dedicáis a la tarea de la educación cristiana de muchas generaciones, hombres y mujeres –seguramente vosotras en mayor número– del mundo entero. Vuestra labor es con frecuencia humilde y permanece oculta, pero la lleváis a cabo con ardiente y generoso celo. Es una forma eminente de apostolado secolar y especialmente importante allí donde por diversas razones, los niños y los jóvenes no reciben la adecuada enseñanza religiosa en el hogar (CT, 66).

La tercera lección es que la catequesis ha sido y será siempre una labor de la cual toda la Iglesia debe sentirse responsable y debe desear asumir dicha responsabilidad. Pero los miembros de la Iglesia tienen distintas responsabilidades derivadas de la misión de cada uno de ellos. A causa de su cargo, los pastores tienen, a diferentes niveles, la gran responsabilidad de promover, dirigir y coordinar las catequesis. Por su parte, el Papa

tiene la conciencia viva de la responsabilidad fundamental que recae sobre él en este campo; y no sólo por razones de preocupación pastoral, sino principalmente como una fuente de alegría y esperanza (CT, 16).

APÉNDICE 9

Asociación Pionera del Sagrado Corazón sobre la Abstinencia Total

a) Cuando un Centro Pionero existente estuviera de acuerdo con tener un praesidium adjunto a él para la promoción y el reclutamiento de estas asociaciones pioneras, al Praesidium se le facilitará todo el material de escritorio, imprenta, etc., literatura, libros de registro, certificados y emblemas, que le permita actuar como unidad autocompetente. Se requiere el pago por adelantado de este material.

b) El reclutamiento e inscripción en la Asociación Pionera podría hacerse y podría considerarse como cualquier otro trabajo propio de un praesidium.

c) Las solicitudes para formar parte de la Asociación Pionera se tramitarán en las reuniones semanales del praesidium, tal como lo haría cualquier Centro Pionero en su reunión mensual.

d) NOTA: Todas las solicitudes sobre la Asociación Pionera deberán dirigirse a: Dirección Central Asociación Pionera de abstinencia total, 27 Upper Sherrad Street, Dublín 1, Irlanda.

APÉNDICE 10

El estudio de la fe

Sin dejar sus trabajos legionarios, algunos miembros de un praesidium –o todos ellos– harían bien en dedicarse al estudio. Ciertos praesidia –los de internados, los juveniles y los que se especializan en la enseñanza de la doctrina cristiana, etc.– deberían mirarlo como cosa propia.

El espíritu intenso de oración y la piedad sólida de la Legión son una base admirable para el estudio, y supera los inconvenientes que pueda haber en él. Los presumidos, los hinchados con su saber, y otros que, atraídos por el estudio, quisieran entrar en la Legión sólo para perturbar y luego salirse, verán cómo su sistema les rechaza. En cambio, la Legión influirá de tal modo en los demás, que les hará perseverar aun después de evaporada la novedad del estudio.

Además, el feliz éxito del estudio estará garantizado, porque se emprenderá en espíritu de unión con Aquella cuya humildad y sencillez en buscar la verdad servirá siempre de modelo perfecto a todos los hombres entregados a la adquisición de la ciencia. *¿Cómo será esto?*, preguntó al ángel (Lc 1,34); y luego, como respuesta, se le dio Aquel que es la misma Sabiduría divina, la Verdad eterna, la Luz verdadera. Y María sigue siendo la depositaria de este tesoro: a Ella, pues, han de acudir cuantos deseen enriquecerse con Él. Los legionarios mirarán la junta semanal de su praesidium como un reunirse en torno de su tierna Madre, un entrelazar sus manos con las de Ella, repletas de los tesoros de sabiduría que ellos buscan.

Así, el legionario emprenderá el estudio con espíritu de piedad, y no como si fuera mero ejercicio intelectual. Otra característica es que el estudio no se hará a base de conferencias, pues, las conferencias no encajan con el modo de ser del praesidium; pero además por la natural

tendencia a aflojar, cuando uno o dos se encargan de todo el trabajo con responsabilidad exclusiva, como sucede en las conferencias; y finalmente, porque, en la práctica, las conferencias suelen estar preparadas y dictadas según el máximo alcance intelectual del auditorio, y la mayoría de éste las siguen con dificultad. Y el resultado es que, como no se entienden las cosas más que a medias, se olvidan pronto. Es mucho mayor de lo que suele suponerse el número de los que escuchan una conferencia erudita con aparente interés y respetuosa atención, quedándose luego completamente en ayunas.

Usando el método legionario, el socio no tiene por qué aflojar ni un momento. Cada cual, a requerimiento del presidente, da razón del estudio que haya hecho. De este modo se consigue –con diferentes grados, pero con igual intensidad– que todos y cada uno de los miembros tomen responsablemente parte en los esfuerzos que, en el sistema de conferencias, vendrían a pesar enteramente sobre el conferenciante. El socio no es sólo oyente: su actitud mental es activa, no pasiva; trabaja, y su progreso queda apoyado en el buen criterio y vigilancia de la autoridad.

Los legionarios darán sentados sus informes sobre el trabajo de estudio, con el libro delante y, si quieren, con los apuntes que hayan preparado. Nada hay en torno que venga a quitarles la confianza. Usarán palabras de su propia cosecha, y comunicarán a los otros sus pensamientos y dificultades en lenguaje sencillo y familiar. Después de cada informe, los demás socios podrán hacer algún comentario o pregunta, y se pasará al informe siguiente.

La junta avanzará, no con la velocidad del auto que rueda sobre la superficie, sino como el arado y el trillo, surcando la tierra trabajosamente, para desmenuzarla. Después de cavar y ahondar una misma materia con los sucesivos informes, sin duda los socios lo habrán entendido perfectamente, grabándose bien en la memoria.

La labor de estudio forma parte integral del trabajo total del praesidium, y necesariamente ha de estar

imbuido del espíritu emprendedor que anima a la Legión, impulsando a los socios a hacer uso práctico de sus conocimientos. Aquellos praesidia que hayan adelantado en el estudio deberán pensar en organizar clases y fundar obras para la enseñanza y divulgación de la doctrina cristiana, adoptando todos los medios a su alcance, a fin de repartir el rico caudal de conocimientos que hayan atesorado. En los mismos legionarios, sus compañeros, procurarán implantar un deseo más arraigado de estar bien formados en la fe. Pero esta ciencia que posee la Legión debe llegar a ser patrimonio del público en general, y es preciso difundirla a través de los múltiples puntos de contacto de su apostolado, dando así pasos progresivos hacia «la curación de la más vergonzosa llaga de los pueblos católicos: la ignorancia de su divina religión» (Pío XI, *Motu proprio* del 29 de junio de 1923).

El primer libro de estudio ha de ser el Manual de la Legión, como base esencial para todo legionario. Si no se comprende bien el reglamento legionario, no podrán aplicarse acertadamente los métodos de la Legión, ni al estudio ni a ninguna otra empresa. Todos miran como una insensatez pretender construir una casa sin preocuparse de los cimientos; igualmente fútil sería querer levantar el edificio del estudio cimentándolo sobre los métodos legionarios, sin dar a este fundamento la solidez que sólo un conocimiento perfecto de los mismos puede proporcionar.

Otras ramas del saber que más provechosamente podrán estudiarse, bajo la vigilancia del director espiritual, son: dogma y apologética, Sagrada Escritura, sociología, liturgia, historia de la Iglesia, teología moral.

Debiera señalarse para el estudio una parte determinada de la junta –después de la allocutio, por ejemplo–. Y se debe prestar especial cuidado a esta parte de la agenda, dándole forma concreta y estricta, sin permitir que degenera en disputas incoherentes.

En cada junta se determinarán los puntos que los socios deben traer estudiados en la junta siguiente. A este trabajo se dedicarán los socios con un empeño y

constancia dignos del nombre de legionario, superando la tendencia natural a dejarse llevar insensiblemente por el abandono, hasta hacer las cosas con una negligencia que no deja de ser culpable. Y esto, aunque el estudio mismo no tenga otros testigos que los del cielo, y aunque sea fácil dar un informe regular aun sin haber estudiado más que a medias: son muy distintos el praesidium y la escuela.

Todos, uno a uno, darán cuenta del estudio hecho durante la semana anterior: podrán presentar sus dificultades sobre los puntos estudiados, pero no aquéllas cuya solución hallarían ellos mismos con un pequeño esfuerzo más que hicieran.

Se animará a los miembros a valerse por sí mismos en todo lo que está a su alcance, y a poner de su parte el máximo esfuerzo. Evítese en las discusiones cualquier digresión inútil o inoportuna, y meterse en cuestiones demasiado profundas, o que puedan conducir al error, o que no vengan al caso. El director espiritual será el principal sostén del praesidium en todas estas materias.

Repitémoslo con insistencia: cada socio desempeñará su obligación de trabajo semanal solamente si ejecuta cada semana una labor activa y sólida. No se cumple, ni siquiera en parte, con el estudio.

«¡Cuán estrechamente aliadas están la pureza y la luz! Las almas más puras son aquellas a quienes Dios da más luz. Por eso, entre todas las criaturas, la Virgen Santísima es la más resplandeciente de luz. De Ella se ha dicho que ilumina a los mismos ángeles. Pero también ilumina a los hombres, y la Iglesia la llama Sede de la Sabiduría. Por eso nuestros estudios, nuestras contemplaciones y nuestra vida entera deben ir gravitando más y más sobre aquella Mujer, entre todas la más bendita, la Madre de la Luz de Luz, el Verbo hecho carne; porque Dios ha revestido del mismo Sol a aquella criatura incomparable, y la ha puesto para que irradie la Luz sobre el universo mundo y sobre toda alma dispuesta a abrirse para recibirla» (Sauvé, *María íntima*).

APÉNDICE 11

SÍNTESIS MARIANA, que presenta lo más brevemente posible el papel maravilloso de colaboración confiado a María en la economía total de nuestra salvación. Si se quiere, puede utilizarse en el acies como acto colectivo de consagración, o –si se omite el primer párrafo– en otras ocasiones.

Reina nuestra, Madre nuestra:

La pausa momentánea delante de tu estandarte nos dio tiempo sólo para una declaración breve de nuestro amor.

Ahora tenemos más libertad para dejar que nuestros corazones se expansionen, y conviertan ese pequeño acto de consagración en una profesión más plena de nuestra fe en ti.

Nos damos cuenta de la inmensidad de nuestra obligación para contigo.

Tú nos diste a Jesús, fuente de todo nuestro bien.

Si no fuera por ti, estaríamos todavía en la tiniebla de un mundo perdido, de un mundo bajo la antigua sentencia de muerte.

De aquel extremo de miseria ha querido rescatarnos la divina Providencia.

Fue de su agrado hacer uso de ti en ese misericordioso designio, asignándote una parte que no podía ser más noble.

Aunque dependiente en absoluto del Redentor, tú fuiste constituida su compañera, acercándote a Él más que criatura alguna, y hecha indispensable para su obra.

Desde toda la eternidad estabas tú con Él en la intención de la Santísima Trinidad, participando en su destino: preconizada con Él en la primera profecía, como la Mujer de quien Él nacería; asociada a Él en las súplicas de cuantos esperaban su advenimiento;

unida con Él por la gracia mediante tu Inmaculada Concepción, que portentosamente te redimió;
acompañándole en todos los misterios de su vida mortal, desde el mensaje del ángel hasta la cruz;
establecida con Él en la gloria por tu Asunción;
sentada a su lado en su trono y administrando con Él el reino de la gracia.

Entre todo el género humano, eras tú la única bastante pura y fuerte en la fe y en el espíritu para ser la nueva Eva, que, con el nuevo Adán, se tomaría el desquite de la Caída.

Tu oración, llena ya del Espíritu Santo, trajo a Jesús a la tierra.

Tu voluntad y tu carne le concibieron.

Tu leche le nutrió.

Tu amor sobrehumano le envolvió, y le hizo crecer en años, y en fuerza y sabiduría.

Tú, en verdad, moldeaste a quien te hizo a ti.

Y, al llegar la hora ordenada para el sacrificio, tú, en el Calvario, entregaste libremente al divino Cordero a su misión y muerte redentora, sufriendo con Él la plenitud del dolor, semejante al suyo.

Dolor tal, que hubieras muerto juntamente con Él si no estuvieras reservada para poder velar sobre la Iglesia naciente.

Habiendo sido por todo el curso de la Redención su ayudante indispensable, no has sido menos necesaria para Él en la economía cristiana.

Tu maternidad se extendió para recibir a todos aquellos por quienes Él había muerto.

Haces el oficio de Madre para la humanidad, lo mismo que para Él, porque somos uno en Él.

Cada hombre queda encomendado a tus pacientes desvelos, hasta que, por fin, lo engendras tú a la vida eterna.

Así como fue ordenado –para el cumplimiento del plan de nuestra salvación– que tú fueses instrumento en cada una de sus partes, así se ordenó que tú estuvieras incluida en nuestro culto.

Hemos de apreciar lo que tú has hecho,
y mediante nuestra fe, nuestro amor, nuestro servicio,
hemos de procurar reconocerte debidamente.

Habiendo declarado de este modo la magnitud y
la dulzura de nuestra deuda para contigo,
¿qué más hay que decir, sino repetir de todo
corazón:

«Somos todo tuyos, Reina nuestra, Madre nuestra, y,
cuanto tenemos, tuyo es»?

«Es ésta la primera vez que un Concilio Ecuménico haya presentado una síntesis tan extensa de la doctrina católica acerca del lugar que ocupa María Santísima en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Pero tal síntesis está en conformidad con el fin que se había propuesto el Concilio de manifestar el semblante de la santa Iglesia. Pues María está unida a la Iglesia con los más estrechos vínculos. Como se ha dicho magníficamente: "Ella es la parte grandiosa de la Iglesia, la mejor parte, la parte especial y acogida"(Ruperto de Apoc).

Verdaderamente, la realidad de la Iglesia no consiste solamente en su estructura jerárquica, su liturgia, sus sacramentos, sus declaraciones jurídicas. Su esencia más profunda, la primera fuente de su eficaz poder de santificación, hay que buscarla en su unión mística con Cristo. Esta unión no puede considerarse divorciada de aquella que es la Madre del Verbo Encarnado, a quien Jesucristo quiso unirse tan íntimamente para realizar nuestra salvación. Lo cual explica por qué, en esa perspectiva de la Iglesia, es preciso insertar la amorosa contemplación de las maravillas que Dios ha obrado en su santa Madre. El conocimiento de la doctrina ortodoxa católica acerca de María será siempre la clave para la recta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia.

Siendo esto así, proclamamos a María Santísima la Madre de la Iglesia; es decir, de todo el pueblo de Dios, de los fieles y de sus pastores» (San Pablo VI Discurso sobre el Concilio Vaticano II).

(Esta cita no forma parte de la Síntesis)



*Siguiéndola, no te extravías;
Invocándola, no te desesperas;
pensando en ella, no divagas;
apoyado en ella, no caes;
guiado por Ella, avanzas tranquilo;
escudado con ella, no temes;
con su favor, llegas hasta el fin.*
(San Bernardo)

***“Per te , o Maria
Resurrectionis nostrae tésseram
Certíssimam tenemos”***

*(Por ti, oh Maria, tenemos la mejor garantía de
nuestra resurrección.)*

(San Efrén)

ÍNDICE DE LAS CITAS BÍBLICAS

cita	capítulo	cita	capítulo
GÉNESIS		TOBIÁS	
1,5	1	3,24-25	24,6
1,28	31, 3.d	12,13-18	24,6
2,18	7,1°);39,1a	MATEO	
3,15	5,3(2veces);25,4	6,33	12,3
	;25,6;39,1.a)	7,21	39,1,e
12,1	40,8	11,29	38,6
ÉXODO		13,33	32,2
13,21	25,6		39,26
20,12	9,2	14,16-21	32,6
JOSUÉ		16,18-19	24,9
5,14	24,4	16,26	37,6
6,16,20	39,4	18,3-5	37,7
1SAMUEL		18,19-20	18,14
18,1	33,8	18,20	21
1CRÓNICAS		19,13-15	37,7
29,11	39,1,h)	20,6	34,1
SALMOS		20,27	34,2.12
30,16	34,1	20,28	29;33,14
16,8	7,2	22,37-39	33,11
116, 12	4,3	25,40	9,1;39,17
126,6	33,8	26,26	40,4(2 veces)
CANTAR		26,53	24,7
6,10	1;30,1	27,54	8,3;apénd 4
ECLESIASTÉS		MARCOS	
4,12	19,11	1,2	33,7
ECLESIAÍSTICO		3,35	5,7
6,25-30	19,23	5,30	21
24,27	39,2	6,31	37,16
32,1	37,7,g;9	8,37	40,5
ISAÍAS		10,14	37,7
5,4	4,2	11,23	6,4
38,1	19,12	11,22-24	40,6
DANIEL		12,30	6,4
4,10.20	24,7	15,39	apénd.4
10,13	24,7	16,15	40,1

cita	capítulo	cita	capítulo
LUCAS		10,16	39,9
1,27	Lema del c.1	12,24-25	6,2
1,32	7	13,20	10,3
1,34	apénd 10	13,35	41,2
1,35	7	13,38	4,4
1,37	39,4	15,5	11,1
1,38	5,4;6,2;18,5;39, 1.d);39,35	15,13	4,3
1,45	18,5;25,5	17,21	40,3Y4
1,48	9,2	19,25	8,4
1,48-49	39,1.k)	10,26-27	5,4;24,2;25,4.6
2,19.51	18,5	19,27	6,3
2,49	34,2,11)	HECHOS DE	
2,51	34,4.6);9,2;18,5	LOS APOSTOLES	
2,51-52	29	1,14	5,5;16,2;37,16
2,52	8,4;36,1.22.	2,4	5,5
9,48	37,7	2,10	10,4
9,62	16,2,x)	2,43	5,5
10,1	33,8	5,41	39,3
10,2	31,1	8,30-31	40,4
14,21-23	32,10	9,4-5	9,1
16,8	18,6;33,10	ROMANOS	
21,3-4	18,13	11,33	5
24,13-35	40,5	12,1-2	4,2
JUAN		1 CORINTIOS	
1,7	33,7	2,8	8,3
2,5	6,5	9,22	33,13.b
3,30-31	33,7	12,12	9,2
4,19-21	9,2	12,21	9,2;10,4
5,1-4	24,6	12,25	9,2
6,1-14	6,5	13,1-8	41,4
6,51-52	8,4	13,13	41
6,52	40,5	14,40	33,5
6,60	40,5	2 CORINTIOS	
8,29	29	11,23-27	24,10
9,25	40,5	11,27	4,3
10,3	10,2	GÁLATAS	
		2,20	10,2;33,13.14

cita	capítulo	cita	capítulo
EFESIOS		2TIMOTEO	
1,4	11,1	2,3	6,2
1,22-23	9,1	2,11-12	9,3
4,12	10,4	4,7	4,5
14,13-15	9,1	HEBREOS	
4,15-16	9,1	1,14	24,4
4,16	13,16	6,6	39,2
5,2	4,4	9,14	8,4
5,23	9,1	1PEDRO	
5,25-26	11,1	2,4-10	10,1
5,27	apénd.2	2,5	5,5;33,14
5,30	9,1 (2veces)	1JUAN	
6,11	4,1	4,15-21	9,1
6,18	16,2	4,19-21	9,2
FILIPENSES		5,4	5
1,29	9,3	JUDAS	
2,8	29	1,4	12,4
2,12	9,2		
COLOSENSES			
1,24	9,2		
2 TESALONICENSES			
2,15	4,5		
4,3	11,1		
1TIMOTEO			
2,5-6	apénd.2		
2,6	33,3		
6,20	33,4		

ÍNDICE DE DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO

Documentos del Vaticano II

AA, 2	13,16
AA, 4	3
AA, 20	2
AA, 3	10,1
DV, 12	33,13,a)
GS, 13	1
GS, 40,43	12,3
LG, 33 Discurso de San Juan Pablo II,	2
LG, 34,35	33,14
LG, 39	11,1
LG, 40,42	33,13
LG, 53,65	39,35
LG, 55	5,3 y Apénd. 2
LG, 56	19,23
LG, 60 Discurso de San Juan Pablo II,	3
LG, 60, 61,	30, 1 y Apénd. 2
PO, 6	10,4
SC, 12	33,13,a)
SC 48,51	8,1
SC 56	8,1

Otros documentos del Magisterio

AAS, 38,41	37,13
AAS, 72	37,3
AD, 5	33,2
AD, 12	8,3
AN,	39,10
CIC, 89	33,13,c)
CJC	Apénd. 3
CL, 9	10,1
CL, 20	9,2
CL, 27	10,5

CL, 46	36,22
CL, 47	37,7
CL, 58	33,13
CT, 16,66	Apénd. 8
EI, 20	37,7,c)
EN, 71	37,2
FC, 65	37,2
FC, 86	37,3
ISE	5,5
MC, 87	33,13,c)
MC, 110	25,3
MCul, 17	8,2
MCul,18	18,10
MCul, 20	8,4
MCul, 35	39,35
MD 186,187	33,13,a)
MF, 66	37,13
MN	37,16
OL	40,3
PVD, 59	36,2
RM, 37 (b)	37,11,d)
RM, 84	37,15
RMat,14	5
RMat, 20	18,5
RMat, 38	18,1
RMat, 44	8,3
RMat, 48	33,13,c)
SM	5,4
UAD	39,14
UR,1	40,3

ÍNDICE DE CITAS DE LOS PAPAS

Además de los documentos ya citados en las paginas 431-432

BENEDICTO XV

María, corredentora 39

CLEMENTE I

La legión romana y el Cuerpo místico 4,1

SAN JUAN XXIII

Legión 1 1

Carta a la Legión Apénd.1

María y los ángeles 24,7

El sistema de la Legión 20,5

SAN JUAN PABLO II

Ángeles 24,4

La Legión,levadura –Discurso a unos legionarios 2

Jóvenes evangelizando a jóvenes 12,2

LEÓN XIII

Perniciosa prudencia 40,4

Maternidad deMaría 39,35

El rosario 18,4

SAN PABLO VI

La promesa legionaria 13,7

Carta a la Legión Apénd.1

María,Madre de la Iglesia Apénd.11

Madre de la Unidad 39,35

Peregrinatio ProChristo 40,8

El rosario 18,4

BEATO PÍO IX

María 5,1

El rosario 25,3

SAN PÍO X

Apostolado de los laicos	10,4
María y la fe	33,2,d)
María Mediadora	Apénd.5,5
El rosario	18,4
El director espiritual	34,1

PÍO XI

Conversiones	40,4
La Eucaristía	8,3
Cristianismo de semicírculo	33,11
Apóstoles laicos	10,3 y 10,4
Carta a la Legión Apénd. 1	Apénd. 1
Nombre de la Legión	Antes del cap.I
El vexillum	27, d)
Los sacerdotes y el apostolado seglar	10,4 y 37,18
La prudencia y el apostolado	34,1 y 37,18
Instrucción religiosa	Apénd. 10
El director espiritual	34,1

PIO XII

El ángel Gabriel y María	24,5
Apostolado legionario	10,1
Carta a la Legión	Apénd. 1
Promesa legionaria	13,7
María y la Redención	6,3

BENEDICTO XVI

Carta a la Legión	Apénd. 1
-------------------	----------

ÍNDICE ANALÍTICO

Este índice analítico se divide en dos : **A. General** ; **B. Particular**. El primero cita algunos temas de especial interés diseminados en el Manual; el segundo recoge sistemáticamente algunos de mayor importancia, y tiene dos secciones:

A. Espiritualidad, **B. Estructura**. Esto es obviamente práctico. No es exhaustivo, y cada legionario puede completarlo a su gusto y conveniencia. La primera fila indica el capítulo; la segunda, el número y letra de la división dentro de ese capítulo.

A. Índice analítico general

- Abstinencia alcohólica:** 37,17; apénd. 9.
- Acies:** 16, 2; Ver *Auxiliares*.
- Allocutio:** 18,11; sobre el manual, 33,10.
- Altar legionario:** 18,1.
- Ausencias:** mirarlas con *justa* tolerancia, 13,14.
- Autodisciplina:** 33,13,b)
- Auxiliares:**28,2-5g); parte integral de la Legión, etc., 14,21; auxiliares y adjutores, 16,2; reclutamiento y cuidado, 37,14.
- Ayuda económica:** no, 28, 2-15.
- Cartilla de trabajo:** 18,2.
- Catena:** 18,10; 25,4; diaria, y rezarla también quienes dejen la Legión, 33,6.
- Censo parroquial:** 37,4.
- Colecta secreta:** 18,13.
- Color de la Legión:** el rojo, 7.
- Cuadro de la Legión:** 25.
- Congreso:** 30,5.
- Contactos callejeros:** 37,9.
- Corresponsales:** 28,5.
- Cuaderno secreto:** 33,15.
- Dinamismo:** espiritual y social 12,3.
- Dinero:** no recaudarlo, 39,11.
- Difuntos:** oraciones al morir un miembro del praesidium, 17.
- Disciplina:** su base, ver a Jesucristo en los oficiales y en los otros hermanos, 9,1; espíritu de la disciplina, 11,5; su espíritu y eficacia, 19,11; la dañan los malos informes, 18,9; en las ordenanzas fijas, 18,7; tercer núcleo de la promesa, 15.
- Disolución** de un praesidium o consejo, 28,6.
- Distinción de clases:** no, 39,29.
- Empleadas de hogar:** 37,10.
- Estandarte de la Legión:** 7. Ver *Vexillum*.
- Estudio:** del manual, 33,10; de la fe, apénd. 10
- Exploratio dominicalis:** 40,10
- Fiestas:** del praesidium, 30,4; de invierno, (*Ver Reunión general anual*); al aire libre, 30,3.
- Fondos:** Colaboración económica de los praesidia a sus curiae, y de éstas a los consejos superiores, 35 y 28,21.
- Heroísmo:** 4,3; 4,5.

- Hermanos:** llamarse entre ellos, 13,15
- Hospitales:** visitarlos, 37, 5.
- Humildad:** virtud básica 6,2.
- Imposible:** no lo hay, 3; se hace posible, 6,4.
- Íncolae Mariae:** 40,9.
- Informe:** 18,9; 19,17; 19,19; 33,3.
- Jerarquía:** bajo ella, 2,2; 19,11.
- Junta:** semanal, 19,4; duración, 19,8 y 9; como si estuviera María en persona, 18,4 y 19,13; para legionarios con turnos de trabajo distintos, 19,7.
- Lealtad legionaria:** 2.
- Lectura en la junta:** libre, preferentemente del manual; 18,5; 33,10; en privado, 33,13,a).
- Legión romana:** 4,1; 28,25,e)
- Librería ambulante:** 37,8.
- Literatura católica:** propagarla 37,12.
- Liturgia:** deber fundamental, 33,13,a)
- Medalla Milagrosa:** Apéndice 6.
- Misiones:** 37,15; 40,7.
- Nombres latinos:** por qué, 26.
- Oraciones:** en la junta, 23
- Ordenanzas fijas:** 18,7.
- Patricios:** 38.
- Patriotismo religioso:** 12,3. Ver *Verdadera Devoción a la Nación*.
- Peregrinatio Pro Christo** (P.P.C.): 40,8
- Piedad:** fecunda de heroísmo, 19,14.
- Política:** ninguna, 39,12.
- Pretorianos:** 16,1
- Promesa legionaria:** 13,7-13; volver a hacerla si uno reingresa, 13,14.
- Promoción de la comunidad:** 12,3. Ver *Verdadera devoción a la Nación*.
- Prudencia excesiva:** 32, 10 y 11.
- Retiro:** anual, 33,13,a); promoverlos, 37,16; para no católicos, 40,4,e)
- Reunión general anual:** 30,2. Ver *Fiestas*.
- Rosario:** el rosario y el Espíritu Santo 7,2^o; alabanzas de él, 18,4; su necesidad en la junta, 19,14; 25,3; rezarlo a diario los activos, 33,12
- Sacramento de la Penitencia: 33,13,c).
- Santificación personal:** 2; 11,1; 12,1 (Ver 2. Índices analítico particular – B Estructura - La Legión).
- Scouts, etc.:** 37,7,f)
- Secreto legionario:** 18,7; 19,20; 33,4.
- Seminarios:** Praesidium en ellos, 36,2,f)
- Señal de la cruz:** al rezar las oraciones de la téssera en privado, hacerla sólo al principio y al final de todas ellas, 22.
- Sistema legionario:** invariable, *Aviso preliminar*; 20; 29, es excelente, 20,5.
- Socio perfecto:** 11,3; 33,7.
- Socorro material:** no, 39, 11.
- Soldados:** trabajo con ellos, 37,11.
- Téssera:** 26.
- Trabajo heroico:** 32,11; 33,2; 37;39,3.
- Tribuno:** 14,9.
- Verdadera Devoción a la Nación:** 12,3.
Ver *Promoción de la Comunidad*
- Vexillum:** 27
- Visita domiciliaria:** 32,3; 37,2;39,9

B. Índice analítico particular

A. ESPIRITUALIDAD

Santísima Trinidad: 7; en su nombre comienza toda junta legionaria, 22,1; en el texto de la promesa, 15; en la oración de los patricios, 38.

Dios Padre: el firmísimo apoyo de todo legionario, etc., 5; *el Padre-nuestro*, siempre en los labios de los legionarios, 7,3º); el Padre y María, 7,3º).

El Espíritu Santo: 7; en el cuadro de la Legión, 25,4; con su invocación se inicia toda junta, 22,1 y 18,3; a Él va dirigida nuestra promesa, 15; tenerle una devoción personal, etc., 7,2º); nuestra fuerza está en Él, 12,4; inspira las oraciones del oficio divino, 16; el rosario y el Espíritu Santo, 7,2º); Él y María, 7,2º) y 30,5; en el *vexillum*, 27 (y texto al pie del dibujo de éste); el Espíritu Santo y el estudio, 33,10.

Jesucristo: en la promesa, 15; en las ordenanzas fijas, 1 8,7; en medio de la junta, 21; el mediador universal y necesario, 33, 12; el bautismo nos incorpora a Él y nos hace lo que es Él, sacerdote, profeta y rey, 33,14; verlo, servirlo y amarlo en cada persona, 18,7 y 39,17 y 18; presente en el *praesidium*, 21; el Sagrado Corazón de Jesús, 24,2, 9,3 y al reverso del *vexillum*; su entronización,

37,3 y 40,2, su relación misteriosa y única con María, 7,1º y 21.

Eucaristía: renueva el sacrificio de la cruz, de ella fluyen todas las gracias, si la Legión no la hace diariamente obligatoria es porque no en todas partes se puede, la mesa de la Palabra y la del Sacramento, celebrarla en unión con María, 8,1; en ella está nuestra fuerza, 12,4; principal objetivo de la Legión, promoverla y establecerla en todos los corazones, 37,13 y 8,4; instrumento de conversión, 40,5.

Cuerpo Místico: 8,4 y 39,30; doctrina básica de la Legión, 9,1; la vida legionaria depende de comprender esta doctrina, 9,2; misión del legionario, suplir lo que falta a la misión de Cristo, 9,2; el sufrimiento, necesario en el Cuerpo Místico, 9,3; ver y amar a Cristo en los demás, 18,7 y 12,4; Cuerpo Místico y sociedad humana, 12,3; Cuerpo Místico y sociedad humana, 12,3; Cuerpo Místico y apostolado, 13,16; los pecados en el Cuerpo Místico, 33,13,b); con María, ver y servir en todos a la Persona de Jesucristo, 9,1; María, Madre del C.M., 9,1; C.M. y María, apéndice 2; Jesucristo y la Iglesia, una sola Persona Mística, 9,1.

María: Guardiana de los tesoros de Dios, 6,5; Dispensadora de la Sangre de nuestro Señor, 6,1; madre de la

Divina Gracia, 6,1,37,1,g); y carta de San Juan Pablo II n. 3; Medianera universal, 6,1 6,3 24,8,c)25,4 33,12, 39,1,b); Dispensadora de todas las gracias, 8,3 y 18,1 (imagen en el altar legionario); Nueva Eva, 6,3, 7,1º. 8,3,30,d); 39,1,b); Jesús y María, relación misteriosa y única, 7,1º y 21 (ver *Jesucristo*); Jesús y María, ciudadanos de Nazaret, 12,3; Madre de la Iglesia, 30,d) y apénd. 11; María y el Cuerpo Místico, 9,2; Madre del C.M., 8,4 (ver *Cuerpo Místico*); Madre de cada alma, 37,9; Madre del Redentor y de todos los remedios, 9,3; Corredentora, 7,1º); Colaboradora de nuestra salvación, 39,1,a); Restauradora del mundo perdido, 8,3; Madre de todos los hombres, 39,35; Madre de la Unidad, 39,35; Nuestra Señora de la Misericordia, 39,2 y 6,3; Reina de los Apóstoles, 37,9; Madre de la Legión, 37,14; Reina de la Legión, 28,18 y 30,1,4; Reina de nuestros corazones, apénd. 5; "Virgo Singularis", 32,11; La Virgen Fiel, 4,5; Dulce Virgen, 4,5; Reina del Rosario, apénd. 7, Causa de nuestra alegría, 30,4; La Columna de fuego, 25,5; María en la mente de Dios, 39,1,a); en las profecías, 39,1,b); representa a toda la humanidad en el Calvario y en la misa, 8,3; poetisa, 18,12; María y el apostolado, 6,3; misión de la Legión, manifestar a María al mundo, 6,1; la Legión, prolongación de la Maternidad de María, 6,3; necesidad de colaborar con Ella, 6,4; María es el corazón de la Legión, 12,4; Corazón

de María, 24,2 y en el reverso del vexillum, Espíritu Santo y María, 7; la ha hecho una con Él, Él es su alma, y Ella su colaboradora consciente, 7,2º, "la obra maestra del Espíritu Santo", 30,5,d); templo y sagrario del E. Sto. 7,2º; Pentecostés y María, 25,3; en el texto de la promesa y en su nota final, 15; la más delicada imagen de Jesucristo, y espejo de Jesús y Jesús de Ella, 33,14; La unión con María, principio vital del método legionario, 32,5; Reina del Calvario, 37,6; Guardiania de los divinos misterios, 33,2; Madre del Salvador, 37,8; «Iglesia del Dios vivo», 30,5,d); Madre amantísima, 6,3 (Ver a *María en cada uno de los apartados precedentes: Dios Padre, etc.*)

Verdadera devoción: «ordenanza de ordenanzas de la Legión», y método de adquirirla, 6,1 y 5; apénd. 5,3,c); María, inseparable de Jesús, 7,1º, 37,12 y 39,1,b,c,d,f,g); Cuerpo Místico y María, 9,2 y 3; imitar el amor y la obediencia de Cristo a su Madre. 9,2; entregarse a Jesús por medio de María, 6,5; por el legionario, María ama y cuida a su Hijo, 39,18; con María, anunciar a Jesús, carta de San Juan Pablo II, 3; misión de María, dar a conocer el Reino de Jesús, 37,3; imitar a María, 6,1 y 3; sobre todo, en su humildad, 6,2, «respirar a María», 6,1; la unión con María, garantía de nuestra eficacia apostólica. 1 y 9,1; en esta Verdadera Devoción está nuestra fuerza 12,4; en el

núcleo central de la promesa, 15; enseñársela a los auxiliares y adjutores 16,2,b,c,n).

B. ESTRUCTURA

La Legión: fin primordial, la santificación, 2 y 31,2; la santificación, fin y medio, y resorte de su apostolado, 11,1 y 36,13; participación del "sacerdocio real" de Cristo, carta de San Juan Pablo II, 2; ser levadura de la sociedad, 12,2, y en el Pueblo de Dios, carta de San Juan Pablo II, 2, prolongación de María y de su misión, 24,5, prolongación de su Maternidad, 6,3; corresponsables con María en la distribución de gracias, 8,3; el ejército de la Virgen humilísima, 29; valor legionario, 39,3, espiritualidad y trabajo activo, 30,a); «comunidad de los santos» entre la Legión y los que visitan, 37,5; idealismo y dinamismo apostólico, 10,6; el espíritu apostólico, dueño absoluto de su pensar, hablar y actuar, 12,2; principio doctrinal y espiritual del trabajo activo, 33,10; la Legión y la Iglesia, 41,4; la Legión y otras organizaciones, 41,3.

Praesidium: nombre, etc. 14,1-4. *La junta:* deber primordial, 11,4 y 5; corazón de la Legión y de su sistema, 11,5 12,1 y 21; en medio de ella está Jesús, 11,5; es un místico hogar de Nazaret, 21, persevera en unión con María, y luego los envía..., 12,2; lleva da entre todos, 21; lleva la dirección

de los trabajos, mediante su participación en los informes, 18,9 (*ver Informes*); el trabajo, regulado por el praesidium, 39,6 y en pareja, 39,7; no oraciones especiales en la junta, 19,16; normas para los nuevos miembros, 31,3,b),c),d), y 32,2; primordial, el respeto a la misma junta, 19,1-4.12; cuando se llega tarde o se sale antes, y no permitirlo habitualmente, 19,10.- Dividirlo, 19,8 y 31,2, sacrificarlo mejor de un praesidium para fundar otro, 31,2, *praesidia juveniles:* cada praesidium debe tenerlo como esencial a su ser, etc. 14,22; sus normas de funcionamiento, 36.

Oficiales de praesidium: las deficiencias del praesidium, culpa de los oficiales, 21; cada oficial, más que su propio oficio, 30; *Director espiritual:* 34,1; nombramiento, duración, derechos, apoyará toda autoridad legionaria, 14,9.10; puede hacer la promesa 13,12.- *Presidente:* 34,2; mirar mucho su nombramiento, y cambiarlo si por él el praesidium va mal. 14, 14.15; llevar bien la cartilla de trabajo. 18,2.- *Vicepresidente:* 34,3; llevar el registro de auxiliares y adjutores, 16,2,y); preparar a los candidatos, 13,10.- *Secretario:* 34,4.- *Tesorero:* 34,5.

Consejos: su principal deber, preservar el reglamento de la L., 20,5; elecciones de sus oficiales, 28,10-14, si ha cumplido el plano, no debe seguir ejerciendo el cargo,

28,8; pueden recomendar al candidato a un cargo, 28,12; todos los miembros del consejo son responsables del mismo, 28,19.b) ningún miembro debe ser pasivo, 28,22; no preguntas ni objeciones sin ayudar a resolverlas, 28,23; en las discusiones importantes, diferirla solución hasta la junta próxima, 28,24; todo legionario tiene derecho a recurrir a un consejo superior, 28,20.—*Director espiritual*: normas para su nombramiento y su duración, 28,7; apoyará toda autoridad legionaria, 28,7.—*Presidente*: no asumir la responsabilidad de todo, 28,2-16.—*La curia*: cabeza y corazón de sus praesidia, 28,2-10; asistencia obligada de los oficiales de praesidia, 28,2-12; visita oficial, cuándo y cómo hacerla, cómo recibirla, se informa, 28,2-11.—*La regia*: 28,3.—*El senatus*, 28,4.—*El Concilium*, 28,5.

Trabajos: cualquier obra social o de acción católica, 2; Puntos cardinales del apostolado legionario, 39, del 1 al 35; íntimo, prudente, secreto, 39,8; humildad, respeto, prudencia, 39,19 y 20; trabajo heroico, 37; casos heroicos concretos, 37,6; y en cada lugar los suyos, 37,18; los de mayor urgencia o que requieran mayor esfuerzo, 12,1; verdadero («trabajo»), 39,5; no lo suplen los ejercicios de piedad, 36,13; de persona a persona, 39,13.14.15; la acción simbólica, 39,4; con los alejados, 10,5, en la parroquia, 37,1. (*Otros trabajos, en el 1. Índice analítico general*)

INDICE GENERAL

Aviso preliminar	3
Frank Duff	4
Oración por la canonización del Siervo de Dios Frank Duff.....	4
1. Nombre y origen	7
2. Finalidad	10
3. Espíritu de la Legión	11
4. Servicio legionario	12
1. Debe «revestirse de las armas de Dios»	12
2. Debe ser «un sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, y no conforme a este mundo»	13
3. No debe rehuir «trabajos y fatigas»	13
4. Debe proceder con amor, «igual que Cristo nos amó y se entregó por nosotros»	14
5. Debe «correr hasta la meta»	15
5. La devoción legionaria	17
1. Dios y María	18
2. María, Medianera de todas las gracias.....	20
3. María Inmaculada	20
4. María, nuestra Madre	22
5. La devoción legionaria, raíz del apostolado legionario	23
6. ¡Si María fuese conocida!	24
7. Manifestar a María al mundo	26
6. Deberes de los legionarios para con María	27
1. Meditar seriamente en esta devoción, y practicarla con celo, es un deber sagrado para con la Legión, y constituye un elemento esencial a la calidad de socio de la misma, debiéndose anteponer su cumplimiento a toda otra obligación legionaria.....	27
2. La imitación de la humildad de María es la raíz y el instrumento de toda acción legionaria	30
3. Una auténtica devoción a María obliga al apostolado	35
4. Esfuerzo intenso en el servicio de María.....	38
5. Los legionarios deberán emprender la práctica de la «Verdadera Devoción a María», de San Luis María de Montfort	42
7. El legionario y la Santísima Trinidad	48
8. El legionario y la Eucaristía	53
1. La misa	53
2. La liturgia de la Palabra	54

3.La liturgia de la Eucaristía en unión con María	55
4.La Eucaristía, nuestro tesoro	57
9. El legionario y el Cuerpo místico de Cristo	59
1.Esta doctrina es la base del servicio legionario	59
2.María y el Cuerpo Místico	62
3.El sufrimiento en el Cuerpo Místico	66
10. Apostolado legionario	69
1.Su dignidad.....	69
2. El apostolado del laico es indispensable.....	70
3.La Legión y el apostolado seglar.....	71
4.El sacerdote y la Legión	73
5. La Legión en la parroquia.....	76
6. Frutos del espíritu legionario: idealismo y dinamismo en alto grado.....	76
7.Formación a base del sistema de maestro y aprendiz.....	78
11. Estructura de la Legión	80
1.Fin y medio: la santificación personal	80
2.Un sistema intensamente ordenado	81
3.El socio perfecto	83
4.Deber primordial	84
5.Junta semanal del praesidium.....	85
12. Fines externos de la Legión.....	86
1.Fin próximo: la obra actual.....	86
2.El fin remoto y más alto: ser levadura en la sociedad	87
3.Solidaridad humana	90
4.En empresas importantes por Dios.....	94
13. Admisión de socios.....	97
14. El praesidium.....	101
15. La promesa legionaria.....	109
16. Grados adicionales de los socios	111
1.Los pretorianos	111
2. Socios auxiliares.....	114
17. Nuestros legionarios difuntos	125
18. Orden de la Junta del praesidium	126
1.la disposición de la junta ha de ser siempre uniforme.....	126
2. Puntualmente, a la hora señalada	127
3.Se inicia la junta	128
4. A continuación, se rezan cinco misterios del rosario	129
5. Después del rosario sigue inmediatamente la lectura espiritual.	130
6. Se lee el acta de la junta anterior.	130

7. Las ordenanzas fijas.....	131
8.Estado de cuentas del tesorero.	132
9.Informes de los socios.	132
10. Se recita la Catena Legionis.....	136
11.La allocutio	137
12. Terminada la allocutio.....	139
13. La colecta secreta.	139
14. Conclusión de la junta.....	140
19. La junta y el socio.....	140
1.Respeto a la junta	140
2.El praesidium ha de ser merecedor de este respeto	141
3.El praesidium debe respetar el reglamento.....	141
4. El praesidium ha de ser modelo de regularidad	141
5. Calefacción y alumbrado.....	142
6. Asientos	142
7. Los praesidia deben tener sus juntas en horas adecuadas.....	143
8. Duración de la junta.....	143
9. Duración insuficiente de las juntas	143
10. Llegar tarde o salir antes.....	144
11. El buen orden, raíz de la disciplina	144
12. La puntualidad es de suma importancia	146
13. Modo de rezar las oraciones.....	146
14. Las oraciones son parte integral de la junta	146
15. El culto y la junta	147
16. Oraciones especiales en la junta	147
17. ¿Perjudica el informe a la humildad?	148
18. La armonía, expresión de unidad.....	148
19. El trabajo de cada uno, una preocupación de todos.....	149
20. El secreto es de suma importancia	149
21. Libertad para comentar	151
22. La junta es el sostén de los socios.....	151
23. El praesidium es una "presencia" de María	152
20. El sistema de la Legión es invariable.....	153
21. El místico hogar de Nazaret.....	155
22. Oraciones de la Legión.....	159
1.Oraciones que se dirán al comienzo de la Junta	159
2.Catena Legionis.....	161
3. Oración legionaria.....	162
23. Las oraciones son invariables.....	164

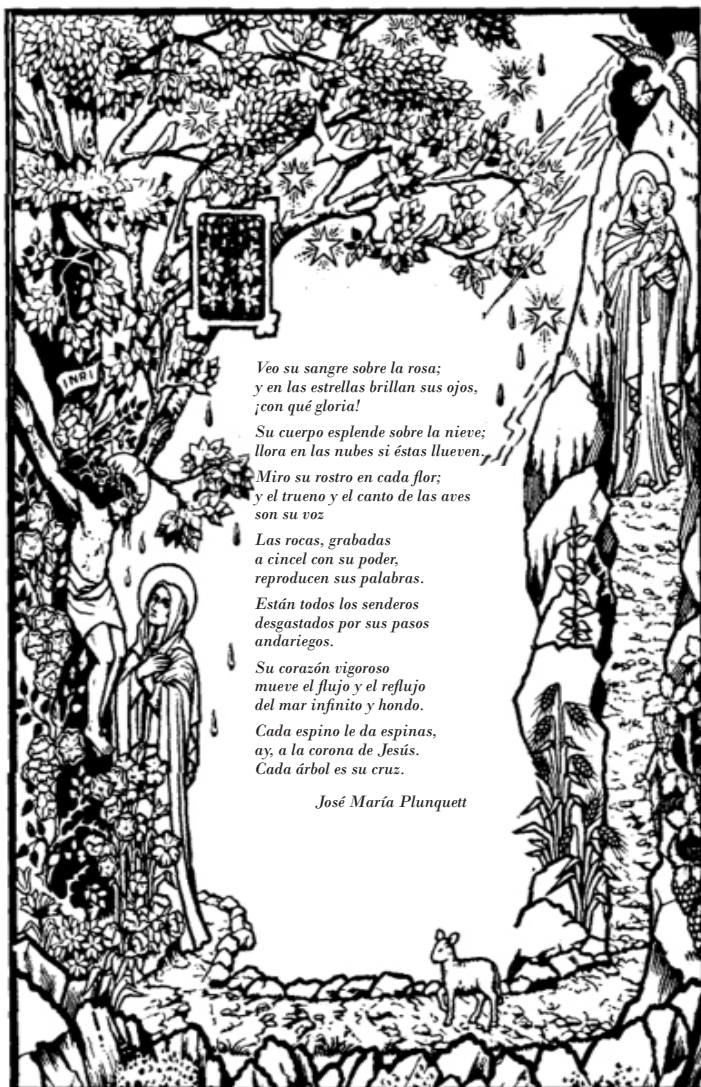
24. Patronos de la Legión	165
1.San José	165
2.San Juan Evangelista.....	166
3.San Luis María de Montfort	167
4.El arcángel San Miguel.....	168
5.El arcángel San Gabriel	169
6.El Arcángel San Rafael.....	171
7.Las potestades celestiales. Legión angélica de María	172
8.San Juan Bautista.....	175
9.San Pedro.....	176
10. San Pablo.....	177
25. El cuadro de la Legión.....	178
26. La téssera	181
27. Vexillum Legionis.....	182
28. Administración De La Legión	184
1.Normas para todos los consejos	184
2. La curia y el comitium	196
3. La regia	202
4. El senatus.....	203
5. El Concilium Legionis Mariae	205
29. Lealtad legionaria	207
30. Actos públicos	209
1.El Acies	209
2.La reunión general anual.....	211
3.La fiesta al aire libre	212
4.La fiesta del praesidium	213
5.El congreso	213
31. Extensión y reclutamiento	217
32. Respuestas a algunas objeciones.....	221
1.«Aquí no hace falta la Legión».....	221
2.«Aquí no hay personas con cualidades para socios».....	222
3.«Se recibirían con disgusto las visitas de la Legión».....	223
4. «La juventud tiene que trabajar mucho durante el día y necesita su tiempo libre para descansar».....	224
5.«La Legión no es más que una de tantas organizaciones con los mismos ideales y programas».....	225
6. «Ya tenemos otras asociaciones haciendo las obras de la Legión. Si ésta se introduce, podría chocar con aquéllas».....	226
7. «Organizaciones sobran. Lo que hay que hacer es dar vida	

a las que ya tenemos, o extender su campo de acción para que abarquen las obras proyectadas por la Legión).....	227
8. «Éste es un pueblo pequeño. Aquí no hay lugar para la Legión).....	227
9.«Algunas de las obras de la Legión entrañan actividades espirituales que, por su misma naturaleza, incumben al sacerdote, y no deben ser confiadas a los seglares sino cuando el clero se vea imposibilitado para cumplirlas. En cuanto a mí, puedo visitar a mis feligreses varias veces al año, y con resultados satisfactorios).....	228
10.«Me temo que los socios cometan alguna indiscreción).....	230
11.En los comienzos siempre habrá obstáculos.....	230
33. Deberes básicos de los legionarios	231
1. Asistir regularmente y con puntualidad a las juntas semanales del praesidium.....	231
2. Cumplimiento de la obligación del trabajo semanal.....	232
3. Informar de viva voz en la junta sobre el trabajo de la semana.....	234
4. Guardar secreto inviolable.....	235
5. Cada socio debe tener un cuaderno	235
6. Todos los legionarios deben recitar cada día la Catena Legionis.....	236
7. Relaciones entre los socios	236
8. Relaciones con el compañero de visitas.....	239
9.Reclutamiento de nuevos miembros	240
10. El estudio del Manual	241
11. Estar, en cierto modo, siempre de servicio.....	244
12. El legionario debe unir la oración al trabajo.....	246
13. Vida interior de los legionarios	247
14. El legionario y la vocación cristiana.....	252
34. Deberes de los dirigentes del praesidium	255
1. El director espiritual.....	255
2. El presidente	259
3. El vicepresidente.....	263
4. El secretario.....	265
5. El tesorero.....	266
35. Fondos	267
36. Praesidia que requieren particular mención	269
1. Praesidia juveniles	269
2.Praesidia en seminarios	276
37. Sugerencias para los trabajos	279
1.Apostolado en la parroquia	280

2. La visita domiciliaria.....	281
3. Entronización del Sagrado Corazón en los hogares	283
4. Hacer el censo parroquial	284
5. Visita a los hospitales, incluso a hospitales psiquiátricos	285
6. Obras para con los más miserables y rechazados de la población.....	289
7. Obras dirigidas a la juventud	293
8. La librería ambulante	300
9. Contactos callejeros	304
10. El apostolado a favor de la empleada de hogar católica	305
11. Trabajo a favor de los soldados y personal del ejército	306
12. Difusión de literatura católica	308
13. Promover la práctica de la misa diaria y la devoción hacia la sagrada Eucaristía	310
14. El reclutamiento y cuidado posterior de los auxiliares	311
15. Trabajo por las misiones	312
16. Promover retiros.....	313
17. Asociación Pionera del Sagrado Corazón sobre la Abstinencia Total.....	314
18. Cada localidad tiene sus necesidades particulares.....	315
38. Los patricios	316
1. Plan de la reunión.....	320
2. Orden de la reunión	321
3. Algunos principios patricios	325
4. Oración de los patricios	330
5. Horario de la reunión.....	332
39. Puntos cardinales del apostolado legionario	334
1. En nuestro trato con las almas María debe acompañarnos siempre.....	334
2. Hay que prodigar infinita paciencia y dulzura a cada alma, cuyo valor es inestimable	345
3. Valor legionario	348
4. Acción simbólica	350
5. Necesidad de hacer un trabajo activo.....	353
6. Control del trabajo por parte del praesidium	354
7. Las visitas realizadas en parejas salvaguardan la disciplina legionaria.....	355
8. La naturaleza íntima del trabajo legionario debe salvaguardarse.....	356
9. Es de desear que la visita se realice casa por casa	357
10. Prohibido proporcionar socorro material.....	358
11. Recaudación de dinero	360
12. Nada de política en la Legión	361
13. Buscar a cada uno y conversar con él.....	361

14. Nadie tan perverso que no pueda ser rehabilitado. Nadie es demasiado bueno.....	362
15. Un apostolado indefinido es de poco valor.....	362
16. El secreto de la influencia es el amor.....	363
17. El legionario ve y sirve en cada persona a quien visita a su señor Jesucristo.....	363
18. Por medio del legionario, María ama y cuida a su divino Hijo	364
19. Al legionario humilde y respetuoso se le abren todas las puertas.....	365
20. Modo de comportarse en una institución.....	366
21. Absténgase el legionario de juzgar a nadie	367
22. Frente a la crítica hostil	368
23. Nunca hay razón para desanimarse.....	369
24. La huella de la cruz es señal de esperanza.....	370
25. El triunfar es una dicha. Fracasar no es más que el aplazamiento del triunfo	372
26. Actitud respecto a las faltas de los praesidia y de los legionarios	372
27. No buscarse a sí mismo	373
28. No dar regalos a los socios	373
29. En la legión no hay distinción de clases	374
30. Tenemos que aspirar a unir.....	374
31. Tarde o temprano los legionarios tendrán que acometer los trabajos más difíciles	375
32. Ante los peligros	375
33. La Legión ha de ir siempre a la vanguardia en las luchas de la Iglesia	376
34. El legionario debe ser propagandista de todo lo católico	377
35. «Virgo Praedicanda»: la Virgen ha de ser llevada y enseñada a todos los hombres, pues Ella es su Madre	377
40. Predicad el Evangelio a todas las criaturas	379
1. Su último Testamento	379
2. La Legión debe dirigirse a cada persona en particular	382
3. La relación especial con nuestras Iglesias hermanas de la Tradicón Ortodoxa	384
4. Buscando conversiones a la Iglesia.....	386
5. La sagrada Eucaristía como instrumento de conversión.....	391
6. La indiferencia religiosa de las poblaciones	394
7. La Legión como auxiliar del misionero	398
8. La peregrinatio pro Christo	403
9. Íncolae Mariae.....	403

10. Exploratio dominicalis.....	404
41 «La principal de éstas es el amor»	405
1. Para admitir nuevos socios en las filas de la Legión,	405
2. Incorporados ya a la Legión,	405
3. En sus relaciones con otras organizaciones	406
4. Hacia los pastores de la Iglesia,	406
Apéndice 1	408
Apéndice 2	418
Apéndice 3	421
Apéndice 4	424
Apéndice 5	426
Apéndice 6	429
Apéndice 7	432
Apéndice 8	434
Apéndice 9	435
Apéndice 10	436
Apéndice 11	440
Índice de las citas bíblicas.....	444
Índice de documentos del magisterio.....	447
Índice de citas de los papas	449
Índice analítico.....	451
A. Índice analítico general.....	451
B. Índice analítico particular.....	453
Abreviaturas de los libros de la Biblia	466
Abreviaturas de documentos del Magisterio.....	467
Vexillum legionis - Modelo para poner en la mesa	468
Vexillum legionis - Procesional.....	469
Modelo del altar legionario – el altar no debe estar fuera del círculo de la reunión	470



*Veo su sangre sobre la rosa;
y en las estrellas brillan sus ojos,
¡con qué gloria!*

*Su cuerpo esplende sobre la nieve;
llora en las nubes si éstas llueven.*

*Miro su rostro en cada flor;
y el trueno y el canto de las aves
son su voz*

*Las rocas, grabadas
a cincel con su poder,
reproducen sus palabras.*

*Están todos los senderos
desgastados por sus pasos
andariegos.*

*Su corazón vigoroso
mueve el flujo y el reflujó
del mar infinito y hondo.*

*Cada espino le da espinas,
ay, a la corona de Jesús.
Cada árbol es su cruz.*

José María Plunquett

Abreviaturas de los libros de la Biblia

Antiguo Testamento		Nuevo Testamento	
Gén	Génesis	Mt	Mateo
Ex	Éxodo	Mc	Marcos
Jos	Josué	Lc	Lucas
1 Sam	1 Samuel	Jn	Juan
1 Crón	1 Crónicas	Hch	Hechos de los
Sal	Salmos		Apóstoles
Cant	Cantar de los cantares	Rom	Romanos
Ecl	Eclesiastés	1 Cor	1 Corintios
Eclo	Eclesiástico	2 Cor	2 Corintios
Is	Isaías	Col	Colosenses
Dn	Daniel	Gál	Gálatas
Tb	Tobías	Ef	Efesios
		Flp	Filipenses
		1 Tes	1 Tesalonicenses
		2 Tes	2 Tesalonicenses
		1 Tim	1 Timoteo
		2 Tim	2 Timoteo
		Heb	Hebreos
		1 Pe	1 Pedro
		1 Jn	1 Juan
		Jds	Judas

Abreviaturas de documentos del Magisterio

Documentos del Vaticano II (1962-1965)

- AA** Apostolicam Actuositatem (Decreto sobre apostoladoseglar)
DV Dei Verbum (Constitución dogmática sobre la Divina Revelación)
GS Gaudium et Spes (Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual)
LG Lumen Gentium (Constitución dogmática sobre la Iglesia)
PO Presbiterorum Ordinis (Decreto sobre el ministerio de los presbíteros)
SC Sacrosanctum Concilium (Constitución sobre la Sagrada Liturgia)
UR Unitatis Redintegratio (Decreto sobre ecumenismo)

OTROS DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO

- AAS** Acta Apostolicae Sedis (Actas de la Sede Apostólica)
AD Ad Diem Illium (Jubileo de la definición de la Inmaculada Concepción, Papa San Pío X, 1904)
AN Acerbo Nimis (La enseñanza de la doctrina cristiana, Papa San Pío X, 1905)
CIC Catecismo de la Iglesia Católica (1992)
CJC Codex Iuris Canonici (Código de Derecho Canónico)
CL Christifideles Laici (La vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo, San Juan Pablo II, 1988)
CT Catechesi Tradendae (Catequesis en nuestro tiempo, San Juan Pablo II, 1979)
EI Enchiridion Indulgentiarum (Lista oficial de las indulgencias y normas que las rigen, La Sagrada Penitenciaría, 1968)
EN Evangelii Nuntiandi (La evangelización del mundo contemporáneo, San Pablo VI, 1975)
FC Familiaris Consortio (La familia cristiana en el mundo actual, San Juan Pablo II, 1981)
ISE Iucunda Semper Expectatione (El Rosario, Papa León XIII, 1894)
MC Mystici Corporis (El Cuerpo Místico de Cristo, Papa Pío XII, 1943) **MCul**
MCul Marialis Cultus (Sobre el culto a la Virgen María, San Pablo VI, 1974) **MD**
MD Mediator Dei (La Sagrada Liturgia, Papa Pío XII, 1947)
MF Misterium Fidei (El misterio de la fe en el misterio de la Eucaristía, San Pablo VI, 1965)
MN Mens Nostra (Retiros, Papa Pío XI, 1929)
OL Orientale Lumen (La Luz de Oriente, San Juan Pablo II, 1995)
PDV Pastores Dabo Vobis (La formación de los sacerdotes en las circunstancias de hoy, San Juan Pablo II, 1992)
RM Redemptoris Missio (La validez permanente del mandato misionero de la Iglesia, San Juan Pablo II, 1990)
RMat Redemptoris Mater (María, Madre del Redentor, San Juan Pablo II, 1987)
SM Signum Magnum (Consagración a nuestra Señora, San Pablo VI, 1967)
UAD Ubi Arcano Dei (En la paz de Cristo en el Reino de Cristo, Papa Pío XI, 1922)

VEXILLUM LEGIONIS El Estandarte De La Legión



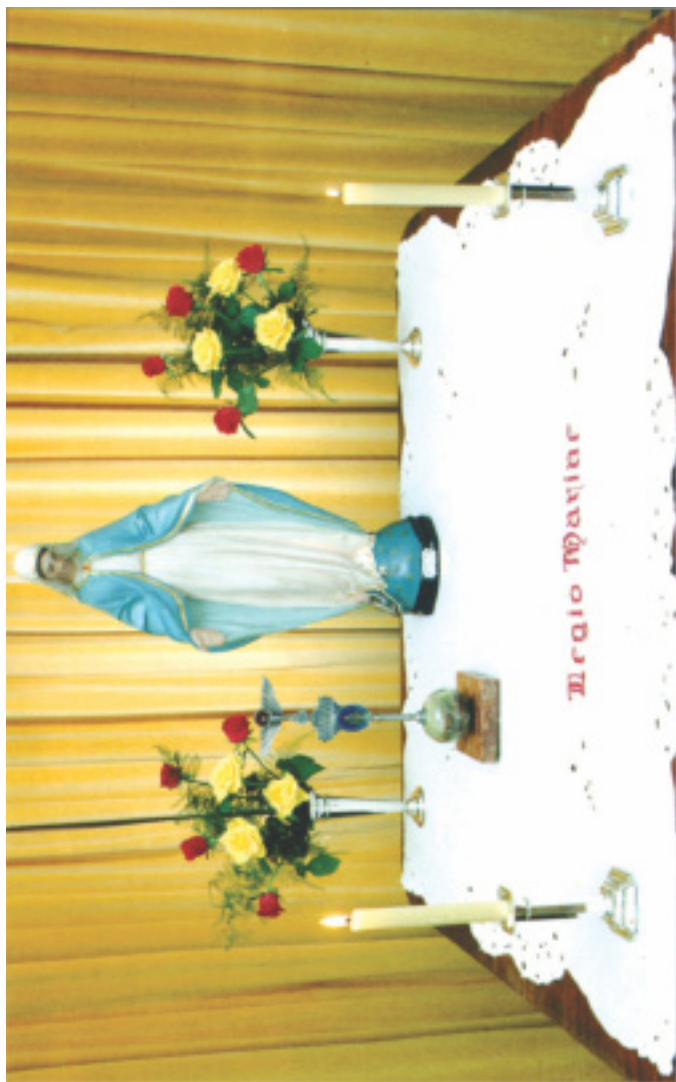
Modelo para poner en la mesa

VEXILLUM LEGIONIS

El Estandarte De La Legión



Modelo para usar en el acies o procesional



MODELO DEL ALTAR LEGIONARIO – El altar no debe estar fuera del círculo de la reunión